El profesor y el capitán

El profesor y el capitán

Novela

Eduardo Dorantes

El profesor y el capitán

Primera edición, 2026

© Eduardo Dorantes

Todos los derechos reservados.

ISBN: 9798192039519

Esta es una obra de ficción.
Cualquier parecido con personas reales es intencional
únicamente en el caso de dos de ellas.

Para Ernesto,
que ya estaba.

Índice

PARTE I

EL EXTRANJERO

Capítulos 1 a 8

PARTE II

LA PÉRDIDA

Capítulos 9 a 17

PARTE III

EL AMOR CONSCIENTE

Capítulos 18 a 25

PARTE IV

PODER Y MIEDO

Capítulos 26 a 33

PARTE V

APRENDER A PERMANECER

Capítulos 34 a 41

PARTE VI

LA PAZ ELEGIDA

Capítulos 42 a 51

Nota sobre las lenguas de este libro

En esta novela conviven dos idiomas que no se entienden entre sí: el español del siglo XXI que habla Eduardo y la lengua del reino de Arvela.

La convención es siempre la misma: la lengua que el lector lee con normalidad es la lengua del personaje cuyo punto de vista estamos siguiendo. Cuando el capítulo es de Eduardo, su español se lee normal y la lengua del reino aparece opaca o traducida a medias. Cuando el capítulo es de Ernesto, ocurre al revés.

Por eso la misma escena puede sentirse comprensible desde un lado e impenetrable desde el otro. Es intencional.

PARTE I

EL EXTRANJERO

Capítulo 1

La fractura

La primera señal fue tan pequeña que Eduardo la explicó dos veces antes de terminar de verla.

Estaba dando clase. Salón 4B, tercera hora, treinta y un alumnos y un proyector que llevaba dos semestres muriéndose despacio. Explicaba recursión, que era su tema favorito para explicar porque siempre había en el grupo alguien que ponía cara de estar siendo estafado.

—A ver —dijo, y borró el pizarrón con la manga, como hacía siempre, como hacía el maestro que le había dado esa misma clase a él, pese a que había un borrador a treinta centímetros de su mano—. Olvídense del código. Imagínense que están parados frente a un espejo, y atrás de ustedes hay otro espejo.

—Ya me mareé, profe.

—Bien. Esa es la sensación correcta. Guárdenla.

Se rió, porque se reía de sus propios chistes antes que nadie, y buscó en el escritorio el plumón azul, que era el que usaba para las cosas que sí venían en el examen. No estaba. Había cuatro plumones negros, uno rojo seco y el azul no aparecía por ningún lado, y Eduardo pensó, con una claridad breve y ociosa, *ojalá estuviera aquí*, y al mover una carpeta el plumón azul rodó desde abajo de una hoja donde él ya había buscado.

Lo tomó. Lo destapó. Siguió hablando.

Once semanas después, tirado en un bosque que no existía en ningún mapa que él hubiera estudiado, Eduardo intentaría recordar cuál había sido la primera vez, y se quedaría atorado en ese plumón azul. En que lo había tomado sin pensar. En que había seguido hablando.

Nadie te avisa cuáles son los últimos días.

* * *

Eduardo Rendón tenía veintinueve años y llevaba dando clase desde marzo.

Ocho meses. Llevaba la cuenta. Era lo más nuevo que tenía y era lo que más le importaba, y esas dos cosas juntas lo traían en un estado permanente de nervio feliz: preparaba de más, llegaba temprano, se quedaba después. Todavía no sabía si daba buena clase. Sabía que se le iba la vida en intentarlo, y sabía por qué: por una obsesión que ni él podía nombrar del todo, la idea de que cualquier cosa —absolutamente cualquiera— podía volverse comprensible si uno encontraba el ángulo correcto para entrarle. Recursión con espejos. Concurrencia con la fila del OXXO. Complejidad algorítmica con la diferencia entre buscar tus llaves en la casa y buscarlas en la ciudad.

Llevaba explicándole cosas a la gente desde los quince y le habían empezado a pagar por hacerlo aquel año.

Del resto de su vida hacen falta aquí tres cosas y las demás van a aparecer solas cuando toque.

Que los martes y los jueves entrenaba a cinco personas en un gimnasio de la Narvarte que olía a hule y a desinfectante de limón.

Que su madre le hablaba los domingos y siempre le preguntaba lo mismo, *¿ya estás comiendo bien, mijo?*, y él siempre contestaba lo mismo, *sí, mamá*, y era mentira como la mitad de los domingos.

Y que cantaba. Cocinando, bañándose, caminando al metro. No cantaba porque estuviera contento: cantaba para ponerse contento, que es una cosa distinta y que en aquel momento sólo sabía él.

Ésa era su vida. No era espectacular. A él le gustaba.

* * *

El semestre iba a la mitad y las señales empezaron a acumularse.

En el gimnasio, un martes, un disco de veinte kilos se le resbaló de la mano al montarlo en la barra. Eduardo alcanzó a pensar *no, no, no* con todo el cuerpo, esa contracción entera que uno hace cuando algo caro va a romperse, y el disco no golpeó el piso. Golpeó el tapete. Que estaba a metro y medio.

Se quedó viéndolo un rato largo.

—Se te fue de lado —le dijo su alumno, que no había estado viendo.

—Sí —dijo Eduardo—. Se me fue de lado.

En el salón, dos semanas después, explicaba grafos y sentía que el grupo no estaba entrando. Los veía en esa cara específica de la incomprensión educada. Y pensó, con una punzada de frustración que le era muy conocida —la de saber que la culpa era suya, que si no entendían era porque él no había encontrado todavía el ángulo—, pensó *quiero que entiendan*, no como deseo sino como necesidad física, casi como hambre.

Entonces una alumna de la tercera fila, que nunca preguntaba nada, levantó la mano y preguntó exactamente lo que había que preguntar. La pregunta que abría el tema. La que él llevaba diez minutos buscando cómo provocar.

Eduardo se quedó medio segundo callado.

Después contestó, y la clase se enderezó, y salió del salón con una sensación rara en la nuca.

Hubo más. El libro que se cayó solo del librero abierto en la página que buscaba. Las cebollas que no se le quemaron ni una vez en un mes entero, ni siquiera la noche que se fue a contestar el teléfono y volvió a los siete minutos. El paraguas. La bicicleta del repartidor que iba a atropellarlo en Coyoacán y que en el último instante se abrió hacia el otro lado como si el chico hubiera visto algo que ninguno de los dos vio.

Eduardo tenía una mente de ingeniero, y una mente de ingeniero es una máquina magnífica para explicar cosas y una máquina peligrosa para explicarlas de más. Cada evento, por separado, tenía explicación. Sesgo de confirmación. Memoria selectiva. Coincidencia. Uno no recuerda las diez mil veces que el libro no se cayó.

Pero los ingenieros también tienen una alarma, y la alarma se llama *frecuencia*. Y a mediados de octubre la frecuencia subió lo suficiente para que se sentara una noche con una libreta y empezara a hacer lo único que sabía hacer con un fenómeno que no entendía:

Una lista.

La tituló, porque era él, **cosas raras (probablemente nada)**.

Llegó a veintitrés renglones antes de dejar de escribir.

* * *

La noche del jueves 16 de noviembre, Eduardo llegó a su departamento a las ocho y cuarenta.

Era un tercer piso sin elevador en la colonia Del Valle, cincuenta y dos metros cuadrados, con un boiler que había que golpear y una ventana que daba a un patio interior donde el vecino de abajo tenía tendido eterno. Llevaba tres años ahí. Era, para todos los efectos prácticos, su casa: el sillón azul que había comprado usado y arrastrado tres cuadras, el librero de tres cuerpos, la mesa de cuatro lugares en la que jamás se habían sentado cuatro personas, las plantas que sobrevivían a pesar de él, el teclado contra la pared.

Estaba cansado de una forma que no era buena. Lo había notado desde el fin de semana: esa pesadez debajo de las costillas, el ruido de fondo apagándose. Conocía la forma. Le faltaba dormir y le sobraba trabajo, y llevaba tres semanas sin hablar con nadie de nada que no fuera un pendiente.

Calentó lo que quedaba de un guisado. Comió de pie frente a la estufa. Lavó el plato.

Y como no quería acostarse todavía, prendió el teclado.

Estaba trabajando en una canción desde agosto. Ni siquiera tenía letra. Tenía una progresión que le gustaba mucho —cuatro acordes, nada del otro mundo, pero había un tránsito en el tercero que le hacía algo en el pecho— y una melodía que se le había ocurrido en el metro y que había grabado en el celular en la estación Zapata con una señora hablando encima. La había escuchado como sesenta veces.

Se sentó. Tocó los cuatro acordes.

Y le pasó.

Sin aviso, como siempre. El mundo se corrió medio milímetro. Sus manos, sobre las teclas, dejaron de ser suyas.

Eduardo respiró. Ya. Está bien. Ya sabemos qué es esto.

Cinco cosas que veo: el teclado. La lámpara. La planta. La taza. La ventana.

Siguió tocando, porque el protocolo decía que había que seguir haciendo algo con el cuerpo.

Cuatro cosas que oigo: el refrigerador. Un coche. El acorde. Alguien arriba caminando.

Pero no se le pasó.

Se puso peor.

No era sólo que sus manos no fueran suyas. Era que el departamento no era suyo. Era que la ciudad allá afuera —veintidós millones de personas, el Periférico, los puestos de tacos, la universidad, el gimnasio de la Narvarte, la casa de su madre en Iztapalapa donde había un patio con una bugambilia— nada de eso lo alcanzaba. Estaba viendo su vida desde muy lejos, desde detrás

de un vidrio grueso, y por primera vez en diez años se le ocurrió una idea espantosa y muy tranquila:

¿Y si no puedo volver?

Se le cerró la garganta.

Aquí es donde Eduardo, después, año tras año, se quedaría atorado al contarlo. Porque lo que sintió a continuación no fue miedo exactamente. Fue una necesidad. Una necesidad enorme, sin forma, sin objeto, la necesidad de un niño perdido: la de estar en un lugar donde algo lo sostuviera. La de que alguien viniera. La de irse de ahí y a la vez la de llegar a algún lado.

Quiero estar en mi casa.

Estaba en su casa.

Quiero estar en mi casa.

Y el departamento le contestó.

La taza sobre el teclado tembló. La lámpara parpadeó y no volvió. El aire —el aire, la cosa que uno nunca siente— se puso denso como agua. Y desde el centro del pecho de Eduardo, exactamente desde donde uno se señala cuando dice *yo*, salió algo.

Primero fue presión. El cuarto entero pareció inhalar.

Y no hubo luz.

Eso es lo que Eduardo repitió toda su vida, siempre con la misma insistencia y siempre sin que nadie acabara de creérselo, porque la gente espera un resplandor y él no tenía ninguno que darles. No hubo luz, ni fuego, ni un color. La lámpara seguía apagada y el cuarto seguía a oscuras y siguió a oscuras todo el tiempo.

Lo que pasó fue que las paredes dejaron de estar de acuerdo.

No se movieron ni se agrietaron ni se abrieron. Sencillamente dejaron de sostener la afirmación que sostiene una pared, que es *aquí se acaba el cuarto*; y detrás de esa afirmación retirada no estaba el departamento del vecino, ni el patio interior, ni nada que tuviera derecho a estar ahí.

Eduardo se levantó del banco. El banco no cayó. Se quedó suspendido, torcido, a diez centímetros del suelo.

—No —dijo, en voz alta, a nadie—. No, no, no, no...

Los libros salieron del librero. Todos a la vez, los ciento y tantos, y se quedaron colgados en el aire con las páginas abiertas y agitándose como palomas. El agua de la planta subió del plato en un hilo vertical. La ventana no se rompió: se *deshizo*, cuadro por cuadro, como una imagen que pierde resolución.

En medio de todo eso, con el corazón golpeándole el esternón, Eduardo hizo lo único que le quedaba por hacer, que era la peor cosa posible:

Se concentró.

Todo su instinto de profesor, de ingeniero, de hombre que resuelve, se juntó en un punto y empujó. *Basta. Se acabó. Regresa todo a su lugar.*

La fuerza —porque era una fuerza, algo que estaba escuchando— no le hizo el menor caso.

Eduardo pasó cincuenta años convencido de que sabía por qué. Lo contó muchas veces y siempre igual: que debajo de las palabras, debajo del pánico, en el sótano de sí mismo donde uno no se atreve a mirar, lo que estaba pidiendo de verdad no era *basta*.

Era *sácame de aquí*.

Y se equivocó de petición. Se equivocó los cincuenta años enteros, y se murió equivocado, y nadie de este mundo estuvo nunca en condiciones de corregirlo.

Porque aquella noche Eduardo Rendón pidió dos cosas en voz alta y una sola en silencio, y la que el mundo contestó no fue la de debajo.

Fue la que había dicho dos veces, de pie, en su propia sala, sin darse cuenta de que la estaba diciendo.

El aire se abrió.

Se abrió como se cuartea un parabrisas: una **grieta**, limpia y silenciosa, a un metro y medio del piso, sólo que lo cuarteado era el cuarto. Del otro lado se veía negro y verde y algo que se movía.

Eduardo alcanzó a extender la mano.

No supo si para detenerse o para tocarla.

Después no hubo departamento.

* * *

Lo primero que le llegó fue el olor.

Tierra mojada. Hoja podrida. Algo dulce y descompuesto, muy cerca de la cara. Eduardo abrió los ojos con la mejilla contra el suelo y no entendió por qué el suelo tenía textura.

Se incorporó demasiado rápido y el mundo le dio dos vueltas. Vomitó. No mucho: no había comido casi nada.

Estaba en un bosque.

Se quedó de rodillas mucho tiempo intentando que esa frase significara algo. Estaba en un bosque. A las diez de la noche de un jueves, en la colonia Del Valle. Estaba en un bosque.

Se levantó. Le temblaban las piernas. Traía puesto lo mismo: pants grises, playera negra, tenis, la sudadera que se había puesto porque hacía frío en el departamento. Traía el celular en la bolsa. Lo sacó con una esperanza tan estúpida que le dio vergüenza incluso mientras lo hacía.

Batería: 62%.

Señal: ninguna. Ni una barra. Ni una red, ni de emergencia.

Hora: 21:47.

Fecha: jueves 16 de noviembre.

Miró alrededor. Árboles altísimos, de tronco liso y gris, que no eran encinos ni pinos ni fresnos ni nada que él pudiera nombrar, y él nombraba árboles porque su madre le había enseñado a nombrarlos. Helechos hasta la rodilla. No había camino. No había luz de ciudad reflejada en las nubes, esa cúpula naranja que uno deja de ver de tanto verla y sólo extraña cuando falta.

Levantó la cabeza.

El cielo estaba despejado y estaba lleno.

Eduardo había pasado un semestre entero, a los veintitrés, obsesionado con la astronomía de aficionado; se había gastado un aguinaldo en un telescopio malo y había aprendido a orientarse. Buscó Orión. Buscó la Osa Mayor. Buscó, con creciente desesperación, cualquier cosa.

Había estrellas. Miles. Más de las que había visto en su vida.

No estaban donde debían.

Se le doblaron las rodillas y se sentó en la tierra y ahí, por fin, con las dos manos en la cara, Eduardo Rendón se puso a llorar como no lloraba desde los veintiséis.

Lloró un rato largo. Después le dio frío. Después le dio hambre. Después —y esto fue lo que lo salvó, aunque él no lo iba a saber hasta muchos años más tarde— le dio la costumbre.

Porque Eduardo llevaba seis años entrenando gente y ocho meses dando clase, y con mucho menos que eso se te instala un reflejo que ya no se te quita, y es el de convertir el terror en pasos.

Se limpió la cara con la manga.

—Ok —dijo en voz alta, y su voz sonó ridícula en ese silencio, y el sonido de su propia voz lo ayudó—. Ok. A ver. Punto uno.

Se puso de pie.

—Punto uno: no me voy a morir esta noche. Probablemente. Punto dos: agua. Punto tres: no moverme mucho, porque no sé a dónde. Punto cuatro...

Se quedó callado.

—Punto cuatro no sé.

Encontró agua: un hilo de arroyo, sonando a unos doscientos metros. No la bebió, porque sabía lo que hace el agua sin hervir, y luego la bebió de todas formas dos horas más tarde porque tenía la boca de cartón y porque uno no puede sostener un principio sanitario más allá de cierta sed.

Encontró un tronco caído y se metió en el hueco. Juntó hojas encima. No sirvió de nada; siguió temblando.

En algún momento de esa primera noche, mientras arriba giraban unas constelaciones que ningún ser humano había nombrado nunca, Eduardo empezó a cantar en voz muy bajita.

No una canción bonita. La primera que le vino. Un tema de los ochenta, en inglés, cursi, de esos que uno canta en el coche fingiendo que le da pena. Se sabía la letra completa y no significaba absolutamente nada y por eso servía.

La cantó tres veces.

Estaba haciendo lo que sabía hacer: obligar al cuerpo a hacer una cosa que sólo hace un cuerpo. Cinco cosas que veo. Cuatro que oigo.

Regresa, se dijo. *Regresa, regresa.*

A doscientos metros de ahí, del otro lado del arroyo, en la oscuridad, alguien que llevaba once años en guerra levantó la cabeza y se quedó muy quieto, escuchando una música que no se parecía a nada.

Capítulo 2

El capitán

Ernesto Valdas llevaba once años durmiendo mal y siete sin quejarse de eso.

Aquella noche estaba de segunda guardia, que era la peor y por lo tanto la suya, sentado sobre una raíz con la espalda contra un tronco y la espada envainada cruzada sobre las rodillas. El fuego lo tenían apagado desde el atardecer. A tres jornadas de la Marca, con las patrullas de Ísel subiendo por el valle como subía el agua sucia, un fuego era una carta escrita a mano invitando a la gente a matarte.

Detrás de él dormían los suyos. Quedaban seis.

Habían salido de Arvela con cuarenta y uno.

Ernesto tenía treinta y cuatro años y llevaba dos siendo capitán, que era una cosa que le pesaba de una manera muy concreta: Bruno le llevaba once, Vidal veintidós, y ninguno de los dos le había discutido jamás una orden en voz alta. Eso, en vez de tranquilizarlo, lo obligaba. Un hombre al que obedecen sin discutirle tiene que acertar más que los demás.

El capitán anterior había muerto en Peña Rota. Ernesto no había querido el puesto y lo había aceptado en la misma frase.

Ernesto no pensaba mucho en eso. Había descubierto, en algún momento del cuarto año, que pensar en los muertos era un trabajo que había que hacer y que no había que hacer en guardia. En guardia se escuchaba. Había un orden para todo. Ese orden era, en su opinión, la única diferencia real entre un hombre y un animal asustado.

Entonces escuchó la música.

Se quedó completamente quieto.

Venía del otro lado del arroyo, hacia el norte, muy débil. Era una voz humana, sola, cantando bajito, y Ernesto la clasificó en menos de un segundo con la parte de él que ya no se apagaba nunca: *una voz, no varias; no hay tambor; no van marchando; no saben que están cerca de alguien, o no les importa.*

Después, medio segundo más tarde, con otra parte de él, mucho más vieja y mucho menos útil:

Qué canción tan rara.

No se parecía a nada. Las canciones de la Marca eran todas de dos frases y una respuesta; los himnos tenían su molde, las tonadas de taberna el suyo, los cantos de siega el suyo. Aquello iba por libre. Los intervalos caían en sitios que no les tocaba. Y aun así se sostenía sola, era claramente una canción, alguien la había hecho a propósito.

La voz llegó al final de algo y volvió a empezar.

Ernesto se levantó sin hacer ruido y fue a despertar a Vidal.

—Norte —dijo, apenas con aire—. Cruzando el agua. Uno solo. Canta.

Vidal abrió los ojos de golpe, como abría los ojos siempre, sin ese tramo de tontera que tiene la gente normal al despertar. Tenía cincuenta y seis años y una rodilla que le informaba del clima, y llevaba en el oficio desde antes de que Ernesto supiera sostener una espada.

Escuchó. Tardó más que Ernesto, porque oía peor.

—Está borracho —dijo.

—No está borracho.

—Entonces está loco.

—Puede ser.

Vidal se pasó la mano por la cara.

—Es una trampa muy mala, si es una trampa.

—Sí —dijo Ernesto—. Eso es lo que me preocupa.

Despertó a Jimena, que era la exploradora y la única que se movía por el bosque sin sonar a hombre armado, y esperaron. La voz cantó una vez más. Después se calló.

Después —y esto Ernesto se lo iba a contar a Eduardo muchos años más tarde, una noche de invierno junto a una chimenea, y Eduardo se iba a tapar la cara con las dos manos de pura vergüenza retroactiva— después el desconocido estornudó cuatro veces seguidas.

Jimena miró a Ernesto.

—Capitán —dijo—, sea lo que sea, no es un soldado.

* * *

Lo encontraron con la primera luz.

Ernesto había decidido esperar, contra la opinión de Bruno, que opinaba que había que ir de noche y cortar el asunto de raíz, y contra la opinión de Anselmo, que opinaba que no había que ir en absoluto. Esperaron. A la hora gris, con Jimena adelante y Bruno cubriendo, bajaron al arroyo y lo cruzaron por las piedras.

Estaba dormido dentro de un tronco hueco.

Ernesto lo vio y su primer pensamiento, honestamente, fue: *está muerto*. Porque la gente que duerme así, encogida, con la boca abierta y la cara pegada a la corteza, en general ya no está durmiendo.

El segundo pensamiento fue peor: *no sé qué es esto*.

La ropa. La ropa no era ropa. Era negra y gris y de un tejido que no tenía trama visible, apretado y liso como piel de fruta, sin un solo remate cosido a mano en ninguna parte. Los pantalones no llevaban ni cinturón ni cordel y aun así se sostenían. Y los zapatos —Ernesto se quedó viendo los zapatos un tiempo indebidamente largo— los zapatos eran blancos y azules, tenían suela de algo que no era cuero ni madera, y llevaban unas líneas cosidas encima que no cumplían ninguna función que él pudiera imaginar. Eran zapatos decorados. Nadie decora unos zapatos para caminar en el bosque.

—¿Qué es? —susurró Bruno detrás de él.

—Cállate.

El hombre era grande. No gordo: ancho de hombros, con los brazos de alguien que carga cosas todos los días. Treinta, quizá menos; a Ernesto le costó decidirlo, porque tenía el cuerpo de un hombre hecho y la cara de alguien a quien todavía no le habían pasado suficientes cosas. Barba de tres o cuatro días, mal cuidada. La piel más oscura que la de la gente de la Marca, tostada, y el pelo negro. Tenía las manos —Ernesto miró las manos, porque las manos siempre dicen— tenía las manos con callo en las palmas, en las bases de los dedos, y no en las yemas ni en el borde. Manos de alguien que levanta peso.

Estaba llorado. Se le notaba. Tenía la cara hinchada de haber llorado mucho, con las marcas de la corteza encima.

Ernesto sintió, muy abajo, una punzada que no le convenía.

—Capitán —dijo Jimena—. Está temblando.

—Ya lo veo.

—Ha pasado la noche aquí sin fuego y sin manta.

—Ya lo vi, Jimena.

Bruno se acuclilló junto a él y le olió la ropa, como hacía con todo.

—No huele a Ísel —dijo—. No huele a nada. No huele ni a humo, capitán. ¿Cómo es que un hombre no huele a humo?

Esa fue la frase que a Ernesto le puso el pelo de punta. Todos los hombres del mundo huelen a humo. Duermes junto al fuego, cocinas en el fuego, te calientas en el fuego; el humo se te mete en la lana y ya no se va nunca. Ese hombre olía a sudor, a tierra y a algo dulzón y limpio que Ernesto no supo identificar y que era, aunque él no lo sabría hasta mucho después, jabón industrial de lavandería.

—Despiértalo —dijo Ernesto—. Despacio.

Bruno lo tocó con el pie.

Bruno no era un hombre de matices.

* * *

Lo que pasó después Ernesto lo iba a recordar toda su vida, y lo iba a contar mal, y Eduardo lo iba a corregir cada vez.

El hombre se despertó de un salto, se golpeó la cabeza con el interior del tronco, salió gateando hacia atrás con los ojos redondos de espanto y se estampó contra un árbol. Vio a Bruno, que estaba armado. Vio a Jimena, que estaba armada. Vio a Ernesto.

Y se puso a hablar.

Habló rapidísimo, en avalancha, con las dos manos abiertas al frente y la voz quebrándose. Ernesto no entendió una sola palabra. Ni una. Era una lengua líquida, muy rápida, con las vocales muy limpias y las erres vibrando, y tenía la música de alguien que está explicando algo, no de alguien que está amenazando; había una entonación de pregunta al final de una frase, y después una entonación de disculpa, y después algo que sólo podía ser un ruego.

Se calló. Los miró. Vio que no había servido de nada.

Entonces —Ernesto vio el momento exacto en que se le ocurrió— cambió de lengua.

Habló otra vez. Distinta. Más cerrada, con las consonantes chocando entre sí. Cuatro o cinco frases. Se detuvo, esperanzado.

Nada.

Probó una tercera cosa, muy corta, sin ninguna convicción, y Ernesto entendió que estaba raspando el fondo de un cajón: dos o tres palabras aprendidas alguna vez de una lengua que ni siquiera hablaba.

Nada.

Al hombre se le fue la cara.

Ernesto lo vio comprender. Lo vio del todo. Fue como ver caerse una casa por dentro: el desconocido se quedó con las manos todavía levantadas, la boca abierta, y se le vació la expresión de golpe, y detrás de la expresión vaciada Ernesto reconoció, con una precisión que le dio frío, algo que había visto antes en un pueblo quemado, en la cara de una mujer sentada en el umbral de lo que había sido su casa.

Es la cara de la gente que acaba de entender el tamaño de lo que perdió.

—Capitán —dijo Bruno, incómodo—. ¿Lo amarro?

—No.

—Capitán...

—He dicho que no.

Ernesto le pasó la espada envainada a Vidal. Con la vaina y todo. Vio que el desconocido lo notaba —los ojos se le fueron a las manos vacías, rápido, entendiendo—, y dio dos pasos y se puso en cuclillas a una distancia de dos brazos, que es la distancia de un hombre que no piensa saltarte encima.

El desconocido lo miró.

Ernesto lo miró de vuelta.

Los ojos eran cafés muy oscuros, casi negros, y estaban rojos de llorar, y lo que había en ellos era miedo. Miedo puro, de niño, del que no se disimula. Todo lo que Ernesto llevaba once años aprendiendo a leer en la cara de un hombre —el cálculo, el odio, esa quietud fea de los que ya decidieron hacerte daño y están esperando el momento— brillaba por su ausencia.

Algo más, debajo, que Ernesto no supo nombrar hasta el invierno siguiente: había una cortesía. Una especie de disposición absurda a portarse bien. El hombre estaba aterrado y aun así se estaba conteniendo, se estaba cuidando de no hacer movimientos bruscos, se estaba —Ernesto casi se ríe— *se estaba comportando*.

No es que este hombre no sepa quiénes somos, pensó Ernesto.

Es que no sabe dónde está.

Se llevó la mano al pecho.

—Ernesto —dijo.

El desconocido parpadeó.

Ernesto se volvió a tocar el pecho, un poco más despacio, y repitió, separando:

—Er-nes-to.

Vio el momento en que la idea le entró. Fue rapidísimo. El hombre abrió mucho los ojos, se le encendió algo en la cara, se incorporó unos centímetros con una urgencia tan grande que Bruno bajó la mano al cuchillo, y se golpeó el pecho con la palma abierta.

—¡Eduardo! —dijo—. Eduardo. Eduardo.

Y después dijo el nombre de Ernesto.

Lo dijo mal. Le puso el acento en el lugar equivocado y le comió una vocal, *Ernésto*, casi *Ernest*, y en once años nadie había pronunciado su nombre de una manera tan fea.

Después el desconocido —Eduardo— se echó a llorar otra vez, pero de un modo distinto, con la cara tapada, y entre las manos repitió tres o cuatro veces el nombre de Ernesto como si fuera lo único sólido que había encontrado en todo el mundo.

Vidal soltó el aire por la nariz.

—Bueno —dijo—. Pues ya somos siete.

—Seis —dijo Bruno.

—Aprende a contar, herrero.

* * *

Anselmo lo revisó ahí mismo, porque Anselmo no sabía estar en presencia de un cuerpo sin revisarlo. Le miró los ojos, le tocó el cuello, le apretó las costillas. Eduardo lo dejó hacer con una docilidad total y una atención muy rara: seguía cada movimiento del médico con los ojos, y cuando Anselmo le puso dos dedos en la muñeca para contar el pulso, Eduardo asintió con la cabeza como si aprobara el procedimiento.

—No tiene heridas —dijo Anselmo—. Está deshidratado. No ha comido. Tiene los dientes... —se interrumpió.

—¿Qué tienen los dientes?

—Están todos, capitán.

Ernesto lo miró.

—Todos —repitió Anselmo—. Los treinta y dos. Ninguno picado, ninguno roto, ninguno negro. —Se enderezó despacio—. Y antes de que me lo pregunte: no, no es que se los haya limpiado esta mañana. Eso se ve. Esto es de años. O de toda la vida, que es lo que yo diría si me obligaran a decir algo,

y no me obligue, porque no lo he visto nunca. Ni en un señor de Arvela. Ni en el hijo de un señor de Arvela.

Se hizo un silencio incómodo.

—¿Y eso qué quiere decir? —preguntó Tomás, que tenía quince años y que había estado callado hasta entonces conteniéndose con esfuerzo visible.

—Quiere decir que es rico —dijo Bruno.

—No es rico —dijo Vidal—. Míralo. Los ricos no tienen esas manos.

—Entonces es un rey.

—Los reyes tampoco tienen esas manos, imbécil.

Ernesto no dijo nada. Estaba mirando cómo Eduardo, sentado en el suelo, había sacado del bolsillo del pantalón un objeto rectangular, negro, del tamaño de la palma, liso como un espejo de agua quieta. Lo apretó por un costado.

El objeto se **encendió**.

Bruno retrocedió un paso y se persignó a la manera vieja, con dos dedos. Jimena puso flecha en el arco sin apuntar a nada. Tomás dijo *ay*, muy fuerte.

Eduardo levantó la cara y vio lo que había hecho.

Ernesto lo vio pensar. Vio el cálculo entero cruzarle la cara en un segundo y medio: *esto los asusta / esto es mío / esto es lo último que me queda / si esto los asusta van a...*

Eduardo apretó el costado del objeto otra vez y la luz se apagó. Y después, sin que nadie se lo pidiera, con un gesto lento y exagerado para que todos lo vieran bien, lo dejó en el suelo frente a él y se echó hacia atrás con las palmas abiertas.

Nadie dijo nada durante un rato.

—Capitán —dijo Jimena, muy bajo—. ¿Qué era eso?

—No sé.

—¿Lo dejamos aquí?

Ernesto miró al hombre sentado en la tierra, con la ropa imposible y la boca perfecta, temblando de frío en un bosque que estaba a tres jornadas de una guerra que no era suya, entregándole voluntariamente lo único que tenía a un grupo de desconocidos armados.

Once años. Cuarenta y uno de salida, seis de llegada. Ernesto había aprendido a hacer las cuentas que hay que hacer. Un hombre más es una boca más, un paso más lento, un riesgo. Un hombre que no habla la lengua no puede recibir una orden. Un hombre que no puede recibir una orden mata gente, tarde o temprano, sin querer.

Eso era lo que decía el oficio.

—Bruno —dijo Ernesto—. Dale tu manta.

—¿Mi manta?

—Tú te la pasas quejándote de que te sobra el calor.

—Yo nunca he dicho...

—Dale la manta.

Bruno rezongó una cantidad razonable de cosas y le tiró la manta encima. Eduardo la agarró con las dos manos, la miró, miró a Bruno, y dijo una palabra en su lengua, dos sílabas, con una vehemencia enorme.

Nadie sabía qué quería decir.

Todos sabían qué quería decir.

Bruno, que era un hombre incapaz de recibir gratitud sin sentirse ridículo, se puso a acomodarse el cinto y dijo:

—Sí, sí. Ya. Levántate, extranjero.

Eduardo no se levantó, porque no entendió las palabras. Se levantó porque Ernesto le tendió la mano.

La miró un momento antes de tomarla. Ernesto no supo qué estaba pesando el otro en ese momento y no lo sabría nunca del todo, pero lo vio decidir; vio la decisión pasar por esos ojos hinchados igual que había visto pasar todo lo demás, porque aquel hombre, descubriría con el tiempo, tenía la cara más ruidosa que él hubiera conocido.

Eduardo le tomó la mano.

Ernesto tiró hacia arriba. Pesaba. Pesaba de verdad; casi se le va el equilibrio.

Una vez de pie, con la manta de Bruno sobre los hombros, el extranjero le sostuvo la mano medio segundo más de lo necesario, se la apretó, y dijo otra vez, con esa pronunciación espantosa:

—Ernésto.

—Ernesto —lo corrigió él.

—Ernésto.

—No. Er-nes-to.

—Er... nesto.

—Mejor.

Eduardo sonrió.

Fue una cosa breve y cansada y completamente fuera de lugar, y a Ernesto —que llevaba once años durmiendo mal, que había enterrado a treinta y cinco hombres, que ya no se acordaba de la última vez que alguien le había sonreído

sin querer algo— a Ernesto le dio un golpe en algún sitio que él, esa mañana, ni siquiera reconoció como un sitio.

Se dio la vuelta.

—Nos movemos —dijo—. Jimena, adelante. Tomás, tú al lado del extranjero; si se cae, lo levantas.

—¿Yo?

—Tú.

—¿Y si se cae encima de mí?

—Entonces morirás cumpliendo una orden, que es más de lo que puede decir la mayoría.

Vidal se rió con ese ruido suyo, de piedra contra piedra.

Bajaron hacia el valle. Iban a tardar dos días en llegar al puesto de Vega Alta, y en el camino Eduardo iba a caerse tres veces, iba a intentar comerse una baya venenosa, iba a dibujar en la tierra con un palo un rectángulo con cuatro ruedas que nadie entendería, y esa misma noche, cuando la Compañía se sentara a comer, iba a quedarse mirando el pan sin atreverse a tocarlo.

Pero eso todavía no pasaba.

Por ahora sólo caminaban: seis soldados cansados y un hombre con zapatos de colores, en fila, hacia el sur, bajo un cielo lleno de estrellas equivocadas.

Capítulo 3

Pan, manta y carbón

Lo primero que Eduardo aprendió de la Edad Media es que huele.

No lo había pensado nunca. Había visto películas, había leído libros, había explicado en clase la difusión de la imprenta con un entusiasmo que sus alumnos no compartían, y en ningún momento de su vida se le había ocurrido preguntarse a qué olía. Olía a humo, a lana mojada, a cuerpo. A cuerpos que llevaban semanas siendo cuerpos sin interrupción. Olía a grasa rancia y a caballo y, cuando bajaron al puesto de Vega Alta al segundo día, olía a mierda con una franqueza tan absoluta que Eduardo tuvo que pararse a respirar por la boca.

Nadie más parecía notarlo.

Esa fue la segunda cosa que aprendió, y le pareció más importante que la primera: no es que aquello fuera insoportable. Es que él era el único a quien le resultaba insoportable. Sus seis acompañantes se movían por ese mundo con la comodidad de la gente que está en su casa, y el intruso, el que estaba mal calibrado, el que tenía las expectativas equivocadas sobre absolutamente todo, era él.

Se lo repitió muchas veces esos primeros días, como un mantra, porque le servía para no enojarse: *el problema no es el mundo. El problema soy yo. Ajusta tú.*

Tenía experiencia en eso. Era, básicamente, lo que le decía a un alumno el primer día de entrenamiento.

* * *

La primera noche con ellos, Eduardo no comió.

Se sentaron alrededor del fuego —fuego pequeño, con una especie de pantalla de ramas de un lado, lo que Eduardo entendió mucho después que era para que no se viera desde el valle— y el hombre grande y barbudo, el que había gruñido al darle la manta, sacó una olla ennegrecida y repartió.

Le pusieron a Eduardo un cuenco de madera en las manos.

Adentro había algo espeso y gris con tropiezos.

Eduardo lo miró.

Tenía hambre. Tenía un hambre de treinta horas, un hambre que le zumbaba en los oídos. Y no podía.

No era asco, aunque también era asco. Era otra cosa. Era que llevaba veintinueve años sabiendo qué era la comida. Había una cadena entera detrás de cada bocado de su vida —el mercado, la fecha de caducidad, el refrigerador, el agua potable, su madre— y esa cadena se había cortado, y ahora tenía en las manos un cuenco de materia desconocida entregado por seis extraños armados, en un lugar donde no existía ningún antibiótico, y su cuerpo sencillamente se negaba.

Se quedó con el cuenco en las rodillas.

El muchacho —el más joven, el flaco de las orejas grandes— le dijo algo y le hizo un gesto de comer. Eduardo asintió, sonrió, no comió. El médico lo observó por encima de su propio cuenco con esa atención suya de bicho raro. El grandote se rió y dijo algo que hizo reír a los otros; Eduardo entendió el tono, que era *miren al señorito*, y quiso explicarse, y no pudo, y sintió cómo le subía por la garganta la humillación más pura que había sentido en su vida adulta.

Porque quería explicarse. Eso era lo peor. Se pasaba la vida explicando. Explicar era su oficio, su placer y su forma de estar en el mundo, y ahora tenía dentro del pecho un discurso completo y razonable sobre patógenos y desconfianza y miedo, y no tenía manera de sacarlo. Estaba lleno por dentro y mudo por fuera. Era como estar ahogándose en una habitación llena de gente.

Entonces Ernesto se levantó.

Eduardo lo siguió con la mirada, alarmado. El capitán rodeó el fuego, se puso en cuclillas frente a él y le quitó el cuenco de las manos.

Ya está, pensó Eduardo. *Ya me lo quitó. Bien hecho, idiota.*

Ernesto metió dos dedos en el guiso, sacó un pedazo, se lo llevó a la boca y se lo comió.

Después le devolvió el cuenco.

Eduardo no entendió. Ernesto esperó, mirándolo, con una paciencia sin ningún dramatismo, y volvió a señalar el cuenco, y volvió a señalarse a sí mismo, y volvió a hacer el gesto de comer.

Entonces sí entendió, y se le llenaron los ojos de agua de una manera absolutamente ridícula para un adulto de veintinueve años sentado frente a una sopa.

No está envenenado. Mira. Yo lo como primero.

Eduardo comió.

Estaba horrible. Estaba salado y tenía grumos y algo que podía haber sido nabo y algo que definitivamente era grasa animal, y se lo terminó todo y le supo a gloria, y cuando el grandote —Bruno, se llamaba Bruno, Eduardo tardó nueve días en estar seguro— le hizo una seña ofreciéndole más, dijo que sí con la cabeza como un perro.

Después, cuando le pasaron un odre de agua, Ernesto se lo interceptó, bebió un trago, y se lo pasó.

En la mañana, con el pan duro: Ernesto lo mordió primero.

Al día siguiente con una raíz asada que Jimena había traído.

Al otro con la leche agria que compraron en un caserío.

Cada vez. Sin ceremonia, sin mirarlo a los ojos, sin decir nada, como quien cumple un trámite. Cinco días seguidos. Al sexto, cuando Ernesto extendió la mano hacia el cuenco de Eduardo, Eduardo lo apartó, negó con la cabeza, y comió solo.

Ernesto asintió una vez y volvió a su sitio.

Eduardo se acostó esa noche con la manta de Bruno hasta la barbilla, mirando el humo, y pensó en su madre. En que su madre probaba la comida de la cuchara antes de dársela a alguien. En que hay gestos que no se inventan, que aparecen igual en todas partes, porque salen del mismo lugar.

Pensó, con una nitidez que lo asustó un poco: *este hombre no sabe mi idioma y acaba de decirme la frase más clara que me han dicho en mi vida.*

* * *

Los primeros días fue inútil.

Peor: fue un estorbo.

Eduardo era un hombre competente. Llevaba una década larga siendo competente en casi todo lo que se proponía, y esa competencia era una parte central de cómo se sostenía a sí mismo en los días malos: *no sirvo para muchas cosas, pero sirvo para esto*. Y de golpe no servía para nada.

No sabía encender un fuego. Lo intentó, con el pedernal de Bruno, durante cuarenta minutos, hasta sacarse sangre del nudillo. No sabía cargar el macho de carga, y lo dejó mal amarrado, y a media mañana se cayó medio bulto y hubo que parar. No sabía caminar: se le fue el pie en una piedra suelta y bajó tres metros de ladera de sentón, y Anselmo tuvo que revisarle el tobillo mientras Bruno decía cosas que no hacía falta traducir.

No sabía distinguir qué se podía comer. Se llevó a la boca unas bayas moradas y Vidal le tiró un manotazo tan rápido que Eduardo no lo vio venir, y le dijo cinco palabras con una gravedad terrible mientras señalaba las bayas y hacía un gesto claro y universal de morirse.

No sabía dónde había que hacer sus necesidades ni cómo pedir permiso para apartarse.

No sabía cuándo callarse.

Esa fue la lección más dura. Eduardo hablaba. Hablaba en español, sin parar, porque el silencio le apretaba el pecho; comentaba las cosas, se explicaba a sí mismo lo que hacía, decía *ay perdón* y *déjame ayudo* y *ah, ya, ya entendí* durante todo el día, a hombres que no entendían ni una sílaba. Al cuarto día Jimena lo agarró del brazo en pleno bosque y le tapó la boca con la mano, con los ojos duros, y se quedaron los dos inmóviles hasta que pasaron los jinetes.

Eduardo no volvió a hablar en marcha.

Aprendió a leer la espalda de Jimena como se lee un semáforo.

* * *

Aun así, todos los días, volvía.

Esto es lo que Ernesto empezó a notar en la segunda semana, aunque Eduardo no lo supo hasta años después, cuando ya podían contarse las cosas.

Eduardo dejaba caer la leña y al día siguiente iba por leña otra vez. Se le quemaba el guiso y al día siguiente se ofrecía a vigilar la olla. Estorbaba en el desmonte de un camino y a la mañana siguiente estaba de pie junto a Bruno, con las manos abiertas, esperando que le dieran algo que cargar.

No se ofendía. Ese fue el detalle que a Vidal, que llevaba treinta años leyendo hombres, le pareció más notable. El extranjero se equivocaba, lo regañaban en una lengua que no entendía, se le ponían las orejas rojas de vergüenza —eso sí lo entendía— y a los diez minutos ya estaba otra vez ahí, disponible, ridículo, insistiendo.

Encontró, poco a poco, las cosas que sí podía hacer.

Podía cargar. Podía cargar muchísimo, más que Bruno, y eso a Bruno le molestó durante exactamente tres días y después le empezó a divertir enormemente. Podía llevar el agua. Podía sostener cosas mientras otro las clavaba. Podía —esto lo descubrió Anselmo con un interés casi indecente— podía quedarse quieto durante una hora sujetando la pierna de un herido sin quejarse ni distraerse, y podía sostener una luz exactamente donde el médico la necesitaba sin que hubiera que pedírselo dos veces.

Y podía lavarse.

Aquello fue una guerra pequeña y silenciosa que duró meses. Eduardo se lavaba las manos. Antes de comer y después de tocar cualquier cosa, con agua y con un pedazo de trapo, todos los días, con una obstinación que a la Compañía le pareció al principio una manía de loco y luego una manía de señorito y luego, simplemente, una manía de Eduardo. Se lavaba los dientes con la punta deshilachada de una ramita. Hervía el agua cuando podía hervirla, y cuando Tomás le preguntó por señas por qué, Eduardo hizo un gesto de bichos con los dedos que a Tomás le pareció el chiste más gracioso del año.

Nadie lo imitó. Todavía no.

Anselmo lo miraba.

* * *

Al octavo día encontró el carbón.

Estaba junto al fuego apagado, revolviendo las cenizas con un palo por puro aburrimiento —el aburrimiento fue una sorpresa; nadie te advierte que el desastre también tiene tiempos muertos— y sacó un trozo de madera quemada, negro, del tamaño de un dedo.

Lo miró.

Se le paró el corazón.

Fue a buscar una tabla. Cualquier cosa lisa. Encontró el lomo plano de una caja de la impedimenta y ahí, en cuclillas, con el carbón entre los dedos y la lengua entre los dientes, Eduardo dibujó una jarra.

La dibujó bien. No era un gran dibujante, pero no hace falta un año de pizarrón para aprender lo único que importa: dibujar rápido y dibujar claro, porque un dibujo en el pizarrón está para ser entendido antes de que se te acabe la atención del grupo.

Después señaló la jarra de verdad, la que estaba junto al fuego. Después señaló el dibujo. Después señaló su propia boca.

Tomás, que había estado espiándolo, se acercó despacio.

Eduardo repitió el gesto. Jarra. Dibujo. Boca.

Y Tomás dijo:

—*Aiga.*

Eduardo se enderezó tan rápido que casi se cae.

—¿Cómo?

—*Aiga* —repitió Tomás, y agarró la jarra y la sacudió—. *Aiga.*

—Aiga —dijo Eduardo—. Aiga. Agua. Aiga.

Escribió, debajo del dibujo, con letras latinas que nadie en ese mundo podía leer: *AIGA*.

Y a un lado, más chiquito: *agua*.

Luego levantó la cabeza y miró a Tomás con una cara que Tomás no le había visto todavía, la cara de un hombre al que acaban de devolverle una herramienta que creía perdida, y dijo, en español, sin poder evitarlo:

—A ver, a ver, a ver. Ven. Ven, ven, ven. Siéntate.

Y le dio unas palmadas al suelo.

Tomás se sentó.

Estuvieron dos horas.

Cuando Ernesto volvió del reconocimiento, ya de tarde, se encontró a su recluta más joven y al extranjero sentados hombro con hombro sobre una tabla llena de garabatos negros, gritando palabras el uno contra el otro, señalando árboles, ollas, botas, el cielo, la nariz de Tomás, y riéndose como idiotas.

Bruno pasó a su lado con un fardo al hombro.

—Lleva así toda la tarde —dijo—. Está enseñándole a hablar. O el chico le está enseñando. No he podido decidirlo.

Ernesto no contestó.

Se quedó mirando la tabla.

Había una jarra, una hogaza, un árbol, una bota, un caballo espantoso y una fila de rayas junto a cada dibujo. Y entre los dibujos, unos signos apretados, ordenados en dos columnas, alineados, uno enfrente del otro.

Ernesto no sabía leer. Casi nadie sabía leer.

Pero cualquiera puede reconocer una tabla ordenada en dos columnas, y cualquiera que haya visto alguna vez a un hombre trabajar puede reconocer cuándo un hombre está trabajando.

No está jugando, pensó Ernesto. *Está construyendo algo.*

Como no supo qué hacer con eso, hizo lo que hacía siempre: fue a revisar los caballos.

* * *

El aparato negro murió el día once.

Eduardo lo había estado racionando desde el principio con una disciplina de superviviente: encenderlo un minuto al día, siempre solo, siempre lejos, siempre de espaldas. Cincuenta y siete por ciento. Cuarenta y ocho. Treinta y nueve.

No había señal ni nada que consultar. Lo encendía para ver la foto.

Eran cuatro fotos, en realidad. Su madre en el patio, entrecerrando los ojos, con la bugambilia atrás. Sus alumnos del grupo 4B haciendo el ridículo el último día de clases. Un perro callejero de la Narvarte al que le daba croquetas y que se llamaba, para él y para nadie más, Kevin. Y una del departamento vacío, tomada sin ningún motivo, un martes, porque le había gustado cómo entraba la luz.

Esa última era la peor. Esa era la que se quedaba viendo.

El día once, con quince por ciento, se apartó del campamento, se sentó contra un árbol y encendió el teléfono por última vez.

Se quedó ahí hasta que se apagó solo.

No fue rápido. Un teléfono muriéndose no es rápido. La pantalla se puso roja, avisó dos veces, siguió funcionando un rato con esa terquedad de las máquinas, y Eduardo miró la foto de la sala de su casa —el sillón azul, el librero, la luz de las cinco de la tarde en el piso— hasta que la imagen se contrajo en una línea y desapareció.

Se quedó con el rectángulo negro en la mano.

No lloró. Se le había acabado, por esa semana.

Lo que hizo fue mucho peor y mucho más suyo: se lo guardó en el bolsillo. Con cuidado. Como se guarda algo que va a hacer falta.

Y cuando volvió al fuego, Ernesto lo estaba mirando.

Eduardo se sentó en su sitio de siempre y no dijo nada, y Ernesto tampoco, porque Ernesto no tenía palabras para dárselas y porque, aunque las hubiera tenido, no era hombre de usarlas para eso.

Lo que hizo fue levantarse, ir a la olla, servir un cuenco, y ponérselo en las manos.

Después, sin que hiciera ninguna falta, sin que nadie estuviera mirando, sin que hubiera ya ninguna duda sobre el veneno ni sobre nada, Ernesto metió los dedos en el guiso, se llevó un pedazo a la boca y se lo comió.

Eduardo levantó la vista.

Ernesto se encogió de hombros.

Ninguno de los dos supo, esa noche, que acababa de ocurrir algo. Ernesto pensó que había hecho una tontería y se sintió estúpido durante como una hora. Eduardo pensó, en español, sin desarrollarlo, una frase que después no iba a poder recordar bien:

Ay, no. No, no, no. Con esto no.

Y se comió el guiso.

Capítulo 4

Lo que no obedece

La primera vez que Eduardo rompió algo a propósito fue en el puesto de Vega Alta, en una habitación de piedra con techo de vigas, la mañana del vigésimo tercer día.

Era el primer techo bajo el que dormía desde la fractura. Vega Alta no era un castillo; era un cuadrado de muros gordos y bajos con un pozo en medio, un establo, una torre chaparra y tres construcciones adosadas, y en una de ellas —un cuarto largo con seis jergones y una mesa— la Compañía tenía derecho de descanso mientras esperaban órdenes que llevaban ya semanas sin llegar.

Eduardo tenía el jergón del rincón.

Estaba solo. Los demás habían bajado al patio. Y sobre la mesa, a cuatro pasos de él, había una taza de barro.

Llevaba tres semanas juntando evidencia.

Ese era el problema —el problema que después iba a explicarle a Ernesto muchas veces y que Ernesto no iba a terminar de comprender nunca del todo—: Eduardo no podía **no** juntar evidencia. Estaba construido así. Le habían pasado cosas imposibles en su departamento, le habían pasado cosas imposibles antes del departamento, le seguían pasando cosas raras ahí, y un hombre que dedica su vida a explicar no puede convivir con una anomalía sin apretarla a ver qué suelta.

Su libreta mental decía, más o menos:

1. La lámpara. El banco flotando. Los libros. La grieta.

2. Aquí: el cinturón de Bruno que apareció donde yo ya había buscado. La lluvia que paró cuando pensé que ojalá parara (probablemente nada). El caballo que se me quedó viendo.

3. Anoche: soñé con mi mamá, me desperté, y las cuatro velas de la mesa estaban apagadas y la mecha tibia. Nadie las apagó. La puerta estaba trancada por dentro.

Ese último era el que no lo dejaba dormir. Las velas.

Se sentó en el borde del jergón y miró la taza.

—A ver —dijo en voz alta, en español, porque llevaba tres semanas sin poder decir en voz alta nada que significara algo y hablar solo se había vuelto una necesidad médica—. Vamos a hacer esto bien. Hipótesis: puedo mover cosas. Método: intentar mover una cosa. Variable de control: no hay, obviamente, porque no tengo ni idea de qué estoy haciendo. Excelente diseño experimental, doctor Rendón.

Estiró la mano.

Se concentró en la taza.

No pasó nada.

Estuvo así casi un minuto, con el brazo extendido, sintiéndose el hombre más ridículo de dos siglos, mirando una taza de barro con toda la fuerza mental de la que era capaz. Le empezó a temblar el hombro. Bajó la mano.

—Bueno —dijo—. Pues era eso. Ya estás mal de la cabeza. Se acabó el misterio.

Sintió alivio. Un alivio inmenso, real, casi feliz. *Estoy loco. Perfecto. Loco puedo manejarlo, loco ya lo conozco.*

Se levantó para ir por la taza, porque tenía sed.

En ese momento, exactamente en ese —cuando dejó de intentarlo, cuando su cuerpo simplemente **quiso** la taza sin ninguna teoría de por medio—, la taza salió disparada.

Cruzó los cuatro pasos en línea recta a la altura del pecho y se estrelló contra el muro de piedra con un estampido seco y se convirtió en once pedazos.

Eduardo se quedó de pie en medio del cuarto con la mano a medio levantar.

—Ah —dijo.

Y después, muy despacio, se sentó en el suelo.

* * *

Los siguientes cuatro días fueron los peores de todos, y también, aunque le costó admitirlo, los más felices que había tenido desde el bosque.

Porque tenía un problema. Un problema de verdad, delimitado, reproducible —bueno, casi reproducible—, un problema que ocupaba la parte de su cabeza que llevaba tres semanas dando vueltas en el vacío. Eduardo tenía por fin algo que estudiar, y estudiar era, para él, una forma de la esperanza.

Fue un desastre.

El día veinticuatro intentó encender el fuego del cuarto. Estaba solo otra vez —se aseguraba de estar solo, siempre— y había cuatro leños en el hogar y él quería, con toda su alma, que se encendieran, porque hacía frío y porque quería probar si servía para algo.

Los cuatro leños subieron a la vez hasta el techo.

Se quedaron ahí un segundo largo, girando lentamente, y cayeron. Uno le dio en el pie. Eduardo se mordió el puño para no gritar y estuvo cojeando dos días, y cuando Anselmo le preguntó qué le había pasado, Eduardo hizo un gesto vago y dijo, en su vocabulario de cincuenta palabras:

—Yo. Tonto. Madera. Pie.

Anselmo asintió lentamente y no le creyó nada.

El día veinticinco Bruno lo mandó a cerrar la puerta del establo, que estaba golpeando con el viento. Eduardo fue con las mejores intenciones del mundo, y la puerta —una puerta de tablones de dos dedos de grueso, con goznes de hierro forjado que el propio Bruno había puesto el invierno anterior— salió volando.

Se arrancó de los goznes, atravesó el patio girando como una hoja y se partió en dos contra el brocal del pozo.

Hubo mucho grito.

Bruno lo agarró de la pechera de la camisa, y Bruno era un hombre que había sido herrero antes que soldado y podía levantar a un ternero, y le gritó a la cara durante como cuarenta segundos.

Eduardo no se defendió. Ni siquiera lo intentó. Se quedó ahí colgando de sus propias ropas, mirando los pedazos de la puerta, y lo único que dijo, cuando Bruno se calló para tomar aire, fue una de las primeras cinco palabras que había aprendido:

—Perdón.

Luego, señalando la puerta rota y luego a sí mismo y negando con la cabeza:

—Yo no... yo no *querer*. Yo no querer.

Bruno lo soltó.

Aquí ocurrió una cosa que Eduardo tardó en entender, porque venía de una ciudad donde la gente se enoja de otra manera. Bruno se quedó mirándolo. Miró la puerta. Miró los goznes retorcidos —los goznes de hierro, arrancados de la piedra— y algo se le movió en la cara.

—¿Tú hiciste eso? —dijo, señalando.

Eduardo no entendió las palabras. Entendió el dedo.

Bajó la cabeza y asintió.

Bruno soltó el aire. Se rascó la barba. Se agachó, levantó una de las mitades de la puerta, la sopesó y la volvió a dejar caer.

Y se echó a reír.

Se rió muchísimo. Se rió hasta doblarse. Se rió con esa risa suya de perro grande, y Tomás, que había llegado corriendo, se contagió, y después Jimena, y para cuando Vidal salió a ver qué escándalo era ése, Bruno estaba sentado en el suelo del patio junto a los restos de su propia puerta, secándose los ojos, señalando al extranjero.

—Cuatro meses —dijo Bruno—. Cuatro meses tardé en montar esa puerta. Con este frío. Con estas manos. —Se volvió a reír—. Y llega el señorito de los zapatos pintados y me la manda al pozo.

—Capitán —dijo Vidal, sin sonreír—. ¿Has visto los goznes?

Ernesto los había visto.

Estaba en la puerta del cuarto largo, con los brazos cruzados, y no se estaba riendo.

* * *

Bruno lo perdonó esa misma tarde, porque Bruno era incapaz de sostener nada durante más de seis horas, y a la mañana siguiente lo puso a serrar tablones nuevos con él, que era su manera de decir que no pasaba nada.

Y así empezó la temporada absurda.

Porque a partir de la puerta, la Compañía supo. Y saber, resultó, no los volvió cautelosos: los volvió insoportables.

Tomás empezó a imitarlo. Estiraba la mano hacia un cuenco con la cara muy seria, decía *hnnnnnng* y luego se agarraba la cabeza fingiendo un dolor terrible. Lo hacía por lo menos tres veces al día. Eduardo aprendió a lanzarle cosas.

Bruno adoptó la costumbre de decirle *cuidado con la puerta* absolutamente cada vez que se cruzaban en un umbral, durante meses, hasta muchísimo después de que dejara de tener gracia, que era precisamente el punto.

Jimena empezó a pedirle que le alcanzara cosas. *Extranjero, mi arco.* Y cuando Eduardo iba a levantarse, ella decía: *No, no. Desde ahí.* Y se moría de risa.

Anselmo, en cambio, se puso a trabajar.

El médico apareció una tarde en el cuarto largo con una tablilla, un punzón y una cara de contención imposible.

—Enséñame —dijo.

Eduardo no entendió, pero entendió la tablilla.

Estuvieron tres horas. Fue la conversación más frustrante y más gozosa que Eduardo había tenido desde que llegó: dos hombres inteligentes sin lengua común intentando diseñar un experimento a base de dibujos. Anselmo ponía una piedra en la mesa. Eduardo la miraba. Anselmo hacía un gesto de *ahora*. Eduardo se concentraba. La piedra no se movía. Anselmo apuntaba algo en la tablilla.

Diecinueve intentos. Diecinueve fracasos.

Al vigésimo, Eduardo perdió la paciencia. Fue una cosa pequeña: llevaba tres horas quedando en ridículo delante del único hombre de ese mundo que lo trataba como a un igual intelectual, tenía hambre, tenía frío, tenía veintiséis días de llevar dentro un país entero que ya no existía, y de pronto se le juntó todo y golpeó la mesa con las dos manos y dijo:

—¡Es que no funciona así!

La carreta del patio —cargada, con dos ruedas, veintitantas arrobas de forraje— se movió tres metros de lado.

Se oyó desde adentro. El chirrido, el bufido de los caballos, el grito de alguien.

Anselmo, muy despacio, dejó el punzón sobre la mesa.

—Ah —dijo—. Ya veo.

Escribió algo. Levantó la vista.

—No es la mano —dijo, y se tocó la sien, y luego, corrigiéndose, se tocó el centro del pecho—. Es esto.

Eduardo se quedó viéndolo.

De todas las cosas que le habían pasado en veintiséis días, ésa fue la que estuvo más cerca de quebrarlo: que un hombre que no compartía con él una sola palabra hubiera llegado en tres horas a la conclusión que a él le había costado tres semanas.

Asintió.

Y se tocó el pecho también.

* * *

La noche del día treinta despertó a un metro del suelo.

No fue elegante.

Abrió los ojos en la oscuridad porque tenía frío en la espalda, y lo primero que pensó fue que se le había caído la manta. Lo segundo que pensó fue que la manta estaba ahí, delante de su cara, extendida en el aire como una bandera. Lo tercero fue que él también.

Estaba boca arriba, flotando, a la altura de la mesa. Alrededor de él giraba muy despacio una constelación doméstica y estúpida: la manta, sus dos botas, un cuenco, el punzón de Anselmo, tres piedras del suelo, un cinturón, y —esto lo iba a atormentar durante años— el orinal, vacío, gracias a Dios.

Eduardo gritó.

Gritó en español, muy fuerte, y lo que gritó fue:

—¡NO, NO, ESTOY DORMIDO, ESTOY DORMIDO, ESTOY DORMIDO!

Y todo se cayó de golpe.

Él incluido. Un metro sobre un jergón de paja y sobre Tomás, que dormía al lado y que se llevó una bota en el estómago y un adulto de noventa kilos en la pierna.

El cuarto se llenó de gente en cuatro segundos. Bruno con un cuchillo. Jimena con el arco. Vidal con nada, porque Vidal a los cincuenta y seis ya no corría por nadie. Ernesto con una vela.

Encontraron a Eduardo sentado en el suelo, enredado en su propia manta, jadeando, con las dos manos en la cara, y a Tomás doblado a su lado diciendo *ay, ay, ay* con un hilo de voz.

—¿Qué ha pasado? —dijo Ernesto.

Nadie contestó, porque el único que sabía no podía decirlo.

Entonces Tomás, todavía doblado, todavía con la mano en el costado, levantó la cabeza y se quedó mirando a Eduardo y dijo, en un tono completamente distinto:

—Capitán.

—¿Qué?

—Los ojos.

Ernesto acercó la vela.

Eduardo se quitó las manos de la cara.

Tenía los ojos rojos.

No enrojecidos: **rojos**. El iris entero, de un rojo oscuro y sin brillo, más cerca del vino que de la sangre, con vetas de un tono más profundo todavía, y

detrás del color algo que se movía muy despacio, como se mueve el fondo de una fragua cuando ya no hay llama.

Duró unos cinco segundos.

Después se apagó, de dentro hacia fuera, y volvieron a ser cafés.

Nadie se movió.

Eduardo miró las caras que lo rodeaban a la luz de la vela —el cuchillo de Bruno todavía en alto, Jimena contra el marco de la puerta, Tomás con la boca abierta, Vidal muy quieto, Ernesto sosteniendo la llama— y entendió perfectamente, sin necesidad de ninguna palabra, lo que acababa de pasar.

Se le llenaron los ojos de lágrimas. Otra vez. Qué asco, pensó, otra vez.

Levantó las dos manos, abiertas, y dijo lo único que sabía decir:

—Yo no querer. Yo no querer. Perdón. Perdón.

Luego, buscando, raspando el fondo del cajón de sus cincuenta palabras, encontró una que sí tenía y que era exactamente la que hacía falta, y la dijo mirando a Ernesto:

—Miedo.

Bajó la cabeza.

—Yo. Miedo. Yo.

* * *

Ernesto mandó a todos a dormir.

Lo hizo con esa voz suya de tres palabras que no admitía discusión, y todos obedecieron, y Bruno rezongó desde su jergón durante un rato y después se quedó callado.

Ernesto no se acostó.

Se sentó en el borde de la mesa con la vela apagada y se quedó mirando la oscuridad donde estaba el rincón del extranjero, y pensó, ordenadamente, como pensaba todo.

Un hombre que puede arrancar una puerta de sus goznes es un arma.

Un hombre que puede arrancar una puerta de sus goznes y que no sabe cuándo lo va a hacer es un peligro.

Un hombre que puede arrancar una puerta de sus goznes, que no sabe cuándo lo va a hacer, y que llora de vergüenza cuando lo hace, es...

Ernesto se quedó atorado ahí.

Porque su oficio le ofrecía un juego completo de palabras para esto —*arma*, *peligro*, *recurso*, que era la que habría usado el comandante de la Marca, *señal*, que era la que habrían usado los de la Orden— y ninguna le servía.

La palabra que le venía, mirando la oscuridad, era una que él no usaba nunca porque le parecía de gente que no ha visto nada:

Pobre.

Se frotó la cara con las dos manos.

—Estás muy cansado, Valdas —se dijo a sí mismo, en voz baja.

Y se fue a acostar.

* * *

Once días después, en el camino de Vega Alta a Ribas, los emboscaron.

Fue una cosa chica y sucia. Cuatro o cinco desertores de Ísel, hambreados, mal armados, que les cayeron encima en un vado con la intención de llevarse el macho de carga. Duró menos de dos minutos. Bruno mató a uno, Jimena hirió a otro en el muslo desde doce pasos, y el resto salió corriendo hacia el bosque.

Eduardo no participó. Eduardo hizo exactamente lo que Ernesto le había enseñado a hacer con dos gestos y un empujón semanas atrás: se tiró al suelo detrás de la carga y se quedó ahí.

Fue mientras se levantaba.

Uno de los que huían se volteó a diez pasos y soltó la flecha de puro rencor, sin apuntar, como se escupe. Iba a la espalda de Eduardo. Ernesto la vio salir y no alcanzó a gritar, y en los once años que llevaba en esto había aprendido a saber, en el momento en que una flecha sale, si va a dar o no va a dar.

Esa iba a dar.

Le iba a entrar por debajo del omóplato izquierdo.

A cosa de un palmo de la espalda de Eduardo, la flecha **se movió**.

Cambió de dirección sin tocar nada, secamente, un ángulo pequeño y limpio, como si alguien la hubiera empujado con un dedo, y pasó rozándole el brazo y se clavó temblando en el tronco de un aliso.

Eduardo se levantó, se sacudió la tierra de las rodillas, miró alrededor, vio que todo había terminado y suspiró con alivio.

No la había visto.

No se había enterado.

Preguntó, en su lengua de bebé, si todos estaban bien. Fue a ver a Tomás. Le ayudó a Bruno a levantar el fardo caído. Estuvo el resto del día especialmente hablador, porque los sustos lo ponían así.

Ernesto se acercó al aliso cuando nadie miraba.

La flecha estaba clavada a la altura de su pecho. La arrancó. Le dio vuelta entre los dedos.

Después miró al extranjero, que estaba en cuclillas a treinta pasos enseñándole a Tomás cómo se dice *piedra* en una lengua que no existía en ese mundo, riéndose de la pronunciación del muchacho, con la manta de Bruno sobre los hombros y una brizna de paja pegada en el pelo.

Ernesto se guardó la flecha en el cinto.

No se la enseñó a nadie.

La conservó veinte años.

Capítulo 5

Tres lenguajes

Eduardo hizo lo que sabía hacer: convirtió el desastre en un plan de estudios.

Le pidió a Anselmo pergamino y no se lo dieron, porque el pergamino costaba lo que costaba un cordero. Le pidió tablillas y le dieron dos. Cuando las llenó, aprendió a rasparlas con un cuchillo sin filo y a empezar otra vez, y esa mecánica —escribir, borrar, volver a escribir— le pareció, cuando lo pensó, una descripción bastante exacta de su vida nueva.

Su sistema tenía tres columnas.

En la primera, un dibujo. En la segunda, la palabra en la lengua del reino, escrita con letras latinas y una transcripción fonética inventada por él, con acentos y guiones y una barrita para las vocales que no existían en español. En la tercera, la palabra en español.

Los sustantivos concretos fueron fáciles y fueron muchos: en seis semanas tenía trescientos y pico. Los verbos fueron una pesadilla. ¿Cómo dibujas *esperar*? ¿Cómo dibujas *deber*? Se le ocurrió representar las acciones con secuencias de tres viñetas, como una tira cómica, y el día que Tomás entendió la primera secuencia —hombre de pie, hombre inclinado, hombre con un cubo lleno: *llenar*— Eduardo levantó los brazos y gritó, y Tomás gritó, y Bruno les dijo desde el otro lado del patio que se callaran.

Aprendió la lengua del reino más rápido de lo que nadie esperaba, y muchísimo más lento de lo que él quería.

No era una lengua difícil, comparada con lo que podría haber sido. Tenía dos géneros, cinco casos que Eduardo pasó tres semanas negando y luego dos meses odiando, verbos con una irregularidad brutal en el pasado y una música muy cerrada, con muchas consonantes juntas y unas vocales que a él se le escapaban por la nariz.

Aiga, agua. *Ponn*, pan. *Foc*, fuego. *Ei*, sí. *Nac*, no. *Veno*, ven. *Arta*, espera.

Hen, casa.

Hentar, familia.

Eduardo se quedó viendo esas dos palabras en su tablilla mucho rato, la tarde que las escribió. *Hen. Hentar.* Casa, y los de la casa. En español pasaba parecido, había una relación vieja entre *familia* y *casa*, sólo que enterrada, en latín, donde ya no la ve nadie.

Aquí no estaba enterrada. Aquí la oías.

Anotó, en la tercera columna, en español, con su letra de pizarrón:

hentar = familia. (los de la casa). ojo: no es sangre. es quién duerme bajo tu techo.

Luego, más chiquito, porque era de noche y estaba cansado y a esa hora se le aflojaba la disciplina:

¿?

* * *

Hubo una temporada gloriosa de errores.

Eduardo pidió agua y pidió una pala. La palabra era *aiga* y él dijo *ainga*, que era, con un giro que Jimena consideró el mejor chiste natural de su vida, la palabra para pala. Bruno le trajo una pala. Eduardo dijo que gracias y se quedó con la pala en las manos, sediento, veinte minutos, hasta que Tomás vino a rescatarlo llorando de risa.

Aprendió mal la palabra para *carne* y estuvo cuatro días llamando *carne* a los caballos.

Confundió el imperativo con el vocativo y le ordenó a Vidal, delante de todos, con la mayor cortesía, que se muriera. Quería decir *buenas noches*.

Vidal se rió tanto que tuvo que sentarse.

En la otra dirección funcionaba igual, porque Eduardo enseñaba. No podía evitarlo; era una glándula. En cuanto tuvo cien palabras empezó a devolver el favor, y así fue como el español entró en la Compañía por la puerta de atrás.

Empezó con *árbol*. Señaló un árbol y dijo *árbol*, y luego señaló a Ernesto y esperó.

—Á-bol —dijo Ernesto.

—Árbol.

—Ábol.

—Ár-bol. La erre. *Rrrr.*

—Rrr.

—¡Eso! Ár-bol.

—Ábol.

Eduardo se dio por vencido y luego se dio cuenta de que él llevaba tres semanas diciendo *gëstan* en vez de *gestan* y que la diferencia era, para el oído de Ernesto, exactamente igual de ridícula. Se lo dijo por señas. Ernesto no se rió, pero movió la boca de esa manera que Eduardo ya había aprendido a identificar como el equivalente en el capitán de una carcajada.

Cinco palabras españolas se quedaron a vivir en la Compañía y ya no se fueron nunca.

Gracias, porque en la lengua del reino se agradecía con una fórmula larga y solemne que servía para los señores y no para pasarle a alguien la sal, y a la gente le gustó tener una palabra chica.

Buenos días, que Bruno adoptó de inmediato y que pronunciaba *bonosdías*, todo junto, gritándolo, siempre demasiado temprano y siempre en la oreja de alguien.

Poco a poco, que Eduardo decía cincuenta veces al día —a sí mismo, cuando fallaba; a Tomás, cuando se atoraba con las letras; al caballo, cuando el caballo no quería— y que la Compañía adoptó como una especie de encogimiento de hombros filosófico.

Hogar, que Eduardo intentó enseñar como sinónimo de *hen* y que no lo era, y que él trató de explicar durante media hora con dibujos y no pudo, hasta que dijo, en su lengua rota: *"Casa es... paredes. Hogar es... quién adentro."* Vidal asintió despacio y dijo que en la lengua vieja había habido una palabra así y que ya no se usaba.

Y *mi amor*.

Ésa entró por accidente. Eduardo se lo decía a Tomás. Se lo decía como se lo dice una tía mexicana a un sobrino, sin ningún peso, *ay, mi amor, así no*, corrigiéndole la mano al escribir, y para cuando entendió lo suficiente de la lengua del reino como para saber lo que había estado diciendo en público durante dos meses, ya era demasiado tarde: Tomás lo repetía, Bruno lo usaba para burlarse de Bruno mismo, y Jimena se lo decía a su caballo.

Eduardo se puso rojo hasta las orejas e intentó explicar el matiz.

Nadie le hizo caso.

Una vez —una sola vez, en marzo, con la nieve derritiéndose y las botas empapadas y todo el mundo de mal humor—, Ernesto le pasó por delante cargando un fardo y dijo, con un acento espantoso, sin voltear:

—Poco a poco, mi amor.

Eduardo se quedó parado en el barro cinco segundos largos.

Ernesto siguió caminando.

No había querido decir nada. Ernesto no sabía lo que había dicho; había repetido un ruido gracioso, como repetía *bonosdías*, para hacer reír a Bruno. Eduardo lo entendió perfectamente en ese mismo instante y se lo repitió mentalmente dos o tres veces con mucha firmeza mientras terminaba de cargar el fardo.

Esa noche estuvo especialmente callado, y nadie lo notó excepto Vidal, que lo notaba todo y no decía nada nunca.

* * *

La segunda lengua no tenía diccionario.

Eduardo intentó armarle uno igual. Le dedicó una tablilla entera, con las tres columnas y todo, y le puso de título, en español, *LA COSA*, porque no sabía cómo llamarla.

En la columna del medio, donde debía ir la palabra en la lengua del reino, no había nada. Ahí estaba el problema.

La primera hipótesis fue la voluntad. La descartó rápido: había querido mover la taza con toda su voluntad durante un minuto entero y no había pasado nada, y la había movido en el momento exacto en que dejó de quererlo.

La segunda fue la emoción. Duró más, y era mejor, pero tampoco cerraba: Eduardo había estado furioso muchas veces sin que se moviera nada, y había estado tranquilo la mañana que se le apagaron las velas.

La tercera —y ésta se le ocurrió una noche de enero, dando vueltas en el jergón, y se sentó de golpe en la oscuridad— fue la necesidad.

Anotó al día siguiente, en español:

No responde a lo que quiero. Responde a lo que necesito.

Corolario horrible: entonces no la controlo yo. La controla la parte de mí que no me consulta.

Y debajo, tres días después, con otra letra, más apretada:

Corolario peor: no sé qué necesito. Nunca he sabido.

Fue la única página de sus tablillas que raspó sin copiarla a otro lado.

Los datos, en cambio, se le acumulaban solos, y eran obstinadamente domésticos.

Si se asustaba, las velas se apagaban. Siempre. Sin excepción, todo el invierno. Llegó a ser un chiste interno de la Compañía: si el cuarto se quedaba a oscuras de golpe, alguien preguntaba *¿qué le hicieron al extranjero?*, y Tomás siempre contestaba *nada*, con una inocencia sospechosa, porque a Tomás le había dado por asustarlo.

Si estaba contento —contento de verdad, no de cortesía—, las cosas florecían. Literalmente. En febrero, en pleno invierno, con hielo en el pilón, apareció un cardo florecido junto a la pared sur del establo, y luego otro, y para marzo había una franja de tres pasos de largo, pegada a la piedra, en la que crecía todo lo que se le antojaba y en la época que se le antojaba. Vidal la llamó *el huerto del extranjero*. Eduardo, que tardó semanas en aceptar que era él, se paraba ahí a veces a mirar las flores con una expresión que a Anselmo le parecía preocupante.

Si se sentía culpable, el aire se ponía tenso. Eso no lo notaba él; lo notaban los demás. Bruno lo describió una vez, con un talento que no se le conocía, como *estar en un cuarto donde alguien acaba de gritar y tú no lo oíste*.

Si tenía una pesadilla, se abrían las trancas.

Si estaba enfermo, no se enfermaba nadie más.

Si buscaba algo, lo encontraba en menos de un minuto. Siempre. Ernesto fue el primero en darse cuenta de esto, en abril, y se pasó una semana probándolo en secreto —escondiéndole cosas, mandándolo por objetos que estaban en lugares imposibles— hasta que se sintió sucio y lo dejó.

Una vez, sólo una, en marzo, Eduardo dijo en voz alta, mirando la tierra reseca de un caserío por el que pasaban, con un fastidio de hombre de ciudad que se compadece a distancia:

—Ay, ojalá lloviera.

Esa noche cayó una tormenta que arrancó dos tejados, ahogó a media docena de cabras y se llevó por delante el molino de agua de un pueblo que Eduardo no vio nunca.

Ellos se enteraron cuatro días más tarde, de paso, por un arriero.

Eduardo escuchó la noticia con la lengua todavía torpe, la entendió a medias, pidió que se la repitieran, la entendió del todo, y se levantó y se fue detrás del establo.

Ernesto lo encontró ahí una hora más tarde, sentado en el suelo, con la espalda contra la pared y las rodillas contra el pecho.

No sabía qué decirle. Tenía como quince palabras en español y ninguna servía. Se sentó a su lado, en la tierra, con la espalda contra la misma pared.

Estuvieron ahí hasta que oscureció.

En algún momento Ernesto dijo, en la lengua del reino, muy despacio, con las pausas que había aprendido a poner para que el extranjero pudiera seguirlo:

—Aquí. Llueve. Todos los años.

Eduardo no contestó.

—Yo he visto —siguió Ernesto—. Diez tormentas. Veinte. Antes de ti.

Silencio.

—No lo sabes —dijo Eduardo por fin, y le salió bien la frase, y odió que le saliera bien—. No lo sabes tú. No lo sé yo.

Ernesto lo pensó.

—No —admitió—. No lo sé.

Y se quedó ahí de todas formas.

Eduardo escribió esa noche, en la tablilla, en español:

Regla 1: nunca decir en voz alta lo que quiero.

La cumplió durante siete años.

* * *

La tercera lengua no la estudió. Se le fue metiendo.

Fue aprendiendo, sin proponérselo, cosas como éstas:

Que Ernesto comía el último. Siempre. Servía, repartía, se aseguraba de que todos tuvieran, y después se sentaba con lo que quedaba, y si no quedaba mucho decía que no tenía hambre, y era mentira las siete veces de cada diez que Eduardo llegó a contar.

Que Ernesto se acostaba el último y se levantaba el primero, y que se ponía la primera guardia y también la segunda cuando alguien estaba enfermo, y que nadie se lo agradecía porque hacía años que nadie se acordaba de que no era obligatorio.

Que Bruno se burlaba de la gente exactamente en proporción a lo preocupado que estaba por ella. Eduardo tardó cuatro meses en descifrar esto y cuando lo descifró le dio ternura y también una tristeza extraña. La semana que

Tomás tuvo fiebre, Bruno se burló de Tomás con una crueldad tan sostenida que Eduardo estuvo a punto de encararlo, hasta que a las tres de la mañana lo vio ir a ponerle una manta encima.

Que Anselmo observaba antes de juzgar, siempre, incluso cuando el juicio era obvio y urgente, y que eso lo hacía lento y también lo hacía justo.

Que Jimena hablaba poco y que su silencio no significaba enojo, cosa que a Eduardo —criado entre gente que llena todos los huecos— le costó un semestre entero de malentendidos.

Que Vidal entendía los silencios ajenos con una precisión de relojero y que no los explicaba nunca, sino que se limitaba a acomodar la situación desde afuera: mandaba a alguien por leña justo cuando ese alguien necesitaba estar solo, cambiaba de tema medio segundo antes de que hiciera falta.

Que Tomás no tenía miedo a hacer el ridículo. Ninguno. Cero. Y que por eso era, con diferencia, el mejor maestro de todos.

Y que nadie, jamás, bajo ninguna circunstancia, decía en voz alta que tenía miedo.

Ésa fue la más difícil, y fue en la que Eduardo se metió a martillazos, como se metía en todo.

Porque él sí lo decía. Lo decía de más, según Bruno. Decía *me da miedo*, decía *estoy triste*, decía *hoy no puedo*, y las primeras veces la Compañía reaccionó con un desconcierto casi físico, como si les hubiera hablado de sus hemorroides. Con el tiempo dejaron de reaccionar. Y con más tiempo —mucho más, casi un año— pasó algo que Eduardo no había planeado en absoluto: una noche, después de una escaramuza fea en un vado, Jimena dijo en voz alta, mirando el fuego:

—Yo hoy tuve miedo.

Nadie contestó.

Pero al día siguiente Bruno dijo que él también.

* * *

Y estaba, además, la música.

Eduardo cantaba. Cantaba en la marcha cuando se podía cantar, cantaba fregando, cantaba al ensillar, cantaba en la letrina, cantaba mientras molía, cantaba en español y en inglés y a veces en unas sílabas que no eran nada.

Para la Compañía, todo lo que Eduardo cantaba era de Eduardo. No existía otra explicación posible. En ese mundo no había nadie más que hubiera oído nunca una canción de Elvis Presley, y por lo tanto todas las canciones de Elvis Presley eran del extranjero, igual que sus zapatos pintados y sus manías de lavarse.

Al principio les pareció incomprensible. La música del reino era música de ocasión: se cantaba en la siega, en la boda, en el entierro, en la taberna. Un hombre solo cantando mientras acarreaba agua, sin ocasión, sin nadie a quien cantarle, era un espectáculo tan raro como un hombre solo bailando.

Una tarde de abril estaban reparando un carro. Bruno martilleaba. Ernesto afilaba. Eduardo, aburrido, sosteniendo un eje, se puso a cantar bajito en inglés.

Era una canción lenta. Antigua incluso para él. Cuatro acordes, una voz que sube con mucho cuidado, un hombre pidiéndole permiso a alguien para enamorarse.

Nadie entendió una palabra.

Todos entendieron el tono.

Bruno dejó de martillear a la mitad y no supo por qué. Jimena, sentada contra la rueda, cerró los ojos. Ernesto siguió pasando la piedra por el filo, más despacio, y en algún punto dejó de mirar el filo.

Cuando terminó, Tomás preguntó:

—¿Qué dice?

Eduardo abrió la boca.

Tenía cuatrocientas palabras. Necesitaba unas nueve mil.

Se quedó ahí un momento, buscando, con la cara de un hombre intentando meter un mar en un cubo, y al final dijo, despacio, mal, poniendo cada palabra en su sitio como quien coloca piedras para cruzar un arroyo:

—Habla... de amar. Aunque... —se detuvo, buscó, no encontró el verbo, se llevó la mano al pecho y apretó— ...aunque da miedo.

Tomás asintió, satisfecho, y volvió a lo suyo.

Ernesto no volvió a lo suyo.

Ernesto se quedó con la piedra de afilar en la mano, mirando el filo sin verlo, y pensó una cosa que le duró tres segundos y que no le gustó nada, y fue ésta:

No la ha cantado para el chico.

Después se dijo que estaba muy cansado, que llevaba doce años durmiendo mal, y siguió afilando.

Capítulo 6

La trampa

Ribas había sido un pueblo.

Ahora era ocho casas sin techo, un horno comunal medio derrumbado y un muro de contención al que le habían sacado las piedras buenas. Los de Ísel habían pasado por ahí el otoño anterior y la gente se había ido al sur, y la Compañía llevaba nueve días acampada dentro del casco del pueblo porque tenía muros, tenía pozo y tenía, sobre todo, una sola entrada.

Ernesto había minado el resto.

No con nada complicado: era lo que se hacía. Dos loberas en la ladera oeste, tapadas con ramas, con estacas de fresno endurecidas al fuego en el fondo. Un cordel a la altura del tobillo entre dos casas, atado a una pila de cacharros, para que nadie entrara de noche sin anunciarse. Y una lanza de resorte —un tronco joven doblado y trabado, con dos puntas de hierro amarradas, que se disparaba a la altura del vientre— cubriendo el hueco del muro por donde un hombre podía colarse si conocía el terreno.

Se lo había explicado a todos la primera noche. Uno por uno, señalando en la tierra, con el dedo, marcando el mapa: *aquí no. Aquí no. Aquí nunca.*

A Eduardo se lo había explicado dos veces.

Eduardo había asentido las dos veces, y había repetido las palabras, y había dibujado el pueblo en su tablilla con una X en cada punto, y Ernesto se había quedado tranquilo porque el extranjero, para lo torpe que era, tenía una memoria absurda para las cosas dibujadas.

El problema fue una palabra.

* * *

Al décimo día, a media tarde, Ernesto necesitaba leña seca.

Estaban Bruno y él arreglando la rueda del carro, con las manos ocupadas y el ánimo corto, y quedaba una hora de luz. Ernesto levantó la cabeza y vio a Eduardo cruzando la plaza con dos cubos y le dijo, sin pensarlo mucho, en la lengua del reino, hablando rápido porque estaba concentrado en la rueda:

—Extranjero. Leña seca. La del pajar de arriba.

Y volvió a la rueda.

Eduardo entendió *leña seca*. Entendió *arriba*.

No entendió *pajar*, porque *pajar* era una palabra que no había aprendido, y porque en la lengua del reino la palabra para pajar y la palabra para ladera se parecían lo suficiente como para que un hombre con cuatrocientas palabras y una hora de sueño de menos hiciera exactamente lo que hizo.

Eduardo dejó los cubos, dijo *ei*, contento de que le encargaran algo, y se fue hacia arriba.

Hacia el oeste.

* * *

Bruno lo vio primero.

—Capitán.

—Espera.

—Capitán.

Ernesto levantó la cabeza y en el segundo que tardó en encontrarlo con la vista ya sabía, porque hay una manera de decir *capitán* que sólo significa una cosa.

Eduardo iba subiendo la ladera oeste, tranquilamente, apartando la maleza con el antebrazo, a unos veinte pasos del muro.

Iba directo a la lobera de arriba.

Ernesto no gritó.

Ésta fue la parte que Eduardo nunca entendió del todo, ni siquiera años después, cuando ya hablaban de esa tarde y podían hacerlo casi sin que doliera. Preguntaba: *¿por qué no me gritaste?* Y Ernesto contestaba lo mismo siempre: *porque si te grito, corres.*

Ernesto tiró la llave de la rueda y salió a la carrera.

Cubrió los cuarenta pasos en un tiempo que a Bruno, que le llevaba once años, le pareció una exhibición completamente innecesaria, saltó el escalón del

muro caído, subió la ladera con las manos y los pies y llegó cuando Eduardo estaba a paso y medio del borde tapado, con el pie derecho ya en el aire.

Lo embistió por la cintura.

Cayeron los dos, rodaron cuatro o cinco metros ladera abajo entre piedras y zarza, y Ernesto terminó encima, con el codo clavado en el pecho de Eduardo y la respiración hecha pedazos.

Eduardo, debajo, aturdido, con la boca llena de tierra, empezó a reírse.

Se rió porque no entendía nada, porque se había caído, porque el capitán le había caído encima, porque a veces uno se ríe. Fue una risa nerviosa y corta y no duró nada.

Duró hasta que vio la cara de Ernesto.

—¿QUÉ HACES?

Ernesto se levantó de un tirón, lo levantó a él de la camisa, y le gritó a diez centímetros.

—¡TE LO DIJE! ¡TE LO DIJE DOS VECES! ¡AQUÍ NO! ¡AQUÍ NUNCA! ¿QUÉ PARTE NO...?

Le soltó la camisa, se dio la vuelta, se agarró la cabeza con las dos manos, volvió a darse la vuelta.

—Ven —dijo—. Ven aquí. VEN AQUÍ.

Lo agarró del brazo y lo arrastró ladera arriba, y Eduardo se dejó arrastrar porque estaba paralizado, y Ernesto lo puso frente al borde de la lobera, se agachó, arrancó de un manotazo el entramado de ramas y le enseñó el agujero.

Metro y medio de profundidad. Once estacas de fresno, negras de fuego, apuntando hacia arriba, apretadas como dientes.

Ernesto no dijo nada más.

Eduardo miró el hoyo.

Miró las estacas.

Se le fue la sangre de la cara con una lentitud visible, de arriba abajo, y le empezaron a temblar las manos, y siguieron temblando durante como veinte minutos.

—Ernesto —dijo—. Yo no...

—No —dijo Ernesto.

Levantó una mano, con la palma hacia él, y era el gesto de *para*, y también era otra cosa. Ernesto estaba blanco. Tenía las manos raspadas y le corría sangre por el antebrazo y no se había dado cuenta.

—No —repitió, más bajo—. Ahora no.

Y se fue.

Se fue ladera abajo, cruzó el pueblo sin mirar a nadie, y estuvo tres horas fuera, y cuando Bruno le preguntó a dónde iba dijo *a caminar* con una voz que hizo que Bruno no preguntara nada más.

* * *

Eduardo se quedó arriba.

Se sentó en una piedra, junto al hoyo destapado, y estuvo ahí hasta que el sol se metió.

Aquí es donde hay que ser preciso, porque lo que pasó dentro de él esa tarde no fue simplemente que se sintiera mal.

Eduardo tenía una enfermedad. La tenía desde los veinte y la conocía como se conoce a un inquilino ruidoso: sabía sus horarios, sabía qué la despertaba, sabía cuánto solía durar. Y sabía, sobre todo, cuál era su mentira favorita.

La mentira favorita de su enfermedad no era *no sirves para nada*. Ésa era ruidosa y torpe y se la creía sólo cuando estaba muy mal.

La mentira favorita era mucho más fina, y era ésta: *le estorbas a la gente que quieres, y son demasiado educados para decírtelo*.

Llevaba nueve años aprendiendo a discutir con esa frase. Tenía argumentos. Tenía práctica. En su otra vida, cuando le llegaba, sabía exactamente qué hacer: llamar a alguien. Decirlo en voz alta. Someterlo a la realidad, que es lo único que mata a esa clase de idea, porque esa clase de idea sólo vive en la oscuridad de la cabeza de uno.

Ahí, sentado en una piedra junto a un hoyo lleno de estacas, en un pueblo muerto de un mundo que no era el suyo, Eduardo descubrió que no tenía a quién llamar.

No tenía las palabras. Ése era el chiste. Tenía cuatrocientas, y con cuatrocientas no se dice *creo que hoy comprobaste lo que ya pensabas de mí*, ni *sé que no es cierto pero necesito oírtelo decir*, ni *perdóname, por favor, por favor perdóname, no sé estar aquí*.

Podía decir *perdón*. Podía decir *yo tonto*. Podía decir *miedo*.

Con eso tenía que construir todo.

Bajó cuando oscureció. Nadie le dijo nada. Bruno le hizo un gesto con la cabeza que quería decir *ya se le pasará*, y Eduardo lo interpretó como *lárgate*, porque a esas horas su cabeza traducía mal a propósito.

Se sentó en su sitio de siempre, un poco más lejos de lo habitual.

Ernesto volvió a las nueve. Se sentó al otro lado del fuego. No lo miró.

No lo miró porque estaba avergonzado —Ernesto llevaba tres horas caminando por un camino de carros repitiéndose que le había gritado a un hombre que no podía contestarle, y que se lo había gritado por miedo, y que un capitán que grita por miedo es un capitán que ha perdido el control de sí mismo, y que su padre le habría dicho exactamente eso—, pero Eduardo no tenía manera de saber nada de eso.

Eduardo sólo veía a un hombre que no lo miraba.

* * *

Esa noche, el fuego no prendió.

Fue Tomás el que lo intentó primero, y era bueno haciéndolo. Media hora. Yesca seca, chispa buena, y la llama nacía, subía dos dedos y se acostaba y se apagaba, una y otra vez, como si alguien estuviera soplando desde abajo.

Bruno lo apartó de mal modo y lo intentó él.

Cuarenta minutos.

—Está húmeda —dijo Bruno.

—No está húmeda —dijo Vidal.

—Te digo que está...

—Bruno.

Vidal no señaló nada. Vidal nunca señalaba. Sólo movió un poco la barbilla hacia el rincón donde el extranjero estaba sentado, hecho un ovillo, con la frente sobre las rodillas y las manos en la nuca.

Bruno se quedó callado.

—Ah —dijo, después de un rato.

Anselmo, desde su sitio, dijo en voz baja, más para sí mismo que para nadie:

—El aire está raro. Llevo dos horas con el aire raro.

Nadie contestó.

Comieron frío.

* * *

Ernesto se acostó y no durmió, que era lo normal, y a la hora en que le tocaba la segunda guardia se levantó y no despertó a nadie para que lo relevara, que también era lo normal.

Se sentó en el escalón del muro con la espada en las rodillas.

Y pensó.

Pensó de esta manera, que era la única que sabía: por pasos, quitando de en medio lo que no servía.

Uno. El extranjero casi se mata hoy.

Dos. No fue por desobediencia. Es imposible. Ese hombre lleva cinco meses obedeciendo órdenes que no entiende, con una voluntad que da vergüenza ajena. Si hubiera entendido, no lo hace.

Tres. Por lo tanto no entendió.

Cuatro. Por lo tanto la falla no fue suya.

Cinco. Por lo tanto fue mía.

Se quedó un rato ahí.

Seis, pensó, y esto le costó más, *seis: yo le grité.*

Siete: le grité porque cuando lo vi con el pie en el aire pensé que ya estaba muerto, y durante el tiempo que tardé en llegar hasta él estuve pensando que ya estaba muerto, y no he vuelto a sentir eso desde Peña Rota.

Peña Rota había sido hacía dos años. En Peña Rota se le habían muerto once hombres en una tarde.

Ernesto apretó la mandíbula.

Ocho: él no sabe nada de esto.

Nueve: y no hay manera de decírselo.

Se pasó la mano por la boca.

Entonces —y esto fue, aunque él nunca le puso ese nombre, el momento en que Ernesto Valdas empezó a enamorarse, cuatro meses antes de que ocurriera cualquier otra cosa— pensó:

Sí hay.

Se levantó. Fue al carro. Buscó en el fardo del extranjero, con cuidado, sin desordenar nada, y sacó una de sus tablillas y el trozo de carbón que Eduardo guardaba envuelto en un trapo como si fuera oro.

Cruzó la plaza y se sentó junto al bulto acurrucado en el rincón.

—Extranjero.

Eduardo levantó la cabeza. Tenía la cara de alguien que lleva seis horas sin dormir y sin llorar, que es peor.

Ernesto le puso la tablilla en las rodillas y le enseñó el carbón.

Y dibujó.

Dibujó fatal. Dibujó como dibuja un hombre que no ha dibujado en su vida, con una torpeza de niño de cinco años, apretando demasiado y rompiendo la punta dos veces.

Dibujó una línea: el camino.

Dibujó una cruz sobre la línea.

Dibujó, al lado, un rectángulo con rayas dentro que quería ser el hoyo con las estacas y que no se parecía a nada, y Eduardo, mirando por encima, entendió qué era exactamente en el momento en que Ernesto añadió la última raya.

Dibujó un cordel entre dos casas.

Dibujó un palo doblado con una punta.

Luego, con mucho cuidado, en un espacio limpio de la tablilla, dibujó un monigote tirado en el suelo. Le puso una de las estacas atravesada.

Eduardo hizo un ruido con la garganta.

Ernesto lo miró de reojo y siguió.

Debajo del monigote se dibujó a sí mismo. Un palito con una raya que era una espada. Y luego se señaló el pecho con el dedo, y señaló el dibujo, y negó con la cabeza. Despacio. Dos veces.

No estaba enojado.

Eduardo frunció el ceño.

Ernesto lo intentó otra vez. Se señaló el pecho. Señaló al monigote tirado. Y puso la cara.

Puso la cara de miedo. A propósito. Un capitán de treinta y cuatro años poniendo cara de susto delante de un extranjero, en un pueblo muerto, a las tres de la mañana.

Después señaló a Eduardo. Y después extendió el brazo delante de él, en el aire, cruzándolo, el gesto que hace un hombre cuando frena a alguien en el borde de algo.

Y lo dejó ahí.

Eduardo miró el brazo.

Miró la tablilla.

Miró a Ernesto.

Y se le rompió la cara.

No lloró bonito. Se le arrugó todo de golpe, hizo un sonido feo, se tapó los ojos con la mano y se dobló hacia adelante, y Ernesto se quedó con el brazo extendido sin saber qué hacer con él, hasta que decidió, con la misma frialdad con la que decidía todo, dejarlo caer sobre la espalda del extranjero.

Eduardo dijo algo en español entre las manos. Un montón de cosas. Rápido, atropellado, incomprensible, y después una frase que repitió tres veces y que Ernesto, que llevaba cinco meses oyéndolo hablar, reconoció por el ritmo aunque no por el sentido:

—Pensé que ya no me querías aquí.

Ernesto no entendió una sola palabra.

Le apretó el hombro.

Eduardo, con la voz destrozada, en la lengua del reino, muy despacio, poniendo cada piedra en su sitio para cruzar el arroyo, dijo:

—Yo pensé... tú... —se llevó la mano al pecho, empujó hacia afuera, un gesto de apartar— ...yo. Fuera.

Ernesto tardó dos segundos en entenderlo.

Cuando lo entendió, cerró los ojos un momento.

—No —dijo.

Luego, porque no le alcanzaba y porque nunca le alcanzaba, buscó en su cabeza las quince palabras de español que había ido robando en cinco meses, las revolvió, encontró una, y la dijo con su acento espantoso, sin soltarle el hombro:

—Eduardo. Hogar. *Aquí.*

Se equivocó de palabra. Quiso decir *casa* y dijo *hogar*, y no eran lo mismo, y Eduardo se lo había explicado él mismo tres meses antes durante media hora con dibujos.

Eduardo levantó la cara.

Ernesto vio el error reflejado y no supo cuál había sido.

—¿Está mal? —preguntó, en su lengua.

Eduardo negó con la cabeza.

—No —dijo—. Está bien.

Se quedaron ahí sentados un rato largo, hombro con hombro, contra la piedra fría, con la tablilla y los monigotes horribles entre los dos.

Al otro lado de la plaza, Vidal, que estaba despierto porque a los cincuenta y seis uno ya casi no duerme, los miró un momento desde su jergón, se dio la vuelta hacia la pared, y sonrió en la oscuridad como un viejo hijo de perra.

Cuando volvieron al centro del pueblo, la yesca prendió a la primera.

Capítulo 7

La niña del pozo

En julio bajaron a Sella de Abajo a vender un caballo.

Era un pueblo vivo, de los pocos que quedaban en la Marca: cuarenta y tantas casas, un molino, un cura que no sabía leer y una plaza con un pozo en medio y un tilo dando sombra. La guerra les había pasado dos veces por encima y las dos se habían escondido en el bosque y las dos habían vuelto a bajar. Eran esa clase de gente.

Eduardo llevaba ocho meses en ese mundo.

Hablaba. Hablaba mal, con un acento que provocaba risa en cuatro condados y un vocabulario que iba y venía —podía discutir de anatomía con Anselmo y no sabía cómo se decía *cuchara*—, pero hablaba. Podía comprar. Podía contar un chiste, si el chiste era muy simple y él lo ensayaba mentalmente antes. Podía pedir perdón con matices, que era, en su opinión personal, el verdadero examen de dominio de cualquier idioma.

Y le encantaban los pueblos.

Ésta fue una cosa que a la Compañía le costó entender. Para ellos un pueblo era un sitio donde se compraba avena y donde había que vigilar los caballos. Para Eduardo era una fiesta. Se metía en todas partes. Le preguntaba al molinero por la muela y al hornero por la levadura y a las mujeres del lavadero por el jabón, y las mujeres del lavadero se reían de él y le contestaban, y Eduardo salía de ahí con tres datos nuevos y una idea, siempre con una idea.

—El extranjero está preguntando cómo hacen el jabón —informó Bruno, volviendo del mercado.

—Déjalo —dijo Ernesto.

—Es que les está explicando cómo se hace *mejor*.

Ernesto levantó la cabeza.

—Déjalo —repitió, con menos convicción.

Aquella mañana Eduardo estaba en la plaza, en cuclillas junto al tilo, rodeado de seis niños.

Les estaba enseñando a hacer un pajarito con un pedazo de tela y dos nudos. Era un truco tonto que le había enseñado su abuela y que le servía desde siempre para ganarse a cualquier grupo humano en menos de cuatro minutos. Los niños se peleaban por el pajarito. Eduardo hacía otro. Los niños se peleaban por el segundo.

Una de las niñas —cinco o seis años, descalza, con el pelo tan claro que parecía blanco— se aburrió antes que los demás y se fue a jugar al pozo.

Eduardo la vio. Lo registró de la manera en que uno registra esas cosas: un pinchazo pequeño, *cuidado*, y luego el pensamiento inmediato y perezoso de que la mamá estaba ahí, de que esos niños vivían ahí, de que ese pozo llevaba doscientos años en esa plaza y que la gente del lugar sabe.

Volvió al nudo.

Tardó nueve segundos.

Después estuvo diez años preguntándose qué habría pasado si se hubiera levantado.

* * *

El brocal era bajo. Eso fue todo. El brocal era bajo y la piedra estaba pulida por dos siglos de cubos y la niña se subió encima para asomarse, como se habría asomado cualquier día de su vida, y se resbaló.

No gritó al caer. Ése fue el detalle que a Eduardo se le quedó clavado. La gente grita al caer en las historias. Ella no. Hubo un ruido de tela, un raspón, y después un silencio de dos segundos enteros, y después, muy abajo, un golpe de agua.

La plaza estalló.

La madre llegó al brocal antes que nadie y se habría tirado dentro si dos hombres no la agarran. Alguien gritaba que trajeran la soga del molino. Alguien decía que del molino no, que la del pajar. Un viejo repetía *el cubo, el cubo* sin que nadie le hiciera caso. El cura corría con la sotana en la mano.

Eduardo llegó al pozo en cuatro zancadas y se asomó.

Estaba negro. Al principio no vio nada. Después sus ojos se acomodaron y vio, cinco o seis metros abajo, un disco de agua, y en el agua, blanco contra lo negro, algo que se movía.

La niña no se había ahogado todavía. Estaba manoteando contra la pared, buscando algo que agarrar, y las paredes eran de piedra pulida y no había nada, y no llegaba al fondo con los pies.

Y estaba llorando.

Eso fue lo que hizo todo. Eduardo lo supo incluso mientras ocurría. La niña estaba llorando allá abajo, en la oscuridad, un llanto pequeño y ahogado que subía por el tubo de piedra amplificado como por una bocina, y era el sonido más insoportable que Eduardo había oído en su vida.

Alguien llegó corriendo con una soga. Alguien empezó a atarla al brocal.

Iban a tardar. Eduardo hizo el cálculo sin querer hacerlo, como hacía todos los cálculos: atar el nudo, quince segundos si el hombre era bueno; bajar a alguien, un minuto; el que bajara tendría que agarrarla con un brazo y sostenerse con el otro; subirlos a los dos, dos minutos. Tres minutos y medio en el mejor de los casos.

Un niño de seis años no aguanta tres minutos y medio manoteando.

En ese momento, mirando hacia abajo, con las dos manos en la piedra caliente del brocal, Eduardo tuvo dos pensamientos, uno encima del otro, separados por menos de medio segundo.

El primero fue: *que salga*.

Ocurrió más abajo que el lenguaje. Le salió del esternón y no de la cabeza: la misma cosa exacta que sale de un cuerpo cuando ve a alguien caerse por unas escaleras y estira las manos aunque esté a diez metros. *Que salga. Que salga. Que salga.*

El segundo pensamiento, el que llegó medio segundo después y que Eduardo no le contó a nadie hasta aquella misma noche, fue:

Yo no puedo hacer nada. No es mi culpa.

Y fue un alivio.

Fue un alivio pequeño, cobarde, humano, el alivio de saber que aquello estaba fuera de tu alcance y que por lo tanto nadie va a poder reprochártelo. Le duró lo que dura un parpadeo. Después se le llenó la boca de vergüenza.

El agua subió.

* * *

No hubo ruido.

Ésa fue la parte que después nadie supo contar bien, y por eso todas las versiones que corrieron por la Marca durante los años siguientes eran falsas. En las versiones había un resplandor, o un trueno, o una voz. No hubo nada.

El agua del pozo, sencillamente, empezó a subir.

Subió despacio y en calma, como sube el agua en un cubo que se llena, sin remolino, sin oleaje. Y sobre ella subió la niña, sostenida, con la carita hacia arriba y el pelo pegado al cráneo, hipando.

Tardó unos ocho segundos.

El primero en callarse fue el hombre de la soga, que se quedó con el nudo a medio hacer. Después la madre. Después el resto de la plaza, en cascada, según iban asomándose y viendo.

El nivel del agua llegó al ras del brocal y se detuvo ahí, perfectamente plano, temblando apenas, como una mesa de vidrio.

La niña quedó a la altura de las manos de su madre.

La madre la agarró de las axilas y la sacó y se cayó al suelo con ella encima y se puso a gritar de una manera que no era gritar.

El agua bajó. Otra vez despacio. Volvió a su sitio, seis metros abajo, y se quedó ahí, negra y quieta, como llevaba doscientos años.

Hubo un instante de nada.

Y luego la plaza entera se volteó a ver a Eduardo.

* * *

Eduardo estaba con las dos manos todavía apoyadas en el brocal.

Las tenía exactamente donde las había puesto al asomarse. No las había movido, no había dicho nada, no había hecho ningún gesto; tenía la espalda encorvada y la boca abierta y estaba, para cualquiera que lo hubiera visto de cerca, exactamente igual que treinta segundos antes.

Miró el agua.

Miró a la niña, que tosía en el suelo abrazada por su madre.

Miró sus propias manos.

Y retrocedió un paso.

—Yo no hice eso —dijo.

Lo dijo en la lengua del reino y le salió limpio, sin acento, quizá la única frase de su vida que le salió sin acento.

Nadie le contestó.

—Yo no hice eso —repitió, más fuerte, y retrocedió otro paso, y chocó con alguien y se apartó como si lo hubieran quemado—. Yo no... yo estaba... yo no hice nada. No hice nada. No hice **nada**.

Se le fue la lengua del reino. Siguió en español.

—Yo no toqué nada, yo no me moví, yo estaba aquí parado, yo no...

El cura se arrodilló.

Fue un movimiento torpe, de rodillas viejas, y arrastró consigo a tres o cuatro más, y una mujer empezó a decir algo en voz alta que no era exactamente una oración porque no existía la oración adecuada, y un hombre le agarró a Eduardo el borde de la camisa.

Eduardo se soltó de un tirón, con horror.

—No —dijo—. No, no, no, no. Levántese. Por favor. Señor. **Levántese.**

La madre de la niña se le acercó de rodillas con la criatura en brazos.

Eduardo hizo la cosa que Ernesto no le perdonó a la Marca durante veinte años, aunque la Marca no tuviera ninguna culpa: Eduardo se puso a llorar delante de todo un pueblo y se tapó la cara con las dos manos como un niño castigado.

Ernesto llegó en ese momento.

Venía del corral con Bruno, había oído el escándalo, había visto correr a la gente y había hecho lo que hacía siempre, que era ir hacia el ruido. Llegó a la plaza a la carrera y lo primero que vio fue a treinta personas de rodillas alrededor de un pozo.

Lo segundo que vio fue a Eduardo en el centro.

No preguntó nada.

Se metió entre la gente, apartó al que había agarrado la camisa con un empujón de hombro que no admitía discusión, se puso delante de Eduardo y le dijo a la plaza entera, con la voz de dar órdenes:

—Se acabó. Todo el mundo de pie. La niña está viva. Vayan a secarla.

Nadie se movió.

—**Ahora.**

Se movieron.

Ernesto se dio la vuelta.

Eduardo estaba temblando de una manera fea, con los hombros, sin ruido.

—Eduardo.

No contestó.

—Mírame.

Nada.

Ernesto le puso una mano en la nuca y tiró de él hacia adelante hasta que la frente de Eduardo le quedó apoyada en el hombro, y lo sostuvo ahí, y le dijo, en voz muy baja, para nadie más:

—Ya está. Respira. Uno. Dos. Ya está.

Luego, por encima de la cabeza de Eduardo, sin cambiar el tono:

—Bruno. Los caballos. Nos vamos en un cuarto de hora.

—Capitán, el trato del caballo...

—Nos vamos en un cuarto de hora.

* * *

Salieron de Sella de Abajo antes de mediodía, con el caballo sin vender y con media docena de personas siguiéndolos hasta el final de la calle.

Un hombre les puso en las manos una cesta con dos panes y un queso. La madre de la niña les gritó algo desde la puerta de su casa que Eduardo, que iba mirando el suelo, no oyó. El cura se quedó parado en la plaza con la cara de un hombre a quien acababan de cambiarle el oficio.

En la última casa del pueblo, apoyado en un carro, había un tratante de sal de Ordas que llevaba en Sella tres días esperando que se le curara una mula, y que lo había visto todo desde treinta pasos, y que esa noche, en una posada del camino, lo contó.

Lo contó bien. Los tratantes cuentan bien; es parte del oficio.

Dijo que había un extranjero de piel oscura y ojos de fuego que viajaba con una compañía de la Marca. Dijo que el agua de un pozo le había obedecido sin que él la tocara. Dijo, y esto era verdad, que el hombre no había pedido nada a cambio.

Dijo, y esto no era verdad pero era lo que la gente iba a repetir, que el extranjero había levantado la mano sobre el agua.

Los rumores nunca soportan que no haya un gesto.

* * *

Acamparon esa noche a dos leguas, en un olivar abandonado.

Eduardo no cenó. Se sentó apartado, con la espalda contra un tronco, y estuvo así hasta que se apagaron las conversaciones.

Nadie lo molestó. La Compañía tenía un talento para eso que Eduardo agradeció más de lo que supo decir: sabían dejar a un hombre en paz sin dejarlo solo. Bruno le tiró una manta desde diez pasos sin decir palabra. Tomás pasó cerca dos veces sin ningún motivo. Anselmo le dejó un pan al alcance de la mano y se fue.

Ernesto se sentó a su lado a la hora de la segunda guardia.

No dijo nada durante un rato largo. Eso también lo agradeció Eduardo.

—¿Cómo se llama la niña? —preguntó Ernesto al fin.

Eduardo tardó en contestar.

—No sé.

—Yo tampoco.

Silencio.

—Está viva —dijo Ernesto.

—Sí.

—Eso es lo que hay.

Eduardo se rió con la nariz, sin ganas.

—Tú no entiendes —dijo, y se detuvo, porque en la lengua del reino esa frase sonaba peor de lo que quería—. Perdón. No es... Es que no tengo palabras. Todavía no tengo palabras para esto.

—Usa las que tengas.

Eduardo se quedó mirando el fuego.

Y entonces dijo, despacio, buscando cada una:

—Cuando miré abajo... yo pensé dos cosas. Muy rápido. La primera fue: *que salga*.

—Bien.

—La segunda fue —cerró los ojos—: *no es mi culpa*.

Ernesto no dijo nada.

—Yo estaba... —Eduardo buscó la palabra durante quince segundos y no la encontró en la lengua del reino, y la dijo en español—: aliviado. Estaba aliviado, Ernesto. Medio segundo. Porque pensé que no podía hacer nada, y si no puedes hacer nada, entonces no eres culpable de nada, y eso es... es cómodo. Es cómodo.

Se pasó las manos por la cara.

—El agua oyó la primera —dijo—. ¿Sí? El agua oyó la primera.

—Sí.

—¿Y si hubiera oído la segunda?

Ernesto se quedó muy quieto.

—Eso —dijo Eduardo, y le tembló la voz—. Eso. Eso es lo que pasa. No es que sea fuerte. Es que todo lo que yo pienso ahora... —hizo un gesto ancho, hacia el olivar, hacia el mundo— ...pasa. O puede pasar. Y yo pienso cosas horribles, Ernesto. Todo el mundo piensa cosas horribles. Todo el mundo. A las tres de la mañana todo el mundo piensa cosas horribles y no pasa nada porque no pasa nada.

Se calló.

—A mí sí me va a pasar —dijo.

El fuego crujió.

Ernesto llevaba doce años en la guerra y dos dando las órdenes, y sabía, con una precisión que le había costado mucha gente aprender, cuándo un hombre necesita que le contesten y cuándo necesita que no.

Éste no necesitaba que le contestaran.

Así que Ernesto hizo lo único que le pareció útil: le quitó de las manos el pan que Anselmo había dejado y que Eduardo no había tocado, lo partió en dos, mordió su mitad, y le puso la otra en las rodillas.

Eduardo lo miró.

A pesar de todo —a pesar del pozo, del cura de rodillas, de la cara de la madre, de las tres de la mañana— se le escapó una sonrisa mínima, cansadísima.

—Eso ya no hace falta —dijo—. Hace meses que no hace falta.

—Ya lo sé —dijo Ernesto.

Se comieron el pan.

Después Ernesto se quedó de guardia y Eduardo se quedó despierto a su lado sin hablar, y en algún momento de la madrugada empezó a canturrear muy bajito, casi sin voz, una cosa lenta que Ernesto no había oído nunca.

Ernesto no preguntó qué era.

Ya sabía para qué era.

Doce años de guerra le habían enseñado a reconocer a un hombre que se está sosteniendo a sí mismo con lo primero que encuentra a mano, y a no interrumpirlo.

Capítulo 8

El día trescientos sesenta y cinco

En septiembre a Bruno se le abrió una pierna.

Fue una tontería, que es como pasan las cosas de verdad. No fue en combate: fue descargando piedra para reforzar el muro de la casa grande de Ribas, donde iban a invernar. Se le fue una losa, le abrió la pantorrilla de arriba abajo contra un canto vivo, y a los cuatro días la herida estaba caliente, roja, y Bruno tenía fiebre y decía que no tenía fiebre.

Anselmo lo miró y no dijo nada durante mucho rato, y ése era el peor síntoma de todos.

—Va a haber que cortar —dijo Bruno, con una alegría espantosa—. Bueno. Ya está. He visto a hombres arreglárselas con una.

—Todavía no —dijo Anselmo.

—Anselmo, yo he visto esto. Yo sé qué color es ése.

—Todavía no.

Eduardo se acuclilló al otro lado del jergón.

Llevaba diez meses trabajando en esto sin decírselo a nadie. No de golpe, porque había aprendido —a base de estrellarse— que si llegas a un mundo ajeno anunciando que sabes más que todos, lo único que consigues es que dejen de escucharte. Había ido de a poco. Se lavaba las manos delante de Anselmo. Hervía el agua delante de Anselmo. Cuando Anselmo preguntaba, contestaba con lo mínimo, y cuando Anselmo no preguntaba, se callaba.

Y Anselmo preguntaba cada vez más.

Habían tenido, a lo largo del verano, unas doce conversaciones espantosas y magníficas. Eduardo no era médico. Eduardo era un profesor de sistemas que había leído mucho y que se acordaba a medias de cosas de las que nunca había necesitado acordarse bien, y se pasó el verano descubriendo con horror la diferencia entre saber algo y saber *hacer* algo. Sabía que existían los

microbios. No sabía dibujarle uno a un hombre del siglo XIII de forma que le resultara creíble. Sabía que el alcohol desinfecta. No sabía destilar.

Lo que sí tenía eran procedimientos.

—Anselmo —dijo—. Escúchame. No voy a decir por qué. Sólo hazlo. Si sale mal, me insultas.

—Habla.

—El hierro. Al fuego, hasta rojo, y luego lo dejas enfriar sin tocarlo con nada. Nada. Ni el trapo, ni la mano.

—Eso ya lo hago a veces.

—Hoy lo haces siempre. El agua: hervida a borbotones, contando doscientos, y luego tapada. El vino más fuerte que tengas, para lavar la herida, no para dárselo. Y las manos.

—Las manos.

—Tú y yo. Antes. Y si tocas cualquier otra cosa, otra vez. Si te rascas la nariz, otra vez. —Eduardo lo miró—. Anselmo. Esto es lo que te estoy pidiendo. Todo lo demás lo sabes tú mejor que yo. Sólo esto.

Anselmo estuvo callado un momento.

—¿En tu tierra hacen esto?

—En mi tierra —dijo Eduardo, y le costó— en mi tierra un hombre con esa pierna se va a su casa en dos días.

Anselmo asintió una vez, muy despacio, y se levantó y fue a poner agua al fuego.

Bruno conservó la pierna.

Estuvo mal seis días. El cuarto fue horrible; Eduardo se pasó esa noche entera sentado en el suelo junto al jergón cambiando paños, y en algún momento de la madrugada Bruno, delirando, le agarró la muñeca y le dijo cosas sobre una mujer llamada Doria a las que Eduardo no hizo nunca la menor referencia, ni una vez, en veinte años.

Al séptimo día la fiebre cedió.

Al noveno, Bruno se sentó en el jergón, se miró la pierna, se miró a Eduardo, y dijo:

—Bueno.

Y ésa fue toda la conversación que tuvieron sobre el asunto.

Pero a partir de octubre, en la Compañía, se lavaban las manos.

La explicación de Eduardo había sido pésima: dibujos de bichos que a Vidal le parecían una superstición extranjera perfectamente idiota. Daba igual. Se lavaban las manos porque Bruno tenía dos piernas.

Eduardo aprendió esa lección y ya no la soltó: la gente cambia de costumbre por un vecino, casi nunca por un argumento.

* * *

Invernaron en Ribas.

Fue el mejor invierno que la Compañía había tenido en seis años y el más raro de la vida de Eduardo.

Repararon la casa grande. Pusieron techo. Bruno rehizo la puerta —la puerta nueva, sobre goznes nuevos, y cada vez que pasaba por debajo alguien decía *cuidado con la puerta* y Eduardo levantaba el dedo medio, gesto que había introducido él en ese mundo y del que se arrepentía profundamente porque Tomás lo usaba a diario.

Y Eduardo, por primera vez desde el bosque, tuvo horarios.

Por la mañana trabajaba: leña, agua, muro, animales, lo que hubiera. Por la tarde, dos horas, daba clase.

Empezó con Tomás y siguió con Tomás, y a las tres semanas se les había pegado Jimena, que no lo admitía y que se sentaba al fondo fingiendo que remendaba, y al mes se les pegó un chico del caserío de al lado, y luego su hermana, y para febrero había siete personas en el suelo de la casa grande, con tablillas prestadas, aprendiendo las letras de un alfabeto que casi nadie en el reino sabía usar.

Ernesto los miraba desde la puerta a veces.

Eduardo daba clase de una manera que Ernesto no había visto nunca. No mandaba: preguntaba. Preguntaba todo el tiempo, y cuando alguien se equivocaba decía *bien, ¿por qué pensaste eso?*, y escuchaba la respuesta como si le importara, y muchas veces la respuesta le importaba de verdad y cambiaba lo que iba a decir a continuación. Se sentaba en el suelo con ellos. Se reía de sí mismo. Repetía cuarenta veces la misma cosa sin ponerse impaciente ni una sola vez, y luego llegaba a la cuarenta y una y encontraba una manera nueva de decirla.

Un día de diciembre, la hermana del chico del caserío levantó la mano y, para preguntar algo, lo llamó *maestro*.

Eduardo se quedó a media frase.

En su universidad todavía no era nadie. Era el más nuevo del departamento, el que tenía el horario que nadie quería, el que se aprendía los nombres de los

treinta y un alumnos en la primera semana porque le daba pánico que se le notara que llevaba menos tiempo ahí que ellos. Le decían *profe* con la confianza de la gente que sabe que tú también estás empezando. En ocho meses nadie lo había llamado *maestro* ni una vez, y él nunca se había atrevido a pensar que quería que lo llamaran así.

—¿Sí? —dijo, cuando volvió.

La niña preguntó lo que iba a preguntar. Eduardo le contestó. Terminó la clase. Recogió las tablillas.

Esa noche, ordenando el material junto al fuego, se le ocurrió una cosa que le pareció monstruosa y que no le dijo a nadie: que en aquel mundo, con siete alumnos sentados en el suelo de una casa sin ventanas, ya era lo que en el suyo apenas había empezado a intentar ser.

No supo si eso era un consuelo o el peor pensamiento que había tenido en trece meses.

* * *

Una tarde de enero, Vidal se puso al lado de Ernesto en el umbral y estuvo mirando un rato.

—Ese hombre no es un soldado —dijo.

—No.

—Ni lo va a ser.

—No.

Vidal asintió.

—Menos mal —dijo, y se fue.

La magia siguió, entretanto, haciendo lo suyo con una discreción doméstica. La franja de flores volvió a aparecer, esta vez en la pared sur de la casa grande. Las trancas se abrían solas cuando Eduardo tenía pesadillas, cosa que la Compañía dejó de comentar por educación. Los animales lo seguían: Jimena lo mandaba a él a buscar la cabra escapada porque tardaba la tercera parte que cualquiera.

Nada se le perdía. Nunca. Ni a él ni a nadie que se lo pidiera.

—Extranjero, mi cuchillo.

Eduardo suspiraba, se levantaba, y a los cuarenta segundos volvía con el cuchillo.

—¿Dónde estaba?

—Debajo del pesebre.

—Yo miré debajo del pesebre.

—Sí —decía Eduardo—. Ya sé.

Se acostumbraron. Ésa fue la cosa que más lo desconcertó de todas: se acostumbraron. En diez meses, la Anuencia pasó de ser un espanto a ser una molestia menor con ciertas ventajas prácticas, como tener un cuñado ruidoso que además tiene carreta.

Ellos se acostumbraron.

Él no.

* * *

Eduardo llevaba la cuenta.

La había empezado la tercera noche, en el bosque, con muescas en un palo, y la había pasado después a una tablilla, y luego a la última hoja de la tablilla buena, en una cuadrícula que le llevaba una raya por día.

No sabía por qué lo hacía. Al principio había sido una superstición: *si cuento los días, es que van a terminar*. Después se había vuelto otra cosa, algo más parecido a una tumba: el número era lo único que le quedaba de la única fecha real que tenía, la del jueves 16 de noviembre.

El día 365 cayó, según sus cuentas, un día de nieve.

No se lo dijo a nadie. Se lo dijo a la tablilla. Puso la raya, contó las rayas, comprobó, y se quedó sentado en el suelo de la casa grande con la tablilla en las rodillas.

Un año.

Su madre llevaba un año pensando que su hijo había desaparecido.

Ésa fue la que lo tumbó. El departamento, la ciudad, la ducha caliente, el café, la música, los antibióticos: por todo eso podía pasar. Su madre en el patio, con la bugambilia, sin cuerpo que enterrar.

Estuvo dos horas sentado sin moverse.

Por eso no vio lo que estaban haciendo afuera, y por eso, cuando Tomás entró a buscarlo diciendo que fuera, que corriera, que Bruno decía que fuera ahora mismo, Eduardo salió con la cara mojada y sin haber entendido nada.

En la mesa larga había una pila de ropa.

Un jubón de lana gruesa, forrado, cosido a mano, teñido de un pardo oscuro. Unas calzas. Una capa con capucha, con el borde reforzado. Un cinturón de cuero con hebilla de hierro. Y unas botas.

Eduardo miró la pila.

—¿De quién es esto?

—Tuyo, idiota —dijo Bruno.

—Yo no...

—Es tuyo. Póntelo.

Eduardo tocó el jubón. La lana era buena. La costura era apretada, doble, hecha por alguien que sabía. Levantó la capa y vio que estaba cortada larga, para un hombre alto, y que le habían dejado holgura en los hombros porque él tenía los hombros anchos y a la ropa prestada del año anterior se le habían reventado dos costuras.

Le habían tomado las medidas.

Alguien le había tomado las medidas a lo largo de meses, mirándolo, sin decirle nada.

—Jimena cosió —dijo Tomás, sin poder contenerse—. Bueno, cosió Jimena pero el corte lo hice yo, que me salió torcido dos veces y a la tercera bien, y la lana la cambiamos por la silla vieja, la coja, la que nadie usaba, y el hombre nos dio la lana y encima nos dio un cordel, y Bruno hizo la hebilla, y le puso...

—Cállate, chico.

—...le puso una cosa.

Eduardo levantó el cinturón.

En la hebilla, malamente grabado, con un punzón, con un pulso de herrero que hace herraduras y no joyas, había una figura.

Era un pájaro. Un pájaro torpe, de tela, con dos nudos.

Eduardo se quedó mirando la hebilla durante un tiempo que a todos les pareció demasiado largo.

—Bueno, si no te gusta —empezó Bruno.

Eduardo lo abrazó.

Lo abrazó de golpe, con las dos manos, con toda la fuerza, y Bruno soltó un ruido de sorpresa y de escándalo y se quedó con los brazos en cruz sin saber qué hacer con ellos, porque en la Marca los hombres no se abrazaban, y le dio dos palmadas en la espalda con la mano abierta, muy fuerte, como se le pega a un caballo.

—Ya, ya. Ya está.

Eduardo abrazó a Jimena, que lo permitió con una dignidad glacial. Abrazó a Tomás, que se colgó. Abrazó a Anselmo, que le devolvió el abrazo con una precisión clínica. Abrazó a Vidal, que dijo *ah, por Dios* y le apretó la nuca con la mano.

Y llegó a Ernesto.

Se detuvo.

No lo abrazó, y ninguno de los dos supo por qué, y los dos se acordaron de ese momento durante años.

Ernesto le tendió la mano.

Eduardo se la estrechó.

—Gracias —dijo, en español.

—*Grasias* —contestó Ernesto, con su acento espantoso.

* * *

Esa noche Eduardo se vistió de aquel mundo por primera vez.

Le quedaba bien. Le quedaba mejor que bien: le quedaba como si siempre hubiera estado ahí. Se miró en el agua de la tina y vio a un hombre con barba de un año, el pelo largo atado atrás, un jubón pardo y una capa, y tardó un momento entero en reconocerse.

Después dobló su ropa vieja.

La playera negra. Los pants grises, rotos en una rodilla, remendados dos veces por Jimena con un hilo que no era del color. La sudadera. Y los tenis, ya sin suela, imposibles, ridículos, blancos y azules.

Los dobló con mucho cuidado, uno encima del otro, y los envolvió en un trapo, y los ató, y los metió al fondo de su fardo.

Dentro de un tenis, envuelto en otro trapo, el rectángulo negro y muerto.

Nunca los tiró. Se los llevó a la granja catorce años después. Su hijo los encontró a los nueve años en un arcón y preguntó qué eran, y Eduardo se sentó en el suelo del granero y se lo contó todo, por primera vez, de principio a fin, y esa fue otra historia.

* * *

Salió a la nieve.

Ernesto estaba de guardia en el muro, como siempre, sentado con la espalda contra la piedra y las manos dentro de las mangas.

Eduardo se sentó a su lado.

No hablaron durante un rato. Habían aprendido a hacer eso; era una de las primeras cosas que habían aprendido a hacer juntos, mucho antes que hablar.

Nevaba poco, esa nieve fina que no cuaja. Abajo, la casa grande soltaba humo por el agujero del techo. Se oía a Bruno discutiendo con alguien por algo.

—Hoy hace un año —dijo Eduardo.

Ernesto giró la cabeza.

—¿Un año de qué?

—De que llegué. —Eduardo se encogió de hombros—. Lo he contado. Todos los días. Trescientos sesenta y cinco.

Ernesto lo pensó.

—¿Por qué?

—No sé.

—Sí sabes.

Eduardo se rió un poco.

—Sí sé —admitió—. Es que si no lo cuento yo, no lo cuenta nadie. Allá... —hizo un gesto vago hacia el cielo, hacia ningún lado, hacia una ciudad de veintidós millones de personas que no existía todavía y que ya no existía— allá nadie sabe qué día es hoy. Para ellos hoy no es nada. Hoy no ha pasado.

Ernesto asintió despacio.

—Tu madre —dijo.

Eduardo lo miró, sorprendido.

—Hablas de ella cuando duermes —dijo Ernesto—. No entiendo casi nada. Pero esa palabra sí.

Eduardo se quedó callado un buen rato.

Después se limpió la cara con la manga del jubón nuevo.

—Ernesto.

—Dime.

Y Eduardo se giró hacia él.

Llevaba pensando esa frase desde el otoño. La había ensayado. La había armado y desarmado en su cabeza cuarenta veces, con las declinaciones y los casos y el verbo bien conjugado, y tenía una versión larga preciosa que decía todo lo que quería decir.

Abrió la boca y se le fue entera.

Lo que le salió fue:

—Tú... familia.

Sonó espantoso. Sonó a niño de tres años. El caso estaba mal, faltaba el verbo, había dicho *hentar* en singular cuando tenía que ir en plural, y sonó, para cualquiera que hablara la lengua del reino, aproximadamente como *tú familia*.

Eduardo se puso rojo y quiso arreglarlo.

—Perdón. Quiero decir... ustedes... la Compañía... yo quería decir que...

Ernesto no lo dejó terminar.

Ernesto se había quedado mirando la nieve, y tardó lo suyo en contestar, y no tardó porque dudara. Tardó porque en la lengua del reino esa palabra no se decía a la ligera. *Hentar* eran los de la casa. *Hentar* era una cosa que se heredaba, o que se juraba, o que se ganaba con una boda, y no era una palabra que un capitán de la Marca de Arvela le dijera a un hombre al que había encontrado tirado en un tronco hueco un año atrás.

Ernesto pensó en el bosque. Pensó en la manta de Bruno. Pensó en la tabla de dos columnas. Pensó en la puerta del establo, en la lobera, en los monigotes horribles dibujados a las tres de la mañana. Pensó en la plaza de Sella de Abajo, en treinta personas de rodillas, y en que lo primero que él había hecho —antes de pensar, antes de decidir— había sido ponerse delante.

Pensó, muy brevemente, en que llevaba siete años sin quejarse y que últimamente dormía mejor.

—Sí —dijo—. Familia.

Y luego, porque era Ernesto, añadió:

—Está mal dicho. Va en plural.

—Ya sé que va en plural.

—Y falta el verbo.

—Ernesto.

—Repítelo bien.

Eduardo lo repitió bien.

Ernesto asintió, satisfecho, y volvió a mirar la nieve, y no dijo nada más en toda la guardia, y cuando Eduardo se levantó al cabo de una hora para irse a dormir, le puso una mano en el brazo un segundo, sin mirarlo, y lo soltó.

* * *

Doce días después llegó un jinete a Ribas.

No era de la Marca. Traía una capa gris sin insignia y una carta lacrada, y no quiso entrar en la casa grande, y habló con Ernesto de pie en el patio, bajo la nieve, durante seis o siete minutos.

Ernesto leyó la carta dos veces. No sabía leer bien; leía como leen los capitanes, palabra por palabra, con el dedo. Tardó.

Después la dobló y se la guardó dentro del jubón.

—Dile a tu señor que no sé de qué me habla —dijo.

El jinete lo miró.

—Capitán, yo sólo llevo respuestas.

—Ésa es la respuesta.

El jinete se subió al caballo. Antes de irse, con la naturalidad de quien no ha entendido que ya ha dicho demasiado, comentó:

—Hay tres más preguntando, ¿sabe? Uno de Ordas y dos de la Orden. Yo he llegado primero porque he reventado un caballo. —Se encogió de hombros—. No es una acusación. Nadie lo está acusando de nada. Sólo quieren saber si es verdad.

—¿Si es verdad qué?

El jinete sonrió un poco.

—Que hay un hombre que le pide cosas al mundo y el mundo se las da.

Salió al trote.

Ernesto se quedó parado en el patio con la nieve cayéndole en los hombros, mirando el camino.

Desde la casa grande, por la puerta nueva, salía luz, y humo, y un ruido de niños repitiendo letras a coro, y encima de todo eso, desafinando alegremente, una voz cantando en una lengua que no existía en ese mundo.

Ernesto se llevó la mano al jubón y tocó la carta por encima de la tela.

Por primera vez en un año —por primera vez desde el tronco hueco, desde el nombre golpeado en el pecho, desde la sonrisa cansada que le había dado en un sitio que él no reconoció como un sitio— Ernesto Valdas tuvo miedo.

FIN DE LA PARTE I

PARTE II

LA PÉRDIDA

Capítulo 9

Suceso, intención, fallo

Lo del pozo de Sella lo cuentan así en el camino de Ordas: que un hombre extranjero, de piel oscura, levantó la mano sobre el brocal y el agua vino a su mano como viene un perro.

En la Marca lo cuentan de otra manera: que había una niña ahogándose y que un soldado del rey se asomó y le dijo al pozo que la devolviera, y el pozo la devolvió, y que el soldado lloró después porque el agua le había cobrado algo.

En los caseríos del norte, donde nadie ha estado nunca en Sella, dicen que fue una virgen y no una niña, y que el extranjero tenía los ojos de fuego, y que después se fue caminando sobre el río.

Y hay un molinero de Vega Alta, que sí lo conoció, que se enoja cada vez que lo oye y dice siempre lo mismo, y nadie le hace caso porque su versión es aburrida: que el extranjero es un tipo grandote que pregunta demasiado, que le enseñó a su mujer a hervir el agua, y que la última vez que lo vio estaba sentado en el suelo con unos críos enseñándoles a hacer pajaritos de trapo.

* * *

Al principio Ernesto quemaba las cartas.

Las leía dos veces, palabra por palabra, con el dedo, y las quemaba. Se decía que era prudencia. Un capitán no guarda papeles que no puede explicar.

Al cuarto mes ya no las quemaba, porque eran demasiadas y porque quemarlas había empezado a parecerse a una superstición. Las metía en un rollo de cuero atado con un cordel, y el rollo iba en el fondo del fardo, y él se sabía cuántas había: en septiembre eran once.

Once cartas en diez meses.

No eran amenazas. Eso era lo peor. Ernesto habría sabido qué hacer con una amenaza; la habría enseñado, habrían movido el campamento, habría dormido tranquilo. Lo que llegaba eran invitaciones.

Un señor de la costa quería que el extranjero pasara el invierno en su casa, con los suyos, todos alojados, y no pedía nada.

Un abad quería una conversación de una tarde.

Un tratante de Ordas ofrecía dinero por una entrevista y ponía la cifra en la carta, y la cifra era tan alta que Bruno, cuando por fin Ernesto se lo contó, se sentó en el suelo.

La Orden escribió dos veces. Las dos cartas eran cortas y educadas y decían, con distintas palabras, lo mismo: que el fenómeno debía ser examinado por quienes tenían la obligación de examinar esas cosas, y que la ausencia de respuesta se interpretaría como lo que fuera que la Orden decidiera interpretar.

Ernesto no contestó ninguna.

—¿Se lo has dicho? —le preguntó Vidal una noche, sin más contexto, porque Vidal nunca necesitaba contexto.

—No.

—Va a enterarse.

—Ya lo sé.

—Y va a preguntarte por qué no se lo dijiste.

Ernesto se quedó mirando el fuego.

—También lo sé.

* * *

Se enteró en agosto, y se enteró mal, que es como uno se entera siempre.

Estaban en el mercado de Ordas —habían bajado a vender pieles y a comprar hierro— y un hombre reconoció a Eduardo en la calle. Nada dramático. Un hombre de unos cincuenta, con delantal de curtidor, que se paró en seco, se quitó el sombrero y le dijo a Eduardo, sin saludarlo antes:

—Señor. ¿Es cierto lo del pozo?

Eduardo, que llevaba dos años en ese mundo y que ya podía sostener cualquier conversación siempre que nadie hablara muy rápido, se quedó quieto.

—¿Qué pozo?

El curtidor se lo contó. La versión del norte, la de los ojos de fuego y la virgen y el río. Se lo contó con una alegría de niño y terminó preguntándole si podía tocarle la mano.

Eduardo le dio la mano. Le dio la mano porque no supo qué otra cosa hacer, y el hombre se la apretó con las dos suyas y se fue diciendo cosas.

Eduardo se quedó parado en medio de la calle.

Ernesto llegó desde el otro lado de la plaza y supo, por la espalda, que ya estaba hecho.

—¿Cuánto tiempo? —dijo Eduardo, sin voltearse.

—Eduardo...

—¿Cuánto tiempo llevas sabiéndolo?

—Nueve meses.

Eduardo se volteó.

No estaba furioso. Ernesto habría preferido que lo estuviera. Tenía esa cara que le salía cuando algo le dolía por debajo de la capa donde uno se enoja, y era una cara que Ernesto le había visto exactamente tres veces y que no soportaba ninguna.

—¿Por qué?

—Porque no podías hacer nada.

—Ésa no es la razón.

Ernesto apretó la mandíbula.

—No —admitió—. No es la razón.

—Dime la razón.

Ernesto no pudo, porque la razón era que cada vez que había estado a punto de contárselo se había imaginado la cara que Eduardo iba a poner, y no había querido ser el hombre que se la ponía. Eso no se dice en una plaza a mediodía. Eso no se dice nunca, en realidad.

—Estabas contento —fue lo que consiguió decir—. Estabas contento y llevabas mucho tiempo sin estarlo.

Eduardo lo miró un momento largo.

Después soltó el aire, se pasó la mano por la cara y dijo, en español, algo corto que Ernesto no entendió.

Luego, en la lengua del reino:

—Enséñamelas.

* * *

Las leyeron esa noche en la posada, los siete, alrededor de una mesa.

Eduardo leyó en voz alta. Leía la lengua del reino mejor que nadie de la Compañía, incluido Ernesto, cosa que a Ernesto le había dejado de doler hacía como un año.

Cuando terminó la última, se quedó con el papel en las manos.

—Bueno —dijo Bruno—. Pues no le vendemos el hierro a nadie y nos volvemos a Ribas.

—A Ribas ya fueron —dijo Jimena.

Silencio.

—¿Cómo que ya fueron?

—En junio. Dos hombres. Preguntaron en el caserío. —Jimena se encogió de hombros—. El chico que aprende las letras con Eduardo les dijo que aquí no vive nadie que se llame así. Tiene once años y les mintió a la cara. —Bebió—. Me pareció que no valía la pena contarlo.

Eduardo dejó el papel sobre la mesa con mucho cuidado, como si pesara.

—Yo he estado enseñándoles a leer —dijo—. A los niños. En el granero.

—Sí.

—Y por mi culpa vinieron dos hombres a preguntar por mí a un caserío de treinta personas.

—Eduardo —dijo Anselmo.

—No, es una pregunta. Es una pregunta de verdad. —Levantó las dos manos—. ¿Qué pasa si un día vienen y no está el chico de once años para mentir? ¿Qué le pasa a ese chico?

Nadie contestó.

Ésa fue la noche en que Eduardo dejó de pensar en los rumores como un problema suyo. Ernesto lo vio pasar y no supo qué estaba viendo. Vidal sí.

—Ya está —le dijo Vidal después, en el pasillo.

—¿Ya está qué?

—Ya se le metió en la cabeza que los que estamos en peligro somos nosotros. —Vidal se rascó la barba—. Y no él.

—¿Y eso es malo?

—El que tiene miedo por sí mismo se esconde. Es fácil.

Ernesto esperó.

—Ése no se esconde —dijo Vidal—. Ése hace cualquier cosa.

* * *

La maestra Isaura llegó tres semanas después, en septiembre, y llegó de la única manera que podía funcionar: preguntando primero.

Mandó una carta a la posada de Ordas pidiendo permiso para presentarse. Cuando Ernesto no contestó, mandó una segunda diciendo que entendía el silencio, que no volvería a escribir, y que si alguna vez el señor Eduardo quería hablar con alguien que llevaba treinta años estudiando por qué el mundo hace lo que hace, ella estaría en el Colegio hasta que se muriera.

Eduardo leyó esa carta cuatro veces.

Se presentó él.

Fue solo. Le dijo a Ernesto que iba, no le pidió permiso, y Ernesto —que después iba a pasar catorce meses repasando ese momento— dijo que estaba bien y no lo acompañó, porque llevaba tres semanas peleado consigo mismo y porque acompañarlo le pareció, en ese instante, una forma de vigilarlo.

Isaura de Ordas tenía cincuenta y tantos años, las manos manchadas de tinta hasta la muñeca y una cojera de cadera que arrastraba sin disimular. Recibió a Eduardo en una sala del Colegio con tres mesas y ninguna silla cómoda, le sirvió agua, se sentó enfrente y dijo:

—Antes de nada. Yo no creo que usted sea un santo, ni un demonio, ni una señal. Si eso lo ofende, dígamelo ahora y no le hago perder la tarde.

Eduardo se rió.

Fue una risa fea, corta, de sorpresa, y le salió antes de poder detenerla.

—No —dijo—. No me ofende.

—Bien. —Isaura acercó una tablilla—. Antes de empezar, tres palabras. Si no las fijamos, nos vamos a pasar la tarde diciendo cosas distintas con el mismo ruido.

Escribía mientras hablaba.

—Uno. *Suceso*: entendiendo por suceso cada vez que el mundo hizo algo que no le tocaba, esté usted seguro o no lo esté. Los dudosos también entran. Ya los separaremos después.

—De acuerdo.

—Dos. *Intención*: entendiendo por intención lo que usted quería en aquel momento y no lo que quería en general. Querer que se cierre una puerta y querer estar tranquilo no son la misma cosa y a usted se le van a mezclar.

Eduardo abrió la boca y la volvió a cerrar.

—Y tres. *Fallo*: entendiendo por fallo las veces en que usted quiso algo y no pasó nada. —Isaura levantó la vista—. Ésas me interesan más que las otras,

y le aviso desde ahora de que las va a contar mal, porque nadie se acuerda de lo que no ocurrió.

Mojó la pluma.

—Entonces empecemos por lo más aburrido, que siempre es lo más importante. ¿Cuándo fue la primera vez?

Estuvieron cuatro horas.

Eduardo, que llevaba dos años sin poder decir en voz alta una sola frase completa sobre lo que le pasaba porque no había en ese mundo nadie que tuviera el vocabulario para recibirla, habló.

Le contó lo de la taza. Le contó la lista de la primera noche. Le contó la hipótesis de la voluntad y por qué la había descartado, y la de la emoción y por qué tampoco cerraba, y la de la necesidad y por qué le daba terror. Le contó lo de las velas, lo de las flores en la pared sur, lo de la lluvia. Le contó lo del pozo y, por primera vez desde el olivar, le contó a alguien el segundo pensamiento.

Isaura escribía. Preguntaba. Volvía atrás. Le pidió tres veces que repitiera lo de la taza y a la tercera dijo:

—Espere. Antes ha dicho que la movió cuando dejó de intentarlo. Ahora ha dicho que la movió cuando se levantó a buscarla. No es lo mismo.

Eduardo se quedó con la boca abierta.

—No —dijo despacio—. No es lo mismo.

—Es mucho mejor. Si es al levantarse, entonces no responde a la ausencia de intención. Responde al **cuerpo**. —Isaura subrayó algo—. Perdone, siga.

Salieron cuando ya era de noche.

En la puerta del Colegio, Isaura se apoyó en el marco para descansar la cadera y dijo, sin darle ninguna importancia:

—Le voy a decir una cosa y luego se va a su casa y la piensa despacio. Yo no sé lo que le pasa a usted. Nadie lo sabe. Pero creo que se puede saber. Creo que hay una manera de averiguarlo, y creo que si nos ponemos, usted y yo, en dos o tres años lo entendemos. —Se encogió de hombros—. Y creo que un hombre que entiende lo que le pasa deja de tenerle miedo.

Eduardo tardó en contestar.

—¿Y si lo que hay que entender es horrible?

—Entonces será horrible y usted lo sabrá. —Isaura le sostuvo la mirada—. Es mejor. Siempre es mejor. Me lo puede discutir, pero no me va a convencer.

Eduardo caminó de vuelta a la posada por calles que no conocía, en una ciudad que no era suya, en un siglo que no era el suyo, y por primera vez en dos años iba pensando en el futuro.

* * *

Ernesto lo esperaba despierto.

Se dio cuenta en cuanto Eduardo entró: venía encendido. Hablaba rápido, se le mezclaba el español, se sentó en la cama de Ernesto sin pedir permiso y estuvo veinte minutos contándole cosas que Ernesto no entendía —resonancia, umbral, la palabra que Isaura había usado para la relación entre una causa y su tamaño— y en algún momento se dio cuenta de que estaba hablando solo y se calló, y se rió de sí mismo, y dijo:

—Perdón. Perdón. Es que hacía mucho.

—¿Mucho qué?

Eduardo lo pensó.

—Que no me pasaba —dijo— que alguien me preguntara algo que yo no supiera contestar.

Ahí, en ese momento exacto, Ernesto sintió una cosa en el pecho.

Fue física. Fue un apretón, frío, debajo del esternón, la misma sensación exacta que le daba cuando un camino estaba demasiado tranquilo o cuando un pueblo tenía las puertas cerradas a mediodía. Era la única cosa de su oficio en la que Ernesto Valdas confiaba ciegamente, la que le había salvado la vida cuatro veces, la que había hecho que un capitán de treinta y seis años siguiera vivo cuando treinta y cinco hombres no lo estaban.

Esto va a salir mal.

Y Ernesto abrió la boca para decirlo.

Y no lo dijo.

Porque en el medio segundo que tardó, se le atravesó otro pensamiento, y el otro pensamiento fue: *estás así porque él ha estado cuatro horas con alguien que le entiende cosas que tú no le vas a entender nunca.*

Ernesto se conocía. Llevaba treinta y seis años conociéndose. Y se conocía lo suficiente para saber que llevaba meses mirando a Eduardo de una manera que no había decidido mirar a nadie, y que ese mirar tenía consecuencias, y que una de las consecuencias podía ser exactamente ésta: ponerse pequeño y feo y llamarle instinto a la envidia.

Se dio asco.

Como se dio asco, no dijo nada. Se tragó el apretón del pecho igual que se había tragado todo lo demás en doce años, y dijo:

—Me alegro.

Eduardo sonrió.

—¿Sí?

—Sí.

Ése fue el error.

De todo lo que hizo mal aquel otoño —la carta que no enseñó, dejarlo ir solo—, éste fue el que contó, y Ernesto lo iba a saber con una claridad insoportable, meses después, de rodillas en el suelo de un patio de piedra: que tuvo la advertencia, que la tuvo entera, que le llegó a tiempo, y que la desechó por vergüenza de sí mismo.

* * *

Volvieron al Colegio ocho veces en cinco semanas.

Ya iban todos. Isaura se ganó a Anselmo en una tarde —resultó que había leído a la misma gente, o a la gente que había copiado a la misma gente— y se ganó a Bruno enseñándole una fragua de tiro forzado que Bruno estuvo dos días sin poder dejar de describir. A Tomás le regaló un libro. Tomás, que sabía leer desde hacía año y medio y que no había tenido nunca un libro en las manos, durmió con él.

Jimena no bajó del caballo ni una vez.

—No me gusta —dijo, cuando Ernesto le preguntó.

—¿Por qué?

—No sé. —Escupió—. Ella me cae bien. Es el edificio.

El Colegio de Ordas tenía ochenta años, tres patios y setenta personas dentro, y estaba pagado —esto Isaura no lo escondía, lo decía en la primera conversación, con fastidio— por la corona, a través de un consejero llamado Belmar que bajaba dos veces al año a preguntar en qué se estaba gastando su dinero.

Ernesto conoció a Belmar en la sexta visita.

Fue un encuentro de cuatro minutos en un pasillo. Belmar era cortés, tenía las uñas limpias, felicitó a Ernesto por su servicio en la Marca y no le hizo ni una sola pregunta sobre Eduardo, lo cual, para Ernesto, fue la información.

Un hombre que no pregunta por lo único que le interesa es un hombre que ya tiene sus respuestas.

Esa noche Ernesto se sentó a los pies de la cama con el rollo de cartas en las manos y estuvo así hasta que amaneció.

Al día siguiente le dijo a Eduardo que se fueran.

—¿Ahora? —Eduardo levantó la vista de una tablilla llena de números que no eran de ninguno de los dos mundos—. Ernesto, estamos a la mitad de...

—A la Marca. Un mes. Volvemos en primavera.

—¿Por qué?

Ernesto —que tenía una razón, que la tenía entera, que se la habría podido explicar en cuatro frases— dijo:

—Por nada. Por moverse.

Eduardo lo miró.

—¿Estás bien?

—Sí.

—Ernesto.

—He dicho que sí.

Eduardo se quedó callado un momento. Después bajó la cabeza y volvió a los números, y dijo, en un tono que Ernesto no le había oído nunca:

—Vale.

Y luego, sin levantar la vista:

—Dame hasta que acabe el otoño. Nada más. Isaura dice que en otoño ya vamos a saber si sirve de algo.

Ernesto miró la nuca de aquel hombre inclinado sobre una tablilla, escribiendo con una letra rarísima, feliz.

—Hasta que acabe el otoño —dijo.

Faltaban cuarenta y un días.

Capítulo 10

El intento de extracción

Las piedras las había encontrado un pastor.

Eso fue lo primero que a Eduardo le pareció hermoso de toda la historia, y lo repetía cada vez que podía, porque era exactamente la clase de cosa que a él le gustaba de la ciencia: que la mitad de todo lo importante empieza con alguien que no sabía lo que estaba mirando. Un pastor de las tierras altas, cuarenta años atrás, había abierto un túmulo buscando refugio para las cabras y había sacado catorce piedras del tamaño de un pan, grises, lisas, sin marcas.

No hacían nada.

Estuvieron en un almacén del Colegio treinta y ocho años sin hacer absolutamente nada, catalogadas como *piedras del túmulo de Verde Alto, sin interés*.

En octubre, la primera vez que Eduardo entró en ese almacén, las catorce se calentaron.

—Ahí —había dicho Isaura, con una voz completamente plana—. Ahí. No se mueva. No se mueva, por Dios, no se mueva.

Se había arrodillado con su cadera mala en el suelo de piedra y había puesto la palma sobre una de ellas y se había quedado así, quieta, con los ojos cerrados, durante casi un minuto.

Cuando se levantó estaba llorando y no se dio cuenta hasta mucho después.

—Treinta y ocho años —dijo—. Están aquí desde antes de que yo entrara en este edificio. He pasado por delante de esa puerta ocho mil veces.

* * *

A partir de ahí trabajaron.

Hay que decirlo con precisión, porque de lo contrario después nada se entiende: fueron las mejores seis semanas que Eduardo Rendón había tenido en aquel mundo, y una de las mejores temporadas de su vida entera, incluida la de antes.

Trabajaban de sol a sol. Comían mal y a deshoras. Isaura tenía dos ayudantes, un chico callado llamado Nael y una mujer de treinta años llamada Rota que llevaba los registros con una letra que Eduardo envidiaba, y los cuatro se metían en la sala baja del patio norte a las siete de la mañana y salían cuando alguien se acordaba de que había que salir.

Midieron. Eso fue todo lo que hicieron durante tres semanas: medir.

A qué distancia se calentaban las piedras. Cuánto tardaban en enfriarse. Si el efecto dependía de lo que Eduardo estuviera sintiendo (sí), de lo que estuviera pensando (menos), de si estaba dormido (seguía, más débil), de si estaba enfermo (más fuerte, cosa que a Isaura la desconcertó una semana entera). Si la piedra se calentaba igual con una pared de por medio (igual). Si se calentaba igual con agua de por medio (igual). Si dos piedras juntas hacían el doble (no: hacían algo raro que a la tercera semana Rota describió, sin querer ser poética, como *que se ponen de acuerdo*).

Eduardo era feliz de una manera que le daba vergüenza.

Se lo dijo a Anselmo una noche, en la posada, medio borracho:

—Es que me siento un hijo de puta.

—¿Por qué?

—Porque llevo dos años con esto encima como si fuera una enfermedad, y ahora resulta que es lo más interesante que me ha pasado en la vida. —Se pasó la mano por la cara—. La gente le tiene miedo. A mí me tienen miedo. Y yo llego aquí y estoy contentísimo.

Anselmo lo pensó.

—¿Y qué es lo que te da vergüenza? ¿Estar contento?

—Sí.

—Eso es una tontería tan grande —dijo Anselmo— que no me voy a molestar en discutirla.

Le sirvió más vino.

* * *

El error tenía nombre, y el nombre lo puso Eduardo, y ésa fue la parte que después no consiguió perdonarse.

Isaura trabajaba con un modelo. Todo el mundo trabaja con un modelo; no se puede pensar sin uno. El suyo era el más natural del mundo y el más antiguo, y se puede decir en cuatro palabras:

Él lo tiene dentro.

Las piedras se calientan cerca de Eduardo. Luego algo pasa de Eduardo a las piedras. Luego hay una cantidad, y la cantidad está en él, y si está en él se puede sacar. Es la lógica de un odre, de un pozo, de una batería, de cualquier cosa que la humanidad haya entendido nunca. Es la lógica correcta el noventa y nueve por ciento de las veces.

Eduardo se pasó cuatro semanas discutiéndola.

—No está *dentro* de mí —decía, y golpeaba la mesa con el canto de la mano, porque cuando se ponía nervioso hacía eso—. Yo no soy un recipiente. Yo soy el paso. Yo soy... —buscaba la palabra en la lengua del reino y no existía, y la buscaba en español y tampoco, porque tampoco existía en español—. La puerta. Yo soy la puerta. No hay nada guardado en mí, hay algo que **pasa** por mí.

—Puede ser —decía Isaura.

—No es "puede ser". Es que yo lo siento. Yo lo he sentido dos años.

—Y yo le creo que lo siente. —Isaura dejaba la pluma—. Eduardo. Escúcheme. Yo le creo. Pero usted me está dando una cosa que no puedo medir. Si su idea es cierta, ¿qué debería ver yo en esta mesa que sea distinto de lo que vería si mi idea fuera cierta?

Eduardo abría la boca.

La cerraba.

Porque no lo sabía. Porque no había manera. Porque la idea de Eduardo era verdadera y la idea de Isaura era comprobable, y esas dos cosas no son la misma cosa, y en un cuarto donde hay que decidir qué hacer mañana gana siempre la segunda.

Él, mejor que nadie, lo entendía. Él lo habría hecho igual.

* * *

El Marco lo diseñó Eduardo.

No la idea. La idea era de Isaura: catorce piedras alrededor de una silla, una jaula abierta, para ver si con las catorce a la vez el efecto crecía o se estabilizaba. Un experimento de saturación. Nada más.

Pero Isaura las puso en círculo, y Eduardo, mirando el dibujo, dijo:

—En círculo no.

—¿Por qué no?

—Porque en círculo todas están a la misma distancia y no vas a poder separar los efectos. —Le quitó el carbón—. Mira. Si las pones así, en dos planos, con estas cuatro más cerca y estas seis más lejos, y estas cuatro arriba... —dibujó, rápido, con la letra fea y las líneas seguras de once años de nada y ocho meses de pizarrón— ...así tienes tres distancias distintas en el mismo ensayo. Y si el efecto crece con la distancia al cubo, se ve. Si crece al cuadrado, también se ve. Y si no crece, se ve.

Isaura se quedó mirando el dibujo un rato largo.

—Esto es mejor —dijo.

—Es lo mismo, sólo que ordenado.

—No, hijo. Esto es mejor. —Levantó la vista—. ¿Dónde aprendió usted a pensar así?

Eduardo se rió.

—Dando clase —dijo—. Nada más. Uno aprende a ordenar las cosas para que se entiendan.

Rota copió el dibujo al registro esa misma tarde, con su letra magnífica, y anotó debajo, porque era escrupulosa: *disposición propuesta por E. Rendón, 14 de octubre*.

Ese papel se conservó. Ernesto lo encontró siete semanas más tarde entre las cosas quemadas del patio norte, y lo guardó, y no se lo enseñó a Eduardo hasta cuatro años después, cuando Eduardo se lo pidió.

* * *

El primer ensayo con el Marco completo fue el 2 de noviembre, a las diez de la mañana, y duró once segundos.

Eduardo se sentó en la silla. Las catorce piedras estaban en su sitio. Rota anotaba. Nael tenía un reloj de arena de un minuto. Isaura estaba de pie con las manos a la espalda.

—Cuando quiera —dijo Isaura.

—¿Y qué hago?

—Nada. Estése ahí.

Eduardo se estuvo ahí.

A los cuatro segundos las piedras se calentaron y siguieron calentándose, y no era como las otras veces; las otras veces era un calor de mano, de piedra al sol. Esta vez subió. Nael soltó el reloj y se apartó. Rota siguió escribiendo.

A los ocho segundos, Eduardo sintió una cosa que no supo describir hasta mucho después, y que describió así: *como cuando te sacan sangre y no duele pero el cuerpo entero sabe que está pasando algo que no debería*.

A los once, dijo:

—Ya.

Isaura tiró de la palanca y las cuatro piedras del plano alto cayeron sobre paja.

Silencio.

—¿Está bien? —dijo Isaura.

—Sí.

—¿Seguro?

—Sí, sí. Estoy... —Eduardo se levantó, y se le fue el equilibrio medio segundo, y se agarró del respaldo—. Estoy bien. Ha sido raro. Anota que ha sido raro. No sé decirlo mejor.

Rota lo anotó exactamente así: *el sujeto dice que ha sido raro y que no sabe decirlo mejor*.

Entonces Eduardo miró la ventana, y vio el patio, y vio el árbol del patio.

No supo cómo se llamaba.

Se quedó quieto.

Lo veía perfectamente. Sabía lo que era. Sabía que tenía raíces, sabía que en primavera le salían hojas, sabía la palabra para *hoja* y la palabra para *rama* y la palabra para *tronco*, en las dos lenguas, en las dos.

No tenía la palabra para la cosa entera.

—Eduardo —dijo Isaura.

Eduardo levantó la mano para pedir un momento y no consiguió bajarla.

Duró seis minutos.

Seis minutos en los que un hombre que se ganaba la vida enseñando estuvo de pie junto a una ventana, con la mano levantada, buscando la palabra *árbol* dentro de sí mismo y encontrando el sitio vacío donde tenía que estar. Y lo peor no era el hueco. Lo peor era que se acordaba de la primera vez que le había enseñado esa palabra a Ernesto, en un camino, en el segundo mes, y de cómo

Ernesto la había pronunciado fatal, y de que se habían reído. Se acordaba de la escena entera.

Con un agujero en el medio.

Volvió de golpe, como vuelve un estornudo. *Árbol.*

Eduardo se sentó en el suelo.

—Ya está —dijo Isaura.

—Sí.

—No. Digo que ya está. Se acabó. Esto no se repite.

Eduardo negó con la cabeza, con la cara entre las manos.

—Se acabó —repitió Isaura, y su voz había cambiado de una manera que hizo que Nael saliera del cuarto—. Rota, apunta la hora. Apunta lo que ha dicho. Apunta que yo he dado por terminada la línea.

—Maestra...

—Apúntalo, hija.

* * *

Eduardo se lo contó todo a Ernesto esa noche, sin que se lo preguntara, apenas cruzó la puerta.

—Se acabó —dijo—. Nos vamos. Mañana, pasado, cuando digas.

Ernesto lo miró.

—¿Qué ha pasado?

Eduardo se lo contó. Lo del árbol. Los seis minutos. Y en algún punto de la explicación se le rompió la voz y tuvo que parar, porque llegó a la parte que le importaba y que no había dicho todavía.

—Ernesto. Escúchame. Yo pensé que esto era... —hizo un gesto, buscó— ...poder. Fuerza. Una cosa que tengo, como tener un brazo fuerte. Y si me la quitan, pues me quedo sin ella y ya, seré un hombre normal, y honestamente me habría parecido bien. Yo he querido eso muchas veces.

—Ya lo sé.

—Pero no es eso. —Se dio dos golpes en el pecho con el puño cerrado—. Es esto. Es lo mismo que la palabra. Si tiran, no sale poder. Sale **yo**. Sale un pedazo de mí y ni siquiera saben cuál.

Se quedó callado.

—Yo dibujé el aparato —dijo, en voz muy baja.

—Eduardo.

—Yo lo dibujé, Ernesto. Estaba mal puesto y yo lo arreglé.

Ernesto se levantó, cruzó la habitación y le puso las dos manos en los hombros, y los apretó, fuerte, hasta que Eduardo levantó la cara.

—Nos vamos el jueves —dijo.

—Sí.

—Y no vuelves a entrar en ese edificio.

—No.

—Dilo.

—No vuelvo a entrar en ese edificio.

Ernesto asintió una vez y lo soltó, y esa noche, por primera vez en cuarenta días, se durmió sin hacer cuentas.

* * *

El consejero Belmar llegó a Ordas el miércoles.

Traía nueve hombres armados, una carta con el sello de la corona y una idea muy clara de lo que había estado pagando durante treinta y ocho años. Lo primero que hizo fue leer los registros de Rota, porque los registros eran propiedad del Colegio y el Colegio era propiedad de quien lo pagaba.

Lo segundo fue mandar llamar a Isaura.

Lo que se dijeron esa tarde nadie lo escribió. Hay dos versiones. En la de Rota, Isaura le gritó a un consejero del rey durante un cuarto de hora y salió del cuarto por su propio pie. En la de Nael, salió llorando.

En las dos versiones, cuando salió, la puerta del patio norte ya tenía dos hombres delante.

Belmar mandó a buscar a Eduardo a la posada esa misma noche, con una invitación cortés.

Eduardo dijo que no.

Belmar mandó una segunda invitación una hora después, todavía cortés, en la que se mencionaba, de pasada, que la Compañía del capitán Valdas seguía siendo formalmente una unidad de la Marca de Arvela, y que las unidades de la Marca respondían a la corona, y que él representaba a la corona.

Ernesto leyó esa carta dos veces, palabra por palabra, con el dedo.

Después la dejó sobre la mesa y dijo:

—Bruno, los caballos. Jimena, sal ya y mira los tres caminos. Tomás, tú te vas con Anselmo y no discutes. Nos vamos esta noche.

Y no llegaron a salir de la ciudad.

* * *

De la última hora de aquella noche, Eduardo recordó después muy poco, y lo poco que recordó vino desordenado y nunca terminó de ordenarlo.

Recordó la calle mojada.

Recordó que los pararon a la salida del barrio de los curtidores y que no eran nueve, eran como treinta, y que Ernesto lo empujó detrás de él con el antebrazo, ese gesto suyo, el que había hecho la primera vez a las tres de la mañana en un pueblo muerto.

Recordó a Bruno gritando.

Recordó, con una nitidez espantosa, haber pensado: *si esto se pone feo, yo puedo pararlo.* Y haber sentido la cosa subiéndole por el pecho, lista, obediente por una vez, enorme.

Y recordó haber decidido que no.

Ésa fue la parte que Ernesto no supo hasta cuatro años después y que casi lo mata cuando la supo. En el patio de los curtidores, con treinta hombres alrededor, Eduardo Rendón tuvo durante unos segundos la capacidad de terminar aquello, y no lo hizo, porque llevaba dos años aterrado de lo que pasaba cuando aquello se le salía, y porque Tomás tenía diecisiete años y estaba a dos pasos de él, y porque no había manera —ninguna, ni una— de garantizar que si abría la puerta la cosa distinguiera entre los treinta hombres de Belmar y el chico que le había enseñado la palabra *agua*.

Así que hizo lo único que sabía hacer con precisión.

Puso un escudo.

No sobre él. Sobre ellos: sobre los seis. Una cosa que nadie vio, que a Bruno le pareció que el aire se había puesto duro, que a Anselmo le zumbó en los dientes. Los seis quedaron dentro.

Eduardo quedó fuera.

Fue deliberado. Lo hizo bien. Fue, técnicamente, la maniobra más limpia y más controlada de sus dos años de vida mágica, y la hizo en cuatro segundos, sin gestos, sin ojos rojos, sin que se cayera una sola teja.

Después se dejó agarrar.

Ernesto llegó al borde de aquello y no pudo pasar. Le pegó con el hombro. Le pegó con la espada envainada. Se rompió la mano derecha contra algo que

no estaba ahí, y no se dio cuenta de que se la había roto hasta la mañana siguiente.

Lo último que Eduardo dijo, mientras se lo llevaban, se lo dijo en español, y Ernesto no entendió ni una palabra, y se pasó los catorce meses siguientes preguntándole a todo el mundo si sabía lo que significaba.

Era: *Ya vuelvo.*

* * *

El Marco estaba montado a las cuatro de la mañana.

Isaura no estaba en el cuarto. La habían encerrado en su propia biblioteca, que fue una crueldad menor que a ella le pareció, cuando la contó, la peor de todas. Rota estaba, porque le ordenaron estar, y anotó, porque le ordenaron anotar, y el registro de esa noche existe y tiene ochenta y una líneas y la letra se va deshaciendo hacia el final.

Belmar no era un monstruo. Conviene decirlo. Belmar era un hombre práctico de un reino que llevaba trece años en guerra, que había leído un informe que decía que había una fuerza y que la fuerza estaba dentro de un extranjero, y que hizo la cuenta que hacen los hombres prácticos: un hombre contra un reino.

No quería matarlo. Al contrario: dio orden expresa de que el sujeto no debía sufrir daño.

Es que estaba equivocado.

Estaba equivocado de la manera más simple posible, en un solo punto, en una sola palabra: creía que había algo dentro.

A las cuatro y diez, con las catorce piedras en la disposición que Eduardo había diseñado —dos planos, tres distancias, el dibujo de un profesor que quería que un experimento se entendiera bien—, tiraron.

Y no salió nada, porque no había nada que sacar.

Así que lo que hizo el Marco fue lo que hace cualquier fuerza aplicada a una cosa que no cede: no la vació.

La partió.

* * *

Rota escribió, en la línea sesenta y siete, con la letra ya mala:

no hay traspaso. no hay recogida. la materia de las piedras no cambia. el sujeto grita en su lengua

Y en la setenta y cuatro:

ha dejado de gritar

Y en la setenta y nueve, la última que se entiende:

ha salido algo por la ventana. no sé decir qué. no era luz

Y en la ochenta y una, torcida, casi fuera del papel:

sigue vivo

Capítulo II

Dieciséis por minuto

El escudo cayó a las cuatro y once de la mañana.

Cayó de golpe, sin transición, y los seis se fueron hacia adelante porque llevaban un cuarto de hora empujando contra él. Bruno se cayó de rodillas. Ernesto no: Ernesto ya estaba corriendo antes de tocar el suelo.

Le llevaban ocho calles de ventaja y él las hizo en menos de lo que las habría hecho un hombre entero. Los de Belmar habían dejado dos en la puerta del Colegio y Ernesto pasó por encima de los dos sin acordarse después de cómo. Cruzó el primer patio. Cruzó el segundo. Y en el corredor del norte se encontró con gente que corría en dirección contraria, personal del Colegio, copistas, un cocinero, todos hacia afuera, y uno de ellos, un chico, le agarró la manga y le dijo una cosa que Ernesto no procesó hasta mucho más tarde:

—No entre. Hay algo mal en el aire.

Entró.

* * *

La sala baja del patio norte tenía las ventanas reventadas hacia afuera.

Eso fue lo primero que vio: el vidrio en el patio, no en el suelo del cuarto. Lo que había salido, había salido por su propio pie.

Adentro estaba todo en orden.

Ésa fue la segunda cosa, y la que le dio más miedo. No había destrozo. Las mesas estaban en su sitio. Las catorce piedras estaban en su sitio, tibias, ordenadas en dos planos y tres distancias. Una lámpara seguía encendida. Contra la pared del fondo, Rota, de pie, con el registro apretado contra el pecho y la boca abierta, sin ruido.

Belmar estaba junto a la puerta interior con dos hombres, y estaba diciendo algo, y lo que estaba diciendo era, palabra por palabra:

—...que vuelvan a medirlas. Puede que la carga tarde en asentarse.

Eduardo estaba en la silla.

Sentado. Erguido. Las manos abiertas sobre los muslos. Los ojos abiertos.

Respirando.

Ernesto cruzó la sala y le puso la mano en la cara.

—Eduardo.

Nada.

—Eduardo. Soy yo.

La piel estaba tibia. El pulso, cuando le buscó el cuello con dos dedos —lo había aprendido de Anselmo, lo había aprendido mirando a Eduardo aprenderlo de Anselmo—, el pulso era lento y regular y perfectamente sano.

—Eduardo. Mírame.

Los ojos de Eduardo estaban abiertos y no estaban mirando. Se movían: seguían la lámpara cuando alguien la movió, despacio, como sigue la luz un recién nacido. Cuando Ernesto le puso la mano delante, no parpadeó.

—Está vivo —dijo Belmar, detrás de él. Y había en su voz, sinceramente, alivio—. Capitán, está vivo, el hombre está...

Ernesto se dio la vuelta y lo levantó del cuello contra el marco de la puerta.

Después de eso hay un hueco.

Sabe que le rompió algo, porque Belmar no volvió a hablar bien nunca. Sabe que los dos hombres de la puerta intentaron meterse y que Bruno llegó a tiempo. Sabe que en algún momento tenía las dos manos donde había que tenerlas y que le faltaba muy poco, y que se estaba tomando su tiempo, y que le estaba diciendo algo a Belmar en voz muy baja que después no consiguió recordar.

Y sabe que lo paró Tomás.

Tomás, que tenía diecisiete años, que había llegado el último porque corría el último, que se quedó en la puerta viendo la silla y a lo que había en la silla.

Dijo:

—Capitán.

Nada más. Una palabra, con la voz partida, y era la voz de un chico pidiéndole a un adulto que se hiciera cargo, porque el adulto tenía que hacerse cargo, porque si el adulto no se hacía cargo entonces no había nadie.

Ernesto soltó a Belmar.

Se dio la vuelta.

—Anselmo —dijo, y le salió una voz que no reconoció—. Ven a ver esto.

* * *

Anselmo lo examinó durante cuarenta minutos, ahí mismo, con Bruno en la puerta y Jimena en la ventana.

Fue el examen más metódico que Ernesto le había visto hacer en doce años, y también el más lento, y a la mitad Ernesto se dio cuenta de que Anselmo estaba haciéndolo lento a propósito porque tenía miedo de terminar.

Lo que encontró:

Respiraba. Dieciséis por minuto, regular. El pulso, sesenta y ocho. La piel, normal. Ninguna herida. Ni un rasguño, ni una quemadura, ni una marca en las muñecas.

Tragaba. Anselmo le puso agua en los labios y tragó, sin atragantarse, con la mecánica intacta.

Se sostenía sentado. Cuando lo levantaron, se sostuvo de pie. Cuando lo empujaron suavemente hacia adelante, caminó. Cuando lo dejaron de guiar, siguió caminando en línea recta hasta que se detuvo contra una mesa y se quedó ahí, tocando la mesa con los muslos, sin rodearla.

Los ojos seguían la luz. No seguían las caras.

No parpadeaba ante una amenaza. Anselmo le pasó la mano abierta a un dedo de los ojos, tres veces, cada vez más rápido. Nada.

No tenía miedo. No tenía dolor. No tenía hambre: aceptaba comida y no la pedía.

—Capitán —dijo Anselmo al fin—. Su cuerpo está perfecto.

—Sí.

—No me ha entendido. Estoy diciendo que está *perfecto*. Este hombre lleva dos años con una cicatriz en la ceja y tres dedos que no cierran bien desde el invierno de Ribas. —Anselmo levantó la mano derecha de Eduardo y la cerró en un puño, y el puño se cerró entero, sin problema—. Yo no sé qué le han quitado, y no me pregunte cómo lo llamo porque no tengo palabra. Lo único que puedo decirle, y se lo digo con la boca pequeña, es que junto con lo otro le han quitado también todo lo que le dolía.

Ernesto miró la mano.

—Anselmo. Dilo claro.

Anselmo tardó.

—No es un enfermo —dijo—. Yo he visto a hombres a los que les revienta algo en la cabeza y se quedan así. Éste no es ése. Un hombre al que le revienta algo se rompe por un lado: se le va una mano, se le va el habla, se le tuerce la boca. Aquí no falta un lado.

—¿Entonces qué falta?

—El que estaba dentro —dijo Anselmo.

* * *

Sacaron a Isaura de su biblioteca a las seis, cuando alguien se acordó de que estaba ahí.

Bajó al patio norte con la cadera mala y el pelo suelto y entró en la sala, y Ernesto se puso delante de la silla, porque no sabía todavía si iba a permitirle verlo.

Isaura no intentó pasar.

Se quedó a cuatro pasos, mirando por encima del hombro de Ernesto.

Después se sentó en el suelo, con la espalda contra una mesa, con la torpeza de una mujer de cincuenta y tantos años que no tendría que sentarse en el suelo, y se quedó ahí sin decir nada durante tanto rato que Bruno acabó preguntando si estaba bien.

—No —dijo Isaura.

Y luego:

—Capitán. ¿Puedo hablar?

—Habla.

—Yo he hecho esto.

—Sí.

—No estoy pidiendo que me diga que no. —Levantó la vista—. Estoy diciéndolo para que no perdamos tiempo. Yo hice el aparato. Belmar dio la orden y Belmar es un imbécil con dinero, pero el aparato lo hice yo, y lo hice porque estaba equivocada, y él me lo dijo. Él me lo dijo cuatro veces. Yo lo anoté y seguí.

—¿Por qué?

—Porque su idea no se podía comprobar y la mía sí. —Se le quebró un poco—. Y porque yo tenía cincuenta y siete años y treinta y ocho de esos años los había pasado sin que me pasara nada.

Ernesto la miró un momento largo.

Después se apartó de la silla.

Isaura se levantó y se acercó, y le puso a Eduardo la mano en la mejilla, y Ernesto —que había estado a punto de matar a un hombre hacía dos horas— sintió que se le cerraba la garganta al ver una cosa: que Eduardo, que no reaccionaba a las caras, giró un poco la cabeza hacia el calor de la mano.

—Ahí está —dijo Isaura, muy bajo.

—¿Qué?

—Que hay algo. —Se limpió la cara con la muñeca—. Un cuerpo vacío no busca una mano, capitán.

* * *

Se fueron de Ordas a mediodía, y salieron sin que nadie los parara, porque Belmar estaba en una cama sin poder cerrar la boca y porque los setenta del Colegio se habían ido enterando durante la mañana de lo que había pasado en el patio norte y ninguno tenía ganas de estar de parte de nadie.

Eduardo iba en el carro.

Iba sentado, con la espalda contra los fardos, atado por la cintura con una correa suave que Jimena remató con lana para que no le rozara, y miraba el cielo. Le pusieron su capa. Bruno le puso el cinturón de la hebilla del pajarito, aunque no hacía ninguna falta, y no dijo por qué.

Salieron por la puerta del norte y a la media legua Ernesto mandó parar, y bajó del caballo, y se apartó del camino y estuvo cinco minutos detrás de unas zarzas.

Cuando volvió no dijo nada y nadie preguntó.

Acamparon esa noche a cuatro leguas, en un rastrojo.

Ahí, alrededor del fuego, con el carro a diez pasos y Eduardo dentro del carro mirando algo que no era el fuego, la Compañía tuvo la conversación.

No fue una conversación heroica. Ernesto se acordaba de eso con precisión, y años más tarde, cuando la gente empezó a contar la historia de otra manera, era el detalle que más se empeñaba en corregir: que no hubo un discurso, y que él no lo habría sabido dar.

Empezó Bruno, porque siempre empezaba Bruno.

—Bueno —dijo—. ¿Y cómo lo hacemos?

Ernesto levantó la cabeza.

—¿Cómo hacemos qué?

—Ir a buscarlo. —Bruno lo miró como si fuera tonto—. ¿O qué? ¿Lo dejamos así? Yo no pienso pasearme por el mundo con ese idiota metido en un carro como un mueble. Se lo debo. —Se puso a hurgar el fuego con un palo, incómodo—. Le debo una pierna.

—Yo le debo una conversación —dijo Anselmo.

Bruno lo miró.

—¿Qué?

—Le debo una conversación. Llevamos dos años con una discusión a medias sobre por qué hierve el agua. Él dice que hay una cosa dentro del agua que se sale. Yo digo que es el fuego que la empuja. —Anselmo se encogió de hombros—. No pienso morirme sin saber quién tenía razón.

Jimena no dijo nada durante un rato.

—Él me enseñó a leer —dijo después.

Nadie lo sabía. Ella no lo había dicho nunca, y se sentaba al fondo fingiendo que remendaba, y todos habían fingido que se lo creían.

—Yo tengo cuarenta y un años —añadió—. Nadie va a volver a enseñarme.

Tomás no habló.

Tomás llevaba callado desde el patio del Colegio. Estaba sentado un poco fuera del círculo, con las rodillas contra el pecho, y cuando le llegó el turno por el silencio de los demás, se pasó la mano por la nariz y dijo, con una voz muy chica:

—Le prometí que le iba a enseñar a escribir su nombre.

—Tomás, él escribe mejor que...

—En el nuestro —dijo Tomás—. Con nuestras letras. Él escribe con las suyas, con las de allá. Y me dijo que quería aprender a escribir su nombre con las nuestras, para que si alguien encontraba algo suyo dentro de cien años supiera que era de aquí también. —Se le fue la voz—. Y yo le dije que sí y no lo hice porque me daba flojera.

Vidal, que llevaba toda la noche mirando el fuego, dijo entonces la única frase que dijo:

—Yo tengo cincuenta y ocho años y no he tenido hijos.

Y no explicó nada más, y nadie se lo pidió.

Después se hizo un silencio largo, y todos, uno por uno, sin ponerse de acuerdo, se voltearon hacia Ernesto.

Ernesto se dio cuenta de que estaban esperando que él dijera lo suyo.

Abrió la boca.

Y no salió nada.

Porque las razones de los demás eran razones: se podían decir en una frase, tenían principio y final, se podían poner delante de un fuego. Una pierna. Una conversación. Las letras. Un nombre.

Lo suyo no cabía en una frase.

Lo suyo era que llevaba trece años durmiendo mal y que últimamente dormía. Era que había dejado de contar los muertos por la noche. Era la palabra *hentar* dicha con un caso equivocado en una guardia con nieve. Era un hombre en el suelo de una casa sin ventanas preguntándole a siete personas *bien, ¿por qué pensaste eso?*, y era que Ernesto había estado en la puerta mirando aquello más veces de las que podía justificar, y que nunca había entrado, y que ya no se acordaba de por qué no entraba.

Era que se había pasado los últimos cuarenta días avergonzado de su propio instinto porque no había querido mirar de frente de dónde venía.

Ernesto cerró la boca.

—Mañana al amanecer —dijo—. Anselmo, haz una lista de lo que hace falta. Jimena, quiero saber si Belmar manda gente detrás.

Y se levantó y se fue a revisar los caballos.

Vidal lo alcanzó junto al carro.

Se quedaron los dos apoyados en la rueda, mirando la lona, sin hablar. Adentro, Eduardo respiraba dieciséis veces por minuto.

—Capitán.

—No.

—No he dicho nada.

—No lo digas.

Vidal soltó el aire por la nariz.

—Sólo iba a decir —dijo— que *familia* es una palabra que sirve para muchas cosas.

Ernesto no se volvió.

—Y que a veces uno la usa porque es la que tiene a mano.

Ernesto no contestó.

Vidal le dio una palmada en el brazo y se fue a dormir.

* * *

Isaura los alcanzó al tercer día, en el camino de Vega Alta, montada en una mula, con dos sacos y su cadera mala.

Traía las catorce piedras.

—Las he robado —dijo, antes de que nadie preguntara—. Formalmente son de la corona. Si esto sale bien, me ahorcan. Si sale mal, también, así que da igual.

Bruno se bajó del caballo.

—Señora, con todo respeto. ¿A usted quién la ha llamado?

—Nadie.

—Pues entonces...

—Herrero. —Isaura se agarró al arzón para no caerse, y su voz salió con una autoridad de treinta años de aula—. ¿Sabe usted qué hacer con esto?

—No.

—Yo tampoco. Pero soy la única persona viva que ha visto lo que pasó dentro de ese cuarto y que además sabe leer. —Se enderezó—. Tienen ustedes un hombre vacío en un carro y ninguna idea de dónde buscar. Yo tengo una idea. Es mala. Es lo único que hay.

Ernesto se acercó.

—Diga la idea.

Isaura sacó una de las piedras del saco y se la puso en la mano.

Estaba fría.

—Llevo tres días con ellas encima —dijo—. Frías. Todas. Llevaban treinta y ocho años frías y se calentaron el día que él entró en aquel almacén, y ahora que él está a cuatro pasos de mí en ese carro vuelven a estar frías, porque lo que las calentaba no está en ese carro.

Se hizo un silencio.

—Está afuera —dijo Isaura—. Está en pedazos y está afuera, en alguna parte, y estas piedras saben cuándo está cerca.

Ernesto cerró la mano sobre la piedra.

—¿A qué distancia?

—No lo sé.

—¿Cuántos pedazos?

—No lo sé.

—¿Se puede volver a meter?

—No lo sé, capitán. —Isaura lo miró desde arriba de la mula, y tenía los ojos rojos y la barbilla firme—. No sé absolutamente nada. Lo único que sé es que la última vez que estuve segura de algo rompí a un hombre bueno.

Ernesto se guardó la piedra en el cinto.

—Bienvenida —dijo.

Y volvió al frente de la columna.

Capítulo 12

El valle de Anta

Las primeras cinco semanas no encontraron nada, y las primeras cinco semanas casi los deshacen.

Nadie lo esperaba. Ésa fue la cosa. Habían salido de Ordas con una idea, y la idea tenía forma de plan: catorce piedras que se calentaban cerca de los pedazos, siete personas dispuestas, un carro y un mundo. Todos ellos, sin decirlo, se habían imaginado que la primera piedra se calentaría en una semana.

Al octavo día no había pasado nada. Al vigésimo tampoco. Al trigésimo, Bruno dijo en voz alta lo que llevaba diez días pensando:

—Esto es una peregrinación de idiotas.

—Bruno.

—Es que lo es, capitán. —Tiró la brida—. Llevamos un mes dando vueltas por caminos de mierda con unas piedras que compró un pastor.

—Las encontró un pastor. No las compró.

—¡Me da igual quién las encontró! —Bruno señaló el carro con el brazo entero—. ¡Me da igual si las encontró un pastor, o un obispo, o si le cayeron del cielo a un hombre que iba a mear! ¡Ahí va un hombre que no me habla! ¡Un hombre que hablaba todo el rato, capitán, todo el rato, que no había manera de comer en paz porque siempre estaba explicando algo, y a mí me daba una rabia espantosa, y ahora daría un dedo, un dedo de esta mano, la buena, por que me explicara otra vez la tontería esa de los espejos! ¡Y yo estoy dando vueltas por un reino que no me ha dado nunca nada, con un saco de guijarros que llevo yo, que los llevo yo, que los llevo yo desde Anta porque nadie más quiere cargarlos, porque una señora de Ordas dice que a veces se calientan! ¡A veces! ¡Ésa es la palabra! ¡A veces!

Isaura no levantó la vista de la mula.

—Bruno —dijo Anselmo.

—No, déjenlo —dijo Isaura—. Tiene razón.

—No tiene razón.

—Tiene razón en todo menos en una cosa. —Levantó la cabeza—. Tiene razón en que es absurdo, en que es lento y en que no hay garantía. Y se equivoca en una sola: en que sea lo peor que podemos estar haciendo. —Se ajustó la manta sobre las piernas—. Dígame usted qué es lo mejor, herrero, y lo hacemos hoy mismo.

Bruno abrió la boca.

No dijo nada, y estuvo cuatro días sin dirigirle la palabra a nadie, y al quinto le arregló a Isaura el estribo, que llevaba dos semanas torcido, y ésa fue toda la disculpa que hubo.

* * *

La piedra de Tomás se calentó el 9 de enero, cruzando un vado sin nombre.

Tomás gritó tan fuerte que Jimena sacó el arco y una garza salió del carrizo. Después se cayó del caballo. Después, con la piedra en las dos manos y la cara mojada, dijo cuatro veces seguidas *está caliente, está caliente, está caliente*, hasta que Ernesto se la quitó para comprobarlo él.

Estaba caliente.

Estuvieron once días acotando el sitio.

Once. Ésa fue la primera lección del oficio y la más humillante: la piedra decía *cerca* y no decía *dónde*. Había que caminar en círculos, apuntar la temperatura, volver sobre los pasos, dividir el terreno como quien busca un anillo en un prado. Isaura lo organizó con una cuadrícula. Tomás resultó ser el mejor de todos, porque tenía diecisiete años y una paciencia infinita para los juegos, y porque se lo tomó como un juego, y ésa era exactamente la actitud correcta.

Así fueron apareciendo las reglas.

Isaura las escribió en la primera página de un cuaderno que llevaba amarrado a la silla y que se llenó entero antes del final:

Uno. Las piedras se calientan a menos de media legua y no dicen la dirección.

Dos. Los pedazos no se esconden: se instalan. Cada uno llega a un sitio y se queda, y el sitio empieza a parecerse a él. Eso es lo que los hace encontrables. No dejan rastro; dejan **efecto**.

Tres. Tienen forma de hombre. Se parecen a Eduardo sin ser exactamente él: uno era más joven, otro llevaba la ropa del primer año, otro iba descalzo siempre. Isaura anotó que probablemente se parecían a como uno se ve a sí mismo cuando se acuerda de sí mismo, tachó la frase por poco rigurosa y la volvió a escribir debajo.

Cuatro. No se agarran.

Ésa la aprendieron a golpes y la aprendieron ahí, en Anta, y costó once días.

* * *

El valle de Anta llevaba tres meses cerrado.

Lo vieron antes de entrar. Era mediodía de enero, con sol, y en los prados no había una sola cabeza de ganado. Eso en un valle de pastos es como encontrar una calle sin puertas.

Después vieron las casas: los postigos echados a mediodía, con sol.

Después no vieron pájaros.

—Capitán —dijo Jimena, muy bajo—. Los perros.

—¿Qué les pasa?

—Que no hay.

Entraron en el pueblo al paso, y tres hombres salieron a la calle a preguntarles qué querían, con esa cortesía tensa de la gente que lleva demasiado tiempo esperando algo malo.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó Ernesto.

—Nada —dijo el más viejo.

Era verdad. Ésa era la cosa.

Tardaron dos días en sacárselo, y se lo sacó Anselmo, que era el único que sabía preguntar sin que pareciera un interrogatorio. En Anta no había habido peste, ni bandidos, ni cosecha perdida, ni deudas, ni hombres de Ísel. Lo que había pasado era que en algún momento del otoño, sin causa y sin aviso, todo el valle había empezado a tener miedo.

La mujer de la posada se lo dijo así, con las manos en el delantal:

—Yo cierro a las tres.

—¿A las tres?

—A las tres de la tarde. Y no sé de qué. —Se le puso la cara roja—. Ésa es la vergüenza, señor. Yo he tenido esta casa abierta veintidós años con mi marido muerto y dos hijos y bandidos en el camino, y he tenido miedo del modo en

que se tiene miedo. Y ahora cierro a las tres y no sé de qué, y si me pregunta le digo una mentira, porque no hay nada.

Un pastor había subido el ganado a las cuadras en noviembre y no lo había vuelto a bajar. Dos familias se habían ido en diciembre. Una mujer de treinta años llevaba cinco semanas sin salir de su casa y sus hermanos habían dejado de discutírselo.

Había un chico de nueve años, hijo del herrador, que había dejado de hablar.

Ése fue el que le rompió algo a Ernesto. Se lo enseñaron el segundo día: un crío sentado junto al fuego, sano, sin fiebre, que comía y se dejaba peinar y que llevaba siete semanas sin decir una palabra.

—No está enfermo —dijo Anselmo, después de mirarlo—. Está aterrado.

—¿De qué?

—De nada, capitán. Eso es lo que tiene. Está aterrado de nada.

Ernesto salió de la casa y se apoyó en la pared de afuera con la mano en la boca, y estuvo un rato.

Porque aquel valle era Eduardo. Aquel valle era la parte de Eduardo que se despertaba a las tres de la mañana; era el hombre del sótano del primer año, el que se disculpaba por respirar, el que creía que la gente lo aguantaba. Alguien había sacado eso de dentro de un hombre y lo había soltado sobre cuatrocientas personas, y las cuatrocientas personas llevaban tres meses viviendo dentro de la cabeza de Eduardo Rendón sin saberlo.

—Le voy a decir una cosa, capitán —dijo Vidal a su lado—. Y no se la voy a repetir.

—Dila.

—Cuando lo encontremos, no lo mire con lástima.

Ernesto se volteó.

—El chico ese de ahí dentro lleva siete semanas sin hablar —dijo Vidal.

—Ya lo sé.

—El miedo se contagia mirando.

Ernesto no dijo nada.

—Y usted lleva dos días con una cara.

Vidal se ajustó el hato al hombro y echó a andar.

—Yo llevo cincuenta y ocho años —dijo.

* * *

Lo encontró Jimena al cuarto día, en el sótano de una casa vacía, y no lo tocó.

Subió, buscó a Ernesto y le dijo cinco palabras:

—Está abajo. No baje rápido.

Ahí Bruno cometió el error.

Bruno bajó primero. No por desobedecer: bajó porque llevaba tres meses empujando un carro y porque en su cabeza la escena era simple, era la escena que se había imaginado cuatrocientas veces desde Ordas, y en su escena él bajaba, veía a su amigo, le pasaba el brazo por encima y decía *venga, idiota, vámonos a casa*.

Bajó los ocho escalones de dos en dos.

Lo vio.

Vio a Eduardo —más flaco, descalzo, con la ropa rara del primer año— metido en el rincón más lejano de la escalera, con la espalda contra las dos paredes y las rodillas contra el pecho.

A Bruno se le rompió la cara.

—Ay, hijo de puta —dijo—. Ven aquí.

Cruzó el sótano en tres pasos y le pasó los brazos por encima.

Y el pedazo se deshizo.

No gritó, no forcejeó, no se apartó. Se deshizo entre las manos de Bruno igual que se deshace el humo cuando lo aprietas, sin ruido, en menos de un segundo, y Bruno se quedó de rodillas en un sótano vacío con los brazos cerrados alrededor de nada.

Tardaron once días en volver a encontrarlo.

Once días en los que el valle de Anta empeoró de una manera que se podía medir: la mujer de la posada empezó a cerrar a la una, se fue otra familia, y el chico del herrador dejó de comer.

Y once días en los que Bruno no habló.

Ni una palabra. Comía, cargaba, hacía su turno y no hablaba. Al séptimo día Ernesto se sentó a su lado en el pescante del carro y le dijo:

—No fue culpa tuya.

—Sí lo fue.

—Bruno...

—Sí lo fue, capitán, y le voy a pedir un favor. —Bruno tenía los ojos rojos y la mandíbula apretada—. No me diga que no. No me diga que no lo sabía y que cualquiera. Yo lo sé y usted lo sabe. Y si me lo quita, lo único que consigue es que no me sirva de nada.

Ernesto se quedó callado.

—Está bien —dijo.

—Gracias.

A los dos días, Bruno volvió a hablar, y lo primero que dijo fue una tontería sobre una rueda, y todo el mundo se lo agradeció.

* * *

Cuando lo encontraron otra vez, en el mismo sótano, bajó Ernesto solo.

Bajó despacio, con las manos vacías, contando los escalones.

Cuando llegó al último y el pedazo lo vio, lo que Ernesto vio le hizo daño en un sitio muy físico.

Era Eduardo. Era exactamente Eduardo, y estaba mirándolo como lo había mirado un desconocido en un tronco hueco dos años atrás, con los ojos abiertos y la respiración corta.

Sólo que sin lo demás.

Ésa fue la diferencia, y a Ernesto le costó unos segundos identificarla. En el bosque, aquel hombre aterrado había tenido encima una cortesía absurda: se había estado cuidando de no hacer movimientos bruscos, se había estado comportando. Debajo del miedo había habido un hombre entero sosteniéndolo.

Aquí no había nadie sosteniéndolo. Era el miedo solo, sin techo, y era insoportable de mirar.

Ernesto entendió, con una claridad instantánea, que si daba un paso lo perdía.

Así que hizo una cosa que no le habría salido dos años antes.

Se dio la vuelta.

Se sentó en el escalón de abajo, de espaldas al rincón, con los codos en las rodillas, mirando la pared de piedra a dos palmos de su cara.

Y se quedó ahí.

* * *

Estuvo cuatro días.

Subía a comer, a mear y a dormir cuatro horas, y volvía a bajar. Bruno le llevaba el guiso y lo dejaba en el tercer escalón y se iba sin decir nada, que era, para Bruno, un acto de disciplina heroica.

El primer día Ernesto estuvo callado.

El segundo empezó a hablar.

Le habló a la pared porque no podía hablarle al rincón, y lo que dijo, al principio, fueron cosas sin ninguna importancia: que la mula de Isaura era el animal más rencoroso del reino, que a Tomás le había cambiado la voz en Ordas y que le daba vergüenza, que la mano derecha se le había curado torcida y que ya no podía cerrar del todo el puño y que no se lo había dicho a nadie.

El tercer día se le acabó lo sin importancia.

Así que contó Peña Rota.

La contó entera, por primera vez en su vida, de principio a fin, a una pared de piedra de un sótano de Anta, con la voz muy baja y sin volverse ni una vez. Contó lo de la niebla y lo del flanco izquierdo y lo del capitán viejo, que se llamaba Damián y al que él quería. Contó que había mandado a tres hombres a un sitio del que no iban a volver porque en ese momento le pareció lo correcto y que cuatro años después seguía sin saber si lo era. Contó que cuando le dijeron que el mando era suyo dijo que sí en la misma frase en que pensó que no, y que llevaba cuatro años pagando esa frase.

Contó, al final del tercer día, la cosa que no había dicho nunca:

—Yo no quería volver a querer a nadie.

Silencio.

—Después de aquello. Es una tontería, uno no decide esas cosas. Pero yo lo decidí. Me acuerdo del día. —Se pasó la mano por la cara—. Y aguanté dos años. Y luego apareciste tú en un tronco hueco, hablando una lengua que no existía, con unos zapatos pintados.

Se quedó callado un buen rato.

—Y ni siquiera lo hiciste a propósito —dijo—. Ése es el problema contigo. Tú no haces nada a propósito. Tú nada más vuelves al día siguiente.

* * *

Al cuarto día, hacia el mediodía, oyó un ruido de tela.

No se volteó.

Oyó una respiración distinta. Oyó dos pasos descalzos en la tierra del suelo, muy lentos, y luego nada durante un tiempo larguísimo, y luego dos pasos más.

Ernesto miró la pared y no se movió y contó su propia respiración para no acelerarla.

Y una mano le tocó la espalda, entre los omóplatos.

Se apoyó ahí. Todo el peso, de golpe, como se apoya alguien que lleva mucho tiempo de pie.

Ernesto cerró los ojos.

—Ya está —dijo—. Ya está. Vámonos a casa.

Y esperó, sin voltearse, hasta que la mano se retiró.

Cuando por fin subió la escalera, el pedazo subió detrás de él, sin que nadie lo tocara, y cruzó la calle del pueblo delante de doce personas que se habían asomado a las puertas, y llegó al carro, y se subió por su propio pie, y se acostó junto al cuerpo.

Y se acabó.

* * *

Esa tarde, por primera vez en tres meses, Eduardo parpadeó cuando Anselmo le pasó la mano por delante de los ojos.

Anselmo lo hizo tres veces para asegurarse. Después se sentó en el borde del carro y se quedó un rato con el codo en la rodilla y la mano en la boca.

—Es uno —dijo Isaura—. Faltan los que falten.

—Ya lo sé.

—¿Entonces?

—Es que parpadeó, maestra. —Anselmo levantó la cara y estaba llorando sin darse cuenta—. Es que llevaba tres meses trabajando sobre un cuerpo y acaba de parpadear.

Aquella noche, los perros del valle de Anta ladraron hasta el amanecer.

Ladraron todos a la vez, sin motivo, con una alegría escandalosa e idiota, y no dejaron dormir a nadie, y a la mañana siguiente el valle entero estaba de un humor espantoso y encantado. Bajaron el ganado. Se abrieron los postigos. La mujer de la posada abrió la puerta de par en par a las tres de la tarde y se quedó parada en el umbral con las manos en las caderas, retando al camino.

El chico del herrador, que llevaba nueve semanas sin hablar, pidió pan.

Lo pidió mal, con la voz oxidada, y su madre tuvo que salir al corral porque no quiso que la vieran.

La Compañía se fue de Anta al día siguiente sin explicarle nada a nadie, que fue lo que hicieron siempre, en los seis pueblos, durante catorce meses.

En Anta todavía se cuenta. Dicen que pasó una compañía de soldados con un carro y una señora en una mula, y que estuvieron once días dando vueltas por el valle como si buscaran una moneda, y que la noche que se fueron volvieron los perros.

Nadie sabe qué hicieron.

En el valle de Anta, a la parte del año que estuvieron cerrados, la gente mayor todavía la llama *el invierno del miedo*, y no la explican, y los nietos han dejado de preguntar.

Capítulo 13

Cuatro en cinco meses

Después de Anta encontraron cuatro en cinco meses, y aprendieron que cada pedazo enseñaba una regla nueva y que la regla siempre costaba algo.

Cabo Ferrete

El humor llevaba cuatro meses arruinándole la vida a un pueblo entero de la manera más benigna imaginable.

Lo supieron antes de que la piedra se calentara, porque en el camino ya venía la fama. En Cabo Ferrete, decía la gente, pasaban cosas. Cosas chicas. A un tratante de grano que pesaba con la mano puesta en el platillo se le abrían los sacos solos, siempre en el mercado, siempre delante de testigos, siempre por abajo. A un alguacil que le tenía manía a los forasteros se le caían los pantalones dos veces por semana, con una regularidad de calendario, y ya habían hecho apuestas. Y había un burro que se metía en la iglesia todos los domingos a la hora del sermón, y que nadie —ni el cura, ni el dueño, ni cuatro hombres con una cuerda— había conseguido dejar amarrado.

—Es él —dijo Jimena, en el camino.

—Podría ser cualquier cosa.

—Capitán. Es él. —Se ajustó el arco—. Al alguacil se le caen los pantalones. Es él.

Lo encontraron en el mercado, a mediodía, y no hizo falta buscarlo, porque el pedazo se les acercó.

Cruzó la plaza entre los puestos, con las manos en la espalda, se paró delante de Bruno y se quedó mirándolo con una sonrisa que Bruno reconoció de inmediato y que le dio ganas de llorar y de pegarle a alguien al mismo tiempo.

—Sé lo que estás haciendo —dijo Bruno.

El pedazo levantó una ceja.

—Sé lo que estás haciendo, cabrón. Estás esperando a que yo diga algo gracioso.

El pedazo asintió, muy despacio.

—Pues muy bien. Muy bien. Ahí va. —Bruno se remangó, que era lo que hacía antes de las cosas que le salían mal—. Ésta es buena. Ésta es la del herrero de Vela, que no era de Vela, era de más arriba, de un sitio que ahora no me sale y que da lo mismo porque el sitio no hace falta para nada, lo que hace falta es que el hombre tenía una hija y la hija tenía un... no. Espera. Ésa no. Ésa acaba mal y además la acaba mal un cura. —Se pasó la mano por la boca—. Ésta. La de la cabra y el alguacil. Ésa la conté yo en Peña Rota, delante de treinta hombres, y se cayó uno de la banqueta de la risa, y no un hombre cualquiera, un hombre grande, con casco, un hombre que pesaba lo que pesa un ternero, y después dijeron todos que se había caído por la lluvia, y era mentira, porque yo estaba a dos pasos y no llovía, y lo que pasó fue que se cayó porque yo dije que... porque el alguacil dijo... porque...

Se paró.

Bruno se quedó parado en medio del mercado de Cabo Ferrete, con cuarenta personas mirando y una gallina pasándole por delante de las botas, y descubrió una cosa espantosa.

No se le ocurría nada.

Llevaba veinticinco años siendo el gracioso de todas las mesas en las que se había sentado. Era su oficio secundario y era su manera de estar en el mundo, y de pronto, obligado a producir bajo demanda, se dio cuenta de que su repertorio entero consistía en burlarse de un hombre concreto y de que ese hombre llevaba cuatro meses en un carro sin poder contestarle.

Que era, exactamente, la definición de su cariño.

Le tembló la barbilla.

—Te odio —dijo—. Te odio una barbaridad.

Y el pedazo se echó a reír.

Fue una risa fuerte, con la boca abierta y la cabeza para atrás, y era **su** risa —la de las noches en Ribas, la de cuando algo lo agarraba desprevenido— y era la primera vez en cuatro meses que alguno de ellos la oía.

Bruno se tapó la cara con las dos manos ahí mismo, de pie, en el mercado, delante de cuarenta personas.

Jimena se puso a su lado y le dio un empujón con el hombro, que era lo más cerca que Jimena había estado nunca de un abrazo.

El pedazo esperó a que Bruno se recompusiera. Después, con toda la seriedad del mundo, se sacó de la manga los pantalones del alguacil.

—Ah, no —dijo Anselmo—. Eso ya no.

Se fue con ellos esa misma tarde. Antes se paró un momento junto al burro, le rascó entre las orejas y le dijo algo al oído, y el burro no volvió a entrar en la iglesia nunca más, y el cura de Cabo Ferrete lo consideró toda su vida el único milagro del que había sido testigo.

Dos días después, en el carro, el cuerpo de Eduardo sonrió.

No le sonrió a nadie. Estaba mirando la lona y sonrió, y se le quedó la sonrisa unos quince segundos, y Tomás salió corriendo a buscar a todo el mundo y los seis se apretaron alrededor del carro para verla y ya se había ido.

Da igual. Todos la vieron.

La posada del camino real

El deseo de pertenecer llevaba cinco meses de mozo en una posada del camino real, entre Herin y el sur, y ni siquiera hizo falta hablar con él.

Lo encontraron sirviendo mesas.

El posadero era un hombre gordo y desconfiado que no había dicho una cosa amable en su vida, y estuvo la cena entera de pie junto a la mesa de ellos, con el trapo al hombro, sin que nadie se lo pidiera.

—Es el mejor chico que he tenido.

—Ya.

—Que no lo digo por decir. Yo he tenido nueve. —Levantó la mano y fue contando con los dedos, muy despacio, para que se viera que eran nueve—. Éste trabaja como cuatro. Éste no bebe. Éste se sabe el nombre de todos los arrieros de esta ruta y se sabe qué come cada uno, y cuando entra por la puerta un hombre que ha estado aquí hace ocho meses, este chico le tiene el plato puesto antes de que se siente.

Ernesto no dijo nada.

—¿Y ustedes qué son de él?

—Es una historia larga —dijo Anselmo.

—Ya.

Se fue a la cocina y volvió con una jarra que no le habían pedido y la puso en la mesa sin cobrarla, que es lo que hace un hombre así cuando quiere decir otra cosa.

* * *

Cuando entendió que se lo llevaban, se puso a discutir.

Ofreció dinero. Ofreció más dinero. Ofreció el dinero delante de todos los que estaban cenando, en voz alta, lo cual era exactamente lo que no había que hacer, y a la tercera vez le dijo a Ernesto que aquello era un abuso.

—Yo no me lo llevo a la fuerza —dijo Ernesto.

—Ustedes llegan aquí y...

—Pregúnteselo.

—¿Qué?

—Que se lo pregunte usted —dijo Ernesto—. Y lo que él diga es lo que se hace.

El posadero se dio la vuelta con una seguridad absoluta, porque llevaba cinco meses viendo a aquel chico levantarse el primero y acostarse el último y darle las gracias por todo.

—Chico. Diles que te quedas.

El pedazo dejó la bandeja en la mesa, se limpió las manos en el delantal, miró a la Compañía y dijo que sí.

Sin dudarlo. Sin una sola vuelta.

—¿Sí qué? —dijo el posadero.

—Que me voy con ellos.

—Pero si tú aquí estás...

—Sí —dijo el pedazo, con una amabilidad enorme—. Muchas gracias por todo.

Ahí el posadero de la ruta del camino real, que no había dicho una cosa amable en su vida, se quedó de pie en su propio comedor con el trapo al hombro y con cara de no entender absolutamente nada, y no volvió a hablar en toda la noche.

Cuando el carro salió al camino, salió a la puerta y se quedó ahí hasta que lo perdió de vista.

Estuvo un mes contándoselo a los clientes. Que se le había ido el mejor mozo del reino y que se lo habían llevado unos soldados.

A las tres semanas ya no conseguía acordarse de su cara.

Melve

En junio llegaron a Melve, y Melve fue la difícil de las fáciles.

Melve había tenido fiebres en primavera. De las de verdad: de las que en aquel mundo se llevaban a la mitad de un pueblo y dejaban a la otra mitad enterrando. Habían empezado en abril, en las casas de abajo, junto al agua.

Debía haber perdido a doscientos.

Había perdido a nueve.

—Eso no es posible —dijo Anselmo, en el camino, cuando se lo contaron.

—Nueve —repitió el arriero—. Y tres eran viejos.

—Eso no... —Anselmo se paró—. No. Posible sí es. Todo es posible y yo he visto cosas raras. Lo que quiero decir, y lo digo mal, es que en unas fiebres de las de abril, en las casas de abajo, junto al agua, con doscientas personas, lo normal serían ciento y pico muertos, y a lo mejor ochenta si el pueblo tiene suerte y un pozo alto. Nueve no es poco. Nueve es otra cosa.

—Pues vaya usted y los cuenta.

Fue y los contó.

El pedazo estaba en la casa de los enfermos —un pajar grande que habían vaciado, con doce jergones en el suelo y las ventanas abiertas—, sentado en un banco entre dos de ellos, con una mano en cada uno.

Llevaba once semanas ahí.

Anselmo se pasó dos días averiguando qué estaba haciendo, y lo que averiguó lo escribió en el cuaderno de Isaura con su letra apretada, y es la única entrada del cuaderno que Isaura copió después tres veces para regalarla:

no cura. acompaña.

no ha tocado una herida. no ha dado una hierba. no sabe nada de medicina, y lo he comprobado: le he preguntado tres cosas que sabe cualquiera y no supo ninguna.

se sienta. les da la mano. les habla. cuando uno tiene sed, le da agua antes de que la pida, porque lleva once semanas mirándolos y ya sabe cuándo tienen sed.

la gente se muere igual. lo que cambia es que no se muere sola, y no se levanta a beber, y no pasa la noche con miedo, y come cuando le ponen la comida en la mano.

y resulta que eso cambia cuántos se mueren.

llevo treinta y un años de médico. voy a tener que pensar mucho en esto.

El pedazo los vio entrar, sonrió, y no se movió.

Ernesto entendió enseguida y no lo apuró.

Se instalaron. Ésa fue la decisión y la tomó en veinte minutos, sin consultarla: la Compañía se quedaba en Melve hasta que se acabaran las fiebres. Anselmo se puso a trabajar y no paró en tres semanas. Bruno arregló el molino, dos puertas y el brocal, y se lo contó a todo el que pasaba. Jimena cazó para el pueblo entero. Tomás cargó agua doce horas al día. Isaura hirvió trapos. Ernesto quemó lo que había que quemar.

Eduardo —el que estaba en el carro, el que ya parpadeaba y sonreía a veces— lo metieron en el pajar, en un rincón, sentado contra la pared, porque a Anselmo se le ocurrió una cosa y no se atrevió a decirla en voz alta hasta mucho después.

Se le ocurrió que a lo mejor le hacía bien estar cerca.

Murieron dos más en esas tres semanas. Una fue una niña de siete años que se llamaba Cira, que tardó cuatro días, y el pedazo estuvo con ella los cuatro días y las cuatro noches sin levantarse del banco más que para lo indispensable.

Ernesto entró la última noche, hacia las tres, y se quedó en la puerta.

El pedazo tenía la mano de la niña entre las dos suyas y le estaba contando algo. Una historia sin pies ni cabeza, inventada sobre la marcha, de un burro que se metía en una iglesia.

Ernesto se dio la vuelta y salió, y se sentó en el escalón de afuera, y se quedó ahí hasta que amaneció.

El día que se acabaron las fiebres, el pedazo se levantó del banco por primera vez en tres meses.

Cruzó el pajar. Se paró un momento delante del rincón donde estaba el cuerpo, y lo miró —fue la única vez que uno de los siete miró al cuerpo, y ninguno de los que lo vieron supo nunca qué pensar de aquello—, y después salió, y le dio a Ernesto una palmada en el brazo al pasar.

La misma palmada. Exacta. La de siempre.

Se subió al carro.

Esa noche, cuando Ernesto le tomó la mano al cuerpo para meterlo bajo la manta, la mano se cerró.

No fue un reflejo. Anselmo lo comprobó doce veces en los días siguientes y era selectivo: se cerraba con Ernesto, con Tomás y con Bruno, y no se cerraba con Anselmo ni con Isaura.

Ernesto se quedó sentado en la caja del carro, con aquella mano cerrada sobre la suya, cuatro horas.

Al amanecer seguía ahí y no había pegado ojo, y cuando Jimena subió a relevarlo se encontró al capitán de la Novena Compañía de la Marca de Arvela dormido sentado, con la espalda contra un fardo y la mano de un hombre inconsciente agarrada a la suya, y bajó del carro sin hacer ruido y le dijo a todo el mundo que el capitán estaba revisando los ejes y que no lo molestaran.

Nadie se lo creyó y nadie lo molestó.

* * *

Cuando salieron de Melve, a finales de junio, llevaban cinco.

Miedo, humor, memoria, pertenencia, ternura.

En el carro iba un hombre que parpadeaba, que sonreía a veces sin motivo, que cerraba la mano cuando se la daban tres personas concretas, y que llevaba dos meses sin hacer ninguna cosa nueva.

Faltaban dos que ellos supieran, y uno que no.

Por delante tenían el peor tramo de los catorce meses, que empezó el 7 de junio y duró hasta octubre, y en el que las catorce piedras estuvieron ciento veintitrés días seguidos completamente frías.

Capítulo 14

La perra se llamaba Guinda

En Herin no se pudría la fruta.

Era un caserío de nueve casas en un alto, con un pozo, y llevaba cuatro meses funcionando mal de una manera que a nadie le parecía mala. Una manzana en una mesa duraba desde noviembre. La leña no se apolillaba. El pan del sábado seguía siendo pan el jueves.

Una mujer de ochenta y siete años, que se llamaba Presa y que se había pasado la vida quejándose de que no se acordaba de nada, llevaba cuatro meses acordándose de todo.

Se acordaba de la cara de su madre. Se acordaba del nombre de una perra que había tenido a los seis años, dato que en este libro consta porque alguien lo escribió a tiempo. Se acordaba, con una precisión que asustaba a sus nietos, del olor exacto de un pan que se había comido a los nueve años.

—A mí me parece bien —le dijo a Anselmo, sentada en su puerta al sol—. Todo el mundo dice que es raro. A mí me parece bien.

—¿Y no le da miedo?

—Hijo, yo tengo ochenta y siete años. —Se encogió de hombros—. Llevo veinte quejándome de que se me iba todo. Un día se paró. Le puedes llamar como quieras.

El pedazo estaba sentado en el brocal del pozo, con las piernas colgando, mirando el valle.

Fue el más fácil de los siete y el que más caro salió, y las dos cosas a la vez. Los vio venir por el camino, se bajó del brocal y caminó hacia ellos.

Y a Isaura le dio la mano.

Ella se la había tendido sin pensar, del modo en que se le tiende la mano a un desconocido en un camino, y luego se dio cuenta de lo que estaba haciendo y quiso retirarla y ya era tarde.

El pedazo se la agarró con las dos suyas.

—Maestra —dijo—. Qué gusto.

Isaura se quedó sin aire.

—El otro día —siguió el pedazo, con una alegría absoluta, como quien retoma una conversación de ayer— estaba yo pensando en lo que me dijo usted de la distancia al cubo, y creo que tenía razón, pero creo que tenía razón por un motivo distinto del que usted decía. ¿Se acuerda? Lo de las piedras de arriba.

—Me acuerdo —dijo Isaura.

—Es que si lo pensamos así...

Y se puso a explicárselo.

Ahí, en el camino de Herin, en marzo, un pedazo del hombre al que ella había roto se puso a explicarle una cosa de física con las manos, entusiasmado, con el sol de frente, tratándola exactamente igual que la trataba el 14 de octubre.

Porque aquel pedazo era la memoria.

La memoria, sin dolor, no acusa. Se acordaba de todo: del almacén, de las catorce piedras, de las cuatro veces que le había dicho que no era un recipiente, del dibujo de los dos planos. Se acordaba de la sala baja del patio norte. Se acordaba con una nitidez perfecta y con una amabilidad perfecta, porque el que se acordaba de que aquello había dolido estaba en otra parte, y aquél no.

A Isaura de Ordas se le doblaron las piernas.

Se sentó en el suelo del camino, con la cadera mala, con la mano de aquel hombre todavía entre las suyas, y se puso a llorar de una manera que a la Compañía la dejó sin saber dónde mirar.

El pedazo se agachó a su lado, preocupado.

—¿Le duele la cadera?

—Sí —mintió Isaura—. Es la cadera.

—Espere. —Le puso una mano en la espalda—. Voy a ayudarla a levantarse. ¿Le molesta si la agarro del codo?

Esa pregunta, esa pregunta idiota y cortés que ella le había oído hacer cien veces en el Colegio, fue lo que la rompió del todo.

Ernesto lo vio y no dijo nada. Vidal lo vio y tampoco.

Aquella noche, Isaura escribió en el cuaderno una sola línea que no era del oficio, y fue la única cosa personal que escribió en catorce meses:

hoy he descubierto que hay castigos peores que el que me imaginaba.

* * *

Y a la mañana siguiente Herin les dijo que no.

Fue la única vez en catorce meses y no lo esperaba nadie, y hay que contarlo entero porque es lo que le da la medida a todo lo demás.

Empezó con el nieto de Presa, que se llamaba Turo, que tenía veinte años y que estaba parado en el camino, delante del carro, cuando bajaron.

No traía nada en las manos. Ésa fue la parte que hizo que Ernesto se bajara del caballo en vez de dar una orden.

—No se lo lleven.

—Chico...

—Que no se lo lleven. —Le temblaba la voz y no se movió del camino—. Mi abuela tiene ochenta y siete años y llevaba veinte sin conocerme.

Detrás de él había siete personas del caserío. No estaban armadas y no estaban gritando. Estaban ahí.

—Yo tengo veinte años —dijo Turo— y hasta noviembre yo era un hombre que le llevaba la comida a una vieja que le preguntaba tres veces al día quién era. Y desde noviembre tengo una abuela.

Nadie de la Compañía dijo nada.

—Me ha contado cómo era mi madre de chica. Me ha contado que mi madre tenía un lunar aquí y que le daba una vergüenza espantosa. —Se señaló el cuello—. Yo eso no lo sabía. Eso no lo sabía nadie porque mi madre se murió y no lo sabía nadie, y ahora lo sé y ustedes se lo van a llevar.

Ahí Ernesto Valdas hizo lo peor y lo único que se podía hacer, que fue no mentirle.

—Sí —dijo.

—¿Sí?

—Sí. Nos lo vamos a llevar.

Turo se quedó con la boca abierta.

—Y le voy a decir por qué y le voy a decir la verdad, porque usted se ha puesto delante de un carro sin nada en las manos y eso hay que pagarlo —dijo Ernesto—. Yo tengo en ese carro a un hombre al que le falta la mitad. Y ese trozo de ahí es suyo. No es de su abuela, no es de este pueblo y no es mío. Y lo voy a recoger porque yo lo perdí.

—Mi abuela no tiene la culpa de eso.

—No.

—Entonces no es justo.

—No —dijo Ernesto—. No lo es.

Silencio en el camino.

—Y me lo voy a llevar igual —dijo—, y usted me va a odiar el resto de su vida, y a mí me parece bien, porque a mí me tocó elegir y elegí, y el que elige carga con el que no eligió.

* * *

Discutieron dos horas y las dos horas fueron feas.

Anselmo dijo, por primera y única vez en catorce meses, que a lo mejor podían esperar tres o cuatro meses, que la mujer tenía ochenta y siete años y que la aritmética era la que era; y lo dijo sabiendo lo que decía y con la cara gris, y después se sentó en una piedra y no volvió a hablar en toda la mañana.

Bruno dijo que no.

Lo dijo Bruno, y eso fue lo que hizo que se acabara la discusión, porque Bruno llevaba cuatro meses gritando que aquello era una peregrinación de idiotas y todo el mundo esperaba que se pusiera del lado de la vieja.

—Si esperamos por ésta, esperamos por la siguiente —dijo—. Y por la siguiente. Y ahí dentro hay un hombre esperando también, y ése no puede salir a ponerse delante del carro.

Se limpió la boca.

—Y no me miren así, que a mí esto me está gustando menos que a nadie.

* * *

Y después subió Ernesto solo a la casa de Presa.

De aquella conversación no hay nadie que sepa nada porque no la contó ninguno de los dos, y lo único que se sabe es lo que se vio desde el camino: que Ernesto Valdas entró con el sombrero en la mano y salió cuarenta minutos después, y que en la puerta se dio la vuelta y volvió a entrar, y que la segunda vez llamó a Isaura.

Isaura subió con el cuaderno y bajó al cabo de un rato.

Esto es lo que hay en el undécimo cuaderno de Isaura de Ordas, en la página siguiente a una tabla de temperaturas, con la letra apretada y sin ninguna anotación de método antes ni después:

la perra se llamaba Guinda.

el pan que se comió a los nueve años se lo dio una mujer que se llamaba Corva y era la panadera y le faltaba un dedo.

su madre cantaba una que dice "duerme, duerme, que la nieve" y no se acuerda de cómo sigue.

su marido se llamaba Beno, murió en el año de la peste chica, tenía las manos calientes.

me ha pedido que lo escriba y me ha pedido que se lo lea al nieto cuando ella ya no lo sepa, y que no se lo lea el mismo día.

se lo he leído esta tarde. no he podido esperar. es la segunda vez que no hago lo que me piden y es la primera que no me arrepiento.

* * *

El pedazo se fue con ellos aquella tarde, andando, sin que nadie lo obligara.

A las tres semanas llegó una carta a la posada del camino real, escrita por el cura de Herin de parte de un chico de veinte años que no sabía escribir, y son cuatro líneas, y Ernesto Valdas la llevó encima once años:

Dice Turo que su abuela está como estaba antes y que no lo conoce.

Dice que la maestra le leyó un papel.

Dice que sigue pensando que ustedes hicieron mal.

Dice que gracias por el papel.

Capítulo 15

Ciento veintitrés días

El 7 de junio las piedras se quedaron frías y no volvieron a calentarse hasta octubre.

Ciento veintitrés días.

Ésa es la parte que no cuenta nadie cuando se cuenta la historia, ni siquiera ellos, y es la parte de la que Ernesto se acordaba peor y más. Fue un verano entero de caminos, sin enemigo y sin batalla: una cuadrícula dibujada en un cuaderno y siete personas cansadas cubriendo comarca por comarca un territorio que resultó ser mucho más grande de lo que ninguno se había permitido pensar.

Cubrieron el norte en julio. La costa en agosto. Volvieron sobre el este en septiembre porque Isaura sospechó que se habían dejado un cuadro sin barrer, y se lo habían dejado, y no había nada.

En septiembre pasaron por segunda vez por un pueblo en el que ya habían estado en abril, y los reconocieron, y una mujer les preguntó si seguían buscando lo mismo.

Ernesto dijo que sí.

La mujer puso una cara y les dio pan y no cobró, y ésa fue la primera vez que a Ernesto Valdas le dieron limosna en su vida.

* * *

Se les acabó el dinero en agosto.

Fue gradual, como se acaban esas cosas. Primero dejaron de dormir en posadas. Después dejaron de comprar avena y empezaron a segar por las

noches en campos ajenos, que es robar, y que Ernesto autorizó sin discutirlo con nadie. Después empezaron a vender.

Jimena vendió el arco bueno en Sanla y se quedó con el viejo, que tiraba corto y al que había que cambiarle la cuerda cada tres semanas. No dijo nada. Volvió al campamento con la bolsa y la puso encima del fardo común y se fue a cazar con el otro, y esa noche hubo conejo, y nadie preguntó nada.

Anselmo vendió dos frascos de los que llevaba en el maletín, y esos dos frascos eran las dos cosas más caras que había poseído en su vida.

Isaura vendió un anillo.

Tomás no tenía nada que vender.

En septiembre, en Verne, Bruno vendió las herramientas.

Fue a media mañana. Nadie se enteró hasta la tarde. Bruno se levantó, cargó el fardo de cuero al hombro, se fue al mercado y volvió a las tres horas sin el fardo y con dinero, y lo puso encima del común y dijo que ya estaba, y se fue a sentar detrás del carro.

Ernesto tardó una hora en ir a buscarlo.

Un herrero sin herramientas no es un herrero. Ésa es la cuenta y no tiene vuelta. Aquel fardo tenía dentro dos martillos, unas tenazas, tres limas y un punzón, y algunas de esas piezas se las había hecho él mismo a los diecinueve años, y las había llevado a través de catorce años de guerra sin perder ni una.

Ernesto se sentó en el suelo, contra la rueda, a su lado.

—Bruno.

—No empiece.

—Las vamos a recuperar.

—No se recuperan, capitán. Eso lo sabe usted. —Bruno se pasó la mano por la cara—. Y no me importa. Se lo juro por mi madre. Lo que me pasa es otra cosa.

—¿Qué te pasa?

Bruno tardó.

—Que estoy empezando a hacer cuentas —dijo.

Ernesto no contestó.

—Yo antes no hacía cuentas. Yo antes decía *vamos*, y vamos, y ya. Y si había que dormir en el suelo se dormía en el suelo, y si había que empujar el carro cuesta arriba se empujaba, y yo no me preguntaba cuánto faltaba porque a mí eso me daba igual, capitán, a mí me lo ha dado igual toda mi vida, yo he estado catorce años en una guerra que no era mía y no hice una sola cuenta, ni una, ni el día de Peña Rota, ni cuando nos quedamos sin comer aquella

semana de febrero, que usted se acordará, la de la nieve, la que dijeron que no salía nadie y salimos nosotros. —Bruno miró el carro—. Y desde junio me descubro pensando cosas.

—¿Qué cosas?

—Cuánto queda. Cuánto llevamos. Qué pasa si en marzo tampoco. Cuánto valen unas herramientas nuevas y cuánto tarda un hombre en volver a hacerse una clientela desde cero, que son once meses si tiene suerte, y yo lo he calculado, capitán, lo he calculado tres veces, tumbado, de noche, con éste ahí dentro sin hablar.

Se le puso mala la voz.

—Y el día que empiezas a hacer cuentas ya perdiste, capitán. Eso lo sabemos los dos.

* * *

En agosto se acabó la guerra.

Se enteraron por un pregonero en la plaza de un pueblo cuyo nombre ninguno recordaba tres días después. Arvela e Ísel habían firmado en junio. Habían firmado hacía dos meses y se estaban enterando en agosto, que es exactamente lo que valía la Marca para la corona.

Catorce años.

La Compañía se quedó parada en la plaza escuchando al pregonero hasta el final, y después Anselmo dijo *bueno*, y después nadie dijo nada más, y siguieron cargando el carro.

Esa noche, junto al fuego, Vidal habló.

—Cuarenta y uno salimos —dijo.

Nadie contestó.

—Nada más quería decirlo en voz alta el día que se acabó —dijo Vidal.

Nadie le preguntó por qué.

—Porque si no lo dice nadie, no lo dice nadie.

Ernesto se quedó mirando el fuego mucho rato.

Tenía treinta y siete años. Había entrado en aquello a los veintitrés, se había pasado catorce años esperando que se acabara, y llevaba dos años imaginando qué iba a sentir el día que se acabara. Había imaginado alivio. Había imaginado rabia. Una vez, borracho, le había dicho a Eduardo que probablemente lloraría.

Lo que sintió fue nada.

Estaba en un rastrojo, a doscientas leguas de la Marca, con seis personas y una mula, y a diez pasos había un carro con un hombre dentro, y la guerra que se le había comido la juventud entera se había terminado en junio y a él le había parecido una noticia sobre otra gente.

Ésa fue la primera vez que Ernesto pensó, con todas sus letras:

No sé quién voy a ser si esto no sale bien.

* * *

Anselmo lo dijo el 26 de septiembre.

Llevaba semanas preparándolo. Se le notaba: llevaba semanas raro, callado, midiéndole a Eduardo cosas que ya no hacía falta medirle, y aquella noche esperó a que terminaran de comer y se limpió las manos y dijo:

—Tengo que decir una cosa y va a sonar mal.

Todos levantaron la cabeza.

—Quiero que me dejen terminar antes de contestar. —Se le veían las manos temblar un poco—. Bruno, sobre todo tú.

—Habla —dijo Ernesto.

Anselmo respiró.

—Llevo once meses cuidando ese cuerpo —dijo—. Lo lavo, lo alimento, le muevo las piernas para que no se le agarroten, le miro la piel. Lo conozco mejor que ninguno de ustedes, con perdón, y les voy a decir lo que veo.

Nadie habló.

—Al principio no había nadie. Eso lo dije en Ordas y lo mantengo: en noviembre, en aquella silla, no había nadie dentro. —Levantó un dedo—. Ahora sí hay alguien.

—Ya lo sabemos —dijo Tomás.

—No, chico, escúchame bien, porque ésta es la parte que importa. —Anselmo se inclinó hacia adelante—. Hay alguien. Parpadea. Sonríe. Cierra la mano con tres personas y con otras tres no, que es una elección. Se pone nervioso si hay ruido. Duerme mejor si el capitán está cerca. Ayer se acabó la sopa y **se quedó esperando más**.

Se hizo un silencio muy feo.

—Eso es un hombre —dijo Anselmo—. O yo diría que lo es, que es distinto, porque yo no tengo manera de demostrarlo y me he pasado la noche buscándola. Un hombre con muy poco. Pero un hombre.

—Le faltan pedazos —dijo Bruno.

—Ya lo sé. —Anselmo lo miró—. ¿Y a ti no?

Bruno se quedó con la boca abierta.

—A mí me falta media vida —dijo Anselmo—. Y a ti. Y a Jimena. Y al capitán le faltan treinta y cinco hombres. Nadie está completo, Bruno, ésa es una idea que nos hemos inventado nosotros porque nos hace falta para seguir empujando ese carro.

—No es lo mismo.

—Puede que no. —Anselmo abrió las manos—. Y puede que sí, y ésa es la pregunta que estoy haciendo. ¿En qué momento dejamos de tratarlo como una cosa a medio terminar y empezamos a tratarlo como a alguien que está vivo?

Nadie contestó.

—Yo no estoy diciendo que lo abandonemos —dijo Anselmo, y ahí se le rompió un poco la voz—. Por Dios. Yo no estoy diciendo eso. Yo estoy diciendo que nos lo llevemos a casa. A Ribas. Que le pongamos una cama, y sol, y una silla en el patio, y que las piedras sigan en un arcón, y que si un día se calientan salimos. Pero que dejemos de arrastrar a un hombre por un reino durante otro año.

—Está esperando —dijo Tomás.

—Tomás.

—Está esperando a que lo encontremos.

—Chico, tú no sabes eso.

—¡Ni tú sabes lo otro!

Tomás se levantó de golpe.

Tenía dieciocho años. Había salido de Ordas con diecisiete y había pasado los once meses siguientes cargando agua, atando correas y hablándole todas las noches a un hombre que no le contestaba, y llevaba semanas con algo dentro.

—Yo le hablo todas las noches —dijo—. Todas. Once meses. Y ustedes creen que es porque soy un crío.

—Nadie ha dicho...

—Y a lo mejor sí. A lo mejor no me oye y a lo mejor soy un idiota. —Le temblaba la voz—. Pero yo lo que sé es que si eso de ahí soy yo, y me falta la

mitad, y estoy en un carro, yo no quiero que se vayan a casa a ponerme una silla en el patio. Yo quiero que sigan buscando aunque sea inútil.

Se le quebró del todo.

—Aunque sea inútil —repitió—. Aunque no sirva. Aunque no me entere. Yo quiero que sigan.

Se fue del fuego.

Se hizo un silencio largo.

—Yo estoy con Anselmo —dijo Jimena.

Bruno se volteó como si le hubieran pegado.

—No me mires así, herrero. —Jimena no levantó la voz—. Estoy con Anselmo por una razón y no es ésa. —Señaló el carro con la barbilla—. Es porque no tenemos dinero, no tenemos herramientas, tú vas a pasar el invierno sin oficio, el chico tiene diecisiete años y lleva uno sin dormir bajo techo, y en diciembre nos va a pillar la nieve en un camino. Yo no estoy diciendo que paremos. Estoy diciendo que en marzo salimos otra vez y que ahora no nos morimos de frío, que es distinto.

Isaura no votó.

Levantó la mano cuando Ernesto la miró y dijo, con la voz muy plana:

—Yo no opino. Yo aquí no tengo voto y no lo voy a tener nunca.

Y luego, después de un momento:

—Pero si sirve de algo: si deciden parar, yo me voy. No por enfado. Porque si paran, yo no puedo estar en la misma casa. Yo me tengo que seguir moviendo o me como viva.

Vidal no dijo nada.

—¿Vidal? —dijo Ernesto.

—Yo hablo mañana.

Ernesto se levantó.

—Lo decido en la mañana —dijo—. Váyanse a dormir.

* * *

No se fue a dormir.

Salió del rastrojo y caminó por el camino de carros hacia el sur, sin lámpara, y estuvo caminando dos horas, y en algún momento se sentó en un mojón y se quedó ahí.

Aquella noche —y esto no se lo contó a Eduardo hasta doce años después, en la granja, y se lo contó llorando— aquella noche Ernesto Valdas decidió parar.

No fue una tentación. Fue una decisión. La tomó del modo en que tomaba todas: por pasos, quitando de en medio lo que no servía.

Uno. Anselmo tiene razón en los hechos. Hay alguien ahí.

Dos. Jimena tiene razón en las cuentas. Con este invierno se muere alguien, y probablemente el viejo.

Tres. Bruno ya no tiene oficio. Tomás no tiene juventud. Yo llevo once meses gastando la vida de cinco personas en una cosa mía.

Cuatro.

En el cuatro se detuvo mucho rato, porque el cuatro era el verdadero y llevaba semanas evitándolo.

Cuatro: yo no estoy seguro de estar haciendo esto por él.

Porque ésa era la cosa. Si volvían a Ribas y le ponían una silla al sol, aquel hombre iba a estar exactamente igual de bien o de mal que en el carro: iba a parpadear, iba a sonreír, iba a cerrar la mano. No iba a sufrir. No iba a echar de menos a nadie, porque el que echaba de menos estaba en alguna parte del reino instalado en un pueblo.

El que no podía vivir con eso era él.

Yo lo estoy arrastrando por un reino porque yo no soporto sentarme delante de él y decirle buenos días a un hombre que no me contesta.

Ernesto se quedó en el mojón hasta las tres de la mañana.

Después volvió.

* * *

Entró en el campamento por el lado del carro, sin hacer ruido, y se paró un momento junto a la rueda para no despertar a nadie.

Estaba decidido. Iba a decirlo por la mañana. Iba a decir *nos volvemos a Ribas*, y Bruno le iba a gritar, y Tomás no le iba a hablar en un mes, y él lo iba a aguantar, porque para eso era el capitán.

Levantó la lona.

Y el hombre que había dentro tenía la cara vuelta hacia él.

No hacia la luz, porque no había luz: hacia la abertura de la lona, hacia el sitio exacto por donde iba a entrar, con la cabeza girada y los ojos abiertos en la oscuridad.

Y lo estaba mirando.

Ernesto se quedó absolutamente quieto.

—¿Eduardo?

Nada.

Le pasó la mano por delante de la cara. Parpadeó, como parpadeaba desde Anta.

Le acercó la lámpara apagada: nada.

Se apartó dos pasos hacia la izquierda.

La cara siguió el movimiento.

Ernesto se apartó a la derecha, despacio, tres pasos.

La cara lo siguió.

Se le fueron las piernas y se sentó en el borde del carro, y estuvo así un rato con la mano en la boca, respirando raro, y después dijo, en voz muy baja, hacia adentro:

—Está bien. Está bien. Ya te vi.

Y le agarró la mano.

La mano se cerró.

* * *

Por la mañana los reunió a los seis junto al fuego.

—Seguimos —dijo.

Bruno soltó el aire. Tomás se puso rojo. Anselmo cerró los ojos un momento y asintió, y no discutió, y no volvió a sacar el tema en su vida.

—Con condiciones —dijo Ernesto—. Jimena tiene razón en lo del invierno. Del quince de noviembre al primero de marzo paramos donde estemos, buscamos techo y trabajamos. Todos. Yo el primero. Si hay que segar, segamos; si hay que cargar, cargamos.

—Capitán, yo puedo...

—Y Bruno recupera unas herramientas antes de la nieve, aunque sean malas, porque un hombre que sabe un oficio y no lo hace se pudre.

Bruno bajó la cabeza.

—Y una cosa más. —Ernesto miró a Anselmo—. Lo de anoche no lo vuelvas a decir con miedo. Lo dijiste bien. Tenías razón en todo menos en el final, y hacía falta que alguien lo dijera, y lo dijiste tú porque los demás no teníamos el estómago.

Anselmo se quedó mirándolo.

—Gracias —dijo.

Y entonces habló Vidal, que había dicho que hablaba en la mañana.

—Yo voto con el capitán —dijo—. Y digo por qué.

Se acomodó.

—Anselmo pregunta cuándo dejamos de tratarlo como una cosa a medio terminar.

—Eso he preguntado —dijo Anselmo.

—Cuando él lo pida.

Se hizo un silencio.

—No puede pedirlo, Vidal —dijo Isaura.

—Ya.

Vidal levantó un dedo.

—Entonces se hace lo que pediría.

Nadie contestó, y ésa fue la contestación, y Vidal esperó a que todos llegaran solos adonde él había llegado por la noche antes de decir lo último.

—Y ninguno de ustedes tiene la menor duda de lo que pediría ese hombre.

Se encogió de hombros.

—Si nos equivocamos, nos equivocamos por el lado bueno.

* * *

Esa mañana pasó otra cosa, chica, que Ernesto no le contó a nadie.

Se acercó a Anselmo mientras cargaban.

—Anselmo.

—Capitán.

—El cuaderno de la maestra. —Ernesto se aclaró la garganta y miró para otro lado—. ¿Tú puedes leérmelo?

Anselmo se quedó quieto un segundo.

Después, sin ningún gesto, sin ninguna cara, como si le hubieran pedido la sal, dijo:

—Claro. ¿Entero o la última parte?

—La última parte.

Se lo leyó al mediodía, sentados en el pescante, en voz baja. Ciento y pico de entradas de un año de trabajo. Ernesto escuchó las ciento y pico sin interrumpir.

Cuando terminó, dijo:

—Gracias.

—De nada.

—Anselmo.

—No se lo he dicho a nadie en cuatro años, capitán —dijo Anselmo, doblando el cuaderno—. Y no pienso empezar hoy.

* * *

Las piedras se calentaron el 8 de octubre, ciento veintitrés días después, en el camino alto que baja al valle de Sar.

La primera en notarlo fue Isaura, que llevaba dos en el delantal.

Se paró en seco en mitad del camino y se llevó la mano al bolsillo y se quedó ahí, con la mula parada, y no dijo nada durante cinco segundos porque no se atrevía.

Después dijo:

—Capitán.

Y no le salió más que eso.

Capítulo 16

El granero de Sar

Sar eran cuatro aldeas repartidas a lo largo de un río, cuatrocientas personas contando a los niños, y lo primero que le pasó a la Compañía al entrar fue que un crío de siete años les preguntó, desde una barda, si venían del sur o del este.

—Del este —dijo Jimena.

—Ah. —El crío se puso serio—. Entonces han cruzado por el puente viejo.

—Sí.

—No lo vuelvan a cruzar con el carro cargado.

Jimena frenó el caballo.

—¿Por qué?

El crío se bajó de la barda, agarró un palito, se puso en cuclillas en la tierra del camino y les dibujó el puente.

Les dibujó los tres arcos. Les dibujó dónde estaba la piedra floja. Les explicó, con siete años, que el arco del medio ya no repartía y que lo que estaba aguantando era el del lado del este y que por eso había que pasar por la orilla y no por el centro, y que su padre decía que aguantaba y que su padre se equivocaba.

Después se levantó, se limpió las manos en el pantalón y volvió a subirse a la barda.

Ernesto se bajó del caballo.

* * *

Tardaron dos días en entender el tamaño de lo que estaban viendo.

En Sar sabían leer los niños. Todos. Los de las cuatro aldeas, o casi. En un reino donde leía uno de cada cincuenta y donde muchos señores firmaban con una cruz, había cuatro aldeas junto a un río en las que un chico de nueve años podía leer un aviso en voz alta y que su abuela lo entendiera.

Sabían más cosas.

Isaura se pasó dos días preguntando y volvía cada noche peor, con esa cara de alguien a quien le están rompiendo y arreglando algo al mismo tiempo.

—Hoy —dijo, la segunda noche— una niña de nueve años me ha explicado que las estrellas se ven chiquitas porque están lejos.

—Bueno, eso...

—Y me ha dicho que no sabe cuánto de lejos —siguió Isaura, y le tembló la voz—, pero que **se puede averiguar**. Que es cosa de medir. Nueve años. Yo eso lo entendí a los treinta y uno y me costó tres inviernos.

Sabían que había que hervir el agua y sabían por qué, o por lo menos sabían la versión con bichos, que a Anselmo le pareció más útil que la versión correcta.

Sabían que si un cordero nacía torcido no era culpa de nadie, cosa que en aquel mundo había hecho quemar a más de una mujer.

Sabían preguntar. Ésa fue la que le puso a Ernesto los pelos de punta: los niños de Sar preguntaban. Preguntaban a los adultos, delante de otros adultos, sin bajar la voz, y los adultos les contestaban.

—¿Quién les ha enseñado esto? —preguntó Ernesto al padre del crío de la barda.

—El maestro.

—¿Qué maestro?

El hombre se encogió de hombros con la paciencia de quien explica algo obvio.

—El del granero.

* * *

Estaba dando clase.

Ernesto se paró en la puerta y no entró.

Se dio cuenta, ahí de pie, de que llevaba tres años sin entrar en ningún sitio donde Eduardo estuviera dando clase. Ni una vez. En Ribas se quedaba

en el umbral con los brazos cruzados y miraba desde ahí, y llevaba tres años haciéndolo y no se había preguntado nunca por qué.

Había como treinta personas dentro. Niños en el suelo. Dos mujeres al fondo con la costura en las rodillas. Un hombre de sesenta y dos años con una tablilla, la lengua entre los dientes, escribiendo.

En el centro, en cuclillas, con el carbón en la mano, un hombre que era Eduardo y que no lo era del todo.

Porque no tenía nada más que esto.

Ni miedo, ni humor, ni ternura, ni memoria, ni ganas de pertenecer a nadie: todo eso llevaba meses en un carro a media legua de ahí. Lo que quedaba, lo único, era el deseo de que alguien entendiera algo.

Levantó la vista y vio a Ernesto en la puerta.

No lo reconoció.

Ernesto estaba preparado. Se lo había dicho Isaura tres veces, se lo había repetido a sí mismo en el camino, y aun así se agarró del marco con las dos manos.

El pedazo sonrió, se levantó y le hizo un gesto.

—Pase —dijo—. Siéntese donde quiera. No estorba.

Ernesto no se movió.

—Vengo a llevármelo —dijo.

—Ah. —El pedazo asintió, sin ninguna sorpresa, como si aquello pasara todos los días—. ¿Ahora mismo?

—Sí.

—Es que estamos a la mitad. —Señaló el suelo, donde había un dibujo grande hecho con carbón: un río, tres arcos y unas líneas raras—. Estoy explicando por qué se cae el puente. Si me voy ahora se queda a la mitad, y a la mitad es peor que nada, porque van a creer que lo entienden.

Ernesto se quedó mirándolo.

—Entonces termine —dijo.

—Va a tardar.

—Tengo tiempo.

—Bueno. —El pedazo le señaló un hueco en el suelo, entre dos niñas—. Pero ahí atrás no se ve. Siéntese adelante.

Ernesto Valdas, capitán de la Novena Compañía de la Marca de Arvela, treinta y siete años, catorce de guerra y una guerra terminada en junio, cruzó por delante de treinta personas y se sentó en el suelo de tierra entre dos niñas de ocho años.

* * *

Estuvo cuatro horas.

Al principio no entendió nada y le dio una vergüenza que hacía veinte años que no sentía. Entendió *el arco no reparte*. No entendió por qué. Miró alrededor y vio a treinta personas asintiendo y se le puso el cuello caliente.

Entonces una de las niñas —la de su izquierda, que se llamaba Ana y que tenía ocho años y un diente menos— levantó la mano y dijo:

—Yo no entendí.

El maestro dijo:

—Bien. ¿Qué parte?

Y lo explicó otra vez, de otra manera, con las manos.

Ernesto se quedó mirando a la niña de reojo.

Levantó la mano, pensó. *Delante de todos. Y no le pasó nada.*

A la tercera vez que Ana levantó la mano, Ernesto levantó la suya.

Le costó más que atacar una línea.

—Yo tampoco lo entendí —dijo, y le salió la voz de dar órdenes, y media clase se volteó—. Perdón. La parte del peso. No entiendo por qué el peso se va a un lado si el puente está derecho.

El maestro se enderezó, encantado.

—Ésa es la buena pregunta —dijo—. Ésa es exactamente la pregunta. Venga, levántese.

—¿Yo?

—Usted. Y usted también, señora. —Señaló a una de las mujeres del fondo—. Póngase aquí. Y usted aquí. Ahora hagan un arco con los brazos y aguanten.

Los puso a los dos haciendo de puente en medio del granero, con treinta personas mirando, y les fue poniendo peso encima —una tablilla, un cesto, un niño— hasta que a Ernesto se le fue una mano.

—¡Ahí! —dijo el maestro—. ¿Lo sintió?

—Lo sentí en el hombro.

—En el hombro. Exacto. No en la mano: en el hombro. Eso es lo que le está pasando al arco del este.

Y Ernesto lo entendió.

Lo entendió del todo, de golpe, con el cuerpo, y se quedó de pie en medio de un granero haciendo el ridículo con los brazos en alto, y se echó a reír.

* * *

Cuando terminó la clase, el maestro se sentó a su lado en el suelo mientras los niños salían.

—Usted no sabe leer —dijo.

Ernesto se puso rígido.

—No.

—Se le nota en cómo mira los renglones. Cuando escribí en la tablilla, usted miró el dibujo y no las letras. —El pedazo no lo dijo con ninguna intención; lo dijo como quien informa de la hora—. ¿Quiere?

Ernesto no contestó.

—No se lo pregunto por caridad —dijo el pedazo—. Se lo pregunto porque tengo aquí a un hombre de sesenta y dos años que empezó en primavera y ya escribe su nombre, y porque si usted se va sin aprender voy a estar toda la semana pensando en eso.

Ernesto miró la tablilla que le estaba ofreciendo.

Tenía treinta y siete años. Había mandado a cuarenta y un hombres y había enterrado a treinta y cinco. Había leído once cartas peligrosas con el dedo, palabra por palabra, encerrado, avergonzándose cada vez. No se lo había dicho a nadie nunca, y sobre todo no se lo había dicho a Eduardo, y hasta esa tarde no había sabido por qué.

Y ahí, sentado en el suelo de un granero, lo supo.

Porque llevaba tres años queriendo entrar en esa habitación.

—Sí —dijo.

* * *

Se quedaron nueve días en Sar.

Ernesto aprendió a leer en nueve días, que es rápido y que no es un milagro: era un hombre de treinta y siete años con la cabeza entera, muy motivado, con seis horas diarias y un maestro que no tenía otra cosa que hacer en el mundo.

Fue humillante y fue magnífico.

El segundo día se atascó con las letras que suenan parecido y las confundió cuarenta veces, y a la cuarenta y una tiró la tablilla contra la pared. El maestro

esperó a que se calmara y le dijo que era normal, que a todo el mundo le pasaba con esas dos, y que a la niña Ana le había costado un mes.

—Ella tiene ocho años.

—Y a usted le sobran años y le falta paciencia. Es el mismo problema con distinto nombre. Levante eso.

El cuarto día leyó una palabra entera sin pensarla.

El sexto se le juntaron dos.

El séptimo se pasó una hora leyendo, en voz alta, muy despacio, con el dedo, una lista de existencias del granero que no le interesaba absolutamente nada, y la disfrutó como no había disfrutado nada en cuatro años.

El noveno leyó de corrido un renglón que no había visto antes.

Lo leyó mal —se comió una sílaba y volvió atrás— y lo leyó entero, y cuando terminó levantó la cabeza y el granero aplaudió.

Ernesto Valdas se puso rojo hasta las orejas por primera vez en su vida adulta.

El maestro le dio una palmada en el hombro.

—Ya está —dijo—. Eso ya no lo pierde. Eso no se pierde.

Ernesto, con la tablilla en las manos, hizo la pregunta que llevaba nueve días sin hacer:

—¿Cómo se llama usted?

El pedazo lo pensó de verdad. Se quedó un momento con la vista en el suelo, buscando, y después levantó la cara con una expresión de disculpa educada.

—No sé —dijo—. ¿Importa?

—No —dijo Ernesto—. Yo sí lo sé.

* * *

Se fue con ellos al día siguiente, sin discutir, en cuanto le dijeron que sí, que el puente lo iba a arreglar Bruno antes de irse.

Bruno lo arregló. Le costó cuatro días y unas herramientas prestadas, y fue el primer trabajo de herrería que hizo en cinco semanas, y lo hizo llorando la mitad del tiempo por motivos que no le explicó a nadie.

Los cuatrocientos de Sar salieron al camino a despedir al maestro.

El hombre de sesenta y dos años lloró. Las dos niñas de ocho le regalaron un dibujo: un puente con tres arcos, con una equis en el del medio, hecho

a carbón. Ana le dio además una piedra que a ella le gustaba, sin más explicación.

El pedazo se subió al carro y se acostó junto al cuerpo y se acabó.

Esa noche, en el camino, el cuerpo de Eduardo levantó el brazo y señaló una estrella.

No dijo nada. La señaló con el dedo, y esperó, del modo exacto en que se espera cuando uno acaba de señalar algo para que otro lo mire.

Ernesto la miró.

—Sí —dijo—. Ya la vi.

Y el brazo bajó.

* * *

Dola

El último fue el dolor y estuvieron dos noches a punto de dejarlo donde estaba.

Dola era un pueblo minero de trescientas personas en el que, desde hacía un año, no le dolía nada a nadie.

Lo vieron en un día. Los mineros salían del pozo con la espalda destrozada y sin quejarse. Los partos eran fáciles y silenciosos. Los viejos se morían tranquilos. Un hombre se había cortado dos dedos en marzo y había terminado el turno, y lo contaba riéndose, y le faltaban dos dedos.

Era, a primera vista, el pueblo más feliz de Arvela.

Anselmo tardó una tarde en ver lo que era.

—Capitán, aquí no viene nadie al médico.

—¿Y?

—Que hay un médico. Está ahí, en la casa de la esquina, y lleva un año sin trabajar. —Anselmo tenía la cara gris—. Aquí la gente se está muriendo de cosas que se curan, porque nadie sabe que las tiene. Le he mirado la barriga a una mujer de cuarenta años que dice que está perfectamente y tiene ahí dentro una cosa del tamaño de mi puño.

—¿Se puede hacer algo?

—Hace un año sí.

El pedazo estaba en el fondo de la mina.

Llevaba un año ahí abajo, en el último frente, sentado contra la pared en una oscuridad absoluta. Cuando Ernesto bajó con la lámpara, no levantó la cara.

No dijo nada en cuatro horas.

Cuando por fin habló, dijo:

—No.

—No he dicho nada todavía.

—Sé a qué viene. —La voz salía plana, sin ningún color, con la entonación exacta de un hombre leyendo una lista—. No.

—¿Por qué no?

—Porque él está bien.

Ernesto se sentó en el suelo de la mina, en el polvo, con la lámpara entre los dos.

—Explíquemelo.

El pedazo se lo explicó, con la lógica perfecta e insoportable de una parte de un hombre que no tiene ninguna otra parte que la contradiga.

Le explicó que allá arriba, en aquel carro, había un hombre al que ya le habían devuelto el miedo, la risa, la memoria, la ternura y las ganas de pertenecer, y que a ese hombre le faltaba una sola cosa para volver a ser él.

Y que esa cosa era acordarse.

Acordarse de un departamento con un sillón azul y una ventana que daba a un patio. De una madre en Iztapalapa, en un patio con una bugambilia, que llevaba tres años sin cuerpo que enterrar. De una tormenta que se llevó seis cabras y un molino porque a él se le salió por la boca. De una niña llorando dentro de un pozo.

Y del medio segundo en que había sentido alivio.

—Yo soy la parte que le duele —dijo el pedazo—. Déjenme aquí. Él ni se va a enterar. Nadie echa de menos lo que no sabe que tiene.

Ernesto subió a discutirlo.

* * *

Fue la única pelea de verdad que tuvo la Compañía en catorce meses y duró dos noches.

Isaura estaba a favor de dejarlo. Lo dijo la primera noche, con las manos temblando, y no se echó atrás en dos días:

—Yo no soy nadie para opinar y por eso mismo lo voy a decir. Yo rompí a ese hombre. Si de lo que yo hice sale una sola cosa buena, que sea ésta. No es una mutilación, capitán. Es lo único bueno que va a salir de mí.

Bruno estaba a favor de dejarlo y lo dijo llorando de rabia, que era como Bruno decía casi todo.

—¡Es que ya sufrió bastante! —Golpeó la mesa—. ¡Que se quede sin eso! ¿Qué más da? ¡Yo daría un brazo por que me quitaran tres o cuatro cosas de las que me acuerdo!

—Eso lo dices ahora —dijo Jimena.

—¡Lo digo siempre!

—No, lo dices ahora, a las once de la noche, borracho. —Jimena no levantó la voz—. Yo te he visto pasar tres años sin decir un nombre de mujer y prefiero no repetirlo aquí. Y si mañana viniera alguien y te ofreciera quitarte eso, tú le partirías la cara.

Bruno se quedó callado.

Tomás no sabía. Lo dijo así: *no sé*, y se fue, y volvió a la media hora y dijo que seguía sin saber, y nadie se lo reprochó.

Anselmo habló largo y la conclusión fue corta:

—Es su cabeza. No es nuestra. Nosotros no votamos lo que hay dentro de la cabeza de un hombre, ni para bien.

Y Vidal no habló hasta la segunda noche.

—Yo he visto quitarle el dolor a un hombre —dijo—. Con vino. Con golpes en la cabeza. Con los años.

—¿Y?

—Los vi a todos.

Movió el fuego con el pie.

—Ninguno acabó en paz. Acabaron amables y huecos.

Nadie dijo nada durante un rato.

—Un hombre sin lo que le duele no es un hombre tranquilo —dijo Vidal—. Es un hombre al que ya no le importa nada.

Se encogió de hombros.

—Él nos quiere. Querer a alguien es tener por dónde que te rompan. Si le quitas la parte que se rompe, le quitas la otra.

Nadie contestó a eso.

Bruno se levantó y se fue a dormir, y a la mañana siguiente le dijo a Ernesto, sin mirarlo, que bajara a la mina y que se lo trajera.

* * *

Ernesto bajó y se sentó donde se había sentado el otro día.

—Voy a decirle una cosa y luego usted decide, porque es suya y no mía.

—Diga.

—Allá arriba hay seis personas que llevan catorce meses cruzando un reino por él. —Ernesto se aclaró la garganta—. El herrero vendió las herramientas. La exploradora vendió el arco. El chico tiene diecisiete años y ha pasado uno entero hablándole todas las noches a un hombre que no le contesta.

—Ya lo sé.

—No, no lo sabe. Usted no puede saberlo, porque saber eso duele y usted es el sitio donde va lo que duele. —Ernesto lo miró—. Y ése es exactamente el punto. Si usted se queda aquí, él nunca va a saber lo que le costamos. Va a estar bien. Va a estar contento. Y va a haber una parte suya que no va a poder querernos del todo, porque la parte que quiere de verdad es la misma que se puede romper.

El pedazo levantó la cara por primera vez.

—Eso es un chantaje —dijo.

—Sí.

—Es un chantaje muy sucio.

—Sí. —Ernesto no apartó la vista—. Lo he pensado toda la noche y no se me ha ocurrido nada mejor. Lo siento.

El pedazo se rió.

Fue una risa espantosa, sin nada de humor —el humor estaba en el carro— y sonó en la galería igual que suena la tos.

Se levantó.

—Va a costarle —dijo—. No hoy. Dentro de un año. Cuando se acuerde de todo junto y se le venga encima.

—Ya lo sé.

—Y va a haber noches en que usted va a pensar que se equivocó.

—También lo sé.

—Bueno. —El pedazo se sacudió el polvo de las rodillas—. Entonces vamos.

Salió de la mina detrás de Ernesto, caminó hasta el carro sin mirar a nadie y se subió.

Aquella noche, en Dola, a trescientas personas les empezó a doler todo lo que llevaban un año sin sentir.

Se armó un escándalo terrible. Hubo gritos en la calle a las dos de la mañana, hubo llanto, hubo un minero de cincuenta años sentado en el suelo de su cocina que no podía entender por qué de pronto no podía enderezar la espalda. Tres hombres salieron esa misma semana hacia la ciudad a buscar médico y los tres volvieron vivos, porque fueron a tiempo.

La mujer de los cuarenta años volvió también.

La Compañía ya iba lejos.

* * *

Esa noche, a cuatro leguas de Dola, Isaura hizo la cuenta.

Siete. Siete pedazos en catorce meses: el miedo, el humor, la memoria, el deseo de pertenecer, la ternura, la vocación y el dolor.

En el carro había un hombre que parpadeaba, que sonreía, que apretaba una mano cuando se la daban, que giraba la cara hacia la puerta antes de que nadie entrara, que señalaba estrellas, y que llevaba dos semanas emitiendo un sonido bajo y continuo que Anselmo tardó cuatro días en identificar y que resultó ser, sin ninguna duda posible, una melodía.

—¿Está completo? —preguntó Ernesto.

Isaura tenía una piedra en cada mano.

—No —dijo.

Ernesto cerró los ojos.

—¿Cuántos faltan?

—Uno. —Le tendió las piedras—. Toque.

Estaban tibias.

—Llevan tibias desde Dola —dijo Isaura—. No frías, capitán. Tibias. Hay algo, y está lejos, y es grande. Más grande que cualquiera de los siete.

—¿Dónde?

—No lo sé. —Isaura miró hacia el norte, hacia nada—. Y hay otra cosa. Los siete estaban quietos. Se instalaban y se quedaban.

—¿Y éste?

—Éste se mueve —dijo Isaura—. Lleva dos semanas moviéndose. Y no se mueve como se mueve un hombre.

Se guardó las piedras en la bolsa.

—Se mueve como se mueve una cosa que está creciendo.

Capítulo 17

Siete letras

Lo primero que volvió no fue la vista ni el oído.

Fue el orden.

Eduardo llevaba catorce meses siendo siete cosas a la vez sin saber que eran siete ni que eran cosas. Y de pronto, una noche de diciembre, en un carro, alguien puso todo eso en fila.

Y quedó así:

Estaba en un sótano, con la espalda contra dos paredes, y un hombre bajaba la escalera y él se moría de miedo. Y al mismo tiempo estaba en un mercado, riéndose de la cara de Bruno. Y al mismo tiempo estaba sentado en un banco entre dos moribundos con una mano en cada uno, tranquilo. Y estaba en el fondo de una mina, a oscuras, sin sentir absolutamente nada. Y estaba en cuclillas en un granero explicando por qué se cae un puente, y había un hombre grande sentado en el suelo entre dos niñas, y el hombre grande no entendía y volvía a preguntar, y él le contestaba otra vez con mucho gusto.

Los siete a la vez. Sin antes ni después.

En el centro de los siete, más abajo, había una cosa larga y quieta y sin bordes que había estado catorce meses respirando dieciséis veces por minuto, y que era también él, y que era lo peor de todo, porque era la parte a la que le habían dado agua en la boca y le habían limpiado la cara y le habían atado una correa forrada de lana a la cintura para que no se cayera del carro.

Eduardo abrió los ojos.

Estaba oscuro. Olía a lona mojada y a caballo. Le dolía la espalda.

Sin ninguna transición, sin ningún aviso, la avalancha se le vino encima toda junta —los siete sótanos, las siete manos, las siete versiones de la cara de Ernesto vista desde siete distancias distintas— y Eduardo Rendón se dobló hacia un lado y vomitó fuera del carro sobre las botas de un hombre que estaba de guardia.

Era Vidal.

Vidal se quedó mirando sus botas.

Después levantó la cabeza y gritó, con toda la voz que le quedaba a los cincuenta y nueve años:

—¡CAPITÁN!

* * *

Los primeros días fueron un desastre.

Estaba, pero estaba mal. Ésa era la frase que usaba Anselmo, y era exacta.

Hablaba, pero sólo en español. Durante nueve días no consiguió producir una sola palabra en la lengua del reino: la entendía perfectamente, contestaba a lo que le preguntaban, y contestaba en un idioma que en aquel mundo no hablaba nadie más que él. Se daba cuenta. Eso era lo peor: se oía a sí mismo haciéndolo y no podía cambiar.

Al décimo día dijo *aiga* y se puso a llorar.

No podía ordenar el tiempo. Confundía lo de Ribas con lo de Sar. Preguntó dos veces por una niña de ocho años que le había regalado un dibujo y a la que no había visto nunca. Le contó a Jimena una historia larguísima sobre un burro que se metía en una iglesia y a la mitad se dio cuenta de que no sabía si era suya.

Dormía catorce horas y se despertaba agotado.

Tenía la cabeza llena de la clase de recuerdo que nadie debería tener: sabía, con detalle, cómo se le había visto la cara a Ernesto desde el suelo de un sótano mientras Ernesto se daba la vuelta para no mirarlo. Sabía cómo se le había visto la nuca durante cuatro días.

Sabía cómo le temblaba la voz cuando le hablaba a una pared.

—Deja de mirarme así —le dijo Ernesto al quinto día.

—Perdón.

—No me pidas perdón. Dime qué pasa.

Eduardo abrió la boca y no le salió nada, porque lo que pasaba era que llevaba cinco días descubriendo que la persona que él creía conocer mejor que a nadie en aquel mundo tenía siete caras más de las que él había visto nunca, y que en todas estaba haciendo lo mismo.

—Nada —dijo—. Que te ves cansado.

* * *

Llegaron a Ribas en enero, después de tres años y dos meses.

La casa grande seguía en pie. El caserío de al lado había perdido a dos ancianos y ganado a cuatro críos. El chico que a los once años les había mentido a la cara a dos hombres de Belmar tenía ahora trece y había crecido treinta centímetros y fue el primero en verlos aparecer por el camino, y cruzó el prado gritando como si lo persiguieran.

Eduardo bajó del carro por su propio pie.

Fue la primera vez.

Se quedó parado en el patio, mirando la puerta que Bruno había vuelto a hacer, la pared sur donde crecían flores en invierno, el granero donde había dado clase. Todo estaba igual y todo era más chico de como se acordaba, que es lo que le pasa siempre a los sitios.

Se le acercaron doce personas del caserío. La mujer del molinero le agarró la cara con las dos manos.

Eduardo se dejó.

Después se sentó en el escalón de la puerta y se quedó ahí toda la tarde, y nadie lo molestó, y a la hora de la cena Ernesto salió y se sentó a su lado, y estuvieron un rato sin hablar, como sabían hacer.

—Ernesto.

—Dime.

—¿Cuánto tiempo?

—Catorce meses.

Eduardo asintió.

—¿Cuánto camino?

Ernesto lo pensó.

—No lo sé. Isaura lleva la cuenta en el cuaderno. Mucho. —Se frotó la mano derecha, que le había quedado mal para siempre—. Estuvimos en Anta, en Cabo Ferrete, en Herin, en Melve, en Sar, en Dola. Y dando vueltas en el medio, que fue lo que más tiempo se llevó.

—Catorce meses —repitió Eduardo.

—Sí.

—Y ustedes seis, todo ese tiempo, empujando un carro con un hombre que no...

—Eduardo.

—Déjame terminar.

—No —dijo Ernesto—. Sé cómo termina esa frase y no me interesa.

Eduardo se calló.

Se le llenaron los ojos y se los limpió con la muñeca, furioso consigo mismo, porque llevaba dos semanas llorando por absolutamente todo y estaba empezando a resultar humillante.

—Es que no lo entiendes —dijo—. Toda mi vida he tenido una idea metida en la cabeza. Una idea muy vieja, de antes de ti, de antes de esto. Y la idea es que la gente me aguanta.

Ernesto se volteó a mirarlo.

—Y ahora —siguió Eduardo, con la voz hecha polvo— resulta que seis personas cruzaron un reino durante catorce meses empujando un carro con un mueble adentro. Y el mueble era yo. Y no podía dar las gracias, ni hacer un chiste, ni ayudar, ni ser divertido, ni servir para nada. Que es todo lo que yo hago para que la gente me quiera.

Se le quebró.

—Y vinieron igual.

Ernesto no dijo nada durante un rato largo.

Después dijo:

—Tomás se pasó el viaje entero hablándote.

—¿Qué?

—Todas las noches. En el carro. —Ernesto se encogió de hombros—. Le decía que era por si acaso. Te contaba lo del día. Que Bruno se cayó de un tejado, que Isaura se pelea con la mula, que Jimena le enseñó a poner trampas. Catorce meses. Todas las noches.

Eduardo se tapó la cara con las dos manos.

—Y una vez —dijo Ernesto, mirando el patio— Bruno se puso a discutir contigo. En voz alta. Solo. Media hora. Sobre si el hierro se enfría más rápido en agua o en aceite. Te dijo que eras un cabezota y que un día ibas a tener que reconocer que él tenía razón.

—¿Y quién tenía razón?

—Tú.

—Ah.

—Pero no se lo digas.

* * *

Bruno rompió la solemnidad tres días después, porque tres días era exactamente lo que Bruno podía aguantar.

Estaban todos en la casa grande. Habían comido. Eduardo llevaba un rato callado —le pasaba, se iba a otro sitio en mitad de una frase, todavía le pasa a veces— y el silencio se había puesto de esa clase que pesa, y Anselmo había empezado a decir algo sobre lo importante que era, y Vidal le había dado un codazo, y ya iban por el minuto tres de solemnidad involuntaria.

Y Bruno dijo:

—Bueno. Ya que estamos.

Todos lo miraron.

—Me debes una puerta.

Silencio.

—¿Perdón? —dijo Eduardo.

—Una puerta. La del establo de Vega Alta. —Bruno se limpió la boca con el dorso de la mano—. Cuatro meses me llevó. Con este frío. Con estas manos. Y tú me la mandaste al pozo el primer mes, y en tres años no me has pagado ni un tablón, y encima ahora todo el mundo va por ahí diciendo que eres un milagro.

Se hizo un silencio de dos segundos.

Y Eduardo se rió.

Se rió con la boca abierta, con la cabeza para atrás, con ese ruido que hacía cuando algo lo agarraba desprevenido, y la casa grande entera se vino abajo detrás de él, y Tomás se cayó del banco, y Jimena golpeó la mesa, y Bruno se quedó muy serio como si no entendiera de qué se reían, que era su técnica de toda la vida.

Ernesto no se rió.

Ernesto soltó el aire.

Fue una cosa pequeñísima y nadie la vio, y fue el primer aliento completo que aquel hombre había tomado en catorce meses y trece días.

* * *

Eduardo encontró a Ernesto leyendo el 11 de febrero.

Fue por la mañana. Entró a la casa grande a buscar una tablilla y ahí estaba, sentado a la mesa, solo, con un papel en las manos y los labios moviéndose despacio.

Eduardo se quedó parado en la puerta.

Sabía que Ernesto no sabía leer. Lo sabía desde el primer año y no lo había dicho nunca, ni una vez, ni de broma, y había hecho durante tres años una cantidad de maniobras discretas para que Ernesto no tuviera que decirlo: leía las cartas en voz alta sin que se lo pidieran, marcaba los sacos con dibujos en vez de con letras, no le pasaba nunca un papel.

—¿Qué haces? —dijo.

Ernesto levantó la vista.

—Leyendo.

—...Sí. Ya. —Eduardo entró—. Ernesto. ¿Qué haces?

—Leyendo —repitió Ernesto, con una paciencia insoportable—. Es la lista de Anselmo. Faltan clavos.

Eduardo se sentó enfrente.

—¿Desde cuándo?

—Desde octubre.

—¿Quién te enseñó?

Y Ernesto lo miró.

Eduardo lo entendió antes de que contestara, porque ya lo tenía dentro, porque llevaba dos meses con siete juegos de recuerdos desordenados y de pronto uno se le puso en su sitio: un granero, treinta personas, un hombre grande sentado en el suelo de tierra entre dos niñas de ocho años, preguntando dos veces lo mismo sin ninguna vergüenza.

—Ay, no —dijo Eduardo—. No. No, no, no.

—Nueve días —dijo Ernesto.

—Ernesto.

—Leo mal. Me trabo con las largas.

—Ernesto.

—Y no sé escribir. Eso no me dio tiempo.

Eduardo puso los dos brazos sobre la mesa y la frente encima de los brazos y se quedó así.

Al cabo de un momento sintió una mano en la nuca. Se quedó ahí, pesada, sin moverse, sin frotar, sin darle palmadas: puesta.

—Fuiste tú —dijo Ernesto.

—No era yo. Era un pedazo.

—Era el pedazo que enseña.

Eduardo no levantó la cabeza.

—Ése —dijo Ernesto— era el más parecido a ti de los siete. Y no me estoy poniendo tierno. Lo digo porque los vi todos y ése era el único que se comportaba exactamente igual que tú un martes cualquiera.

Y luego, después de un momento:

—Estuve tres años sin entrar cuando dabas clase. Ni una vez. Me quedaba en la puerta.

—Ya sé.

—¿Sabes por qué?

—No.

Ernesto quitó la mano.

—Yo tampoco —dijo—. Y ya no importa, porque al final entré.

* * *

Tomás cumplió su promesa el último domingo de febrero.

Lo hizo con una ceremonia absurda que había estado preparando en secreto: bajó a Eduardo al granero, lo sentó en el suelo donde se sentaban los niños, se puso él delante con el carbón y anunció, en voz muy alta, delante de once personas convocadas para el efecto, que iba a enseñarle a escribir su nombre.

Eduardo, que llevaba tres años y medio escribiendo diez horas a la semana, se dejó hacer.

Tomás le puso la mano encima de la mano.

—Así. Despacio. No, más despacio. Ésa se te va para arriba.

Le tomó cuarenta minutos, porque Tomás lo hizo trazo por trazo, y las letras del reino eran anchas y cuadradas y no tenían nada que ver con la cursiva rápida y fea de un profesor de sistemas.

Cuando terminaron, había en la tablilla siete letras que decían, en la escritura de aquel mundo, *EDUARDO*.

—Ya está —dijo Tomás, y le tembló un poco—. Ahora si alguien encuentra algo tuyo dentro de cien años, va a saber.

Eduardo miró las siete letras.

Aquella tablilla se conservó. Está enmarcada, casi cuarenta años más tarde, encima de la chimenea de una casa de campo, y hay gente que entra y pregunta qué es y se le contesta que es la primera vez que el profesor escribió su nombre.

Lo cual, técnicamente, es falso.

Nadie lo corrige nunca.

* * *

Y estaba el hueco.

Eduardo lo notó la primera semana y no dijo nada.

No era un dolor. Era una cosa mucho más rara: era la sensación de haberse dejado algo. La que uno tiene al salir de una casa, cuando ya vas por la calle y te tocas los bolsillos y está todo, la cartera, las llaves, y sin embargo sigues sabiendo que falta algo y no puedes decir qué.

Le pasaba sobre todo a ciertas horas. A las cinco de la tarde, en invierno, cuando la luz se pone amarilla y horizontal. Le pasaba con la música: había empezado a cantar otra vez, y a veces, en mitad de una canción, se detenía sin motivo y se quedaba mirando la pared.

Le preguntó a Isaura una sola vez, en marzo, con mucho cuidado.

Con Isaura seguían sin arreglarse. Eduardo era cortés con ella, y le contestaba, y le pedía las cosas por favor, y esa cortesía era mil veces peor que un grito y los dos lo sabían. Isaura no se quejó nunca. Se quedó, trabajó, escribió su cuaderno, y esperó, porque a los cincuenta y ocho años ya se sabe que esas cosas no se arreglan diciéndolas.

—Maestra.

—Dígame.

—Las piedras. —Eduardo se metió las manos en el cinto—. ¿Están frías?

Isaura levantó la vista del cuaderno.

Ahí, en ese segundo, tuvo una oportunidad, y la dejó pasar, y después iba a pasarse cuatro años dándole vueltas.

—Sí —dijo—. Están frías.

No lo estaban. Llevaban tres meses tibias, y cada semana un poco más, y ella lo apuntaba todos los domingos en la última página, y aquella mañana había escrito: *sigue creciendo. sigue moviéndose. norte.*

Le mintió por la razón por la que miente la gente decente: porque lo tenía delante, con la cara recién compuesta, riéndose otra vez, empezando a comer bien, y porque catorce meses habían costado lo que habían costado, y porque una parte de ella —la parte que se odiaba— pensó que a lo mejor, con suerte, aquello se quedaba lejos y no volvía nunca.

Eduardo asintió.

—Bien —dijo.

También mintió, porque él sabía perfectamente que faltaba algo, y no lo dijo, y no lo dijo por una razón mucho más simple y mucho peor:

Porque si lo decía, iban a volver a salir a buscarlo.

Él prefería quedarse incompleto antes que ver otra vez a esa gente subiéndose a un carro por su culpa.

* * *

Aquella primavera fue buena.

Eduardo volvió a dar clase en abril, y en mayo tenía dieciséis alumnos, y en junio Ernesto puso una segunda mesa en el granero porque no cabían. Isaura empezó a dar dos tardes por semana y resultó, para sorpresa de nadie, que era mejor maestra que él y que él estaba encantado de decirlo en voz alta.

Bruno abrió una fragua chica detrás del establo, para hacer clavos, y juró que era provisional.

Anselmo ganó la discusión del agua hirviendo, o eso sostuvo siempre.

Una noche de mayo, en el escalón de la puerta, Eduardo le acomodó a Ernesto un mechón que se le había salido de la coleta.

Lo hizo sin pensarlo. Estaban hablando de una cerca. Estiró la mano, se lo puso detrás de la oreja y siguió hablando de la cerca.

Ernesto perdió el hilo de la conversación durante once segundos.

Desde la ventana de la cocina, Vidal, que estaba lavando un cuenco, se quedó mirando la escena con el cuenco en las manos.

Después soltó el aire por la nariz, sonrió, y volvió a lavar.

FIN DE LA PARTE II

PARTE III

EL AMOR CONSCIENTE

Capítulo 18

El capitán levanta troncos

Aquel verano decidieron levantar una escuela.

No fue una decisión solemne. Fue que en junio había veintidós alumnos y el granero tenía el techo podrido y una tarde entró agua y se echaron a perder cuatro tablillas, y Eduardo dijo una grosería en español, y Bruno dijo que había que hacer un tejado nuevo, y Anselmo dijo que si iban a hacer un tejado nuevo más valía hacer la casa entera, y para la hora de la cena ya había un plano en el suelo dibujado con carbón y una discusión sobre dónde poner la puerta.

La guerra, entretanto, llevaba un año firmada y nadie había venido a decirles qué hacían ellos ahí.

Eso pasa. Se firma en una sala y después nadie se acuerda de los de la punta. La Novena Compañía de la Marca de Arvela llevaba dos años y medio sin recibir una sola instrucción, seguía cobrando —dos veces al año, con retraso, de una tesorería que probablemente ya no sabía por qué pagaba— y se había convertido, sin que ninguno lo dijera en voz alta, en seis personas que vivían en un pueblo y a veces se acordaban de que eran soldados.

Los de la Marca ya no patrullaban. En Ribas, aquel junio, no había nadie que se acostara con un arma cerca excepto Ernesto, y Ernesto lo hacía por costumbre y no por miedo.

Así que en julio se pusieron a cortar madera.

* * *

Necesitaban vigas. Vigas de verdad: seis piezas de fresno de casi cuatro varas, para el techo de un edificio de una sola nave.

Las cortaron en el bosque de arriba, las desramaron y había que bajarlas hasta el prado. Normalmente eso se hace con bueyes, o con un tiro de cuerda, o entre cuatro hombres con palancas y mucha paciencia.

Eduardo podía bajarlas él solo.

Lo hizo con las dos primeras. Se puso al lado, extendió una mano por costumbre —ya no necesitaba la mano, pero le seguía saliendo, decía que era como señalar— y la viga se levantó tres palmos del suelo y bajó flotando por la vereda a paso de hombre, esquivando los troncos, y él caminó detrás con las manos en los bolsillos silbando.

—Es un vicio —dijo Bruno.

—Es eficiencia.

—Es un vicio.

Cuando llegaron a la tercera, Ernesto se quitó la camisa y dijo:

—Ésta la bajo yo.

Hubo un silencio muy corto.

—Capitán —dijo Anselmo—, esa viga pesa como usted y yo juntos.

—Ya lo sé.

—¿Y para qué...?

—Porque un hombre tiene que poder bajar una viga —dijo Ernesto— sin depender de la magia.

Se agachó, se la echó al hombro, se levantó con las piernas, y la bajó.

Tardó como veinte minutos. Paró tres veces. Al final le temblaban los antebrazos y tenía la marca del fresno grabada en el hombro y en el cuello, y llegó al prado, la dejó caer, se enderezó y se pasó el dorso de la mano por la frente.

Después miró alrededor.

Con muchísimo disimulo.

Bruno, que estaba a dos pasos y que llevaba veinticinco años trabajando con hombres, dijo en voz muy baja, sin dirigirse a nadie:

—Ay, no.

—¿Qué? —dijo Tomás.

—Nada.

—¿Qué, Bruno?

—Que te calles y mires —dijo Bruno—. Y no digas nada, chico, por lo que más quieras, no digas nada, porque esto es lo mejor que me va a pasar este año.

* * *

La cuarta viga también la bajó Ernesto.

La quinta.

La sexta, que era la más gorda, la bajó doblado por la mitad, resoplando como una fragua, en veinticinco minutos, y a mitad de camino Jimena tuvo que apartarse del sendero fingiendo que buscaba algo en el suelo porque no podía sostener la cara.

Eduardo no dijo nada.

Eduardo, en apariencia, estaba muy ocupado con otra cosa. Estaba en el prado, en cuclillas, marcando con estacas y cuerda los cimientos de la escuela, corrigiendo un ángulo, calculando en voz alta, absolutamente absorto. Levantaba la vista cada vez que Ernesto aparecía en la vereda con una viga encima, la sostenía dos segundos y volvía a las estacas.

Sólo dos segundos. Nunca tres.

Los seis días siguientes fueron los mismos seis días.

Ernesto cargaba. Cargaba sacos que no hacía falta cargar, subía al tejado cosas que se podían subir con una cuerda, se remangaba hasta el codo aunque hiciera fresco, y entrenaba con Tomás en el patio dos veces al día, con la camisa abierta, exactamente a las horas en que Eduardo daba clase junto a la ventana.

—Es que es tan malo en esto —dijo Anselmo, maravillado, la tarde del quinto día.

—Es peor que malo —dijo Vidal—. Es que no sabe que lo está haciendo.

—Eso no es verdad. Nadie carga un yunque de un lado del patio al otro y lo vuelve a traer sin saber lo que hace.

—Anselmo. —Vidal lo miró—. Tú lo has visto mandar a cuarenta hombres.

—Sí.

—Lo has visto elegir dónde morían tres de nosotros. Y acertar.

—Sí.

Vidal señaló el patio con la barbilla.

—Pues eso de ahí no lo hace un hombre que sepa lo que hace.

Anselmo lo pensó.

—No —admitió.

—Ahí está.

* * *

Lo que pasaba dentro de Ernesto era, en efecto, mucho menos organizado.

Él lo habría descrito, si alguien lo hubiera obligado, como una temporada de mucha energía. Se sentía bien. Dormía bien. Tenía ganas de trabajar, y trabajar le sentaba bien, y cuando terminaba el día le quedaba todavía cuerda para media noche más, cosa que no le pasaba desde los veinticinco.

Sí, era consciente de que estaba levantando más peso del necesario. Se lo explicaba con una frase que se había fabricado y que le funcionó cuatro días: *me estoy poniendo blando*.

Le funcionó hasta el sexto día, cuando se descubrió a sí mismo, a las siete de la mañana, mirándose el brazo.

Se quedó helado.

Se soltó la manga, se dio la vuelta, salió al patio y estuvo veinte minutos revisando arreos que ya había revisado el martes. Y se dijo, con la voz interior de un capitán de treinta y ocho años que había enterrado a treinta y cinco hombres:

Ernesto, tienes que hablar con alguien.

Luego se dijo, inmediatamente después:

¿Con quién?

Porque ésa era la cosa. Las cinco personas con las que podía hablar de cualquier cosa en el mundo eran: Bruno, que se moriría de risa; Anselmo, que le haría preguntas; Vidal, que ya lo sabía y que llevaba dos años esperando; Jimena, que no diría nada y lo miraría de una manera insoportable; y Tomás, que tenía diecinueve años.

Eduardo.

Con Eduardo hablaba de todo. De verdad de todo: de la guerra, de los muertos, de su padre, de Peña Rota, de por qué no había querido el mando. En dos años y medio le había contado cosas que no le había contado a nadie en su vida, y se las había contado sentado en un escalón, sin ninguna solemnidad, porque aquel hombre tenía la costumbre de preguntar y de esperar la respuesta el tiempo que hiciera falta.

Con Eduardo se hablaba de todo.

Menos de esto.

* * *

Hay que decir, para que conste, que Eduardo tampoco estaba haciéndolo bien.

Ésta es la parte que él contaba de otra manera durante el resto de su vida, y contaba una versión en la que se pasó seis días divirtiéndose tranquilamente mientras un hombre cargaba vigas.

Es mentira.

La verdad es que Eduardo Rendón se pasó esos seis días haciendo cosas espantosas y que nadie las notó porque todo el mundo estaba mirando al capitán.

El primer día decidió ser sutil.

Ése fue el error de origen. Eduardo tenía treinta y tres años y venía de un siglo en el que la gente se decía las cosas, y llevaba cuatro años en un mundo donde nadie se decía nada, y había llegado a la conclusión —muy razonable y completamente equivocada— de que aquí había que insinuar.

No sabía insinuar. No había insinuado nunca en su vida. Su idea de la insinuación consistía en decir la cosa entera con la voz un poco más baja.

Así que a media mañana, mientras Ernesto bebía agua, le dijo:

—Oye, ¿tú siempre has sido así de fuerte o es de la guerra?

A Bruno, que estaba a cuatro pasos, se le cayó la lima.

El segundo día intentó un cumplido.

Lo tenía preparado. Era bueno. Iba a decirle que tenía unas manos que sabían lo que hacían.

Lo que le salió fue una clase de doce minutos.

Empezó bien —*tienes muy buenas manos*— y en el segundo tres se le disparó el reflejo del gimnasio, y para cuando quiso darse cuenta le estaba explicando a Ernesto la diferencia entre la fuerza que se construye levantando peso y la que se construye cargando peso, y por qué la segunda dura más, y por qué a los cuarenta se paga la primera y no la segunda, y estaba usando las palabras *cadena posterior*.

Ernesto lo escuchó los doce minutos con una atención absoluta.

Cuando terminó, dijo:

—Eso ha sido muy interesante.

Se fue.

Eduardo se quedó solo en el patio con la palma en la frente diciendo *ay, Dios mío* en español, en voz baja, durante bastante rato.

El tercer día fue el peor y fue por culpa de la sentadilla.

Estaban levantando la tercera viga a la altura del hombro para meterle la cuña, y Ernesto la agarró mal: con la espalda redonda y las rodillas por delante de la punta del pie, que es exactamente la manera de levantar un peso con la que un hombre se destroza la espalda a los cuarenta y cinco.

Eduardo, que llevaba seis años de su otra vida corrigiendo ese error, no lo pensó.

Cruzó los cuatro pasos, le puso una mano abierta en la parte baja de la espalda y la otra en el esternón, y dijo:

—Aquí no. Aquí. Mete la cadera. Pecho arriba.

Ernesto se enderezó como si le hubieran metido una vara por el jubón.

—Eso. Así. —Eduardo le apretó un poco la espalda con la mano abierta—. ¿Sientes la diferencia? El peso ahora está aquí, no aquí. Con esto puedes cargar todo el día. Con lo otro te levantas mal tres inviernos y luego ya no te levantas.

Le dio dos palmadas y se apartó.

A los dos pasos se dio cuenta de lo que acababa de hacer, y se le puso el cuello de fuego.

Porque no había sido un truco. Ése era el problema. No había habido en ese gesto ni un gramo de intención: había sido el reflejo puro de un hombre que se ganó la vida seis años poniéndole las manos encima a desconocidos para que no se rompieran la espalda.

También había sido, exactamente y al mismo tiempo, la cosa más íntima que le había hecho a Ernesto Valdas en cuatro años.

Las dos cosas eran verdad. Ésa era la parte insoportable.

Se dio la vuelta.

Ernesto estaba de pie en el mismo sitio, con la viga en el suelo, mirándose el pecho como si se le hubiera caído algo encima.

—Perdón —dijo Eduardo.

—¿Perdón por qué?

—Por... —Eduardo hizo un gesto vago—. Es un hábito. Yo hacía eso. Era mi trabajo. Yo le corregía la postura a la gente todo el día y a veces se me sale y no le pido permiso a nadie, y eso está mal y en mi época estaba muy mal.

Ernesto lo miró.

—A mí no me ha molestado.

—Ya, pero yo tengo que preguntar.

—Pregunta la próxima vez, entonces.

Y se agachó a levantar la viga.

Lo hizo bien. Con la cadera metida y el pecho arriba, exactamente como le habían dicho, y la subió sin resoplar por primera vez en tres días.

Y no dijo nada.

Eduardo se quedó ahí de pie con las dos manos en la cabeza, con el corazón a ciento cuarenta, pensando una sola frase en español y pensándola en voz muy alta dentro de su cráneo:

No lo vuelvas a hacer. No lo vuelvas a hacer. No lo vuelvas a hacer.

Lo volvió a hacer el jueves.

Y el cuarto día estuvo a punto de decirlo.

Fue de noche, en el patio, los dos solos, sin nada de por medio. Estaban hablando de la escuela y en algún momento se hizo uno de esos silencios que no son incómodos, y Eduardo abrió la boca.

Y no salió nada.

Se le cerró la garganta de una manera física, con una eficacia que él conocía perfectamente y que llevaba tres años cumpliendo sin fallar, y se quedó con la boca abierta medio segundo y la cerró.

—¿Qué? —dijo Ernesto.

—Nada. Que hace frío.

No hacía frío. Era julio.

Ernesto se quedó mirándolo un momento y no dijo nada, y a las dos de la mañana, acostado, se le ocurrió por primera vez —y lo apartó inmediatamente, y volvió tres semanas después, y tardaría hasta octubre en entenderlo— que aquel hombre que hablaba de absolutamente todo se callaba una sola clase de cosas.

* * *

La sexta tarde, Eduardo dejó las estacas y cruzó el prado.

Ernesto estaba junto a la última viga, sentado en ella, secándose el cuello con la camisa. Lo vio venir y sintió una cosa muy fea en el estómago, la clase de cosa que le daba antes de las emboscadas.

Eduardo se sentó a su lado en la viga.

—Bonita —dijo.

—Está bien de grosor.

—Sí. Muy recta.

—Sí.

Silencio.

Eduardo se inclinó hacia adelante, con los codos en las rodillas, mirando el prado. Estaba serio. Estuvo callado tanto rato que Ernesto se preparó para una mala noticia.

—Ernesto.

—Dime.

—Llevo seis días —dijo Eduardo, todavía mirando el prado— viendo a un hombre de treinta y ocho años bajar seis vigas a hombro por una vereda con pendiente, pudiendo yo bajarlas en cuatro minutos sin despeinarme.

Ernesto no se movió.

—Y he estado callado —siguió Eduardo— porque me daba curiosidad ver hasta dónde llegabas.

—Yo estaba...

—Ay, no. No, no, no. —Eduardo levantó una mano—. No lo arregles. No hay manera. Llevas seis días y hoy has cargado el yunque de Bruno de un lado del patio al otro y lo has vuelto a traer, y el yunque estaba bien donde estaba.

Ernesto se puso rojo.

Se puso rojo del cuello para arriba, de una manera visible, catastrófica e irreversible, y en los cuatro segundos que tardó en decidir qué hacer con su vida entera, Eduardo se volteó y lo miró de frente.

Y dejó de sonreír.

—Eres increíblemente fuerte —dijo.

Lo dijo en serio. Ése fue el problema. Lo dijo sin ninguna burla, con esa manera suya de decir las cosas verdaderas de golpe y en voz baja, mirándolo a los ojos, y siguió:

—Y verte trabajar es de las mejores cosas que tiene este pueblo. Llevo seis días perdiendo el hilo de lo que estoy haciendo. He tenido que borrar tres veces la línea de los cimientos.

Ernesto abrió la boca.

No salió nada.

—Y ya está —dijo Eduardo, y se levantó, y le dio dos palmadas en el hombro desnudo—. Nada más quería que lo supieras. Descansa, que mañana hay que subirlas.

Y se fue.

Se fue caminando por el prado, tranquilamente, con las manos en la espalda, y a los diez pasos se puso a silbar.

Ernesto se quedó sentado en la viga.

Estuvo ahí veinte minutos.

Desde la puerta de la casa grande, Bruno, Anselmo, Jimena, Vidal y Tomás llevaban toda la escena vista.

—¿Qué le ha dicho? —susurró Tomás.

—No sé —dijo Bruno—. Pero mírale la cara.

—Le está dando algo.

—No le está dando nada. —Vidal se cruzó de brazos—. Acaba de ganar.

—¿Ganar qué?

—La de toda la semana.

Se le quedó en la cara una satisfacción profunda.

—Y todavía no se ha enterado.

* * *

Años después, en la granja, con los pies en un brasero y Bruno de visita, Eduardo lo confesó.

—Yo lo supe en la segunda.

—¡No es cierto! —dijo Ernesto.

—En la tercera, mi amor. En la tercera viga. Cuando dijiste eso de *un hombre tiene que poder bajar una viga sin depender de la magia*, que es la frase más ridícula que se ha dicho en este reino.

—Era verdad.

—Era mentira y tú lo sabías. —Eduardo se rió—. Y yo lo dejé pasar cinco días más porque me estaba divirtiendo muchísimo.

Bruno se atragantó con el vino.

—¿Cinco días?

—Cinco. Y le habría dejado seis, pero al sexto cargó el yunque y me dio miedo que se rompiera la espalda.

Ernesto, que para entonces tenía sesenta y tantos años y ya no se ponía rojo por casi nada, se puso rojo.

* * *

Aquella noche, sin embargo, en julio, todavía no había ninguna granja ni ningún brasero, y las cosas terminaron peor de lo que habían empezado.

Porque Eduardo, que había cruzado el prado silbando y que se había metido a la casa grande con una euforia que no se le había pasado en dos horas, se sentó a cenar y en algún momento entre la sopa y el pan se le fue la cara.

Le pasaba a las cinco. A esa hora en que la luz se pone amarilla y baja.

Se quedó con la cuchara a medio camino, mirando la pared del fondo, con una expresión que no era tristeza sino algo mucho más raro y más vacío, la cara de alguien que ha entrado en un cuarto a buscar una cosa y ha olvidado cuál.

Duró unos treinta segundos.

Después parpadeó, terminó la cuchara y siguió hablando como si nada.

Ernesto lo vio.

Llevaba viéndolo desde febrero. Cuatro o cinco veces por semana. Nunca duraba más de un minuto. Nunca lo mencionaba, y cuando Ernesto se lo había preguntado —dos veces— Eduardo había dicho *estoy cansado* la primera vez y *estaba pensando en una cosa del tejado* la segunda.

Y las dos veces había mentido.

Ernesto lo sabía perfectamente, porque llevaba cuatro años aprendiendo a leer a aquel hombre y porque aquel hombre mentía fatal.

Lo que no sabía era por qué.

Al otro lado de la mesa, Isaura de Ordas untaba pan y no levantaba la vista, y en el bolsillo de su delantal, envuelta en un trapo, llevaba una piedra gris del tamaño de un pan que aquella mañana, por primera vez en cinco meses, le había resultado incómoda de sostener.

Capítulo 19

Eduardo aprende a provocar

La Compañía inventó un deporte.

No tenía nombre y no hacía falta. Tenía reglas, eso sí, y las reglas se fijaron en la primera semana de agosto por consenso tácito, del modo en que se fijan estas cosas:

Un punto si el capitán se quedaba callado a media frase.

Dos si perdía el hilo de algo que estaba haciendo con las manos.

Tres si se iba del cuarto.

La jugada máxima, que sólo se logró cuatro veces en todo el verano y que la Compañía denominó, por razones históricas, *el yunque*, valía la partida entera: que el capitán, sin ninguna necesidad, se pusiera a hacer un trabajo físico innecesario en los tres minutos siguientes.

Bruno llevaba la cuenta con muescas en la viga de la fragua.

Tenía cuarenta y una para septiembre.

* * *

Ernesto sabía que estaba pasando algo y no lograba determinar qué.

Lo notó en el orden en que se notan estas cosas: primero notó que la gente se callaba cuando él entraba en un cuarto y que Tomás se ponía a silbar. Después notó que Bruno lo miraba con una alegría constante y sin motivo. Después notó, y esto ya le pareció grave, que Jimena —Jimena, que en cuatro años no había hecho un chiste— le había dicho una cosa el jueves.

Lo que no notaba era la causa.

La causa se llamaba Eduardo Rendón y llevaba tres semanas trabajando con método.

* * *

La jarra.

Fue lo primero y fue lo más pequeño.

Ernesto estaba en el patio, a mediodía, con el sol pegando, cargando el carro con Tomás. Eduardo salió de la casa con una jarra de agua y dos vasos y le ofreció uno.

Ernesto estiró la mano y agarró el vaso.

Eduardo no lo soltó.

Fue como un segundo. Un segundo y medio, tal vez. Los dos con la mano en el mismo vaso, uno de cada lado, en medio del patio, a mediodía, mientras Eduardo miraba a Ernesto y no decía absolutamente nada.

Después lo soltó, sirvió el suyo y se fue a la sombra.

Ernesto se quedó ahí con el vaso.

—Capitán —dijo Tomás.

—¿Qué?

—Que se le está saliendo el agua.

Se le estaba saliendo el agua.

Punto, anotó Bruno, desde la fragua.

* * *

El mapa.

Un miércoles llegó un arriero con noticias del norte y hubo que ver por dónde iban a pasar las carretas de piedra para los cimientos, y Ernesto extendió el mapa de la comarca sobre la mesa larga.

Eduardo entró, cruzó el cuarto por detrás de él, se detuvo un momento y dijo:

—Hoy te ves muy guapo.

Siguió caminando y salió por la otra puerta.

Ernesto se quedó con las dos manos en el mapa.

Anselmo, sentado enfrente, esperó.

Esperó bastante.

—Capitán.

—Sí.

—El camino de las carretas.

—Sí.

—¿Por dónde pasa?

Ernesto miró el mapa.

Después miró la puerta por la que había salido Eduardo.

Después volvió a mirar el mapa, y era un mapa que él mismo había corregido dos veces, un mapa que se sabía de memoria, un mapa de un territorio en el que había peleado durante once años.

—Por el norte —dijo.

—Capitán, eso es el río.

—...Ya.

Dos puntos, pensó Anselmo, que había entrado tarde en el juego pero que le había cogido el gusto enseguida.

* * *

La navaja.

Ernesto se afeitaba los domingos en el patio, con una palangana y un pedazo de espejo apoyado en el brocal, porque adentro no había luz suficiente.

Ese domingo Eduardo salió con una tablilla y se sentó en el poyo de la pared, a cuatro pasos, a corregir el trabajo de sus alumnos.

Corrigió tres tablillas.

Después dejó de corregir.

Ernesto lo veía en el espejo. Lo veía perfectamente. Eduardo estaba sentado con la tablilla en las rodillas y la mirada exactamente donde no debía estar, y no la apartó cuando sus ojos se encontraron en el reflejo, y no la apartó cuando Ernesto carraspeó, y no la apartó en tres minutos enteros.

A Ernesto le empezó a temblar la mano.

—¿Necesitas algo? —dijo, con toda la calma de la que fue capaz.

—No —dijo Eduardo—. Estoy bien aquí.

Se le fue la navaja.

Fue un corte chico, en la mandíbula, de los que sangran más de lo que valen. Ernesto soltó una palabra que no usaba desde el ejército.

Eduardo se levantó de un salto.

—¡Ay! Ay, perdón. Perdón, perdón, perdón. —Cruzó el patio con la tablilla debajo del brazo—. A ver. Déjame.

—No hace falta.

—Sí hace falta, estás sangrando en el agua. —Le agarró la barbilla con dos dedos y le giró la cara hacia la luz—. Levanta. Así. Quieto.

Ahí, con Ernesto sentado en un taburete, sangrando por un corte de dos dedos de largo, con la cara sujeta hacia arriba y a menos de un palmo, Eduardo dijo:

—¿Te pones nervioso cuando te miro?

Ernesto se levantó, se llevó la palangana, se metió en el establo y estuvo ahí cuarenta minutos.

—¡Tres puntos! —gritó Bruno desde la fragua, sin ningún disimulo—. ¡SE FUE DEL CUARTO!

* * *

Luego pasó la otra cosa. La que no era del juego.

Fue un martes cualquiera, sin público, en el corredor.

Eduardo venía con un brazado de leña, y a Ernesto se le había salido el cuello del jubón hacia dentro, doblado, la clase de cosa que uno lleva encima medio día sin enterarse.

Eduardo dejó la leña en el suelo.

Dijo:

—¿Te molesta si te lo arreglo?

Ernesto parpadeó.

—¿Si me arreglas qué?

—El cuello. Lo tienes metido. —Eduardo levantó una mano y la dejó a media altura, esperando—. ¿Te molesta?

Ernesto se quedó mirándolo, y sintió una cosa muy rara.

Porque tenía treinta y ocho años. Había vivido catorce de esos años entre hombres, apretados en tiendas, durmiendo en el suelo unos encima de otros, y lo habían tocado muchísimo: le habían cosido la ceja, le habían encajado un hombro, lo habían agarrado del pelo para levantarlo del barro, le habían dado palmadas, empujones, abrazos de borracho, le habían quitado una punta de flecha del muslo entre cuatro y sin preguntar. Había tenido dos mujeres y con las dos había habido, en algún momento, un entendimiento silencioso sobre quién hacía qué.

Nadie, en treinta y ocho años, le había preguntado si le molestaba.

—No —dijo Ernesto, y le salió la voz rara—. No me molesta.

Eduardo le acomodó el cuello. Le llevó tres segundos. Le pasó el pulgar por la costura para asentarla, dio un paso atrás, dijo *ya está*, recogió la leña y siguió su camino.

Ernesto se quedó en el corredor.

Después fue al establo y estuvo un rato largo con la frente contra el flanco de un caballo.

Ésa fue, aunque en la viga de la fragua de Bruno no quedó ninguna muesca porque no lo vio nadie, la vez que de verdad ganó Eduardo.

* * *

* * *

Entonces Ernesto contraatacó, y fue un desastre absoluto que duró tres semanas.

Porque decidió que aquello no podía seguir así.

Lo decidió en el establo, con la frente contra el flanco de un caballo, después de lo del cuello del jubón, y lo decidió del modo en que decidía todo: por pasos, como una campaña.

Uno. Ese hombre lleva un mes haciéndome esto.

Dos. Lo hace a propósito.

Tres. Yo llevo un mes recibiendo y no he devuelto una sola vez.

Cuatro. Un hombre que sólo recibe acaba pareciendo una pared.

Cinco. Por lo tanto hay que hacer algo.

Ahí se acabó el análisis, porque en el punto seis venía la pregunta *qué*, y Ernesto Valdas, capitán de la Novena Compañía de la Marca de Arvela, se dio cuenta a los treinta y ocho años de que no tenía la menor idea de cómo se cortejaba a nadie.

No había cortejado nunca. Ésa era la verdad y le dio una vergüenza espantosa. A las dos mujeres de su vida las había conocido en circunstancias en las que la cosa se había resuelto sola, y en catorce años de guerra el asunto entero se despachaba con dos frases y una taberna.

Así que hizo lo único que sabía hacer con un problema desconocido: se puso a observar al enemigo.

Pasó cuatro días estudiando a Eduardo.

Sacó tres conclusiones, y las tres eran correctas, y con las tres construyó un plan que fracasó espectacularmente.

Conclusión primera: le gustan los regalos.

Eso era verdad. Eduardo se ponía imposible con cualquier cosa que le regalaran, por chica que fuera, y llevaba ocho meses enseñándole el pajarito de la hebilla a todo el que entraba en la casa.

Así que Ernesto le hizo un regalo.

Le hizo una caja.

Le costó nueve noches. La hizo en el establo, a escondidas, con madera de fresno y con las manos de un hombre que sabe reparar cosas y que no había fabricado un objeto bonito en su vida, y le puso un cierre de cuero y le lijó los cantos hasta que quedaron suaves, y por dentro le forró el fondo con un trozo de la lana buena de Jimena que le robó sin pedir permiso.

Era para las tablillas. Eduardo llevaba dos años quejándose de que se le astillaban en el fardo.

Le quedó bien. Le quedó, honestamente, muy bien.

Entonces Ernesto la envolvió en un trapo, entró en el cuarto de Eduardo cuando no había nadie, la dejó encima del jergón y se fue.

Sin nota. Sin decir nada.

Eduardo la encontró esa noche.

—¿De quién es esto?

Silencio en la mesa.

—Es una caja. Estaba en mi cama. —La levantó—. ¿Es de alguien?

Anselmo miró a Bruno. Bruno miró a Jimena. Jimena miró a Ernesto, que estaba comiendo con una concentración feroz.

—Habrá sido un error —dijo Ernesto.

—¿Un error?

—Alguien la dejó ahí.

—Ernesto, está forrada por dentro.

—Pues alguien forró una caja y se equivocó de cuarto.

Eduardo se la quedó y la usó durante treinta años y tardó cuatro meses en enterarse de quién se la había hecho, y lo averiguó porque Tomás no aguantó más y se lo dijo en el establo, y esa noche Eduardo se pasó dos horas mirando el techo sin poder dormir.

Un punto, anotó Bruno en la viga, y al lado le puso una marca distinta, porque el juego acababa de cambiar de forma y hacía falta una columna nueva.

Conclusión segunda: le gusta que le digan las cosas.

Eso también era verdad, y era lo más difícil.

Ernesto se preparó una frase.

Se la preparó durante seis días. Era una frase buena —él lo sabía, la había pensado mucho—, era corta, y decía una cosa verdadera sobre cómo Eduardo daba clase.

El problema fue el momento.

Porque Ernesto esperó a estar seguro, y estar seguro le llevó seis días, y para cuando estuvo seguro estaban comiendo los seis más la mujer del molinero, y él tenía la frase ardiéndole en la boca desde la mañana, y en una pausa de la conversación la soltó.

La soltó entera, de golpe, con la voz de leer un parte.

—Eduardo. Quiero decirte que la manera en que tú enseñas a la gente es lo mejor que ha pasado en este valle en cuarenta años.

Se hizo un silencio de mesa espantoso.

Eduardo se puso rojo hasta las orejas.

La mujer del molinero dijo *ay, qué bonito*. Bruno se atragantó. Tomás se metió medio pan en la boca para no hacer ningún ruido.

Anselmo, con la mejor intención del mundo y el peor instinto de la historia, dijo:

—Estoy completamente de acuerdo.

Así fue como una declaración de amor de seis días de preparación se convirtió en una moción aprobada por unanimidad en la mesa de una casa grande de la Marca de Arvela, con siete votos a favor.

Eduardo se levantó y se fue a buscar agua que no hacía falta.

Ernesto se quedó mirando su cuenco.

—Capitán —dijo Vidal, muy bajo, sin levantar la vista.

—No digas nada.

—Yo no iba a decir nada.

—Vidal.

—Sólo iba a comentar —dijo Vidal— que eso ha sido un ascenso.

Ernesto no se dio la vuelta.

—Lo más parecido que he visto en veinte años.

Conclusión tercera: le gusta que lo toquen.

Ésta la observó Ernesto con el rigor de un hombre que lleva catorce años leyendo terreno, y era, de las tres, la más exacta.

Eduardo tocaba a todo el mundo. Le daba palmadas a Bruno, le apretaba el hombro a Anselmo, le revolvía el pelo a Tomás, y llevaba ocho meses arreglándole a Ernesto el cuello del jubón con una frecuencia que ya no podía justificarse por el estado del jubón.

Así que Ernesto diseñó una maniobra.

Consistía en sentarse a su lado.

Eso era todo. Ésa era la operación entera, y Ernesto la planificó con la seriedad con la que había planificado el vado de Ontes: había que entrar en la casa grande después de la cena, cuando Eduardo se sentaba en el banco de la pared a corregir tablillas, y sentarse a su lado, y quedarse ahí.

Lo intentó tres noches.

La primera noche entró y no había nadie porque Eduardo estaba en el granero.

La segunda noche entró y estaba Tomás sentado exactamente en ese sitio, y Ernesto se quedó de pie en medio del cuarto durante como quince segundos y después dijo que venía a buscar una cosa y salió con un cubo vacío.

La tercera noche entró, cruzó el cuarto, se sentó en el banco a un palmo de Eduardo, y se quedó ahí.

No se le ocurrió absolutamente nada que hacer con el resto de su cuerpo.

Estuvo cuarenta minutos.

Cuarenta minutos sentado en un banco, muy derecho, con las manos en las rodillas, mirando la pared de enfrente, sin hablar, mientras a un palmo de distancia Eduardo Rendón corregía tablillas y le temblaba un poco la mano.

Cuando terminó, Eduardo recogió las tablillas, se levantó, y antes de irse le puso a Ernesto la mano en el hombro y se la apretó una vez.

—Buenas noches —dijo.

Y se fue.

Ernesto se quedó otros diez minutos solo en el banco, sin saber si había ganado o había perdido, y no lo supo nunca, y la respuesta era que había ganado por una diferencia enorme.

* * *

Después estuvo la cuarta, que no fue una maniobra y que fue la única que funcionó de verdad.

Pasó un martes, sin público, y Ernesto no se enteró de que había pasado.

Había un pleito en el caserío. Un pleito de los feos: dos hermanos, una linde, un muro que llevaba nueve años torcido y una madre muerta en marzo. Llevaban seis semanas sin hablarse y la cosa había llegado a las manos el domingo.

Vinieron a buscar al capitán, porque en aquel valle, cuando algo se ponía imposible, se venía a buscar al capitán.

Y Ernesto bajó.

Eduardo lo acompañó porque iba de paso y se quedó en la puerta, apoyado en el marco, con un cesto en la mano, con la idea de estar cinco minutos.

Estuvo dos horas.

En dos horas vio a Ernesto Valdas hacer una cosa que él no sabía hacer y que no iba a saber hacer nunca.

No dio ninguna orden. Ni una. Se sentó en un banco de una cocina con dos hombres que se odiaban, y los dejó gritar veinte minutos sin interrumpir, y después le hizo tres preguntas al mayor y cuatro al pequeño, y las siete preguntas eran sobre el muro.

Sólo sobre el muro.

A la hora y media, el hermano pequeño estaba llorando por su madre, que era de lo que se trataba desde el principio y de lo que ninguno de los dos había dicho una palabra, y Ernesto no lo consoló y no dijo nada, y le puso la jarra delante y esperó.

Salieron los tres al patio a mirar la linde. Ernesto propuso mover el muro dos pasos, que era una solución que no favorecía a nadie y que le costaba trabajo a los dos, y la aceptaron porque venía de un hombre que llevaba dos horas sin ponerse de ningún lado.

Cuando terminó, se despidió, y no dijo nada más del asunto en su vida.

Eduardo estaba en la puerta, con el cesto en la mano, exactamente donde llevaba dos horas.

Y tenía una cara que Ernesto no le había visto nunca.

—¿Qué pasa? —dijo Ernesto.

—Nada.

—¿Estás bien?

—Sí.

Caminaron hasta la casa grande en silencio.

A mitad de camino, sin ningún motivo, Eduardo se paró en medio del sendero, dejó el cesto en el suelo, agarró a Ernesto de la nuca con las dos manos y le puso la frente contra la frente.

Estuvieron así unos cuatro segundos.

Después Eduardo recogió el cesto y siguió caminando como si no hubiera pasado nada, y no lo explicó, y Ernesto no preguntó porque no le salió la voz.

Bruno, que lo vio todo desde la fragua, no anotó nada en la viga.

Se quedó ahí de pie con el martillo en la mano, y después se dio la vuelta, y estuvo un rato golpeando hierro más fuerte de lo necesario.

* * *

La competencia de leña fue idea de Bruno y se le fue de las manos en cuatro minutos.

Se trataba de partir leña. Ocho troncos por cabeza, el más rápido gana, y el premio era que los demás le hacían el trabajo de la mañana siguiente. Se apuntaron Bruno, Ernesto, Tomás y Jimena, que dijo que sí sólo para fastidiar.

Eduardo se autoproclamó juez.

—¿Por qué tú? —dijo Bruno.

—Porque soy el único que no compite.

—Podrías competir.

—Podría partir los ocho a la vez sin tocarlos, Bruno. ¿Quieres eso? ¿Quieres que sea esa clase de tarde?

Bruno gruñó.

Eduardo se subió a un tocón y anunció las reglas.

—Regla uno: ocho troncos. Regla dos: no vale el hacha del herrero, que está mejor afilada, así que Bruno usa la de todos. —Protesta—. Regla tres: se descuenta tiempo por técnica.

—¿Por qué?

—Porque partir leña mal se paga con la espalda a los cincuenta. Yo he entrenado a gente. Sé de esto.

—Vale.

—Regla cuatro —dijo Eduardo—: hay una bonificación por presencia.

Silencio.

—¿Por qué? —dijo Jimena.

—Por presencia —repitió Eduardo—. Es una regla estándar.

—¿Estándar de dónde?

—De donde yo vengo.

—¿Y en qué consiste exactamente?

—En que el juez —dijo Eduardo, con una dignidad enorme— tiene la facultad de otorgar una bonificación a los participantes que, a su criterio, sean guapos.

La carcajada la empezó Vidal, que casi nunca se reía, y que tuvo que sentarse en el suelo.

Ganó Ernesto.

Ganó, por lo demás, limpiamente, porque partía leña mejor que nadie y en menos tiempo que nadie. Pero cuando Eduardo lo anunció añadió, para el acta, que la victoria se había visto reforzada por una bonificación de presencia de considerable magnitud.

—Yo iba ganando de todas formas —dijo Ernesto.

—Sí, mi amor —dijo Eduardo, palmeándole el pecho al pasar—. Claro que sí.

Y se fue.

Bruno se acercó a Ernesto y le puso una mano en el hombro con una solemnidad de funeral.

—Capitán —dijo—. Le voy a decir una cosa como amigo.

—No.

—Como amigo y como hombre que le tiene aprecio.

—Bruno.

—Está usted perdido.

—Vete a la fragua.

—Perdidísimo, capitán. Yo he visto barcos hundirse con más dignidad.

* * *

Lo de la cicatriz pasó en septiembre y fue distinto.

Estaban en la casa grande, de noche, después de cenar. Eduardo había sacado el vino que Anselmo escondía y estaban los dos solos porque los demás se habían ido a dormir.

Ernesto estaba contando lo de Peña Rota.

Nunca lo contaba entero. Lo iba soltando por trozos desde hacía dos años, un pedazo cada seis meses, y aquella noche estaba en el pedazo del segundo día,

cuando el capitán viejo ya había muerto y él todavía no sabía que el mando era suyo, y se había subido la manga para señalar dónde le había entrado la lanza.

La cicatriz le cruzaba el antebrazo, gruesa, mal cerrada, de las que hace un cirujano con prisa.

—Y por aquí entró —dijo—, y salió por...

Eduardo le puso los dedos encima.

No fue un gesto de nada. Fue curiosidad pura: estiró la mano y le recorrió la cicatriz con dos dedos, despacio, de un extremo al otro, mirándola como miraba las cosas que quería entender.

Ernesto se quedó sin voz a mitad de la frase.

—...salió por... —dijo, y se detuvo.

Eduardo levantó la vista.

Esta vez no hubo broma. No dijo nada gracioso, no se apartó, no le dio dos palmadas. Se quedó con los dedos donde los tenía, mirándolo, y por primera vez en todo el verano la cara que puso fue la de alguien que se acaba de dar cuenta de que fue demasiado lejos y que no está seguro de querer retroceder.

Se apartó.

—Perdón —dijo, en voz baja—. Sigue.

—No me acuerdo por dónde iba.

—Ya lo sé.

Se rió, y fue una risa nerviosa, de las que no le salían nunca.

Ernesto se bajó la manga.

Estuvieron callados un rato.

* * *

Y entonces Ernesto, que llevaba siete meses guardando una pregunta, la hizo.

Fue por eso: porque el cuarto estaba en un sitio donde ya se había roto algo, y las preguntas difíciles salen mejor por los sitios rotos.

—¿Qué te pasa a las cinco de la tarde?

Eduardo se quedó quieto.

—¿Qué?

—Que qué te pasa a las cinco de la tarde. —Ernesto no lo miraba; miraba el vaso—. Te vas. Se te va la cara y te vas a algún sitio, y vuelves al minuto y te haces el tonto. Pasa desde febrero. Pasa más en invierno que en verano.

Silencio.

—Y te lo he preguntado dos veces —siguió Ernesto— y las dos veces me has mentido, y no te lo he echado en cara porque supuse que tendrías tus razones. Pero ya van siete meses.

Eduardo se quedó mirando la mesa.

Ernesto, que había aprendido a leerlo, vio cómo se armaba la mentira: vio los tres segundos en que el otro consideró decirlo, y vio el momento exacto en que decidió que no.

—Es la luz —dijo Eduardo.

—¿La luz?

—La luz de esa hora. —Se encogió de hombros y le salió casi natural—. Mi departamento daba a un patio y a esa hora se ponía... amarilla. Muy horizontal. Entraba por el suelo. —Bebió—. Y aquí es igual. Es la única hora del día en que este mundo se parece exactamente al mío. Y me pega.

Ernesto lo miró un momento largo.

Y aquí está el problema, porque no era mentira.

Eso era verdad, todo, palabra por palabra. La luz de las cinco le hacía exactamente eso desde el primer año. Eduardo había construido su mentira de la única forma en que se construye una que funcione: con material auténtico, quitando una sola pieza.

La pieza que quitó fue que había un hueco dentro de él, que llevaba siete meses sabiéndolo, y que a las cinco de la tarde el hueco tiraba.

—Vale —dijo Ernesto.

—Vale.

—¿Quieres que a esa hora te deje solo o que te busque?

Eduardo levantó la cabeza.

Ésa era la clase de pregunta que aquel hombre no habría sabido hacer tres años antes, y los dos lo sabían, y a Eduardo se le puso una cara que le costó trabajo sostener.

—Que me busques —dijo.

—Bien.

Ernesto se levantó, recogió los dos vasos y los llevó a la tina.

Ninguno de los dos dijo nada más esa noche, y los dos se acostaron pensando en cosas distintas, y en la otra punta de la casa grande, en un cuarto sin ventana, la maestra Isaura de Ordas estaba despierta escribiendo un domingo en la última página de su cuaderno:

ya no las puedo llevar en el delantal. queman.

Capítulo 20

No lo voy a explicar

La primera fue una mujer que se llamaba Reva y que llegó a Ribas a pie desde cuarenta leguas con un niño de cuatro años a la espalda.

Fue en mayo, dos meses antes de las vigas y del yunque y de toda la temporada ridícula, y llegó a media tarde, y se quedó de pie en el camino sin atreverse a entrar en el patio.

La vio Tomás.

—Capitán. Hay una mujer.

El niño se llamaba Nel y tenía la pierna abierta desde la rodilla al tobillo, de una hoz, de hacía nueve días. Estaba mal. Estaba muy mal: tenía la pierna del color que no hay que tener, olía como no hay que oler, y Anselmo la miró treinta segundos y salió de la casa y le dijo a Ernesto en el patio:

—Se muere esta noche o mañana. Y si le corto se muere igual, porque ya subió.

—¿Y Eduardo?

Anselmo se quedó callado.

—No lo sé —dijo—. No lo hemos hecho nunca así.

Lo habían hecho de otras maneras. Eduardo llevaba años ayudando: sostenía, iluminaba, paraba una hemorragia, mantenía quieto a un hombre al que había que coser. Pero eso era acompañar el trabajo de Anselmo. Aquello era otra cosa.

Eduardo se sentó en el suelo junto al jergón y estuvo veinte minutos sin tocar al niño.

—¿Qué haces? —dijo Reva.

—Estoy entendiendo.

—¡Está ahí!

—Ya lo sé, señora. —No levantó la voz—. Deme un momento. Yo no puedo arreglar una cosa que no entiendo. Ése es el problema que tengo y no lo he podido resolver en cuatro años.

Ésa era la verdad y la había descubierto despacio y le había costado aceptarla.

La Anuencia hacía lo que él quería, cuando lo quería de la manera correcta, y lo que él quería tenía que tener forma. *Que se cierre esto* funcionaba si él sabía qué era *esto*. *Que se ponga bien* no funcionaba nunca, porque *bien* no es un sitio: es una palabra que usa la gente que no sabe qué le pasa.

Eduardo Rendón podía reordenar la realidad hasta donde llegaba su comprensión de la realidad.

Ni un dedo más allá.

Así que le preguntó a Anselmo. Le preguntó qué era exactamente lo que estaba matando al niño, y Anselmo se lo dijo con las palabras que tenía —la podredumbre, que sube por las venas, que llega al corazón— y Eduardo tradujo aquello a lo poco que se acordaba de su siglo y armó con las dos cosas un dibujo mental que no era correcto pero que era **suficientemente** correcto, y puso las dos manos sobre la pierna del niño Nel.

Tardó una hora y cuarto.

Cuando terminó tenía la camisa empapada y le temblaban los brazos y se tuvo que sentar en el suelo con la cabeza entre las rodillas.

El niño vivió.

Cojeó siempre de esa pierna. Anselmo, que se pasó tres días examinándola, escribió en su cuaderno que el hueso había quedado torcido porque nadie lo había enderezado en nueve días y que eso Eduardo no lo había arreglado *porque no supo que había que arreglarlo*.

Reva se fue a los cuatro días.

Le quiso dejar a Eduardo una cadena de plata que era lo único que tenía y Eduardo no se la aceptó, y ella se puso a llorar en el patio, y Eduardo le dijo que se la guardara para el chico.

Después ella volvió a su pueblo, que estaba a cuarenta leguas.

Lo contó.

* * *

En junio llegaron seis.

En julio, treinta y uno.

En julio, mientras Ernesto bajaba vigas a hombro por una vereda para que lo mirara un hombre que ya lo estaba mirando, había en el prado de abajo, a doscientos pasos de la escuela nueva, un campamento de sesenta y ocho personas.

Se había armado solo. Tenían fuegos, tenían una zanja para las aguas —eso lo había mandado hacer Eduardo el primer día y había sido su primera orden y la única que nadie discutió—, tenían un orden de llegada anotado en una tablilla por Tomás y tenían, de una manera espontánea y horrible, esperanza.

Había una mujer con un bulto en el cuello. Había un hombre al que se le habían quedado dormidas las dos piernas hacía cuatro años. Había un carpintero con la mano cerrada en garra. Había tres viejos con tos. Había un niño ciego de nacimiento cuya madre había caminado veinte días. Había una chica de dieciséis años a la que su padre había traído atada, y a la que Anselmo miró y dijo que estaba loca del modo en que se está loco y que no había nada, y el padre no se fue.

Había gente sana.

Eso fue lo que más desconcertó a Eduardo. Un tercio de aquella gente no tenía nada. Habían venido a verlo. Habían caminado semanas para estar cerca, para tocarle la manga, para llevarse a casa algo que contar, y algunos se quedaban dos días y se iban contentos sin pedirle nada.

De ésos era de los que Eduardo tenía más miedo.

* * *

Hizo lo que hace un profesor con un problema imposible: lo dividió.

Estableció, con Anselmo, tres categorías, y las escribió en una tablilla que colgó de un poste a la entrada del prado.

Uno: lo que se puede arreglar entendiéndolo. Heridas, huesos, fiebres, sangre que no para. Eso lo veía él, tres al día, nunca más, porque a la cuarta ya no le salía y a la quinta se equivocaba.

Dos: lo que se puede aliviar sin magia. Eso lo veía Anselmo, y eran los más, y funcionaba.

Tres: lo que no.

En la categoría tres cabía todo lo demás: lo que llevaba veinte años roto, lo que era el cuerpo entero y no una parte, lo que estaba en la cabeza, lo que había nacido así. El niño ciego. Las piernas dormidas. La chica atada.

El sistema duró once días y fue, con diferencia, la peor idea que Eduardo tuvo en su vida.

Porque una cosa es que la gente se vaya sin nada y otra es que la gente se vaya con **una tablilla que dice oficialmente que no hay nada que hacer con ellos**. El primer día que un hombre bajó de la casa y le dijo a su mujer *soy de la tres*, Eduardo se metió en el establo y no salió en cuatro horas.

—Es que lo hice para ser justo —le dijo a Ernesto esa noche, con la voz rota—. Se lo juro. Yo lo único que quería era no elegir a dedo, no atender primero al que grita más fuerte, no... —Se agarró la cabeza—. Yo he hecho esto toda la vida. Yo hago listas. Es lo único que sé hacer cuando algo me queda grande.

—Ya lo sé.

—Y le he puesto un número a un niño ciego, Ernesto.

Quitó la tablilla del poste esa misma noche.

A la semana siguiente volvió a atender por orden de llegada, que es peor y es injusto y es lo que hace todo el mundo, y no volvió a intentar arreglarlo nunca.

* * *

Lo que sí funcionó fue lo aburrido.

Eso lo entendió a mediados de agosto y lo entendió a la fuerza, contando: en tres meses había curado a diecinueve personas con las manos. Diecinueve. Y en el mismo prado, esos mismos tres meses, no se había muerto nadie de las aguas, y en un campamento de sesenta y ocho personas apretadas en verano eso era, estadísticamente, un milagro mucho más grande que el suyo.

Ese milagro lo había hecho una zanja.

Así que se puso a hacer cosas aburridas.

Mandó cavar un segundo pozo, arriba, lejos de la zanja, y prohibió el de abajo. Montó con Bruno un fogón de piedra donde había que hervir toda el agua de beber, y puso a dos mujeres del campamento a vigilarlo, y les pagó con comida. Hizo un cobertizo de lavado y consiguió jabón.

Empezó a enseñar.

Al principio a Anselmo, que ya sabía. Después a la mujer del molinero. Después a cuatro del campamento que habían venido de sitios donde no había médico y que iban a volver a sitios donde no había médico.

Les enseñó lo poco que él sabía y que resultó ser mucho: lavarse las manos, hervir el hierro, no tocar una herida con un trapo del suelo, entablillar, cuándo hay que cortar y cuándo no, y sobre todo —esto lo repetía hasta ponerse pesado— **mirar**. Mirar primero. Preguntar. No hacer nada durante un minuto entero.

En septiembre había en el prado de Ribas una especie de escuela de curanderos de nueve personas, y Eduardo dio clase todas las mañanas durante seis semanas, y esas nueve personas se fueron a nueve sitios distintos.

Anselmo dijo, años después, que aquello fue lo más importante que hizo Eduardo Rendón en toda su vida, incluida la montaña.

A la mitad del campamento le pareció una estafa.

Eso también hay que contarlo. Habían caminado veinte días para ver a un hombre que hacía milagros y el hombre les estaba enseñando a hervir agua. Hubo insultos. Hubo una noche en que alguien le tiró una piedra al tejado de la escuela y no se supo quién. Se fueron como veinte, furiosos, y en el camino de vuelta contaron que el extranjero era un farsante.

Esos veinte llegaron a sus pueblos antes que las historias buenas.

Y Eduardo se enteró, y le dolió muchísimo, y no cambió nada.

* * *

Reva volvió en agosto.

Ernesto la vio en el camino y no la reconoció, y después sí, y se le fue el color, porque venía otra vez con un bulto a la espalda y esta vez el bulto era una niña de año y medio.

Se llamaba Miri.

Anselmo la miró once minutos.

—Capitán —dijo, en el patio, en voz baja—. Que no la vea.

—Anselmo.

—Que no la vea, se lo pido yo. —Anselmo tenía la mandíbula apretada—. Esa niña tiene algo dentro y yo no sé lo que es, y llevo tres días sin saberlo, y he mirado en los dos libros que tengo. No está en una pierna, que eso lo señalo yo con el dedo. No es una herida, que eso también. Es una cosa que

está pasando dentro de ella y que a lo mejor no está en ningún sitio. Y yo no puedo decirle a Eduardo lo que hay que arreglar, porque no lo sé. Y si yo no se lo puedo decir, él no puede.

—Entonces díselo tú.

—Se lo he dicho.

—¿Y?

Anselmo cerró los ojos.

—Que lleva dos horas ahí dentro.

Eduardo estuvo con la niña Miri desde el mediodía hasta las once de la noche.

Le puso las manos encima y buscó, y buscó, y buscó. Le hizo a Anselmo cuarenta preguntas y Anselmo contestó lo que pudo. Mandó traer del carro las tablillas viejas de anatomía. Isaura subió, y se quedó, y a las ocho de la tarde estaba de rodillas junto al jergón con una lámpara en la mano leyéndole en voz alta lo que había escrito años atrás sobre cosas que no venían al caso.

A las once, Eduardo bajó las manos.

—No sé qué es —dijo.

—Eduardo...

—No sé qué es. —Tenía la cara gris—. Hay algo. Lo siento. Está aquí. —Se puso la mano abierta debajo de las costillas—. Y no sé qué es, y si empujo sin saber qué estoy empujando, la mato yo.

Se volteó hacia Reva.

Le dijo la única frase que Ernesto le oyó decir en su vida entera y que se le quedó grabada palabra por palabra:

—Señora, yo no puedo. Y no es que no quiera. Es que no sé lo suficiente.

Reva no gritó.

Eso fue lo peor. Se quedó sentada en el suelo con la niña en el regazo y dijo, con una calma espantosa:

—Pero a Nel sí.

—A Nel sí.

—¿Por qué a él sí?

—Porque a él le pasaba una cosa que Anselmo sabía nombrar.

—Eso no es una razón.

—Ya lo sé —dijo Eduardo—. Ya lo sé, señora. Es la razón que hay.

La niña Miri murió a los diecinueve días, en el prado, y no la enterraron en Ribas porque Reva se la llevó a casa.

Eduardo caminó con ella dos leguas por el camino del norte, empujándole el carrito, y volvió solo, y llegó a la casa grande de noche y no dijo una palabra en dos días.

* * *

Y el 3 de septiembre alguien le pidió lo otro.

Fue un hombre de unos cincuenta años, de un pueblo del este, que llevaba tres días en el campamento sin pedir turno.

Se acercó a Eduardo en el patio, con la gorra en las manos, y le dijo que su hijo se había ahogado en junio.

Eduardo se quedó quieto.

—Lo siento mucho —dijo.

—Dicen que usted sacó a una niña de un pozo.

—Eso fue distinto. Esa niña estaba viva.

—Ya. —El hombre asintió, con una cortesía terrible—. Ya, ya. Es que yo pensaba... —Se calló. Volvió a empezar—. Es que yo lo tengo. Lo tengo enterrado, ¿sabe? Está entero. Y yo he pensado que a lo mejor, si usted...

—No —dijo Eduardo.

—Señor, yo pago lo que sea.

—**No.**

Le salió con una voz que no había usado nunca en aquel pueblo, y el hombre dio un paso atrás, y se le llenaron los ojos, y se fue.

Y Eduardo se quedó de pie en el patio temblando.

Ernesto lo encontró media hora después, sentado en el brocal, con las manos apretadas entre las rodillas.

—Ha sido un no muy grande para una pregunta muy pequeña —dijo.

—No era pequeña.

—Eduardo, ese hombre está loco de pena. Todos preguntan eso alguna vez. En la Marca la gente se lo pregunta al cura.

—Ya.

Silencio.

—Ernesto. —Eduardo levantó la cara—. ¿Tú sabes por qué le grité?

—Porque te dolió.

—No. —Le temblaba la barbilla—. Le grité porque durante medio segundo, cuando dijo *está entero*, yo me puse a pensar **cómo**.

Ernesto se quedó helado.

—Medio segundo —dijo Eduardo—. Empecé a pensar en el problema. Como pienso todos los problemas. Se me abrió solo, como se me abren, y vi... vi por dónde. No sé si funcionaría. Pero vi por dónde se empieza.

Se pasó las manos por la cara.

—Y me dio un terror que no te puedo explicar. Porque yo no le grité a ese pobre hombre. Me grité a mí. —Se le quebró—. Yo no le tengo miedo a lo que me pidan. Yo tengo miedo de lo interesante que me parece.

Ernesto se sentó a su lado en el brocal.

Estuvieron un rato callados.

—Eduardo.

—Mmh.

—Ese hombre te ha preguntado si puedes y tú has dicho que no.

—Sí.

—Pero no puedes o no quieres.

—No quiero —dijo Eduardo—. Y voy a seguir sin querer todos los días de mi vida, y algún día voy a estar cansado, y ese día quiero que estés tú.

Ernesto no contestó.

Le puso la mano en la nuca y se la dejó ahí, y así estuvieron hasta que se enfrió la noche.

* * *

En septiembre pasó una cosa que Eduardo Rendón contó una sola vez en su vida, treinta y cuatro años más tarde, en el suelo de un granero, cuando su hijo le preguntó cuál era la peor cosa que le habían dicho.

Fue Jimena, y fue por una liebre.

Ella había subido con tres y las estaba destripando en el poyo del patio, deprisa, con esa economía suya que no tenía nada que enseñar porque no había pasado nunca por las palabras. Eduardo salió con dos cubos, se quedó mirando, y dijo lo que le salió, que fue esto:

—¿Sabes por qué se enfrían tan rápido? Es por la relación entre la superficie y el volumen. Una cosa chica tiene mucha piel para poca carne, entonces...

—Ya.

—...entonces pierde el calor mucho más rápido que un venado. Por eso hay que abrirlas enseguida, que es lo que estás haciendo. Es la misma razón por la que un niño se enfría antes que...

Jimena dejó el cuchillo en la piedra.

No lo tiró. Lo dejó, y el ruido que hizo fue mínimo, y Eduardo se calló a la mitad de la palabra.

—Eduardo.

—Dime.

—Llevo treinta años abriendo liebres.

Hubo un silencio en el patio.

—Ya lo sé —dijo Eduardo—. No te lo decía por...

—Nadie de esta casa te cuenta nada dos veces.

Eduardo parpadeó.

—¿Qué?

—Lo has oído.

Se limpió las manos en el delantal, una y luego la otra, sin prisa.

—¿Jimena, qué quieres decir con que nadie...?

—No lo voy a explicar.

Y ésa fue la frase. No la anterior: ésa.

Porque Eduardo Rendón se quedó de pie en el patio de la casa grande, con dos cubos en las manos, delante de la única persona de aquel valle que no iba a desarrollarle la idea, ni a matizársela, ni a darle una segunda oportunidad de discutirla, y se dio cuenta de que llevaba ocho años sin estar en esa posición y de que no tenía ni la menor idea de qué se hace ahí.

Y lo que hizo fue lo peor que podía hacer.

—Son cuatro —dijo.

—¿Qué?

—Que llevas veintiséis años abriendo liebres, no treinta. Empezaste a los diecisiete. Me lo contaste tú en Sella de Abajo. —Le temblaba un poco la voz—. Perdona, pero es que has dicho treinta y son veintiséis.

Jimena recogió el cuchillo.

—Ya —dijo.

Siguió con la segunda liebre, y no volvió a mirarlo, y Eduardo se metió en la casa con los dos cubos vacíos porque se le había olvidado para qué había salido.

* * *

No se hablaron en once días.

Eduardo probó dos veces. La primera fue a los tres días y consistió en una disculpa larga, ordenada, con tres partes, en la que explicaba por qué se había puesto así y qué había entendido; y Jimena la escuchó entera, de pie, con el arco al hombro, y cuando terminó dijo «bueno» y se fue a los cerros.

La segunda vez no dijo nada. Le llevó agua caliente al corral, a las seis de la mañana, la dejó en el suelo y se fue.

Aquella tarde Jimena se sentó a cenar en el sitio de siempre, que estaba al lado del suyo, y le pasó el pan sin mirarlo.

Eso fue todo, y con eso se arregló, y a Eduardo le costó años entender por qué había funcionado lo segundo y no lo primero.

Ernesto no se metió. Vio los once días enteros desde dos pasos y no dijo una palabra, y cuando Eduardo se lo reprochó, mucho después, contestó lo único que se podía contestar:

—Es que ella tenía razón.

* * *

Para octubre el campamento se había vaciado casi entero.

Se fueron con la cosecha, como se va la gente. Quedaron once, que se quedaron a vivir: cuatro se casaron en Ribas en los tres años siguientes y una de ellas, que se llamaba Prisca y que había llegado en julio con una hermana enferma, acabó siendo la maestra de la escuela de Ribas porque Eduardo le enseñó a lavarse las manos.

Y quedaron otras cosas.

Quedó una piedra grande a la entrada del prado, en la que la gente empezó a dejar cosas: un lazo, una moneda, una vela, un mechón de pelo atado con hilo. Nadie decidió que aquello fuera nada. Empezó con una mujer que dejó una vela para agradecer y siguió porque la gente hace eso.

Eduardo la vio en septiembre y le pidió a Bruno que la quitara.

Bruno la quitó.

En una semana había otra.

En la última de las once entradas que Isaura escribió aquel otoño en un cuaderno nuevo, entre dos anotaciones sobre la temperatura de las piedras, hay una línea que no es del oficio:

hoy he visto a una mujer del caserío persignarse al pasar por delante de la escuela. no la ha visto nadie más. no pienso decírselo a él.

esto va a llegar a oídos de la Orden antes del invierno.

Capítulo 21

Doce puntos

Terminaron la escuela el último día de septiembre y se tomaron el primero de octubre libre, que fue la primera vez en cuatro años que alguien en Ribas usó la palabra *libre*.

Bajaron al río.

Iban los seis, Isaura, el chico del caserío que ya tenía quince años, sus dos hermanas, la mujer del molinero y una cantidad indeterminada de niños. Llevaron pan, queso, una tinaja de vino y un jamón que Bruno había estado guardando con una vigilancia militar.

Hacía calor. Ese calor de octubre que es un regalo y que todo el mundo sabe que es el último.

Ahí Eduardo descubrió que en aquel mundo casi nadie sabía nadar.

—¿Cómo que no sabes nadar?

—¿Para qué? —dijo Bruno.

—¡Para no ahogarte!

—Yo no me meto en el agua. Ése es mi método.

—Bruno.

—Es un método excelente. Llevo cuarenta y nueve años sin ahogarme.

Eduardo se quedó de pie en la orilla, con las manos en la cabeza, y a Ernesto se le escapó la risa porque conocía esa postura: era la postura de un hombre a punto de organizar algo que nadie le había pedido.

—Todo el mundo al agua —dijo Eduardo.

—No.

—Al agua. Ahora mismo. —Ya se estaba quitando la camisa—. Esto no es negociable. Vivimos a media legua de un río. Hay veintidós niños en este pueblo. En mi mundo esto es de las primeras cosas que se enseñan y no pienso pasar otro invierno pensándolo.

Estuvo tres horas.

Metió al agua a nueve niños, a las dos hermanas, al chico del caserío, a Tomás, a Jimena —que no quería y que a la media hora estaba flotando de espaldas mirando el cielo con una expresión de descubrimiento religioso— y, tras una campaña de acoso sostenido, a Anselmo.

A Bruno no. Bruno se sentó junto al jamón y no se movió de ahí, y Eduardo lo dio por perdido hasta el verano siguiente, en que lo consiguió, aunque ésa es otra historia.

Enseñaba en el agua igual que enseñaba en el suelo del granero. Sostenía la espalda con una mano, decía *no te voy a soltar*, preguntaba *¿te suelto?*, y sólo soltaba cuando le decían que sí.

Ernesto lo miró desde la orilla un rato largo.

Después se metió también, porque él sí sabía nadar —lo había aprendido de crío, en un canal, de la manera brutal— y estuvo un buen rato en la parte honda, y después salió.

* * *

Salió por la piedra grande, contra el sol, con el agua chorreándole del pelo y la camisa colgada del hombro.

Eduardo estaba en la orilla, sentado, con los pies en el agua, secándose la cara con el antebrazo.

Se le olvidó disimular.

Hasta ese momento había disimulado. Todo el verano. Miraba dos segundos y volvía a las estacas; era un juego, tenía reglas, y las reglas incluían que él controlaba cuándo miraba. Y esa tarde, con el sol bajo, con Ernesto saliendo del agua a diez pasos, con doce niños gritando y la mujer del molinero riéndose de algo, Eduardo Rendón se quedó mirándolo con la boca ligeramente abierta durante un tiempo indefendible.

Ernesto lo vio.

—¿Qué? —dijo.

—Nada.

—Estás...

—Sí, ya sé lo que estoy —dijo Eduardo—. Dame un segundo.

Ernesto se paró donde estaba. Se pasó la camisa por el pelo. Se sentía, en ese momento, extraordinariamente estúpido y extraordinariamente contento, y no habría sabido decir en qué proporción.

—Voy a decir una cosa —dijo Eduardo.

—Ay, Dios.

—No es nada malo. —Se rió—. Es que en mi época había unos sitios... unos lugares donde la gente va a levantar peso. Hierro. Sin fabricar nada. Nada más para levantarlo y volverlo a bajar.

—Eso es una tontería.

—Es una tontería enorme y yo trabajaba en uno. —Eduardo se encogió de hombros—. Yo enseñaba a la gente a hacer eso. Seis años. Y te voy a decir una cosa que nadie dice: la mitad de esa gente no iba por salud. Iba por verse bien. Y todos fingíamos que no.

—¿Y tú?

—Yo también fingía.

Ernesto se sentó en la piedra a secarse.

—Y el caso es que allá había que fabricarse el cuerpo a propósito —siguió Eduardo, mirando el río—. Con un plan. Contando. Con una máquina. Y aquí no. Aquí tú te has pasado once años cargando cosas y durmiendo mal, y el resultado es... —hizo un gesto vago hacia él, y luego decidió, visiblemente, no suavizarlo— ...es que entrenar contigo tiene que ser una motivación excelente.

Ernesto soltó una risa por la nariz.

—No es para tanto.

Eduardo se volteó y lo miró.

—Para mí sí —dijo.

Y no apartó la vista.

Ésa fue la primera vez en todo el verano en que no lo siguió una broma. Se quedó ahí, sostenido, cuatro o cinco segundos que a Ernesto le parecieron un cuarto de hora, hasta que a diez pasos un niño se hundió, y Eduardo se levantó de un salto y se metió al agua, y el momento se acabó.

* * *

Vidal, sentado a la sombra con la espalda contra un aliso, lo había visto todo.

—Ya está —dijo.

Anselmo, a su lado, levantó la vista del pan.

—¿Otra vez con eso?

—Antes era juego. —Vidal masticó—. Esto no.

—A mí me parece lo mismo.

—¿Qué estaba mirando?

—Pues... —Anselmo se encogió de hombros—. Al capitán. Sin camisa. Eduardo tampoco es tan complicado, Vidal.

—Eso ve todo el mundo.

—¿Y tú?

Vidal señaló el río con la barbilla, sin prisa.

—La mano derecha. La que no cierra.

Anselmo esperó.

—La ceja partida —dijo Vidal—. El hueco del antebrazo. El de Peña Rota.

Anselmo dejó de masticar.

—Hombre, yo no diría que eso signifique necesariamente... —Se paró con el pan a medio camino—. No. Sí lo diría. Lo que iba a decir es una tontería, y además me la iba a decir a mí mismo para no tener que pensar lo otro.

—Ajá.

—Porque una cosa es mirarle a un hombre el cuerpo —siguió Anselmo, mucho más despacio—, que eso lo he visto quinientas veces y se pasa, se pasa siempre, se pasa en un invierno. Y otra distinta, y no sé ni cómo se llama, es mirarle todo lo que a ese cuerpo le ha pasado y no lo ha matado. Eso yo no lo he visto pasársele a nadie. Y llevo treinta y un años.

Vidal se comió el último trozo de pan.

—Eso.

* * *

Se quedaron los dos solos hacia el final de la tarde.

Los demás se fueron subiendo con los niños y las cestas, y Bruno se llevó lo que quedaba del jamón como quien retira un cadáver del campo, y quedaron Eduardo y Ernesto sentados en la piedra grande con los pies en el agua y la luz poniéndose amarilla.

Eran casi las cinco.

Ernesto lo notó. Se preparó, sin decir nada, para ir a buscarlo si se iba.

—¿Puedo preguntarte una cosa? —dijo Eduardo.

—Sí.

—¿Cuántas cicatrices tienes?

Ernesto lo pensó de verdad.

—Grandes, siete. Chicas, no sé. Muchas.

—¿Te acuerdas de todas?

—De las siete sí.

—¿De todas todas? ¿Del día?

—Del día, de la hora y de quién estaba conmigo —dijo Ernesto—. Menos de una, que no sé de dónde salió. Está aquí atrás. Debe de ser de crío.

Eduardo asintió.

Se miró el antebrazo.

—Yo tenía una aquí —dijo—. De un vidrio, a los once años. Me caí contra la puerta de un patio y me abrí de aquí a aquí. Doce puntos. Me acuerdo del médico, me acuerdo de que mi mamá no lloró hasta que salimos, me acuerdo de que el hilo era negro.

Levantó el brazo a la luz.

No había nada. La piel lisa, sin marca, sin brillo, sin la línea blanca que deja el vidrio.

Ernesto se quedó helado.

—Y aquí, en la ceja, tenía la de Ribas. —Eduardo se tocó—. Y esta mano no cerraba desde aquel invierno. Y tenía una quemadura en la muñeca de una plancha, de los diecinueve años, chiquita.

Se bajó la manga.

—Me lo dijo Anselmo en primavera —dijo—. Te lo dijo a ti en el patio del Colegio, la noche esa, y yo lo oí después. Que mi cuerpo estaba perfecto. Que me habían quitado también lo que me dolía.

Ernesto no dijo nada.

—Y todo el mundo lo dice como si fuera bueno.

—Eduardo.

—Es que no lo es. —Le tembló un poco la voz y se enfadó consigo mismo—. Perdón. Es que... mira. Tú tienes treinta y ocho años y todo lo que te ha pasado está escrito encima. Yo tengo treinta y tres y este cuerpo tiene año y nueve meses. Este cuerpo no estuvo en el patio de mi casa a los once años. No se cayó contra la puerta. No se quemó con la plancha. Yo me acuerdo, pero él no.

Se pasó las manos por la cara.

—Y yo ya tenía problemas con esto antes —dijo—. Antes de todo.

—¿Qué problemas?

Eduardo tardó en contestar, porque nunca se lo había explicado a nadie en aquella lengua y porque en la suya sólo se lo había explicado a dos personas.

—Desde los diecinueve. Me pasa sin aviso y sin motivo. En mitad de una clase, o esperando en una esquina. —Se miró las manos y las volvió a bajar—. El mundo se me corre medio dedo hacia un lado y de pronto estas manos no son mías. Ahí siguen. Se mueven cuando yo las muevo. Pero son cosas. Son cosas que yo miro desde muy atrás de mis propios ojos.

Ernesto no dijo nada.

—Dura minutos. A veces horas. Se pasa. —Se encogió de hombros—. Tengo una manera de sacarme de ahí, y es de las pocas cosas útiles que traje: nombro cinco cosas que veo, cuatro que oigo y tres que toco. Y si estoy solo, canto, porque cantar obliga al cuerpo a hacer algo que sólo puede hacer un cuerpo.

Ernesto se quedó muy quieto, y en aquel momento no dijo lo que estaba pensando, que era que llevaba cuatro años oyendo cantar a aquel hombre por la casa y que se había pasado los cuatro creyendo que era de contento.

—Y ahora resulta que además tengo razón —dijo Eduardo.

Ernesto lo miró un rato largo.

Después estiró el brazo, le agarró la muñeca izquierda y le puso la mano abierta sobre la piedra caliente, boca arriba.

—Ésta —dijo, y le tocó la base del pulgar con un dedo— es la que se te llenó de ampollas el primer verano cortando leña, porque agarrabas el hacha como un idiota.

Eduardo se rió, con la garganta cerrada.

—Y ésta —dijo Ernesto, y le puso el pulgar en el centro de la palma— es con la que le sostuviste la cabeza a Tomás cuando tenía la fiebre. Tres noches. Yo estaba ahí.

—Ernesto.

—Y ésta es la que me quitó el pelo de la cara en el escalón, en mayo. —No lo soltó—. Y ésta es la que se ha pasado el verano arreglándome el cuello del jubón.

—Eso es distinto. Eso son recuerdos tuyos.

—Sí —dijo Ernesto—. ¿Y qué crees que es una cicatriz?

Eduardo se quedó callado.

—Yo no me acuerdo de siete cortes —dijo Ernesto—. Me acuerdo de siete tardes. Los cortes se cierran. Lo que queda es lo que otro vio.

Y le soltó la mano.

—Si lo tuyo se borró, se borró la marca. No se borró la tarde. Yo estuve en todas. Bruno estuvo en la mitad.

* * *

Estuvieron un rato sin hablar.

El sol ya estaba en los árboles. El agua se había puesto fría de golpe, como se pone en octubre, y ninguno de los dos sacó los pies.

Y Eduardo se volteó y dijo:

—Ernesto.

—Dime.

Y no dijo nada.

Abrió la boca y se detuvo, y a Ernesto le pasó por delante la cosa más rara que había visto en cuatro años: vio a Eduardo Rendón, que hablaba de todo, que hablaba de más, que había convertido el hablar en un oficio, cerrar la boca a media palabra como quien se muerde.

Vio el miedo cruzarle la cara.

—Nada —dijo Eduardo—. Es tarde. Vámonos.

Se levantó de un salto, agarró sus botas y empezó a subir por la orilla sin esperarlo.

Ernesto se quedó en la piedra.

Aquí es donde hay que ser justo con los dos, porque los dos entendieron mal.

Eduardo no se calló por vergüenza, ni por miedo al rechazo, ni por ninguna de las razones normales. Se calló por una razón que llevaba escrita en una tablilla desde el primer año y que había cumplido sin fallar ni una sola vez:

Regla 1: nunca decir en voz alta lo que quiero.

Llevaba casi cuatro años sin formular un deseo en voz alta. Ni uno. Había sobrevivido a base de rodeos: no decía *ojalá lloviera*, decía *el campo está seco*; no decía *quiero que se cure*, decía *vamos a ver cómo sigue*. Se había construido una manera entera de hablar para no darle órdenes a la realidad por accidente, y había aprendido, sin darse cuenta, a no querer nada delante de nadie.

Ahora, en una piedra, en octubre, había estado a cuatro sílabas de decir en voz alta la cosa que más quería en el mundo.

Y le dio pánico.

No el pánico de que Ernesto le dijera que no.

El pánico de que el mundo le dijera que sí.

Ernesto, en cambio, se quedó en la piedra con los pies en el agua fría, y lo que él vio fue un hombre que iba a decir algo, que lo pensó mejor y que salió corriendo.

Y sacó la única conclusión que tenía a mano.

Subió a la casa media hora después, con la cara de siempre, y estuvo tres días excepcionalmente amable y absolutamente inaccesible, y Bruno no anotó ni una sola muesca en la viga de la fragua en toda la semana.

Capítulo 22

Se para con un papel

El prior Casián llegó a Ribas el segundo de aquellos tres días, que fue lo peor que podía pasar.

Porque Eduardo y Ernesto llevaban treinta y seis horas sin dirigirse la palabra más allá de lo indispensable —desde la piedra del río, desde la frase que Eduardo no había dicho y que Ernesto había entendido al revés—, y de pronto tuvieron que ponerse los dos de pie en el mismo patio, uno al lado del otro, delante de tres desconocidos con hábito gris.

Eran tres. Un prior de unos sesenta años con la cara curtida de la gente que ha viajado toda la vida, un hermano lego enorme que se quedó con los caballos y no habló en cuatro días, y un escribiente.

El escribiente tenía veintidós años, llevaba una caja de madera bajo el brazo y se llamaba Aldo.

Hay que fijarse en él, porque nadie se fijó.

Bajaron y se descubrieron la cabeza.

—Buenos días —dijo el prior—. Vengo del priorato de Vela. Me llamo Casián. Traigo carta y traigo permiso, y si prefieren que la lea en voz alta, la leo, y si prefieren leerla ustedes, aquí está.

Le tendió la carta a Ernesto.

Ernesto la tomó, la abrió y la leyó.

La leyó de verdad, de corrido, sin el dedo, en veinte segundos, y después la dobló y la devolvió.

—Dice que viene a preguntar y no a acusar —dijo—. Y que no trae autoridad para llevarse a nadie.

—Dice eso, sí.

—¿Es verdad?

—Es verdad hoy —dijo Casián.

A Ernesto le gustó esa respuesta, y le fastidió que le gustara.

* * *

Estuvieron cuatro días.

Casián no interrogó a nadie. Ésa fue la primera cosa que desconcertó a todo el mundo: no llamó a nadie, no tomó declaraciones, no pidió ver nada. Pidió permiso para quedarse y se quedó, y se dedicó a andar por Ribas mirando.

Fue a la escuela dos mañanas y se sentó al fondo. Bajó al prado donde había estado el campamento y contó los círculos de los fuegos. Se pasó una tarde entera con la mujer del molinero, que le contó su vida. Comió con la Compañía las cuatro noches y se rió con los chistes de Bruno, y a la tercera noche le contó a Bruno una historia sobre un obispo y una cabra que dejó a Bruno mudo de admiración durante media hora.

Y el escribiente escribía.

Escribía todo. Escribía en la escuela y escribía en la cena, con el plato apartado y el codo fuera de la mesa para no manchar, y escribía cuando Bruno contaba lo del hombre que se cayó de la banqueta. Anotó los círculos de los fuegos del prado. Anotó cuántos críos había en la escuela y cuántos eran niñas. Anotó, sin que nadie lo viera, cuántas veces se levantó Eduardo Rendón de la mesa aquellas cuatro noches y cuánto tardó en volver cada vez.

La única vez que abrió la boca fue la tercera noche, y fue para preguntar una cosa.

—Perdone. ¿Cómo se escribe su nombre?

Eduardo se lo deletreó.

—Gracias. —Aldo lo escribió despacio y comprobó las letras—. Es que en las cartas viene de cuatro maneras.

Y ya está. Eso fue todo lo que dijo en cuatro días.

* * *

El cuarto día, por la mañana, Casián le pidió a Eduardo una conversación.

Se sentaron en el escalón de la puerta de la casa grande, los dos, al sol, y el escribiente se quedó a diez pasos, y Ernesto se quedó a quince, y Eduardo lo sabía y agradeció que estuviera y no dijo nada.

—Le voy a ahorrar tiempo —dijo Casián—. No he venido por usted.

—¿Ah, no?

—No. —El prior se acomodó—. A mí, personalmente, lo que usted sea me interesa muchísimo y no es asunto mío. He venido por una piedra.

Eduardo se puso rígido.

—Ya sé cuál —dijo.

—La de la entrada del prado. La que tiene encima velas, monedas, lazos y un mechón de pelo atado con hilo rojo. —Casián lo miró de reojo—. La mandó usted quitar en septiembre.

—Sí.

—¿Y qué pasó?

—Que a la semana había otra.

—A la semana había otra —repitió Casián, y asintió—. Siempre hay otra. Ahí es donde yo trabajo.

* * *

Lo que Casián le explicó aquella mañana, Eduardo se lo repitió durante veinte años.

Se lo explicó despacio, sin retórica, como un hombre que lleva cuarenta años en un oficio y que ya no necesita convencer a nadie de que su oficio existe.

—Yo llevo cuarenta y un años en esto y he visto empezar seis —dijo—. Seis. En seis sitios distintos de este reino. Y las seis veces empezó exactamente igual que aquí: con alguien decente al que le pasó algo, y con una piedra.

—Yo no quiero...

—Ya sé que no quiere. Se le nota a media legua, señor Rendón, y si quisiera esta conversación sería otra y mucho más corta. —Casián levantó una mano—. Déjeme terminar, que es lo que le va a servir.

Eduardo se calló.

—Ninguno de los seis quería —dijo el prior—. Ni uno. Dos de ellos eran mujeres muy buenas. Uno era un pastor medio tonto al que le salió agua en un sitio seco. Ninguno pidió nada, ninguno cobró nada, todos dijeron que no eran nada, y a los cuatro los enterraron y a los cuatro les pusieron una capilla encima.

—¿Y los otros dos?

—A uno lo quemaron —dijo Casián— y al otro lo hicimos santo. Y le voy a decir una cosa que a usted le va a parecer una barbaridad: no fue por lo que hicieron. Fue por dónde estaban cuando la cosa creció.

Se quedaron callados un momento.

—Lo que crece no es usted —dijo Casián—. Usted es un hombre y se va a morir. Lo que crece es lo que la gente necesita. Y esa cosa no le pide permiso a nadie: la gente tiene hijos que se le mueren, señor Rendón, y si hay una piedra a la entrada de un prado, la gente va y le pone una vela, y no lo hace porque sea idiota. Lo hace porque no le queda otra cosa que hacer con las manos.

Eduardo se pasó las manos por la cara.

—¿Y qué quiere que haga?

—Que hable.

—¿Qué?

—Que se ponga de pie en una iglesia, con gente delante, y diga en voz alta lo que me acaba de decir a mí. —Casián se giró para mirarlo—. Que usted no es santo, que no es enviado de nadie, que no sabe qué le pasa, que no hay que rezarle y que no hay que dejar nada en esa piedra.

—Eso no va a servir de nada.

—No —dijo Casián—. No va a servir de nada.

Eduardo se lo quedó mirando.

—¿Y entonces?

—Entonces va a quedar escrito. —El prior señaló con la barbilla al escribiente, que estaba a diez pasos con su caja—. Ese chico lo va a anotar palabra por palabra, y va a hacer dos copias, y una se va a quedar en Vela y otra se va a ir al archivo grande. Y ahí se va a quedar cien años.

—¿Para qué?

—Para dentro de treinta años —dijo Casián—. Cuando usted esté viejo o muerto y a alguien le convenga decir que usted decía que era un santo. O que decía que era un demonio. Las dos cosas se dicen, y las dos cosas matan gente, y las dos cosas se paran con un papel.

Se levantó, apoyándose en las rodillas con el ruido de un hombre de sesenta años.

—Yo no le estoy pidiendo que se humille, señor. Le estoy ofreciendo la única cosa que mi Orden hace bien.

—¿Y qué es?

—Acordarnos —dijo Casián—. Somos muy malos para casi todo. Para eso somos buenísimos.

* * *

A Ernesto no le gustó nada.

Se lo dijo esa noche, en el corredor, y fue la primera conversación de verdad que tuvieron en cuatro días, y salió torcida, como salía todo aquella semana.

—No lo hagas.

—Ernesto...

—Es una trampa. Te sube a un púlpito, te hace decir en voz alta que no eres nada, lo escribe, y a partir de ahí eres un hombre que se retractó. —Ernesto tenía los brazos cruzados—. Yo he visto eso. En el ejército se llama de otra manera.

—Ya lo sé.

—¿Entonces?

—Que tiene razón —dijo Eduardo.

Ernesto lo miró.

—Tiene razón, Ernesto. Hay una piedra con velas a la entrada del prado y yo la mandé quitar y volvió. Y no volvió por magia, volvió porque la gente tiene hijos que se le mueren. —Se apoyó en la pared—. Y a mí eso me da un terror que no te puedo explicar, porque yo he visto lo que pasa cuando alguien no se para a tiempo, y yo tengo... yo tengo la peor cabeza posible para esto.

—Tú no...

—Yo soy un hombre que necesita que la gente lo quiera —dijo Eduardo—. Ésa es mi enfermedad, no la otra. Yo he sido así toda la vida. Y si me dejan, si nadie me para, a mí me va a **gustar**.

Ernesto se quedó callado.

—Ah —dijo.

—Sí.

—Está bien. —Ernesto descruzó los brazos—. Voy contigo.

—No hace falta.

—Voy contigo, Eduardo. —Y luego, más bajo, con una torpeza que llevaba cuatro días atragantada—: No sé qué te pasó en el río. No me lo has dicho y no te lo voy a preguntar más. Pero a esto voy contigo.

Se dio la vuelta y se fue por el corredor.

Eduardo se quedó apoyado en la pared con la mano en la boca y estuvo a punto por segunda vez, y por segunda vez no lo dijo.

* * *

Casián eligió Sella de Abajo.

Lo eligió él y no lo consultó, y cuando Eduardo entendió a dónde iban se paró en medio del patio con la brida en la mano.

—Ahí no.

—Ahí sí.

—Prior, ahí es donde empezó todo.

—Exacto —dijo Casián—. Por eso.

Tardaron dos días en llegar. Fueron diez: los tres de la Orden, Eduardo y los seis de la Compañía, porque nadie se quedó, y porque cuando Ernesto dijo que iba, Bruno dijo que él también, y detrás Tomás, y detrás Jimena, y Anselmo dijo *bueno* y se subió al caballo.

Sella de Abajo estaba igual. Cuarenta y tantas casas, el molino, el tilo, y en medio de la plaza el pozo.

Eduardo se bajó del caballo y no fue capaz de mirarlo.

* * *

La iglesia de Sella era una nave de piedra con el techo bajo y una ventana mala, y esa tarde no cabía un alma.

Habían venido de tres pueblos. Estaban de pie en los pasillos, en el atrio, en la puerta, y no había manera de hacerlos callar del todo, y cuando Eduardo cruzó la nave se abrieron para dejarlo pasar y un hombre le tocó la manga.

Casián lo puso delante del altar.

—Diga lo que tenga que decir —dijo—. Nadie le va a interrumpir. Y hable claro, que el chico tiene que oírlo.

Eduardo Rendón, treinta y tres años, profesor, se paró delante de doscientas personas y dio la peor clase de su vida.

Le salió mal. Le salió temblorosa, deshilachada, con el acento peor que nunca, y a la mitad tuvo que parar a respirar. Pero dijo lo que había ido a decir y lo dijo entero.

Dijo que no era un santo. Dijo que no lo mandaba nadie, que no traía ningún mensaje, que no sabía por qué le pasaba lo que le pasaba y que llevaba cuatro años intentando averiguarlo y no lo había conseguido.

Dijo que no había levantado la mano sobre el pozo. Que estaba ahí parado y que no había hecho ningún gesto, y que la versión que contaba la gente era mentira, y que él sabía por qué la contaban así: porque un gesto se puede contar y estar parado sin hacer nada no.

Dijo que había curado a diecinueve personas en tres meses y que no había podido con sesenta y dos.

Dijo el nombre de la niña Miri, que había muerto en agosto en el prado de Ribas con año y medio, y dijo que no había sabido cómo, y que eso no era un misterio ni una prueba ni una voluntad de nadie: que era que él no sabía lo suficiente.

Y al final dijo:

—No me recen. Se los pido. No es humildad, es que va a hacerles daño. Si le rezan a un hombre, el día que ese hombre falle van a pensar que fallaron ustedes.

Y luego, con la voz hecha polvo:

—Y quiten las cosas de la piedra. Por favor. Llévenselas a su casa.

Se hizo un silencio muy largo.

En el fondo de la iglesia, alguien —nunca se supo quién— dijo en voz alta:

—Qué humilde es.

Eduardo se agarró al borde del altar con las dos manos y se rió.

Se rió sin ningún control, ahí, delante de doscientas personas, con los ojos llenos, y en el segundo banco Bruno se tapó la cara y Vidal miró al techo, y Casián, sentado a un lado, cerró los ojos con una expresión que no era burla.

Era la de un hombre que ya sabía cómo iba a terminar aquello y que lo había hecho de todos modos.

* * *

Fuera, después, la gente tardó en irse.

Eduardo estuvo una hora en el atrio dándole la mano a personas que no conocía. Y cuando ya se despejaba, una mujer se acercó con una chica de nueve años y se paró delante de él.

—Ésta es Elba —dijo.

Eduardo se quedó sin aire.

Era la niña del pozo. Tenía nueve años, el pelo tan claro que seguía pareciendo blanco, y era más alta que su madre.

—Hola —dijo Eduardo.

—Hola.

Silencio.

Eduardo, que llevaba tres años cargando aquella tarde encima como se carga una piedra, y que en las dos jornadas de camino se había preparado tres cosas distintas que decir, se dio cuenta de que la chica lo estaba mirando con una cortesía perfecta y absoluta.

—¿Tú te acuerdas? —preguntó.

Elba negó con la cabeza.

—No —dijo—. Yo tenía seis.

—Ya.

—Me acuerdo de que me contaron. —Se encogió de hombros, incómoda, de esa manera en que se encoge de hombros una chica de nueve años a la que su familia lleva media vida contándole una historia sobre ella—. Mi mamá lo cuenta mucho. Y mi tío. Mi tío lo cuenta mal.

—¿Cómo lo cuenta tu tío?

—Dice que usted levantó la mano. —Puso los ojos en blanco—. Y hoy usted ha dicho que no.

—No la levanté.

—Ya. —Elba asintió, satisfecha—. Se lo voy a decir.

Y ahí acabó el asunto para ella.

Eduardo se quedó de pie en el atrio de una iglesia con una sensación en el pecho que le costó semanas entender y que era, para su enorme sorpresa, alivio.

Porque la tarde más importante de su vida en aquel mundo —la que había cambiado todo, la que había traído los rumores, las cartas, a Isaura, el Marco, catorce meses de carro— a la persona a la que le había pasado no le había pasado nada.

Ella tenía nueve años y estaba viva y le parecía una historia de familia un poco pesada.

—Oiga —dijo Elba.

—Dime.

—¿Es verdad que usted enseña a leer?

—Sí.

—¿A cualquiera?

Eduardo se agachó un poco.

—A cualquiera —dijo.

Elba de Sella de Abajo se lo pensó, y miró a su madre, y dijo:

—Bueno, pues a ver.

* * *

Los tres de la Orden se despidieron en el cruce, a la mañana siguiente.

El escribiente había trabajado media noche. Le entregó a Eduardo una copia, cosida, con las dos caras escritas, y Eduardo la leyó ahí mismo, de pie, y estaba entera y estaba bien.

Casián se subió al caballo con esfuerzo.

—Señor Rendón.

—Prior.

—Le voy a decir dos cosas y las dos son verdad y no se llevan bien entre ellas. —Se acomodó las riendas—. La primera es que hoy ha hecho usted lo correcto y que dentro de treinta años ese papel le va a servir a alguien. Puede que a su viuda. Puede que a su hijo, si tiene.

—¿Y la segunda?

—Que no va a funcionar. —Casián miró hacia el camino de Sella—. La piedra va a volver. Puede que tarde dos años. Va a volver, y va a haber más velas que antes, porque ahora además dirá usted que no quería, y eso a la gente le encanta.

Eduardo asintió, despacio.

—Ya lo sabía.

—Ya lo sabía —repitió Casián—. Por eso he venido yo y no otro.

Luego, antes de arrancar, con la voz de un hombre que llevaba cuatro días midiendo qué decir y cuándo:

—No he venido a acusarlo, señor. Yo llevo cuarenta y un años enseñando que el mundo tiene un orden y que ese orden no lo movemos nosotros. —Se ajustó la capa—. Y usted es el único hombre vivo que puede decirme si tengo razón. Le agradecería que, si algún día lo averigua, me lo mande decir.

Espoleó el caballo.

A los seis pasos, sin volverse, añadió lo bastante alto para que lo oyeran todos:

—Y capitán. Cuide a ese hombre. Se le ve en la cara que está cansado, y a los cansados es a los que se los llevan.

* * *

Volvieron a Ribas al día siguiente, los siete, en silencio.

Eduardo y Ernesto cabalgaron el último tramo uno al lado del otro sin decirse nada, y en algún momento Ernesto le pasó el odre y Eduardo lo tomó, y ése fue el primer contacto entre los dos en nueve días, y a los dos les temblaron un poco las manos y ninguno lo comentó.

Aquella noche Eduardo no durmió.

Y a las dos de la mañana empezó a mirarse las manos.

Capítulo 23

Nueve días con un vidrio en medio

Fueron nueve días con un vidrio en medio, y lo peor de todo fue que nadie de fuera lo notó.

Eso es lo que hacen los adultos. Estuvieron los dos de pie en el mismo patio delante de tres hombres con hábito gris. Cabalgaron dos jornadas hasta Sella uno al lado del otro. Ernesto se sentó en el segundo banco de una iglesia mientras Eduardo se agarraba al altar con las dos manos, y cuando salieron le dijo que lo había hecho bien, y era verdad.

Entre una cosa y otra no se dirigieron una sola palabra que no hiciera falta.

Se saludaban. Comían en la misma mesa. Se pasaban las cosas. Eran, en apariencia, exactamente lo que habían sido durante cuatro años.

Bruno lo intentó arreglar el segundo día, antes de que llegara el prior, porque Bruno no soportaba las cosas torcidas y porque su método consistía siempre en aplicar la fuerza.

—Oye.

—No.

—Yo no he dicho nada.

—Bruno, te conozco la cara.

—Es que llevan dos días como dos viudas.

—Bruno.

—Digo yo que si uno de los dos dijera algo...

—Bruno —dijo Eduardo—, si dices una palabra más, te juro por lo que quieras que la próxima vez que te dé fiebre te dejo delirar delante de todo el mundo.

Bruno abrió mucho los ojos.

—Eso es un golpe muy bajo.

—Sí.

—Eso ha sido muy feo, extranjero.

—Ya lo sé. Perdón. —Eduardo se sentó y se agarró la cabeza—. Perdóname. Estoy... perdón.

Bruno se quedó de pie a su lado un momento. Después le puso la mano en la nuca, con esa torpeza suya de perro grande, y se la apretó una vez, y se fue a la fragua sin decir nada más.

* * *

La noche que volvieron de Sella, Eduardo no consiguió dormir.

No era el insomnio corriente. Estaba mal de la otra manera, de la que él conocía desde los diecinueve años y que llevaba meses rondándolo desde lejos y que aquella semana, con todo junto —el río, la piel lisa del antebrazo, el hueco de las cinco de la tarde, doscientas personas en una iglesia mirándolo decir que no era nada, nueve días de vidrio—, se le vino encima.

Empezó a las dos de la mañana.

Estaba boca arriba en el jergón y de pronto el techo se corrió medio milímetro hacia la izquierda.

Eduardo conocía el protocolo. Lo aplicó entero, en orden, con la disciplina de quince años: cinco cosas que veo, cuatro que oigo, tres que toco. Bebió agua. Se sentó. Se puso los pies en el suelo, descalzo, porque el frío del suelo ayuda.

No sirvió.

A las tres estaba peor. A las tres y media se levantó y salió al patio, y estuvo caminando en círculos alrededor del pozo, y se miró las manos a la luz de la luna y no eran suyas.

No eran suyas de una manera nueva y mucho peor, porque esta vez tenía razón: aquellas manos tenían casi dos años. No tenían la cicatriz del vidrio. No tenían las ampollas del primer verano. Eran manos nuevas colgadas de un hombre viejo, y las levantó a la luz y las miró, y se le fue el suelo.

Se sentó en el brocal del pozo porque las piernas dejaron de estar.

En algún momento entre las cuatro y las cinco de la mañana, Eduardo Rendón, de treinta y tres años, con un poder capaz de subir el agua de un pozo sin tocarla, se descubrió aterrado de una cosa muy simple y muy antigua: la de no volver.

* * *

Lo encontró Ernesto.

Bajó al patio a las cinco, porque a las cinco bajaba siempre, y se lo encontró sentado en el brocal con las manos abiertas delante de la cara.

Ernesto no preguntó qué pasaba. Ésa fue la primera cosa que hizo bien.

Se sentó en el brocal, al lado, y esperó.

—Ernesto.

—Aquí estoy.

—No las siento.

Ernesto no discutió con él: nada de *claro que sí*, ni *estás bien*, ni *es la falta de sueño*. Llevaba nueve días con aquella explicación en la cabeza y había hecho lo que hacía siempre con la información: se la había guardado entera y no la había usado hasta que hizo falta.

—¿Las ves? —dijo.

—Sí.

—¿Se mueven cuando les dices?

Eduardo abrió y cerró la mano derecha.

—Sí.

—Bien. —Ernesto asintió—. Entonces están.

—Pero no son...

—Ya sé que no lo sientes. —Ernesto le agarró la muñeca y le bajó la mano—. No estoy discutiendo contigo. Es que tú ahora no puedes usar las tuyas, y hacen falta manos. Así que usa las mías.

Eduardo lo miró.

—¿Qué?

—Que uses las mías. —Ernesto le puso la mano abierta encima de la suya, palma con palma, y la apretó—. Hasta que vuelvas. Yo no las estoy usando para nada a esta hora.

Y no dijo nada más.

Se quedaron así, en el brocal del pozo, en octubre, a las cinco de la mañana, con la mano de Ernesto sobre la de Eduardo, durante lo que Eduardo calculó después que fueron unos cuarenta minutos y que fueron casi dos horas.

Amaneció.

Y con la luz, despacio, como vuelven siempre, las manos volvieron.

* * *

—Ya —dijo Eduardo.

—¿Sí?

—Sí. Ya está. Ya soy yo. —Se rió, con la voz destrozada—. Perdón. Qué horror. Llevas dos horas aquí.

—Estaba de guardia.

—Ya no hay guardias, Ernesto. Se acabó la guerra.

—Alguien tiene que hacerlas.

Eduardo se pasó las dos manos —las suyas, otra vez suyas— por la cara.

Y entonces dijo:

—Te tengo que contar una cosa.

—No hace falta.

—Sí hace falta. —Se enderezó—. Hace nueve días, en el río, iba a decirte algo y no lo dije, y desde entonces llevas siendo amable conmigo, que es lo peor que me has hecho en la vida.

Ernesto no lo negó.

—Y quiero que sepas por qué no lo dije —siguió Eduardo—, porque el motivo no es el que te imaginas y llevo nueve días muriéndome.

Se levantó.

—Espérame aquí.

Volvió a los cinco minutos con una tablilla.

Era vieja. Estaba raspada y vuelta a escribir muchas veces, con las esquinas comidas, y Eduardo la trataba con un cuidado que no le dedicaba a nada más de lo que tenía.

Se sentó, la puso entre los dos y señaló un renglón.

Estaba en español. Ernesto ya sabía leer, pero no en español, y aunque hubiera sabido no habría entendido, así que Eduardo se lo tradujo en voz alta, despacio:

—*Regla uno. Nunca decir en voz alta lo que quiero.*

Ernesto miró el renglón.

—¿De cuándo es esto?

—Del primer año. Del día que se murieron las cabras.

—¿Qué cabras?

—Las de la tormenta —dijo Eduardo—. Yo dije *ojalá lloviera*. En voz alta, en un camino, porque hacía calor. Y esa noche cayó una tormenta que se llevó dos tejados, seis cabras y un molino. Nunca supimos de qué pueblo.

Ernesto se quedó callado.

—Y desde ese día —dijo Eduardo— no he dicho en voz alta una sola cosa que quiera. Ni una. En casi cuatro años.

—Eso no puede ser.

—Ponme a prueba.

Ernesto lo pensó. Empezó a repasar cuatro años de conversaciones, y se le fue poniendo una cara muy rara.

—Tú nunca pides nada —dijo despacio.

—No.

—Tú dices *hay pan*. Tú dices *el pozo está lejos*. Tú dices *estaría bien que alguien...* —Se detuvo—. Dios.

—Sí.

—¿Desde cuándo?

—Desde marzo del primer año. —Eduardo se encogió de hombros—. Se aprende. Uno se hace una manera de hablar. Al principio tenía que pensarlo cada vez y ahora ya me sale solo, y ése es el problema, Ernesto, porque hay cosas que si no las dices durante cuatro años se te van poniendo lejos.

Ernesto lo miró.

—¿Y qué querías decirme en el río?

Eduardo se rió, sin ganas.

—Ah, no. Eso no.

—Eduardo.

—No puedo.

—¿Por qué no?

—Porque es lo que más quiero —dijo Eduardo, y le tembló la voz de una manera fea—. ¿Entiendes? Ésa es la cuestión. Yo no le tengo miedo a que me digas que no. Llevo nueve días pensándolo y si me dices que no me aguanto, me duele un año y se me pasa, eso es normal, eso le pasa a la gente.

Se le rompió.

—Yo tengo miedo de que digas que sí.

—Eduardo...

—¡Porque no voy a saber! —Se levantó—. ¡No voy a saber nunca si dijiste que sí tú o si lo dije yo! ¡Yo he movido el agua de un pozo sin querer! ¡Yo hice

llover! ¿Y si lo digo en voz alta y el mundo me hace caso? ¿Y si mañana tú te despiertas queriéndome porque a mí se me salió por la boca?

Se le acabó el aire.

—Prefiero no decirlo nunca —dijo, mucho más bajo— antes que tener que dudar de ti el resto de mi vida.

Se hizo un silencio muy largo en el patio.

Ernesto se levantó del brocal.

—Dilo —dijo.

—¿Qué?

—Que lo digas. —Ernesto se puso delante de él—. Ahora. En voz alta. Mírame y dilo.

—Ernesto, no me has escuchado...

—Te he escuchado perfectamente. —Ernesto tenía la mandíbula apretada—. Llevo nueve días sin dormir por un hombre que no puede decir lo que quiere. Y ahora resulta que lleva cuatro años sin poder, y que se ha estado guardando eso él solo, y que no me lo dijo.

—Ernesto...

—Anteayer te pusiste delante de doscientas personas —dijo Ernesto— y dijiste en voz alta, tú solo, sin que nadie te obligara, la cosa más difícil que has dicho en tu vida. Te vi. Estaba en el segundo banco.

Se le puso mala la voz.

—¿Y a mí no me vas a decir tres palabras?

—Yo no...

—Dilo. —Ernesto no se movió—. Y si pasa algo, pues pasa algo, y ya lo veremos. Yo he estado en catorce años de guerra y en un patio con treinta hombres. Aquí estoy.

Eduardo se quedó mirándolo.

Y le costó como un minuto entero.

Se le veía. Se le veía el trabajo: la mandíbula, las manos abriéndose y cerrándose, la respiración corta. Cuatro años de músculo. Ernesto no lo apuró.

—Te quiero —dijo Eduardo.

Y cerró los ojos.

Se encogió, físicamente, como se encoge un hombre que ha tirado una piedra a una ventana y espera el ruido.

* * *

No pasó nada.

No se apagó ninguna vela, porque era de día. No floreció nada. No se movió el aire, no se abrió ninguna tranca, no se calentó ninguna piedra, no cambió absolutamente nada en el patio de una casa grande de un pueblo de la Marca a las siete y cuarto de la mañana de un martes de octubre.

Cantó un gallo.

Eduardo abrió un ojo.

Después el otro.

Se miró las manos. Miró el pozo. Miró el cielo, con una desconfianza absoluta, esperando.

—No ha pasado nada —dijo.

—No.

—No ha pasado *nada*.

—No, Eduardo.

—Pero eso no puede ser, siempre pasa algo, yo digo cualquier tontería y...

Ernesto, que no había entendido ni la mitad de la teoría, que no sabía nada de conductos ni de umbrales ni de la maldita palabra que usaba Isaura para la relación entre una causa y su tamaño, dijo la única cosa que había que decir, y la dijo con el fastidio de un hombre práctico que ve algo obvio:

—No ha pasado nada porque no había nada que cambiar.

Eduardo se quedó absolutamente quieto.

—Yo ya estaba —dijo Ernesto.

Se encogió de hombros, incómodo, y se rascó la nuca, y miró para otro lado, y añadió, porque no soportaba el peso de haber dicho una frase así:

—Desde hace mucho. No sé desde cuándo. Vidal dice que desde el pueblo aquel de las trampas, pero Vidal dice muchas cosas.

Eduardo se sentó en el brocal.

Se sentó porque no le quedaba otra.

—Ay —dijo.

Se puso a llorar de una manera espantosa, ruidosa, sin ninguna dignidad, con las dos manos en la cara y los hombros yéndosele, y Ernesto se quedó de pie delante de él sin saber qué hacer con los brazos, hasta que decidió sentarse al lado y quedarse ahí, que era lo que sabía hacer.

—Perdón —dijo Eduardo, entre las manos.

—No.

—Es que llevo cuatro años.

—Ya lo sé.

—Cuatro años sin querer nada en voz alta, Ernesto, cuatro años, ¿tú sabes lo que...?

—Ya lo sé —dijo Ernesto—. Ya lo sé. Ya está.

Le puso la mano en la espalda, entre los omóplatos, y la dejó ahí.

* * *

Y después estuvieron callados.

Ésa fue toda la escena. No hubo nada más aquella mañana. No se besaron, no se dijeron nada más, no hicieron ninguna promesa, no se pusieron de acuerdo en nada.

Se quedaron sentados en el brocal del pozo mientras amanecía del todo, hombro con hombro, mirando el patio, sin hablar, durante casi una hora.

Aquel silencio fue distinto de todos los silencios que habían compartido en cuatro años, y los dos lo notaron, y ninguno supo decir por qué.

En algún momento Eduardo apoyó la cabeza en el hombro de Ernesto.

Ernesto no se movió.

Se quedó exactamente igual de quieto que si le hubieran puesto encima algo que se rompe, con la vista al frente y el pulso a ciento veinte, y así los encontró Tomás cuando salió a mear a las ocho de la mañana.

* * *

Tomás no dijo nada. Volvió adentro muy despacio, cerró la puerta, cruzó el cuarto y se sentó en el banco junto a la mesa donde estaban desayunando los cuatro.

Se sirvió leche.

Se quedó mirando el cuenco.

—¿Qué te pasa a ti? —dijo Bruno.

—Nada.

—Chico.

—Nada.

—Tomás. —Jimena dejó el pan—. Tienes la cara de haber visto un muerto.

Tomás soltó el aire.

—Están en el pozo —dijo.

—¿Y?

—Sentados.

Silencio.

—¿Sentados cómo? —dijo Anselmo, muy despacio.

Tomás se lo explicó, con las manos, incapaz de encontrar las palabras, y Bruno se levantó de la mesa tan rápido que tiró el banco.

—Bruno —dijo Vidal.

—Sólo voy a mirar por la ventana.

—Bruno.

—¡Es que llevo ocho meses!

—**Siéntate.**

Bruno se sentó, porque Vidal usaba esa voz una vez cada dos años.

Vidal se limpió la boca con el dorso de la mano y miró a los cuatro, uno por uno, con una seriedad que no admitía discusión.

—Se van a tardar —dijo—. Meses, puede.

—¿Por qué?

—Ninguno de los dos sabe cómo se hace esto.

Se sirvió más leche.

—Y el capitán menos.

—Vidal...

—Hasta que ellos lo digan, aquí no lo sabe nadie. Ni una broma. Ni una mirada. Ni una muesca en esa viga, herrero.

Bruno abrió la boca.

—Ni una —dijo Vidal.

—...Está bien.

—Bien.

Luego, después de un momento, el hombre más callado de aquella mesa se permitió una única cosa. Miró la ventana, por la que no se veía el pozo, y dijo, para nadie:

—Yo llevo cuatro años oyendo a este pueblo hablar del milagro del extranjero.

Bebió.

—Y resulta que el milagro era ver al capitán aprender a quedarse quieto.

Capítulo 24

El alguacil de Ordas

El alguacil llegó un martes de finales de octubre, a media mañana, con dos hombres y un cuaderno.

No traía armas a la vista. Traía botas buenas, una capa cara y esa cara de fastidio de la gente que lleva doce días de camino por un asunto que no le interesa. Se bajó del caballo en el patio, se estiró la espalda con las dos manos y preguntó, en voz alta y con perfecta cortesía, si aquélla era la casa del capitán Valdas.

—Soy yo.

—Buenos días. Vengo de Ordas. —Sacó dos papeles del jubón—. Traigo dos asuntos y los dos son aburridos, y le voy a pedir de antemano que no los convirtamos en algo que no son, porque yo tengo cuarenta y seis años y una hija que se casa en enero.

Ernesto tomó los papeles y los leyó.

El primero era una orden de detención contra Isaura de Ordas, maestra del Colegio, por sustracción de bienes de la corona.

El segundo era un requerimiento de devolución. Catorce piezas de piedra procedentes del túmulo de Verde Alto, inventariadas, propiedad del Colegio y por tanto del rey.

—¿Está la señora? —dijo el alguacil.

—Está.

—¿Va a haber problema?

Ernesto dobló los papeles muy despacio.

—Todavía no lo sé —dijo.

* * *

Isaura salió al patio antes de que fueran a buscarla.

Había oído los caballos. Había oído la conversación desde la ventana de la cocina, y cuando salió venía ya con la capa puesta y el hatillo en la mano, y a Eduardo, que estaba en el corredor, se le fue el aire al verla.

Llevaba dos años con el hatillo hecho. Ésa fue la cosa. Se le vio en un segundo: aquella mujer llevaba dos años durmiendo con las cosas listas.

—Soy yo —le dijo al alguacil.

—¿Isaura de Ordas?

—Sí. Y le ahorro el trabajo: es verdad. Yo las saqué del almacén, yo las metí en dos sacos y me fui de la ciudad con ellas en una mula. Nadie me ayudó. —Levantó la barbilla—. Esta gente no sabía nada. Yo los alcancé en el camino de Vega Alta al tercer día y les mentí.

—Eso no es cierto —dijo Ernesto.

—Capitán, cállese.

—Eso no es cierto —repitió Ernesto, al alguacil—. Ella nos lo dijo en el camino, con esas palabras, delante de seis testigos. Yo le contesté que fuera bienvenida y me guardé una de las piedras en el cinto.

El alguacil suspiró y sacó el cuaderno.

—Ya empezamos —dijo.

* * *

Lo que había detrás, por supuesto, era Belmar.

No hizo falta preguntarlo y el alguacil no lo escondió: se lo contó a Ernesto por la tarde, comiendo, con una franqueza absoluta, porque a él aquello le parecía una vergüenza y no le importaba decirlo.

Belmar llevaba dos años sin poder cerrar la boca del todo.

Comía mal. Hablaba peor: le quedaba un silbido y una manera de arrastrar las eses que a un hombre que vivía de hablar en salas con gente importante le había costado el puesto en tres meses. Ya no era consejero. Era un señor con dinero y con una hija bien casada, y llevaba dos años instruyendo un expediente.

No había podido ir contra Ernesto porque no había testigos que le convinieran: los setenta del Colegio se habían pasado dos años diciendo que aquella noche no vieron nada, y algunos lo habían dicho bajo juramento.

No había podido ir contra Eduardo porque no existía ningún delito que le encajara. Nadie ha escrito nunca una ley contra que a un hombre le pasen cosas.

Así que fue contra la única persona de aquella casa que había cometido, sin ninguna duda posible, un delito perfectamente ordinario.

Robo.

—Catorce piedras —dijo el alguacil, mojando pan—. Yo he tenido que subir catorce piedras a un expediente. Con su descripción, su peso y su procedencia. —Bebió—. Yo he colgado a tres hombres en mi vida, capitán, y ninguno de los tres me ha dado tanta vergüenza como este viaje.

—¿Y si no se la lleva?

—Me quitan el cargo y mandan a otro. —Se encogió de hombros—. Y el otro será más joven y tendrá más ganas, y probablemente venga con más gente.

* * *

Eduardo y Isaura hablaron esa noche, por fin, después de dos años.

Fue en el cuarto de ella, un cuarto sin ventana con una mesa, una silla y el cuaderno. Eduardo llamó a la puerta y ella dijo que pasara, y él se quedó de pie porque no había otra silla.

—Va a estar bien —dijo Isaura.

—Maestra...

—No, escúcheme, que llevo dos años preparando esto y me lo sé. —Tenía las manos sobre la mesa, muy quietas—. No me van a ahorcar. El robo no se paga con la horca cuando lo roba una mujer de cincuenta y nueve años con nombre. Va a ser cárcel, y va a ser un tiempo, y a mi edad probablemente sea el resto.

—Eso es lo mismo.

—No es lo mismo. —Levantó la cara—. Y además me lo he ganado.

Eduardo cerró los ojos.

—Ah, no —dijo—. No, no, no. Esto no.

—Señor Rendón...

—No me llame así.

—Es como lo llamo.

—¡Ya lo sé! —Eduardo dio un paso y se detuvo—. ¡Ya lo sé, y llevo dos años sabiéndolo, y llevo dos años dejando que me llame así porque era la manera más cómoda que se me ocurría de portarme mal con usted!

Isaura se quedó muy quieta.

—He sido educadísimo con usted —dijo Eduardo—. Dos años. Le he pasado la sal. Le he dicho por favor. No le he levantado la voz ni una vez, ni una, y usted y yo sabemos perfectamente lo que eso es.

—Sí —dijo Isaura.

—Es un castigo.

—Ya lo sé.

—Y funcionó. —A Eduardo le tembló la voz—. Y ése es el problema, maestra. Que funcionó, y que yo lo vi funcionar, y que no lo paré.

Se sentó en el suelo, con la espalda contra la pared, porque no había silla y porque las piernas.

Isaura no se movió de la mesa.

—Yo no la he perdonado —dijo Eduardo—. Quiero que eso quede clarísimo, porque si le digo lo contrario le estoy mintiendo y usted lo va a saber. Yo he intentado perdonarla como cuarenta veces y no he podido. Me despierto y no he podido.

—Es justo.

—No, no es justo, es lo que hay, que es distinto. —Se pasó la mano por la cara—. Lo que sí sé es lo otro.

—¿Qué otro?

—Que usted no se va a ir de aquí con dos hombres a caballo.

Isaura abrió la boca.

Ahí, en ese momento —y ella lo escribió después, y lo contó dos veces en su vida, y las dos veces se detuvo en este punto—, tuvo la primera de las tres oportunidades de aquella semana.

Porque lo que tenía que decir era muy sencillo. Eran doce palabras: *señor Rendón, las piedras están calientes y falta un pedazo de usted*.

Y no las dijo.

Se dijo, en el medio segundo que tardó, la cosa que se decía siempre: que aquel hombre acababa de encontrar una vida, que llevaba casi dos años riéndose otra vez, que había un capitán al otro lado del tabique que dormía por primera vez en doce años, y que ella no tenía derecho a volver a romper todo eso.

Y se dijo también, muy abajo, donde uno no mira, la verdad:

Y si se lo digo, se acabó lo de hoy. Y hoy es la primera vez en dos años que este hombre me habla como a una persona.

—Está bien —dijo Isaura.

* * *

Ernesto quería pelear.

Lo dijo esa noche, en el cuarto de arriba, con la puerta cerrada, y lo dijo en serio.

—Son tres.

—Ernesto.

—Son tres, Eduardo, y uno de ellos tiene cuarenta y seis años y una hija que se casa en enero. —Estaba caminando—. Los dejamos atados dos días en el establo, sacamos a la maestra por el norte, y para cuando lleguen a Ordas ella está a cincuenta leguas.

—¿Y luego?

—Luego se acabó.

—No se acabó. —Eduardo estaba sentado en el borde del jergón—. Luego vienen doce. Y luego la que se esconde no es la maestra, somos todos, y hay veintidós niños en esa escuela.

Ernesto se paró.

—Y luego —dijo Eduardo, más bajo— tú vuelves a ser un hombre que le pega a un alguacil. Y yo no quiero eso. Ya te vi hacerlo una vez y no lo quiero ver otra.

Ernesto se quedó de espaldas mucho rato.

—Entonces qué —dijo.

—Entonces les damos lo que vinieron a buscar.

* * *

Lo hizo por la mañana, en el patio, delante de todos.

Sacó los dos sacos del establo él mismo. Pesaban muchísimo; los bajó con las manos, del carro al suelo, uno y luego el otro, sin usar la magia, y nadie supo nunca si eso fue a propósito.

Los abrió delante del alguacil.

—Catorce —dijo—. Cuéntelas.

El alguacil las contó. Estaban las catorce.

—Bien —dijo, y sacó el cuaderno—. Con esto se cierra el segundo asunto. Queda el primero.

—Del primero quiero hablar.

—Señor, yo no negocio.

—No le estoy pidiendo que negocie. Le estoy pidiendo que escriba. —Eduardo señaló el cuaderno—. Usted lleva ahí lo que pasa. Escriba lo que pasó.

—¿Y qué pasó?

—Que las catorce piezas se devolvieron íntegras, voluntariamente y sin requerimiento de fuerza, dos años después. Que las devolvió la propia acusada, por medio de esta casa. Que están completas, sin daño y sin desgaste. —Eduardo hablaba despacio, como quien dicta—. Y que la acusada se ofreció a acompañarlo a Ordas por su propio pie y sin custodia, y que esta casa responde por ella.

El alguacil levantó la vista.

—¿Esta casa responde por ella?

—Con lo que haga falta. Escríbalo también.

Ernesto dio un paso adelante.

—Y la Novena Compañía de la Marca de Arvela responde también —dijo—. Los seis. Ponga los nombres. Y ponga que el capitán tiene catorce años de servicio y que la guerra la terminó en la Marca, porque eso a un juez de Ordas le pesa aunque no debería.

El alguacil los miró a los dos.

Después se sentó en el poyo del patio, abrió el cuaderno y se puso a escribir.

Tardó veinte minutos. Escribía con una letra buenísima, cosa que a Eduardo, en medio de todo, le pareció conmovedora.

—Le digo lo que va a pasar —dijo, sin levantar la cabeza—. Con esto y con lo de las catorce enteras, el asunto se vuelve una devolución tardía y no un robo. Sigue siendo delito. Pero es un delito de multa, y la multa la va a pagar alguien.

—La pago yo —dijo Ernesto.

—No sé cuánto es.

—La pago yo.

El alguacil terminó de escribir, sopló la tinta y cerró el cuaderno.

—Va a haber que ir a Ordas —dijo—. Ella y un fiador. En primavera, cuando abran las audiencias. Y va a haber un señor con la boca torcida sentado en la sala.

—Ahí estaré —dijo Ernesto.

—Ya me lo imaginaba.

Se levantó, se sacudió el polvo y miró los dos sacos en el suelo del patio.

—¿Y esto qué es? —dijo—. Se lo pregunto de hombre a hombre. Yo llevo doce días trayendo una orden por catorce guijarros.

Eduardo se quedó mirando los sacos.

—Es una cosa que se me midió una vez —dijo—. Ya no sirve para nada.

—Ah.

—Sí.

—Bueno. —El alguacil se encogió de hombros—. Pues me llevo catorce guijarros.

* * *

Se fueron a mediodía.

Isaura montó su mula. Iba con ellos hasta Ordas: no detenida, no atada, y Eduardo estuvo dos horas parado en el camino viendo cómo se hacía chica.

Bruno le había metido pan en el hatillo. Anselmo le había dado el frasco bueno. Tomás no había salido de la fragua en toda la mañana.

Ernesto iba a ir a Ordas en primavera y todos lo sabían y nadie lo dijo.

En el último momento, cuando ya estaba en el camino, Isaura hizo girar la mula.

—Señor Rendón.

Eduardo levantó la cabeza.

Ahí estaba la segunda oportunidad, y ésta duró más, porque ella tenía la mula girada y a los tres hombres esperando y quince segundos enteros y una razón perfecta para hablar.

La tercera fue medio segundo más tarde, cuando él dio dos pasos hacia ella con la cara abierta, con esa cara que ponía cuando alguien lo llamaba, la cara de un hombre al que todavía no le habían enseñado a esperar malas noticias.

—Dígame —dijo Eduardo.

Isaura lo miró desde arriba de la mula.

Y dijo:

—Gracias.

Y arreó.

* * *

Aquella noche, Ernesto encontró a Eduardo sentado en el brocal del pozo, que era donde se sentaba ya siempre, y se sentó al lado sin preguntar.

—¿La perdonaste? —dijo.

—No.

—Pues le acabas de dar catorce piedras y un fiador.

—Ya. —Eduardo se rió, sin ganas—. Es raro, ¿verdad? Yo también lo estoy pensando.

Se quedó callado un momento.

—Es que hay dos cosas distintas —dijo—. Una es lo que yo siento cuando la veo, que es una porquería y que no se me quita. La otra es lo que yo creo que hay que hacer con una persona que hizo una barbaridad y que lleva dos años pagándola en silencio. —Se encogió de hombros—. Y resulta que no tienen por qué estar de acuerdo. Yo creía que sí. Yo creía que primero se perdona y luego se ayuda.

—¿Y no?

—Pues no. Se puede ayudar primero. —Miró el patio—. Y a lo mejor lo otro llega después. O a lo mejor no llega nunca y da igual, porque la mujer ya no está en la cárcel.

Ernesto asintió despacio.

—Eso es lo más raro que te he oído decir —dijo.

—Lo sé.

—Y creo que es verdad.

Estuvieron un rato en silencio.

—Ernesto.

—Dime.

—¿Tú te acuerdas de la primera vez que las tocaste? Las piedras.

—En el camino de Vega Alta. Me puso una en la mano y estaba fría.

—Sí. —Eduardo se frotó las palmas contra las rodillas—. Es que hoy, cuando las bajé del carro, se me ocurrió una cosa tonta.

—¿Qué cosa?

—Que ésas son las piedras que me rompieron —dijo—. Y que también son las que me encontraron. Las mismas catorce. —Se rió por la nariz—. Y me pasé todo el rato en el patio pensando que en mi mundo eso tendría un nombre y que aquí no lo tiene.

Ernesto lo pensó.

—Se llama una herramienta —dijo.

—¿Cómo?

—Que eso se llama una herramienta, Eduardo. —Se encogió de hombros—. Un martillo hace una casa y le abre la cabeza a un hombre. No es la primera vez que pasa. Lo que le da el nombre es quién la agarra.

Eduardo se lo quedó mirando.

—Mira nada más —dijo—. El capitán.

—Cállate.

—No, en serio. Ha sido bueno.

—Te he dicho que te calles.

* * *

Isaura de Ordas llegó a Ordas doce días después y pasó el invierno en casa de una sobrina, bajo palabra, en espera de audiencia.

La primera noche, en un cuarto prestado, sacó el cuaderno y escribió.

Escribió primero lo del oficio, que era poco: que las piedras se las habían llevado, que ya no había manera de medir nada y que daba por cerrado el registro.

Y después, debajo, con la letra apretada y el pulso malo:

he tenido tres.

una en su cuarto, una en el camino y una encima de la mula, y las tres las he dejado pasar, y las tres las he dejado pasar por la misma razón que en octubre de hace dos años: porque decirlo me costaba algo y callarme no.

aquella vez callé porque su idea no se podía medir y la mía sí.

esta vez he callado porque me ha dado las gracias.

yo antes creía que lo que hice en el patio norte fue un error de método. hoy sé que no. el método no falló. fallé en lo mismo dos veces y la segunda no había ningún aparato de por medio.

Y en la última línea de la página, sola:

que conste aquí, porque no se lo voy a decir a nadie: hoy estaban tan calientes que he tenido que envolverlas en la manta de la mula para dárselas al alguacil.

y él las bajó del carro con las manos.

y no notó nada, porque estaba mirándome a mí.

Capítulo 25

Ninguna puerta que cierre por dentro

Tardaron seis semanas en besarse y la culpa fue enteramente de la arquitectura.

Ésa es la explicación aburrida y también la verdadera. Los dos querían. Los dos sabían que el otro quería. Habían pasado del vidrio a otra cosa completamente distinta —se buscaban con los ojos treinta veces al día, se rozaban los dedos al pasarse las cosas, Ernesto había desarrollado la costumbre de ponerle a Eduardo la mano en la espalda al cruzar una puerta— y sin embargo pasaron seis semanas, y la razón era que en la casa grande de Ribas vivían siete personas y no había una sola puerta que cerrara por dentro.

Eduardo intentó explicar el problema y descubrió que no existía la palabra.

—Necesito... —hizo un gesto con las dos manos, como cerrando una caja—. Un rato. Solo. Con él. Que no entre nadie.

—Pues diles que no entren —dijo Jimena.

—No es eso.

—¿Entonces qué es?

—Es... —Eduardo buscó—. En mi mundo hay una cosa. Es un derecho. Se llama privacidad. Quiere decir que hay ratos de tu vida que no son de nadie más, y que no tienes que dar explicaciones de dónde estás ni pedir permiso, y que la gente sabe que existe ese rato y lo respeta sin que haya que decirlo.

Jimena lo miró como si le hubiera hablado de un animal fabuloso.

—¿Y eso para qué sirve?

—Para... —Eduardo se rindió—. Olvídalo.

Se lo contó a Ernesto esa noche y Ernesto tampoco lo entendió del todo.

—Yo he dormido once años con veinte hombres —dijo—. Cuando alguien necesitaba estar solo, se iba detrás de una roca y nadie preguntaba.

—Ya, pero eso es esconderse.

—Es lo mismo.

—No es lo mismo, Ernesto. Esconderse es que lo que haces está mal y no quieres que te vean. Privacidad es que lo que haces está bien y **aun así** es tuyo.

Ernesto se quedó pensando eso un buen rato.

—Eso me gusta —dijo al final.

—¿Sí?

—Sí. —Se rascó la barba—. Es que no hay dónde.

* * *

El primer beso fue en la escuela, un jueves, a las once de la mañana, y fue interrumpido.

Ernesto había ido a llevar unas tablillas nuevas y se quedó ayudando a acomodar los bancos, y a media faena se enderezó y se dio cuenta de que estaban solos en un edificio de una sola nave con la puerta abierta y veintidós niños en el prado.

Eduardo lo estaba mirando desde el otro extremo con un banco a medio levantar.

Cruzó la nave.

Dejó el banco.

Dijo:

—¿Puedo?

Ernesto, que en treinta y ocho años había besado a dos mujeres, a una en un pajar y a otra en una puerta, y a ninguna de las dos le había preguntado ni ninguna de las dos le había preguntado a él, sintió que se le aflojaba algo detrás del esternón.

—Sí —dijo.

Duró unos cuatro segundos y fue malísimo.

Chocaron. Eduardo se rió en mitad y eso lo empeoró. Ernesto no supo dónde poner las manos y acabó agarrándole el codo, el codo, como si lo estuviera ayudando a bajar de un carro.

Entonces entró Tomás.

Entró de golpe, gritando algo sobre una oveja, y los vio, y se dio la vuelta y volvió a salir sin dejar de caminar y cerró la puerta desde afuera, todo en un solo movimiento continuo, y desde el prado le llegó su voz diciendo con una naturalidad espantosa:

—¡NO PASA NADA! ¡SIGAN!

Se oyó a Bruno preguntar qué había dicho.

Se oyó a Tomás decir que nada.

Ernesto apoyó la frente en el hombro de Eduardo y se quedó ahí.

—Otra vez —dijo Eduardo.

—¿Qué?

—Que otra vez. El primero fue horrible. Vamos a hacerlo bien.

El segundo fue mejor.

* * *

Bruno les construyó un cuarto y no dijo una palabra.

Lo hizo en once días, en noviembre, en el extremo norte de la casa grande, aprovechando una pared que ya estaba: levantó un tabique, abrió una ventana pequeña, puso un suelo de tabla sobre travesaños y montó una puerta.

Con pestillo.

Con pestillo por dentro, que era una cosa que en Ribas no existía y que Bruno tuvo que inventar desde cero, porque las puertas de aquel mundo se trancaban contra ladrones y no contra amigos.

Nadie le preguntó qué estaba haciendo. Anselmo le pasó los clavos. Jimena cosió una cortina para la ventana. Vidal apareció el octavo día con un jergón nuevo, relleno, hecho por él, y lo dejó dentro sin decir nada y se fue.

El día once, Bruno terminó, se limpió las manos, cruzó el cuarto grande y le tiró a Ernesto una llave de madera que no servía para nada porque el pestillo no llevaba llave.

—Está el cuarto del norte —dijo—. Por si alguien lo necesita.

Se fue a la fragua.

Eduardo se quedó de pie en medio de la casa grande con la boca abierta.

—Voy a llorar —anunció.

—No —dijo Ernesto.

—Voy a llorar, Ernesto, ese hombre me acaba de...

—Si lloras se va a morir de vergüenza y no nos va a volver a hablar en un mes.

Eduardo lloró de todas formas, pero esperó a que Bruno estuviera en la fragua.

* * *

Después vino la parte difícil, que fue la conversación.

Fue idea de Eduardo y a Ernesto le pareció, al principio, absolutamente incomprensible.

—Quiero hablarlo antes —dijo Eduardo.

—¿Hablar qué?

—Todo.

—Eduardo, eso no se habla. Eso se...

—En mi época sí. —Eduardo se sentó en el borde del jergón nuevo, con las manos entre las rodillas—. Ernesto, en serio. Hazme caso en esto. Yo tengo treinta y tres años y he aprendido dos o tres cosas y ésta es la más importante de todas: hablarlo antes lo hace mejor. No peor. Mejor.

—A mí me da vergüenza.

—A mí también.

—A ti no te da vergüenza nada.

—A mí me da vergüenza todo el tiempo —dijo Eduardo—. Lo que pasa es que hablo igual.

Ernesto se sentó a su lado.

Hablaron.

Fue, según los dos coincidieron años después, la conversación más incómoda de su vida y también la que más les sirvió.

Ernesto empezó diciendo, con la cara ardiendo y la vista clavada en el suelo, la única cosa que llevaba semanas atragantada:

—Yo no sé cómo se hace esto.

—Ya lo sé.

—No, quiero decir que yo no...

—Ernesto. Ya lo sé. Y yo tampoco sé cómo se hace *contigo*, que es lo único que importa. —Eduardo le dio con el hombro—. Nadie sabe. Ésta es la parte que la gente no cuenta. Todo el mundo llega sin saber y todo el mundo finge que sabía.

—Tú has estado con hombres.

—Sí.

—¿Cuántos?

—Tres. Uno importante. —Eduardo lo miró—. ¿Te molesta?

—No. —Ernesto lo pensó honestamente—. No. Me da... —buscó la palabra—. Alivio.

—¿Alivio?

—Que alguien sepa por dónde se empieza.

Eduardo se rió.

Luego, más en serio:

—Va a haber cosas que no te gusten y no lo vas a saber hasta que pasen. Eso es normal. Lo único que te pido es que lo digas. En el momento. Aunque sea a la mitad. Aunque te parezca que quedas mal.

—¿Y si no quiero seguir?

—Pues no seguimos.

—¿Así nada más?

—Así nada más. —Eduardo se encogió de hombros—. Ernesto, no es una batalla. Aquí no hay nada que ganar. Si paramos a la mitad, cenamos y ya.

Ernesto se quedó callado.

—En serio —dijo Eduardo—. Vas a tener que creerme esto, porque me parece que es la parte que no te cabe.

—Es que no me cabe.

—Ya lo veo.

—Es que yo llevo toda la vida —dijo Ernesto— haciendo cosas hasta el final porque empezarlas ya era el compromiso.

Eduardo lo miró.

Se le suavizó todo.

—Sí —dijo—. Eso ya lo sabía. Por eso lo estamos hablando.

* * *

Hablaron también de las cosas prácticas, que es donde a Eduardo se le fue toda la solemnidad y donde a Ernesto le volvió el color.

Hablaron de higiene, porque Eduardo era Eduardo y porque llevaba cuatro años convirtiendo el agua caliente en una batalla personal, y porque —esto lo dijo con una franqueza que hizo que Ernesto se levantara y se sentara dos veces— hay cosas que en un mundo sin médicos hay que hacer con cabeza o no hacerlas.

Hablaron de aceite. Bruno tenía aceite de linaza para el cuero. Anselmo tenía otra cosa mejor y no se le podía preguntar por qué.

Hablaron, muy brevemente y con una torpeza monumental, de quién iba a hacer qué.

—Yo puedo de las dos —dijo Eduardo.

—¿Cómo que de las dos?

—De las dos, Ernesto.

Ernesto tardó unos cinco segundos.

—Ah —dijo.

—Sí.

—Ah.

—¿Estás bien?

—Sí. —Ernesto se aclaró la garganta—. Estoy... procesando.

Eduardo se echó a reír y se cayó de espaldas en el jergón y estuvo riéndose hasta que le dolió, y Ernesto acabó riéndose también, y así fue como se les quitó el miedo: por agotamiento, a fuerza de decir cosas en voz alta hasta que dejaron de pesar.

* * *

De aquella noche no hace falta contar mucho.

Fue en diciembre, con nieve fuera y un brasero dentro, con el pestillo echado, y la casa grande al otro lado del tabique perfectamente silenciosa porque cinco personas habían decidido, sin consultarse, irse a dormir temprano.

Fue torpe. Se rieron dos veces. Ernesto tuvo que preguntar tres cosas y las preguntó, y las tres veces le costó, y la tercera le costó menos que la primera.

En algún momento pasó la cosa que a Eduardo lo desarmó de verdad, y no fue nada de lo que él había previsto.

Ernesto se detuvo.

Se detuvo a la mitad, apoyado en un codo, y le puso la mano en la cara y le dijo, en voz muy baja:

—¿Estás aquí?

Eduardo abrió los ojos.

—¿Qué?

—Que si estás aquí. —Ernesto lo miraba con una atención absoluta—. Tú. Que si estás.

Eduardo entendió lo que le estaba preguntando.

Le estaba preguntando por lo del brocal del pozo. Por las manos que no eran suyas. Le estaba preguntando si aquel cuerpo de casi dos años, que no tenía la cicatriz del vidrio ni la quemadura de la plancha, estaba habitado en ese momento, o si el hombre que él quería se había ido a mirar desde detrás de un vidrio como se iba a veces.

Nadie le había preguntado eso nunca. Ni en aquel siglo ni en el otro. Ni siquiera se lo habían preguntado los que sabían que le pasaba.

—Sí —dijo Eduardo, y se le rompió la voz—. Sí. Estoy aquí. Estoy aquí, estoy aquí.

—Bien —dijo Ernesto.

Y le besó la sien, y siguió.

* * *

Después estuvieron mucho rato sin hablar, que era lo que sabían hacer mejor.

Eduardo tenía la cabeza en el pecho de Ernesto y estaba escuchándole el corazón bajar, contándolo, porque era incapaz de no contar cosas.

—Ciento diez —dijo.

—¿Qué?

—Tu corazón. Ciento diez. Ya va bajando. —Le puso la palma abierta encima—. En un minuto lo tienes en ochenta.

—¿Y eso lo mides tú siempre?

—Es mi trabajo. Era mi trabajo. —Se corrigió—. Es que en mi época esto se mide, Ernesto. Hay unos aparatos.

—¿Para qué?

—Para saber si estás mejorando.

Ernesto se rió, y Eduardo notó la risa desde dentro, en el hueso.

—¿Y estoy mejorando?

—Muchísimo.

—Cállate.

—Estás mejorando muchísimo. Yo diría que vas de camino a ser uno de los mejores del reino.

—Cállate, Eduardo.

—Es que es un reino grande.

Ernesto le puso la mano en la boca y Eduardo le lamió la palma, y hubo una pelea breve, indigna y silenciosa que terminó con los dos casi en el suelo y con Ernesto diciéndole que se estuviera quieto de una vez.

Y después, en serio, mucho más bajo, en la oscuridad:

—Eduardo.

—Mmh.

—¿Estuvo bien?

—Sí.

—¿Bien de verdad, o bien de no herirme?

Eduardo levantó la cabeza.

—Bien de verdad —dijo—. Y me alegro mucho de que hayas preguntado eso, porque eso era exactamente lo que yo quería enseñarte y no sabía cómo.

Ernesto se quedó callado un momento.

—No debilita —dijo, casi para sí mismo—. Preguntar. No debilita nada.

—No.

—Yo creía que sí.

—Ya lo sé.

—A mí me enseñaron que un hombre que pregunta ya perdió la mitad.

—Sí —dijo Eduardo—. A mí también me enseñaron eso. En otro siglo, con otro idioma, con otra ropa. Es lo mismo en todas partes y es igual de mentira en todas partes.

Y se volvió a acomodar en su sitio.

* * *

Se durmieron.

En algún momento de la madrugada Eduardo se despertó, como se despertaba siempre, y se quedó mirando el techo de tabla que Bruno había puesto en once días sin decir una palabra.

Estaba feliz.

Ésa fue la primera cosa que pensó, con una claridad total: *estoy feliz*. No contento, no aliviado, no en paz. Feliz, de la manera concreta e insoportable en que uno se da cuenta de que está en la mejor parte de su vida mientras todavía está dentro.

Y la segunda cosa que pensó fue:

Falta algo.

Llegó igual que llegaba siempre. Sin dolor, sin drama. La sensación de haberse dejado una cosa en una casa.

Eduardo se quedó muy quieto en la oscuridad, con la respiración de Ernesto en el pelo, y por primera vez en diez meses estuvo a punto de despertarlo y contárselo todo.

Se dio la vuelta.

Ernesto, dormido, le pasó el brazo por encima.

Y Eduardo cerró los ojos y decidió, otra vez, que no.

Mañana, pensó. *Se lo digo cuando pase el invierno.*

* * *

A cincuenta leguas de allí, en Ordas, en el cuarto prestado de una sobrina que no la quería en casa, la maestra Isaura de Ordas estaba despierta.

Llevaba tres noches durmiendo mal.

Las catorce piezas estaban a seis calles, en el depósito del concejo, en un arcón con dos vueltas de llave. El alguacil —que era hombre razonable y que casaba a su hija en enero— le había firmado un permiso para verlas dos veces por semana en presencia de un escribiente. Aquella semana había ido cuatro. La cuarta se la habían negado.

Aquella noche escribió en la última página del cuaderno, con la letra apretada:

ya no es "tibio". el martes no pude sostener una más de tres segundos, y el escribiente lo vio y no lo apuntó.

Y debajo:

escribirle al capitán. lo he escrito ocho domingos seguidos.

En la mañana no le escribió, porque en la mañana llegó a Ordas un arriero de la ruta del norte con la cara descompuesta, pidiendo agua y hablando muy rápido, y contó que a cuatro jornadas de allí, en el páramo de Alcor, donde no hay nada y no ha habido nunca nada, había aparecido un camino.

Un camino negro. Liso como una mesa. De un ancho imposible.

Que no llevaba a ninguna parte y que se metía en el bosque en línea recta, y que nadie sabía quién lo había hecho ni cuándo, y que en el pueblo más cercano decían que por las noches se veían luces sin fuego.

FIN DE LA PARTE III

PARTE IV
PODER Y MIEDO

Capítulo 26

La taza y la flor

La Compañía tardó un mes en enterarse y se enteró por una mano en una nuca.

Fue en enero, un mes después del cuarto del norte, y no hubo ningún anuncio. Eduardo bajó a desayunar una mañana, se sentó, y cuando Bruno le pasó la jarra alargó el brazo por delante de Ernesto sin pensarlo y le puso la mano en la nuca al pasar.

Fue un segundo. Ni siquiera lo miró.

Bruno se quedó con la jarra en el aire.

Tomás dejó de masticar.

Ernesto —esto fue lo que lo delató del todo— Ernesto no reaccionó. No se puso rígido, no se apartó, no dijo nada. Siguió comiendo con la naturalidad absoluta de un hombre al que le hacen eso todos los días desde hace un mes.

Anselmo se levantó y se fue a la cocina.

—¿A dónde vas? —dijo Jimena.

—A ninguna parte.

Se oyó, desde la cocina, un ruido claro de alguien celebrando en silencio y volcando algo.

—Bueno —dijo Vidal, sin levantar la vista del cuenco—. Ya está.

—¡Yo lo dije en agosto! —gritó Bruno.

—Tú dijiste en agosto que se iban a matar.

—¡Dije que iba a pasar algo!

Eduardo se tapó la cara con las dos manos.

Y Ernesto, con una calma perfecta, siguió comiendo y dijo:

—Bruno, la jarra.

Así fue como la Novena Compañía de la Marca de Arvela se enteró de lo que ya sabía, y estuvo insoportable durante seis semanas, y después se acostumbró, que es lo que pasa siempre.

La única que no dijo nada fue Jimena, que esa tarde encontró a Eduardo solo en el establo y le dijo cuatro palabras:

—Me alegro mucho, extranjero.

Y se fue antes de que él pudiera contestar.

* * *

La taza apareció en marzo y nadie la vio aparecer.

Estaban comiendo, eran nueve a la mesa —los seis, Eduardo, la mujer del molinero y Prisca, la maestra—, y a la hora de servir faltaba una taza. Siempre faltaba una taza; era la broma de la casa. Eduardo dijo *ay, otra vez*, se levantó a buscar en la alacena, y cuando volvió traía una taza.

Comieron.

Fue a la mitad de la comida cuando Bruno se quedó mirándola.

—¿De dónde salió ésa?

—De la alacena.

—Yo hice todas las tazas de esta casa —dijo Bruno—. Bueno, las hizo el alfarero de Vega Alta y yo se las cambié por unos clavos, y son doce, y las doce son iguales. Ésa no.

Eduardo dejó de comer.

La levantó.

Era de barro, ancha, con el borde un poco irregular. Tenía el fondo grueso y un asa que se apartaba de la línea. Y en el labio, arriba, tenía un desportillado del tamaño de una uña.

Eduardo se quedó mirando el desportillado durante mucho rato.

—Ay, no —dijo.

Se levantó, salió al patio con la taza en las manos y se sentó en el brocal, y Ernesto salió detrás de él.

—Eduardo.

—Mira esto.

—Es una taza.

—Ya sé que es una taza. Mira **esto**. —Le señaló el desportillado—. Esto es un golpe. Esto se lo hizo alguien. Esto pasó porque alguien la dejó caer contra algo, o la puso mal en una repisa, y se le saltó un pedazo.

Ernesto la miró.

—¿Y?

—Y no pasó —dijo Eduardo—. Nadie la dejó caer. Nadie la puso mal en ninguna repisa. Esta taza tiene una hora de existir y viene con un accidente incorporado.

Se le puso una voz muy rara.

—Yo no hice una taza, Ernesto. Yo hice **una taza que se cayó una vez**.

* * *

Estuvo tres meses estudiándolo, porque era él, y porque desde que Isaura se había ido no tenía con quién hablar de esas cosas y se había vuelto peor.

Aprendió a hacerlo a voluntad, más o menos. Le costaba y le salía mal: pensaba una cosa y le salía otra parecida, como cuando uno intenta acordarse de una palabra y le viene la de al lado.

Lo que descubrió lo anotó en la tablilla en español, y esas anotaciones se conservan, y son las páginas más raras que escribió en su vida.

No aparece un objeto. Aparece un objeto usado.

Hice un cuenco. Tiene una mancha por dentro de haber tenido algo grasoso. Yo no puse la mancha. Yo no pensé en la mancha.

Hice una cuerda. Tiene un empalme. ALGUIEN LA EMPALMÓ.

Hice una piedra lisa, perfectamente esférica, a propósito, para probar. Ésa sí salió limpia. Y me da más miedo que las otras.

La piedra se la quedó.

Era del tamaño de una manzana, gris, sin una sola marca, tan redonda que no se podía dejar quieta en ninguna superficie del mundo. Eduardo la puso en una repisa del cuarto del norte y se pasó meses mirándola.

Le explicó a Ernesto por qué, una noche, y a Ernesto le costó entenderlo y después no se lo pudo quitar de la cabeza:

—La taza tiene historia. Alguien la hizo, alguien la usó, alguien la golpeó. Es mentira, pero es una mentira **completa**: si tú examinas esa taza no encuentras el hueco. La realidad se inventó los últimos veinte años de esa taza para poder ponerla en mi alacena.

—Vale.

—La piedra no. La piedra es la única cosa que hay en este mundo que no viene de ninguna parte. —Eduardo la señaló—. No la sacó nadie de un río. No la puso ahí un glaciar. No se rompió de una montaña. Empezó hace tres meses.

Ernesto la miró un rato.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Que si yo puedo hacer una cosa sin pasado —dijo Eduardo—, entonces todo lo demás sí lo tiene. Y a mí eso me... —se le fue la voz.

—¿Te qué?

—Me tranquiliza —dijo—. Me tranquiliza muchísimo. Y no me gusta nada tranquilizarme con eso.

* * *

La flor fue en junio y fue un accidente.

Estaban en el prado, sentados, sin hacer nada, que era una cosa que Eduardo le había enseñado a Ernesto a hacer y que a Ernesto le había costado dos años aprender. Era de tarde. Eduardo estaba hablando de otra cosa, y en algún momento dijo:

—Es raro que aquí no haya de las moradas.

Y hubo una.

Salió entre sus dedos, del suelo, en dos segundos: un tallo, tres hojas y una flor morada de cinco pétalos con el centro más oscuro.

Los dos se quedaron mirándola.

—Ésa no existe aquí —dijo Ernesto.

—No.

—¿De dónde es?

—De un camellón de Insurgentes —dijo Eduardo, y se rió, y le salió una risa fea—. Hay como cuatro kilómetros de ésas. La gente pasa al lado en el coche y no las ve nunca.

Se quedó callado.

—Está viva —dijo—. Ernesto, esto está vivo. Esto tiene raíz. Esto va a hacer semilla.

—Sí.

—Y no debería existir. En este mundo esa planta no existe, no ha existido nunca, no tiene por qué existir, y ahora hay una y va a hacer semilla y en cinco años puede haber un prado.

Se levantó y se apartó dos pasos, y tenía la cara que ponía cuando algo se le venía encima.

—La voy a quitar.

Ernesto se agachó, la arrancó con la tierra pegada, se levantó y dijo:

—No.

—Ernesto...

—La voy a plantar junto a la pared sur.

—¡No has entendido nada!

—He entendido perfectamente —dijo Ernesto—. Y no me importa.

Se quedaron los dos de pie en el prado, uno con una flor en la mano.

—¿Te preocupa de dónde salió? —dijo Eduardo.

—No.

—A mí sí. A mí me preocupa muchísimo.

—Ya lo sé. —Ernesto se encogió de hombros—. A ti te preocupa de dónde vienen las cosas y a mí me preocupa dónde están. Eso es todo lo que pasa aquí, Eduardo, y llevamos cinco años con lo mismo. —Miró la flor—. Ahora está aquí. Eso basta.

La plantó en la pared sur, junto a la franja donde crecía todo fuera de tiempo.

Prendió.

Hizo semilla en agosto.

Hoy, noventa años después, hay una planta morada de cinco pétalos que crece en toda la comarca de Ribas y en la mitad del valle, y que en la lengua del reino se llama *flor del capitán*, y nadie sabe por qué se llama así, y no se parece a ninguna otra planta de aquel mundo, y ningún herbolario ha conseguido nunca clasificarla.

* * *

Y entonces Eduardo se impuso la regla.

Fue en agosto, y no fue una decisión meditada: fue una noche mala.

Se despertó a las tres de la mañana con una idea en la cabeza. La idea no era una tentación ni un plan; era la clase de idea que llega sola, del modo en que llegan a esa hora, y era ésta:

Si puedo hacer una flor con raíz, puedo hacer un caballo.

Si puedo hacer un caballo, puedo hacer un perro.

Si puedo hacer un perro que mueva la cola cuando me vea, ¿qué he hecho exactamente?

Se levantó. Salió al patio. Se sentó en el brocal.

Llegó, en unos veinte minutos, a la pregunta del fondo, que era una pregunta que él ya conocía porque llevaba cinco años dándole vueltas desde otro ángulo:

Si él había podido crear una taza que venía con veinte años de historia falsa, entonces la historia no era un requisito. Era un adorno. La realidad la ponía después para que cuadrara.

Y si eso era cierto, entonces él podía hacer una persona.

Una persona con recuerdos. Con una madre que nunca existió y de la que se acordaría perfectamente. Con miedo a las alturas por una caída que no pasó. Con una cicatriz de un vidrio de los once años.

Eduardo se quedó helado en el brocal del pozo.

Porque él tenía un cuerpo de dos años con recuerdos de treinta y cuatro, y llevaba dos años sin poder mirárselo sin marearse, y acababa de entender que era exactamente la misma operación.

Ernesto lo encontró a las cinco.

—Otra vez —dijo.

—No. Hoy no son las manos.

—¿Entonces?

Eduardo se lo contó. Se lo contó entero, el caballo, el perro, la persona, la madre que nunca existió, y Ernesto lo escuchó de pie, sin sentarse, con los brazos cruzados, y cuando terminó dijo:

—¿Y qué vas a hacer?

—Una regla.

—Otra.

—Otra. —Eduardo levantó la cabeza—. Ésta la quiero decir en voz alta y quiero que tú la oigas, porque a la primera regla la hice yo solo y me pasé cuatro años cumpliéndola solo y ya sabemos cómo salió.

Ernesto asintió.

—Dila.

Eduardo Rendón, sentado en el brocal de un pozo, a las cinco de la mañana de un día de agosto, dijo:

—Nunca voy a crear a nadie que pueda decir *yo*.

Se quedaron los dos callados.

—Ni por bien —añadió—. Ni para salvar a nadie, ni para acompañar a nadie, ni para reemplazar a nadie que se muera. Nunca. Porque el día que yo haga a una persona voy a haber decidido quién merece existir, y yo no soy nadie para eso, y además lo peor no es eso.

—¿Qué es lo peor?

—Que se me daría bien —dijo Eduardo.

Ernesto lo miró un momento.

Después se sentó a su lado en el brocal, le agarró la mano y dijo:

—Está bien. Lo he oído.

—Gracias.

—Y una cosa más. —Ernesto le apretó los dedos—. Si algún día se te ocurre romperla, me lo dices a mí primero. No me lo escondas.

Eduardo se puso rígido.

Fue un segundo. Ernesto lo notó y no dijo nada.

—Sí —dijo Eduardo—. Te lo digo.

* * *

Del camino negro llevaban ocho meses oyendo hablar.

Al principio fue una historia de arrieros y ni siquiera daba miedo: en el páramo de Alcor, donde no hay nada, había aparecido un camino liso y negro que no llevaba a ninguna parte. Bruno dijo que sería una calzada vieja que había quedado tapada y que se había destapado, y esa explicación le sirvió a todo el mundo durante dos meses.

En marzo dejó de servir, porque los arrieros empezaron a decir que el camino era más largo.

En mayo, un hombre de Alcor bajó a Ribas a vender lana y contó que había una cosa de hierro plantada en el camino, de la altura de tres hombres, con tres ojos de vidrio de colores, y que uno de los ojos se encendía y se apagaba solo por las noches.

En junio se habló de un carruaje sin caballos, volcado en una cuneta, con las cuatro ruedas negras y de goma.

En agosto, la semana en que Eduardo hizo su regla, llegó a Ribas una familia entera de Alcor con todo lo que tenían en dos carros. No pidieron trabajo. Pidieron que les dejaran quedarse un mes.

La mujer dijo, en el patio, delante de nueve personas:

—Se nos comió el olivar.

—¿Cómo que se lo comió?

—Que ya no está. —Tenía los ojos secos y una voz completamente plana—. Nos acostamos con el olivar y nos levantamos con una calle. Con casas de

piedra rara y ventanas de vidrio de arriba abajo, y todo vacío, y no se puede entrar porque no hay puertas donde deberían estar las puertas.

Silencio.

—Y hay luz por la noche —dijo—. Sin fuego.

Eduardo no dijo nada en toda la conversación.

Se quedó de pie contra la pared del patio, muy quieto, y a media tarde subió al cuarto del norte y no bajó a cenar, y Ernesto lo encontró sentado en el suelo con la espalda contra la cama y la piedra esférica en las dos manos.

—Eduardo.

—Ya lo sé —dijo Eduardo.

—¿Qué sabes?

—Que hay que ir.

Se levantó y dejó la piedra en la repisa, y la piedra —perfectamente redonda, la única cosa sin pasado que había en aquel mundo— se quedó quieta donde la puso, cosa que no había hecho nunca.

Salieron cinco días después.

Capítulo 27

El camino negro

El páramo de Alcor está a cuatro jornadas de Ribas y es exactamente lo que su nombre promete: piedra, tomillo, viento y nada.

Llegaron al filo del cuarto día, con la luz baja, y lo vieron desde el alto.

Cortaba el páramo de este a oeste. Era negro, mate, absolutamente plano, y tenía unos ocho pasos de ancho, y por el medio llevaba una raya blanca discontinua que se iba perdiendo a lo lejos.

Bruno se persignó.

—Madre de Dios.

—¿Qué es? —dijo Tomás.

Nadie contestó.

Bajaron al llano y se acercaron al paso, y a cincuenta pasos los caballos empezaron a hacer cosas raras y hubo que dejarlos atrás con Jimena.

Eduardo llegó primero.

Se paró en el borde.

Se quedó ahí de pie mucho rato, tanto que Ernesto empezó a preocuparse, y después se agachó y puso la palma abierta sobre la superficie.

Estaba caliente del sol.

—¿Qué es? —repitió Tomás, detrás de él.

Eduardo tardó en contestar.

—Es una carretera —dijo—. Es una carretera federal de dos carriles.

Se le quebró la voz en la última palabra.

Después se rió, con un ruido que no era una risa.

—Es que ni siquiera es bonita —dijo—. Ésa es la parte que... Perdón. Es que si va a aparecer algo de mi mundo en un páramo, podría ser algo bonito. Y es esto. Es una carretera de mierda con la raya despintada.

Se sentó en el suelo, en el borde, con los pies en el asfalto.

—Yo he manejado por ésta —dijo—. Por ésta no, por una igual. Miles de veces. A Cuernavaca. —Se pasó las manos por la cara—. Ernesto, esto es lo más aburrido que existe. Esto es la cosa más aburrida de todo mi mundo.

Ernesto se sentó a su lado y no dijo nada.

A diez pasos, Bruno se acuclilló, rascó el asfalto con la uña, se llevó el dedo a la nariz y dijo, con una perplejidad absoluta:

—Es brea. Capitán, esto es brea con piedra. Esto lo ha hecho alguien.

—Sí —dijo Eduardo—. Lo hice yo.

* * *

El semáforo estaba a media legua hacia el oeste.

Tres metros y medio de poste galvanizado, con el cabezal de tres focos y una carcasa con la pintura descascarada. Sin cables. Sin nada que lo alimentara.

En rojo.

Llevaba, según la familia que se había ido a Ribas, cuatro meses en rojo, y por las noches, a veces, parpadeaba en ámbar.

Tomás le dio la vuelta cuatro veces.

—¿Y para qué sirve?

—Para que la gente no se mate en los cruces —dijo Eduardo—. Rojo es que te pares, verde es que sigas.

—¿Y quién decide?

—El aparato.

Tomás se lo quedó mirando.

—¿Un aparato le dice a la gente cuándo puede pasar?

—Sí.

—¿Y la gente le hace caso?

—Casi siempre.

Tomás asintió muy despacio, con la cara de un chico de veinte años recalibrando un mundo entero, y dijo:

—El futuro es un lugar rarísimo.

—Sí —dijo Eduardo—. Sí que lo es.

El automóvil estaba dos kilómetros más allá, volcado en el arcén, con las cuatro ruedas al aire.

Era un sedán blanco, viejo, de los que en Ciudad de México hay cuarenta mil. Le faltaba un espejo. En el cristal trasero tenía una calcomanía descolorida de un equipo de fútbol.

Anselmo se pasó dos horas metido debajo.

Bruno tocó las ruedas, las apretó con el pulgar, se sentó en el suelo y estuvo veinte minutos sin hablar. Después dijo:

—Esto no es goma de árbol.

—No.

—Y esta rueda no la ha hecho un hombre.

—La ha hecho una máquina —dijo Eduardo—. Y la máquina la hizo otra máquina. Y a la que hizo la máquina la diseñaron como doscientas personas que no se conocían entre sí.

Bruno se quedó mirando la rueda.

Después dijo la cosa de la que Eduardo se acordó toda su vida, porque fue la primera vez que alguien de aquel mundo entendió de verdad de dónde venía:

—Entonces tú no vienes de otro sitio, extranjero. —Bruno levantó la cabeza—. Tú vienes de un sitio donde la gente se pone de acuerdo.

* * *

Acamparon esa noche a media legua del asfalto, y no durmió nadie, porque a las diez de la noche empezaron las luces.

Eran cuatro postes, alineados, a unos cien pasos unos de otros, que se encendieron a la vez con un zumbido y dieron una luz naranja, fea, sin llama, que caía en cono sobre la carretera.

La Compañía las miró en silencio durante mucho tiempo.

—Es como el sol enfermo —dijo Jimena.

—Es sodio —dijo Eduardo—. Es una lámpara de vapor de sodio. Es la luz más fea que ha inventado nadie y yo he vivido debajo de ella toda mi vida.

Ahí, con las cuatro farolas encendidas en mitad de un páramo del siglo XIII, dijo lo otro.

Llevaba cuatro días preparándolo y le salió mal, como le salía todo lo importante.

—Ernesto.

—Dime.

—Esto es mío.

—Ya lo has dicho.

—No. —Eduardo se levantó—. No me refiero a que sea de mi mundo. Me refiero a que es **mío**. Que soy yo. Que ahí falta un pedazo de mí y lleva dos años instalado en este páramo haciendo lo único que sabe hacer.

Se hizo un silencio absoluto alrededor del fuego.

—¿Cómo lo sabes? —dijo Anselmo.

—Porque lo siento —dijo Eduardo—. Porque llevo dos años sintiéndolo y hoy, cuando puse la mano en el asfalto, dejé de tener ninguna duda.

Y Ernesto, muy despacio, dijo:

—¿Dos años?

* * *

La pelea duró tres días y fue la peor que tuvieron en su vida, incluida la de los cuarenta años.

Empezó bien, que es lo raro. Empezó con Ernesto sentado, sin levantar la voz, haciendo preguntas cortas.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Desde que volví.

—¿Desde enero de hace dos años?

—Desde la primera semana.

—¿Y qué sabías exactamente?

—Que faltaba algo. —Eduardo tenía las manos apretadas—. No sabía qué. No sabía dónde. Sabía que había un hueco, como cuando sales de tu casa y te tocas los bolsillos.

—Y no lo dijiste.

—No.

—¿Por qué?

Ahí fue donde Eduardo cometió el error, porque contestó con la verdad y creyó que la verdad lo salvaba.

—Porque si lo decía —dijo—, ustedes salían otra vez.

Ernesto se levantó.

Se levantó despacio, y no gritó, y eso fue mil veces peor.

—Ah —dijo.

—Ernesto...

—Ah. Ya. —Se pasó la mano por la boca—. O sea que lo pensaste.

—Sí.

—Lo pensaste bien. Te sentaste, hiciste tus cuentas, y decidiste.

—Sí.

—Por los seis.

Eduardo se calló.

—Dilo —dijo Ernesto.

—Por los seis.

Entonces sí, Ernesto Valdas levantó la voz por segunda vez en cinco años.

—¡ÉSA NO ERA TU DECISIÓN!

Se hizo un silencio en el que se oyó zumbar una farola a media legua.

—Yo tenía treinta y seis años cuando te rompieron —dijo Ernesto—. Y me subí a ese carro sabiendo lo que hacía. Y Bruno vendió las herramientas sabiendo lo que hacía, y Jimena vendió el arco, y ese chico se pasó un año hablándole a un hombre que no le contestaba. Nadie te preguntó a ti si nos dejabas.

—Ernesto...

—¡Y tú te quedaste con eso dos años! —Le señaló con el dedo—. ¡Dos años! ¡Mientras yo te preguntaba qué te pasaba a las cinco de la tarde y tú me contabas lo de la luz amarilla del patio de tu casa!

—Eso era verdad.

—¡YA SÉ QUE ERA VERDAD! —Ernesto se dio la vuelta y volvió a darse la vuelta—. ¡Ése es tu método! ¡Eso es lo que haces! ¡Tú no mientes nunca, Eduardo, tú dices verdades a las que les falta un pedazo, y llevas cinco años haciéndolo y eres el mejor que he visto en mi vida!

Y ésa fue la que dio en el hueso, porque era exacta.

Eduardo se quedó blanco.

—Y es lo mismo —dijo Ernesto, más bajo—. Es lo mismo que en el patio de los curtidores.

—¿Qué?

—Lo del escudo. —Ernesto lo miró—. Cuatro años me tardaste en contarme lo del escudo. Que podías haberlos parado y que decidiste que no. Y cuando por fin me lo contaste, me lo contaste con la misma cara que tienes ahora, y con la misma razón: *por ustedes*.

—Ernesto, había treinta hombres y Tomás estaba a dos pasos.

—¡YA LO SÉ! —Ernesto tenía los ojos rojos—. ¡Y yo habría hecho lo mismo! Y ése es el problema, Eduardo, que casi siempre tienes razón, y por eso no aprendes.

Se sentó en una piedra y se agarró la cabeza con las dos manos.

—Tú decides solo —dijo—. Todas las veces. Y siempre decides ponerte tú. Y a mí eso me... —Le tembló la voz—. ¿Tú sabes cómo se siente? ¿Tú sabes cómo se siente estar casado con un hombre que te protege de las decisiones?

Eduardo no dijo nada durante mucho rato.

Y después dijo, con un hilo de voz:

—No estamos casados.

Ernesto levantó la cara, y los dos se quedaron mirándose, y Bruno, desde el otro lado del fuego, a treinta pasos, dijo en voz muy alta y con un fastidio infinito:

—¡AY, POR DIOS!

* * *

Estuvieron dos días sin arreglarlo.

El tercero fue Vidal, que se sentó al lado de Eduardo mientras cargaban y le dijo, sin mirarlo:

—Le voy a decir una cosa y no es de mi incumbencia.

—Dígala.

—Usted lleva dos días esperando que él se le pase.

—Sí.

—No se le va a pasar. —Vidal apretó una correa—. A los enfados se les pasa. A los agravios no.

Eduardo se quedó quieto.

—Esto es un agravio. Hay que repararlo.

—¿Y cómo se repara?

—Hablando. Y de los dos, el que sabe hacer eso es usted.

Eduardo lo miró.

—¿Y qué le digo?

—No sé. —Vidal se encogió de hombros—. Yo no he estado casado nunca.

Terminó con la correa y empezó otra.

—Pero he visto reparar muchas cosas. Todas se reparan igual.

—¿Cómo?

—No diciendo que lo sientes —dijo Vidal—. Diciendo qué vas a hacer distinto.

Eduardo fue esa tarde.

Ernesto estaba solo, revisando el arreo de un caballo que no lo necesitaba, que era lo que hacía siempre.

—Ernesto.

—Estoy ocupado.

—Ya lo sé. Voy a hablar yo y tú sigues con eso.

Ernesto no contestó.

—Tienes razón en todo —dijo Eduardo—. En todo. No voy a discutirte ni una parte, y si intentas discutírmela tú mismo por costumbre, te vas a quedar sin contrario.

Ernesto siguió con la correa.

—Y no te voy a pedir perdón, porque el perdón lo vas a dar tú de todas maneras dentro de unos días y no arregla nada. —Eduardo respiró—. Te voy a decir lo que voy a hacer distinto, que es lo único que sirve.

Se quedó callado un momento, buscando.

—Yo no sé no protegerte —dijo—. Eso no lo voy a saber nunca, es de fábrica, viene de antes de esto y de antes de ti. Lo que sí puedo hacer es contarlo el mismo día.

Ernesto levantó la cabeza.

—El mismo día —repitió Eduardo—. Sea lo que sea. Aunque no esté seguro. Aunque sea una tontería. Aunque sepa que te va a hacer daño y que a lo mejor no era nada. Yo te lo digo el día que pasa, y luego lo decidimos entre los dos, y si lo decidimos mal lo decidimos mal juntos.

—¿Y si yo decido algo que te va a matar?

—Pues me lo dices el mismo día —dijo Eduardo— y yo grito, y probablemente tenga razón, y probablemente no me hagas caso. Igual que ahora.

Ernesto soltó la correa.

Se quedó de espaldas un rato largo.

—Está bien —dijo.

—¿Sí?

—Sí. —Se dio la vuelta—. El mismo día.

—El mismo día.

Después, después de un silencio en el que ninguno de los dos supo qué hacer con las manos, Ernesto dijo:

—Y lo otro que dijiste.

—¿Qué otro?

—Lo de que no estamos casados.

Eduardo se puso rojo.

—Eso lo dije en una pelea.

—Sí.

—La gente dice cosas en las peleas.

—Sí. —Ernesto se rascó la nuca, incómodo—. Es que en las peleas la gente dice lo que tiene arriba.

Y se fue a revisar otro caballo que tampoco lo necesitaba.

* * *

Intentaron entrar dos veces.

La primera fue esa misma semana, por el este, siguiendo el asfalto. Caminaron los seis en fila, con cuerda, contando pasos, con Jimena marcando el rumbo por el sol.

A las dos horas salieron.

Salieron por donde habían entrado.

No había habido curva. Nadie había notado nada. Habían caminado en línea recta durante dos horas por una carretera perfectamente derecha, y de pronto delante estaba el campamento y los caballos, y Jimena, que llevaba once años sin equivocarse de rumbo, se sentó en el suelo y no habló hasta la noche.

La segunda vez lo intentaron por el norte, campo a través.

Duraron cuarenta minutos.

—No nos quiere —dijo Anselmo, esa noche.

—No es eso —dijo Eduardo—. No nos está echando.

—¿Entonces?

Eduardo se quedó mirando el fuego.

—Está ocupado —dijo—. Está haciendo una cosa muy grande y muy difícil y no tiene tiempo para nosotros. Nos aparta como apartas a alguien que te habla mientras cuentas.

Se abrazó las rodillas.

—Ernesto, hay una cosa que no les he dicho.

Ernesto lo miró.

—Dila.

—Hoy.

—Hoy. Buen chico. Dila.

Y Eduardo dijo:

—Sé cómo entrar. Creo. Y no me va a gustar.

* * *

Volvieron a Ribas en octubre.

Volvieron para preparar el invierno, para dejar la escuela en manos de Prisca y de la mujer del molinero, y para lo que Eduardo tenía que hacer y que no explicó a nadie durante tres semanas.

Por el camino, en Vega Alta, se enteraron de lo de Alcor.

El páramo se había comido el pueblo de Alcor la última semana de septiembre.

Ciento veinte personas. No murió ninguna: la Resonancia no mata, y a los de Alcor les dio dos días de aviso, porque primero se les puso una acera de concreto en mitad de la era y después una fachada de tres pisos con las ventanas rotas donde estaba la iglesia.

Se fueron todos. Bajaron al sur con lo que pudieron cargar y llegaron a Vega Alta y contaron lo que habían visto.

A partir de esa semana, en la Marca de Arvela, dejó de ser una historia de arrieros.

La gente empezó a decir dos cosas.

La primera era que había una ciudad fantasma en el páramo y que crecía.

La segunda era que el extranjero de Ribas la había hecho.

Por primera vez desde el pozo de Sella de Abajo, las dos cosas que decía la gente eran exactamente ciertas.

Capítulo 28

Doce testigos de yeso

La carta de Isaura llegó a Ribas en febrero y era de once líneas.

Señor Rendón:

Le escribo por un asunto que no es mío y del que probablemente no debería escribirle, y lo hago porque llevo tres semanas sin dormir y porque no se me ocurre a quién más.

Vivo en Arna desde la primavera. Doy clase a veintiséis niños en una casa cedida por el concejo y estoy bien.

Arna está debajo del Sarn. Tres mil personas.

Desde noviembre la montaña se mueve. Hay una grieta en la cara norte que en noviembre era de un palmo y hoy es de tres pasos. He medido yo. Tengo las medidas de catorce semanas y son una curva, y la curva no es de las que se enderezan.

Cae piedra todos los días. En enero se llevó la ermita de arriba.

El concejo dice que se ha movido siempre. Los que se han ido son ochocientos. Los que quedan son dos mil doscientos y no se van, y le voy a decir por qué, aunque usted ya lo sabe: porque uno no se va de su casa por una grieta, se va cuando ya no hay casa.

No le pido nada. No sabría qué pedirle. Le mando las medidas porque son buenas y porque usted es la única persona que conozco a la que le van a decir algo.

Con respeto,

I. de Ordas

Eduardo leyó las once líneas cuatro veces.

Después dio vuelta la hoja.

Al dorso había una tabla de catorce semanas con la fecha, la anchura de la grieta en dedos y la temperatura, escrita con una letra que él conocía perfectamente y que llevaba año y medio sin ver.

Se quedó mirando la columna del medio.

Dijo, en voz alta, para él solo:

—Ay, maestra. Qué hija de la chingada es usted.

Porque no había pedido nada. Ésa era la cosa. Le había mandado una tabla.

* * *

Salieron cuatro días después y llegaron a Arna a mediados de marzo, y lo primero que vieron fue la montaña.

El Sarn no es alto. Ése fue el primer desengaño de Tomás, que se había pasado el camino imaginándose algo espectacular. Es un macizo de piedra sedimentaria de unos mil doscientos metros, ancho, feo, con la cara norte partida en dos escalones y una vegetación rala.

Lo que tenía de particular es que estaba encima.

Arna estaba en el abanico, al pie, donde había estado siempre, donde se ponen todos los pueblos del mundo: en la salida de un valle, junto al agua, sobre la tierra buena.

La tierra buena eran cuatro mil años de la montaña cayéndose a pedazos.

Eduardo subió a la grieta el primer día, con Bruno y con Isaura, y estuvo arriba seis horas.

Cuando bajó no dijo nada. Cenó, se acostó, y a las dos de la mañana Ernesto se despertó y no estaba.

Lo encontró en la puerta de la casa, mirando el bulto negro del Sarn contra las estrellas.

—¿Cuánto? —dijo Ernesto.

—Este verano —dijo Eduardo—. Puede que antes, si llueve fuerte.

—¿Y qué se lleva?

Eduardo se quedó callado.

—Todo —dijo—. No es una piedra que cae, Ernesto, es la cara norte entera. Son... —buscó una manera de decirlo—. Imagínate que le quitas a esa montaña la mitad y la pones encima del pueblo. Eso.

—Dios.

—Y va a tardar como cuarenta segundos.

* * *

Entonces Eduardo Rendón hizo lo que hacía siempre, que es lo que casi nadie cuenta cuando cuenta esta historia.

Intentó arreglarlo con las manos.

Estuvo once semanas.

Once. De marzo a mayo, en Arna, sin usar la Anuencia más que para levantar peso, trabajando de sol a sol con un hombre que sabía de hierro, cuarenta jornaleros y un pueblo aterrado.

Lo primero fue medir. Puso doce testigos de yeso a lo largo de la grieta, marcados y fechados, y midió todos los días, y le enseñó a medir a nueve chicos de Arna, y a las tres semanas tenía una curva mucho mejor que la de Isaura.

Lo segundo fue el agua. Ésa fue su idea buena: la grieta se movía más rápido después de llover, y eso quería decir que el agua se estaba metiendo dentro y empujando. Así que se pasó cinco semanas, con setenta personas, abriendo zanjas en el hombro del Sarn para desviar la escorrentía antes de que entrara en la grieta.

Funcionó.

Funcionó de verdad: en abril la curva se aplanó dos semanas seguidas.

Hubo una noche en Arna en la que la gente bebió en la plaza, y no fue una fiesta organizada por nadie: fue que a las nueve alguien sacó una mesa, y a las diez había cuatro mesas, y a las once había un hombre tocando mal y setenta personas cantando peor.

Eduardo estuvo sentado en un escalón toda la noche, con la espalda contra una pared, dejándose dar palmadas en el hombro por gente que no conocía.

Ernesto lo miró desde el otro lado de la plaza y no fue a sentarse con él, porque no le tocaba a él aquella noche, y porque aquélla fue la única vez en cincuenta años en que Eduardo Rendón estuvo en una plaza y no se le vio la cara de estar contando a alguien algo.

Al segundo día, el concejo mandó decir que ya estaba.

En mayo se movió tres pasos de golpe en una noche sin lluvia.

Eduardo subió a las cuatro de la mañana con una lámpara, se metió en la grieta hasta donde se podía meter un hombre, y bajó a las nueve con la cara de un hombre que ha visto una cosa.

—No es el agua —dijo—. O no es sólo el agua. Está deslizando por abajo, por una capa que no se ve, y lo que estamos haciendo arriba no sirve para nada.

—¿Nada? —dijo Bruno.

—Le hemos quitado tres semanas —dijo Eduardo—. Puede que cuatro.

Bajaron a la plaza a las diez y estaba llena, porque a las nueve ya se sabía en Arna que el extranjero había subido de noche con una lámpara.

Cuarenta personas. Las mismas cuarenta que llevaban once semanas cavando zanjas en el hombro de una montaña.

Eduardo se subió al poyo.

Ahí hizo lo que hacía siempre, que era explicarlo bien.

Les explicó lo de la capa de abajo. Se lo dibujó en el suelo con el carbón, en grande, para que lo vieran desde atrás: la montaña de perfil, la grieta, y por debajo una línea que no se veía y sobre la que estaba resbalando todo. Les explicó por qué las zanjas habían funcionado y por qué habían dejado de funcionar. Tardó como diez minutos y lo entendió todo el mundo, y eso fue lo peor.

Cuando terminó, nadie preguntó nada.

Un hombre que se llamaba Ordo, que tenía cincuenta años, que había perdido a un hijo en la Marca y que llevaba once semanas cavando con las dos manos, se levantó del suelo y se sacudió el pantalón.

—Entonces las zanjas para nada.

—Le hemos quitado tres semanas —dijo Eduardo—. Puede que cuatro.

—Ya. —Ordo asintió despacio—. ¿Y sirven para algo esas cuatro semanas?

Eduardo abrió la boca.

Se le veía el número. Ésa es la parte que se contó después en Arna durante sesenta años: que se le veía el número en la cara. Que estuvo dos segundos con la boca abierta calculando cuánta gente cabe por el camino del sur en cuatro semanas, y con cuántos carros, y a cuántos por carro, y que cuando terminó de calcular ya no era la misma cara.

—Sirven para sacar a todo el mundo —dijo.

Se hizo un silencio muy largo en la plaza de Arna.

—¿A todo el mundo de dónde? —dijo una mujer.

—De Arna.

—Nosotros vivimos aquí.

—Lo sé.

—Yo tengo cuarenta ovejas.

—Lo sé.

Entonces Ordo, que seguía de pie, hizo la única pregunta que importaba, y la hizo sin levantar la voz, mirando el dibujo de carbón del suelo.

—¿Usted lo puede parar?

Ahí, delante de cuarenta personas que le habían dado once semanas de su vida, Eduardo Rendón contestó que no con la cabeza, una vez, sin decir nada, porque no le salió la voz.

Se le vio en la cara el momento exacto en que dejó de ser un ingeniero.

* * *

Ernesto se lo preguntó esa noche, los dos solos.

—¿Puedes?

—No lo sé.

—Eduardo.

—No lo sé de verdad, no te estoy escurriendo el bulto. —Eduardo tenía las manos entre las rodillas—. Lo más grande que he hecho fue un escudo sobre seis personas. Esto es... esto no es más grande. Esto es otra cosa.

—¿Por qué otra cosa?

—Porque no se puede sostener. —Levantó la cabeza—. Yo puedo sostener una viga. Puedo sostener un techo. Si sostengo esa montaña, la sostengo mientras esté despierto, y el día que me duerma se cae, y el día que me muera se cae. No he arreglado nada: he puesto un hombre debajo.

—¿Entonces?

—Entonces hay que quitarla.

Ernesto lo miró.

—¿Quitarla a dónde?

—A ninguna parte —dijo Eduardo—. Ése es el problema.

Se quedó callado un rato largo.

—Si la muevo, la pongo encima de otra cosa. Si la rompo, la rompo encima de Arna, que es exactamente lo que estamos intentando que no pase. —Se pasó la mano por la cara—. Sólo hay una manera y llevo tres días sin poder dormir de pensarla.

—Dila.

—Que no esté.

—Que no esté dónde.

—Que no esté **nunca**, Ernesto. —Eduardo lo miró—. Que no se caiga, que no se mueva, que no se rompa: que esa montaña no haya estado nunca ahí. Que este valle sea un valle donde no hubo montaña.

Ernesto no dijo nada durante un minuto entero.

—¿Y se puede? —dijo al fin.

—La taza —dijo Eduardo.

—¿Qué?

—La taza. La del desportillado. —Le tembló la voz—. Yo puse una taza en mi alacena y la realidad se inventó veinte años para que cupiera. Le inventó un alfarero, un golpe, una repisa. Nadie encontró el hueco. —Se le quebró del todo—. Si sé hacer eso hacia adelante, sé hacerlo hacia atrás. Es la misma operación con el signo cambiado.

Ernesto se sentó a su lado.

—¿Qué necesitas?

—Que estés ahí.

—Eso ya lo tienes.

—No, escúchame. —Eduardo se giró—. Necesito que estés ahí y que me digas mi nombre si tardo mucho.

—¿Cuánto es mucho?

—No sé. —Se rió, horriblemente—. Si me tardo, dímelo. Tú vas a saber cuándo.

* * *

El Sarn se movió catorce pasos el 2 de junio a las once de la noche.

Sonó como un trueno que no se acababa. En Arna se cayeron cosas de las paredes. Se abrió una grieta nueva en el escalón bajo y la mitad del pueblo salió a la calle en camisón, y el concejo tocó la campana, y a las dos de la mañana la plaza estaba llena de gente con hatillos y niños dormidos en brazos.

Anselmo hizo la cuenta con el alcalde: para sacar a dos mil doscientas personas al otro lado del río hacían falta, con los carros que había, dos días y medio.

Eduardo subió a la montaña a las cuatro de la mañana.

No subió solo. Subieron los seis, porque nadie se quedó, y detrás subió Isaura con la cadera mala apoyada en un bastón y en el brazo de Tomás, y a media ladera se le juntaron ocho o nueve de los que habían cavado las zanjas, y después veinte más, y al final había en el hombro del Sarn, en la oscuridad, como sesenta personas que no tenían ningún motivo para estar ahí.

Eduardo se paró en el escalón, de cara a la montaña.

Se quedó ahí un rato largo, con la espalda a todo el mundo.

Después se dio la vuelta.

—Bajen a la cota del río —dijo—. Todos. Ahora. Y cuando lleguen, sigan bajando.

—Extranjero...

—Bruno. —Eduardo lo miró—. Yo no sé lo que va a pasar. Ésa es la verdad y te la digo hoy, que es lo que prometí. Puede que no pase nada. Puede que me caiga muerto. Y puede que esto salga mal de una manera que ninguno de nosotros ha imaginado, y si sale mal así, quiero que estén lejos.

Bruno abrió la boca.

—Baja —dijo Eduardo.

Y bajaron.

Bajaron todos, protestando, empujados por Vidal y por Jimena, y Anselmo se llevó a Isaura casi a rastras.

Ernesto no bajó.

Se quedó de pie a cuatro pasos, con los brazos cruzados, y cuando Eduardo lo miró se encogió de hombros.

—Ya lo hablamos —dijo—. El mismo día. Y hoy me toca a mí decidir mal.

Eduardo asintió.

Se dio la vuelta hacia la montaña.

Y empezó.

* * *

De lo que pasó en el Sarn entre las cinco y cuarto y las seis menos veinte de la mañana del 3 de junio hay ochenta y tantos testimonios, y ninguno se parece a otro.

Los de abajo, en el río, cuentan cosas distintas según dónde estaban.

Casi todos coinciden en el sonido, que no fue un sonido: dicen que se les taparon los oídos, como al subir un puerto, y que les duró un cuarto de hora.

Muchos hablan del peso. Que se les puso el cuerpo pesado. Una mujer del molino contó, y lo mantuvo toda su vida, que se le cayó un cubo y que el cubo tardó demasiado en llegar al suelo, y que ella lo vio caer despacio y tuvo tiempo de pensar dos cosas enteras.

Los que miraron hacia arriba —y no fueron muchos— cuentan que no había nada que ver, y que ésa fue la parte peor. Que las cosas del hombro de

la montaña se fueron poniendo transparentes sin que nada las tocara, y que detrás no había nada que tuviera derecho a estar ahí.

Y tres personas, sólo tres, dicen que vieron al extranjero.

Dicen que estaba de pie con los brazos abiertos y que no se movía.

Dicen que tenía los ojos rojos.

Dicen que alrededor de las manos, a un palmo, el aire estaba **partido**, como se parte un parabrisas, en líneas finas que se cruzaban y se iban abriendo.

Ernesto, que era el único que estaba a cuatro pasos, no contó nunca nada de eso.

Lo único que contó, y lo contó una sola vez, treinta y nueve años después, a un hijo suyo, fue esto:

Estuvo veinticinco minutos. Los conté. Y en el minuto once dejé de verlo.

No se hizo invisible. Yo seguía viéndolo con los ojos. Lo que dejé de ver era a él.

Y en el minuto quince supe que si no decía algo ya no iba a tener a quién decírselo, y entonces dije su nombre, y me salió mal, con el acento en el sitio equivocado, como se lo dije la primera vez en un bosque.

Y él movió la cabeza medio dedo.

* * *

A las seis menos veinte de la mañana, el Sarn no estaba.

No hubo derrumbe. No hubo polvo. No cayó una sola piedra sobre Arna, y ésta es la parte que a los de Arna les costó más creerse, porque se pasaron el resto de su vida explicándoles a los forasteros que no había escombro.

El valle de Arna, a partir de esa mañana, es un valle abierto por el norte, con una loma suave donde estaba el hombro y una pradera larga que sube hacia una meseta.

Sobre la loma, sesenta personas de pie en un sitio en el que, quince minutos antes, había una pared de piedra de mil doscientos metros.

Eduardo cayó de rodillas.

Ernesto llegó antes de que tocara el suelo.

* * *

Estuvo once días mal.

No fue un desmayo dramático: fue mucho peor y mucho más doméstico. Eduardo se despertó a las nueve de la mañana del 3 de junio, se sentó, pidió agua y estuvo tres horas hablando con normalidad.

Después, a mediodía, cuando le pasaron un cuenco, el cuenco se congeló.

No el agua: el cuenco. Un cuenco de madera, con escarcha por fuera, en junio.

Y eso siguió once días.

La magia no se le apagó. Ése fue el problema. Se había quedado abierta, como una puerta que ya no cierra, y durante once días todo lo que Eduardo tocó salió ligeramente mal: dejó la huella de cuatro dedos en el poyo de piedra de la plaza de Arna, que sigue ahí; hizo florecer un almendro en dos horas; una mañana se apoyó en un muro y el muro se puso tibio y tardó un día en enfriarse.

Anselmo no lo dejó levantarse.

Ernesto no lo dejó solo ni una noche.

Al undécimo día, por la mañana, Eduardo agarró una cuchara y no pasó nada, y se puso a llorar encima del desayuno.

* * *

Lo del agua lo descubrió Isaura al sexto día.

Subió al cuarto con la cara gris, se sentó en la única silla y esperó a que se fueran los demás.

—Señor Rendón.

—Maestra.

—El Nes se ha secado.

Eduardo se enderezó en la cama.

—¿Qué?

—El río. —Isaura tenía las manos apretadas—. El Nes nacía en la cara norte del Sarn. Del deshielo y de dos manantiales que estaban a media altura. —Levantó la cara—. Baja por el valle de al lado y riega cuatro pueblos.

Eduardo se quedó absolutamente quieto.

—No —dijo.

—Sí.

—No, no, no, espere. Espere. —Se agarró la cabeza—. Espere, yo... yo no...

—Usted no lo pensó —dijo Isaura.

Eduardo Rendón, sentado en una cama prestada en Arna, con la mano izquierda todavía echando escarcha, hizo la única cosa que podía hacer, que fue no defenderse.

—No —dijo—. No lo pensé.

Estuvieron los dos callados mucho tiempo.

—Nadie se ha muerto —dijo Isaura, al fin—. Todavía. Es junio y hay pozos. Pero en agosto...

—En agosto se les acaba.

—Sí.

Eduardo se tapó la cara.

—Once semanas —dijo, con la voz hecha polvo—. Once semanas cavando zanjas. Doce testigos de yeso. Una tabla de catorce semanas. Yo medí esa montaña como no ha medido nadie una montaña en este reino, maestra, y no se me ocurrió preguntar de dónde salía el agua.

—Se le ocurrió salvar a dos mil doscientas personas.

—No me consuele.

—No lo estoy consolando. —Isaura se inclinó hacia adelante—. Le estoy diciendo que hizo la cuenta con lo que tenía y que salieron dos mil doscientos vivos y cuatro pueblos secos, y que ésa es una cuenta que sale a favor, y que usted va a tener que aprender a vivir con cuentas que salen a favor. Yo llevo casi cuatro años viviendo con una que salió en contra y le puedo decir cuál de las dos es peor.

Eduardo la miró.

Fue la primera vez en tres años y medio que la miró de verdad.

—Maestra.

—Dígame.

—Ayúdeme con el agua.

Isaura se quedó muy quieta.

—¿Cómo dice?

—Que me ayude —repitió Eduardo—. Hay que llevar agua a cuatro pueblos y yo no puedo hacer un río de la nada porque un río tiene que venir de alguna parte, y si lo hago sin entenderlo voy a secar otro sitio y no me voy a enterar hasta agosto. —Le tembló la voz—. Necesito medir. Necesito medir mucho y bien y rápido, y usted mide mejor que yo.

Isaura de Ordas se llevó las dos manos a la boca.

Y no dijo que sí, porque no le salió la voz.

Asintió cuatro veces seguidas, como una idiota, y Eduardo alargó el brazo y le puso la mano en el hombro, y ella se puso a llorar de esa manera fea que se llora a los sesenta años, y en el pasillo Ernesto le hizo un gesto a Anselmo para que no entrara.

Tardaron catorce meses en llevarle agua a los cuatro pueblos. Fue una obra de canal y de sifón, con presa arriba, y en el segundo verano funcionaba, y en el tercero funcionaba bien.

No la hizo la magia. La hicieron ciento y pico de hombres, cuatro concejos, un herrero, una maestra de sesenta años y un profesor que estaba pagando algo.

* * *

Y en el mundo, entretanto, había pasado otra cosa.

Sesenta personas habían visto desaparecer una montaña.

Dos mil doscientas la habían visto no caerles encima. Cuatro pueblos se habían quedado sin río. Y para agosto de aquel año no había en el reino de Arvela una sola persona que no hubiera oído contar el Sarn de una manera o de otra.

En Arna lo contaban como lo que fue, y a los de Arna nadie les hizo caso, porque a la gente a la que le pasa una cosa nunca se le cree.

En el resto del reino se contó de otra manera.

Se contó que un hombre había borrado una montaña.

Ahí, exactamente ahí, en algún despacho de una ciudad que la Compañía no había visto nunca, alguien hizo la cuenta que hacen siempre los hombres prácticos, y que esta vez no era una cuenta estúpida ni ambiciosa ni cobarde.

Era ésta:

Si un hombre puede quitar una montaña porque le parece bien, entonces ese hombre puede quitar cualquier cosa que le parezca mal.

Y nosotros no tenemos ninguna manera de saber qué le va a parecer mal mañana.

Capítulo 29

El Santuario

La orden llegó a Ribas el 14 de septiembre y estaba muy bien escrita.

Eso fue lo primero que dijo Eduardo cuando la leyó, y lo dijo en serio: estaba muy bien escrita. No acusaba a nadie de nada. No mencionaba la palabra magia. No hablaba de brujería, ni de demonios, ni de milagros.

Decía que la corona de Arvela, atendiendo a los sucesos del valle de Arna y al desabastecimiento de agua de cuatro términos, constituía una comisión para el estudio de las causas.

Decía que la comisión sesionaría en la ciudad de Vela.

Decía que el súbdito Eduardo Rendón, residente en Ribas de la Marca, quedaba requerido a comparecer y a permanecer a disposición de la comisión durante el tiempo que ésta estimase necesario.

—*A disposición* —leyó Ernesto en voz alta, por segunda vez.

—Sí.

—*Durante el tiempo que ésta estimase necesario.*

—Sí.

—Eso es una cárcel con buena letra.

—Sí —dijo Eduardo.

Luego, después de un momento:

—Voy a ir.

* * *

Discutieron cuatro días y Eduardo ganó, y la discusión fue en el patio, con los seis, porque él insistió en que fuera con todos delante.

—Es que tienen razón —dijo—. Ésa es la cosa que ninguno de ustedes quiere oír. Yo quité una montaña sin pedirle permiso a nadie y sequé cuatro pueblos por no hacer una cuenta. Si yo fuera el rey, yo también mandaría a alguien a preguntar qué carajos pasó.

—Tú no eres el rey —dijo Bruno.

—Por eso mismo.

—Y ellos no van a preguntar. Van a encerrarte.

—A lo mejor. —Eduardo se encogió de hombros—. Pero si no voy, ¿qué queda? Queda que la única manera de tratar conmigo sea por la fuerza. Y el día que eso quede establecido, alguien va a venir a Ribas con doscientos hombres, y en Ribas hay veintidós niños en una escuela.

Nadie tuvo nada que contestar a eso.

Ernesto sí, al final, la última noche, cuando estaban solos.

—Voy contigo.

—Ernesto...

—No como escolta. —Estaba sentado en el borde de la cama, con los codos en las rodillas—. Como testigo. Yo soy capitán de la Marca con catorce años de servicio y una guerra terminada, y eso en una sala vale algo. Yo entro contigo, me siento al fondo y no digo una palabra, y cuando salgas de ahí saldrás conmigo o no sale nadie.

Eduardo se sentó a su lado.

—Vale.

—¿Ya está? ¿Sin pelear?

—El mismo día —dijo Eduardo—. Ésa era la regla. Tú lo decides tú y yo lo decido yo, y esto lo has decidido tú.

Ernesto lo miró de reojo.

—Estás aprendiendo.

—Llevo un año practicando. Es horrible.

* * *

Salieron para Vela el 22 y llegaron el 30, y estuvieron once días en una sala.

Fueron once días de preguntas, y hay que decir que la comisión no fue una farsa: había cuatro hombres y una mujer, y de los cinco, tres querían saber de verdad. Eduardo contestó a todo. Llevó las tablas de la grieta. Explicó las once semanas de zanjas. Explicó por qué las zanjas no bastaron y explicó, con una

honestidad que dejó a la sala en silencio, que él no había calculado el agua y que era culpa suya.

A la izquierda de la mesa, en una silla baja, con una caja de madera al lado, había un hombre de veinticuatro años que no preguntó nada en once días.

Eduardo lo reconoció el segundo día y tardó otro en ubicarlo.

—Usted vino a Ribas —le dijo en el pasillo, en el descanso—. Con el prior Casián. Hace tres años.

—Sí.

—Aldo.

—Sí. —El hombre no pareció ni sorprendido ni halagado—. Buenos días.

Se metió otra vez en la sala.

Eduardo se lo contó a Ernesto aquella noche y Ernesto no le dio ninguna importancia, y en eso Ernesto Valdas se equivocó, y fue una de las tres o cuatro veces en cincuenta años en que se equivocó en una cosa de ésas.

Porque Aldo escribía.

Escribió los once días completos. Escribió las preguntas y las respuestas, y escribió también lo otro: a qué hora entró cada uno, quién bebió agua, cuánto tardó el compareciente en contestar a cada pregunta. Existe todavía y son sesenta y una hojas, y es el documento más exacto que se conserva de aquella semana, y en las sesenta y una hojas no hay una sola opinión.

Ésa es la parte que hay que entender de aquel hombre, y que quien esto escribe tardó años en entender leyéndolo: Aldo de Vela no fue nunca enemigo de nadie.

Nunca dijo una mentira. Nunca acusó. Nunca pidió una detención. En cincuenta y cuatro años de oficio no consta que hiciera una sola cosa que se pueda llamar injusta.

Sencillamente no dejó de mirar ni un solo año.

Eduardo explicó lo del páramo de Alcor y dijo que era él.

Explicó que no sabía cómo pararlo.

Al undécimo día, por la tarde, entró en la sala un secretario con un pliego y se lo pasó al presidente de la comisión, y el presidente lo leyó, y se puso de pie, y dijo que la comisión quedaba suspendida y que el compareciente pasaba a disposición del Consejo.

Ernesto se levantó del fondo de la sala.

—¿Por orden de quién?

—Capitán, siéntese.

—¿Por orden de quién?

Lo que había en el pliego no lo supieron hasta seis meses después.

Era la orden que se había firmado en la ciudad de Ordas dos semanas antes de que la comisión empezara: la que decía que el compareciente sería retenido cualquiera que fuese el resultado, y que la comisión se celebraría igualmente para que constara en acta que había habido una.

La había impulsado un antiguo consejero llamado Belmar que ya no era consejero, y la habían firmado nueve personas, y de las nueve, siete no lo hicieron por dinero.

Lo hicieron porque tenían miedo, y porque tenían razón en tenerlo.

* * *

Salieron de Vela esa noche y salieron mal.

De aquello Ernesto no habló nunca con detalle. Fueron dos horas feas en un edificio con pasillos, con Jimena entrando por un tejado y con Bruno abriendo una puerta que no estaba hecha para abrirse, y hubo cuatro hombres heridos, y ninguno murió, y ésa fue la única cosa que Ernesto puso en claro y que repitió toda su vida: *ninguno murió*.

Eduardo no hizo nada.

Ésa fue la orden y la dio él y la cumplió: no usó la Anuencia dentro de aquel edificio ni una sola vez, ni para abrir, ni para empujar, ni para protegerse.

Salió de Vela corriendo por un callejón, con Tomás agarrándolo del brazo, y a la salida de la ciudad se subió a un caballo y no volvió a pisar una ciudad en once años.

* * *

Los persiguieron nueve semanas.

De octubre a diciembre, por la Marca y por el norte, y no fue una persecución de las de las canciones. Fue una cosa administrativa, paciente y muy bien hecha, y la dirigía un comendador llamado Fane que tenía cuarenta y cuatro años, doscientos hombres y ninguna prisa.

Fane no batió el monte. Fane cerró los caminos, puso gente en los vados, mandó aviso a los concejos y esperó. Sabía perfectamente que un grupo de

siete personas con caballos tiene que comer, y que la gente que da de comer habla.

Era decente, además. Ésa fue la parte más incómoda: en Sarva, cuando le dijeron que la Compañía había pasado por ahí, no quemó nada y no colgó a nadie. Preguntó, anotó y se fue.

En noviembre casi los agarra dos veces.

En la segunda —el 9, en el vado de Ontes— pasaron a cuarenta pasos de una patrulla y se salvaron porque Vidal olió el humo de una pipa.

A partir de esa noche dejaron de dormir.

* * *

Hay que contar esto despacio, porque es lo que hace que lo otro signifique algo.

Un grupo perseguido no duerme de una manera especial. Duerme mal, y duerme por turnos, y a las tres semanas todo el mundo está enfermo aunque nadie tenga nada.

Vidal tenía sesenta y dos años. En noviembre llevaba tres semanas durmiendo dos horas por noche sobre piedra mojada, y le costaba montar, y no se quejó ni una vez, y todos lo vieron.

Anselmo empezó a equivocarse. Se le cayeron dos frascos en una semana. Un día contó el pulso de Jimena y lo contó mal.

Jimena dejó de hablar del todo.

A Bruno le empezó un temblor en la mano izquierda que le duró seis meses.

Tomás, que tenía veintiún años y aguantaba mejor que nadie, se despertó una noche gritando y no supo decir por qué.

Ernesto no dormía nada.

Eso fue lo peor y Eduardo lo veía. Ernesto se ponía la primera guardia y la última, se acostaba con las botas, y se levantaba tres veces por noche a mirar el camino. Llevaba media vida haciendo eso y el cuerpo se le había acostumbrado, y en noviembre dejó de acostumbrarse: se le puso la cara gris, se le hundieron los ojos, y una mañana Eduardo lo vio intentar abrocharse una hebilla durante casi un minuto.

Eduardo miraba.

Ésa era su situación exacta y lo estaba matando. Podía haber terminado aquello en una tarde. Podía haber puesto a doscientos hombres a cuarenta leguas, o haberles quitado las ganas, o haberse llevado a los seis a un sitio donde no llegara nadie. Tenía el poder de hacer cualquiera de esas cosas y lo tenía disponible todos los días.

No lo hacía por una razón que le había costado seis años entender: porque la primera vez que él usara la magia contra un hombre por conveniencia, ya no habría ninguna línea en ninguna parte.

Así que cargaba agua.

Cargaba agua, cavaba la letrina, vigilaba la olla y le quitaba las guardias a Vidal a la fuerza, y miraba a seis personas destruirse por él durante nueve semanas.

* * *

La noche del 30 de noviembre acamparon en un pinar del alto de Ferre, sin fuego, con lluvia fina.

Eduardo se quedó de guardia hasta las dos.

A las dos fue a despertar a Ernesto y no lo despertó.

Se quedó de pie a su lado, mirándolo dormir con la boca abierta y el ceño apretado, con la mano todavía en el cinto de la espada, y no lo despertó.

Después se sentó contra un pino, con la espalda mojada, y estuvo mirando a los seis.

Vidal roncaba de una manera que no era buena. Bruno se había dormido sentado. Anselmo tenía el maletín debajo de la cabeza. Jimena estaba de lado, hecha un ovillo, con el arco malo al alcance de la mano. Tomás dormía como duermen los de veintiún años, tirado, con un brazo fuera de la manta, con la cara de un niño.

Eduardo Rendón, empapado, con las manos entre las rodillas, deseó una cosa.

No la dijo en voz alta, porque llevaba cinco años sin decir en voz alta lo que quería, y aquella noche estaba demasiado cansado para acordarse de por qué.

Lo que deseó fue esto:

Que esta noche no nos encuentre nadie.

Nada más esta noche. Que duerman.

Se durmió sentado, con la espalda contra el pino, cosa que no había hecho en nueve semanas.

* * *

Se despertaron a las once de la mañana.

Los siete.

Ernesto se levantó de un salto con el corazón en la boca, con la certeza absoluta de que había pasado algo terrible, porque en diecisiete años no se había despertado nunca después del amanecer.

Estaba seco.

Ésa fue la primera cosa que no cuadró. Había llovido toda la noche y él estaba seco, y la manta estaba seca, y a tres pasos, en el suelo del pinar, había un charco.

La segunda fue el silencio.

La tercera fueron los caballos, que estaban tranquilos, y que no lo habían estado en dos meses.

—Capitán —dijo Jimena, desde el borde del claro, con una voz muy rara.

Ernesto fue.

Abajo, a doscientos pasos, en el camino que bajaba del alto de Ferre, había pasado una columna.

Se veían las huellas en el barro: catorce, quince caballos, marchando en orden, en dirección al sur. Había pasado hacía poco. Había pasado, según Jimena, entre las siete y las ocho de la mañana.

El humo de la fogata que no habían encendido, y los caballos, y las siete personas dormidas a doscientos pasos en un pinar sin ninguna clase de cobertura, habían estado ahí todo el tiempo.

—Nos han pasado por debajo —dijo Bruno.

—Sí.

—A doscientos pasos.

—Sí.

—¿Y cómo...?

Y todos, a la vez, se voltearon a mirar a Eduardo.

Eduardo estaba sentado contra su pino, con las manos en la cara.

—Ay, no —dijo.

* * *

Tardaron tres semanas en entender lo que era y lo entendieron a base de probarlo, porque tenían a Anselmo y a Eduardo y porque ninguno de los dos sabía dejar una cosa sin medir.

No era invisibilidad. Eso lo descartaron el primer día: se veían perfectamente entre ellos y se veían las cosas.

No era una barrera. Bruno tiró una piedra hacia fuera y la piedra salió.

Lo que hacía, hasta donde consiguieron determinarlo, era una cosa mucho más rara y mucho más difícil de decir:

Dentro del Santuario, aquel sitio dejaba de importar.

Un hombre que pasaba por el camino veía el pinar. Lo veía con los ojos, perfectamente. Y no se le ocurría mirar. Y si miraba, veía árboles, y le parecía bien, y seguía andando, y a la media legua ya no se acordaba de haber pasado por un pinar.

—Es como una palabra que tienes en la punta de la lengua —dijo Eduardo, intentando explicarlo—. La sabes. Está ahí. Y no viene.

Hacía más cosas, todas pequeñas y todas domésticas, y ninguna la había pedido nadie.

El sonido se amortiguaba: se podía hablar en voz normal.

El viento bajaba.

La lluvia caía torcida.

Los animales grandes rodeaban la zona sin acercarse, y los pequeños entraban y se quedaban, y aquel invierno hubo en varios campamentos una cantidad de pájaros que a Vidal le parecía indecente.

Y el humo no llamaba la atención de nadie.

Eduardo lo probó todo con una obsesión que a Ernesto le pareció, al principio, exagerada.

Después entendió por qué.

* * *

Anselmo hizo la pregunta el noveno día y la hizo bien, porque Anselmo siempre hacía bien las preguntas malas.

—Eduardo.

—Dime.

—¿Les estás tocando la cabeza?

Eduardo dejó lo que estaba haciendo.

—No lo sé —dijo.

—Pues es la única pregunta que importa.

—Ya lo sé. —Eduardo se sentó—. Llevo nueve días sin dormir por eso.

Porque ésa era la línea, y los dos lo sabían, y era la misma línea de siempre. Una cosa es que el mundo deje de considerar relevante un pinar. Otra completamente distinta es meterse dentro de un hombre y quitarle una idea de la cabeza.

Y desde fuera se parecen.

Así que Eduardo lo comprobó de la única manera en que se podía comprobar, que era una barbaridad, y la hizo sin consultarla, y ésa fue la última vez en su vida que decidió una cosa así solo.

Salió del Santuario.

Bajó al camino con una capa vieja y un cesto, se sentó en un mojón y esperó, y a media tarde pasó una patrulla de seis hombres de Fane.

Se levantó y les pidió agua.

Los seis pararon. Le dieron agua. Le preguntaron de dónde era y él dijo que de Sarva, y hablaron un rato del precio de la lana.

Y en algún momento Eduardo señaló con la barbilla hacia el alto.

—Bonito pinar —dijo.

—Sí.

—¿Han subido?

El cabo se volteó a mirar el pinar.

Lo miró tres o cuatro segundos, con los ojos, perfectamente.

—No —dijo—. No hay nada arriba.

—¿Han mirado?

—Es un pinar. —Se encogió de hombros—. Además, si hubiera algo, lo habríamos visto desde aquí.

Y siguieron.

Eduardo volvió al campamento andando muy despacio y llegó de noche, y se sentó junto a los seis, y les contó exactamente lo que había pasado, palabra por palabra.

—A ver si lo entiendo —dijo Bruno—. ¿Le preguntaste a un soldado del rey si te había visto?

—Sí.

—¿Y podías haberte quedado aquí calladito?

—Sí.

—Eres un imbécil —dijo Bruno, con un cariño enorme.

—El cabo miró el pinar —dijo Eduardo—. Ésa es la parte. Movió la cabeza y lo miró. Y me dijo que si hubiera algo lo habría visto desde ahí, que es una frase perfectamente razonable de un hombre perfectamente cuerdo. —Levantó la cara—. No le quité nada. No le puse nada. Ese hombre está entero. Lo único que pasa es que este pinar no es importante.

Anselmo lo pensó mucho rato.

—¿Y eso te tranquiliza? —dijo.

—Hoy sí. —Eduardo se abrazó las rodillas—. Pregúntame otra vez en diez años.

* * *

Ernesto lo entendió esa misma noche y lo entendió de otra manera, que era la suya.

Se sentó al lado de Eduardo junto al fuego que ya se podían permitir, y se quedó mirando a los otros cinco.

Vidal dormía. Dormía de verdad, boca arriba, con la boca abierta, sin ese ronquido malo. Anselmo llevaba tres días sin equivocarse. A Jimena se le había oído la voz el martes. Tomás, que había pasado nueve semanas durmiendo con un cuchillo, tenía el cuchillo en el fardo.

Bruno estaba roncando de una manera obscena.

—Eduardo.

—Mmh.

—Yo llevo doce años sin dormir una noche entera.

Eduardo se volteó.

—Doce —repitió Ernesto—. Desde antes de Peña Rota. Yo creía que era mío. Creía que se me había roto una cosa dentro y que ya. —Se pasó la mano por la cara—. Anoche dormí seis horas seguidas y me desperté y no sabía dónde estaba, y me dio miedo, y luego me di cuenta de que lo que me estaba dando miedo era estar descansado.

Eduardo no dijo nada.

—Tú no has escondido un campamento —dijo Ernesto—. Eso es lo que cree Bruno y está bien que lo crea.

Se giró hacia él.

—Has conseguido que, por primera vez en muchos años, todos podamos dormir.

Ésa es la frase que se quedó, y la que se contó, y la que cuarenta años después seguía repitiendo un hombre viejo en una granja cuando alguien le preguntaba qué era el Santuario.

* * *

El Santuario tenía dos límites y los dos importan.

El primero es que se movía con él. Donde estaba Eduardo estaba el Santuario, y a unos trescientos pasos alrededor, y ni un paso más. No se podía dejar puesto. No se podía mandar a otro sitio.

El segundo es la consecuencia del primero, y Eduardo la entendió esa misma semana y no durmió bien nunca más pensando en ella:

En Ribas, a sesenta leguas, había una escuela con veintidós niños, una fragua, un molino, cuarenta casas y un prado.

Y en Ribas no había ningún Santuario.

Capítulo 30

Once minutos

Fane entró en Ribas el 4 de marzo con ciento noventa hombres y no rompió nada.

Ésa fue su idea y era buena. Alojó a la tropa en el prado, en tiendas, y prohibió expresamente que se tocara una sola casa. Pagó el grano que consumió, en dinero, al concejo. Puso dos hombres a ayudar en el molino. Cerró la escuela y mandó decir a las familias que la escuela volvería a abrir cuando se resolviera el asunto.

No detuvo a nadie. No interrogó a nadie más de una vez.

Esperó, porque sabía perfectamente lo que estaba haciendo.

Se lo dijo a su segundo la primera semana, y su segundo lo contó años después, y es la frase que mejor explica todo lo que pasó el 2 de abril:

—A este hombre no lo vamos a coger nunca en el monte. Al monte no hace falta ir. Basta con sentarse encima de lo que quiere.

* * *

La Compañía se enteró en Sarva a mediados de marzo.

Eduardo escuchó al arriero de pie, sin decir nada, y cuando el hombre terminó le preguntó tres cosas: si habían pegado a alguien, si habían quemado algo y si los niños comían.

No, no y sí.

—Bien —dijo—. Es un hombre decente.

—Eso lo hace peor —dijo Vidal.

—Ya lo sé.

Discutieron una noche entera y no fue una discusión de verdad, porque los siete sabían desde el primer minuto lo que iba a pasar.

—Voy a entregarme —dijo Eduardo.

—No —dijo Ernesto.

—Ernesto...

—He dicho que no y te voy a explicar por qué, y no es lo que crees. —Ernesto puso las dos manos sobre la mesa—. Si te entregas hoy, mañana hay otro Fane sentado en otro pueblo. Porque habrá funcionado.

Silencio.

—Ese hombre acaba de descubrir cómo se te caza —dijo Ernesto—. Y en cuanto le funcione, se lo cuenta a todo el mundo. Y entonces cualquiera que quiera algo de ti no tiene más que sentarse encima de una escuela.

Eduardo se quedó callado un rato largo.

—Entonces qué —dijo.

—Entonces vamos —dijo Ernesto—. Y hablas con él. Con las manos vacías, delante de sus hombres y de los nuestros, en el patio de tu casa. Y le explicas que esto no se hace.

—¿Y si no le convenzo?

—Pues no le convences y ya veremos. —Ernesto se encogió de hombros—. Yo he estado en catorce años de guerra, Eduardo. La mitad de las cosas se arreglan hablando y la otra mitad no, y nunca se sabe cuál es cuál hasta que hablas.

* * *

Llegaron a Ribas el 2 de abril a las diez de la mañana.

Entraron por el camino del sur, los siete, a caballo, al paso, sin armas a la vista. Ernesto llevaba la espada envainada cruzada delante de la silla, con las dos manos encima, que es el gesto que en la Marca significa una cosa muy concreta.

Eduardo iba en el centro.

No llevaba puesto el Santuario. Eso lo decidió él en el alto, media legua antes: lo apagó, o lo dejó ir, o hizo lo que fuera que hacía, y le costó como diez minutos, y cuando bajaron al valle eran siete personas perfectamente visibles.

Fane los estaba esperando en el patio.

Había puesto a cuarenta hombres alrededor de la plaza, en orden, sin arcos armados. Él estaba de pie junto al brocal del pozo con el yelmo debajo del brazo, y tenía cuarenta y cinco años, la cara ancha y una manera de estar quieto que a Ernesto le resultó familiar de inmediato, porque era la suya.

Detrás, en las puertas de las casas, estaba el pueblo entero.

Eduardo se bajó del caballo.

—Comendador.

—Señor Rendón.

—Le agradezco que no haya roto nada.

—Cumplo órdenes y tengo hijos —dijo Fane—. Las dos cosas.

Por un momento, un momento muy corto, aquello iba a salir bien.

Hablaron veinte minutos. Hablaron de verdad: Fane escuchó, y contestó, y admitió sin ninguna dificultad que sentarse encima de una escuela era una porquería y que lo había hecho porque funcionaba. Eduardo le propuso ir a Vela con tres condiciones escritas. Fane dijo que dos las aceptaba y la tercera no dependía de él.

Estaban en eso.

Estaban exactamente en eso, con los caballos tranquilos y cuarenta hombres en orden y un pueblo mirando, cuando a un soldado de diecinueve años de la segunda fila se le fue la ballesta.

* * *

Se le fue por miedo. Eso es todo lo que pasó y así consta en las tres actas.

Llevaba tres semanas en Ribas oyendo hablar del hombre que había borrado una montaña, y llevaba veinte minutos a doce pasos de él, y le sudaban las manos, y se le fue el dedo.

El virote salió alto.

No iba a nadie. Ésa es la parte insoportable: no iba a nadie, pasó por encima de la cabeza de Eduardo y se clavó en la puerta de la casa grande, en la puerta que había hecho Bruno.

Todo el mundo se movió a la vez.

Los cuarenta de Fane, porque un disparo es un disparo. Bruno, porque estaba a dos pasos de Eduardo. Jimena, que ya tenía flecha. Fane, que gritó *¡ALTO!* con una voz que se oyó en todo el valle y que llegó tarde por dos segundos.

Roque.

Roque tenía dieciocho años, era el chico del caserío que a los once les había mentido a la cara a dos hombres de Belmar, había aprendido a leer con Eduardo, y llevaba tres semanas viendo su escuela cerrada.

Estaba en la puerta de una casa con una horca de heno en la mano.

Cuando oyó el disparo, corrió hacia adelante.

Un sargento lo vio venir con la horca y lo paró con la espada, y no lo mató, y le abrió el brazo desde el hombro al codo, y Roque se cayó al suelo del patio gritando.

El pueblo salió.

* * *

Duró once minutos.

Ernesto lo dijo así toda su vida, con esa precisión suya: *once minutos*. Y contaba también lo otro, que era lo que la gente no quería oír: que en once minutos murieron nueve personas, y que de las nueve, siete eran soldados de Fane, y que cuatro de esos siete tenían menos de veintitrés años.

Empezó como empiezan estas cosas, que es de una manera confusa y sucia y sin ninguna forma.

Ernesto llegó hasta Roque en cuatro pasos, le puso el pie encima al sargento y le gritó a Fane que llamara a su gente, y Fane estaba llamando a su gente, y era demasiado tarde porque el pueblo ya estaba en el patio.

Eduardo levantó un muro.

Ésa fue su primera decisión y fue la correcta: una cosa que no se veía, entre las cuarenta casas y los cuarenta soldados, y que aguantó nueve o diez segundos y separó la cosa en dos.

Los diez segundos sirvieron para que Fane recuperara a treinta de los suyos.

No sirvieron para los otros diez, que estaban del lado malo, y que se encontraron rodeados por sesenta campesinos con horcas y hoces, y que hicieron lo que hace un soldado rodeado.

Ahí murió el primero.

Entonces vino la lanza.

* * *

Ernesto estaba de espaldas, levantando a Roque del suelo con un brazo, gritándole al herrero del caserío que se metiera en su casa.

La lanza se la metió un hombre de Fane que no lo había reconocido, que no sabía quién era, y que había visto a un tipo grande agarrando a alguien y había hecho su trabajo.

Le entró por el costado derecho, debajo de las costillas, y salió tres dedos por detrás.

Ernesto no gritó. Se dobló hacia adelante, soltó a Roque y se puso una mano en el asta, y se quedó de rodillas en el barro del patio de su casa mirándose la mano.

Eduardo lo vio.

* * *

Lo que pasó después está contado por ochenta personas y no hay dos versiones iguales, y todas las versiones tienen en común una sola cosa: que al principio no hubo nada raro.

Eduardo cruzó el patio corriendo.

Corrió. Eso es lo primero que hay que decir y es lo que nadie cuenta: corrió como corre un hombre grande, mal, pesado, con los brazos, resbalando en el barro.

El hombre de la lanza se volteó hacia él con la espada.

Eduardo le entró por dentro, le pasó el antebrazo izquierdo por el brazo armado y le metió el hombro derecho en el pecho, que es una cosa que le había enseñado Ernesto en un patio hacía cinco años y que había repetido mil veces porque era lo único de la esgrima que se le daba bien.

El hombre salió volando once pasos.

Ahí fue donde apareció la magia: en el hombro, en el impacto, exactamente en el gesto. No antes. No después. Salió del punto de contacto como sale la fuerza de un golpe, sólo que multiplicada por algo que no tenía número.

El hombre cayó en el barro y no se levantó y no se murió.

Eduardo siguió.

Bloqueó una espada con el antebrazo desnudo y el acero se paró en el aire un dedo antes de tocarlo, como si entre los dos hubiera de pronto más distancia de la que había, y rebotó; y en el mismo movimiento Eduardo giró y le dio a alguien con el codo y ese alguien atravesó una empalizada.

Le tiraron una lanza y la apartó con la mano izquierda sin dejar de avanzar.

Uno le entró por detrás y él se dejó caer y giró en el suelo, barriéndole las piernas —la técnica era de Ernesto, la había odiado durante dos años porque le destrozaba la cadera—, y la energía se llevó al hombre por delante como se lleva el agua una silla.

Le abrieron el hombro. Le abrieron la ceja. Le dieron con el canto de un escudo en la boca y escupió sangre y siguió.

Llegó hasta Ernesto y se arrodilló, y en el barro, con el ruido encima, le puso las dos manos alrededor del asta y no la sacó, porque sabía que no se saca, porque llevaba seis años oyéndoselo a Anselmo.

—Eduardo —dijo Ernesto.

—Aquí estoy.

—Vete de aquí.

—No.

—Vete de...

—Que no.

Le puso una mano en la cara, y con la otra hizo lo único útil que sabía hacer: le cerró la hemorragia por dentro, alrededor del hierro, que era una cosa que había hecho diecinueve veces en un prado y ninguna con una lanza puesta.

Le funcionó.

Entonces levantó la cabeza y miró alrededor, y empezó lo otro.

* * *

Lo otro no fue una decisión.

Ésta es la parte que Eduardo intentó explicarle a la gente durante años y que sólo entendieron dos personas, y una era Isaura.

Él no decidió escalar. Él siguió haciendo exactamente lo mismo que llevaba cuatro minutos haciendo.

Lo que cambió fue que empezó a hacerle falta menos cuerpo.

Un hombre le vino con un cuchillo y Eduardo levantó el brazo para bloquearlo y la hoja se dobló antes de llegarle. No la tocó. Se dobló en el aire, a dos palmos, como se dobla una cuchara.

Otro cogió una piedra del suelo y la piedra le estalló en la mano.

Un tercero corrió a esconderse detrás del carro, y Eduardo no lo vio, y las sombras del patio se apartaron del carro como se aparta un mantel, y el hombre se quedó en cuclillas a la vista de todo el mundo.

A los siete minutos, un hombre de Fane que llevaba al cuello una reliquia de la Orden —una cosa de hueso engarzada, comprada en un mercado, en la que él creía— la agarró con las dos manos y se plantó delante de Eduardo y le gritó una fórmula.

No pasó nada durante medio segundo.

Después ese hombre se cayó de rodillas con la nariz y los oídos sangrando, y no se volvió loco y no se murió: se quedó tres semanas sin poder hablar y después habló y estuvo bien.

Lo que le pasó lo contó él mismo, mucho después, a un escribiente de Vela, y es la única descripción que existe de aquello desde dentro:

Yo quise meterme y me metí. Y no había un hombre.

Había una cosa del tamaño de un valle, y estaba llena, y estaba pensando en un hombre que tenía una lanza puesta.

Y yo cabía dentro entero como cabe una mosca en una iglesia.

* * *

A los nueve minutos, Eduardo dejó de moverse.

Estaba de pie en el centro del patio, con la ceja abierta y el hombro abierto y sangre en la boca, y ya no le hacía falta llegar hasta nadie.

Miraba y pasaban cosas.

En ese momento —y esto lo declararon cuatro personas por separado, y una fue Fane— hubo en el patio de Ribas unos segundos de silencio absoluto, porque los ciento y pico de hombres que quedaban de pie entendieron todos a la vez, sin hablarlo, que aquello se había acabado y que llevaban un rato peleando contra el clima.

Un hombre no lo entendió.

Se llamaba —Eduardo no lo supo hasta cinco meses después, y cuando lo supo se pasó una semana sin comer— se llamaba Teso, tenía treinta y un años, era de un pueblo de la costa, tenía tres hijas y llevaba catorce años en el oficio.

Vio al capitán en el suelo con una lanza puesta y vio al extranjero de pie a dos pasos.

Fue por Ernesto.

No por Eduardo: por Ernesto. Con la espada corta, hacia el bulto que estaba en el barro sin poder moverse, porque en catorce años había aprendido que al que está en el suelo se le termina.

Eduardo giró la cabeza.

Y Teso dejó de existir.

* * *

Hubo un hombre corriendo con una espada corta, y después hubo el patio.

Sin cuerpo. Sin grito, sin luz, sin ceniza, sin ruido.

La espada tampoco.

Las huellas que había ido dejando en el barro, desde la esquina de la casa hasta el punto donde estaba, tampoco: el barro estaba liso.

Ochenta personas lo vieron y ninguna supo qué había visto. Varias declararon que se les había olvidado algo en ese momento. Dos dijeron que sintieron un tirón. El herrero del caserío, que estaba a quince pasos, declaró una cosa que el escribiente anotó tal cual y que es la mejor de todas:

Yo estaba mirando a un hombre y de pronto estaba mirando el suelo, y no me di cuenta de que había cambiado de sitio la vista.

Eduardo se quedó quieto.

Y en su cabeza no hubo horror, y eso fue lo peor.

Lo que hubo fue una nota. Una observación tranquila, de laboratorio, del mismo tono exacto con el que había escrito durante seis años sus tablillas:

Ha sido más fácil que lo del cuenco.

Un cuenco tiene que venir de alguna parte. Quitar no tiene ese problema.

Quitar es más fácil que poner.

Ah.

Ah, no.

Se le abrió el mundo por debajo.

A la vez —esto lo confesó una sola vez, a Ernesto, tres años después, llorando— a la vez sintió la otra cosa, la que llevaba seis años temiendo:

Sintió alivio.

Porque llevaba once minutos peleando y estaba agotado, y aquello había sido limpio, y rápido, y no había tenido que golpear a nadie.

Ahí, en el patio de su casa, con noventa personas mirándolo, Eduardo Rendón levantó la cabeza y miró a los que quedaban de pie.

Eran unos ochenta.

Y se le ocurrió que eran ochenta.

* * *

—Eduardo.

La voz venía de abajo.

—Eduardo.

Ernesto estaba en el barro, apoyado en un codo, con el asta de la lanza todavía puesta y la cara del color de la ceniza, y había juntado el aire que le quedaba para llamarlo.

No dijo *detente*.

No dijo *basta*, ni *por Dios*, ni *míralos*.

Dijo:

—Vuelve.

Y Eduardo parpadeó.

Se le fue el rojo de los ojos, de dentro hacia fuera, y volvió a mirar el patio y esta vez lo vio: el barro, la puerta rota, a Roque sentado contra una pared con el brazo abierto, a Anselmo arrodillado sobre alguien, a Bruno de pie con un martillo y la cara destrozada, a ochenta hombres de un rey que estaban quietos y aterrados y que eran, todos y cada uno, personas.

—Ay, no —dijo Eduardo—. Ay, no. Ay, no, no, no, no.

Se le doblaron las rodillas.

Ahí, arrodillado en el barro, hizo lo otro, y lo hizo llorando y con las manos temblando y sin ninguna certeza de que se pudiera hacer, porque era la primera vez y porque no tenía ningún motivo para creer que aquello tuviera vuelta.

Cerró los ojos.

Buscó a un hombre del que no sabía nada. Ni el nombre, ni la cara. Sólo el sitio del patio en el que había estado, y el tamaño del hueco, y la forma exacta de lo que faltaba.

Y lo puso.

* * *

Teso apareció a cinco pasos de donde había desaparecido, de pie, corriendo, con la espada corta en la mano.

Dio tres zancadas más antes de darse cuenta de que ya no había nadie delante, y frenó, y se quedó parado en medio del patio mirando alrededor con una cara de desconcierto absoluto.

No le había pasado nada.

Ésta es la parte que Anselmo comprobó durante tres días con una obsesión enfermiza: no le había pasado absolutamente nada. No había perdido tiempo, ni memoria, ni peso. Tenía las mismas cuatro cicatrices que se conocía. Se acordaba de sus tres hijas y de sus nombres y de la última cosa que había pensado, que era una grosería.

Lo único que dijo, aquel día, mirando a la gente que lo miraba, fue:

—¿Qué pasa?

Ochenta hombres del rey de Arvela y sesenta vecinos de un pueblo de la Marca bajaron las armas a la vez, sin que nadie diera ninguna orden.

* * *

Murieron nueve.

Siete de Fane y dos del caserío: un hombre de cincuenta y tres años que se llamaba Bel y una mujer de treinta y uno que se llamaba Dora y que había ido al patio a buscar a su hijo.

Eduardo no los devolvió.

Se le pidió. Se le pidió esa misma tarde, en el patio, por dos familias, de rodillas, y se le pidió otra vez al día siguiente, y a la semana siguiente, y durante años.

Él dijo que no todas las veces, y no dio explicaciones nunca en público, y esa negativa le costó en la comarca más que todo lo demás junto.

En privado se lo explicó una sola vez a Ernesto, dos noches después, sentado en el suelo del cuarto del norte:

—Con Teso no hice nada. Yo hice un agujero y lo tapé, y lo tapé cuatro segundos después, y el agujero todavía tenía la forma. —Le temblaban las manos—. Bel murió. Nadie lo quitó. Se le paró el corazón, y eso lo hizo el mundo, y el mundo lleva tres días acomodándose a que Bel no esté.

—¿Y si lo intentaras?

—Ernesto. —Eduardo levantó la cara—. Si yo puedo traer a Bel, entonces puedo traer al padre de Bel. Y al abuelo. Y a los treinta y cinco hombres tuyos. Y a mi madre.

Silencio.

—Y entonces la muerte se convierte en una cosa que se arregla si conoces a alguien —dijo—. Y yo soy el alguien.

Se abrazó las rodillas.

—Prefiero que me odien.

* * *

Fane se llevó a sus hombres cuatro días después.

Antes de irse, subió al patio y estuvo media hora hablando con Ernesto —que estaba vivo, y que iba a tardar cinco meses en poder montar, y que estaba vivo— y después buscó a Eduardo.

Lo encontró sentado en el brocal.

—Señor Rendón.

—Comendador.

Fane se quedó de pie, con el yelmo debajo del brazo, buscando cómo decir una cosa.

—Yo he visto pelear a mucha gente —dijo al fin.

—Sí.

—Y usted no peleaba como pelea alguien que tiene poder. Usted peleaba como pelea alguien de la Marca. —Se pasó la mano por la boca—. Con los codos. Barriendo por abajo. Eso lo enseñan en dos sitios y los dos son de aquí.

Eduardo no dijo nada.

—Y en el minuto nueve dejó de pelear como uno de aquí —dijo Fane—. Y ahí es donde quiero llegar. En el minuto nueve yo estaba a treinta pasos y le miré la cara, y le voy a decir lo que vi, porque creo que le sirve.

—Dígalo.

—No vi crueldad. —Fane lo miró—. Vi a un hombre haciendo un trabajo. Como el que aparta la nieve.

Eduardo cerró los ojos.

—Sí —dijo—. Eso fue.

—Ya lo sé. —Fane se puso el yelmo debajo del otro brazo—. Y por eso voy a escribir en mi informe que este pueblo no debe volver a ocuparse, y me van a quitar el mando, y me da igual, porque tengo hijos.

Se dio la vuelta.

Y a los cuatro pasos, sin volverse:

—El capitán me ha dicho que usted le devolvió a un hombre porque él le dijo una palabra.

—Sí.

—Pues no se separe de ese hombre, señor.

Capítulo 31

La ciudad imposible

Ernesto tardó cinco meses en poder montar y ocho en poder cargar peso, y en ese tiempo la Resonancia se comió cuatrocientos kilómetros cuadrados de Arvela.

Los números son de Isaura, que se pasó aquel año midiéndola desde fuera con dos ayudantes y un teodolito de madera que se hizo ella, y son aproximados, y son los únicos que hay.

Se comió Alcor, que ya estaba vacío.

Se comió el páramo entero y bajó por el valle de Ontes, y en septiembre alcanzó el río Ferre, y ahí pasó una cosa que a Isaura le llevó cuatro meses entender: el río no desapareció. Siguió corriendo. Lo que cambió fue que corría por debajo de un puente de concreto de cuatro carriles con barandal de metal y con una pintada azul en el estribo que decía VIVA EL AMÉRICA.

Se comió tres aldeas.

No murió nadie. Nunca murió nadie: la Resonancia daba entre dos y cuatro días de aviso, siempre igual, siempre empezando por una acera. La gente se iba con lo que podía cargar y bajaba al sur, y en la Marca de Arvela hubo aquel invierno cuatro mil personas desplazadas, y las alojaron los pueblos, y hubo hambre, y hubo dos motines, y nadie ha contado nunca ese invierno porque no es una parte bonita de la historia.

La Orden dijo que era el fin del mundo.

No lo dijo el prior Casián, que escribió tres cartas seguidas al capítulo general pidiendo que no se dijera. Lo dijeron otros. Y para la primavera había en el sur del reino predicadores explicando que la ciudad de vidrio era la ciudad del final, y que estaba escrito, y que el que la había traído tenía nombre y vivía en la Marca.

Ernesto le leyó esas cartas a Eduardo en voz alta, él mismo, sentado en la cama, todavía sin poder toser sin agarrarse el costado.

Eduardo escuchó las tres.

—Bueno —dijo, cuando terminó—. Ya está.

—¿Ya está qué?

—Que ya no puedo esperar a estar bien —dijo Eduardo—. Llevo un año esperando a estar bien y no voy a estar bien, y mientras yo espero se está comiendo un reino.

* * *

De cómo entraron sólo se puede contar lo que Eduardo explicó y lo que le pasó a la Compañía, y las dos cosas no se parecen.

Eduardo lo explicó así, la noche antes, en el campamento del borde:

—No nos deja pasar porque no somos suyos.

—Explícate —dijo Anselmo.

—Eso de ahí dentro es un recuerdo. Es el recuerdo de un hombre concreto de una ciudad concreta. —Eduardo señaló hacia las luces—. Y un recuerdo no tiene sitio para gente que no estaba. Por eso caminamos dos horas en línea recta y salimos por donde entramos: no nos echa. Nos... nos hojea. Como cuando buscas una cosa en una habitación y pasas cuatro veces por delante de otra que no te interesa.

—¿Y cómo se entra?

—Siendo suyo.

Silencio.

—Yo puedo entrar —dijo Eduardo—. Yo puedo entrar cuando quiera y lo he sabido desde el primer día, y por eso no he venido en año y medio.

Ernesto lo miró.

—¿Por qué?

—Porque para entrar tengo que dejar de aguantarme.

Se quedó callado.

—Llevo siete años haciendo una cosa todos los días —dijo—. Todos los días. Me levanto y me acuerdo de que perdí un mundo entero, y lo dejo pasar, y me pongo a trabajar. Eso es lo que hago. Ésa es la técnica y me la enseñó un psiquiatra que se llamaba Álvaro y que me cobraba ochocientos pesos la sesión, y funciona, y llevo siete años funcionando con ella.

Levantó la cara.

—Y para entrar ahí tengo que soltarme. Tengo que dejar de aguantarme y extrañar todo lo que no me he dejado extrañar en siete años, de golpe, a propósito.

Nadie dijo nada.

—Y una vez que empiece —dijo Eduardo— no sé cómo se para.

* * *

Lo hizo al amanecer, sentado en el suelo, de cara a la ciudad, con Ernesto a su lado y los demás detrás.

Tardó dos horas y no se le vio hacer nada.

Ésa fue la parte que a Bruno le pareció más difícil de creer después: que la cosa más grande que hizo Eduardo Rendón en toda su vida consistió en un hombre sentado en el suelo, quieto, respirando mal, con las manos abiertas sobre las rodillas y la cara mojada.

A la segunda hora empezó a hablar en español.

Habló solo, en voz baja, durante como veinte minutos, y ninguno entendió una palabra y todos entendieron perfectamente lo que era, porque llevaban siete años oyéndolo hablar en aquella lengua cuando algo se le venía encima.

Ernesto no lo tocó. Se quedó a su lado y no lo tocó, porque llevaba siete años aprendiendo cuándo.

A las nueve y media de la mañana, sin ningún ruido, la Compañía miró hacia arriba y ya estaba dentro.

* * *

Lo primero fue el suelo.

Estaban en una avenida.

No en el borde de una avenida ni en la orilla de nada: en el centro de un camellón de cemento, con seis carriles a cada lado, con la línea de árboles del camellón —jacarandas, viejas, con las raíces reventando el concreto—, y a lo lejos, a los dos lados, la avenida se iba haciendo chica y se perdía.

Vidal se sentó en el suelo.

Tenía sesenta y tres años y se sentó en el suelo de una avenida de la Ciudad de México, en el camellón, y se quedó ahí un rato con las manos en la cara.

—Vidal —dijo Jimena.

—Estoy bien.

—Vidal.

—Que estoy bien, mujer. —Se limpió la cara con la muñeca—. Es que llevo sesenta y tres años sin ver una calle recta.

* * *

Estuvieron dentro once días y no se puede contar todo, así que hay que elegir.

El silencio. Ésa fue la primera cosa que a Eduardo le rompió algo, y le pasó en la primera hora, y no supo explicarlo hasta el tercer día.

Una avenida de doce carriles no hace ese ruido. No lo hace nunca. Ni a las cuatro de la mañana.

Y no había nadie.

No había un coche circulando. No había un microbús. No había un puesto de tacos, ni un tipo vendiendo chicles en el semáforo, ni una señora con un carrito, ni un perro.

Veintidós millones de personas y ni una.

La música. Se oía desde el primer día y a Anselmo lo volvió loco.

Era muy baja. Estaba en todas partes por igual: en la avenida, dentro de los edificios, en el estacionamiento, en el bosque que quedaba en los huecos. No se hacía más fuerte al acercarse a ningún sitio, porque no había ningún sitio al que acercarse.

Anselmo se pasó cuatro días intentando localizarla, con un sistema de triangulación que se inventó él y que era bastante bueno, y al quinto día se rindió y escribió en el cuaderno:

no viene de un punto. está a la misma distancia desde todos lados. yo he oído campanas y he oído molinos y esto no es un sonido: es una cosa que se acuerda de haber sido un sonido.

Eduardo la reconoció el segundo día.

Eran cuatro acordes. Iban y venían, con un tránsito en el tercero que hacía algo en el pecho, y encima había una melodía que se le había ocurrido en el metro y que había grabado en el celular en la estación Zapata con una señora hablando encima.

Nunca había tenido letra. Nunca la había terminado.

Llevaba cuatro años sonando por debajo de cuatrocientos kilómetros cuadrados del reino de Arvela.

Los errores. La ciudad estaba mal puesta y estaba mal puesta con un criterio.

Eduardo tardó tres días en entenderlo y cuando lo entendió se sentó en una banca de concreto y no se levantó en dos horas.

La avenida estaba perfecta. Perfecta de verdad: las jacarandas, las coladeras, el bordillo mordido en la esquina, un anuncio de una aseguradora con la esquina despegada. Él había pasado por ahí dos mil veces.

A cuatro cuadras, una calle era una fachada.

Sólo la fachada. Casas de tres pisos con puertas y ventanas y timbres, y detrás no había nada: no había cuartos, no había escaleras, había una superficie lisa a un metro de la puerta, como el fondo de un decorado.

Por esa calle Eduardo había pasado dos o tres veces en su vida.

—Está construido con lo que miré —dijo, en la banca—. Nada más. Lo que miré mucho está entero. Lo que miré poco es cáscara. —Se rió, horriblemente—. Ernesto, hay un metro. Hay una estación de metro completa, con torniquetes, con los azulejos, con el olor. Y el edificio que había justo enfrente, que yo vi todos los días durante seis años, no tiene planta baja, porque yo nunca miré la planta baja.

La estación terminaba en el bosque.

Eso fue lo que más impresionó a Tomás, que tenía veintidós años y que llevaba seis oyendo hablar del futuro sin creérselo del todo. Bajaron por unas escaleras de cemento con pasamanos de tubo, y abajo había un andén de doscientos metros con luz, con bancas naranjas, con un mapa de líneas de colores en la pared.

En los dos extremos, el túnel se acababa contra tierra y raíces.

Tomás caminó el andén entero, de punta a punta, dos veces.

—¿Y esto qué es?

—Un tren que va por debajo de la ciudad.

—¿Por debajo?

—Por debajo. —Eduardo se sentó en una banca naranja—. Cinco millones de personas al día, Tomás. Cinco millones. Yo tomaba éste en Zapata a las siete de la mañana y no cabía un alma, y todo el mundo iba callado, y olía a perfume y a pan.

Tomás miró el túnel oscuro.

—¿Y ustedes qué hacían mientras iban?

—Nada. Mirábamos una cosita que teníamos en la mano.

—¿Todos?

—Todos.

Tomás asintió despacio, sin ninguna burla, con la seriedad de un chico que lleva seis años recalibrando un mundo entero.

—Debía de ser muy bonito —dijo— que a esa hora hubiera cinco millones de personas yendo a hacer algo.

Eduardo se levantó de la banca y se fue al otro extremo del andén, y estuvo ahí un rato de espaldas.

* * *

El gimnasio estaba pegado a la universidad, cosa que en la Ciudad de México no pasaba y que a Eduardo le pareció, cuando lo vio, casi divertida.

Bruno entró y no entendió nada.

Estuvo veinte minutos dando vueltas entre los aparatos con una expresión que iba de la curiosidad a la ofensa. Levantó un disco de veinte kilos. Lo dejó. Levantó otro. Se paró delante del rack.

—A ver —dijo—. Explícame esto otra vez.

—La gente viene aquí y levanta ese hierro.

—¿Y qué hacen con él?

—Lo vuelven a bajar.

—¿Y luego?

—Lo vuelven a levantar.

Bruno se lo quedó mirando.

—¿Cuántas veces?

—Ocho o diez. Y luego descansas y lo haces otra vez.

—¿Y al final del día qué hay?

—Nada.

Bruno se sentó en un banco de press con la boca abierta.

—Yo he levantado hierro toda mi vida —dijo, con una indignación absoluta— y al final del día siempre había una reja.

—Ya lo sé.

—¡Es que esto es un castigo! ¡Esto es lo que le hacen a los presos!

—Bruno...

—¡En Vela hay un castigo que es exactamente esto! ¡Mover piedras de un montón a otro montón!

—Sí —dijo Eduardo—. Y en mi época la gente pagaba por hacerlo.

Bruno se quedó callado un tiempo larguísimo.

—El futuro es un lugar rarísimo —dijo por fin.

Ernesto, en cambio, se quedó en la puerta y no dijo nada.

Estuvo mirando la sala entera durante mucho rato, y después fue a la pared del fondo, donde había un tablero de corcho con fotografías clavadas con tachuelas: gente sudada abrazándose, una mujer levantando una barra, un grupo de doce personas con una pancarta.

En una esquina, en una foto pequeña y mal encuadrada, había un hombre de unos veinticinco años, de espaldas, corrigiéndole la postura a alguien con la mano en la espalda.

Ernesto la descolgó.

La miró un rato.

Se la guardó dentro del jubón, y no se lo dijo a nadie hasta cuatro años después.

* * *

El aula la encontraron el séptimo día.

Era un edificio de tres pisos de ladrillo aparente y ventanas de aluminio, con un patio de cemento delante y un asta de bandera sin bandera.

Subieron al segundo piso por unas escaleras con las esquinas gastadas.

El salón 4B tenía treinta y un pupitres de paleta, un pizarrón blanco, un proyector colgado del techo, un escritorio y una silla.

Estaba vacío.

Se quedaron los siete en la puerta.

Tomás entró primero, porque Tomás siempre entraba primero. Recorrió el pasillo entre los pupitres, tocó una paleta, se sentó en uno. Le quedaba chico.

—¿Aquí enseñaba? —dijo.

—Sí —dijo Ernesto.

Lo dijo antes que Eduardo, y con una seguridad completa, porque llevaba siete días caminando por una ciudad que no entendía y aquélla era la primera habitación en la que había entendido todo.

Se acercó al pizarrón.

Estaba escrito.

No entero: había medio dibujo hecho con marcador azul, una cosa con flechas que volvían sobre sí mismas, y una palabra debajo en letras que Ernesto no podía leer porque estaban en la escritura del otro mundo.

Se quedó mirándolo.

—¿Qué dice?

Eduardo tardó en contestar.

—Recursión —dijo.

—¿Qué es eso?

—Una cosa que se contiene a sí misma. —Eduardo se apoyó en el marco de la puerta—. Es cuando para entender una cosa tienes que entender una copia más chica de la misma cosa, y para entender ésa, otra, y así.

Ernesto miró el dibujo.

Miró el aula vacía, en una ciudad vacía, hecha con el recuerdo de un pedazo de un hombre que estaba de pie en la puerta.

—Ah —dijo.

—Sí.

—Ya.

Eduardo se rió, una risa rota, y tuvo que salir al pasillo.

Ernesto no lo siguió inmediatamente.

Se quedó solo en el salón un momento, y después hizo una cosa que no le contó a nadie nunca y que un alumno suyo le sacó cuarenta años más tarde con mucha paciencia: se sentó en uno de los pupitres, en la tercera fila, y se quedó ahí sentado un minuto entero.

Pensó que aquél era el sitio donde a Eduardo Rendón le habían empezado a pasar las cosas que lo convirtieron en el hombre que él conocía. Que el hombre de la puerta se había hecho ahí. Que llevaba siete años enseñándole a leer a medio reino porque una vez, en un cuarto con treinta y una sillas, había descubierto que le gustaba.

Y que él, Ernesto Valdas, le debía a aquel cuarto absolutamente todo.

* * *

Estaba lo otro, y hay que decirlo aunque sea corto, porque es lo que Eduardo se llevó de la ciudad.

Al noveno día, Anselmo hizo la pregunta.

Llevaba nueve días anotando y era el único que había notado el patrón, porque era el único que anotaba.

—Eduardo.

—Dime.

—No hay nadie.

—Ya lo sé.

—No, escúchame. —Anselmo le enseñó el cuaderno—. Aquí hay pan en una tienda. Hay ropa colgada. Hay un carrito con manzanas volcado en una esquina y las manzanas están frescas. Hay una silla movida hacia atrás, como si alguien se hubiera levantado. Hay una taza con un poco de café en una banca.

—Sí.

—Todo esto está hecho para que haya gente —dijo Anselmo—. Y voy a decirlo mal, porque no soy hombre de decir estas cosas y llevo dos horas dándole vueltas. Cada objeto de esta ciudad está puesto ahí contando con unas manos. La taza cuenta con una boca. La silla cuenta con unas piernas. Y no hay nadie. Ni uno. Ni un cuerpo, ni un hueso, ni una tumba.

Eduardo se quedó mirándolo.

—No —dijo.

—¿Por qué?

Eduardo Rendón se sentó en el bordillo de una avenida vacía, con las manos entre las rodillas, y tardó un rato en poder hablar.

—Porque esa parte de mí también hizo la regla —dijo.

Se le rompió la voz.

—Ernesto, escúchame esto. —Levantó la cara—. Eso de ahí es el pedazo mío que más sufre. Es la parte que no soporta haber perdido esto. Lleva cuatro años trabajando sin parar para hacerse una casa, y lo ha hecho todo: ha hecho el metro, y las jacarandas, y el olor del pan, y ha hecho cuatrocientos kilómetros cuadrados de una ciudad que no existe.

—Sí.

—Y podría haber hecho a mi madre.

Silencio.

—Podría haberla hecho perfecta. Con el patio, con la bugambilia, con la voz. Podría haber hecho a mis alumnos, a los treinta y uno, con sus nombres. Podría haberse llenado esto de gente en un día. —Le temblaba todo—. Y prefirió vivir cuatro años completamente solo en una ciudad de veintidós millones de personas antes que hacer a una sola.

Se tapó la cara con las dos manos.

—Es la parte de mí que más sufre y es la parte de mí que mejor se ha portado —dijo—. Y llevo año y medio sin ir a buscarla.

Ernesto se sentó a su lado en el bordillo.

No dijo nada durante mucho rato, porque no había nada que decir y porque ya sabía hacerlo.

—Eduardo.

—Mmh.

—¿Dónde está?

Eduardo levantó la cabeza y señaló, sin mirar, hacia el norte.

A doce cuadras, por encima de las azoteas, se veía un edificio de departamentos de tres pisos, de ladrillo pintado, con la ropa del vecino tendida en el patio interior.

—Ahí —dijo.

—Vamos.

—No puedo.

—Eduardo.

—Que no puedo. —Se levantó y dio dos pasos hacia el norte y se paró—. Mira.

Dio otro paso.

A Ernesto se le puso el pelo de punta, porque Eduardo dio un paso hacia adelante y llegó al mismo sitio.

Lo intentó cuatro veces. Cuatro. Caminando en línea recta por una calle recta, hacia un edificio que se veía perfectamente, y las cuatro veces se quedó donde estaba.

Se dio la vuelta.

Tenía la cara de un hombre al que le acaban de cerrar una puerta en su propia casa.

—No me deja entrar —dijo.

—¿Por qué?

—Porque sabe a qué vengo —dijo Eduardo—. Y no quiere que se acabe.

Se hizo un silencio largo en la avenida vacía.

Ernesto Valdas se subió el cuello del jubón, comprobó que llevaba la fotografía dentro, y dijo:

—Entonces voy yo.

Capítulo 32

El departamento

Ernesto hizo las doce cuadras solo y tardó una hora, porque se paró mucho.

Se paró delante de una vitrina con maniquíes. Se paró delante de una máquina roja llena de latas de colores que tenía una ranura para monedas. Se paró en un cruce, con las cuatro calles vacías, y se quedó un rato mirando cómo el semáforo se ponía en verde para nadie y volvía a ponerse en rojo, y contó los tiempos, y le pareció una cosa magnífica y triste.

Se paró delante de un aparador de una tienda de ropa donde había, doblados en una repisa, unos pantalones grises y una camiseta negra.

Los reconoció.

Los tenía Eduardo en el fondo del fardo desde hacía siete años, envueltos en un trapo, con unos zapatos pintados y una cosa negra que no servía para nada.

Ernesto se quedó ahí un rato largo.

Siguió caminando.

* * *

El edificio era de tres pisos, de ladrillo pintado de un color entre rosa y naranja, con una reja negra en la entrada y once timbres.

La reja estaba abierta.

Adentro había un zaguán con el piso de mosaico, un patio de luz estrecho, y una escalera que subía pegada a la pared, sin alfombra, con las esquinas gastadas. Olía a humedad y a jabón y a una cosa dulce que Ernesto no supo nombrar.

En el patio de luz, tres pisos arriba, había ropa tendida.

Ernesto subió.

Primer piso. Segundo piso. Tercer piso.

Había tres puertas. La de la izquierda estaba entreabierta.

Se paró delante, con la mano en el marco.

Ahí, a Ernesto Valdas, capitán de la Novena Compañía de la Marca de Arvela, cuarenta y un años, le pasó una cosa que no le había pasado ni la noche de Vela ni el día del Sarn ni en el patio con la lanza puesta.

Le dio miedo entrar en la casa donde Eduardo Rendón había vivido antes de conocerlo.

* * *

Entró.

Era chico. Ésa fue la primera cosa y la que menos esperaba: era mucho más chico que la casa grande de Ribas. Cabía entero en la mitad.

Estaba todo.

Había un sillón azul, viejo, con el brazo izquierdo pelado. Había un librero de tres cuerpos lleno de libros —Ernesto se acercó, y eran libros de verdad, y eran más libros de los que había en toda la comarca de Ribas, y estaban ahí, en la sala de una casa, como si fueran leña—. Había una mesa de cuatro sillas con tres sillas separadas y una arrimada. Había plantas en el suelo, en macetas, tres.

Había, contra la pared del fondo, una cosa negra y larga sobre unas patas de metal, con muchas teclas blancas y negras.

Había una ventana que daba a un patio de luz por la que entraba, a esa hora, una luz amarilla y horizontal que caía por el suelo.

Eran las cinco de la tarde.

Ernesto se quedó parado en medio de la sala.

Se acordó, de golpe, de un hombre sentado a la mesa de una casa grande a sesenta leguas y a siete años de distancia, quedándose a media frase con la cuchara en el aire, y de sí mismo preguntándole qué le pasaba, y del hombre contestándole que era la luz.

Es la luz de esa hora. Mi departamento daba a un patio y a esa hora se ponía amarilla. Muy horizontal. Entraba por el suelo.

—Hijo de puta —dijo Ernesto en voz alta, en la lengua del reino, con una ternura enorme—. Era verdad.

—Sí que era verdad.

Ernesto se dio la vuelta.

* * *

Estaba sentado en el suelo, junto a la ventana, con la espalda contra la pared y las rodillas dobladas.

Era Eduardo.

Era Eduardo mucho más joven: veintiocho, veintinueve años, sin la barba de aquel mundo, con el pelo corto, con una camiseta gris y unos pantalones de tela suave. Tenía las manos entre las rodillas y estaba mirando la ventana.

Sonreía.

—Ya sabía que vendrías —dijo, en español.

Ernesto no entendió las palabras.

Entendió la sonrisa, que era la de un hombre que lleva mucho tiempo esperando a alguien y que ya no sabe si le da gusto o miedo que haya llegado.

Se quedó en el sitio.

—Hola —dijo, en la lengua del reino.

El fragmento ladeó la cabeza. Lo miró con curiosidad, sin ninguna alarma, y contestó algo largo y suave en español del que Ernesto no sacó ni una palabra.

Después se encogió de hombros, con una expresión de disculpa, y señaló con la barbilla el suelo a su lado.

Ernesto se sentó.

* * *

Estuvieron cuatro horas.

No se puede contar como una conversación porque no lo fue. Fueron dos hombres sentados en el suelo de una sala, hombro con hombro, uno hablando en un idioma y el otro en otro, durante cuatro horas.

El fragmento habló mucho al principio.

Habló como habla alguien que lleva cuatro años sin ver a nadie: rápido, saltando de una cosa a otra, riéndose de cosas suyas, corrigiéndose. Señalaba

objetos y decía sus nombres. Se levantó dos veces a enseñarle algo. Le puso a Ernesto en las manos un libro y le fue pasando las páginas.

Ernesto escuchó las cuatro horas.

No fingió entender. Eso lo tuvo clarísimo desde el minuto uno, porque llevaba siete años al lado de un hombre que se daba cuenta de todo: cuando no entendía negaba con la cabeza, y el fragmento asentía y lo intentaba de otra manera, y a veces lo conseguían y a veces no.

Consiguieron esto:

Que la cosa negra con teclas se tocaba. El fragmento se sentó, apretó una cosa a un lado, y salió sonido.

Ernesto se levantó de un salto y se dio en la cadera con la mesa.

El fragmento se rió tanto que tuvo que parar.

Después le enseñó, tecla por tecla, y Ernesto puso un dedo y salió una nota, y puso otro y salió otra, y estuvo como diez minutos apretando teclas con un dedo, con una cara de concentración absoluta, y el fragmento se reía y le movía el dedo a la tecla de al lado.

Consiguieron también lo del agua.

El fragmento lo llevó a un cuarto chico, giró una cosa, y salió agua de una pared.

Ernesto puso la mano debajo.

Estaba caliente.

Se quedó ahí de pie, con la mano debajo de un chorro de agua caliente que salía de una pared sin fuego y sin nadie que la hubiera calentado, y no dijo nada durante casi un minuto.

Después cerró el grifo. Y lo abrió. Y lo cerró.

—¿Todos los días? —dijo.

El fragmento no entendió las palabras y entendió la pregunta.

—Todos los días —dijo—. A cualquier hora.

Ernesto asintió despacio, y se secó la mano en el pantalón, y en ese momento entendió más de Eduardo Rendón que en los siete años anteriores.

Porque llevaba siete años viendo a un hombre hervir agua en un caldero, todos los días, con una obstinación que a todo el mundo le parecía manía.

Aquel hombre venía de un sitio donde el agua caliente salía de la pared.

No se había quejado nunca.

Ni una vez.

* * *

Lo del interruptor pasó cuando se hizo de noche, y fue un accidente.

Ernesto se apoyó en la pared de la entrada, se le fue la mano, y el cuarto se encendió.

No fue una lámpara ni una llama. Fue una luz blanca y plana que salió del techo y que llenó la sala entera hasta las esquinas, y que no se movía, y que no hacía sombras raras, y que no olía a nada.

Ernesto se quedó pegado a la pared.

El fragmento, desde el suelo, se rió y le hizo un gesto.

Ernesto, muy despacio, volvió a poner el dedo en la cosita esa y la bajó, y el cuarto se apagó, y la subió, y el cuarto se encendió.

Lo hizo como quince veces.

A la decimoquinta se le llenaron los ojos, y se quedó ahí de pie en la oscuridad con el dedo en el interruptor, y dijo, en la lengua del reino, para nadie:

—Y viniste a mi mundo y no dijiste nada.

* * *

A la quinta hora, el fragmento se puso a llorar.

Fue sin aviso y sin causa. Estaban callados —llevaban un rato callados, que a los dos se les daba bien— y de pronto el fragmento se dobló hacia adelante y se tapó la cara con las dos manos.

Ernesto no se movió.

Lo dejó llorar. Fueron como diez minutos y no fueron bonitos, y Ernesto se quedó sentado a su lado con las manos en las rodillas, mirando la pared de enfrente, esperando.

Cuando el fragmento se enderezó, con la cara destrozada, dijo una cosa corta.

La dijo tres veces, y a la tercera se le rompió del todo, y aunque Ernesto no entendía español entendió que aquello era lo único que le había querido decir en cinco horas y que se lo había estado guardando.

Fue esto:

—No sé cómo dejar de extrañarlo.

Ernesto no entendió una palabra.

Lo que hizo fue levantar la mano y ponérsela en la espalda, entre los omóplatos, y dejarla ahí.

No dijo nada.

Podría haber intentado un *ya pasará*, o un *tienes que volver*, o explicarle con cuarenta palabras y un idioma prestado que había un pueblo, y una escuela, y veintidós niños, y una fragua, y un herrero que le debía una puerta, y un hombre que llevaba año y medio esperándolo.

No podía decir nada de eso.

Aunque hubiera podido, no lo habría dicho, porque llevaba siete años aprendiendo una sola cosa de aquel hombre y esa cosa era ésta: que hay heridas que no se cierran hablando, y que lo único que sirve es sentarse al lado y quedarse.

Se quedó.

Estuvo otras cuatro horas.

* * *

Cerca de la medianoche sacó lo que llevaba dentro del jubón.

Primero la fotografía del gimnasio.

El fragmento la agarró con las dos manos y se quedó mirándola mucho rato, y después dijo algo y se rió, y Ernesto reconoció el tono: era el tono de un hombre que ve una foto vieja suya y le da vergüenza.

Después Ernesto sacó la otra cosa.

Era una flecha. Una flecha vieja, de fresno, con la punta oxidada y el astil un poco torcido, arrancada de un aliso a un palmo de la espalda de un hombre en un vado, un día de primavera, hacía siete años.

La había llevado encima desde entonces.

Se la puso al fragmento en las manos.

El fragmento la miró.

Le dio vuelta. Le tocó la punta. Levantó la cara con una expresión de perfecta cortesía y de perfecta incomprensión, y dijo, en español, con toda la amabilidad del mundo:

—No sé qué es esto.

Ernesto entendió eso también, porque en las caras eso se ve.

Ahí estaba el problema entero de la noche, resumido en un objeto: aquella parte de Eduardo Rendón no se acordaba de Ribas. No se acordaba del

bosque, ni de la manta de Bruno, ni de la puerta del establo, ni de la niña del pozo, ni del brocal, ni de la nieve, ni de una guardia en la que un hombre había dicho *sí, familia* con el caso mal puesto.

Era la parte que se había quedado del otro lado.

Para ella no había nada que extrañar de aquel mundo, porque no había estado nunca.

Ernesto le quitó la flecha de las manos.

Se puso a hablar.

Habló en la lengua del reino, en voz baja, durante mucho rato, sabiendo perfectamente que no lo entendía. Le contó lo del tronco hueco y lo del nombre golpeado en el pecho. Le contó lo del guiso y lo de probar la comida primero durante cinco días. Le contó lo de la lobera, y lo de los monigotes a las tres de la mañana, y lo del jubón pardo y la hebilla con el pajarito, y lo de las catorce piedras, y lo del granero de Sar y las dos niñas de ocho años.

Le contó lo del brocal del pozo y lo de las manos.

Habló como una hora.

El fragmento lo escuchó entero, sin interrumpir, con la cabeza apoyada en la pared, del modo exacto en que Eduardo escuchaba a la gente: como si le importara, aunque no entendiera.

Cuando Ernesto se quedó sin palabras, dijo las tres que sí sabía.

Las había aprendido mal hacía siete años, de un hombre que había intentado explicarle durante media hora la diferencia entre dos cosas y que no lo había conseguido. Y las había usado mal una vez, una noche, en un pueblo muerto, sentado en el suelo junto a un extranjero que creía que lo estaban echando.

Las volvió a usar mal.

Se señaló a sí mismo con el pulgar.

—Eduardo —dijo, con su acento espantoso—. Hogar. Aquí.

No dijo *casa*.

Dijo *hogar*, que era la palabra equivocada la primera vez y que aquella noche, en el suelo de un departamento de la colonia Del Valle que no existía, en una ciudad de veintidós millones de personas donde no había ninguna, era exactamente la correcta.

El fragmento se quedó muy quieto.

Miró a Ernesto.

Miró la ventana. Miró el sillón azul, y el librero, y la mesa de cuatro sillas donde no se habían sentado nunca cuatro personas.

Y volvió a mirar a Ernesto.

—¿Tú? —dijo, en español.

—Yo —dijo Ernesto, que entendió ésa.

El fragmento se rió y se puso a llorar al mismo tiempo, y dijo una frase larga que Ernesto no entendió y que años después, cuando por fin se atrevió a preguntar qué había sido, Eduardo le tradujo con la voz rota.

Había sido:

—Ay, no. Con esto no.

Que era, palabra por palabra, lo que Eduardo Rendón había pensado la primera noche de su vida en aquel mundo, sentado junto a un fuego, cuando un capitán al que no conocía metió los dedos en un guiso y se lo comió delante de él para que él supiera que no estaba envenenado.

* * *

Se levantó al amanecer.

Ernesto se despertó en el suelo, con la espalda destrozada, y el fragmento estaba de pie junto a la ventana mirando el patio de luz.

—Ya está —dijo, en español.

Ernesto se levantó.

El fragmento se dio la vuelta y le tendió la mano, con la palma hacia arriba, y Ernesto tardó un segundo en entender que le estaba pidiendo la flecha.

Se la dio.

El fragmento la agarró, la miró otra vez, y esta vez —Ernesto lo vio, y lo iba a recordar toda su vida— esta vez sí que la reconoció. Se le movió algo en la cara. Cerró la mano alrededor del astil y apretó.

Y se la devolvió.

Después señaló el sillón azul, y el librero, y el teclado, y la ventana, y dijo una cosa corta y se encogió de hombros.

Y salió del departamento por su propio pie.

Ernesto lo siguió. Bajó los tres pisos detrás de él, cruzó el zaguán, salió a la calle.

Doce cuadras al sur, en el camellón de una avenida vacía, cinco personas llevaban toda la noche sentadas sin dormir, y un hombre de treinta y seis años estaba de pie en la línea exacta donde el aire dejaba de dejarle pasar.

El fragmento caminó las doce cuadras.

Eduardo lo vio venir desde cuatro manzanas.

No corrió, y no dijo nada, y se quedó donde estaba con las manos abiertas a los lados, y cuando el otro llegó hasta él los dos se quedaron parados frente a frente durante unos segundos, mirándose, en medio de una avenida de doce carriles de una ciudad que no existía.

Después el fragmento levantó la mano y le acomodó a Eduardo un mechón que se le había salido de la coleta.

Y no hubo nada más.

* * *

La ciudad tardó cuatro horas en desaparecer.

No se desvaneció de golpe. Se fue poniendo transparente, por partes, empezando por lo más lejano: primero se vio el monte a través de los edificios del fondo, y después a través de los del medio, y las cosas se fueron quedando en un dibujo de sí mismas antes de irse.

Las farolas se apagaron a la vez.

El asfalto se fue de norte a sur, como se retira el agua de una playa, y debajo apareció el páramo de Alcor con el tomillo y la piedra, seco y feo y ahí.

Los siete lo miraron desde una loma, en silencio, durante cuatro horas.

Tomás lloró. Bruno estuvo todo el rato diciendo *ay, madre* en voz baja. Anselmo anotó.

El último sitio en irse fue el edificio de tres pisos de ladrillo pintado, con la reja negra y los once timbres.

Se quedó solo en mitad del páramo durante como veinte minutos, entero, con la ropa tendida en el patio de luz, y en el tercer piso una ventana con la luz encendida.

Y después se apagó la luz.

Y después ya no estaba.

* * *

Ernesto se sacó la fotografía del jubón cuando ya no quedaba nada.

La miró por última vez: un hombre de veinticinco años, de espaldas, en un cuarto lleno de hierro que no servía para nada, corrigiéndole la postura a alguien con la mano en la espalda.

Un hombre que no sabía nada.

Que tenía madre viva, y agua caliente en la pared, y una luz que se encendía con el dedo, y treinta y un alumnos, y una canción a medias, y ninguna idea de lo que le iba a pasar.

Ernesto Valdas entendió, con siete años de retraso, la cosa que llevaba siete años sin entender del todo:

Que él no había estado buscando a un hombre roto.

Que había estado buscando a un hombre que había perdido un mundo entero —no una casa, no un país, no una familia: un mundo, con su luz y su agua y su música y sus veintidós millones de personas— y que después de perderlo se había levantado en un bosque, se había señalado el pecho, había dicho su nombre, y había encontrado motivos para volver a reírse con ellos.

Se guardó la fotografía.

No la enseñó nunca, y la tuvo cuarenta años, y está en un cajón de una granja.

Capítulo 33

La canción

Cuando se fue el último edificio, nadie supo qué decir.

Estaban los siete en la loma, de pie, mirando el páramo de Alcor —piedra, tomillo, viento y nada—, y llevaban once días dentro de una ciudad de veintidós millones de habitantes en la que no había nadie, y acababan de ver desaparecer una casa con la luz encendida.

Bruno abrió la boca dos veces y no le salió nada.

Anselmo miró su cuaderno y se dio cuenta de que no había nada que anotar.

Tomás estaba llorando y no le importaba.

Eduardo se sentó en el suelo, en la loma, con los brazos alrededor de las rodillas, mirando el sitio exacto donde había estado.

Y se puso a cantar.

* * *

Empezó muy bajito, casi sin voz, del modo en que canta la gente que no se ha dado cuenta de que ha empezado.

Era en inglés y era lenta.

Era una canción vieja incluso para él —de mucho antes de que naciera— sobre dos personas que se encuentran fuera de su tiempo, y sobre un amor que no debería haber podido ocurrir y que ocurre de todas maneras.

No la cantó bien. Tenía la garganta destrozada de once días y se le fue el aire dos veces y se saltó media estrofa.

No la cantó para ellos.

Ésa fue la parte que Ernesto entendió inmediatamente y que a los demás les costó unos segundos: Eduardo no estaba cantándole a la Compañía, ni al páramo, ni al pedazo que acababa de volver. Estaba de espaldas a todo el mundo, sentado en la tierra, y estaba haciendo la cosa que llevaba haciendo desde los diecinueve años cada vez que necesitaba probar que seguía ahí.

Cantaba para hacerse compañía.

Duró como tres minutos.

Los seis se quedaron de pie detrás de él y ninguno se movió y ninguno preguntó qué decía.

Cuando terminó, Eduardo se quedó callado, mirando el páramo.

Y Ernesto se sentó a su lado y le tomó la mano.

Se calló las cuatro o cinco cosas verdaderas que tenía en la boca: qué decía la letra, si estaba bien, que ya había pasado, que estaba orgulloso.

Le tomó la mano y se quedó ahí.

Así estuvieron hasta que se hizo de noche, y así los encontró la luna, y a los diez o quince minutos, uno por uno y sin ponerse de acuerdo, los otros cinco se fueron sentando en la loma detrás de ellos, y también se quedaron.

* * *

Estar completo, resultó, fue horrible durante dos semanas.

Eduardo lo había imaginado como una cosa limpia: se pone la pieza, encaja, ya está. Y fue exactamente lo mismo que en el carro, sólo que peor, porque esta vez estaba despierto y tenía que funcionar.

Se le vino encima el duelo entero de golpe.

Siete años de aguantarse todos los días, comprimidos, devueltos, sin ninguna clase de orden. Se pasó ocho días llorando por cosas absurdas: por una marca de refresco, por el ruido de un camión de gas, por un profesor que había tenido a los quince y con el que no había hablado nunca. Una tarde se sentó en el suelo de la casa grande porque se acordó de cómo sonaba la reja del edificio al cerrarse.

Anselmo lo dejó estar y no le dio nada.

Ernesto no lo dejó solo.

Al undécimo día, por la mañana, Eduardo bajó a desayunar, se sirvió, se sentó y dijo:

—Buenos días.

Y estaba ahí.

Estaba entero por primera vez desde una noche de noviembre de hacía casi cinco años, y se le notaba en una cantidad de cosas chicas: en que terminaba las frases, en que no se iba a las cinco de la tarde, en que se acordaba de en qué día estaba.

Bruno lo notó a la semana y lo dijo con su elegancia habitual:

—Estás menos raro.

—Gracias, Bruno.

—No lo digo mal. —Se rascó la barba—. Es que llevabas años... —hizo un gesto con la mano, como quien busca una palabra que no tiene—. Como si estuvieras oyendo a alguien en otro cuarto.

Eduardo dejó la cuchara.

—Sí —dijo—. Exactamente así.

* * *

La tablilla de la cuenta la encontró Ernesto en diciembre, ordenando el arcón.

Era la de siempre: la última hoja de la tablilla buena, con la cuadrícula, con una raya por día, raspada y vuelta a hacer catorce veces en siete años.

Estaba llena hasta un punto y después ya no.

Ernesto contó las casillas de la última fila, y volvió a contar, y bajó con la tablilla en la mano.

—Se te acabó en octubre.

Eduardo levantó la vista.

—Sí.

—¿Se te olvidó?

—No. —Eduardo dejó lo que estaba haciendo—. Lo dejé.

—¿Por qué?

Eduardo se quedó mirando la cuadrícula un buen rato.

—Empecé a contar la tercera noche —dijo—. En el bosque, con muescas en un palo. Y al principio era superstición: yo pensaba que si contaba los días, es que iban a terminarse.

—Ya lo sé. Me lo dijiste en la nieve.

—Y después dejó de ser eso y se volvió otra cosa. —Se pasó la mano por la cara—. Se volvió que si yo no contaba, no contaba nadie. Que allá no había nadie sabiendo qué día era hoy para mí. Que mi mamá llevaba... —se

detuvo—. Que había gente esperando y que yo era el único que sabía cuánto llevaba haciéndolo.

Se quedó callado.

—Y en el páramo se me acabó eso —dijo.

—¿Cómo que se te acabó?

—Que ya no estoy contando hacia allá, Ernesto. —Levantó la cara—. Se acabó. Yo tengo treinta y seis años y mi madre me tuvo a los veintitrés, y si ella sigue viva tiene cincuenta y nueve, y va a vivir treinta años más, y va a morirse sin saber. Y no hay nada que yo pueda hacer con eso, y llevo siete años haciendo una raya todos los días como si hacerla fuera hacer algo.

Ernesto miró la tablilla.

—¿Y qué hago con esto?

—Guárdala.

—¿La guardo o la tiro?

—Guárdala —dijo Eduardo—. No es una cosa mala. Es siete años de un hombre acordándose de que tenía una madre. —Se encogió de hombros—. Es sólo que ya no la necesito para acordarme.

Ernesto la guardó.

Está en el mismo cajón que la fotografía y que la flecha.

* * *

En el reino de Arvela, la desaparición de la ciudad de vidrio produjo, en el orden habitual: alivio, incredulidad, discusión y olvido.

Los cuatro mil desplazados empezaron a volver en enero y les costó dos años volver a levantar lo suyo, y hubo pleitos por lindes, porque cuando un páramo se come tres aldeas y las devuelve, las devuelve sin mojones.

Los predicadores que habían anunciado el fin del mundo hicieron lo que hacen siempre, que es explicar por qué el fin del mundo no había ocurrido y por qué eso confirmaba la profecía.

La Orden no dijo nada oficialmente durante catorce meses.

En marzo llegó a Ribas una carta del priorato de Vela, de once líneas, escrita con muy mala letra por un hombre de sesenta y cuatro años con las manos malas.

Señor Rendón:

He sabido lo del páramo. He sabido también lo de Arna, y lo del agua, y lo de los cuatro pueblos, y lo del canal.

Le escribí hace tres años que un día averiguaría usted si el mundo tiene un orden que nosotros no movemos, y le pedí que me lo mandara decir.

Retiro la petición. He estado pensando y creo que le hice una pregunta injusta, y creo que además ya me la ha contestado sin querer.

Un hombre que puede quitar una montaña y que se pasa catorce meses cavando un canal porque se le olvidó el río, es un hombre que ha descubierto lo mismo que descubrimos nosotros hace mil años y que decimos peor: que se puede mover casi todo y que casi nunca conviene.

Con eso me basta para morirme tranquilo, que es a lo que voy.

Cuídese. Y no permita que le pongan una capilla.

Casián

Eduardo leyó la carta cuatro veces y después se la dio a Ernesto para que la leyera él, y Ernesto la leyó de corrido, sin el dedo.

—Es buena carta —dijo.

—Es buenísima.

—¿Vas a contestarle?

—Le voy a mandar el plano del canal —dijo Eduardo—. Con las medidas.

Se lo mandó, y el prior Casián de Vela lo tuvo colgado en la pared de su celda hasta que se murió, cuatro años después, y varios hermanos declararon que era una excentricidad de viejo y que nadie entendía por qué.

* * *

Y ahí, en aquellos meses, la música se instaló del todo.

No es que Eduardo empezara a cantar: llevaba cantando siete años. Lo que pasó fue que empezó a **adaptar**.

Fue una consecuencia directa de la ciudad. Se pasó aquel invierno con la cabeza llena de cuatro décadas de canciones que no existían en aquel mundo y que no iban a existir nunca, y una noche, en la cocina, se dio cuenta de que estaba traduciendo una en voz alta mientras pelaba nabos.

Le salió mal, porque no se puede traducir.

La mitad de las palabras no tenían dónde caer: no había en la lengua del reino manera de decir *teléfono*, ni *avión*, ni *domingo por la tarde en el coche*, ni la mitad de las cosas de las que hablan las canciones. Así que dejó de traducir

y empezó a hacer otra cosa: se quedaba con lo que la canción **quería decir** y le construía un cuerpo nuevo con lo que había.

Un amor imposible de una película de los ochenta se convirtió en un poema sobre un pastor y una mujer de otro valle.

Una canción de desamor con guitarras se convirtió en cuatro estrofas sobre un hombre que arregla una casa vacía.

La que sonaba en el páramo —los cuatro acordes, la melodía de la estación Zapata, la que no había terminado nunca— por fin tuvo letra, y la letra fue en la lengua del reino, y no se parecía en nada a lo que él había imaginado a los veintinueve años en un departamento de la Del Valle.

La cantó una noche en la casa grande, entera, por primera vez.

Cuando terminó, nadie dijo nada durante un rato.

—Extranjero —dijo Bruno, con una voz rara—. Eso es lo más bonito que he oído en mi vida.

—Bruno...

—No, cállate. Yo he oído a los que cantan en las bodas, y he oído a los de Vela, que cobran, que cobran mucho, y que se ponen unas mangas ridículas, y te digo que eso es otra cosa. Es otra cosa distinta. Yo no sé decirte por qué, porque yo de música no sé nada, yo lo único que sé es que se me ha puesto una cosa aquí —se dio dos golpes en el esternón, más fuertes de lo necesario— y llevo un rato pensando en mi madre, que se murió hace treinta años y que era una mujer que no cantaba, así que no sé de dónde me sale, y esto es exactamente la clase de cosa por la que yo no hablo en las cenas. —Estaba visiblemente incómodo con sus propias emociones—. ¿Tú haces todas las que cantas?

Y Eduardo se quedó callado.

Porque llevaba siete años dejando que aquella gente creyera que todas eran suyas. No lo había dicho nunca: sencillamente no lo había corregido, porque corregirlo requería explicar que existía una industria, y una radio, y cuarenta mil compositores, y no había manera.

—No —dijo—. Ésa sí. La mayoría no.

—¿Cómo que no?

—Que hay gente que las hizo. —Le costó—. Mucha gente. En mi época había... Bruno, en mi época había más canciones de las que tú podrías oír si te pasaras la vida escuchando. Yo me acuerdo de unas cuantas y las traigo aquí y les pongo palabras nuevas, y ustedes creen que son mías.

Se hizo un silencio.

—Y no he dicho nada en siete años —dijo Eduardo—. Y ojalá pudiera decir que son completamente mías.

Se quedó un rato dándole vueltas al vaso.

—Yo sí hacía. Allá. —Lo dijo mirando la mesa—. Tenía un aparato con setenta y seis teclas apoyado contra una pared, y un cacharro para grabar, y como cuarenta canciones empezadas y ninguna terminada. Ninguna. Cuarenta. Las dejaba todas por el mismo sitio, al minuto y pico, y volvía tres meses después a cambiarles un acorde.

—¿Y por qué no las acababas?

—Porque acabar una es decir que ya está. —Se encogió de hombros—. Y yo eso no lo sabía hacer con nada.

Bruno lo pensó.

—Pues la de hoy la has acabado.

—Sí.

—¿Y cuántas llevas acabadas aquí?

Eduardo se quedó contando de verdad, con los dedos por debajo de la mesa, y le salió una cifra que no dijo en voz alta y que Ernesto, que lo estaba mirando, sí vio contar.

Eran nueve.

Vidal, desde su sitio, soltó el aire por la nariz.

—Hijo —dijo—, ¿tú sabes cómo aprendí yo las que sé?

—No.

—Oyéndoselas a otro. Y ése se las oyó a otro. Y el que las hizo se murió hace doscientos años y nadie sabe cómo se llamaba. —Se encogió de hombros—. Eso es una canción. Una canción es una cosa que alguien te dio para que la pasaras.

Bruno asintió con mucha energía.

—Además —dijo—, tú las traes desde una distancia que no la ha traído nadie.

Ésa fue toda la absolución que hubo, y a Eduardo le duró el resto de su vida.

* * *

Aunque hay que decir, para que conste, que no todas eran así.

Dos semanas después, cocinando, Eduardo se puso a cantar una cosa aguda, absurda y rítmica sobre una muñeca de plástico que vive en un mundo de plástico.

Bruno dejó de partir leña.

—¿Qué es eso?

—Es una canción.

—Eso no es una canción.

—Sí es una canción, Bruno. Fue muy famosa.

—¿De qué habla?

Eduardo lo pensó honestamente.

—De una muñeca —dijo—. Es una broma. Es una canción graciosa a propósito.

Anselmo levantó la cabeza.

—¿En tu época hacían canciones sobre muñecas?

—Sí.

—¿Y las cantaba mucha gente?

—Millones de personas —dijo Eduardo—. En todo el mundo. Durante como dos años no se podía entrar a ningún sitio sin oírla.

Se hizo un silencio.

Bruno recogió el hacha, se la echó al hombro, y antes de salir dijo, con una convicción absoluta:

—El futuro es un lugar rarísimo.

* * *

A partir de aquel invierno, Ernesto aprendió a leerlo por cómo cantaba.

No lo decidió. Le pasó, del modo en que se aprende a leer a la gente con la que se vive, y tardó como un año en darse cuenta de que lo estaba haciendo.

Era así:

Si Eduardo cantaba fuerte y desafinando y cambiando la letra para que rimara con lo que estuviera haciendo, estaba contento y no había nada que mirar.

Si cantaba a media voz, sin acordarse de la letra, la misma frase muchas veces, se estaba sosteniendo. Ésas eran las mañanas en que Ernesto se acercaba al establo sin motivo y se ponía a arreglar un arreo a dos pasos de él.

Si cantaba en inglés, estaba lejos.

Si Ernesto llegaba a la casa grande, o al granero, o al patio, y no se oía nada —si pasaban dos días enteros sin que nadie en Ribas oyera cantar a aquel hombre—, entonces dejaba lo que estuviera haciendo y lo iba a buscar.

Nunca falló.

Se lo dijo una vez, muchos años después, sentado junto a una chimenea, y Eduardo se quedó con la taza a medio camino.

—¿Desde cuándo haces eso?

—Desde el invierno del páramo.

—¿Treinta años?

—Sí.

Eduardo dejó la taza.

—¿Y por qué no me lo habías dicho?

Ernesto Valdas, que a los setenta seguía siendo incapaz de decir una cosa así de frente, se encogió de hombros y contestó:

—Porque entonces habrías cantado a propósito.

FIN DE LA PARTE IV

PARTE V
APRENDER A PERMANECER

Capítulo 34

La jura de los dos escudos

Ernesto llevaba dos años y cuatro meses cargando aquello y lo hizo, al final, de la peor manera posible.

Había preparado tres. Ésa es la parte que después se supo, porque Bruno lo contaba en las bodas ajenas durante los treinta años siguientes: Ernesto Valdas había preparado tres discursos distintos, se los había aprendido de memoria como se aprende un parte de guerra, y había ensayado dos de ellos en voz alta en el establo, de noche, delante de un caballo.

El primero era largo y hablaba de un tronco hueco.

El segundo era más corto y mencionaba la palabra *hentar*.

El tercero era muy bueno y había en él una frase sobre la nieve que Bruno, que la oyó por accidente desde afuera, consideró la cosa más bonita que aquel hombre había dicho jamás.

No usó ninguno.

Fue en abril, un martes, en la cocina, con las manos en la masa.

Eduardo estaba amasando y hablando de otra cosa —de la cerca del prado sur, que llevaba tres semanas prometiendo arreglar—, y en algún momento se calló para meterse un mechón detrás de la oreja con el dorso de la muñeca, porque tenía las manos llenas de harina, y le quedó harina en la sien.

Ernesto, que estaba sentado a la mesa arreglando un arreo, dijo:

—Cásate conmigo.

Eduardo dejó de amasar.

—¿Qué?

—Que te cases conmigo.

Silencio.

—Ernesto, tengo las manos en la masa.

—Ya lo veo.

—O sea, no es que no. Es que... —Eduardo miró sus manos. Miró a Ernesto. Volvió a mirar sus manos—. Espérate. Espérate un momento.

Se puso a limpiarse las manos en el delantal con una urgencia absoluta, y le salió mal, y se le quedó la masa pegada entre los dedos, y estuvo como quince segundos frotándose con un trapo mientras Ernesto lo miraba desde la mesa con una calma perfecta.

—Ya —dijo Eduardo, con las manos todavía sucias—. A ver. Otra vez.

—¿Otra vez qué?

—Que lo digas otra vez. Que yo estaba pensando en una cerca.

Ernesto dejó el arreo.

—Cásate conmigo.

—Sí.

—Bien.

—Sí, sí, sí, sí. —Eduardo cruzó la cocina y lo agarró de la cara con las dos manos llenas de harina—. Sí.

—Me estás poniendo perdido.

—Cállate.

Así fue, y en el tejado no pasó nada, y no se apagó ninguna vela, y una hora después Eduardo se acordó de que había dejado la masa sin tapar y ya no servía.

* * *

El problema apareció al día siguiente y era grande.

En el reino de Arvela no se casaban dos hombres.

No estaba prohibido, que es distinto y es peor: sencillamente no existía. No había una ley que lo impidiera porque no había una ley que se hubiera molestado en pensarlo. No había fórmula, ni testigos previstos, ni forma de asentarlo en ningún registro, y el cura del caserío —que era un hombre bueno y que quería mucho a Eduardo— se puso a llorar de pura impotencia cuando se lo preguntaron, porque no sabía cómo decir que no.

Eduardo se lo tomó mejor de lo que Ernesto esperaba.

—Bueno —dijo—. Pues nos casamos nosotros.

—Eso no es casarse.

—Ernesto, casarse es que dos personas se prometen algo delante de la gente que les importa. Todo lo demás es papeleo. —Se encogió de hombros—. En

mi época había papeleo, sí, y servía para cosas prácticas, y estuvo prohibido para gente como nosotros durante siglos y costó mucha pelea. Y la gente se casaba igual sin papel. Yo conocí a dos señoras que llevaban cuarenta años.

—¿Y eso valía?

—Valía todo.

Ahí Vidal, que llevaba dos días callado en su rincón, dijo:

—Hay una forma.

Todos se voltearon.

—¿Qué?

—Que hay una forma —repitió Vidal—. Vieja. Ya no se usa.

—¿Y tú cómo la sabes?

—La vi una vez. A los diecinueve. En la campaña del río.

Se acomodó en el banco, incómodo con la atención.

—No me acordaba hasta anteayer.

—Vidal —dijo Eduardo—. ¿Qué forma?

—La jura de los dos escudos. Era de soldados.

Esperó. Nadie lo interrumpió, y entonces lo soltó por partes, como quien descarga un carro.

—Dos hombres que hubieran peleado juntos. Se juraban delante de un tercero.

—¿Y?

—Y a partir de ahí eran una casa. Lo de uno era del otro. La deuda de uno era del otro.

Bruno se enderezó despacio.

—El que quedaba vivo se hacía cargo de la madre, de los hijos y de la tierra del que caía —dijo Vidal—. Se firmaba en el libro del concejo.

Silencio.

—¿Y eso qué valía? —preguntó Anselmo.

—Un matrimonio. Para todo lo que se hereda.

Silencio otra vez.

—¿Y eso existe? —dijo Eduardo.

—Existía. —Vidal se rascó la barba—. Se dejó de hacer hace cuarenta años.

—¿Por qué?

—Empezaron a heredar los sobrinos.

—Vidal —dijo Anselmo, muy despacio—. ¿Y esa jura era... sólo eso?

Vidal, que tenía sesenta y cuatro años y que en toda su vida no había dicho una sola cosa antes de tiempo, levantó la cara.

—Los dos que yo vi eran de Ontes —dijo—. Se llamaban Palo y Sero. Y estuvieron treinta años, y compartían casa, y cuando se murió el primero el otro no volvió a hablar.

Se encogió de hombros.

—Y en el pueblo todo el mundo lo sabía y nadie lo decía, y en el libro del concejo estaban los dos con la misma tinta. —Miró a Eduardo—. Así que no me venga con que no hay forma, señor profesor. La forma lleva ahí mil años y lo que pasa es que dejamos de mirarla.

Bruno se levantó de la mesa.

—Voy a hacer los escudos —dijo, y salió.

Nadie le había pedido escudos.

* * *

Tardaron ocho semanas en organizarlo y fueron las ocho semanas más caóticas que se recuerdan en Ribas.

Bruno hizo dos escudos de hierro del tamaño de un plato, que no eran escudos de verdad y que eran para la jura, y les grabó cosas por detrás y no dejó que nadie los viera hasta el día.

Jimena cosió. Cosió dos jubones nuevos y no aceptó ayuda y se pinchó los dedos durante un mes, y a Eduardo, que intentó agradecérselo, le dijo cuatro palabras y se fue.

Anselmo se encargó de la comida y montó un sistema de tres columnas que a Eduardo le pareció, con toda sinceridad, admirable.

Tomás desapareció.

Eso desconcertó a todo el mundo. El chico —que ya tenía veintitrés años y que llevaba dos hablando de irse a ver mundo y sin irse— se pasó cinco semanas escabulléndose por las tardes con una excusa distinta cada día, y cuando Bruno le preguntó qué demonios estaba haciendo, contestó que nada con una cara de culpabilidad tan espectacular que la Compañía llegó a la conclusión de que había una chica.

No había ninguna chica.

Y a Ribas empezó a llegar gente.

Ésa fue la parte que a Eduardo lo desbordó. No lo habían anunciado. No se lo habían dicho a nadie fuera del valle, porque en su cabeza aquello era una cosa de siete personas y un pueblo.

Pero el caserío se lo dijo al molino, y el molino se lo dijo a Vega Alta.

Vinieron de Sella de Abajo. Vino la niña del pozo, que ya tenía trece años y que llevaba cuatro leyendo todo lo que caía en sus manos porque un hombre le había dicho una tarde en un atrio que enseñaba a leer a cualquiera.

Vino gente de Arna, con un carro.

Vinieron dos de las nueve personas a las que Eduardo les había enseñado a hervir el hierro en un prado.

Vino Isaura de Ordas, que tenía sesenta y tres años y la cadera destrozada y que hizo ochenta leguas en una mula.

Vino Roque, el chico del caserío, que tenía diecinueve años y el brazo derecho con una cicatriz de arriba abajo, y que llegó de Vela donde estaba aprendiendo un oficio, y que abrazó a Eduardo en el patio durante un tiempo indecente.

No vino Casián, porque estaba muy viejo. Mandó una carta de cuatro líneas que decía que no podía bendecir aquello, que lo sentía mucho y que lo sentía de verdad, y que en su lugar les mandaba lo único que un hombre de su oficio podía mandar sin faltar a nada: que se acordaría de los dos todos los días hasta que se muriera.

Eduardo leyó esa carta en voz alta y después tuvo que salir al patio.

* * *

Se casaron el 9 de junio en el prado, delante de la escuela, con ciento y pico de personas sentadas en la hierba.

Hacía calor.

Vidal ofició, porque hacía falta un tercero y porque era el único que se sabía la fórmula, y se puso en medio con los dos escudos de Bruno en las manos y una solemnidad que le duró exactamente hasta el segundo renglón, cuando se le quebró la voz y tuvo que parar.

—Perdón —dijo, al prado entero.

Ciento y pico de personas esperaron a que un hombre de sesenta y cuatro años se recompusiera.

La fórmula era corta y era de soldados y no hablaba de amor ni una vez. Hablaba de deudas, de tierras, de madres y de quién carga con qué. Preguntaba si cada uno tomaba la casa del otro como propia. Preguntaba si tomaba sus

deudas. Preguntaba si, cayendo el uno, el otro respondía por los suyos hasta el final.

Ernesto contestó tres veces que sí, y las tres veces le salió la voz de dar órdenes, y las tres veces se oyó hasta el fondo del prado.

Eduardo contestó tres veces que sí, y la tercera se le rompió.

Después Vidal dijo la última línea, que era la única de toda la jura que se parecía a algo, y que decía —traducida mal, porque en la lengua del reino tiene una música que no pasa—:

Desde hoy, dos escudos y una casa.

Y entonces Eduardo pidió la palabra.

* * *

Porque había una cosa que faltaba y él llevaba cinco semanas peleándose con ella.

La jura de los dos escudos no tenía votos. No tenía nada que dijeran ellos. Era un contrato viejo que se contestaba con síes, y a Eduardo aquello le parecía magnífico y le parecía insuficiente, y una noche se lo explicó a Ernesto en la cocina:

—Es que yo vengo de una cultura donde uno dice cosas.

—Ya lo sé.

—Y no es adorno, Ernesto. Es que yo quiero prometerte cosas concretas delante de esta gente, para que esta gente me las pueda cobrar.

Así que escribió.

Lo que leyó en el prado, de pie, con un papel que le temblaba en las manos, no se parecía a nada de lo que la comarca de Ribas había oído nunca en una boda, porque no era bonito.

Era una lista.

—Yo no te voy a prometer que te voy a querer —dijo—. Eso ya está hecho y no depende de mí, y prometer una cosa que no depende de ti es de tramposos.

Alguien, al fondo, se rió.

—Te voy a prometer cuatro cosas que sí dependen de mí. Y las escribí para que las tengas por escrito, y para que si algún día no las cumplo, tú tengas el papel.

Levantó el papel.

—Uno. El mismo día. —Miró a Ernesto—. Lo que pase, el día que pase. Aunque sea una tontería. Aunque no esté seguro. Aunque yo crea que te va a hacer daño y que a lo mejor no era nada. Yo ya sé que te lo he prometido antes y que lo he roto, y por eso lo estoy diciendo aquí y no en un cuarto.

—Dos. No voy a decidir solo. Ni por tu bien, ni por el de nadie. Y cuando me den ganas de hacerlo, que me van a dar, voy a decírtelo antes de hacerlo.

Respiró.

—Tres. Voy a decir en voz alta lo que quiero.

Y ahí se le fue la voz y tuvo que parar.

Ciento y pico de personas se quedaron muy calladas sin entender nada, y seis entendieron perfectamente, y una de ellas era Isaura de Ordas, que se tapó la boca con la mano.

—Llevo ocho años sin hacerlo —dijo Eduardo—. Por una razón mía. Y me ha costado cosas y le ha costado cosas a él. Y me voy a equivocar y voy a decir en voz alta cosas que no debía, y las voy a decir de todas maneras, porque el hombre que no dice lo que quiere acaba viviendo una vida que no pidió.

Bajó el papel.

—Y cuatro —dijo—. Cuatro es más chica y es la que me importa.

Se quedó un momento buscando cómo decirla.

—Cuando yo llegué aquí no hablaba. No entendía nada. Y este hombre metió los dedos en un guiso y se lo comió delante de mí cinco días seguidos para que yo supiera que podía comer. Cinco días. Sin decirme una palabra, porque no teníamos ninguna.

Se le quebró.

—Yo prometo que voy a seguir haciendo eso —dijo—. Toda la vida. Probar la comida primero. Aunque ya no haga falta. Aunque los dos sepamos que no está envenenada. Porque aquello no era sobre el guiso.

Ciento y pico de personas que llevaban veinte minutos preguntándose de qué hablaba aquel hombre se pusieron a llorar todas a la vez.

* * *

Y después le tocó a Ernesto.

Ernesto no había escrito nada.

Se quedó de pie, con el papel de Eduardo todavía en la mano de Eduardo, con el prado entero mirándolo, y se le veía en la cara que estaba a punto de

decir dos frases y sentarse, que era lo que todo el mundo esperaba y que nadie le habría reprochado.

Se aclaró la garganta.

Y habló en español.

* * *

Le salió con un acento espantoso.

Le salió lento, muy lento, poniendo cada palabra en su sitio con muchísimo cuidado, del modo exacto en que un hombre coloca piedras en un arroyo para poder cruzarlo, que era como había hablado Eduardo Rendón durante los dos primeros años de su vida en aquel mundo, y que nadie en aquel prado había visto hacer nunca a un hombre de la Marca.

Dijo:

—Eduardo.

Y esperó.

—Yo... no soy bueno... con palabras.

Se detuvo. Buscó.

—Tú sí. Por eso... tú dices. Yo hago.

Alguien, en la tercera fila, hizo un ruido.

—Ocho años —dijo Ernesto—. Yo... —Buscó otra vez, y no lo encontró, y lo dejó ir—. Yo escucho tu lengua ocho años. Y no aprendo. Porque... —se le puso mala la voz— ...porque me da miedo... hacerlo mal.

Respiró.

—Hoy lo hago mal.

Ahí, en el prado, Tomás se puso a llorar de una manera escandalosa, y todo el mundo se volteó a mirarlo, y así fue como se supo dónde había estado el chico cinco semanas todas las tardes.

Ernesto miró a Eduardo.

—Yo me quedo —dijo—. Todos los días. Hasta que me muera.

Luego, después de un silencio en el que se oyó una vaca a media legua:

—Poco a poco. Mi amor.

* * *

De la fiesta no hace falta contar mucho.

Duró hasta las tres de la mañana. Bruno se emborrachó a una velocidad que Anselmo describió como *clínicamente interesante* y a las once estaba llorando abrazado al cura del caserío, que también lloraba, por motivos completamente distintos y perfectamente compatibles.

Jimena bailó. Nadie la había visto bailar en catorce años y no se ha vuelto a repetir.

Isaura de Ordas se sentó junto a Eduardo cuando ya quedaba poca gente y le dijo que aquellos votos eran el documento más honesto que había oído en su vida, y que si le daba permiso quería copiarlos.

Eduardo le dio el papel.

Isaura lo copió esa misma semana y la copia está en el archivo del Colegio de Ordas, catalogada, entre dos tratados de hidráulica, porque no supieron dónde ponerla.

Los escudos de Bruno tenían algo grabado por detrás y no lo enseñó hasta que los entregó.

En el de Ernesto había un pájaro de trapo hecho con dos nudos, malísimamente dibujado, el mismo de la hebilla de hacía ocho años.

En el de Eduardo había una puerta.

—¿Una puerta? —dijo Eduardo.

—La del establo de Vega Alta —dijo Bruno—. Sigues debiéndomela.

* * *

A las tres de la mañana, cuando ya se había ido todo el mundo, los dos se sentaron en el escalón de la casa grande, que era donde se sentaban siempre.

Estaban destrozados.

Eduardo tenía treinta y siete años y unas canas en las sienes que le habían salido el año del Sarn y que Bruno no se cansaba de señalar. Ernesto tenía cuarenta y dos, la mano derecha que no cerraba del todo, una cicatriz nueva en el costado y una manera de sentarse que ya no era la de antes de la lanza.

—Oye —dijo Eduardo.

—Mmh.

—¿Cuánto llevabas guardándotelo?

Ernesto lo pensó.

—Desde el páramo —dijo—. Desde la pelea. Cuando dijiste eso de que no estábamos casados.

—Eso fue hace dos años.

—Dos años y cuatro meses.

Eduardo se volteó a mirarlo.

—¿Dos años y cuatro meses?

—Sí.

—Ernesto.

—Es que había mucho que hacer —dijo Ernesto, incómodo—. Estaba lo de la montaña. Y lo del agua. Y luego lo de Fane. Y luego yo no podía ni montar.

—Ernesto.

—Y luego se comió el páramo.

—**Ernesto.**

—¿Qué?

Eduardo se rió con la cara entre las manos.

—Nada —dijo—. Nada, nada. Que te quiero muchísimo y que eres el hombre más lento del reino de Arvela.

—Yo prefiero decirlo bien.

—No lo dijiste bien. Lo dijiste en español y con un acento horrible.

—Yo no dije que fuera a decirlo bien —dijo Ernesto—. Dije que prefería decirlo bien. Son cosas distintas.

Se quedaron ahí sentados, en el escalón, hasta que empezó a clarear, con los dos escudos de hierro en el suelo entre los pies, sin hablar.

Que era, después de ocho años, la cosa que mejor se les daba.

Capítulo 35

Cinco minutos más

Lo del despertar pasó el 3 de septiembre, tres meses después de la jura, y Ribas entero lo supo antes de mediodía.

Ernesto Valdas llevaba veintiséis años levantándose el primero.

No era una virtud. Era una avería. Se le había instalado a los diecisiete, en un campamento de la Marca, y se había ido apretando durante catorce años de guerra hasta convertirse en una cosa que ya no dependía de él: abría los ojos entre las cuatro y las cinco, todos los días, invierno y verano, dormido o no dormido, con guerra y sin guerra, y se levantaba, porque quedarse acostado con los ojos abiertos era peor.

En ocho años en Ribas no había fallado.

Aquella mañana se despertó a las cinco menos cuarto, como siempre.

Eduardo estaba dormido encima de él.

No al lado: encima. Con la cabeza en el centro del pecho, con un brazo cruzado, con toda la pierna derecha por encima, en una posición que a Ernesto le cortaba la circulación de medio cuerpo y que Eduardo adoptaba todas las noches hacia las tres de la mañana con la puntualidad de un reloj.

Ernesto se quedó mirando las vigas del techo.

Hizo lo que hacía siempre, que era empezar a calcular cómo salir sin despertarlo: el brazo primero, después la pierna, después escurrirse hacia el borde.

Y en mitad del cálculo se quedó parado.

Porque no había nada.

Ésa fue la palabra que le llegó y que después no supo explicarle a nadie: no había **nada**. No había guardia que relevar, ni caballo que revisar, ni camino que mirar, ni una sola cosa en el mundo que dependiera de que él estuviera de pie a las cinco menos cuarto de la mañana de un martes de septiembre.

Se quedó quieto.

A las cinco y veinte, Eduardo se movió un poco y dijo algo en español sin despertarse.

Y Ernesto le puso la mano en la espalda.

A las seis y media entró Bruno.

Entró como entraba siempre, sin llamar, gritando algo sobre el pan, y se paró en seco en el umbral del cuarto del norte porque el capitán de la Novena Compañía de la Marca de Arvela estaba en la cama, despierto, a las seis y media de la mañana, mirando el techo, con un hombre dormido encima.

—Bruno —dijo Ernesto, sin moverse.

—Capitán.

—Cinco minutos más.

Bruno cerró la puerta.

Cruzó la casa grande hasta la cocina, donde estaban Anselmo, Jimena y Tomás desayunando, se sentó, se sirvió leche, y se quedó mirando el cuenco con una expresión que ninguno le había visto nunca.

—¿Qué pasa? —dijo Jimena.

Bruno tardó en contestar.

—Nada —dijo—. Que hemos ganado.

* * *

Fueron años buenos y hay que contarlos, aunque cueste, porque de la felicidad casi nadie sabe contar nada.

Vivían en la casa grande. Eduardo daba clase por la mañana en la escuela nueva y otra vez a media tarde para los que trabajaban, y en el segundo año tenía treinta y un alumnos y una ayudante, que era Prisca. Ernesto llevaba lo que había que llevar en un pueblo que se estaba haciendo grande: los lindes, las aguas, el grano común, los dos días al año en que había que ir a Vela a discutir con alguien.

Y entre las dos cosas tenían la vida.

Hay que decir cómo era, porque después nadie se lo cree.

Se peleaban por la manta. Todas las noches. Eduardo se la robaba entera dormido, la enrollaba alrededor de sí mismo con una técnica involuntaria que Ernesto comparó una vez con la de las orugas, y Ernesto se despertaba a las cuatro helado y con un capullo de lana a su lado. Se compraron una segunda manta el primer invierno y Eduardo empezó a robar las dos.

Eduardo era dramático. Insoportablemente. Se cortaba un dedo y se tiraba al suelo. Se golpeaba el meñique del pie contra un banco y hacía un discurso de cuatro minutos, en español, con las manos. Ernesto tardó dos años en entender que aquello no era exageración, y otros dos en entender que sí lo era, y otros dos en entender que las dos cosas eran ciertas y que a él le encantaba.

Se hacían cosquillas. Ésta es la que más le costaba admitir a Ernesto y la que Bruno más disfrutaba contando. Empezaba siempre igual: Eduardo le metía los dedos fríos por debajo de la camisa, en el costado, y Ernesto —un hombre que había recibido una lanza sin gritar— se doblaba por la mitad y soltaba un ruido agudo e indefendible. Terminaba en el suelo las cuatro de cada cinco veces.

Y se mordía. Eduardo tenía la costumbre de morderle la oreja al pasar por detrás cuando Ernesto estaba concentrado en algo, y Ernesto había desarrollado un repertorio de tres o cuatro amenazas que no cumplía nunca.

Jimena los pilló una vez y no dijo nada durante meses, y una noche, borracha, le contó a Anselmo que llevaba catorce años viviendo con soldados y que aquello era lo más raro que había visto en su vida, y que se refería a lo bueno.

* * *

Lo de la barba empezó ese primer invierno y se volvió una cosa fija.

Ernesto se afeitaba mal. Llevaba veinte años afeitándose mal, con una navaja y un pedazo de espejo, sin ver nada, y el resultado era una barba corta y desigual con dos calvas junto a la mandíbula que se había hecho él mismo a base de años.

Eduardo se ofreció una tarde.

Le puso un taburete junto a la ventana, con la luz de frente, le echó la cabeza para atrás y le arregló la barba entera con unas tijeras chicas y muchísima paciencia.

Tardó cuarenta minutos.

A partir de ahí lo hizo cada quince días durante cuarenta y un años.

La escena es sencilla y no tiene nada de particular: un hombre sentado en un taburete con la cabeza echada hacia atrás y otro de pie entre sus rodillas con unas tijeras. Bruno hacía comentarios. Tomás imitaba a Ernesto poniendo cara de gato al sol.

Anselmo, que llevaba treinta y cinco años de médico, notó otra cosa y se la dijo a Vidal una tarde en la puerta.

—Míralo.

—Lo estoy mirando.

—Tiene los ojos cerrados —dijo Anselmo—. Con una hoja en la cara.

Vidal soltó el aire por la nariz.

—Yo he visto a ese hombre dormir con las botas puestas once años —dijo Anselmo—. Y en Ordas, cuando le cosí la ceja, tuve que decirle tres veces que se estuviera quieto porque no podía dejar de mirarme las manos. Y ahora se sienta ahí y cierra los ojos.

—Sí.

—No es la barba, Vidal.

—Ya sé que no es la barba.

No dijeron nada más, porque los dos eran hombres que no decían nada más.

* * *

La tarde de lluvia fue en el segundo año y no pasó nada en ella, que es exactamente por lo que hay que contarla.

Llovió todo el día. De esas lluvias de octubre que no dejan trabajar y que ponen a la gente de mal humor, y a media tarde estaban los dos en la casa grande: Eduardo leyendo junto a la ventana y Ernesto arreglando una pieza de cuero en la mesa.

Estuvieron una hora sin hablar.

No una hora de silencio incómodo, ni de enfado, ni de nada: una hora en la que un hombre pasó páginas y otro cosió cuero y la lluvia hizo su ruido en el tejado, y nadie dijo una palabra porque no hacía ninguna falta.

Tomás entró a media hora, se sentó, se levantó a los cinco minutos y se fue a la cocina.

—Están enojados —le dijo a Vidal.

—¿Quiénes?

—Ellos. Llevan una hora sin hablarse.

Vidal levantó la vista de lo suyo.

—¿Están en el mismo cuarto?

—Sí.

—¿Y ninguno se ha ido?

—No.

Vidal volvió a lo suyo.

—Entonces no están enojados, chico.

—Pero no hablan.

—Ya.

Tomás esperó una explicación que no llegaba.

—Vidal.

Vidal dejó lo que tenía en las manos.

—Dos posibilidades —dijo—. Nada más.

—¿Cuáles?

—Si están enojados, se separan. Se van a otro cuarto. Le hablan a un tercero. Se buscan cosas que hacer afuera.

—¿Y si no?

—Si no, no.

—Pero es que llevan una hora, y yo he pasado por la puerta dos veces, y la primera vez pensé que a lo mejor uno se había quedado dormido, porque hay gente que se duerme sentada, mi tío se dormía sentado y con los ojos medio abiertos y daba un miedo espantoso, pero éstos no, éstos están despiertos los dos, y el capitán tenía la cara de cuando...

—Chico.

—Perdón.

Vidal se limpió las manos en el pantalón.

—Una hora en el mismo cuarto —dijo—. Sin decir nada. Y ninguno aburrido.

Miró la puerta cerrada.

—Eso es estar en casa.

Tomás se quedó pensándolo.

—Yo no sé estar así con nadie —dijo.

—Ya lo sé.

—¿Y cómo se aprende?

Vidal lo miró un momento largo.

—No se aprende, chico —dijo—. Se encuentra. Y hay que salir a buscarlo.

Y volvió a lo suyo.

Aquélla fue la primera vez que a Tomás, que tenía veinticuatro años y llevaba nueve en aquel valle, se le puso en la cabeza la idea de irse.

* * *

De aquellos años hay otra cosa que hay que contar y que es de Bruno.

Bruno tenía cincuenta y cuatro años y una fragua que ya no era provisional, y llevaba una temporada raro.

Raro para Bruno, que es un rango muy estrecho: hablaba menos en las comidas, se iba a la fragua a horas absurdas, y una vez, en agosto, Jimena lo encontró sentado en el poyo de afuera a las dos de la mañana sin hacer nada.

Fue Eduardo el que preguntó, porque Eduardo era el único que preguntaba.

—Bruno.

—Qué.

—¿Estás bien?

—Sí.

—Vale. —Eduardo se sentó a su lado—. Entonces me quedo aquí sin decir nada, que es lo que hago cuando alguien me dice que sí y no es verdad.

Bruno resopló.

Estuvieron veinte minutos.

Y a los veinte minutos, Bruno dijo:

—Se llamaba Doria.

Eduardo no se movió.

—Ya lo sé —dijo.

Bruno se volteó.

—¿Cómo que ya lo sabes?

—Me lo dijiste tú. En Ribas, el primer invierno, cuando se te abrió la pierna. —Eduardo se miró las manos—. Estabas delirando de fiebre y me agarraste la muñeca y me hablaste de ella como cuarenta minutos.

Silencio.

—Nunca me has dicho nada —dijo Bruno.

—No.

—Ocho años.

—Nueve.

Bruno se pasó las dos manos por la cara.

—¿Y por qué no me dijiste nada?

—Porque no me lo dijiste tú —dijo Eduardo—. Me lo dijo la fiebre. No es lo mismo y tú no me habías dado permiso.

Bruno Casal, herrero, cincuenta y cuatro años, se echó a llorar en el poyo de su casa a las dos de la mañana delante de la única persona del mundo que llevaba nueve años guardándole una cosa que él no sabía que había dicho.

Se lo contó entero esa noche.

Era del pueblo de al lado del suyo. Se iban a casar en la primavera del año en que empezó la guerra, y él se fue con la leva creyendo que volvía en un año, y volvió en catorce. Y ella no se había muerto: se había casado, en el quinto año, con un hombre de Vega Alta, y tenía cuatro hijos, y estaba perfectamente.

Y eso era todo.

Ésa era la historia entera y por eso Bruno no la había contado nunca en su vida, porque no tenía forma de tragedia y no se podía contar en una mesa: no había muerto nadie, no había traición, no había nada que reprocharle a nadie. Sólo había una guerra que duró catorce años en vez de uno, y una mujer que hizo lo razonable.

—Y la cosa —dijo Bruno, con la voz destrozada— es que yo no quiero nada. Yo no quiero volver a verla. Yo no quiero que se muera su marido, ni que le vaya mal, nada de eso. —Se limpió la cara con el antebrazo—. Es que hay un hombre de treinta y cuatro años que salió de aquel pueblo con la cabeza llena de una cosa, y ése no volvió, y a ése no lo enterró nadie.

Eduardo no dijo nada durante mucho rato.

—¿Puedo decirte una cosa? —dijo al fin.

—Dila.

—Que ese hombre de treinta y cuatro años me dio una manta en un bosque.

Bruno se quedó quieto.

—La primera noche —dijo Eduardo—. Yo estaba tirado en el suelo temblando y el capitán te dijo que me dieras tu manta y tú refunfuñaste como cuarenta cosas y me la tiraste encima. —Se encogió de hombros—. Yo no conozco al de treinta y cuatro años. Pero el de cuarenta y cinco hizo eso, y yo estoy aquí por eso, así que a mí no me digas que no volvió.

Bruno se quedó mirando el patio.

—Eres un cabrón —dijo.

—Sí.

—Un cabrón muy hábil.

—Sí.

—Y llevas nueve años sin decírmelo.

—Sí.

Bruno asintió despacio.

Después, con la voz de un hombre que ha decidido cambiar de tema con violencia:

—Sigues debiéndome una puerta.

* * *

El primer año de casados, Eduardo escribió una lista.

La escribió en la tablilla buena, en español, una noche de enero, y no se la enseñó a nadie, y la fue completando durante como tres años.

La tituló **cosas que no sabía**.

Decía, entre otras:

que iba a saber por el ruido de la puerta si viene cansado o no.

que dos personas pueden tener una conversación entera sobre una cerca y estar hablando de otra cosa y las dos saberlo.

que se puede echar de menos a alguien que está en el cuarto de al lado. no mucho. un poco. es agradable.

que la parte que más me gusta del día no es ninguna de las que yo habría dicho.

(es cuando entra por la mañana con la leña y todavía no ha hablado con nadie y hace ese ruido con la garganta.)

que quererlo no es una cosa que sienta. es una cosa que hago. todos los días. algunos días la hago mal.

que en mi mundo yo creía que esto iba a ser más interesante y resulta que es mucho mejor que interesante, y que no sé cómo se le explica eso a alguien de veintinueve años, y que probablemente no se pueda.

La última entrada de esa lista, que es de tres años más tarde y que está escrita con otra tinta, dice sólo:

que se puede tener miedo de que esto se acabe y estar contento al mismo tiempo, todo el día, durante años, y que eso no es un problema. eso es tener algo.

Capítulo 36

Ernesto entra primero

Empezó como una cosa graciosa y tardó tres años en dejar de serlo.

Ernesto entraba primero en las habitaciones.

En todas. En la casa grande, en la fragua, en el granero, en el establo, en casas de vecinos en las que llevaban ocho años entrando. Lo hacía sin pensarlo, con una economía perfecta: llegaba al umbral medio paso antes, giraba el hombro, pasaba, y a los dos pasos ya estaba dentro y Eduardo detrás.

También bajaba primero las escaleras.

También probaba la temperatura de las cosas. Si había una olla al fuego y Eduardo iba a moverla, Ernesto le ponía dos dedos al asa antes.

También se ponía del lado del camino por el que venían los carros.

También, cuando entraba alguien desconocido en el patio, se movía. No se plantaba delante ni sacaba nada: se movía tres pasos hacia la izquierda, sin dejar de hacer lo que estuviera haciendo, y quedaba entre el desconocido y Eduardo.

Durante los primeros dos años, aquello a la Compañía le pareció entrañable.

Tomás lo imitaba. Bruno le decía *capitán, el umbral está despejado* cada vez que lo pillaba. Jimena lo cronometró una vez, por deporte, y determinó que Ernesto ganaba el umbral con una ventaja media de medio paso y que sólo había fallado dos veces en un mes.

Y a Eduardo le hacía gracia.

Le hizo gracia hasta el otoño del tercer año.

* * *

Dejó de hacérsela un martes, en la plaza, delante de treinta personas.

Había llegado a Ribas un tratante de ganado del sur con dos hombres, y venía a discutir un asunto de pastos, y venía de mal humor, y era grande.

En algún momento de la discusión —que iba de pastos y de nada más— el tratante levantó la voz y dio un paso hacia Eduardo.

Un paso. Nada más. La clase de paso que da un hombre que discute con las manos.

Y Ernesto se interpuso.

Lo hizo bien, además: sin drama, sin tocar a nadie, poniéndose de lado con un movimiento que en la Marca se lee perfectamente y que significa *hasta aquí*. El tratante retrocedió medio paso y bajó la voz, y el asunto de los pastos se resolvió veinte minutos después de manera perfectamente razonable.

Eduardo se quedó de pie detrás de su marido, en la plaza de su pueblo, delante de treinta vecinos suyos, mirándole la espalda.

No dijo nada.

Terminó el asunto de los pastos, se despidió del tratante, cruzó la plaza y se metió en la escuela y no salió en tres horas.

* * *

—¿Qué he hecho? —dijo Ernesto esa noche.

—Nada.

—Eduardo.

—No has hecho nada. Ése es el problema y por eso llevo tres horas sin saber cómo decirlo. —Eduardo estaba sentado en el borde de la cama, con las manos entre las rodillas—. No has hecho nada malo. No me has faltado. No me has mandado callar. Te pusiste delante de un tipo que gritaba, que es lo que llevas veinte años haciendo, y lo hiciste bien.

—¿Entonces?

Eduardo levantó la cabeza.

—Entonces treinta personas de este pueblo vieron a un hombre proteger a otro hombre —dijo—. Y el que estaba detrás era yo.

Ernesto se quedó callado.

—Y yo he quitado una montaña, Ernesto.

—Ya lo sé.

—No. No lo sabes, porque si lo supieras no lo harías. —A Eduardo le empezó a temblar la voz—. Yo no necesito que nadie se ponga entre un tratante

de ganado y yo. Yo soy la cosa más peligrosa que hay en cuatro reinos y todo el mundo en esa plaza lo sabe, y todo el mundo en esa plaza acaba de ver a mi marido cuidarme como si fuera un niño.

—Yo no...

—Y a mí me da vergüenza.

Se le rompió.

—Y me da vergüenza que me dé vergüenza —dijo—, porque tú lo haces por amor y yo lo sé, y me odio por estar diciéndote esto. Pero llevo tres años detrás de ti en todas las puertas de este valle.

Ernesto no dijo nada durante mucho rato.

—¿Es porque no confías en mí? —dijo Eduardo—. Dímelo. Prefiero eso. ¿Es porque crees que me van a romper otra vez?

Y Ernesto contestó una cosa que Eduardo no esperaba en absoluto.

—No.

—Ernesto.

—Que no. —Ernesto se pasó las manos por la cara—. No es eso. Nunca ha sido eso. Yo he visto a ese tratante, Eduardo, y sé perfectamente que si te pone un dedo encima, ese hombre no llega al suelo.

Se sentó en la silla, pesadamente.

—Ése es exactamente el problema —dijo.

* * *

Tardó como diez minutos en poder decirlo.

Eduardo esperó los diez minutos sin abrir la boca, que era una cosa que había aprendido a hacer y que le había costado seis años.

—Yo estuve de rodillas en el barro —dijo Ernesto al fin—. En el patio. Con la lanza puesta.

—Ernesto...

—Déjame. Que llevo cuatro años sin decirlo y si me paras no lo digo.

Eduardo se calló.

—Yo estaba de rodillas y no me podía mover —dijo Ernesto—. Y te vi. Once minutos. Te vi correr, y te vi bloquear, y te vi tirar a un hombre contra una empalizada. Y después te vi dejar de moverte.

Se le puso mala la voz.

—Y después vi que había un hombre corriendo hacia mí y luego ya no había.

Silencio.

—Y no me dio miedo por mí —dijo Ernesto—. Que quede claro, porque esto es lo que quiero decir y me está costando. No me dio miedo que me mataran, y no me dio miedo que perdiéramos, y no me diste miedo tú.

Levantó la cara.

—Me dio miedo lo que te iba a costar.

Eduardo se quedó absolutamente quieto.

—Cinco meses —dijo Ernesto—. Cinco meses tardaste en dormir de un tirón. Yo estaba ahí. Y cuando supiste que se llamaba Teso y que tenía tres hijas, te pasaste una semana sin comer, y yo te llevaba el cuenco a la cama y me lo devolvías lleno.

Se le quebró.

—Y ése era un hombre que volvió, Eduardo. Ése está vivo. Ése está en un pueblo de la costa ahora mismo, tan campante.

Silencio.

—Yo no me pongo delante de ti para que no te hagan daño —dijo Ernesto—. Yo me pongo delante de ti para que no te toque a ti resolverlo.

Se hizo un silencio en el cuarto del norte que duró mucho.

—Cada vez que yo llego primero —dijo Ernesto, muy bajo— es una cosa que tú no tienes que hacer. Un tratante que grita, un perro que muerde, una olla que quema. Todo eso lo puedo hacer yo, y a mí no me cuesta nada, y a ti te cuesta.

—A mí una olla no me cuesta nada.

—A ti una olla no. —Ernesto lo miró—. Pero yo no sé dónde está la línea, Eduardo. Yo no sé en qué punto una cosa deja de ser una olla y se convierte en un hombre corriendo con una espada. Y como no sé dónde está, me pongo delante de todo.

* * *

Eduardo se levantó y se quedó de pie en medio del cuarto.

—Ay, Ernesto —dijo.

—No me digas que es una tontería.

—No es una tontería. Es lo menos tonto que me has dicho en la vida y es la cosa más triste que he oído en este cuarto. —Se pasó las manos por la cara—. Es que es un trabajo imposible. ¿Tú te oyes? Te has puesto de guardia contra el mundo entero por si algún día una cosa se pone lo bastante fea como para que yo tenga que borrarla.

—Sí.

—Eso no se puede hacer.

—Llevo veintiún años haciéndolo —dijo Ernesto—. Nada más que antes se llamaba de otra manera.

Ahí, en ese momento exacto —y Eduardo lo iba a recordar tres años después, la noche en que Ernesto dijo por fin que ya había enterrado suficientes amigos—, ahí Eduardo Rendón entendió una cosa sobre su marido que no había entendido en diez años.

Que aquel hombre no había dejado la guerra.

Que la había traído a casa, en el cuerpo, y que llevaba diez años montando guardia en un pueblo donde no pasaba nada, y que si no había nada de lo que proteger a nadie, entonces se protegía de las puertas, y de las ollas, y de los tratantes de ganado.

—Tenemos que arreglar esto —dijo Eduardo.

—Ya lo sé.

—No hoy. No se arregla hoy y no se arregla hablando una noche. —Se sentó en el suelo, delante de la silla, con la espalda contra la cama—. Pero tenemos que arreglarlo, porque si no lo arreglamos, dentro de veinte años tú sigues entrando primero en las habitaciones y yo sigo siendo un señor al que le abren las puertas.

Ernesto asintió despacio.

—¿Y qué hacemos?

—Empezar por lo chico —dijo Eduardo—. Yo hago eso con los alumnos. No les cambio la cabeza, les cambio una cosa que se pueda contar.

—Dime una.

Eduardo lo pensó.

—Las puertas —dijo—. Nada más las puertas. Yo no te voy a pedir que dejes de preocuparte, porque eso no se pide. Te voy a pedir que en las puertas me dejes pasar primero.

—¿Nada más eso?

—Nada más eso. Y va a ser dificilísimo.

Ernesto resopló.

—Es una puerta.

—Es una puerta —dijo Eduardo—. Vamos a ver cuánto aguantas.

Aguantó cuatro días.

Al quinto se le fue el hombro en la puerta del establo, y se paró en seco a medio paso, y se quedó ahí como un idiota, y Eduardo se rió tanto que tuvo que apoyarse en la pared.

Al mes iba por seis de cada diez.

Al año, Bruno dejó de decir *capitán, el umbral está despejado*, y nadie se dio cuenta de que había dejado de decirlo.

* * *

Lo del puente fue en primavera, camino de Arna.

Iban a la inauguración del canal. Habían tardado catorce meses en construirlo y otros dos años en que funcionara bien, y aquella primavera los cuatro concejos habían decidido que había que hacer una fiesta, y habían mandado llamar a Eduardo con una formalidad que le dio un poco de risa y bastante orgullo.

Iban los dos solos.

Ésa fue la primera vez en once años que hicieron un camino los dos solos, sin la Compañía, y los dos lo notaron y ninguno lo dijo.

Al tercer día llegaron al Vado de Sella, donde había un puente de madera de tres tramos que llevaba cuarenta años en pie y treinta necesitando reparación.

Estaba peor que la última vez. Le faltaban dos tablas del tramo del medio y las que quedaban tenían ese color gris de la madera que ya no sirve, y el pretil de la izquierda se había ido al río en algún invierno.

Ernesto bajó del caballo.

Se acercó al puente, lo miró, dio dos pasos encima, saltó un poco para probar el primer tramo.

Y después se dio la vuelta.

Y Eduardo lo vio.

Vio el momento entero: vio a Ernesto Valdas, cuarenta y cuatro años, de pie en el arranque de un puente podrido, con el pie derecho ya adelantado para cruzar primero, y vio cómo se detuvo.

Se quedó ahí dos segundos.

Después retiró el pie.

—¿Lo cruzamos? —dijo.

Eduardo tuvo que tragar dos veces antes de poder contestar.

—Juntos —dijo.

Lo cruzaron juntos, los dos a la vez, llevando cada uno su caballo del ronzal, uno al lado del otro, por un puente de tres tramos que crujió las dos veces que tenía que crujir y que aguantó perfectamente, como llevaba aguantando cuarenta años.

Al llegar al otro lado, Ernesto se subió al caballo y siguió el camino sin decir nada, con la cara de un hombre que ha hecho una cosa muy pequeña y muy difícil y que preferiría que no se comentara.

Eduardo no lo comentó.

Estuvo llorando en silencio como media legua, detrás de él, y Ernesto lo sabía perfectamente y tuvo la decencia de no voltearse.

* * *

En Arna les hicieron una fiesta que a Eduardo lo desbordó y que Ernesto disfrutó muchísimo.

El canal funcionaba. Bajaba desde la presa del alto, cruzaba la loma donde había estado la cara norte del Sarn, y repartía en cuatro brazos, y los cuatro pueblos que se habían quedado secos hacía cinco años tenían agua todo el año y una comisión que se peleaba por ella, que es la manera en que se sabe que una obra hidráulica funciona.

Isaura de Ordas tenía sesenta y cinco años y ya no podía andar sin dos bastones.

Lo dirigió todo sentada en una silla.

Cuando Eduardo la vio, cruzó la plaza entera y se agachó a abrazarla, y ella le dio unas palmadas en la espalda con la mano abierta y le dijo que no hiciera el ridículo delante de los concejos.

Esa noche cenaron los tres.

Y en algún momento, cuando ya estaban las velas bajas, Isaura dijo:

—Le voy a contar una cosa y le va a molestar.

—Dígala.

—Los cuatro pueblos me han pedido permiso para ponerle su nombre al canal.

Eduardo dejó la copa.

—No.

—Ya les dije que no.

—Gracias.

—Les dije que no y les propuse otra cosa, y por eso se lo estoy contando. —Isaura se acomodó con dificultad—. Les propuse ponerle el nombre del río.

Eduardo tardó un segundo.

—El Nes.

—El Nes. —Isaura lo miró—. Que es el río que usted secó y que este canal viene a devolver. Y que no lo sepa nadie más que nosotros tres y los concejos que lo firmaron.

Se hizo un silencio.

—Eso es lo más elegante que he oído en mi vida —dijo Ernesto.

—Gracias, capitán.

—Maestra —dijo Eduardo, y se le puso mala la voz.

—No.

—Yo no la había perdonado.

—Ya lo sé. Me lo dijo usted mismo hace seis años en un cuarto sin ventana, y se lo agradecí entonces y se lo agradezco ahora. —Isaura se enderezó todo lo que pudo—. Y le voy a decir una cosa y después nos vamos a dormir, porque tengo sesenta y cinco años y esto es lo último que le voy a pedir en la vida.

—Dígala.

—No me perdone —dijo Isaura de Ordas—. Se lo pido en serio. Lléveme a la tumba sin perdonarme, y trabaje conmigo hasta el final, y hágame reír de vez en cuando, y cuando me muera no diga en el entierro que ya estaba todo bien entre nosotros.

Levantó la copa con la mano temblando.

—Porque lo que hicimos usted y yo estos cinco años es mucho mejor que el perdón —dijo—. El perdón lo tiene cualquiera. Nosotros construimos un canal.

Capítulo 37

La cerca rota

La cerca del prado alto llevaba tres semanas prometida.

Era la del lado norte, la que separaba el prado de las ovejas del sembrado de los Ordás —que no tenían nada que ver con la ciudad de Ordas y que llevaban ochenta años explicándolo—, y se le habían soltado cuatro postes en las lluvias de marzo.

No era un trabajo grande. Era medio día con un mazo.

Eduardo lo prometió el martes 4 de abril, en la cocina, sin que nadie se lo pidiera.

Volvió a prometerlo el 9, el 14, el 18, el 22 y el 27.

El 3 de mayo, a las cinco y media de la mañana, treinta y una ovejas se metieron en el sembrado de los Ordás.

* * *

Conviene contar cómo fue el 2 de mayo, porque si no, no se entiende nada.

Eduardo se levantó a las seis con la intención de arreglar la cerca. Lo tenía decidido. Se lo había dicho a Ernesto la noche anterior y esta vez iba en serio: mazo, cuatro postes, mañana entera.

Salió al patio a las seis y cuarto con el mazo al hombro.

A las seis y veinte se encontró en el camino a la mujer del molinero, que llevaba dos días con el brazo mal y no lo decía. Eduardo la vio moverse raro, la paró, le miró el hombro y se dio cuenta de que lo tenía fuera de sitio y de que llevaba dos días así por no molestar. La llevó con Anselmo. Anselmo se lo colocó. Ella gritó. Eduardo la acompañó de vuelta a su casa y se quedó veinte minutos porque estaba temblando.

A las ocho y media volvió a salir con el mazo.

A las ocho y cuarenta lo pararon dos críos de la escuela. Uno de ellos, que se llamaba Nel y que tenía nueve años, quería saber por qué el agua del canal de Arna subía por la loma si el agua no sube.

Eduardo dejó el mazo en el suelo.

Le explicó el sifón. Se lo explicó con dos vasos y un pedazo de junco durante cuarenta minutos, en el suelo del camino, y al final había once niños.

A las diez volvió a coger el mazo.

A las diez y cuarto apareció Anselmo diciendo que había estado pensando en lo del hombro de la molinera y que había una cosa que llevaba treinta años haciendo de una manera y que a lo mejor se podía hacer de otra, y los dos se metieron en la casa a discutirlo.

Eran las tres de la tarde cuando Eduardo levantó la cabeza.

Ésta es la parte que él sí sabía de sí mismo y que llevaba veinte años sin poder arreglar. Se le iba el tiempo. No un poco: se le iba entero, en bloques, sin dejar rastro. Se metía en un problema a las diez y cuarto y salía a las tres, y por dentro habían pasado cuarenta minutos, y no era una manera de hablar: si le hubieran preguntado a las dos y media qué hora era, habría dicho las once.

Se lo había explicado a Ernesto muchas veces.

Ernesto lo entendía perfectamente. Eso también hay que decirlo. Ernesto había visto a aquel hombre perder cuatro horas mirando una piedra esférica y no le había reprochado nunca ni una sola.

A las tres y diez Eduardo salió corriendo hacia el prado alto con el mazo.

A las tres y media se puso a llover.

Ahí está la cerca, con los cuatro postes sueltos, y ahí está un hombre de cuarenta años debajo del agua mirándola, calculando que le quedan cuatro horas de luz y que la tierra empapada no agarra el poste y que si lo clava ahora se le suelta en una semana.

Tomó la decisión correcta, que es lo que más rabia da.

Se volvió a casa y dijo que lo hacía el jueves.

* * *

Las ovejas entraron a las cinco y media de la mañana del 3 de mayo, cuando el sembrado de los Ordás llevaba once días con el trigo a media espiga.

Treinta y una ovejas en un trigal joven no se lo comen: se lo tumban.

Los Ordás eran cinco: un matrimonio de cincuenta y tantos años, dos hijos y una hija. Vivían de eso. No tenían nada más, y aquel año habían pedido grano prestado al concejo para sembrar.

El padre bajó a Ribas a las siete de la mañana.

No gritó. Ésa fue la parte insoportable. Era un hombre callado que llevaba ochenta años de familia en ese sembrado, y llegó al patio de la casa grande con la gorra en las manos y le dijo a Ernesto, en voz baja, que se le habían metido las ovejas y que venía a ver cómo se arreglaba.

Ernesto subió a verlo.

Estuvo arriba una hora.

Cuando bajó, Eduardo estaba en el patio, y ya lo sabía, y tenía la cara de un hombre que ha entendido de golpe la diferencia exacta entre una cosa que no ha hecho y una cosa que ha hecho.

—Ernesto.

—No.

—Yo lo arreglo. Yo pago el grano, yo hablo con el concejo, yo...

—Ya lo he arreglado yo —dijo Ernesto.

Pasó de largo y se metió en el establo.

* * *

La pelea fue esa noche y duró once minutos y fue la peor de su vida, y no se parecía a la del páramo en nada.

En el páramo había habido gritos.

Ésta fue peor porque Ernesto no levantó la voz ni una vez.

—Yo no te estoy reprochando el día de ayer —dijo—. Que quede claro, porque te vas a agarrar de ahí. Ayer hiciste cuatro cosas buenas y la última decisión fue la correcta y yo habría hecho lo mismo.

—Entonces...

—Te estoy reprochando el 4 de abril. Y el 9. Y el 14. Y el 18. Y el 22. Y el 27.

Eduardo se calló.

—Seis veces —dijo Ernesto—. En cuatro semanas. Y las seis me lo dijiste tú a mí, sin que yo te lo pidiera.

—Ya lo sé.

—No, no lo sabes, porque si lo supieras no lo harías. —Ernesto estaba sentado a la mesa, muy quieto, con las manos abiertas encima—. Y esto no

es de la cerca. La cerca la arreglo yo en media mañana y la habría arreglado en abril si tú no me hubieras dicho seis veces que la hacías tú.

Se hizo un silencio muy feo.

—Eduardo —dijo Ernesto—. Yo no puedo contar contigo para las cosas chicas.

Ahí fue donde le dio.

—Y ése es el problema entero, y llevo tres años sin decírtelo. —Ernesto levantó la cara—. Yo puedo contar contigo para todo lo grande. Para todo. Si mañana se hunde este valle, tú te pones delante. Eso lo sé y lo sabe el reino.

—Ernesto...

—Pero yo no vivo en lo grande —dijo—. Yo vivo en la cerca.

Silencio.

—Este valle entero tiene un pedazo de ti —dijo Ernesto, y le tembló por primera vez la voz—. La molinera tiene un pedazo. Anselmo tiene un pedazo. Los once niños del camino tienen un pedazo. Y a mí me toca la cerca, que es lo único que te pido en el año, y la cerca es lo único que no haces.

Eduardo no dijo nada.

No se defendió. Tenía en la boca lo del tiempo, y lo de la molinera, y lo de la lluvia, y todo eso era verdad, y no dijo nada.

Se quedó de pie en la cocina con la cara blanca.

Porque era verdad.

Ésa era la cuestión y él la conocía desde los catorce años, desde muchísimo antes de aquel mundo: que era un hombre en el que se podía confiar para lo enorme y no para lo pequeño, y que a la gente que lo quería aquello le había ido saliendo caro toda su vida, y que él lo llamaba *distracción* y que llevaba veinticinco años llamándolo así porque llamarlo por su nombre era peor.

—Tienes razón —dijo.

—No quiero que me des la razón. Quiero...

—Ya sé lo que quieres. —Eduardo se sentó enfrente—. Y no te voy a pedir perdón, porque el perdón lo he pedido seis veces desde el 4 de abril y ya no vale nada.

Se quedó callado un momento.

—Lo haré mejor —dijo.

Ernesto lo miró.

—Eso también lo has dicho.

—Sí. —Eduardo asintió—. Pero esta vez te voy a enseñar cómo.

* * *

Tardó dos días y montó un sistema, porque era él, y porque un hombre no se cambia entero pero un procedimiento sí se cambia.

Consistía en una tablilla.

La colgó de un clavo junto a la puerta de la cocina, a la altura de los ojos, donde no se podía no verla. Tenía dos columnas. En la de la izquierda escribía todo lo que le prometía a Ernesto, con la fecha del día en que lo prometía. En la de la derecha, la fecha en que lo hacía.

Tenía una regla, escrita arriba, en la lengua del reino, con su letra fea:

LO DE ESTA TABLILLA VA PRIMERO.

Y debajo, más chiquito:

antes que los niños. antes que Anselmo. antes que cualquiera que venga por el camino. si alguien se está muriendo, no. si no se está muriendo, sí.

A Bruno le pareció ridículo y lo dijo.

—Es que es tu marido, no un capataz.

—Ya lo sé.

—¿Y tú necesitas una tablilla para acordarte de tu marido?

—Sí —dijo Eduardo—. Exactamente eso. Y me da una vergüenza espantosa y por eso está colgada donde la ve todo el mundo.

Aquella tablilla estuvo colgada de aquel clavo treinta y un años.

Se cambió cuatro veces porque se acababa el sitio, y en la última, la que está enmarcada junto a la de las letras de Tomás, se ven ochenta y siete renglones y en ochenta y uno las dos fechas están a menos de tres días de distancia.

En seis no.

Eduardo no las raspó nunca.

* * *

Y en el mismo mes se fue Tomás.

Tenía veintiséis años, llevaba once con ellos y llevaba tres hablando de irse.

Lo hablaba de una manera que a todo el mundo le resultaba cómoda: lo decía en las comidas, en broma, con un plan distinto cada vez —el mar, la ciudad, la costa del norte, un tío suyo que a lo mejor existía—, y todos se reían y nadie lo tomaba en serio, y así llevaban tres años.

Fue Ernesto el que lo tomó en serio.

Lo llamó al establo un jueves y le dijo cuatro frases.

—Tomás.

—Capitán.

—¿Cuándo te vas?

Tomás se puso blanco.

—Yo no...

—Llevas tres años diciéndolo y nadie te ha preguntado nunca cuándo. —Ernesto siguió cepillando el caballo sin mirarlo—. Te lo estoy preguntando.

Tomás, que tenía veintiséis años y que llevaba tres esperando que alguien le hiciera exactamente esa pregunta, se sentó en un fardo de paja y se puso a llorar.

Se fue el 29 de mayo.

Y el que lo pasó peor, con diferencia, fue Eduardo.

* * *

Discutieron dos veces sobre eso y las dos las perdió Eduardo.

—Es que se va solo —dijo, la primera noche.

—Tiene veintiséis años.

—Ernesto, no ha estado solo en su vida. Llegó a la Compañía a los quince. No sabe... —Eduardo hizo un gesto—. No sabe cómo se busca posada. No sabe regatear. Se fía de todo el mundo.

—Lo va a aprender.

—¡Lo van a desplumar en Vela en cuatro días!

—Sí —dijo Ernesto—. Probablemente.

Eduardo se lo quedó mirando.

—¿Y ya está?

—Y ya está. —Ernesto dejó lo que tenía en las manos—. Eduardo, a mí me desplumaron en Vela a los diecinueve. Me quitaron una bolsa entera con un juego de dados y me pasé un mes comiendo pan. ¿Y sabes qué pasó?

—¿Qué?

—Que no me ha vuelto a pasar en veintiséis años.

Eduardo abrió la boca y la cerró.

La segunda discusión fue tres días antes de que se fuera, y ésa fue la fea, porque Eduardo dijo la cosa que llevaba dos semanas debajo de todo lo demás.

—Es que aquí hace falta.

Ernesto se dio la vuelta muy despacio.

—¿Qué has dicho?

—Que hace falta. Que lleva la escuela conmigo tres días a la semana, que Prisca sola no puede con los treinta y uno, que...

—Eduardo.

—Es verdad.

—Es verdad y no es la razón —dijo Ernesto—. Y tú lo sabes, y por eso lo has dicho mirando el suelo.

Eduardo se quedó callado.

Después se sentó en el borde de la cama y dijo, con la voz muy chica:

—Le enseñé a leer.

—Ya lo sé.

—Tenía quince años y me enseñó él a mí primero, en el suelo, con un carbón. Y después le enseñé yo. Y le prometió a un hombre que no le contestaba que iba a enseñarle a escribir su nombre y cumplió. —Se le rompió—. Y ahora se va a la costa a que lo despluma un tipo con unos dados.

Ernesto se sentó a su lado.

—Sí —dijo.

—No me digas que es lo normal.

—Es lo normal.

—Ernesto.

—Es lo normal y es lo bueno, y a mí también me está costando y yo he mandado a cuarenta y un hombres. —Ernesto se pasó la mano por la boca—. Yo lo despedí en el establo el jueves y estuve dos horas revisando arreos que no lo necesitaban.

Silencio.

—¿Tú sabes por qué te cuesta tanto? —dijo Ernesto.

—Porque lo quiero.

—No. Eso también, pero no. —Ernesto lo miró—. Te cuesta porque tú no sabes que la gente se pueda ir de tu lado y estar bien.

Eduardo se quedó helado.

—Llevas once años aquí —dijo Ernesto— y no he visto todavía que dejes marchar a nadie sin dar la pelea. Y no es porque los necesites. Es porque en algún sitio de tu cabeza, cuando alguien se va, tú lo apuntas en la lista de la gente a la que se le acabó la paciencia.

Eduardo Rendón, cuarenta años, se quedó con la boca abierta en el borde de una cama.

—Ay, cabrón —dijo.

—¿Qué?

—Que llevas once años oyéndome y yo creía que no estabas apuntando.

—Yo apunto todo —dijo Ernesto—. Lo que pasa es que no lo digo hasta que sirve.

* * *

Tomás se fue el 29 de mayo por el camino del sur, con un caballo, un fardo y una carta de Ernesto para un capitán de Vela que le debía un favor de hacía quince años.

Se despidió de todos en el patio.

A Bruno lo abrazó y Bruno le dijo que se comportara. A Jimena le dio la mano y ella le apretó el brazo con los dos suyos y no dijo nada. A Anselmo le dio las gracias por una cosa que no explicó. A Vidal —que tenía sesenta y siete años y que no se levantó de la silla— le puso la mano en el hombro y estuvo así un rato.

Y a Eduardo le entregó un paquete.

—Ábrelo cuando me haya ido.

—Tomás...

—Cuando me haya ido. —Se le puso la cara roja—. Que si lo abres ahora vas a hacer un escándalo y yo me tengo que ir con dignidad.

Eduardo lo abrió esa noche.

Era una tablilla nueva, hecha por él, lijada, con las esquinas redondeadas.

En el centro, escritas con muchísimo cuidado, con las letras anchas y cuadradas del reino de Arvela, había siete letras que decían **EDUARDO**.

Y debajo, más chicas, había seis más.

Decían **HENTAR**.

Que quiere decir *familia*, y que viene de *hen*, que quiere decir *casa*, y que es la palabra que un hombre había dicho mal, con el caso equivocado, en una guardia con nieve, nueve años y medio antes.

Eduardo se sentó en el suelo del cuarto del norte con la tablilla en las rodillas.

Y Ernesto, desde la puerta, le dijo:

—Te avisó de que ibas a hacer un escándalo.

Capítulo 38

El invierno malo

Lo primero que notó Ribas fue que no florecía la pared sur.

La franja de la pared sur llevaba once inviernos haciendo lo que no debía. Era una tira de tres pasos de largo pegada a la piedra donde crecía cualquier cosa en cualquier mes: cardos en enero, la flor morada de cinco pétalos, una mata de tomillo que había dado dos veces en diciembre. Nadie hablaba de eso desde hacía años. Formaba parte del pueblo, como el pozo.

Aquel febrero no salió nada.

Lo notó Prisca, que barría por ahí. Se lo dijo a la mujer del molinero, que se lo dijo a Bruno, y Bruno fue a mirar, y volvió a la fragua y estuvo dos horas sin hablar.

Después subió a la casa grande y le preguntó a Anselmo.

—¿Qué le pasa a Eduardo?

Anselmo dejó lo que estaba haciendo.

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque la pared no ha dado nada.

Anselmo, que llevaba tres semanas mirando y callándose, dijo:

—Ah.

* * *

No había pasado nada.

Ésa es la cosa que hay que decir primero y la que hay que decir más veces, porque es la que la gente no cree.

No se había muerto nadie. La cosecha había sido buena. No había cartas, ni amenazas, ni facciones, ni caminos negros. La Resonancia llevaba cuatro

años sin existir, Belmar llevaba dos muerto de viejo, la escuela tenía treinta y un alumnos y una lista de espera, y el canal de Arna funcionaba tan bien que aquel verano había habido un pleito por el agua, que es la manera en que se sabe que sobra.

Estaban bien.

En noviembre, sin ningún motivo, Eduardo Rendón empezó a hundirse.

Él conocía la forma.

La había tenido dos veces en su otra vida, a los veinte y a los veintiséis, y unas cuantas veces chicas que había dejado de contar porque contarlas se parecía demasiado a llevar el marcador de un partido que ibas perdiendo. Allá había tenido cuatro años de un oficio que en Arvela no existe, en el que uno paga a una persona por escucharlo una hora a la semana, y tres años de unas pastillas que tampoco existen. Nada de eso se podía explicar en Ribas y nunca lo intentó.

Lo que sí había traído era la única cosa que servía sin nada de lo otro, que era saber nombrarlo. Sabía distinguir un mal día de un mal mes. Sabía cuándo el cansancio era cansancio y cuándo era otra cosa disfrazada de cansancio. Y sabía —esto era lo importante, esto lo había salvado dos veces— que cuando la voz de dentro empezaba a bajar de volumen había que hablar con alguien antes de que se apagara del todo.

Sabía perfectamente cómo empezaba: no con tristeza. Con silencio. Las cosas seguían pasando y él seguía haciéndolas, y entre él y ellas se iba metiendo una capa de algodón.

En diciembre ya estaba en el sitio conocido.

Lo describía así, cuando podía describirlo, que era casi nunca:

—No es que esté triste. Ojalá. Triste es tener algo. —Se quedaba mirando la mesa—. Es que no quiero nada. No es que no pueda: es que no quiero. Me preguntas qué quiero comer y no hay respuesta. No es que me dé igual. Es que la pregunta no llega a ninguna parte.

Ahí estaba, sin que ninguno de ellos lo supiera todavía, la explicación de la pared sur.

Porque la Anuencia llevaba doce años contestando a una sola cosa: a lo que aquel hombre necesitaba.

Y aquel invierno no necesitaba nada.

Isaura, que se enteró en marzo y que estuvo dos meses dándole vueltas, lo escribió en su cuaderno con la letra ya muy mala:

el fenómeno no se apagó. no tenía a qué contestar.

llevo doce años midiendo un eco y no se me había ocurrido nunca que el eco se calla cuando el hombre deja de hablar.

me da terror este cuaderno.

* * *

Ernesto lo intentó arreglar durante cinco semanas y lo empeoró todas.

No por torpeza. Al contrario: hizo exactamente lo que un hombre bueno y práctico hace, que es intentar quitarle el peso de encima.

Le quitó trabajo. Le dijo que no fuera a la escuela dos días, que descansara, que ya iba Prisca.

Eduardo se quedó en la casa esas dos mañanas y fueron las dos peores mañanas del invierno.

Le organizó cosas agradables. Le trajo un libro de Vela que costó lo que costó. Organizó una comida con los del caserío. Le propuso ir a Arna a ver a Isaura.

Eduardo dijo que sí a todo, con la cara de siempre, y no disfrutó ninguna, y después se sintió culpable por no haber disfrutado ninguna, que es la trampa dentro de la trampa.

Una noche, en la cocina, le dijo la frase que dice todo el mundo:

—Es que no entiendo qué te pasa. No ha pasado nada.

Eduardo se levantó y se fue a dormir sin cenar, y fue la única vez en doce años que se fue de un cuarto por algo que Ernesto había dicho.

* * *

Al día siguiente lo arreglaron, y lo arreglaron de la única manera en que se podía: Eduardo le dio una clase.

Fue en el patio, con frío, los dos sentados en el brocal. Le costó horrores, porque hablar era exactamente lo que menos podía hacer aquel invierno, y lo hizo de todas formas porque llevaba doce años sabiendo que ésa era la parte que no se podía saltar.

—Te voy a explicar tres cosas —dijo—. Y las tres te van a parecer mentira.

—Dilas.

—Uno. Esto no viene de nada. —Eduardo se miró las manos—. No hay motivo. Lo he buscado, Ernesto, llevo tres meses buscándolo y esto es lo que hago yo, buscar motivos, es mi oficio. No hay. Es una cosa que tengo desde los veinte y que viene cuando le da la gana, y en mi mundo había gente que sabía por qué y a mí me lo explicaron y se me ha olvidado la mitad.

—Vale.

—Dos. No se quita animándome.

Ernesto se quedó callado.

—Todo lo que has hecho estas cinco semanas era lo correcto para otra cosa —dijo Eduardo—. Para el cansancio, para un disgusto, para un mal mes. Para esto no. Para esto, quitarme trabajo es hundirme más rápido, porque lo único que me sostiene ahora mismo es hacer cosas que no quiero hacer.

—Eso no tiene sentido.

—Ninguno. —Eduardo se rió, sin nada—. Ninguno. Ésa es la tercera cosa que te iba a decir y ya me la has dicho tú: esto no tiene sentido y hay que tratarlo igual. Como la fiebre. A la fiebre no le pides que se explique.

Ernesto se frotó la cara con las dos manos.

—Entonces dime qué hago.

Eduardo se lo dijo, y le llevó un rato, y Ernesto lo escuchó como escuchaba las cosas importantes: sin interrumpir, apuntándolo por dentro.

—Que me hagas levantar. Todos los días. A la misma hora aunque sea las diez, no me importa la hora, me importa que sea la misma. Aunque yo te diga que no.

—¿Aunque te enfades?

—Me voy a enfadar. —Eduardo lo miró—. Me voy a enfadar y voy a decir cosas feas y no las voy a decir de verdad, y ésa es la parte que te va a costar. Hazlo igual.

—Vale.

—Que me hagas comer. No preguntes qué quiero, porque no hay respuesta y la pregunta me cansa. Ponme el plato delante.

—Vale.

—Que me saques a caminar. Media hora. No hace falta que hablemos. —Se quedó un momento callado—. Y que me hagas trabajar. Poco. La mitad de lo normal. Pero algo, y algo que se note que se hizo, y a poder ser algo que le sirva a alguien.

—Eso es fácil.

—Eso es lo más importante de todo y es lo que más te va a costar aguantar —dijo Eduardo—, porque me vas a ver mal y vas a querer dejarme en la cama, y no me dejes.

Se hizo un silencio.

—Y una más —dijo Eduardo, y le costó—. La difícil.

—Dila.

—Que no me arregles.

Ernesto levantó la cabeza.

—Que estés —dijo Eduardo—. Nada más. Que estés en el cuarto, que me pongas la mano en la espalda, y que no me digas nada. Como en Anta.

Ernesto se quedó muy quieto.

—Como en Anta —repitió.

—Sí.

—Cuatro días de espaldas en un sótano.

—Sí. —Eduardo se encogió de hombros—. Ya lo has hecho, Ernesto. Ya sabes hacerlo. Lo hiciste con un pedazo de mí que no podía ni hablar y lo hiciste perfecto. Lo único que te pasa es que ahora te da la impresión de que no es suficiente.

—Es que no lo es.

—Es lo único que hay.

* * *

Fue un invierno largo y hay que contarlo sin adornarlo, porque adornarlo sería mentir.

Duró cuatro meses.

Hubo días buenos en medio, que son la peor parte, porque uno se cree que ya está y al día siguiente no está.

Hubo una semana en enero, la del hielo, en la que Eduardo no salió del cuarto más que para lo indispensable, y en la que Ernesto lo hizo levantarse todos los días a las ocho y lo sentó todos los días a la mesa y no discutió ni una sola vez, y en la que Eduardo le dijo, la noche del jueves, tres cosas muy feas que llevaba cuarenta años sin decirle a nadie.

Ernesto no se las tomó en cuenta.

Lo hizo mal muchas veces. Perdió la paciencia en febrero y salió del cuarto dando un portazo, y estuvo dos horas fuera, y volvió y pidió perdón, y Eduardo le dijo que no pasaba nada y que llevaba once semanas y que era normal.

Le dijo otra cosa, esa misma noche, que a Ernesto le sirvió más que todo lo demás:

—Tú también tienes que tener a alguien.

—¿Qué?

—Que no puedes ser tú solo. —Eduardo estaba muy cansado y hablaba muy despacio—. Esto dura meses, Ernesto. Y el que cuida se queda sin nadie a quien contarle que está harto, porque el enfermo es el otro. Y entonces se pudre.

—Yo estoy bien.

—Ya. —Eduardo cerró los ojos—. Habla con Vidal.

Y Ernesto habló con Vidal.

Empezó en febrero, sin decírselo a nadie, en el establo, dos veces por semana. Vidal tenía sesenta y siete años y no dijo prácticamente nada en cuatro meses. Lo único que hacía era cepillar un caballo mientras un hombre de cuarenta y cinco años hablaba, y a veces, cada tres o cuatro sesiones, decir una frase.

Una de esas frases —Ernesto la repitió durante veinte años— fue:

—A ti no te está pasando nada, capitán, y estás agotado. Las dos cosas son verdad y no se llevan bien. Vuelve el jueves.

* * *

Estuvo lo de Bruno, que es la escena que se cuenta en aquel valle todavía.

Fue a mediados de enero, en la fragua, cuando Eduardo llevaba nueve días sin bajar al pueblo.

Bruno estaba insoportable. Llevaba dos semanas insoportable y nadie sabía por qué, y aquella mañana, cuando entró Ernesto a por unos clavos, soltó lo que llevaba dentro.

—¿Se puede saber qué le pasa?

—Bruno.

—No, en serio, capitán. Yo lo pregunto porque no lo entiendo. —Bruno tenía el martillo en la mano y no lo estaba usando—. Yo he visto a ese hombre atravesar un reino con un carro. Lo he visto quitar una montaña. Lo he visto

sacar a un niño de una fiebre con las manos. Y ahora resulta que no puede bajar cien pasos a mi fragua.

—Bruno.

—¡Es que si estuviera enfermo yo lo entendería!

Ernesto dejó los clavos en el yunque.

—Está enfermo.

—¡No lo está! —Bruno abrió los brazos—. ¡Lo ha mirado Anselmo cuatro veces! ¡No tiene fiebre, no tiene nada, come, respira!

Y Ernesto Valdas lo miró y dijo la frase.

—No está enfermo de una forma que tú puedas ver.

Bruno se quedó con el martillo en el aire.

—Y hoy le toca cargar menos peso —dijo Ernesto—. Eso es todo. Igual que cuando se te abrió la pierna y estuviste tres semanas sin poder subir al tejado y nadie te preguntó por qué no subías al tejado.

—Eso era una pierna.

—Sí.

—Se veía.

—Sí —dijo Ernesto—. Ése es el problema entero y me ha costado tres meses entenderlo.

Silencio en la fragua.

Bruno dejó el martillo.

—¿Y qué hago? —dijo.

—Nada.

—Capitán...

—Nada, Bruno. En serio. —Ernesto recogió los clavos—. No le preguntes qué le pasa, porque no lo sabe. No le digas que se anime. No le digas que hay gente peor.

—¿Entonces?

Ernesto se quedó pensando un momento en la puerta de la fragua.

—Súbele algo —dijo.

—¿Cómo?

—Que le subas algo a la casa. Un cacharro roto. Algo que arreglar. —Se encogió de hombros—. Y le dices que no corre prisa, y que si no puede, no pasa nada, y te vas.

Bruno subió esa misma tarde con una cerradura desmontada que no estaba rota.

A partir de ahí subió una cosa cada dos o tres días durante cuatro meses: un cerrojo, un asa, un juego de bisagras, un candado sin llave. Se las dejaba en la mesa del cuarto, decía cuatro tonterías, y se iba.

Eduardo las arregló todas.

Lo hacía despacio, algunos días muy despacio, y a veces le llevaba una semana una cosa de veinte minutos. Pero las arregló todas y las bajó todas, y Bruno le dio las gracias todas las veces como si le hubiera hecho un favor.

Anselmo escribió sobre eso en su cuaderno, en marzo, y es una entrada que Isaura copió también:

el herrero le sube cosas rotas y no sirve de nada y le está sirviendo de todo. creo que es porque no le pide que esté bien. le pide una bisagra.

* * *

Salió en abril.

No de golpe. Nunca es de golpe. Salió como sale siempre: un martes se rió de una cosa de Jimena y se rió de verdad, y a los dos días volvió a estar mal, y al cabo de tres semanas los días buenos eran más que los malos, y a finales de mayo un día se dio cuenta de que llevaba una semana sin pensar en ello.

En la última semana de abril, la mujer del molinero pasó por la pared sur y volvió corriendo.

Había salido una flor morada de cinco pétalos.

Una. Fuera de tiempo, como siempre, pegada a la piedra.

Bruno subió a la casa grande a decírselo y Eduardo bajó a verla, y se quedó mirándola un rato largo, y después dijo una cosa que a Bruno le pareció rarísima y que se acordó de repetirle a Ernesto esa noche.

Dijo:

—Ya la vi. No la miren tanto.

Porque no quería que aquello se volviera un termómetro.

Ésa fue la conversación que tuvo con Anselmo y con Ernesto esa semana, y fue la única cosa que dejó cerrada de aquel invierno.

—Va a volver —dijo—. Esto es lo tercero que tengo en veinte años. Va a haber un cuarto. Puede que en cinco años, puede que en quince.

—Ya lo sé.

—Y no quiero que este pueblo aprenda a mirarme la pared para saber cómo estoy —dijo—. Porque el día que yo sepa que me la miran, ya no voy a poder tener un mal día tranquilo.

Anselmo asintió despacio.

—¿Y qué hacemos?

—Que me lo pregunten —dijo Eduardo—. A mí. Con la boca. Como a cualquiera.

Y después, más bajo:

—Y si contesto que estoy bien y no es verdad, ya me conocen. Y si me lo preguntan otra vez el jueves, se lo digo.

* * *

Ernesto escribió aquel verano una cosa que no le enseñó a nadie y que estaba en el cajón.

Es un papel de media cuartilla, con una letra grande y torpe de hombre que aprendió a escribir a los treinta y cinco años y que nunca llegó a escribir bien, y es una lista de cinco puntos.

Dice:

levantar. misma hora.
poner el plato. no preguntar.
sacar a caminar. media hora. no hablar.
trabajo. la mitad. que sirva a alguien.
no arreglarlo. quedarme.

Y debajo, con otra tinta, añadido bastante después:

hablar con vidal los jueves.

Está guardada en un cajón de una granja, doblada en cuatro, con una flecha vieja, una fotografía, una tablilla llena de rayas y una ropa que no es de este mundo.

Y la usó tres veces más en treinta y ocho años.

Capítulo 39

Ochocientas leguas para ver un canal

El hombre se llamaba Sadr de Anaquia y había hecho ochocientas leguas para ver un canal.

Llegó a Arna en septiembre, con dos ayudantes, tres mulas y una caja de instrumentos de latón que hizo que Isaura de Ordas —sesenta y siete años, dos bastones, incapaz de subir sola un escalón— se levantara de su silla sin ayuda de nadie.

Venía del sur. Del sur de verdad: de cuatro reinos más abajo, de una ciudad de la que en la Marca de Arvela no había oído hablar nadie más que los tratantes de sal, donde había —esto lo dijo él sin darle ninguna importancia, comiendo— una biblioteca con nueve mil volúmenes.

Había oído hablar del canal en Vela, hacía dos años, y le había parecido una historia mal contada.

Después le llegó una copia del plano.

Y entonces cargó tres mulas.

* * *

Eduardo y Ernesto estaban en Arna por el asunto de siempre: la comisión del agua se peleaba una vez al año y una vez al año hacía falta que alguien de fuera dijera quién tenía razón, y llevaban seis años haciendo ese viaje en septiembre.

Se cruzaron con él en el patio de la casa de Isaura.

Y a partir de ahí Eduardo Rendón desapareció durante cuatro días.

No es una manera de hablar. Bajaba a dormir. El resto del tiempo estuvo en la loma donde había estado la cara norte del Sarn, con Sadr, con Isaura en una silla y con los dos ayudantes, y con los instrumentos de latón.

Ernesto lo vio la primera tarde desde abajo.

Estaban los cuatro en cuclillas alrededor de una tabla, y Eduardo estaba dibujando en la tierra con un palo, y hablaba con las dos manos, y se levantaba y se volvía a agachar, y en algún momento Sadr se rió y le puso una mano en el hombro y le quitó el palo para dibujar él.

Y a Ernesto se le puso una cosa en el estómago.

* * *

Hay que decir lo que era Sadr, porque si no parece otra historia.

Tenía cincuenta y cuatro años, la barba blanca y una manera de escuchar que Eduardo describió después como *la de un hombre que no está esperando su turno*.

No era guapo y no coqueteó con nadie. Habló de su mujer, que estaba en Anaquia, dos veces, con el afecto tranquilo de treinta años de matrimonio, y en cuatro días no dijo una sola cosa que un marido pudiera reprocharle a nadie.

Ése no era el problema.

El problema era que Sadr de Anaquia sabía.

Sabía de agua. Sabía de arcos y de empujes y de por qué se cae un puente. Sabía por qué el canal de Arna había funcionado y sabía, además, tres cosas que estaban mal en él y que Eduardo llevaba seis años sin ver, y se las dijo la primera tarde, con toda la delicadeza del mundo, y Eduardo se puso a dar saltos.

Sabía que la Tierra era redonda y sabía cuánto medía, más o menos, y sabía quién lo había medido y cómo, con dos palos y una sombra, mil quinientos años antes.

Hablaba de números de una manera que en el reino de Arvela no hablaba nadie.

Al segundo día, cuando Eduardo le explicó una cosa que se le había ocurrido para calcular la pendiente sin instrumentos, Sadr se quedó callado un momento y dijo:

—Eso está bien.

Eduardo, que llevaba doce años siendo el hombre que sabía más de todo en cualquier cuarto en el que entrara, se puso rojo como un chico de dieciséis años.

* * *

Ernesto lo vio.

Vio los cuatro días enteros y no dijo nada, y ayudó en lo que hacía falta, y por las noches escuchaba a Eduardo contarle lo del día con una velocidad que no le había oído en años.

Y al tercer día, Sadr hizo la oferta.

La hizo en la mesa, delante de todos, sin ninguna intención de nada: era un hombre práctico haciendo una propuesta práctica.

Dijo que en Anaquia había una casa donde trabajaban veintidós personas en esto. Que tenían la biblioteca. Que tenían instrumentos que no se podían mover y que había que ir a verlos. Que traían agua a una ciudad de cuarenta mil personas desde tres jornadas de distancia.

Y que si el señor Rendón quería pasar allí un año, él respondía por su alojamiento, y que no se lo estaba pidiendo por cortesía.

Se hizo un silencio en la mesa.

Eduardo dijo que muchas gracias y que no podía.

Lo dijo rápido, bien, sin dudar, y cambió de tema con una habilidad que a Isaura le pareció admirable.

Aquella noche, en el cuarto de la posada de Arna, Ernesto se acostó de espaldas a él por primera vez en doce años.

* * *

Tardaron dos días en hablarlo y lo empezó Eduardo, en el camino de vuelta, en un alto.

—Suéltalo.

—No hay nada que soltar.

—Ernesto.

—No hay nada.

—Llevas dos días contestándome con la cabeza —dijo Eduardo—. Y ayer, cuando te pregunté si te habías fijado en la caja de latón, dijiste *sí* y no dijiste nada más, y tú nunca dices *sí* y ya está. Tú dices *sí* y luego dices lo que piensas aunque no te lo pidan.

Ernesto siguió andando.

—Ernesto.

—Deberías haber dicho que sí.

Eduardo paró el caballo.

—¿Qué?

—Que deberías haber dicho que sí. —Ernesto no lo miró—. Un año. Un año no es nada.

—Ernesto...

—Y no lo digo por decir. —Ahora sí se volteó—. Yo te vi la cara el segundo día. Y llevo doce años a tu lado y esa cara no te la había visto nunca.

—Yo pongo esa cara todos los días.

—No. Tú pones la de estar contento y la de estar interesado, y las conozco las dos. —Ernesto tenía la mandíbula apretada—. La del segundo día era otra. Ésa era la de alguien a quien le están hablando en su idioma.

Ahí, en un camino, a media legua de Arna, se le rompió por fin la voz a Ernesto Valdas.

—Y yo no te hablo en tu idioma, Eduardo.

* * *

Estuvieron parados en el camino como veinte minutos.

Eduardo se bajó del caballo. Ernesto no.

—A ver —dijo Eduardo.

—No empieces a explicarme.

—Voy a empezar a explicarte, porque es lo único que sé hacer y llevas doce años aguantándomelo. —Se puso al lado del estribo—. Pero antes te voy a decir una cosa que va a sonar a que te estoy quitando la razón y no es eso.

—Dila.

—Tienes razón.

Ernesto se quedó quieto.

—Tienes razón en el hecho —dijo Eduardo—. Esos cuatro días fueron distintos. Y llevo doce años sin poder decirle a nadie de este mundo la mitad de las cosas que se me ocurren, y con Isaura puedo decir una parte, y con Anselmo otra, y contigo otra, y hay un pedazo que no cabe en ninguna de las tres.

—Ya.

—Y ese pedazo existe y me pesa y a veces me pone triste, y no te lo he dicho nunca porque me parecía una queja de señorito. —Eduardo se agarró

al arzón—. Ahora te lo digo. El mismo día, que era lo que te prometí en la boda.

Ernesto asintió muy despacio.

—Y ahora te digo lo otro —dijo Eduardo—, y esto no es consuelo. Es un dato.

—Dilo.

—El segundo día, cuando Sadr me dijo lo de los dos palos y la sombra. —Eduardo lo miró desde abajo—. Cuando me explicó cómo se midió la Tierra hace mil quinientos años con dos palos y una sombra, y a mí se me abrió la cabeza y me tuve que sentar.

—Sí.

—¿Sabes cuál fue lo primero que pensé?

—No.

—*Se lo tengo que contar a Ernesto.*

Silencio en el camino.

—No fue *qué maravilla* —dijo Eduardo—. No fue *qué hombre tan interesante*. Fue *se lo tengo que contar a Ernesto*, y me duró toda la tarde, y bajé a la posada corriendo, y tú estabas dormido y no te desperté y me pasé una hora despierto esperando a que amaneciera para contártelo.

Ernesto no dijo nada.

—Y eso pasa todos los días, y no es de ahora —siguió Eduardo—. Pasa desde el cuarto año. Yo veo una cosa buena y lo primero que me pasa por dentro no es la cosa buena. Es tú.

Se le puso mala la voz.

—Yo no quiero una vida llena de gente interesante, Ernesto. Yo tuve eso. Yo vivía en una ciudad de veintidós millones de personas y había gente interesantísima en todas partes y yo llegaba a mi casa y no tenía a quién contárselo.

Ernesto se bajó del caballo.

—Yo quiero una vida llena de cosas interesantes —dijo Eduardo— para poder contártelas a ti.

* * *

Entonces pasó lo que no estaba previsto, que es que a Eduardo se le soltó lo suyo.

—Y ya que estamos —dijo, y le salió con un temblor raro—, ya que estamos, yo también tengo una.

—¿Tú también tienes qué?

—Una de éstas. —Se pasó las manos por la cara—. Una tontería que llevo años sin decir y que va a sonar exactamente igual de idiota que la tuya.

Ernesto se cruzó de brazos.

—Dila.

—Tú deberías haber tenido una vida fácil.

Ernesto parpadeó.

—¿Qué?

—Que tú eras el capitán de la Novena. —A Eduardo se le fue la voz hacia arriba—. Tú tenías catorce años de servicio, dos ciudades te ofrecieron plaza cuando acabó la guerra, y te llamaban de Vela cada dos años. Tú podrías haber sido comendador de una plaza en el norte con doscientos hombres y una casa de piedra y una mujer y cuatro críos, y todo el mundo diciendo *ahí va el capitán Valdas*.

—Eduardo...

—Y en vez de eso te pasaste catorce meses empujando un carro. Y te clavaron una lanza en el patio de tu casa. Y estuviste nueve semanas durmiendo en el suelo mojado por un hombre al que un reino entero quería encerrar.

Le tembló todo.

—Yo te destrocé la vida, Ernesto.

Ernesto Valdas, cuarenta y seis años, se quedó mirándolo en mitad de un camino.

Y después se echó a reír.

Se rió de verdad, con la cabeza para atrás, con un ruido que a los caballos les molestó, y se rió como veinte segundos mientras Eduardo lo miraba con una cara de ofensa creciente.

—¿Te parece gracioso?

—Sí.

—Ernesto, llevo diez años con esto encima.

—Ya lo sé, y por eso me río. —Ernesto se limpió los ojos—. Eduardo, ¿tú sabes cuál era mi vida?

—Ya lo he dicho. Comendador de...

—No. Mi vida de verdad. La que iba a tener. —Ernesto se puso serio de golpe—. Yo iba a tener una plaza en el norte, sí. Y una casa de piedra. Y me

iba a levantar a las cinco menos cuarto todos los días de mi vida hasta que me muriera, porque eso no se me quita solo.

Se acercó un paso.

—Y no iba a dormir. Y no iba a hablar con nadie de Peña Rota, y me iba a morir a los sesenta y tres sin habérselo contado a nadie, y en el entierro habrían dicho que era un hombre muy serio y muy cumplidor.

Le puso la mano en la nuca.

—Yo tenía treinta y cuatro años y había decidido no volver a querer a nadie —dijo—. Eso te lo conté una vez y estabas hecho pedazos en un sótano y no me oíste. Te lo digo ahora.

Eduardo abrió la boca y no le salió nada.

—Tú no me destrozaste la vida —dijo Ernesto—. Tú apareciste en un tronco hueco con unos zapatos pintados y me la interrumpiste. Y menos mal.

* * *

Volvieron a Ribas cuatro días después.

En enero llegó una carta de Anaquia, escrita con una letra magnífica y en un papel que a Bruno le pareció un desperdicio criminal.

Sadr agradecía la hospitalidad, mandaba las tres correcciones del canal por escrito y con dibujos, y adjuntaba dos cosas.

La primera era una copia de un tratado de hidráulica que a Isaura de Ordas la tuvo tres meses sin dormir bien.

La segunda era una nota corta, aparte, que decía:

Señor Rendón: he pensado mucho en su negativa durante el camino de vuelta.

Le pedí un año en Anaquia y usted dijo que no podía, y yo entendí que era por sus obligaciones, y me pareció una lástima.

Después me acordé de que su marido estuvo de pie en aquella loma los cuatro días, sin entender una palabra de lo que decíamos, sosteniéndonos la tabla cuando hacía viento.

Y he entendido que la respuesta no era que no podía.

Era que no quería.

Le pido disculpas por la insistencia y le felicito, en el orden en que las cosas importan.

Y por si le sirve: un hombre que sostiene una tabla cuatro días entiende más de lo que usted cree.

Eduardo leyó esa nota en el patio.

Después subió a la escuela, la dobló y la metió en la caja de fresno que un hombre le había hecho en nueve noches sin decírselo a nadie.

No se la enseñó a Ernesto hasta once años más tarde, una noche de invierno, junto a una chimenea.

Capítulo 40

Si algún día te arrepientes

La pregunta tardó siete meses en llegar y llegó junto a un lago.

Fue en agosto, en las Lomas de Cera, a dos jornadas de Ribas: un sitio al que iban desde hacía años, con un lago chico de agua fría y una orilla de piedra plana donde se podía dormir, y al que subían tres o cuatro días cada verano ellos solos porque Eduardo se había empeñado en que aquello se llamaba *vacaciones* y había tardado cuatro años en explicar el concepto.

La primera vez, Ernesto había estado dos días sin saber qué hacer con las manos.

A la séptima ya lo esperaba en junio.

Estaban en la piedra, de tarde, con los pies en el agua, y llevaban un rato callados.

Y Ernesto dijo:

—¿Tú te vas a arrepentir?

Eduardo se volteó.

—¿De qué?

—De quedarte.

Ahí supo Eduardo que llevaba siete meses cargándolo, desde la carta de Anaquia, y que se lo había tragado todo el invierno.

Se quedó un momento mirando el agua.

—Te voy a contestar —dijo—. Y te voy a contestar de verdad, que es distinto de contestarte bonito, y te va a gustar la mitad.

—Contesta.

—Pues empiezo por la mitad que no te va a gustar.

* * *

—Yo lo intenté.

Ernesto giró la cabeza.

—¿Qué?

—Volver. —Eduardo tenía los codos en las rodillas—. Lo intenté cuatro años. Y no te lo dije nunca, y ésa es una de las tres cosas que te he escondido en trece años, y las otras dos ya las sabes.

Silencio.

—¿Cuándo?

—Del segundo al sexto.

—Eduardo, eso son los años de...

—Sí. Los del pozo, los de Isaura, los del carro. —Se pasó la mano por la boca—. Los mismos.

Ernesto se quedó muy quieto.

—Cuéntamelo entero.

Eduardo se lo contó entero, por primera vez, sentado en una piedra con los pies en un lago.

Le contó que había empezado en el segundo año, poco después de la lista de las tres columnas, cuando entendió que aquello que tenía dentro respondía a la necesidad y que no había en el mundo un hombre que necesitara nada más que él.

Le contó cómo lo hacía: solo, siempre solo, siempre lejos, casi siempre de noche. Que se sentaba en el suelo y se acordaba de la sala de su departamento con toda la precisión de la que era capaz —el sillón azul, el librero, la mancha del techo, el ruido del refrigerador— y que empujaba.

Que la primera vez estuvo cuatro horas.

Que no pasó nada.

Que lo intentó, y llevaba la cuenta, ciento sesenta y una veces en cuatro años.

—Ciento sesenta y una.

—Ciento sesenta y una. Lo apunté. —Eduardo se rió sin nada—. Claro que lo apunté.

—¿Y nunca...?

—Ni una vez. Ni un temblor. Nada. —Levantó las manos—. Ernesto, yo he movido el agua de un pozo sin querer. Yo he quitado una montaña. Y me he pasado cuatro años sentado en el suelo intentando abrir una puerta a mi casa y no he conseguido ni que parpadee una vela.

—¿Y por qué?

—Ah. —Eduardo asintió—. Ésa sí la sé. Tardé seis años y la sé.

Se enderezó.

—Porque yo no puedo hacer una cosa que no entiendo. Ésa es la regla y es la única regla de verdad que tiene esto. Yo puedo cerrar una herida si Anselmo me dice qué es. No puedo curar una cabeza porque nadie sabe qué es una cabeza. Puedo quitar una montaña porque me pasé once semanas midiéndola.

—Y lo tuyo...

—Lo mío no lo entiendo. —Eduardo se encogió de hombros—. Yo no me traje aquí. Yo no abrí nada. A mí me pasó una cosa mientras yo estaba haciendo otra, en un cuarto, hace trece años, y llevo trece años sin saber qué fue.

Se quedó mirando el agua.

—No sé cómo llegué. Por lo tanto no sé cómo se vuelve. Y no hay nadie a quien preguntárselo, ni un libro, ni un plano, ni una grieta que medir con doce testigos de yeso. —Se le fue la voz—. Es la única cosa de mi vida que no he podido convertir en un problema.

* * *

Ernesto tardó en hablar.

—Ciento sesenta y una veces —dijo.

—Sí.

—Solo. De noche. Y volvías y no decías nada.

—Volvía y hacía un chiste.

—Eduardo.

—Ya lo sé.

—**Cuatro años.**

—Ya lo sé, Ernesto. —Eduardo se abrazó las rodillas—. Ya lo sé, y no me riñas hoy, que hoy me está costando.

Ernesto se calló.

Y después de un rato dijo, con mucho cuidado:

—¿Y por qué paraste?

Y ahí llegaron a la parte de verdad.

* * *

Eduardo tardó como dos minutos.

—Porque me dio miedo que funcionara.

Ernesto no dijo nada.

—Fue en el sexto año. En primavera. —Eduardo hablaba muy despacio—. Yo llevaba cuatro años haciéndolo y ya no esperaba nada, era casi una costumbre, como rezar. Y una noche me senté a hacerlo y me acordé de la sala, y del sillón, y estaba empujando, y de pronto pensé una cosa.

Se quedó callado.

—Pensé: *y si se abre*.

Silencio en la orilla.

—Y me levanté —dijo Eduardo—. Me levanté de golpe, como si me hubiera quemado. Y me fui a la casa grande y me metí en la cama y tú estabas dormido y me quedé mirándote la nuca hasta que amaneció.

—¿Por qué?

—Porque me di cuenta de que no sabía qué iba a hacer.

Le tembló la voz.

—Trece años, Ernesto. Yo llevaba cuatro años empujando una puerta todas las semanas y esa noche entendí que no tenía ni idea de qué iba a hacer si se abría. Y no era una duda. Yo sabía perfectamente lo que iba a hacer.

—¿Qué ibas a hacer?

—Iba a cruzarla.

Se le rompió.

—Iba a cruzarla, y me iba a poner en la puerta de mi mamá, y ella iba a abrir, y yo la iba a abrazar. Y eso lo tenía clarísimo y lo tengo clarísimo ahora mismo.

Se limpió la cara con la muñeca.

—Y después iba a tener que volver a cruzar. Con ella mirándome. Otra vez.

Ernesto se quedó con la boca abierta.

—Y no puedo —dijo Eduardo—. Ernesto, no puedo. No puedo hacerle eso a esa mujer dos veces. Perderme una vez sin saber qué me pasó es una desgracia. Verme aparecer trece años después y verme irme otra vez es una crueldad.

Se abrazó las rodillas.

—Así que dejé de intentarlo. En primavera del sexto año. Y no lo he vuelto a intentar en siete años, y ésa es la única cobardía grande que he cometido en mi vida y me la voy a llevar entera.

* * *

Ernesto no dijo nada durante mucho rato.

Después se quitó las botas, que llevaba puestas desde hacía dos horas sin motivo, y metió los pies en el agua fría, y dijo:

—No.

—¿Cómo que no?

—Que no es cobardía. Es la cosa más valiente que has hecho y llevas siete años llamándola por el nombre equivocado.

—Ernesto...

—Cállate un momento, que me toca. —Ernesto se pasó las manos por los muslos—. Yo he mandado a cuarenta y un hombres. Y una de las cosas que aprendí, y la aprendí mal y tarde y me costó gente, es que hay decisiones que no tienen una salida buena. Ninguna. Todas son malas y hay que tomar una igual.

Se volteó.

—Y en ésas no se es valiente por elegir. Se es valiente por aguantar después.

Eduardo se quedó mirándolo.

—Tú tomaste la decisión en una noche —dijo Ernesto— y llevas siete años aguantándola sin decírselo a nadie. Eso no es cobardía, Eduardo. Eso es lo otro.

* * *

Entonces Ernesto hizo la pregunta que había subido a hacer, que no era la del principio.

—¿Y si se abriera?

Eduardo levantó la cabeza.

—¿Qué?

—Si mañana se abriera. —Ernesto lo dijo con una calma completa—. Si mañana entiendes cómo, o pasa solo, o aparece un tipo de Anaquia con un libro y resulta que sí se puede. ¿Qué hacemos?

—Ernesto...

—Contéstame. Llevo trece años sin preguntártelo y no quiero morirme sin saberlo.

Eduardo Rendón contestó, y contestó rápido, porque resultó que aquello lo tenía pensado desde hacía años y nunca había tenido dónde ponerlo.

—Vamos los dos.

Ernesto se quedó quieto.

—¿Qué?

—Que vamos los dos, y no es una manera de hablar, y llevo como seis años teniéndolo montado en la cabeza con todo detalle. —Eduardo se enderezó, y por primera vez en toda la tarde le cambió la voz—. Te llevo a mi casa. Subimos los tres pisos. Te enseño el sillón azul, que ya lo has visto pero no de verdad. Te doy agua caliente de la pared todas las veces que quieras.

—Eduardo.

—Te llevo con mi mamá. —Se le llenaron los ojos—. Y le digo *mamá, éste es Ernesto*, y ella no va a entender ni una palabra de lo que tú digas y te va a dar de comer hasta que revientes, y te va a preguntar cosas por mí y yo te las voy a traducir mal a propósito.

Ernesto se rió con la nariz.

—Y te llevo a la universidad y te siento en mi salón, en el 4B, en la tercera fila, que es donde te sentaste tú solo el día que fuimos.

—Yo no me acuerdo de haberme sentado.

—Yo sí —dijo Eduardo—. Te vi desde el pasillo.

Se hizo un silencio.

—¿Y luego? —dijo Ernesto.

—Y luego volvemos.

Ernesto giró la cabeza.

—¿Volvemos?

—Volvemos. —Eduardo se encogió de hombros—. Ernesto, ¿tú qué crees, que te iba a dejar ahí? ¿Tú en la Ciudad de México? Te atropellan en dos días.

—Yo no...

—Tú no sabes cruzar una calle. Tú no sabes lo que es un camión. Tú te ibas a pasar la vida entera aterrado y educadísimo, y a los tres meses ibas a estar sentado en un departamento de cincuenta y dos metros cuadrados sin poder salir a ningún lado, y yo te iba a ver apagarte.

Se le puso la voz rara.

—Y además está lo otro.

—¿Qué otro?

—Que allá no hay nada tuyo —dijo Eduardo—. Ésa es la cuestión y es lo que tardé años en entender. Allá está mi mamá y está mi ciudad y están mis muertos. Y aquí está Bruno, y Anselmo, y Vidal, y Jimena, y Tomás donde esté, y treinta y un críos que saben leer, y una maestra de sesenta y ocho años que se llama Isaura, y un canal.

Levantó la cara.

—Y tú.

Ernesto no dijo nada.

—Yo no perdí un mundo, Ernesto —dijo Eduardo—. Eso es lo que dice la gente y es lo que digo yo cuando estoy cansado. Yo perdí unas personas, que es distinto y que es mucho peor y mucho más chico. Y después me pasaron otras.

Se quedó mirando el lago.

—Y si mañana se abre esa puerta, yo voy y te llevo y te enseño todo y abrazo a mi madre y le explico. Y después nos volvemos a Ribas, y le decimos a Bruno que vimos un aparato que hace hielo, y él dice que el futuro es un lugar extraño, y cenamos.

—¿Ésa es tu respuesta?

—Ésa es mi respuesta y la tengo desde hace seis años —dijo Eduardo—. Y no me la habías preguntado nunca.

* * *

Se quedaron en la piedra hasta que se puso el sol.

En algún momento, ya casi de noche, Ernesto dijo una cosa que había estado dando vueltas todo el día y que le costó bastante.

—Yo quiero conocer a tu madre.

Eduardo se volteó.

—¿Qué?

—Que quiero conocerla. Que si algún día pasa, yo quiero ir. —Ernesto miraba el agua—. Y no por ti. Bueno, por ti también. Pero yo quiero darle las gracias a esa mujer, Eduardo, y llevo trece años queriéndolo.

—¿Por qué?

—Porque hizo un hijo que le da su manta a la gente.

Eduardo Rendón, cuarenta y dos años, se quedó llorando en una piedra en las Lomas de Cera durante un rato considerable, y Ernesto Valdas le puso la mano en la espalda y no le dijo nada, que era lo que había aprendido a hacer y que le había costado trece años.

* * *

Bajaron dos días después.

Y en el camino, a media mañana, Eduardo dijo:

—Oye.

—Mmh.

—Lo de las ciento sesenta y una veces.

—¿Qué pasa?

—Que te lo he dicho hoy y hace siete años que pasó. —Eduardo miraba el camino—. Eso no es *el mismo día*.

Ernesto lo pensó.

—No —dijo.

—Lo prometí en la boda.

—Sí.

—Y lo he roto.

Ernesto siguió cabalgando un rato.

—Mira —dijo al fin—. Yo lo veo así. Tú prometiste el mismo día para lo que pase de aquí en adelante. Y lo estás cumpliendo, y llevas cinco años cumpliéndolo, y esto es viejo.

—Eso es hacerme trampa.

—Sí.

—Ernesto, eso es hacerme trampa descaradamente.

—Sí —dijo Ernesto—. Y te la voy a hacer todas las veces que me dé la gana, porque yo no prometí nada en esa boda.

Eduardo abrió la boca.

—¡Tú prometiste que te quedabas!

—Y me he quedado. —Ernesto se encogió de hombros—. Lo demás no lo firmé.

Espoleó el caballo y se puso a media legua de ventaja, riéndose, y Eduardo tardó tres cuartos de hora en alcanzarlo porque iba llorando de risa y no podía.

Capítulo 41

Yo no la perdoné

Isaura de Ordas se murió en Arna el 11 de febrero, a los sesenta y nueve años, sentada.

Fue por la tarde, en su casa, con dos ayudantes delante. Estaban revisando el reparto del brazo tercero del canal, que llevaba dos años dando menos agua de la que debía, y ella había dicho que la cuenta estaba mal y llevaba una hora demostrándolo.

Se quedó a mitad de una frase.

El chico que estaba con ella —tenía diecinueve años y se llamaba Nao, y aquella tarde le cambió la vida— contó después que la maestra se detuvo, miró la tabla, se puso una mano en el pecho y dijo, con un fastidio absoluto:

—Ay, no. Ahora no.

Ya está.

Ésa fue la última cosa que dijo Isaura de Ordas, y en Arna se cuenta con orgullo, porque en aquel valle todo el mundo estaba de acuerdo en que era exactamente la frase que le correspondía.

* * *

El aviso llegó a Ribas en cinco días.

Lo trajo Nao en persona, reventando dos caballos, con una carta del concejo de Arna y con una caja.

Eduardo leyó la carta en el patio, de pie.

La leyó dos veces, la dobló, se la guardó y dijo:

—¿Cuándo la entierran?

—Lo esperan a usted.

—¿Cómo que me esperan?

—Que dejó dicho —dijo el chico, incómodo—. Hace tres años. Lo dejó por escrito en el concejo. Que no se la enterrara hasta que llegara usted, y que si usted no venía, que se la enterrara igual y sin discursos.

Salieron esa noche.

* * *

La enterraron el 20 de febrero, con nieve, y fue la mitad de Arna y los cuatro concejos del canal.

Eduardo tuvo que hablar.

Lo tenía preparado desde el camino y lo tiró a la mitad, porque cuando se puso delante de aquella gente se acordó de una cena en aquel mismo pueblo, cuatro años antes, con las velas bajas.

Así que dijo lo que ella le había pedido.

—Yo no la perdoné.

Se hizo un silencio absoluto en el cementerio de Arna.

—Y no lo digo para escandalizar a nadie —dijo Eduardo—. Lo digo porque ella me lo pidió, hace cuatro años, en una mesa, y me pidió expresamente que no dijera en su entierro que ya estaba todo bien entre nosotros. Y era una mujer que no pedía casi nada, así que se lo voy a cumplir.

Se paró un momento.

—Isaura de Ordas me hizo el daño más grande que me ha hecho nadie en la vida. Casi toda esta gente sabe cuál. Y no lo hizo por dinero, ni por miedo, ni por maldad. Lo hizo porque estaba equivocada y no podía comprobar que estaba equivocada, y porque yo se lo dije cuatro veces y ella lo anotó y siguió.

Miró a los concejos.

—Ella me enseñó eso. Que no basta con ser honrado y con ser inteligente. Que hay que estar dispuesto a que te digan que estás equivocado y a **parar**, y que eso no se aprende midiendo.

Luego:

—Y después vino aquí.

Se le empezó a ir la voz.

—Ustedes la conocieron a los sesenta y uno, con la cadera destrozada, dando clase a veintiséis críos en una casa cedida. Ustedes tienen agua todo el año

porque una mujer de sesenta y dos años se sentaba en una silla en esa loma a medir pendientes.

Respiró.

—Y esa mujer se pasó los últimos nueve años trabajando conmigo todos los días, sabiendo que yo no la había perdonado, y no me lo pidió ni una sola vez. Ni una. En nueve años.

Se limpió la cara con la manga.

—Yo he estado pensando dos días qué decir aquí y no se me ocurre nada mejor que esto: que se puede pasar la vida entera al lado de alguien haciendo algo bueno sin haber arreglado lo que hay entre los dos, y que eso también es una manera de quererse. La peor de todas. Y una.

Bajó, y no pudo decir nada más.

El concejo del brazo tercero, que llevaba dos años peleado con el del segundo, se acercó esa misma tarde a decir que la cuenta que había dejado la maestra estaba bien y que ellos la aceptaban.

* * *

La caja que trajo Nao tenía dentro los cuadernos.

Los dieciocho.

Desde el primero —el que Isaura amarró a la silla de una mula en el camino de Vega Alta, hace once años, con las reglas del oficio escritas en la primera página— hasta el último, que estaba a medio llenar y en el que la última entrada era del 9 de febrero y hablaba del brazo tercero.

Encima de todo, una carta de dos líneas, escrita hacía tres años con una letra que ya temblaba:

Señor Rendón: esto es todo lo que hice bien.

Que lo tenga alguien que sepa leerlo.

Eduardo se sentó en el suelo de la casa grande con la caja abierta entre las rodillas y estuvo así hasta que anocheció.

Esos dieciocho cuadernos están hoy en un arcón, en una granja, junto a la copia de un acta de la Orden, tres actas de un concejo, un registro de ochenta y una líneas con la letra deshecha al final, y una carta de cuatro líneas de un prior de Vela.

Es, en conjunto, casi todo lo que se puede saber de esta historia.

* * *

A partir de aquel invierno, Ernesto empezó a contar.

No lo dijo, porque nunca decía esas cosas, pero Eduardo, que llevaba trece años leyéndolo, notó que su marido se había puesto a hacer una cuenta, y tardó dos meses en entender cuál era.

Era ésta:

Vidal tenía setenta años y ya no montaba. Se levantaba tarde, le dolía todo, y en enero había pasado nueve días en la cama con algo del pecho que a Anselmo lo tuvo sin dormir.

Anselmo tenía sesenta y siete y le temblaban las manos desde hacía dos años. Había dejado de coser en octubre. Se lo había dicho a Ernesto en el establo, con una vergüenza espantosa, y había pedido que no se dijera.

Bruno tenía cincuenta y nueve y estaba fuerte como un buey y sordo del oído izquierdo de treinta y ocho años de martillo.

Jimena tenía cincuenta y tres y estaba perfectamente y llevaba dos años hablando de irse a la costa a ver a una hermana que no había visto en veinte años, y no se iba.

Tomás llevaba tres años fuera y escribía tres veces al año.

Isaura estaba muerta.

Y ellos dos tenían cuarenta y tres y cuarenta y ocho.

Eso era la cuenta. Ernesto llevaba dos meses haciéndola todas las noches y ninguna le salía.

* * *

Se lo dijo en abril, de madrugada, en el muro.

Porque seguía habiendo muro. Ésa es la parte de la que hay que hablar y es la que a Eduardo se le había hecho invisible de tanto verla.

En Ribas no había guerra desde hacía doce años. No había bandidos. No había pasado nada en el valle en once años que no fuera un pleito de lindes o una vaca perdida.

Ernesto Valdas se levantaba cuatro veces por semana entre las dos y las cuatro de la mañana, se echaba la capa encima, subía al escalón del muro del este —el que mira al camino— y se sentaba ahí una hora.

Llevaba haciéndolo trece años.

Nadie se lo había pedido. Nadie lo sabía, excepto Eduardo, que se despertaba siempre y que nunca había dicho nada porque le parecía que decirlo sería quitarle algo.

Aquella noche subió con él.

Se sentó a su lado en el escalón, con la manta encima de los dos, y estuvieron un rato mirando el camino vacío.

—¿Cuánto llevas? —dijo Eduardo.

—Trece años.

—Ya lo sé. Digo cuánto llevas contando.

Ernesto se quedó callado.

—Dos meses —dijo.

—¿Y qué te sale?

Ernesto Valdas soltó el aire, y dijo la cosa que llevaba dos meses, o quince años, o veinticinco, sin poder decir.

—Que ya he enterrado suficientes amigos.

Eduardo no se movió.

—Treinta y cinco —dijo Ernesto—. En once años. Y me sé los treinta y cinco nombres y me los sé en orden, y hay dos que no sé si fueron el mismo día o días distintos y eso me sigue pasando factura a los cuarenta y ocho.

Miró el camino.

—Y ahora empieza la otra tanda. Isaura. Y va a ser Vidal, y no va a tardar. Y después Anselmo, y a Anselmo le tiemblan las manos y no se lo ha dicho a nadie más que a mí.

Se le puso mala la voz.

—Y yo estoy aquí sentado a las tres de la mañana mirando un camino por el que no viene nadie desde hace once años.

Silencio.

—Y me di cuenta el jueves de una cosa —dijo—. De que yo no me acuerdo de haber soñado nunca con ganar una guerra.

Eduardo se volteó.

—¿Qué?

—Que cuando era chico y me fui con la leva, la gente decía que soñaba con ganar. Yo no. Yo nunca. —Ernesto se encogió de hombros—. Yo me acuerdo perfectamente de lo que yo quería a los veintitrés, y era una cosa nada más: que se acabara. Que un día se acabara y yo pudiera dejar de hacer esto.

Se pasó las manos por la cara.

—Y se acabó hace doce años, Eduardo. Y yo sigo subiendo a este muro.

* * *

Eduardo tardó en contestar.

Le tomó la mano por debajo de la manta, que era una cosa que hacía siempre y que aquella noche hizo despacio.

—Entonces dejemos de hacerlo —dijo.

—No es tan fácil.

—Ya lo sé.

—Eduardo, este pueblo tiene cuatrocientas personas ahora. —Ernesto se enderezó—. Hay un concejo, hay un molino que da a tres aldeas, hay una escuela con cuarenta y un críos y un pleito de aguas cada dos años. Y todo eso lo llevo yo, y no porque nadie me lo haya dado: porque hace trece años alguien tenía que hacerlo y yo estaba aquí.

—Sí.

—Y a ti te viene gente de cuatro días de camino a preguntarte cosas. Todavía. En noviembre vinieron unos de la costa.

—Sí.

—Entonces no se puede dejar de hacer —dijo Ernesto—. Se puede dejar de hacer una guerra. Esto no es una guerra. Esto es que hay gente que nos necesita, y eso no se acaba, y eso no se gana.

Y Eduardo se quedó muy callado.

Porque acababa de entender lo que llevaba trece años sin entender, y era una cosa muy simple y muy fea:

Que Ernesto Valdas no iba a poder parar mientras hubiera algo delante de él.

Y que iba a haber algo delante de él siempre, porque el mundo no se termina, y porque los pueblos siempre tienen pleitos, y porque un hombre bueno con capacidad de mando encuentra trabajo hasta el día que se muere.

—Ernesto.

—Dime.

—Nos vamos a tener que ir.

Ernesto se giró.

—¿Qué?

—Que no se puede dejar de hacer aquí —dijo Eduardo—. Tú lo acabas de decir tú mismo. Mientras estemos en esta casa, tú vas a llevar el concejo y yo voy a atender al que venga de la costa, porque somos así los dos y no nos vamos a arreglar a los cuarenta y ocho.

Se le fue la voz un poco.

—Hay que irse.

Ernesto no dijo nada durante un minuto entero.

—¿A dónde?

—No sé. Cerca. —Eduardo se encogió de hombros—. A una legua. A dos. A un sitio donde la gente tenga que hacer el esfuerzo de venir y donde no haya nada que llevar más que lo nuestro.

—¿Y la escuela?

—La escuela lleva dos años siendo de Prisca y yo lo sé y no lo he dicho —dijo Eduardo—. Yo doy tres mañanas. Ella da todo lo demás y da mejor clase que yo, y en el otoño le pidió al concejo una ayudante y ni siquiera me lo consultó, y cuando me enteré me dolió una tarde entera y esa noche me di cuenta de que eso era exactamente lo que yo quería que pasara.

Ernesto se quedó mirando el camino.

—Una granja —dijo.

—¿Qué?

—Que si nos vamos, una granja. —Se rascó la barba, incómodo—. Yo he pensado en eso. Alguna vez. Hace tiempo.

Eduardo se volteó despacio.

—¿Tú has pensado en eso?

—Alguna vez.

—Ernesto Valdas. ¿Cuántas veces es *alguna vez*?

—No sé.

—Ernesto.

—Muchas —dijo Ernesto, y le salió de mal humor—. Muchas, ¿vale? Desde el segundo año. Desde antes de que hubiera nada entre nosotros. Yo me sentaba en las guardias y me imaginaba una casa con un prado y unas cuantas ovejas y ya está, y me daba una vergüenza espantosa porque era una tontería de crío.

—Eso no es una tontería.

—Es que en una guerra sí lo es. —Ernesto miró el camino—. En una guerra un hombre que se imagina una casa se muere.

Eduardo le apretó la mano.

—Pues ya no hay guerra —dijo—. Cuéntame la casa.

Y Ernesto se la contó.

Le costó, y empezó fatal, y a los cinco minutos ya no podía parar. Tenía el prado. Tenía la orientación de la casa, que era al sur, por la luz de la mañana. Tenía el sitio del pozo y la distancia del pozo a la cocina, que la había calculado. Tenía una discusión consigo mismo de hacía años sobre si ovejas o cabras, y se había decidido por las dos, y explicó por qué durante bastante rato.

Tenía un banco fuera, junto a la puerta, mirando al oeste.

—¿Por qué al oeste? —dijo Eduardo.

Ernesto se calló.

—Por la tarde —dijo.

—Ah.

—A las cinco.

Eduardo Rendón se echó a llorar en el escalón de un muro a las cuatro de la mañana, y no dijo nada, y Ernesto tampoco, y estuvieron ahí hasta que amaneció.

* * *

Se lo dijeron a los demás en mayo, en la mesa, y salió mal porque Eduardo lo preparó de más.

Había escrito una cosa. La había escrito con cuidado, con una introducción, y llevaba tres días ensayándola, y en la primera frase —*queremos decirles una cosa y queremos que sepan que no es por nadie de esta mesa*— Bruno lo interrumpió.

—Se van a ir a una granja.

Eduardo se quedó con el papel en la mano.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque llevas dos meses midiendo tierras en el camino de Fresna con una cuerda —dijo Bruno—. Y porque el capitán me preguntó en marzo cuánto cuesta herrar cuatro bueyes y él no tiene bueyes.

—Ah.

—Y porque Vidal lo dijo en abril.

Todos se voltearon hacia Vidal.

Vidal tenía setenta años y estaba comiendo despacio y no levantó la vista.

—Yo no dije nada —dijo.

—Dijiste *ya era hora*.

—Eso no es decir nada.

Se hizo un silencio.

—¿Cómo lo toman? —dijo Ernesto.

Y Anselmo, que llevaba veinte minutos callado, dejó la cuchara y dijo:

—¿A cuánto está Fresna?

—A legua y media.

—Ah —dijo Anselmo—. Entonces yo me voy con ustedes.

Y a Eduardo se le cayó el papel.

—Anselmo...

—A mí me tiemblan las manos —dijo Anselmo—, y llevo dos años sin coser, y este pueblo necesita un médico que cosa. Y hay uno en Vega Alta que quiere venirse y que no viene porque estoy yo.

Bebió.

—Dos años —dijo Eduardo, muy despacio—. ¿Y por qué no me lo dijiste?

Anselmo dejó el vaso.

—Porque me lo ibas a explicar.

Nadie se rió, y el silencio duró lo suyo, y Anselmo lo aguantó entero sin retirar nada, que en él era una cosa nueva.

—No te lo digo para hacerte daño y te lo digo mal, como todo. —Se pasó la mano por la barba—. Yo no quería que me contaras por qué le tiemblan las manos a un hombre de sesenta y siete años. Yo lo sé por qué. Lo que yo quería era que alguien me dijera *qué putada, Anselmo*, y ya está, y seguir cenando.

Eduardo no dijo nada.

—Ernesto me lo dijo —añadió Anselmo—. Eso exacto. Y por eso se lo conté a él.

—Y a legua y media todavía puedo poner un hueso y mirar una garganta y decirle a la gente que hierva el agua, que es el noventa por ciento del oficio.

—Yo también —dijo Jimena.

Todos la miraron.

—Yo también qué —dijo Bruno.

—Que yo también me voy. —Se encogió de hombros—. Pero antes voy a la costa. Tengo una hermana.

—Jimena, llevas dos años diciendo eso.

—Y este verano voy. —Lo dijo mirando la mesa—. Y vuelvo en otoño, y si para entonces hay una casa, me quedo cerca.

Bruno soltó el cuchillo con un golpe.

—¡Ah, no! ¡Ah, no, no, no! ¡Yo tengo una fragua!

—Bruno...

—¡Yo tengo una fragua! ¡La levanté con estas manos, con estas dos, y el techo lo puse yo solo porque el carpintero de Ribas es un ladrón y le dije que era un ladrón a la cara, delante de su mujer! ¡Tengo cuarenta clientes! ¡Tengo un aprendiz que no vale para nada pero que es mi aprendiz! ¡Tengo el yunque de mi padre, que pesa lo que pesan tres hombres, y que ha viajado ya una vez en un carro con seis tipos empujando, seis, seis hombres para una sola pieza de hierro, y aquel día se rompió un eje y se lo dije al capitán y el capitán me dijo que era mi problema!

—Bruno, nadie te está pidiendo...

—¡Voy a tener que montar otra! —dijo Bruno, furiosísimo—. ¡A legua y media! ¡A los cincuenta y nueve años! ¿Tú sabes lo que cuesta abrir un hoyo para una fragua? ¿Tú sabes lo que es curar un horno nuevo? ¡Tres meses! ¡Tres meses de no cobrar! ¿Y quién me hace el techo? ¿Eh? ¿Quién? ¡Porque el ladrón ese de Ribas ya no baja a Fresna, que me lo dijo su hijo, que es más ladrón que él!

Se levantó de la mesa y salió al patio dando un portazo, y estuvo fuera veinte minutos, y volvió y se sentó y dijo, sin mirar a nadie:

—La quiero en el lado norte. Por el viento.

Y siguió comiendo.

Vidal fue el último en hablar y habló cuando ya se levantaban.

—Yo pongo un huerto —dijo.

—Vidal, tú tienes setenta años.

—Por eso —dijo Vidal—. A los setenta uno ya no se pone un huerto para comer.

Nadie preguntó para qué.

—Se lo pone para tener algo que ver crecer.

Se levantó, despacio, apoyándose en la mesa con las dos manos, y se fue a dormir.

FIN DE LA PARTE V

PARTE VI

LA PAZ ELEGIDA

Capítulo 42

La granja

La tierra la compraron en junio y estaba en Fresna, a legua y media de Ribas, y era mala.

Eso fue lo primero que dijo todo el mundo. Eran veinte fanegas en una ladera suave orientada al sur, con un arroyo flojo en el linde bajo, con la piedra demasiado cerca en la mitad alta y con dos hectáreas de piedra suelta que llevaban cuarenta años sin arar porque nadie había querido pagar el trabajo de limpiarlas.

Por eso estaba barata.

A Ernesto Valdas, que llevaba veinticuatro años imaginándose una granja, le pareció perfecta en cuanto la pisó, y Eduardo tardó tres días en entender por qué y cuando lo entendió no dijo nada.

Era porque había trabajo.

* * *

Construyeron la casa aquel verano y el siguiente, y la construyeron ellos.

Podrían haberla comprado hecha. Había dos casas en venta a media legua y cualquiera de las dos habría servido, y cuando Eduardo lo mencionó —una vez, con mucho tacto— Ernesto puso una cara que Eduardo no le había visto desde la boda.

Así que la hicieron.

Salió exactamente como estaba en la cabeza de un hombre de veinticuatro años sentado en una guardia en la Marca de Arvela en el peor año de una guerra: la puerta al sur, por la luz de la mañana. El pozo a diecisiete pasos de la cocina, que era la distancia que Ernesto había calculado sin saber calcular, y

que resultó ser correcta. El establo separado, por el olor. Un cuarto grande y dos chicos, y uno de los dos chicos no tenía ningún uso previsto y Ernesto lo hizo igual y no explicó por qué en nueve años.

Y un banco fuera, junto a la puerta, mirando al oeste.

Lo hizo Bruno. Fue lo primero que hizo Bruno en la fragua nueva, antes que las bisagras y antes que los clavos, y lo hizo de roble con las patas de hierro, y cuando se lo entregó no dijo ninguna tontería, cosa que lo delató del todo.

* * *

La Compañía se instaló alrededor en dieciocho meses, cada uno a su manera, y la manera de cada uno dice más de ellos que cualquier cosa que hubieran hecho antes.

Bruno puso la fragua en el lado norte, por el viento, y tardó cuatro meses en montarla y estuvo enfadado los cuatro. Se llevó el yunque de Ribas en un carro con seis hombres. Al segundo año tenía más clientes que en Ribas y no lo reconoció nunca.

Vivió solo, en una casa a doscientos pasos, y comió en la granja seis noches por semana durante veintiséis años.

Anselmo puso una consulta en la aldea de Fresna, que tenía ochenta habitantes y ningún médico, y le dijo a todo el mundo que ya no cosía. Se dedicó a lo otro: a mirar, a preguntar, a decir qué era, y a mandar a Ribas al que hubiera que coser. Dio clase también, dos tardes por semana, a cuatro chicas y un chico que querían aprender el oficio, y de esos cinco salieron dos que ejercieron cuarenta años.

Se murió a los setenta y ocho, once años más tarde, en su cama, después de cenar.

Jimena volvió de la costa en octubre, como había dicho, y no habló de su hermana y nadie le preguntó. Se compró una casa en el linde alto, con dos hectáreas, y puso cabras. Sesenta cabras. Se le daban de una manera absurda y todo el mundo la respetó por ello.

Y Vidal puso el huerto.

Lo puso el primer otoño, en el trozo bueno, junto a la casa, y lo puso con una cuerda y unas estacas y una precisión de agrimensor. Y a partir de ahí, todas las mañanas de los seis años que le quedaban, Vidal se levantaba el último,

salía con un banquito de tres patas que se había hecho él, y se sentaba en el huerto.

No cavaba mucho. A los setenta y uno no se cava mucho.

Se sentaba, y miraba, y arrancaba lo que había que arrancar, y ataba lo que había que atar, y a media mañana pasaba alguien y hablaban un rato.

El huerto de Vidal dio, durante seis años, más verdura que la que podían comer, y la que sobraba bajaba a Fresna en un cesto, y cuando Vidal se murió aquel cesto siguió bajando doce años más porque Eduardo se hizo cargo del huerto y no lo cambió de sitio ni una estaca.

* * *

El desayuno se volvió un rito el primer invierno y nadie lo decidió.

Empezó porque Bruno entraba sin llamar, que era lo que llevaba haciendo veinte años. Entraba a las siete, gritando algo, y se sentaba, y a la tercera semana Anselmo empezó a aparecer también, y Jimena traía leche, y Vidal bajaba cuando le apetecía.

A los dos años, en la granja de Fresna, se desayunaba a las siete y media con seis o siete personas todos los días del año.

Cocinaba Eduardo casi siempre. Cantaba mientras lo hacía, y todo el mundo en aquella casa sabía leerlo por cómo cantaba y ninguno se lo había dicho nunca, y por lo tanto había mañanas en que Bruno entraba, escuchaba dos segundos desde el zaguán y se ponía a hablar de una cosa distinta de la que traía pensada.

Ernesto se sentaba a la cabecera y no decía casi nada y escuchaba, y a los sesenta años seguía comiendo el último por costumbre, y ya nadie intentaba corregírselo.

* * *

Ahora hay que contar lo otro, porque los dos primeros años en Fresna no fueron fáciles y el que lo pasó mal no fue el que todo el mundo esperaba.

Ernesto se adaptó en once días.

Ésa es la cifra y Eduardo la contó. Once días le costó a un hombre que llevaba veinticinco años sin dormir de un tirón convertirse en un agricultor

de cuarenta y ocho años que se levantaba a las cinco menos cuarto —porque eso no se le quitó nunca— y que a las cinco menos cuarto tenía cosas que hacer.

Ésa fue la clave y Eduardo tardó un año en verla: el problema de Ernesto no era la guardia. Era no tener trabajo a las cinco de la mañana. En una granja siempre hay trabajo a las cinco de la mañana.

Estuvo, aquellos años, más contento de lo que Eduardo lo había visto en su vida.

Y Eduardo se hundió.

No como el invierno malo. Ésta fue otra cosa, más chica y más tonta, y le duró casi dos años, y consistía en que no sabía qué era.

Porque durante quince años había sido *el profesor*. Y antes de eso, en otro siglo, había sido el que explicaba. Y en Fresna, los primeros meses, no había nadie a quien explicarle nada: había ochenta personas que sabían perfectamente cómo se cultiva una ladera y que llevaban cuarenta años haciéndolo mejor que él.

Se pasó el primer año siendo, por primera vez en su vida, el que menos sabía del cuarto.

Le costó horrores.

Lo de las habas fue en octubre y no fue en privado.

Había plantado veinte varas él solo, orgullosísimo, a lo largo de una mañana entera, y a media tarde subió por el camino una mujer del linde que se llamaba Loba, que tenía sesenta y tantos años y ocho fanegas, y que venía a devolver una criba. Vio el bancal desde el portón. Se paró.

Estaban en el patio Bruno, dos chicos de Fresna y la mujer del molino.

—Buenas —dijo Loba.

—Buenas.

Miró el bancal otro rato.

—Están muy juntas.

—Son a un palmo —dijo Eduardo—. Lo medí.

—Ya.

Ahí, en aquel patio, Eduardo Rendón hizo una cosa que no había hecho en veinticinco años: abrió la boca para explicarle a una mujer de sesenta y tantos años por qué a un palmo estaba bien.

Tenía la frase entera montada. Tenía el argumento, tenía el número y tenía dos maneras distintas de decirlo según lo que ella contestara.

Se acordó de un patio en Ribas, y de un cuchillo dejado en una piedra sin ruido, y de una mujer con las manos llenas de sangre de liebre diciéndole que no se lo iba a explicar.

Cerró la boca.

—¿Y a cuánto van? —dijo.

Loba se lo dijo. Le dijo también por qué, que era una cosa del agua y de aquella ladera concreta y no de las habas en general, y que ella lo sabía porque su padre había perdido una cosecha entera en ese mismo bancal el año de la riada. Tardó cuatro minutos. Eduardo no la interrumpió ni una vez.

Cuando se fue, Bruno soltó un ruido por la nariz.

—¿Qué? —dijo Eduardo.

—Nada.

—Bruno.

—Que llevo veinticinco años esperando a ver eso —dijo Bruno—, y me lo he perdido casi entero porque estaba con la rueda.

Aquella noche, en el banco, Eduardo tardó un rato largo en decir lo que traía.

—Es que me siento inútil —le dijo a Ernesto.

—No eres inútil.

—He plantado veinte varas de habas mal. Me lo ha dicho la mujer del linde. Con mucha educación y delante de cuatro personas.

—Sí, las has plantado mal.

—¡Gracias!

—De nada. —Ernesto se estaba limpiando las uñas con un cuchillo—. Las vuelves a plantar mañana y ya sabes.

—Ernesto, yo he quitado una montaña.

—Y ahora estás plantando habas —dijo Ernesto—. Y las estás plantando mal, y no pasa nada, y en tres años las vas a plantar bien y no te vas a acordar de cuándo aprendiste.

Se guardó el cuchillo.

—Yo tardé cuatro meses en aprender a matar a un hombre —dijo—. Y llevo cuarenta y ocho años sin saber hacer una hogaza. Tú no eres inútil, Eduardo. Eres nuevo. Es distinto y no lo habías sido nunca.

* * *

Lo que lo arregló fue el agua, y tardó dos años en llegar.

La ladera de Fresna tenía un problema viejo: el arroyo iba por abajo y las tierras buenas estaban arriba, y llevaban ochenta años subiendo agua a mano en verano.

Eduardo estuvo dos veranos mirándolo.

No dijo nada. Ésa fue la parte que le costó y de la que estuvo orgulloso el resto de su vida: no dijo nada durante dos años, porque había aprendido en Ribas que el que llega y arregla las cosas de los demás sin que se lo pidan no ayuda, se apodera.

Esperó a que se lo preguntaran.

Se lo preguntó, en el tercer verano, un hombre de Fresna que se llamaba Solo y que tenía sesenta años y ocho fanegas y ninguna paciencia.

—Oiga.

—Dígame.

—Usted hizo lo de Arna.

—Yo hice el plano. Lo hicieron ciento y pico de hombres.

—Ya. —Solo se rascó el cuello—. ¿Se puede hacer chiquito?

Eduardo Rendón, cuarenta y seis años, se sentó en el suelo de una era y se puso a dibujar con un palo.

Tardaron dos años. No era un canal: era una noria de sangre en el arroyo, un depósito de piedra a media ladera y ochocientos pasos de acequia abierta con una pendiente de dos dedos por vara que hubo que replantear tres veces.

Lo pagaron entre catorce familias. Lo construyeron ellos. Eduardo puso el plano, el replanteo y cuatro meses de trabajo, y no aceptó dinero, y aceptó —después de una discusión larga que perdió— que se lo pagaran en verdura durante ocho años.

La ladera de Fresna dio, a partir del cuarto verano, casi el doble.

Esto es lo que hay que decir de aquella obra, que es lo único que Eduardo quiso que se dijera:

No usó la Anuencia ni una sola vez.

Ni para levantar la piedra del depósito, ni para nivelar, ni para abrir la acequia. Nada.

No fue una regla ni una promesa ni un gesto: fue que, sencillamente, no hacía falta.

Se lo explicó a Bruno una noche y Bruno no lo entendió, y se lo explicó a Ernesto otra noche y Ernesto sí:

—Yo puedo quitar una montaña —dijo—, y aquí lo que hacía falta era una pendiente de dos dedos por vara y catorce familias dispuestas a cavar. Y eso lo saben hacer ellos.

—Sí.

—Ernesto, me pasé quince años creyendo que yo servía para lo grande. —Se quedó mirando el fuego—. Y llevo cuarenta y siete años sirviendo para lo mismo que todo el mundo: para mirar una cosa mucho rato hasta entenderla y después contársela a alguien. Lo otro era ruido.

* * *

Y venían.

Ésa fue la parte que no se acabó nunca y con la que aprendieron a vivir.

Los dos primeros años vinieron muchos. Después menos, y después pocos, y después —a partir del octavo o noveno año— vinieron dos o tres al año, y siguieron viniendo hasta el final.

Eduardo los recibía a todos.

Los sentaba en el banco de fuera, les daba agua, los escuchaba entero, y en casi todos los casos les decía que no podía hacer nada y les explicaba por qué. Después les daba de comer y les señalaba el camino de Fresna, donde había un médico, y el de Ribas, donde había una escuela y una partera que sabía hervir el agua.

Ernesto no se metía nunca.

Se quedaba a veinte pasos, haciendo cualquier cosa, y no se acercaba, y cuando el visitante se iba entraba en la cocina y no preguntaba.

Sólo hubo dos excepciones en veintiocho años.

La primera fue un hombre que se puso a gritar, y Ernesto cruzó el patio en cuatro pasos y lo levantó de la pechera y lo puso en el camino, y volvió, y siguió con lo suyo.

La segunda fue una mujer que llegó a pie desde nueve jornadas con un niño de dos años muerto en los brazos, envuelto en una manta, que llevaba muerto desde el tercer día del camino.

De aquella tarde no hay nada escrito y no la contaron nunca.

Lo único que se sabe es que la mujer se quedó tres semanas en la granja, que se fue en octubre, y que Eduardo Rendón no bajó a Fresna en dos meses.

Y que ésa fue la única vez en veintiocho años en que Ernesto se sentó en el banco con un visitante en vez de quedarse a veinte pasos.

Capítulo 43

El profesor y el capitán

La escuela del granero no fue una escuela y por eso funcionó.

En Ribas ya había una, con Prisca y dos ayudantes y noventa alumnos, y en Fresna había otra desde el tercer año, chica, con una maestra que se llamaba Vera y que había aprendido a leer con Eduardo en Ribas a los once años.

Así que lo del granero era otra cosa.

Eran cuatro.

Cuatro personas a la vez, nunca más, viviendo en la granja de dos a cuatro años, aprendiendo a dar clase.

Fue idea de Isaura y estaba en la penúltima página del cuaderno decimoséptimo, escrita cuatro meses antes de morirse, y Eduardo la leyó por primera vez seis meses después del entierro:

el problema no es que no haya escuelas. el problema es que no hay maestros y no se hacen solos.

R. no puede dar clase en cuarenta pueblos. R. puede hacer cuarenta maestros. la aritmética es evidente y lleva seis años sin verla porque le gusta demasiado dar clase.

decírselo. (no se lo he dicho.)

Eduardo leyó esa entrada tres veces, se levantó, salió al patio y estuvo una hora dando vueltas.

El primer grupo entró en el cuarto año.

* * *

Se les llamaba *los del granero* y en los veinticuatro años que duró aquello pasaron por ahí cincuenta y tres personas.

De las cincuenta y tres, cuarenta y una acabaron dando clase en alguna parte, y de esas cuarenta y una, ocho abrieron escuelas donde no había habido nunca ninguna, y una —una mujer de Ordas que llegó a Fresna a los diecinueve años sin saber leer y salió a los veinticuatro sabiendo enseñar— acabó dirigiendo la casa de los maestros de Vela, que fue la primera del reino y que existió doscientos años.

El primero de todos fue Nao, el chico que estaba con Isaura la tarde que se murió.

Llegó a Fresna cuatro años después del entierro, a los veintitrés años, con la carta del concejo de Arna y con una idea que le llevaba dando vueltas desde febrero, y con una vergüenza espantosa.

—No sé si tengo derecho a estar aquí —dijo, en el patio, sin bajarse de la mula.

—Bájate, anda.

—Es que yo estaba ahí y no hice nada.

Eduardo se quedó mirándolo.

—¿Qué querías haber hecho?

—No sé. Algo.

—Nao. —Eduardo le agarró la brida—. Ella se murió a mitad de una frase demostrando que una cuenta estaba mal. Con un chico de diecinueve años delante que la estaba escuchando.

Se hizo un silencio.

—Yo llevo nueve meses pensando en cómo me gustaría morirme —dijo Eduardo—, y no se me ha ocurrido nada mejor.

Nao se bajó de la mula.

Se quedó cuatro años.

* * *

Lo que Eduardo les enseñaba no era leer, ni contar, ni las estrellas.

Eso lo daba por sabido: al granero no se entraba sin saber leer.

Lo que enseñaba era una sola cosa y la repitió durante veinticuatro años hasta ponerse pesado, y a los del granero se les quedó a todos, y las escuelas que salieron de ahí se distinguían de las demás por esto:

—El que no entiende no es tonto. El que no entiende es alguien a quien todavía no se lo han explicado por su lado.

De ahí colgaba todo lo demás.

Que hay que preguntar antes de explicar, porque no se puede explicar una cosa sin saber qué cree ya el otro.

Que cuando alguien se equivoca hay que preguntarle por qué pensó eso, y que la respuesta es casi siempre más interesante que la respuesta correcta.

Que hay que explicar la misma cosa de cuatro maneras y que si las cuatro fallan la culpa es del maestro.

Que un niño que pregunta en voz alta delante de todos está haciendo una cosa muy valiente, y que lo que se haga en ese momento decide si va a volver a hacerlo en su vida.

Y que hay que dejarlos tocar. Todo. El agua, la cuerda, el peso, la sombra del palo a mediodía. *"En mi tierra"*, decía —y todos los del granero sabían que aquella frase no había que interrumpirla—, *"en mi tierra teníamos aparatos preciosos y libros de todo y la mitad de los que salían de la escuela no habían medido nada con las manos en su vida. Y eso es lo único que ustedes tienen aquí, así que úsenlo."*

* * *

Todo eso está dicho de una manera muy ordenada y no era así como se aprendía. Se aprendía de la otra manera, que era peor y que funcionaba, y hay una mañana de la que quedó constancia porque la escribió el propio Nao veinte años más tarde en el prólogo de un manual que se usó en cuarenta escuelas, y que empieza así:

El primer día que di clase de verdad tenía veintitrés años y el alumno tenía cuarenta y siete y era un imbécil.

* * *

Fue en el patio, en junio, con un palo clavado en el suelo y los cuatro del granero sentados en el poyo.

Eduardo puso el palo, marcó la sombra con una piedra y dijo:

—Nao. Explícame esto.

—¿El qué?

—Que la sombra cambia. Explícamelo.

—Es que ya lo sabes.

—Yo no sé nada. —Eduardo se sentó en el suelo, en la tierra, con las piernas cruzadas, y levantó la cara con una expresión de una estupidez perfecta—. Tengo once años, me llamo Perico y me han traído aquí a la fuerza.

Preta se tapó la boca.

Nao respiró.

—Bueno. Perico. La sombra cambia porque el sol se mueve por el cielo, y según dónde esté...

—El sol no se mueve.

Nao se quedó parado.

—¿Cómo que no?

—Que no se mueve —dijo Eduardo—. Sale por ahí y se pone por allá, pero es que hay dos.

—¿Dos qué?

—Dos soles. Uno de invierno y otro de verano. El de verano está más cerca, por eso quema. Y el de invierno está lejísimos. Lo sabe todo el mundo en mi casa.

Se hizo un silencio en el patio.

—Eso no es verdad —dijo Nao.

—Vale.

—Es que no lo es. Es un sol nada más y...

—Vale.

Eduardo Rendón, cuarenta y siete años, se quedó sentado en la tierra con la boca cerrada y la cara de un niño de once años al que acaban de decirle que es tonto delante de tres personas, y ahí se quedó, y no dijo una palabra más, y aquello duró lo que dura una cosa así, que es siempre demasiado.

Nao miró a los otros.

Los otros miraron el suelo.

—Se acabó la clase —dijo Eduardo, y se levantó y se sacudió el pantalón—. Nao, ¿cuánto has tardado?

—...

—Diecinueve palabras. Le has cerrado la boca a un crío en diecinueve palabras y no vas a volver a saber nada de lo que piensa ese niño en tu vida.

—Es que estaba equivocado.

—Sí. Estaba equivocado. —Eduardo se agachó a recoger la piedra de la sombra—. ¿Y no te ha dado ni un poco de curiosidad?

—¿Curiosidad de qué?

—De un crío de once años que se ha inventado él solo una teoría con dos soles. —Se enderezó—. Nao, ese niño ha observado que en verano quema más. Eso es verdad y lo ha visto él. Y ha construido una explicación que da cuenta de lo que ha visto, con dos piezas, sin que nadie se la enseñara. Eso no es ser tonto. Eso es lo contrario de ser tonto.

Nao no dijo nada.

—Y además —dijo Eduardo— su teoría sirve para una cosa.

—¿Para qué va a servir?

—Para que la puedas tirar.

Volvió a clavar el palo.

—Si hay dos soles, uno más cerca que otro, ¿qué pasaría con esta sombra en verano y en invierno a la misma hora?

Preta levantó la cabeza de golpe.

—Que sería distinta.

—¿Y lo es?

—Sí. Muchísimo.

—Pues ya está. —Eduardo señaló el palo—. Ahí tienes la clase entera y no la has dado tú, la ha dado Perico. Le preguntas qué cree. Le tomas en serio lo que cree. Y después buscan los dos, juntos, la cosa que se puede mirar y que le va a decir a él que estaba equivocado. Y el día que la mire, se va a acordar toda su vida. Y si se lo dices tú en diecinueve palabras, se acuerda toda su vida de otra cosa.

Se limpió las manos.

—Otra vez. Nao, siéntate tú en la tierra. Preta, eres la maestra. Y yo soy la abuela, que es peor, porque yo he criado a nueve hijos y a mí no me va a venir un chiquillo de Fresna a decirme cómo funciona el sol.

Estuvieron hasta la hora de comer.

* * *

Ernesto enseñaba espada.

Empezó por accidente, en el quinto año, porque dos chicos de Fresna se estaban pegando en la era con dos palos y lo hacían tan mal que a Ernesto le dolió físicamente mirarlo.

Se acercó, les quitó los palos, les enseñó a sostenerlos, y se fue.

A la semana había cuatro chicos en el patio de la granja.

Al mes había nueve, y Ernesto tuvo que poner reglas, y las reglas —que estuvieron escritas en una tabla clavada en la puerta del establo durante veintidós años— eran cuatro:

No se viene sin permiso de casa.

No se falta. Si se falta dos veces sin avisar, no se vuelve.

Aquí no se pega a nadie que no tenga un palo en la mano.

Y la primera lección se repite todos los años.

La primera lección duraba una hora y no había ni un palo en ella.

Era ésta:

Ernesto sentaba a los nuevos en el suelo del patio, se sentaba él en el poyo, y les contaba catorce años de guerra.

No las batallas. Los números. Les decía que habían salido de Arvela cuarenta y uno y que habían vuelto seis. Les decía los treinta y cinco nombres, en orden, uno por uno, sin saltarse ninguno y sin adornar ninguno, y decía de cada uno cuántos años tenía y de dónde era.

Tardaba como veinte minutos.

Después decía:

—Ahora les voy a enseñar a usar esto. Y les va a gustar, porque es bonito y porque se les va a dar bien a algunos. Y quiero que sepan desde hoy para qué sirve.

Y levantaba la espada envainada.

—Esto es lo último. Esto es lo que se hace cuando ya se ha hecho todo lo demás y no ha funcionado. Antes de esto está hablar, y está callarse, y está irse, y está pedir ayuda, y está aguantar una ofensa, y está tragarse el orgullo delante de gente, que es lo más difícil de todo y lo que más veces me ha salvado la vida.

Y luego, siempre igual:

—Si alguno de ustedes usa alguna vez esto sin haber probado antes todo lo otro, yo no le voy a echar la culpa a él. Me la voy a echar a mí, porque se lo habré enseñado mal.

De los que pasaron por ese patio en veintidós años, dos acabaron en el ejército y les fue bien, cuatro entraron en la guardia de los caminos, y uno mató a un hombre en una taberna de Vela a los veintiséis años.

Ernesto se enteró seis meses después.

Estuvo tres días sin hablar y bajó a Vela a caballo con sesenta y cuatro años, y estuvo dos días en la ciudad, y pidió ver al chico en la prisión y se lo negaron, y volvió.

Y no dijo nunca a nadie qué había ido a hacer.

* * *

El chico que preguntó lo otro se llamaba Bel, tenía trece años y era el nieto del hombre que murió en el patio de Ribas.

Lo preguntó en el segundo año, delante de los otros, con esa brutalidad tranquila de los trece años.

—Capitán.

—Dime.

—¿Usted ha matado gente?

Se hizo un silencio en el patio.

Los otros ocho se quedaron muy quietos, y a Eduardo, que estaba en la puerta del granero, se le paró todo.

Ernesto dejó lo que tenía en las manos.

—Sí —dijo.

—¿Cuántos?

—No lo sé.

El chico frunció el ceño.

—¿Cómo que no lo sabe?

—Porque en una línea no se sabe. —Ernesto se sentó en el poyo—. Tú estás en una fila con otros, y hay otra fila enfrente, y pasan cosas, y después algunos están en el suelo. Y hay días en los que sabes cuál fue tuyo y hay días en los que no.

—¿Y de los que sabe?

—Nueve.

El chico asintió despacio, con la cara de quien esperaba una cifra más grande y no sabe qué hacer con una más chica.

—¿Y se acuerda de ellos?

—De seis —dijo Ernesto.

Ahí a Bel se le acabaron las preguntas y a los otros ocho también, y Ernesto los dejó ahí un momento y después dijo:

—Ahora te voy a decir yo una cosa, y es lo que quería que preguntaras.

—Yo no...

—Ya lo sé. Da igual. —Ernesto lo miró—. Yo no me acuerdo de esos seis porque me pesen. Me acuerdo de esos seis porque tenían cara y porque estaban asustados y porque casi todos eran más jóvenes que tú vas a ser cuando termines conmigo.

Se levantó.

—Y en once años no conocí a un solo hombre al que le gustara. Ni uno. Y conocí a muchos a los que se les daba bien, que es otra cosa completamente distinta, y de ésos algunos se volvieron una porquería de gente porque nadie les dijo nunca la diferencia.

Recogió los palos.

—Levántense. Hoy hacemos pies.

* * *

Y el pueblo dejó de decir *hechicero*.

No se puede fechar. Fue en algún punto entre el quinto y el octavo año en Fresna, y no lo decidió nadie, y pasó de la manera en que pasan estas cosas: primero lo dejaron de decir los que lo trataban, después los del valle, después los que venían de fuera y a los que alguien corregía.

En Ribas ya lo llamaban *el profesor* desde hacía años.

En Fresna empezó a pasar lo mismo, y con una variante que a Eduardo le dio una alegría desproporcionada: en Fresna, a Ernesto empezaron a llamarlo *el capitán* del mismo modo, como un oficio y no como un rango, y a la casa de la ladera se le empezó a llamar *la del profesor y el capitán*, que es como se le llamó durante ochenta años, mucho después de que no quedara nadie que supiera por qué.

* * *

Tomás volvió en el séptimo año, y volvió porque le escribieron.

Le escribió Anselmo, en septiembre, cuatro líneas, y las cuatro líneas decían que Vidal estaba mal y que si quería verlo tenía que venir ya.

Llegó en once días desde la costa del norte, reventando dinero en postas.

Tenía treinta y cinco años.

Se bajó del caballo en el patio de una casa que no conocía, con la ropa buena de un hombre que ya no era pobre, y lo primero que hizo Bruno fue soltar un ruido y agarrarlo por los hombros y girarlo dos veces.

—¡Pero si eres un señor!

—Bruno...

—¡Mírate! ¡Mira estas botas! —Bruno estaba a punto de llorar y lo estaba disimulando fatal—. ¡Este chico lleva unas botas de Vela! ¡Miren! ¡Miren la costura! ¡Eso es costura de ciudad, eso lo cose un hombre que no hace otra cosa que coser botas en todo el día, y le pagan, y vive de eso, y tiene una casa! ¡Y este chico se las pone para venir a un patio de tierra! ¡Y encima le quedan bien! ¡Anselmo, ven a ver esto! ¡Este es el que se cayó del carro en Melve y estuvo dos días sin hablar de la vergüenza!

—Son de Ordas.

—¡Peor!

Cenaron nueve aquella noche y la cena fue rara desde el principio, porque nadie sabía cómo se le habla a un chico al que se le enseñó a comer con la boca cerrada y que ahora tiene un sello.

Empezó mal. Tomás preguntó por el camino nuevo de Ribas y usó la palabra *trazado*, y Jimena repitió *trazado* con las cejas levantadas, y a Tomás se le subieron los colores a los treinta y cinco años.

—Perdón.

—No te he dicho nada.

—Es que en el consejo se dice así.

—Ya —dijo Jimena, y le pasó el pan, que en ella era una disculpa completa.

Y a partir de ahí se soltó.

Contó que había llegado a Vela con la carta de Ernesto y con veintiséis años, y que se pasó tres semanas durmiendo en un establo antes de atreverse a entregarla. Que el capitán de la carta le dio trabajo de correo y que en dos años se hizo el camino de Vela a la costa cuarenta veces. Que una tarde de invierno, en un patio, un hombre le preguntó si sabía dibujar el camino que acababa de hacer.

—Y yo dije que sí.

—¿Y sabías? —dijo Anselmo.

—No.

Bruno soltó una carcajada.

—No sabía —dijo Tomás—. Lo que sabía era que se podía. Que es distinto y es lo único que hacía falta.

Miró a Eduardo por encima de la mesa.

—Porque a mí, a los quince años, un tipo con unos zapatos ridículos me sentó en el suelo de un carro y me hizo dibujar un pueblo con una X en cada pozo. Y yo me acuerdo de que pensé que aquello era una tontería enorme.

—Lo era —dijo Eduardo.

—Sí. Y llevo siete años cobrando por hacerlo.

* * *

Le preguntaron por la mujer y contó que se llamaba Renna, que era de la costa, que tenía las manos más frías del reino y que se lo decía todos los días.

Le preguntaron por los hijos y dijo que tres.

—¿Y cómo se llaman? —dijo Anselmo.

Tomás, que llevaba once días cabalgando para llegar a tiempo y que tenía preparada esa respuesta desde el segundo día de camino, la dijo mal, mirando el plato, deprisa y sin darle ninguna importancia:

—La chica Nela, el pequeño Sar y el mayor Ernesto.

En la mesa no dijo nadie nada.

Tomás siguió con el guiso.

—Nueve años tiene el mayor —añadió, todavía sin levantar la vista—. Y es igual de cabezota, así que le queda bien.

Ernesto Valdas dejó la cuchara, se levantó de la mesa y salió al patio.

Estuvo fuera un cuarto de hora.

Nadie fue detrás. Bruno hizo el intento y Vidal, que tenía setenta y seis años y que no se levantaba ya de la mesa por nada, le puso la mano en el brazo y no la quitó hasta que se sentó otra vez.

Cuando Ernesto volvió se sentó en su sitio, se sirvió, y le dijo a Tomás lo único que le dijo de aquello en toda su vida:

—¿Come bien?

—Como una mula.

—Bien —dijo Ernesto.

* * *

Vidal se murió el 4 de octubre, a los setenta y seis años, en su cama, con la ventana abierta.

Tardó nueve días y no le dolió casi nada, que fue lo único que Anselmo consiguió y que a Anselmo le pareció poco durante el resto de su vida.

Estuvieron todos.

Los últimos tres días no habló mucho. Dormía, se despertaba un rato, miraba por la ventana, decía dos cosas y se volvía a dormir. Bruno se instaló en el suelo del cuarto y no se movió de ahí en tres días.

El 3 de octubre, por la tarde, con Eduardo sentado a un lado de la cama y Ernesto al otro, Vidal abrió los ojos y los miró a los dos.

Y dijo:

—Ya está.

—Vidal...

—Ya está, chico. —Tenía la voz muy chica—. Ya lo hicieron.

Eduardo le agarró la mano.

—¿Qué hicimos?

Vidal, que llevaba sesenta años leyendo silencios y que no había explicado ni uno solo, hizo un gesto muy pequeño con la barbilla hacia la ventana.

Por la ventana se veía el patio.

En el patio estaban Bruno discutiendo con Jimena, Anselmo lavándose las manos en el pilón, Tomás sentado en el banco de roble con un cuaderno, Nao y otros dos del granero sacando la mesa larga porque hacía bueno, y dos chicos de Fresna esperando a que alguien les dijera si aquel día había clase o no.

Vidal cerró los ojos.

—Yo tenía dieciocho años cuando entré en esto —dijo—. Y me acuerdo perfectamente de lo que pensé el primer día, y era que quería llegar a viejo.

Se quedó callado tanto rato que creyeron que se había dormido.

—Y ya está —dijo.

Ésas fueron las últimas palabras de Vidal, y no se murió hasta el día siguiente por la mañana, pero no volvió a decir nada.

Lo enterraron en el linde alto, mirando al huerto, porque lo dejó dicho hacía años con una frase que Bruno tuvo que repetir tres veces en el entierro porque no le salía la voz:

—Que me pongan donde vea crecer algo.

Capítulo 44

Ninguna espada

Para contar esto hay que retroceder un año, y conviene pedir disculpas por el desorden.

El otoño del que aquí se habla es el anterior a la muerte de Vidal, y va aquí y no en su sitio porque durante mucho tiempo quien esto escribe no supo que era importante. Lo supo veintidós años más tarde, en una conversación en el banco de fuera, y a partir de aquella conversación tuvo que volver atrás y buscarlo, y lo encontró en el registro de Fresna, que anotaba las cosas por la cosecha y no por el día.

Año de la acequia mediana. Buen otoño. Nada que anotar.

Es la única entrada de aquel año.

* * *

Hay que empezar por una costumbre que Eduardo Rendón tuvo veinte años y de la que no habló con nadie.

Eduardo Rendón contaba espadas.

Lo empezó a hacer sin decidirlo, en algún punto del primer invierno en la casa grande, y consistía en que al entrar en un cuarto —cualquier cuarto, con cualquier gente— sabía cuántas armas había dentro y dónde estaban. No las miraba. Las tenía. Era una cifra que le aparecía sola, como le aparecía a él el número de sillas o la altura de un techo, y a la que no le prestaba ninguna atención salvo que fuera alta.

En Sella de Abajo, la tarde de la plaza, había once.

En el granero de Sar, la noche que Ernesto llegó, había cuatro dentro y catorce fuera, y ese número lo tuvo en la boca del estómago durante horas.

En la sala del concejo de Ribas, en los años buenos, había entre seis y nueve, porque los hombres del concejo entraban armados por costumbre y salían armados por costumbre y ninguno de ellos había desenvainado en su vida.

En su propia boda hubo veintitrés, y Eduardo las contó mientras Bruno hablaba, y se lo reprochó a sí mismo el resto del día.

Nunca lo mencionó. Le parecía una cosa de hombre asustado, y él llevaba media vida intentando no ser eso, y hay costumbres que uno se calla precisamente porque delatan lo que uno era antes de aprender.

Ésa es una de las dos cosas que hay que saber antes de la tarde de octubre.

* * *

La otra es lo del establo.

Cuando se mudaron a Fresna, Ernesto Valdas colgó su espada en el establo y no en la casa.

Fue una decisión y la tomó solo, el segundo día, mientras Eduardo estaba en Ribas. La colgó de dos clavos en la pared del fondo, encima del arcón de los arreos, a la altura del hombro, envainada, con el tahalí enrollado alrededor de la vaina de una manera concreta que aprendió a los diecinueve años y que no cambió nunca.

En Ribas la había tenido detrás de la puerta de la casa.

En la Marca, once años, la había tenido debajo de la mano.

El establo estaba a cuarenta pasos del cuarto donde dormían.

Cuarenta pasos son, para un hombre de cuarenta y ocho años que se levanta de una cama a oscuras, unos catorce segundos, y Ernesto los había calculado antes de clavar los clavos, porque era incapaz de no calcularlo, y había decidido que catorce segundos era una cantidad de tiempo que estaba dispuesto a perder.

De eso tampoco habló con nadie.

Se lo contó a Eduardo veintiséis años más tarde, en el segundo invierno de los malos, con una frase que Eduardo repitió después dos veces, despacio, para que quien esto escribe la copiara bien:

—Yo no colgué la espada ahí porque ya no la fuera a necesitar. Yo la colgué ahí para obligarme a tardar catorce segundos. Porque en catorce segundos a lo mejor pienso.

* * *

Ahora la tarde.

Fue a mediados de octubre, con el tiempo alto y seco que en aquel valle dura tres semanas y por el que la gente de Fresna perdonaba el resto del año.

Eduardo estaba recogiendo tomates.

Los tomates eran del huerto de Vidal y aquél fue el último año bueno del huerto de Vidal, y estaban en la parte de arriba, en cuatro varas de caña atadas con una técnica que Vidal había copiado de un hombre de la costa treinta años antes. Eduardo iba con un cesto, agachándose y levantándose, y a los cuarenta y ocho años agacharse y levantarse ciento veinte veces seguidas ya era un tema de conversación consigo mismo.

Se enderezó a media faena, con la mano en los riñones, y miró.

Esto es lo que había.

Ernesto estaba en el linde bajo, arreglando la cerca. Llevaba dos días con aquella cerca. Le habían entrado las cabras de Jimena por tercera vez en un mes y la discusión de si la culpa era del poste o de la cabra llevaba abierta desde agosto y no se cerró nunca. Estaba en cuclillas, de espaldas, con el mazo en el suelo y las dos manos en un poste, moviéndolo para ver por dónde cedía.

Bruno estaba en el patio, discutiendo con una rueda.

La rueda era de un carro de Fresna y la discusión era literal: Bruno le hablaba. Le decía cosas. Le decía que llevaba once años diciéndole a aquel hombre que las llantas se calzan en frío y no en caliente, y la rueda no contestaba, y Bruno seguía.

Anselmo estaba sentado en el poyo con un niño de cuatro años delante.

El niño tenía una rodilla raspada y estaba montando el escándalo del siglo. Se había caído en la era, se había levantado sin llorar, había mirado la rodilla, había visto tres gotas de sangre y había llegado a la casa a grito pelado con la certeza absoluta de que se estaba muriendo. Anselmo, que a los setenta y dos años había cosido a doscientos hombres, le estaba limpiando la rodilla con agua y le estaba explicando, con una seriedad de catedral, que aquello era una herida importante y que iba a necesitar una hoja de llantén y muchísima paciencia.

Vidal estaba en el banco de roble, dibujando.

Tenía setenta y cinco años y un año de vida por delante que ninguno de ellos sabía. Estaba dibujando la ladera. Llevaba dos años dibujando la ladera,

una vez por estación, en una libreta que le había traído Tomás de la costa, y cuando alguien le preguntaba para qué decía que para nada, y cuando alguien insistía decía que un explorador dibuja lo que ve y que él llevaba sesenta años haciéndolo y que no se iba a poner a cambiar ahora.

Y Nao estaba enseñando a montar.

Tenía veinticuatro años y estaba en su segundo otoño en la granja, y en la era, con una mula vieja y una paciencia que había aprendido de dos personas muertas y una viva, le estaba diciendo a una niña de nueve años que los talones van abajo.

Eduardo se enderezó del todo, con el cesto en la cadera.

Y contó.

Y le salió cero.

* * *

Lo primero que sintió no fue alegría. Fue un desajuste, un tropiezo, la sensación exacta de bajar un escalón que no está.

Volvió a contar.

Miró el linde bajo: un hombre en cuclillas con un mazo. Miró el patio: un herrero, unas tenazas, una rueda. Miró el poyo: un médico con un cuenco de agua. El banco: un viejo con un carboncillo. La era: una mula, una niña, un chico con una vara de avellano en la mano.

Cero.

Ni una en el patio, ni una en el cinto de nadie, ni una detrás de una puerta a la vista, ni una apoyada en una pared. Y no era que estuvieran guardadas: era que a nadie de los que estaban en aquel patio se le había pasado por la cabeza aquella mañana ponerse una encima, y llevaban una temporada sin que se les pasara, y por eso ninguno se había dado cuenta.

Eduardo se quedó ahí de pie con el cesto en la cadera y los tomates a medio recoger, y se le llenaron los ojos por una cosa que no habría sabido explicar si se lo hubieran preguntado en ese momento, que es la razón por la que se dio la vuelta hacia las cañas y siguió recogiendo.

Recogió cuatro tomates más, muy despacio.

Cuando volvió a levantar la cabeza, Ernesto lo estaba mirando desde el linde bajo.

Se había puesto de pie. Tenía el mazo colgando de la mano derecha y estaba a sesenta pasos y de cara al sol, y desde ahí no había manera humana de verle la cara a nadie, y Eduardo supo perfectamente lo que estaba mirando.

Ernesto levantó un poco la barbilla.

Y sonrió.

Y volvió a agacharse a la cerca.

* * *

Esa noche, en el banco, después de cenar, Eduardo dijo:

—¿Tú lo has visto?

—Sí.

—¿El qué has visto?

—Lo mismo que tú —dijo Ernesto.

Eduardo se giró en el banco.

—Dilo.

—No hay ninguna espada.

Se quedaron un rato callados. Abajo, en Fresna, había dos luces encendidas y una tercera que se encendió mientras miraban.

—Yo llevo veinte años contándolas —dijo Eduardo—. Al entrar en los sitios. No lo hago aposta. Me sale el número solo.

—Ya lo sé.

—¿Cómo que ya lo sabes?

—Porque yo también —dijo Ernesto.

Eduardo se lo quedó mirando.

—Yo desde los diecisiete —dijo Ernesto—. Me lo enseñaron el primer mes. Al entrar en un sitio: cuántos hay, cuántos están armados, dónde está la puerta y quién está entre tú y la puerta. Nos lo hacían recitar. —Se frotó la rodilla, que aquel otoño le había empezado a hablar—. Llevo treinta y seis años haciéndolo cuatro o cinco veces al día. En misa. En la boda. En la cocina de mi casa.

—No me lo habías dicho nunca.

—Tú tampoco.

—Ya.

—Y a mí me habría dado vergüenza —dijo Ernesto—, porque yo lo tenía que haber dejado de hacer hace veinte años, y no lo he dejado, y no lo voy a dejar. Eso ya me lo dijo Anselmo.

Eduardo miró al oeste, donde ya no quedaba casi nada.

—Hoy me salió cero —dijo.

—Ya.

—Ernesto, es la primera vez.

—Ya lo sé —dijo Ernesto Valdas—. Por eso he sonreído.

Ahí, según se lo contó Eduardo a Anselmo, y según se lo contó Anselmo a Prisca, y según se lo contó Prisca a quien esto escribe —que tenía entonces diecisiete años, y una edad idiota, y no supo darle a aquello el peso que tenía—, Ernesto añadió una cosa más.

—Yo cuento para saber cuánto tardo en llegar a la puerta —dijo—. Es que no hay otra manera de contarlas. Si tú cuentas y te sale cero, es que hoy no había que llegar a ninguna puerta.

Se quedó mirando el valle.

—Eso es lo que yo quería. No lo otro. Eso.

* * *

Los tres años siguientes fueron los mejores y no tienen historia.

Esto se dice aquí con cierta desesperación de escribiente, porque quien esto escribe lleva cuarenta y una páginas de cuaderno peleándose con el problema de que los años felices no dejan documentos. Hay actas de los años malos. Hay registros de las cosechas perdidas, cartas de los años de la guerra, un expediente entero de la Orden sobre un hombre al que persiguieron nueve semanas. De los años buenos hay dos entradas en el registro de Fresna, una lista de compras y un dibujo de una ladera.

Lo que se sabe de esos tres años se sabe porque lo contaron, y porque quien esto escribe llegó a vivirlo después, cuando ya era una costumbre vieja de la casa. Y es esto:

Que se desayunaba a las siete y media.

Que Bruno entraba sin llamar y gritando, y que la única vez en veintiséis años que llamó a la puerta fue una mañana de enero en la que había pasado una cosa, y que en aquella casa se supo que había pasado una cosa antes de que nadie abriera, porque Bruno había llamado.

Que había cuatro personas en el granero aprendiendo a dar clase y que se cambiaban cada dos o tres años, y que la casa por lo tanto estaba llena de gente joven de una manera constante y renovada, como un río.

Que a Ernesto le empezó a doler la rodilla en octubre y a estar bien en mayo, todos los años, con una regularidad de reloj, desde los cincuenta y cuatro.

Que dejó de subirse a los tejados a los cincuenta y siete después de una discusión que perdió.

Que Eduardo aprendió a plantar habas y no se acuerda de cuándo.

Y que las tardes, de mayo a septiembre, a las cinco, en el banco de roble mirando al oeste, había dos hombres sentados sin hacer absolutamente nada, y que la gente de Fresna que subía a esa hora aprendió a subir un poco más tarde.

* * *

La conversación de la que sale todo lo demás fue en el cuarto año después de Vidal, en marzo, dentro de la casa, con la puerta abierta y lloviendo.

Ernesto tenía cincuenta y ocho años. Eduardo, cincuenta y tres.

Estaban solos, que ya casi no pasaba.

Hay que decir cómo empezó, porque empezó de la manera más tonta posible y porque en aquella casa las cosas grandes empezaron siempre así.

Había estado allí toda la mañana una mujer de Fresna con dos críos, uno de tres años y otro de pecho, esperando a que escampara. Y el de tres años se había pasado hora y media persiguiendo a Ernesto Valdas por la cocina, sistemáticamente, con la determinación de un ejército, y Ernesto —que a un hombre armado lo desarmaba en dos movimientos— no había conseguido en hora y media quitárselo de las piernas ni una sola vez.

Se fueron a las doce.

Y a la una, fregando, Ernesto dijo:

—Es una lata, el crío ese.

—Sí.

—Muchísima lata.

—Sí —dijo Eduardo.

Siguió con lo suyo, y a los veinte segundos levantó la cabeza, porque llevaba veinticuatro años oyendo hablar a aquel hombre y sabía cómo sonaba una frase que se ha quedado a medias.

Ernesto estaba de espaldas, con las manos en el barreño.

—Ernesto.

—Qué.

—Date la vuelta.

—Estoy fregando.

—Date la vuelta, anda.

Ernesto Valdas se dio la vuelta, con las manos mojadas y goteando en el suelo de su cocina, y puso la cara de un hombre que ha decidido en el último segundo no decir una cosa y que ya es tarde, porque la cara se le ha visto.

—Nada —dijo.

—Dilo.

—Es que no se puede.

—Ya. Dilo igual.

Ernesto se quedó callado un momento largo. Fuera llovía con ganas.

—Yo llevo desde los treinta y ocho —dijo por fin— con esto en la cabeza.

—Ya lo sé.

—¿Cómo que ya lo sabes?

—Ernesto, hiciste un cuarto de más en la casa y no me has dicho en nueve años para qué era.

Ernesto abrió la boca.

La cerró.

Se secó las manos en el delantal, muy despacio, que era lo que hacía siempre que necesitaba treinta segundos.

—Tenemos cincuenta y ocho y cincuenta y tres —dijo.

—Sí.

—Y somos dos hombres.

—Sí.

—Y ningún concejo de este reino le va a dar un niño a dos hombres, Eduardo. Ni a nosotros. Ni aunque uno sea el capitán y el otro sea el profesor. Eso no está escrito en ninguna parte y por eso no se puede pelear, y yo he preguntado. —Lo dijo de un tirón, y luego se paró, y añadió—: Hace once años. En Ribas. Al veedor del concejo. Sin decírtelo.

Eduardo dejó el trapo en la mesa.

—¿Y qué te dijo?

—Que no.

—¿Y por qué no me lo dijiste?

—Porque para qué —dijo Ernesto—. Yo no te iba a hacer eso. Yo no te iba a poner encima una cosa que no se puede tener, sólo para no llevarla yo solo.

Ahí Eduardo Rendón se acercó a su marido, y le puso las dos manos en la cara, que era una cosa que llevaba haciéndole veinticuatro años y que a Ernesto le seguía dando el mismo apuro del primer día, y le dijo lo que le llevaba diciendo media vida en versiones distintas.

—Sí me la ibas a poner encima —dijo—. Se dice y ya está. Se dice en voz alta, aunque no se pueda, y después ya se ve.

—¿Y para qué sirve decir una cosa que no se puede?

—Para que la sepa el otro —dijo Eduardo.

Se quedaron ahí, en medio de la cocina, con el barreño a medias.

—Muy bien —dijo Ernesto—. Pues lo digo.

—Dilo.

Ernesto Valdas, cincuenta y ocho años, once de guerra, treinta y cinco nombres en la cabeza en orden y con la edad de cada uno, miró al suelo mojado de su cocina y dijo la única cosa que pidió para sí mismo en toda su vida.

—Yo quería un hijo.

* * *

No hicieron nada, porque no había nada que hacer.

No fueron a ningún concejo, ni escribieron a nadie, ni volvieron a hablarlo en meses. Marzo se acabó, y vino la siembra, y la rodilla de Ernesto dejó de doler en mayo como todos los años, y en agosto hubo tormenta y se cayó un tramo de la cerca del linde bajo, la misma, y la discusión con Jimena se reabrió intacta.

Lo único que pasó fue que quedó dicho.

Quedó dicho en voz alta, dentro de una casa, entre dos personas que sabían decir las cosas en voz alta porque habían tardado media vida en aprender a hacerlo y no habían vuelto a permitirse el lujo de callarse nada importante.

Faltaban catorce meses.

Capítulo 45

El hijo

Llegó a pie por el camino de Fresna el nueve de mayo, a media tarde, y la vio primero Jimena desde el linde alto, y bajó corriendo, que a los sesenta y tantos años Jimena no bajaba corriendo por nada.

Era una mujer joven. Llevaba un hato a la espalda y un niño en el otro brazo, y llevaba andando once días.

Se llamaba Neva y era de Torna, que está a este lado de Ordas, en la vertiente mala, y tenía veintidós años.

Llegó hasta el patio, que era ya la parte fácil del camino, y dejó el hato en el suelo con mucho cuidado, y se sentó en el banco de roble sin que nadie se lo dijera y sin soltar al niño.

A Eduardo, que salió de la cocina secándose las manos, le bastó verla desde la puerta.

No es que fuera evidente. Es que llevaba veinticinco años en aquel mundo viendo llegar gente al banco y había aprendido a distinguir a los que venían a pedir algo de los que venían a dejar algo.

* * *

Anselmo la vio aquella misma tarde, en el cuarto de dentro, con la luz de la ventana.

Tenía setenta y ocho años y las manos ya francamente malas y llevaba once años sin coser a nadie, y todavía era, en cuatro días de camino a la redonda, el hombre que mejor sabía mirar a una persona y decir qué le pasaba.

Tardó cuatro minutos.

Salió al patio, se lavó las manos en el pilón despacio, y se quedó ahí con las manos mojadas, mirando el agua, hasta que Eduardo llegó a su lado.

—¿Y bien?

—Se muere —dijo Anselmo.

—¿De qué?

—De algo del pecho, y de once días de camino encima. —Se secó—. Y llevaba mala mucho antes de salir de Torna. Ella lo sabe. Me lo ha dicho ella a mí antes de que yo le dijera nada, y me lo ha dicho como el que informa de la hora.

—¿Cuánto?

—Semanas.

Eduardo se quedó callado.

—Eduardo.

—Dime.

—Ella no ha venido a que la curen —dijo Anselmo—. Yo llevo cincuenta y un años en esto y sé perfectamente cómo pregunta el que quiere que le digan que se va a poner bien. Ésta no ha preguntado.

* * *

Le dieron el cuarto de dentro, y no el granero, porque Ernesto lo dijo antes de que lo dijera nadie y lo dijo de una manera que no admitía conversación.

Neva se quedó diecinueve días.

De esos diecinueve días hay más constancia de la que suele haber en esta historia, porque Anselmo llevaba cuaderno desde los veintisiete años y porque lo llevó hasta el final, y porque el cuaderno de aquel mayo se conserva.

Está escrito con una letra que se cae hacia la derecha.

día 2. no quiere jarabe. quiere estar despierta. lo entiendo y me fastidia.

día 4. le he preguntado por el padre del niño. me ha dicho que eso no importa ahora. tiene razón y me he callado.

día 6. buen día. ha salido al banco. ha estado dos horas al sol.

día 7. el capitán le ha subido el banco de tres patas del huerto para que ponga los pies. no se lo ha pedido nadie.

día 9. malo.

día 11. me ha preguntado cuánto. se lo he dicho. no ha llorado, ha asentido, y luego ha preguntado si el profesor tiene un rato esta tarde.

* * *

La conversación de la tarde del día once no está en el cuaderno de Anselmo, porque Anselmo no estaba.

Estaban ella y Eduardo, en el cuarto de dentro, con la puerta entornada, y duró una hora larga, y Eduardo Rendón la contó exactamente dos veces en su vida: una a Ernesto, aquella misma noche, y otra veintiséis años más tarde, entera, despacio, a la persona que tenía derecho a oírla.

Empezó mal.

Empezó con Neva de Torna incorporándose en la cama y diciendo la frase que traía preparada desde el segundo día de camino, y que había repetido andando, y que le salió fatal:

—Yo no le voy a pedir nada por mí.

—Ya lo sé.

—Y sé lo que dice usted a todo el mundo, porque me lo dijeron en Ordas antes de salir. Que no puede hacer nada. —Tenía la voz muy poca cosa y la usaba entera—. No he venido por eso.

—¿A qué ha venido?

Ella dijo:

—A ver dónde.

Eduardo no entendió.

—A ver dónde lo dejo —dijo Neva—. He venido a verlo con los ojos. Porque en Torna me dijeron que lo llevara a la casa de las hermanas de Ordas y yo fui, y lo vi, y no.

Se quedó callada un momento.

—Y a mí me habían contado de esta casa desde chica —dijo—, y yo pensaba que era mentira, como todo lo que se cuenta. Y he tardado once días y he llegado y llevo once días aquí mirando.

—¿Y qué ha visto?

—Que el herrero entra sin llamar —dijo ella.

Eduardo se rió sin querer, y luego se le quitó de golpe.

—Y que el médico se sienta a hablar con un niño de la aldea de una rodilla como si fuera una guerra —siguió Neva—. Y que ustedes dos discuten por una cerca. Y que aquí come todos los días una cantidad de gente que no vive aquí.

Se recolocó en la cama con mucho esfuerzo.

—Yo no soy tonta y sé lo que estoy haciendo —dijo—. Le estoy poniendo una cosa encima a un hombre de cincuenta y tantos años que no me la ha pedido, porque yo me voy a morir en dos semanas y usted no. Eso es lo que estoy haciendo y lo he pensado once días.

—Sí —dijo Eduardo.

—¿Sí qué?

—Sí, eso es lo que está haciendo.

Neva de Torna, veintidós años, se quedó mirando al extranjero de los ojos rojos, que no le había dicho ni una sola palabra amable en toda la conversación, y por primera vez desde que salió de su pueblo se le descompuso la cara.

—Entonces dígame que no y me voy mañana.

—No la voy a echar.

—Yo no quiero que me tengan lástima. Quiero que alguien me diga que sí.

Ahí Eduardo Rendón acercó el taburete a la cama, se sentó, y le dijo la cosa exacta.

—Yo llegué a este mundo a los veintinueve años —dijo—, sin nada. Sin ropa, sin lengua, sin dinero, sin saber quién era. Y un hombre que no me debía absolutamente nada me metió en un carro y me dio de comer once días.

Ella no dijo nada.

—Y llevo veinticinco años intentando devolverlo y no he podido —dijo Eduardo—. Porque eso no se devuelve al que te lo hizo. Eso se pasa hacia delante. Yo lo he aprendido tarde y me ha costado la mitad de mi vida.

Se inclinó.

—Sí.

—Diga la frase entera.

—Sí, nos quedamos con su hijo —dijo Eduardo—. Y sí, lo vamos a criar. Y sí, va a saber quién era usted, porque yo se lo voy a contar todos los años hasta que se harte.

Neva cerró los ojos.

Y dijo, sin abrirlos:

—Se llama Sen.

* * *

Esa noche Ernesto Valdas no durmió, que era una cosa que no le pasaba desde hacía años, y a las tres de la mañana Eduardo se despertó y no lo tenía al lado.

Lo encontró en el establo.

Estaba sentado en el arcón de los arreos, a oscuras, sin candil, debajo de la espada que llevaba once años colgada de dos clavos, con los codos en las rodillas.

Eduardo se sentó en el suelo, contra el arcón, entre sus pies.

Estuvieron un rato sin decir nada.

—Tengo cincuenta y nueve años —dijo Ernesto.

—Sí.

—Cuando el crío tenga veinte, yo voy a tener setenta y nueve. Si llego.

—Sí.

—Y cuando tenga treinta, no voy a estar.

—Probablemente no —dijo Eduardo.

Ernesto se pasó las dos manos por la cara.

—Eduardo, yo he pedido una cosa una vez en mi vida —dijo—, y me la han dado de la peor manera posible. Me la han traído a mi casa a lomos de una chica de veintidós años que se está muriendo en el cuarto de dentro. Y yo he estado hoy en el patio, a la hora de la comida, y he pensado *ojalá*, y en el segundo siguiente he entendido lo que acababa de pensar.

Se quedó callado.

—Yo no quiero ser un hombre que piensa eso.

Eduardo, desde el suelo, en la oscuridad, le puso una mano en el tobillo.

—Ernesto.

—Qué.

—Tú no has deseado que se muera —dijo—. Tú has deseado quedarte con el niño. Y esas dos cosas van juntas por culpa de una desgracia que no ha organizado ninguno de los dos, y tú no eres responsable de que vengan juntas.

—Suena a excusa.

—Suena a lo que es. —Eduardo apoyó la cabeza en el arcón—. Y de todas formas, si te sirve: yo lo he pensado antes que tú. Yo lo pensé el primer día, en la puerta de la cocina, antes de saber cómo se llamaba ella.

Ernesto no dijo nada durante un rato largo.

Después dijo:

—¿Tú crees que sabré?

Ésa —según Eduardo, que la contó muchas veces, y siempre con una risa corta al llegar aquí— fue la única pregunta verdaderamente tonta que Ernesto Valdas hizo en veinticinco años, y la única a la que Eduardo no le contestó, porque le pareció que no hacía falta.

* * *

Neva de Torna se murió el veintiocho de mayo, por la mañana, con la ventana abierta y con la casa entera despierta.

Los últimos cuatro días fueron malos y Anselmo los abrevió cuanto pudo, y lo escribió sin adornos:

día 18. le he dado lo que hay que darle. sé lo que estoy haciendo y lo he hecho otras veces y no me acostumbro.

día 19. ha preguntado por el niño. estaba en el patio con el capitán. se lo he dicho. se ha dormido.

ha muerto a las nueve y diez.

no vuelvo a escribir en este cuaderno.

No volvió a escribir. La entrada del veintiocho de mayo es la última de cincuenta y un años de cuadernos, y Anselmo vivió cuatro meses más, y en esos cuatro meses tuvo tiempo de sobra, y no escribió una línea.

La enterraron en el linde alto, al lado de Vidal, mirando al huerto.

Fue Bruno el que dijo dónde y nadie lo discutió, y Bruno lo dijo de una manera que en aquella casa se recordó veinte años:

—Aquí. Que ese viejo se ocupe de ella, que ha estado toda la vida ocupándose de gente que no sabía que se estaban ocupando de ella.

* * *

Y después vino el papel, que fue lo difícil.

Porque un niño de siete meses en Arvela no es de quien lo cría. Un niño de siete meses es de un registro.

El registro decía lo que decía: que a la muerte de la madre, sin padre reconocido y sin familia que lo reclamara, el crío era pupilo del concejo del lugar de origen, que era Torna, y que Torna estaba a once días, y que Torna

tenía cuarenta habitantes y ninguna razón en el mundo para hacerle un favor a nadie.

Decía otra cosa, que no estaba escrita en ninguna parte y que por eso no se podía pelear, y era que en aquel reino no se le entregaba un niño a dos hombres que vivían juntos.

Ernesto ya lo sabía. Lo había preguntado doce años antes, en Ribas, al veedor del concejo, y le habían dicho que no con mucha educación y sin ponerlo por escrito, que es la manera en que los reinos dicen las cosas que no piensan defender en voz alta.

Eduardo escribió cuatro cartas en junio.

Escribió al concejo de Torna. Escribió a Ribas. Escribió a Prisca, que llevaba la escuela grande. Y escribió, sin muchas esperanzas y más que nada por desahogarse, a la costa del norte.

La cuarta carta llegó a Vela un martes y fue contestada el mismo día.

* * *

Tomás llegó el once de julio y no venía solo: venía con un ayudante, una cartera de cuero, dos caballos de posta y un sello.

Tenía cuarenta años.

Se bajó en el patio, saludó a todo el mundo con prisa, le hizo una caricia rápida al niño que tenía Jimena en brazos y se sentó a la mesa larga con la cartera abierta antes de haberse quitado el polvo.

—A ver —dijo—. Cuéntenmelo otra vez, y cuéntenmelo por orden, y no me cuenten lo que sienten. Eso ya me lo sé.

Sacó una hoja y la puso encima de la mesa, cuadrada con el borde.

—Primero: nombre de la madre, lugar de nacimiento de la madre y nombre de sus padres si constan. Segundo: fecha exacta de la defunción y quién la certificó. Tercero: si el concejo de Torna ha abierto expediente o no lo ha abierto. Cuarto: qué figura inscrito en Fresna y con qué fecha. —Levantó la vista—. Y una cosa que no se dice nunca y que es la que decide todo esto: cuánto está dispuesta esta casa a gastarse.

Nadie contestó.

—No es una grosería, Eduardo. Es la primera pregunta del oficio. Yo llevo catorce años llenando hojas como ésta y las que se caen no se caen por falta de razón.

Estuvo once semanas.

Once semanas, entre Fresna, Ribas, Ordas, Torna y Vela, con el caballo, con el sello del consejo de caminos y con la cara de un hombre que sabe con qué escribiente hay que hablar y a qué hora.

Lo que hizo en once semanas no lo había podido hacer Ernesto Valdas en doce años, y la razón es sencilla y a Eduardo le dio de pensar el resto de su vida: Ernesto había ido a pedir un favor a un hombre honrado. Tomás fue a buscar un procedimiento.

Y lo encontró.

La casa de los maestros del granero estaba inscrita desde hacía nueve años, por una gestión que había hecho la propia Prisca, en el registro de fundaciones de enseñanza del reino. Y las fundaciones de enseñanza, por una ley de hacía ciento y pico de años que se había escrito para otra cosa completamente distinta, podían admitir *pupilos*, y mantenerlos, y responder de ellos hasta la mayoría de edad.

No decía en ninguna parte una edad mínima.

Nadie la había puesto, porque a nadie se le había ocurrido nunca que hiciera falta ponerla.

El acta se firmó en Vela el veintiséis de septiembre y una copia se archivó en el registro de Fresna, y quien esto escribe la ha tenido en las manos, y la ha leído más veces de las que está dispuesto a confesar, y dice así:

Sen, hijo de Neva de Torna, difunta, de once meses de edad, admitido en calidad de pupilo por la casa de maestros del granero de Fresna, que responde de su manutención, instrucción y persona hasta su mayoría. Firman: por la casa, Eduardo Rendón, maestro. Por el consejo de caminos, Tomás de Ribas, delineante mayor.

Hay una cosa en esa acta que es técnicamente falsa.

Quien esto escribe sabe cuál es, y la comprobó a los veintiséis años en el archivo de Vela, en una tarde muy larga, con la mano temblando, y después salió a la calle y se sentó en un escalón.

Y no la va a decir.

* * *

Ernesto no cogió al niño en brazos hasta el tercer día.

Ésa es la última cosa que hay que contar de aquel año, y la contó Jimena, que fue la que lo vio, y la contó con un rencor de quince años porque le había parecido una tontería:

Que durante dos días enteros, Ernesto Valdas, que había cargado con hombres heridos por un bosque y que dormía con un cuchillo debajo de la almohada, hizo absolutamente todo lo demás. Trajo agua, hirvió trapos, arregló un cesto para ponerlo al lado del fuego, discutió con Jimena la cuestión de la leche de cabra, se levantó dos veces por la noche y volvió a acostarse sin acercarse a un palmo.

Y el tercer día por la tarde estaban todos fuera menos él.

Jimena entró a por un cuenco, sin hacer ruido, y se paró en el zaguán.

Ernesto estaba de pie en medio de la cocina con el niño en los brazos.

Lo tenía mal. Lo tenía como se coge un fardo que puede romperse, con los dos antebrazos rígidos y los hombros subidos hasta las orejas, en una postura que un hombre no aguanta media hora.

Y le estaba diciendo algo en voz muy baja.

Jimena, que no era de las que se quedan a escuchar, se quedó a escuchar.

Lo que Ernesto Valdas le estaba diciendo a un niño de siete meses que no entendía ni una palabra, en la cocina de su casa, a los cincuenta y nueve años, era la lista.

Los treinta y cinco nombres.

En orden, uno por uno, con la edad de cada uno y de dónde era.

Jimena salió del zaguán sin el cuenco y no dijo nada a nadie hasta seis años después.

Cuando por fin se lo contó a Eduardo, en el huerto, y le dijo que le había parecido una barbaridad y que aún le seguía pareciendo, Eduardo dejó lo que estaba haciendo y se quedó mucho rato mirando la ladera.

—No es una barbaridad —dijo—. Le estaba presentando a la gente de la casa.

Capítulo 46

Ingeniería

La mañana en que se supo cómo se llamaba lo que hacía fue una mañana de septiembre en Vela, en el archivo de fundaciones, y estaban los dos de pie delante de una mesa.

Habían bajado a firmar unos papeles del canal. Llevaban cuatro horas esperando, porque en Vela se espera, y el escribiente que les tocó era un hombre joven con la manga manchada que rellenaba las casillas sin levantar la vista.

—Nombre.

—Eduardo Rendón.

—Naturaleza.

—Extranjero.

—Eso ya lo veo. —El escribiente escribió *extranjero*—. Oficio.

Y Eduardo se quedó parado.

Ernesto, que estaba a dos pasos con el sombrero en la mano y que llevaba veinticinco años oyéndolo contestar *maestro* a esa pregunta sin pensarlo, levantó la cabeza.

Porque no contestó.

Se quedó ahí, con las dos manos apoyadas en el canto de la mesa, mirando una casilla vacía de un papel de un archivo de una ciudad de otro mundo, y estuvo callado el tiempo suficiente para que el escribiente levantara por fin la vista.

—¿Oficio?

Y Eduardo Rendón dijo una palabra.

La dijo en español, en voz baja, y el escribiente no la conocía y se lo hizo repetir, y después le pidió que la deletreara, y la escribió como pudo.

En el registro de Vela, en la copia del acta de aquel septiembre, en el margen, con letra de otro, hay una palabra escrita mal:

ynxeniero.

Nadie en aquel reino supo nunca qué significaba, y quien esto escribe tardó veintiséis años en poder mirarla sin que se le hiciera un nudo.

Al salir, en la calle, Ernesto no preguntó qué había dicho.

Preguntó otra cosa.

—¿Y por qué nunca me lo has dicho a mí?

—Porque en tu lengua no existe.

—Ya. —Ernesto se puso el sombrero—. Pues dímela igual.

Eduardo se la dijo, en mitad de una calle de Vela, y Ernesto Valdas la repitió dos veces, mal, con el caso donde no va, y no la volvió a decir en su vida y no se le olvidó nunca.

* * *

En la lengua de Arvela no existía la palabra.

Existía *el que hace molinos*, existía *el que sabe de aguas*, existía *maestro de obras*, y existía una expresión muy antigua, *hombre de trazas*, que se usaba con un punto de burla para el que dibujaba cosas en vez de hacerlas.

De manera que durante veinticinco años, cuando alguien le preguntaba a Eduardo Rendón qué era lo que hacía, Eduardo contestaba que era maestro, y punto, y la gente se quedaba tranquila.

Sólo hubo una vez, la de la mesa del archivo, en que dijo otra cosa.

* * *

Ahora hay que hacer la cuenta, porque conviene hacerla y porque nadie la ha hecho.

De todo lo que Eduardo Rendón trajo consigo —lo que llevaba en la cabeza aquella noche de noviembre en que se apoyó en una pared de la colonia Del Valle y apareció en un camino de tierra de un mundo que no figura en ningún mapa del suyo—, esto es lo que llegó a existir en Arvela mientras él vivió:

La acequia de contorno con pendiente medida, que salió de Fresna y que en cuarenta años se copió en once valles.

La noria de sangre con eje de hierro, que Bruno mejoró tanto que dejó de ser de Eduardo.

El agua hervida para las paridas, que costó nueve años de discusión con seis parteras, que ganó una de ellas por su cuenta después de perder a dos mujeres seguidas, y que en Ribas bajó la muerte de sobreparto de una manera que Anselmo midió y anotó y que nadie se creyó hasta veinte años más tarde.

La letrina a treinta pasos del pozo y nunca cuesta arriba.

La carretilla de una rueda, que es la cosa más tonta de esta lista y la que más vidas hizo largas, porque una carretilla es la diferencia entre que un hombre de cincuenta años pueda seguir trabajando y que no.

Las tres cuentas: la de tres, la del área y la del peso repartido.

El plano a escala, con una escala escrita en el propio plano, que Tomás llevó al consejo de caminos y que se volvió obligatorio en el reino cuarenta y un años después, ya muertos los dos.

La rotación con leguminosa, que se conocía a medias y que él ordenó y explicó.

Las escuelas. Que no son suyas, y que hay que decirlo así: las escuelas eran de Isaura, que las pensó, y de Prisca, que las llevó, y de cuarenta y una personas que salieron de un granero.

Y ya está.

Ésa es la lista entera, y son nueve cosas, y son nueve cosas para toda una vida.

* * *

Lo que no salió es mucho más largo, y esto es lo que hay que contar, porque es lo que él quería que se contara.

Existió un cuaderno.

Lo empezó en el segundo invierno, en la casa grande, con treinta años y con una tablilla raspada, y lo pasó tres veces a papel a lo largo de su vida, y la última copia —la de su letra vieja, temblona, con las páginas cosidas por Bruno— es una de las cuatro cosas que quedaron.

En la primera página, en español, pone: *COSAS QUE ME ACUERDO.*

Tiene cuatrocientas doce entradas.

Están escritas a lo largo de treinta años, sin orden, según se le iban ocurriendo, y son títulos y descripciones y de vez en cuando un dibujo. Dice cosas

como *tren*, y debajo pone tres líneas. Dice *imprenta*. Dice *pararrayos*. Dice *jabón*, y esa entrada tiene ocho páginas y está tachada entera y vuelta a escribir dos veces. Dice *vidrio transparente para ver cosas chicas*. Dice *anestesia* y debajo, en una letra distinta, de un año distinto, pone: *no sé qué es. sé que existe. sé que se lo debo a Anselmo y no puedo dárselo.*

De las cuatrocientas doce, Eduardo Rendón consiguió hacer diecinueve.

Nueve de esas diecinueve son las de la lista de arriba. Las otras diez fueron cosas chicas de la casa: un fuelle, un tipo de bisagra, una manera de guardar la fruta.

Y de las trescientas noventa y tres restantes, no hizo ninguna.

No fue por falta de tiempo, ni porque le faltara ayuda, ni hierro, ni dinero, ni permiso.

Por una razón sola, y la escribió él en la contraportada del cuaderno a los sesenta y un años, con una letra ya mala, y es la frase que quien esto escribe considera el centro exacto de la vida de aquel hombre:

Yo sabía que esas cosas existían. Nunca supe cómo eran por dentro.

* * *

El niño preguntó lo del tren a los ocho años.

Lo preguntó una noche de febrero, en la cocina, con la cara pegada al cuaderno, porque el dibujo del tren era uno de los dibujos buenos y llevaba dos años mirándolo.

—¿Y por qué no lo haces?

—Porque no sé.

—Pero está dibujado.

—Está dibujado por fuera —dijo Eduardo—. Trae el cuaderno.

Lo sentó en la mesa y le hizo, a un niño de ocho años, la única lección que a lo mejor le dio de verdad en toda su vida.

—Mira. Yo he ido en tren cientos de veces. Sé cómo suena, sé cómo huele, sé cómo se mueve cuando arranca. Sé que va sobre dos hierros y que empuja el vapor.

—Pues entonces...

—Espera. —Eduardo puso el dedo en el dibujo—. ¿A qué presión? ¿Con qué acero? ¿Cómo se hace ese acero? ¿Qué es una caldera por dentro? ¿Qué pasa cuando la caldera revienta, y por qué revienta, y qué se le pone para

que no reviente? ¿Cómo se funde un raíl de cuarenta pies sin que se tuerza al enfriarse?

El niño se quedó callado.

—Yo no sé ninguna de esas cosas —dijo Eduardo—. Y en mi tierra tampoco las sabía casi nadie. Yo vivía rodeado de máquinas que no entendía y las usaba todos los días y me creía muy listo.

Cerró el cuaderno.

—Sen. Yo puedo hacer una acequia porque entiendo por qué corre el agua. Entiendo *por qué*. Y por eso la acequia existe y el tren no.

Después dijo la cosa que el niño no entendió aquella noche y que entendió veintitrés años más tarde, de golpe, en una tarde de invierno, leyendo un expediente de la Orden en el archivo de Vela:

—Y eso, exactamente eso, es lo único que me ha pasado en la vida. Con todo. También con lo otro.

* * *

Porque *lo otro* seguía ahí.

Hay que decirlo, porque se ha hablado poco de la Anuencia en estas últimas páginas y no es porque se hubiera apagado.

No se apagó nunca. Estuvo con él hasta el último día, y a los sesenta años Eduardo Rendón podía haber hecho, si se lo hubiera propuesto, cualquiera de las cosas terribles que hizo a los cuarenta.

Lo que pasó fue más sencillo y más difícil de explicar: dejó de haber ocasiones.

En los cincuenta años que vivió en Arvela hay constancia de que la usó en quince ocasiones.

Las trece están anotadas, porque las anotó él, en la última hoja del cuaderno, en una columna que empezó a los cincuenta y cuatro años —rellenando hacia atrás lo que se acordaba— por una razón que dejó escrita arriba: *para saber si me estoy mintiendo.*

Trece de las quince son de esta clase:

Año 16. Fuego en el establo de los Cardo. Apagado. Cuatro segundos.

Año 21. Crío en el pozo de la aldea. Subido. Dos segundos.

Año 23. Se cayó el techo del molino con dos dentro. Sostenido hasta que salieron.

Año 30. Riada. Desviada cien pasos. Se perdió la huerta de abajo igual.

Año 33. La yegua no podía parir. No sirvió de nada. Se murieron las dos.

Ésa última tiene, debajo, en la misma tinta:

Esto es lo que hay que entender de una vez. Yo no soy un médico. Yo puedo mover una cosa de donde está a donde quiero que esté. Un potro atravesado no es una cosa que esté en un sitio. Es una cosa que está pasando. Y a lo que está pasando yo no le llego.

Las dos últimas no están en la columna. Están en una hoja aparte, doblada en cuatro, escrita por las dos caras y metida entre las tapas del cuaderno.

De una de las dos hablaré al final de este libro.

De la otra no, y el que llegue hasta el final va a entender por qué.

* * *

El niño se crió como se crían los niños en las casas donde entra mucha gente.

Es decir: mal vigilado y muy acompañado.

Aprendió a leer a los cuatro años sin que nadie se propusiera enseñarle, por el procedimiento de estar sentado en el suelo del granero mientras cuatro adultos aprendían a explicar a otros. Aprendió a contar con Bruno y con una balanza. Aprendió a mentir con Jimena y a que se le notara. Se cayó de todos los sitios de los que hay que caerse.

A los seis años empezó a ir a la escuela de Fresna como todo el mundo, porque Eduardo se negó en redondo a dárselas él.

—Yo no le voy a dar clase a mi hijo —dijo, y lo dijo en el desayuno, y hubo bronca, y la bronca la ganó él con un argumento que Prisca repitió toda su vida—: Si le doy yo clase, el día que no entienda una cosa no va a levantar la mano.

Ernesto lo llevaba a la escuela andando, legua y cuarto, ida y vuelta, todos los días, hasta que el niño tuvo nueve años y una mula.

En esos tres años hicieron, según la cuenta que hizo el propio Ernesto y que le encantaba decir en voz alta delante de gente, mil ochocientas veintiséis leguas.

De qué hablaban en esas mil ochocientas leguas no hay ningún documento y no lo sabe nadie más que uno.

* * *

Y ahora la tarde del granero.

Fue el verano en que el niño tenía nueve años, en agosto, con la casa vacía porque estaban todos en la era.

Sen estaba buscando una cuerda.

Ésa es la parte de la que quien esto escribe está seguro y la ha comprobado con dos personas, porque hay una tendencia natural a inventarse solemnidad para las cosas grandes, y la verdad es que estaba buscando una cuerda para atar un perro que no era suyo.

Se subió al arcón grande del fondo del granero, el que tenía encima los cestos, y para llegar a la cuerda tuvo que abrir el arcón y meter la mano, y la mano no encontró cuerda.

Encontró tela.

La tela no era como ninguna de las telas de aquel mundo.

Sacó unos pantalones azules muy gastados, con costuras dobles de hilo naranja y unos remaches de metal que no eran de ningún herrero conocido. Sacó una camiseta gris con letras. Sacó una chamarra. Sacó dos zapatos blandísimos, absurdos, con la suela de una goma que no se parecía a nada, y dentro de uno de los zapatos había un objeto negro, plano, liso, frío, del tamaño de una mano, que no era piedra y no era metal y que no servía absolutamente para nada.

El niño se sentó en el suelo del granero con aquello en las rodillas.

Estuvo así un rato largo.

Sabía perfectamente de quién era. No hacía falta ser muy listo: en aquella casa había un hombre que tenía los ojos rojos y que decía *en mi tierra* y al que todo el mundo llamaba el extranjero cuando creía que el niño no escuchaba.

Lo que no sabía era qué significaba *de otro mundo*, porque a los nueve años eso no significa nada, y porque nadie se lo había contado nunca de frente.

Ahí lo encontró Eduardo.

Entró a por lo mismo que el niño, vio la tapa del arcón levantada, vio a su hijo en el suelo con unos vaqueros en las rodillas y un teléfono muerto en la mano, y se paró en la puerta.

Tenía sesenta y tres años. Llevaba treinta y cuatro años sin ver aquella ropa a la luz.

Lo que hizo, según lo contó él mismo muchas veces y siempre igual, fue no decir nada, cerrar la puerta del granero para que no entrara nadie, cruzar el granero, y sentarse en el suelo al lado de su hijo.

—Eso es mío —dijo.

—Ya lo sé.

—¿Quieres saber?

El niño asintió.

Y Eduardo Rendón se lo contó todo.

Empezó por lo más difícil de creer, que es como hay que empezar, y le dijo que él no era de allí, y que no era de ningún sitio del mapa que le habían enseñado en la escuela de Fresna, y que no había manera de llegar a su tierra andando ni en barco ni en veinte años de camino.

Le contó la ciudad. Veintidós millones de personas, dijo, y tuvo que parar y explicarle a un niño de nueve años qué son veintidós millones usando la gente de Fresna, y Fresna eran ochenta, y la cuenta les llevó media hora y acabaron con la era llena de piedrecitas.

Le contó a su madre y a su padre y a su hermana, y que llevaban treinta y cuatro años pensando que estaba muerto o que se había ido, y ésa fue la única parte en la que se le rompió la voz.

Le contó qué era el objeto negro. Le dijo que dentro había caras, y voces, y la letra de todas las canciones, y que se había apagado a los seis días, y que él lo había apretado durante meses todas las noches por si acaso.

Le contó la pared, y la noche de noviembre, y el camino de tierra.

Le contó a un hombre con una lanza que no se la clavó.

Estuvieron ahí, en el suelo del granero, desde las cuatro de la tarde hasta que se hizo de noche y alguien empezó a gritar desde el patio preguntando si alguien había visto al crío.

Al final, el niño hizo una sola pregunta.

No preguntó por la magia, ni por la ciudad, ni por las máquinas.

Preguntó:

—¿Y te quieres ir?

Eduardo miró la puerta del granero, por donde se veía el patio, y la mesa larga, y a un hombre de sesenta y ocho años con la rodilla mala echando a los perros de la cocina.

—Me quise ir once años —dijo—. Todos los días. Y después dejé de querer, y no me di cuenta el día que dejé.

Le quitó el teléfono de las manos con mucho cuidado y lo volvió a meter en el zapato.

—Guárdalo tú —dijo—. Y no lo pierdas, porque es la única prueba que hay, y algún día alguien va a querer saber si esto que te acabo de contar era verdad.

Capítulo 47

Por inactividad del sujeto

El viajero llegó un miércoles de junio, con veintitrés años, dos mulas y una carta de presentación que no le había pedido nadie.

Venía de la provincia del sur, de más allá de Ordas, de once jornadas.

Llegó al patio de la casa de la ladera, y en el patio había un viejo con un sombrero de paja arrodillado entre unas matas, arrancando hierba.

—Buenos días, abuelo.

—Buenos días.

—Busco al hombre de los ojos rojos.

El viejo siguió arrancando hierba.

—¿Para qué? —dijo.

—Para hablar con él.

—Todos vienen a hablar con él. —El viejo tiró un puñado de hierba a un cesto—. Siéntese en ese banco, que hace sombra, que ahora le sacan agua.

El viajero se sentó en el banco de roble, y le sacaron agua, y estuvo tres cuartos de hora esperando y mirando la casa y poniéndose nervioso, y el viejo del sombrero siguió arrancando hierba a doce pasos de él sin decir nada más.

A la hora, salió un hombre de la casa —un hombre de setenta y dos años, alto, con la rodilla mala— y el viajero se levantó de un salto.

—¿Es usted?

—No —dijo Ernesto Valdas.

Señaló con la barbilla al viejo del huerto.

* * *

De esa escena hay dos versiones y las dos están escritas.

La primera la contaba Ernesto, y en la versión de Ernesto lo importante era la cara del muchacho, y la contaba mal aposta, alargándola, para que Eduardo se enfadara.

La segunda la escribió el propio viajero cuarenta años más tarde, cuando era un hombre importante en la provincia del sur y le dio por escribir memorias, y su versión es más interesante porque es honesta:

Yo había hecho once jornadas para conocer a un hechicero, y me encontré a un jubilado con un sombrero de paja que me preguntó para qué lo quería y me dio agua. Confieso que me sentí estafado, y que aquella noche, en el granero, pensé en volverme.

He tardado cuarenta años en entender que aquello fue la lección entera y que me la dio en el primer minuto, y que todo lo que aprendí después en aquella casa fue notas al pie.

* * *

Hay que hablar de lo que se contaba, porque para entonces ya se contaba mucho y casi nada de ello es verdad.

En la provincia del sur, en aquellos años, el hombre de los ojos rojos era una cosa de tres clases distintas según quién lo contara.

Para los viejos era un demonio del norte que se había comido una montaña. Ese lo tenían bien: la montaña se la había comido de verdad, delante de sesenta testigos, y es la única parte de la leyenda que resistió cualquier comprobación.

Para los concejos era un asunto cerrado. Existe, en el archivo de Vela, un expediente de la Orden del Umbral de trescientas once hojas, abierto un año antes de que él llegara a este mundo y cerrado veintiséis años después de su primera aparición, y la última hoja es una nota administrativa de cuatro líneas que quien esto escribe considera la mejor broma involuntaria de la historia del reino:

Sujeto localizado en Fresna, jurisdicción de Ribas. Reside. No consta actividad. Se archiva por inactividad del sujeto.

La firma un hombre llamado Aldo de Vela, archivero mayor de la Orden del Umbral, y no es una broma, y quien esto escribe tardó veinte años en dejar de leerla como si lo fuera.

* * *

Aldo subió a Fresna una vez, en el año veintiséis, con cuarenta y cuatro años, y no venía a mirar nada.

Traía dos hojas y una pluma y dijo en el patio, sin sentarse, que necesitaba una firma para cerrar un expediente.

Eduardo lo hizo entrar.

Comieron. Aldo comió poco y hablaba como escribía, es decir, sin adjetivos y sin ponerse nunca delante de la frase, y contestó a todo lo que le preguntaron sobre Vela con una precisión que a Ernesto le pareció simpática hasta que entendió que aquel hombre llevaba veintidós años anotándolos.

Después salieron los dos al banco.

—¿Por qué ha subido usted? —dijo Eduardo—. Esto lo manda un concejo con un correo.

—Sí.

—¿Entonces?

Aldo miró el valle un rato.

—Yo soy la única persona viva que ha leído las trescientas once hojas —dijo—. Las escribí casi todas. Y me pareció mal cerrarlo sin haber visto al sujeto una vez sin la caja.

—Al sujeto.

—Es la palabra del expediente. No tengo otra.

Eduardo se rió, cansado.

—Aldo, ¿usted qué opina de mí?

—Nada.

—¿Cómo que nada?

—Que no tengo opinión. —Aldo se giró para mirarlo, y no había ni desafío ni disculpa en aquella cara, y ésa era exactamente la cuestión—. En trescientas once hojas no hay una sola opinión mía. Ni una. Yo he apuntado lo que se podía comprobar y he dejado fuera lo demás, y hay años en los que eso me ha costado el sueldo.

—¿Y le parece que eso está bien?

—Me parece que es lo único que sé hacer.

Se quedaron callados.

Entonces Aldo de Vela dijo la cosa por la que Eduardo Rendón lo recordó el resto de su vida y por la que le mandó, cada año hasta que se murió, un cesto en octubre.

—Le voy a decir para qué ha servido, ya que me lo pregunta —dijo—. En estos veintidós años ha habido cuatro momentos en que alguien quiso ir a por usted. Cuatro. En dos de ellos había hombres armados. Y las cuatro veces, alguien de una sala pidió el expediente.

Se levantó y se sacudió el pantalón.

—Y en el expediente no hay un demonio, ni hay un santo. Hay un hombre que vino de fuera, que hizo una barbaridad y lo dijo, y que lleva veintidós años dando clase. Eso lo escribí yo, y lo escribí sin adornarlo, y por eso se pudo enseñar. —Recogió las dos hojas—. Su prior le dijo hace muchos años que estas cosas se paran con un papel. Yo he sido el papel.

Bajó a Fresna antes de que se hiciera de noche, y no volvió nunca, y murió a los setenta y seis años en una casa de Vela llena de cajas de madera.

* * *

Y para la gente joven era una canción.

Había una canción. La cantaban en las ferias de tres provincias, tenía nueve estrofas y era espantosa: rimaba *fuego* con *ciego*, ponía a Eduardo Rendón partiendo un ejército por la mitad —cosa que nunca hizo— y le daba a Ernesto Valdas una muerte heroica y prematura en una batalla que no existió.

Ernesto la oyó una vez, en Ribas, en una feria, con sesenta y siete años, sentado en un poyo con un vaso de vino.

Escuchó las nueve estrofas enteras.

Al final se levantó, le dio dos monedas al que cantaba y le dijo la única cosa que se le ocurrió:

—Está muy bien. Se le ha olvidado poner que el capitán no sabía leer hasta los treinta y cinco.

* * *

Al viajero del sur le pasó lo que les pasaba a casi todos, y hay que contarlo porque es el resumen de treinta años de aquella casa.

Le dijo a Eduardo, aquella misma tarde, en el banco, lo que había ido a decirle: que quería aprender.

—¿Aprender qué?

—Lo suyo.

—Lo mío no se aprende —dijo Eduardo—. Y no se lo digo por modestia ni por guardármelo. Se lo digo porque es literalmente cierto: yo no sé qué es, no sé de dónde viene, no sé por qué me pasó a mí, y llevo treinta y ocho años esperando a entenderlo y no lo he entendido. Si yo pudiera enseñárselo a alguien, se lo habría enseñado a la persona que más falta le hacía y que se murió sin ello hace veinticuatro años.

El muchacho se quedó callado.

—Ahora —dijo Eduardo—, si quiere aprender lo otro, ahí sí.

—¿Lo otro qué es?

—Ponerse delante de treinta personas y conseguir que entiendan una cosa que no entendían por la mañana.

—Eso no es magia.

—No —dijo Eduardo Rendón—. Eso es más difícil.

El viajero del sur se quedó tres años y medio.

Fue el número cincuenta y uno de los que pasaron por el granero, y volvió a su provincia a los veintisiete años, y abrió una escuela en un pueblo que no había tenido nunca ninguna, y esa escuela existía todavía cuando él escribió sus memorias con sesenta y tres años, y existió cuarenta años más.

* * *

El granero cerró cuatro años después, cuando Eduardo cumplió setenta y uno.

No cerró por ninguna razón dramática. Cerró porque ya no hacía falta: para entonces había casa de maestros en Vela, y otra en Ordas, y las dos eran mejores que un granero de Fresna, y las dos las llevaba gente que había aprendido allí.

Los últimos fueron dos: una mujer de treinta y un años que ya daba clase y que quería dejar de hacerlo mal, y un chico de dieciocho que no valía.

Lo del chico hay que contarlo, porque es la única vez documentada en que Eduardo Rendón echó a alguien.

Se llamaba Renco, llevaba siete meses en el granero y era listo. Ése era el problema y tardaron los dos en verlo. Aprendía todo a la primera, se sabía las

cuatro maneras de explicar una cosa, las recitaba, y cuando se ponía delante de la gente contestaba antes de que terminaran la pregunta.

Eduardo lo miró trabajar tres tardes seguidas en la escuela de Fresna.

A la cuarta lo llamó al patio.

—Renco. La niña de la primera fila. La de la trenza.

—Sana.

—Ayer te preguntó por qué el hielo flota.

—Sí.

—¿Y qué le contestaste?

—Que el hielo pesa menos que el agua.

—¿Y ella qué dijo?

Renco se quedó pensando.

—No dijo nada.

—No —dijo Eduardo—. Puso una cara.

Silencio.

—¿Tú sabes por qué el hielo pesa menos que el agua?

—Porque flota.

—Ya. —Eduardo se sentó en el poyo—. Y eso es lo que le has dicho, y ella ha entendido perfectamente que le acabas de contestar con la pregunta, y ha decidido que no lo iba a decir en voz alta porque tú eres el maestro y ella tiene nueve años.

—Es que yo no sé por qué el hielo...

—Ya lo sé. Yo tampoco lo sé del todo, y llevo cuarenta años. —Eduardo levantó la cara—. Lo que hay que decirle a esa niña es *no lo sé*. Y después: *vamos a mirarlo*.

—Eso queda fatal.

Ahí estuvo la cosa, y a Eduardo se le quedó grabada la frase el resto de su vida, porque el chico no lo dijo con vergüenza. Lo dijo como quien señala un defecto del método.

Estuvieron otros dos meses. No sirvió.

La carta se la escribió en septiembre, y aquel chico la guardó toda su vida, y sólo se conserva la primera línea porque la citó su nieto:

Usted no vale para esto y se lo digo yo, que llevo cuarenta años equivocándome con la gente sólo en una dirección.

Renco acabó de escribiente del concejo de Ordas y le fue muy bien y no volvió nunca.

En veinticuatro años pasaron por allí cincuenta y tres personas, y cincuenta y dos salieron por su propio pie.

La tabla con las cuatro reglas de la espada se había descolgado el año anterior. Ernesto dio su última clase a los setenta y cinco, con seis chicos de Fresna, sentado, con la rodilla estirada, corrigiendo con un bastón porque ya no podía estar de pie una hora.

La primera lección se dio esa vez también.

Los treinta y cinco nombres, en orden, con la edad y el pueblo de cada uno.

Los seis chicos tenían entre once y quince años y ninguno de ellos había nacido cuando terminó aquella guerra.

* * *

Jimena se murió en enero, de repente, con setenta y nueve años, entre la casa y el corral, con un cubo en la mano.

La encontró una de las chicas que la ayudaba con las cabras.

Aquella mañana, a las siete y veinte, en la granja de Fresna, Bruno llamó a la puerta.

Fue la única vez en veintiséis años.

Eduardo estaba haciendo el desayuno y estaba cantando, y oyó tres golpes en su propia puerta, y dejó de cantar, y se quedó parado con las manos en la masa, y se le fue toda la sangre de la cara antes de que nadie hubiera dicho nada.

Ernesto salió del cuarto abrochándose la camisa.

Se miraron.

Ernesto Valdas cruzó la cocina, y abrió su puerta a las siete y veinte de la mañana de un martes de enero, y Bruno estaba fuera, en el frío, con la gorra en la mano.

* * *

Bruno duró cuatro años más y fueron unos años raros.

Cerró la fragua a los ochenta y cinco —que no es una errata: Bruno fue, con mucha diferencia, el hombre más viejo que ninguno de ellos conoció— y

no se lo dijo a nadie: sencillamente un día dejó de encenderla, y a la semana Eduardo se dio cuenta de que llevaba siete días sin oír el yunque y se le puso una cosa en el pecho que no se le quitó en meses.

Se mudó a la granja, al cuarto de más, el que Ernesto había hecho sin explicar para qué y que llevaba quince años siendo el cuarto de Sen.

Sen tenía entonces quince años y estaba fuera, en Vela, aprendiendo el oficio con Tomás.

Hay que decir cómo se hizo esa mudanza, porque en esa casa no se pedían las cosas de frente casi nunca y aquella vez sí.

Ernesto bajó a la casa de Bruno un domingo, y se sentó, y le dijo:

—Vente.

—Yo estoy bien aquí.

—Ya lo sé. Vente igual.

—Ernesto, yo no soy un viejo al que hay que...

—Bruno. —Ernesto se echó para delante—. Yo tengo setenta y cuatro años y tú tienes ochenta y cinco, y de los cuarenta y uno que salimos de la Marca quedamos dos. Dos. —Se quedó mirándolo—. Y yo no quiero enterarme por un vecino.

Bruno miró la mesa.

—Es que voy a dar mucha lata.

—Sí.

—Muchísima.

—Ya lo sé —dijo Ernesto—. Llevas sesenta años dándola.

Se mudó el jueves.

Estuvo cuatro años en aquella casa, entrando en las habitaciones sin llamar, discutiendo con los objetos, arreglando cosas que no estaban rotas y contando las mismas nueve historias con las cifras cada vez más altas.

Quien esto escribe estaba en Vela y llegó tarde, como llegó tarde a casi todo. Lo que sigue se lo contaron los dos por separado y sin ponerse de acuerdo, y coincide entero.

* * *

Se acostó el veintiséis de febrero por una cosa del pecho y ya no se levantó, y lo primero que se le fue no fueron las piernas.

Fue que dejó de hablar.

Eso hay que entenderlo en su tamaño. En aquella casa se desayunaba desde hacía treinta años con el ruido de fondo de un hombre que no se callaba nunca: que si la fragua de Ordas cobraba una barbaridad, que si el yunque pesaba lo que pesan tres hombres, que si una vez se cayó uno de una banqueta de la risa en Peña Rota. Se cronometraba. Cel le puso una vez el pulso mientras contaba una historia y le dijo que hablaba más deprisa que su propio corazón, y a él le gustó tanto que lo repitió durante seis años.

La primera mañana de marzo, Eduardo entró con el caldo y Bruno lo miró y no dijo nada.

Ni una queja sobre el caldo. Nada.

Eduardo salió al patio y se tuvo que apoyar en la pared.

* * *

Lo del cuaderno se le ocurrió a los dos días y no tiene ningún mérito, porque era una idea robada: Bruno le había subido cosas rotas a él en el invierno malo, treinta y tres años antes, y ahora hacía falta otra versión y ya no valía una bisagra, porque a Bruno se le habían acabado las manos.

Así que subió el libro de cuentas de la granja.

Se sentó al lado de la cama y se puso a leer en voz alta, renglón por renglón, del año en curso hacia atrás, como quien lee una novela.

—Marzo, tres. Dos cargas de leña a Fresna, cuatro monedas y media.

Silencio.

—Febrero, veintisiete. Herrar dos, del molino, tres monedas.

—Cuatro.

Eduardo levantó la vista.

Bruno tenía los ojos cerrados.

—Cuatro monedas —dijo—. Herrar dos es cuatro. Lleva siendo cuatro desde que se murió el rey viejo.

Eduardo miró el renglón. Ponía tres.

—Pues aquí pone tres.

—Pues está mal.

Y así estuvieron once días.

Once días de un hombre de setenta y tres años leyendo columnas de números en voz alta y de un hombre de ochenta y nueve corrigiéndolas de

memoria con los ojos cerrados, y Bruno acertó en todas menos en dos, y las dos que falló las falló a su favor.

* * *

Ernesto entraba tres veces al día y no leía nada, porque leer en voz alta no era lo suyo y porque aquello ya lo estaba haciendo otro.

Lo que hacía era sentarse.

Lo hizo mal los once días. Se sentaba en la silla con la espalda recta, con las manos en las rodillas, como si estuviera de guardia, y a los cinco minutos se levantaba a arreglar algo del cuarto que no necesitaba arreglo: la ventana, la manta, la jarra.

El día nueve, Bruno abrió un ojo.

—Siéntate, hombre.

—Estoy sentado.

—Estás de guardia.

Ernesto se quedó quieto.

—Llevas cuarenta años sentándote así en los cuartos de la gente que se muere —dijo Bruno—. Y a mí me pone nervioso. Siéntate de verdad.

Ernesto Valdas se echó para atrás en la silla y estiró la pierna mala, que era una cosa que no hacía delante de nadie, y se quedó así.

—Ya está —dijo Bruno.

—¿Contento?

—No.

* * *

El día once por la mañana, Eduardo iba por el año anterior y Bruno llevaba un rato sin corregirle nada.

Siguió leyendo igual. Ésa es la parte que él contaba siempre, y la contaba encogiéndose de hombros: que siguió leyendo columnas de números en voz alta durante una hora larga sin que nadie lo corrigiera, porque parar habría sido decir algo, y él no quería decirlo todavía.

A media mañana entró Ernesto.

Y Bruno, sin abrir los ojos, hizo la última pregunta.

—Capitán.

—Dime.

—¿Cuántos quedamos?

Ernesto miró al hombre de la cama, y después el suelo, y después otra vez al hombre de la cama.

—Dos —dijo.

Bruno soltó por la nariz aquel ruido suyo, corto, de piedra contra piedra, que era lo más cerca que había estado nunca de reírse en voz baja.

—Uno —dijo.

* * *

Duró hasta la tarde y no volvió a hablar más que una vez.

Fue cerca del final, con Eduardo dándole agua con una cuchara, y no venía a cuento de nada.

—Era una manta muy buena —dijo.

Eduardo se quedó con la cuchara en el aire.

—Ya lo sé.

—La mejor que he tenido. Lana de la costa. Me costó cuatro meses de trabajo.

—Bruno...

—Y se la di a un idiota que llevaba unos zapatos de colores —dijo Bruno— y que no la agarró bien y se le cayó al suelo, y la tuve que recoger yo, en el barro, a las tres de la mañana, y ponérsela otra vez encima.

Se quedó callado un momento.

—Y no me ha ido mal.

* * *

Se murió a las seis de la tarde, en su cama, a los ochenta y nueve años, en la casa de la ladera, y en el cuarto había dos hombres y ninguno de los dos estaba de guardia.

Lo enterraron en el linde alto, con Vidal, con Neva y con Anselmo.

Y quedó uno.

* * *

De los cuarenta y uno que salieron de Arvela quedaba Ernesto Valdas, setenta y ocho años, en una silla, en un patio.

Estuvo casi un año sin hablar de eso.

Una noche de febrero, con Sen en casa por el invierno —veinte años, aprendiz de delineante del consejo de caminos, con la letra igual que la de Tomás porque había aprendido con él—, Ernesto le contó lo de Sarn.

No se lo había contado nunca a nadie.

Llevaba cuarenta años sin decir esa palabra en voz alta y en la casa se sabía que no se decía, y Eduardo, que estaba en la mesa con ellos, se levantó a la primera frase, cogió un candil y se fue al establo, y estuvo fuera hora y media, porque entendió en el primer segundo que aquello no era para él.

Lo que Ernesto le contó a su hijo aquella noche no está escrito en ninguna parte, y ésta es la única cosa de este libro que quien esto escribe sabe de primera mano y ha decidido no poner.

Diré tres cosas nada más.

Que duró dos horas y catorce minutos, porque miré la vela.

Que hubo un momento, hacia la mitad, en que aquel hombre —que había recitado treinta y cinco nombres delante de niños durante veintidós años sin que se le moviera un músculo— tuvo que parar, y se agarró a la mesa, y estuvo un minuto entero sin poder seguir, y no me dejó que lo tocara.

Y que al final, cuando ya estaba, cuando ya lo había dicho todo, se limpió la cara con la manga y dijo:

—No te lo he contado para que lo sepas. Te lo he contado para que sepas lo que costó lo que tienes.

* * *

Y aquí, ya que se me ha escapado, más vale seguir.

Me llamo Sen, hijo de Neva de Torna, y estoy escribiendo esto en la cocina de la casa de la ladera, en Fresna, en el mes de octubre, con setenta y un años,

en el último cuaderno de una pila de dieciocho que me dejó una mujer a la que no conocí y que se llamaba Isaura.

Llevo cuatro años con esto.

Empecé por un motivo bastante ruin, que era que me estaba muriendo de una cosa lenta y quería tener algo que hacer, y he seguido por otro que descubrí a la mitad, y es que se estaba acabando la gente que se acordaba.

He ido a Vela tres veces y a Ordas dos. He leído las trescientas once hojas del expediente de la Orden y las actas del concejo de Ribas desde el año en que él llegó. He leído los dieciocho cuadernos de Isaura, que son ilegibles al final, y los cincuenta y un años de cuadernos de Anselmo, que son legibles siempre. Tengo la libreta de la ladera de Vidal, cuatro estaciones por año durante dos años. Tengo el registro de Fresna, que no sirve de nada. Tengo el cuaderno de las cosas que se acordaba.

Tengo lo que me contaron, que es la mitad de este libro y la parte peor documentada y la única que a mí me importa.

He escrito casi todo en tercera persona, y no ha sido por elegancia. Ha sido porque durante cuatro años he necesitado un palmo de distancia para poder escribir lo que sigue, y ahora ya no lo tengo, y voy a tener que escribirlo de todas formas.

Quedan tres capítulos.

Uno es el último invierno de mi padre Ernesto Valdas.

Otro es una puerta.

Y el otro es un cajón.

Capítulo 48

El último invierno de Ernesto

Mi padre Ernesto Valdas se levantó todos los días de su vida a las cinco menos cuarto.

Empezó a los diecisiete años, en la Marca, porque le pegaban si no lo hacía, y a los veintitantos ya no hacía falta que le pegara nadie, y a los cuarenta y ocho, cuando compraron la tierra de Fresna, dejó de tener ningún motivo y siguió igual.

Yo me crié oyéndolo. Es el primer ruido de mi vida: una cama, unas botas, una puerta, y después nada durante una hora, porque no encendía el fuego hasta las seis para no despertar a nadie.

El veintiuno de octubre del año en que cumplió ochenta y tres, no se levantó.

Se despertó a la hora de siempre —eso lo sé porque me lo contó él, no mi padre Eduardo— y se quedó quieto en la cama, con los ojos abiertos, haciendo cuentas sobre lo que le costaría llegar hasta las botas.

Decidió que no.

Volvió a decidir que no al día siguiente, y al otro, y ya no volvió a levantarse a las cinco menos cuarto ninguna otra mañana.

Cuando llegué a casa en noviembre, lo primero que noté al entrar, antes de verlo a él, fue que la cocina estaba encendida antes de que él se levantara.

Me tuve que sentar en el poyo del patio un rato.

* * *

Lo que tenía era el corazón, y era viejo, y no había nada que hacer.

Lo dijo Cel, que era la médica de Fresna y que había aprendido con Anselmo a los quince años y que llevaba treinta ejerciendo. Lo dijo bien, que es como se dice mal: sin rodeos, con las manos en las rodillas, sentada en una silla, a los tres.

—Se cansa el corazón. Se cansa despacio y no se arregla. Yo puedo hacer que respire mejor y puedo hacer que no le duela, y no puedo hacer nada más.

—¿Cuánto? —dijo mi padre Eduardo.

—Un invierno. Puede que dos.

Fue uno.

* * *

Ahora tengo que contar la parte difícil, y no es la que se imagina cualquiera.

La parte difícil no fue que se muriera. La parte difícil fueron los cuatro meses de antes, y fueron difíciles porque Ernesto Valdas no sabía dejarse cuidar y porque a los ochenta y tres años ya no se aprende.

Aquel hombre había cargado con gente toda su vida.

Había cargado con un extranjero medio muerto en un carro. Había cargado con Bruno, con Tomás, con un pueblo, con un concejo, con treinta y cinco muertos que se sabía de memoria. Había pasado sesenta y seis años siendo, en cualquier habitación en la que entrara, el que se ocupa.

En noviembre no podía subir solo los tres escalones del zaguán.

Los primeros dos meses fueron una guerra doméstica de una crueldad tremenda y sin una sola voz alta.

Se levantaba a hacer cosas que no podía hacer. Se caía. Se enfadaba. Se disculpaba, que era peor. Un día lo encontramos en el establo, a las once de la noche, con un candil, intentando arreglar una cincha, y había tardado veinte minutos en llegar hasta allí, y cuando mi padre Eduardo le preguntó qué hacía, contestó que la cincha estaba rota.

Otro día, en diciembre, después de una caída fea en la cocina, dijo la frase que yo llevo cuarenta y cinco años sin poder repetir en voz alta sin que me pase algo por dentro.

Dijo:

—Yo no quiero ser un trabajo.

Mi padre Eduardo, que estaba de rodillas en el suelo con él, se sentó ahí mismo, en las baldosas, y le dijo:

—Ernesto, tú llevas cincuenta años siendo mi trabajo. Y yo el tuyo. Eso es lo que hemos estado haciendo.

* * *

Lo que lo arregló —porque se arregló, y por eso puedo contar que aquel invierno tuvo días buenos— fue una idea de mi padre Eduardo, y era una idea robada, y él nunca disimuló de dónde la había robado.

Empezó a subirle cosas rotas.

Igual que Bruno se las había subido a él treinta y ocho años antes, en el invierno malo, cuando no se levantaba de la cama: bisagras, cerraduras, una silla coja, un cerrojo, un candado que no cerraba.

Se las dejaba en la mesa, sin ceremonia, y decía «esto se ha roto» y se iba.

Ernesto Valdas, sentado, con una manta en las piernas, con las manos todavía buenas, arreglaba cosas.

Arregló, entre noviembre y febrero, treinta y una cosas.

Las conté yo, que estaba en casa y no tenía nada mejor que hacer, y las anoté en un papel por una razón idiota que no supe explicarme entonces, y hoy sé perfectamente cuál era: yo también soy hijo de un hombre que apuntaba.

La número treinta y uno fue una bisagra de la puerta del granero, y la arregló el nueve de febrero, y la puso mal, y nadie se lo dijo.

Esa bisagra chirriaba todavía cuando yo tenía cincuenta años.

Nunca la toqué.

* * *

La casa se llenó aquel invierno.

Vino Tomás desde Vela en diciembre y se quedó tres semanas y volvió en febrero. Vino Nao, que tenía cincuenta y cuatro años y dirigía la casa de maestros de Ordas, y estuvo nueve días y no dio ni una sola clase de nada, que en Nao era una forma de duelo. Vino Prisca, ya muy vieja, en un carro, con dos mujeres que la ayudaban a bajar. Vinieron seis de los del granero. Vinieron, en total, cuarenta y una personas entre noviembre y marzo, y de eso sí hay lista, porque la fui haciendo yo en la contraportada de un cuaderno de cuentas.

Vinieron cuatro hombres de la guardia de los caminos que habían aprendido a sostener un palo en aquel patio.

Vino, el veintinueve de enero, un hombre de cuarenta y seis años, solo, a caballo, desde Vela, que se quedó de pie en el patio sin querer entrar y que le dijo a mi padre Eduardo que sólo venía a saber cómo estaba y que se volvía esa misma tarde.

Era el chico que había matado a un hombre en una taberna a los veintiséis años.

Había cumplido catorce de prisión.

Mi padre Eduardo lo hizo entrar, y estuvo veinte minutos con Ernesto, y de esos veinte minutos yo no sé nada porque cerraron la puerta.

Cuando salió tenía la cara de un hombre al que le acaban de quitar algo de encima, y cogió el caballo, y se fue, y no volvió nunca, y en el archivo de Vela consta que vivió treinta y un años más y que trabajó de carretero y que no volvió a tener un solo asunto con nadie.

* * *

Hablamos mucho aquel invierno, los tres, y de las conversaciones de aquel invierno sólo voy a poner dos.

La primera fue en enero, de noche, y no estaba mi padre Eduardo.

Yo le estaba dando de cenar, que era una cosa que él aceptaba de mí y no de nadie más, por razones que no le pregunté.

Dijo:

—Sen.

—Dime.

—Tú te vas a ir a Vela cuando esto pase.

—No.

—Sí. —Dejó la cuchara—. Tú tienes veinticinco años y un oficio y te vas a ir, y está bien que te vayas, y yo no te voy a pedir que te quedes porque eso sería una porquería.

Se quedó callado un rato.

—Yo lo que te pido es otra cosa —dijo—. Y es que vengas.

—Voy a venir.

—No me digas que sí tan rápido, que se dice muy fácil en enero. —Me miró—. Escúchame. Él se va a quedar solo en esta casa y él no sabe estar solo

y lleva cincuenta años sin estarlo. Y no se lo va a decir a nadie, y va a decir que está bien, y va a estar cocinando para seis personas que ya no vienen.

Luego dijo la cosa más práctica y más terrible que me han dicho en la vida:

—No vengas cuando te acuerdes. Ven en fechas. Ponlo en un papel y ven en las fechas aunque no te apetezca, porque el que se va apagando no llama.

* * *

La segunda conversación fue en febrero y fue con los dos y yo estaba fuera, en el zaguán, y la oí entera, y llevo cuarenta y cinco años sin saber si tenía derecho.

La empezó él.

—Eduardo.

—Dime.

—Prométeme una cosa.

—No.

—Ni sabes lo que es.

—Sí lo sé —dijo mi padre Eduardo—. Y no te lo voy a prometer.

Hubo un silencio largo.

—Es que no va a servir de nada —dijo Ernesto—. Y tú lo sabes mejor que yo, que lo tienes escrito. Lo escribiste tú con la yegua. *A lo que está pasando yo no le llego.*

—Ya.

—Un corazón viejo es una cosa que está pasando, Eduardo. No es una piedra que puedas cambiar de sitio, ni una montaña que puedas quitar de en medio.

—Ya lo sé.

—Entonces prométemelo.

Mi padre Eduardo dijo que no otra vez, y lo dijo con una voz que yo no le había oído nunca, y creo que a partir de aquella noche entendí de verdad quién era el hombre con el que me había criado.

—Ernesto, yo te he obedecido en todo durante cincuenta años y en esto no —dijo—. Yo voy a hacer todo lo que sepa hacer. Voy a hacer cosas que no he hecho nunca y voy a hacerlas mal y no va a servir de nada, y lo voy a hacer igual, y después voy a vivir con eso. Y tú no me vas a quitar eso, porque es lo único que me vas a dejar.

Otro silencio.

Entonces oí a mi padre Ernesto reírse. Muy poco, dos veces, como tosiendo.

—Está bien —dijo—. Está bien, hombre.

Y después:

—Pero no delante del crío.

* * *

Sacó la lista del cajón el veinte de febrero.

Yo no sabía que existía. La había escrito treinta y ocho años antes, en el invierno malo, y la había guardado doblada en cuatro, y no se la había enseñado a nadie, y aquella tarde le pidió a mi padre Eduardo que le trajera «el papel del cajón, el mío», y Eduardo salió del cuarto y volvió con él y no dijo nada, de lo cual deduzco que lo había leído alguna vez y se había callado durante años.

Ernesto lo desdobló, con dificultad, y lo leyó.

Después pidió tinta.

Le costó como diez minutos escribir una línea, porque ya no le respondía la mano derecha, y no dejó que le sujetaran el papel.

Volvió a doblarlo en cuatro.

—Al cajón —dijo.

Yo no leí esa línea hasta cuarenta y un años más tarde, y de eso hablo al final.

* * *

El veintiséis de febrero hizo un día absurdo.

Doce grados, sin viento, el cielo lavado, uno de esos días de finales de invierno que en aquel valle aparecen una vez cada cuatro o cinco años y que la gente vieja recuerda por separado.

Y a las cuatro y media, Ernesto Valdas dijo que quería salir.

Bajarlo al banco nos llevó veinte minutos y fuimos tres: mi padre Eduardo, yo y un chico de Fresna que estaba partiendo leña y que dejó el hacha y vino sin que nadie se lo pidiera. Lo sentamos con dos mantas y con el banquito

de tres patas del huerto de Vidal debajo de los pies, que era el mismo que le habían puesto a mi madre veinticinco años antes.

El banco mira al oeste.

Lo hizo Bruno de roble con las patas de hierro el primer año, antes que las bisagras y antes que los clavos, porque un hombre de veinticuatro años sentado en una guardia en el peor año de una guerra se había imaginado una casa con un banco fuera, junto a la puerta, mirando al oeste.

¿Por qué al oeste?

Por la tarde. A las cinco.

Estuvieron ahí sentados una hora y cuarto, los dos, hombro con hombro, sin hablar casi nada.

Yo los miré desde la puerta de la cocina un rato y después me fui adentro, porque me pareció que aquello no era mío.

Es la última imagen que tengo de mi padre Ernesto fuera de una cama, y llevo toda la vida sospechando que la he mejorado con los años, y me da exactamente igual.

* * *

Se murió el uno de marzo, por la mañana, en su cama, con la ventana abierta porque la pidió abierta.

Estábamos los dos, y Cel en la puerta.

Duró como dos horas y no fue feo.

En la última media hora pasó lo que tenía que pasar, y yo estaba delante, y no entendí lo que estaba viendo hasta cuarenta y un años después, cuando abrí un cuaderno y encontré una hoja doblada.

Lo que yo vi fue esto:

Que mi padre Eduardo, sentado en el borde de la cama, le cogió la mano con las dos suyas.

Que se quedó muy quieto.

Que estuvo así mucho rato —diez minutos, quince— con los ojos cerrados y la cara de un hombre que está haciendo un esfuerzo físico enorme sin mover un músculo.

Que en el cuarto no pasó absolutamente nada.

Y que al cabo de un rato mi padre Ernesto abrió los ojos, y giró la cabeza, y con la voz que le quedaba dijo:

—Eduardo.

—Qué.

—Para.

Y mi padre Eduardo abrió los ojos y no paró.

—Para —dijo otra vez—. No pasa nada. Para.

Y paró.

* * *

Lo último que dijo mi padre Ernesto Valdas lo dijo cuando ya no le quedaba casi voz, unos veinte minutos antes, y hay que saber una cosa de treinta años atrás para entenderlo, y esa cosa está contada en su sitio.

Movió un poco la mano dentro de las de Eduardo.

Y preguntó:

—¿Cuántas hay?

Mi padre Eduardo Rendón, que llevaba cincuenta años contándolas sin quererlo, miró aquel cuarto: una cama, dos sillas, una ventana abierta, una jarra de agua, una médica en la puerta, un hijo de veinticinco años de pie a los pies de la cama con las manos en la barra.

Y dijo:

—Ninguna.

Mi padre Ernesto Valdas, capitán de la Marca de Arvela, catorce años de guerra, treinta y cinco nombres en la cabeza y en orden, cerró los ojos y dijo:

—Bien.

Capítulo 49

La puerta

Lo enterramos el tres de marzo en el linde alto, mirando al huerto, al lado de Vidal, de mi madre, de Anselmo, de Jimena y de Bruno.

Vinieron doscientas y pico personas y no cabían, y hubo gente de pie en el camino y gente sentada en la cerca del linde bajo, la misma por la que se había peleado veintiún años con una mujer que ya estaba enterrada a doce pasos.

Vinieron de Ribas, de Fresna, de Arna, de Ordas, de Sar, de Sella de Abajo.

Vino un hombre de setenta y un años que había sido soldado raso a las órdenes de otro capitán y que no lo conoció nunca, y que dijo que venía porque su hijo había aprendido a leer con una mujer que había aprendido en aquel granero, y luego se le hizo un lío y se calló.

No habló nadie.

Ésa fue una decisión de mi padre Eduardo y la tomó en la cocina, la noche anterior, con seis personas delante que querían decir cosas.

—Si empezamos a hablar, alguien va a decir que era un héroe —dijo—. Y era mejor que eso.

Lo único que se dijo en aquel entierro lo dijo él, y no lo dijo delante de nadie: lo dijo al final, cuando ya se había ido casi todo el mundo, de pie, con las manos en los bolsillos, en voz normal, como el que informa.

Dijo treinta y cinco nombres.

En orden. Con la edad de cada uno y de dónde era.

Después dijo el treinta y seis.

* * *

Ernesto tenía razón en todo, y me fastidia, y se lo dije en voz alta muchas veces delante de una losa.

Yo me fui a Vela en mayo, porque tenía veinticinco años y un oficio, y porque él me lo había ordenado.

Volví en fechas.

Hice lo que me dijo: lo puse en un papel. Cinco veces al año, y las fechas no eran bonitas ni tenían ningún significado, y ése era exactamente el punto. Segunda semana de febrero. Última de abril. Mitad de julio. Primera de octubre. Y del veinte de diciembre al seis de enero.

Ese papel lo tuve clavado en la pared de mi cuarto de Vela durante veintidós años, mucho después de que ya no hiciera falta ir a ninguna parte, y me lo llevé conmigo cuando volví a la casa a los cuarenta y siete, y está aquí, en esta mesa, mientras escribo esto.

Cinco veces al año, durante casi dos años.

Ocho visitas. Ésa es toda la cuenta que tengo.

* * *

Él hizo lo que Ernesto dijo que iba a hacer, con una puntualidad que daba risa si no daba lo otro.

Dijo que estaba bien.

Lo dijo las ocho veces, y las ocho veces era mentira, y las ocho veces la primera media hora fue una función perfecta: la casa recogida, la comida hecha, tres preguntas sobre mi trabajo, un chiste, dos noticias del valle.

Siguió cocinando para seis personas.

Eso lo vi en abril, en la quinta visita, y es la imagen más difícil de este libro y la voy a poner corta.

Entré a las siete y media de la mañana sin avisar, porque llegué de noche y dormí en Fresna.

En la mesa larga de aquella cocina había siete cuencos puestos.

Siete cuencos, el pan cortado, la leche, y un hombre de ochenta años de espaldas, en el fuego, cantando.

Yo me quedé en el zaguán.

Él se dio la vuelta y me vio, y no se le movió la cara, y dijo:

—Anda, siéntate, que hay de sobra.

* * *

Lo arregló el pueblo, y no lo arregló él, y no lo arreglé yo.

En mayo, un hombre de Fresna que se llamaba Solo —el mismo que había subido a preguntar por el agua treinta y tres años antes, ya con noventa y tres y sin ocho fanegas ni nada— llamó a su nieto.

Al nieto le decían Cardo, tenía dieciséis años y no le interesaba nada.

Esta conversación me la contó él, cuarenta años más tarde, en el portal de su casa, y la contó doce veces en su vida y siempre igual, porque era la única cosa notable que le había pasado.

—Mañana subes a la casa del profesor.

—¿A qué?

—A desayunar.

Cardo lo miró.

—Abuelo, yo desayuno aquí.

—Mañana desayunas allí.

—¿Y qué le digo?

—Nada. —Solo no levantó la vista del cordel que estaba liando—. Subes, te sientas y comes.

—Es que me va a preguntar quién soy.

—Ya lo sabe quién eres.

Cardo se quedó un rato buscando la manera de negarse y no la encontró, porque tenía dieciséis años y porque a su abuelo, en aquella casa, no se le decía que no desde hacía sesenta años.

—¿Por qué?

Ahí Solo dejó el cordel.

—Porque en el año diecisiete yo subí a esa casa a preguntarle una cosa a un hombre que no me debía nada —dijo—, y el hombre se sentó en el suelo de una era y estuvo dos años arreglándome el agua, y no me cobró.

—Ya me lo has contado.

—Te lo he contado mal. —Solo volvió al cordel—. Sube.

* * *

Cardo subió a las siete y media de la mañana siguiente y encontró la puerta abierta, como estaba siempre, y a un hombre de ochenta años de espaldas en el fuego, cantando en una lengua que no existe.

Siete cuencos puestos.

Se quedó en el zaguán con la gorra en la mano, aterrado, pensando en cómo se explicaba aquello.

Eduardo se dio la vuelta.

No preguntó quién era, ni a qué venía, ni de parte de quién. Miró al chico dos segundos, miró la mesa, y dijo:

—Siéntate donde quieras. Ése es el que menos cojea.

Cardo se sentó.

—¿Tú tomas leche o no tomas leche?

—Tomo.

—Bien.

Le puso la leche delante y se volvió al fuego y siguió cantando.

Aquello fue todo. No hubo conversación, ni preguntas, ni una sola palabra sobre lo que hacía allí un chico de dieciséis años a las siete y media de la mañana en una cocina con siete cuencos y una silla ocupada.

«Yo fui asustado», contaba Cardo a los cincuenta y seis años, en el portal de su casa. *«Y bajé pensando en otra cosa, y a la mitad del camino me di cuenta de que iba pensando en si el agua sube por un sifón. Y al día siguiente volví a subir sin que me lo mandara nadie.»*

Y a la semana subió con otro.

En septiembre, en la mesa larga de la granja de Fresna, se desayunaba todos los días con seis o siete personas.

No eran las mismas. Eran chicos de la aldea, y dos mujeres viejas, y el herrero nuevo, y quien pasara.

Yo tardé años en entender lo que había pasado allí, y lo entendí un día en Vela leyendo una cosa que no tenía nada que ver: que aquello no fue caridad, y que si hubiera sido caridad él lo habría olido en una mañana y se habría acabado.

Fue que aquel hombre llevaba treinta y seis años dando de desayunar a la gente de aquel valle.

Y el valle se lo estaba cobrando.

* * *

Ahora la puerta, que es de lo que trata este capítulo y que es la cosa más rara que hizo mi padre Eduardo Rendón en sus últimos dos años.

En octubre de aquel año, con setenta y nueve años, se fue solo.

No se lo dijo a nadie. Dejó una nota en la mesa —*vuelvo el jueves*— y cogió la mula y se fue por el camino de Ribas, y estuvo fuera nueve días, y volvió el jueves.

Yo me enteré en mi visita de diciembre, dos meses después, porque me lo contaron en Fresna y él no me lo había dicho.

Se lo pregunté en el banco.

—¿Dónde fuiste?

—A Sella de Abajo.

—¿A qué?

Y él se quedó mirando el oeste un rato largo.

—A ver una parte de un camino —dijo.

* * *

Lo que hizo allí lo sé por dos fuentes y las dos coinciden, y son un pastor y el acta del concejo de Sella de Abajo, que dejó constancia del asunto porque en Sella de Abajo son así.

Día 9 de octubre. Se presentó en el término un forastero viejo, que resultó ser el mismo de la plaza de hace cuarenta y nueve años. Preguntó por el camino de la loma. Se le indicó. No pidió nada, no aceptó posada y no dio ninguna explicación. Se estuvo en el camino la mayor parte del día. Se hace constar para que no se diga después otra cosa.

El pastor fue más útil.

Yo hablé con él cuarenta años más tarde, cuando ya era él el viejo, y todavía se acordaba perfectamente, porque hay cosas que se ven una vez a los diecinueve años y se quedan.

Me dijo que había un hombre mayor de pie en mitad del camino de la loma, sin mula, sin hato, sin bastón, en el arcén, en un sitio donde no hay absolutamente nada.

Que estuvo ahí desde media mañana hasta que empezó a caer la tarde.

Que no se movió casi.

Y que hablaba.

—¿Con quién? —le pregunté.

—Con nadie. No había nadie. —Se encogió de hombros—. Hablaba solo, y no era esta lengua. Yo me acerqué a lo mejor a cuarenta pasos por si estaba malo, y no estaba malo, y me fui.

—¿Y qué hacía con las manos?

El pastor se quedó pensando.

—Nada —dijo—. Las tenía en los bolsillos.

* * *

Es la única cosa importante de esta historia que yo le pregunté directamente a mi padre Eduardo y sobre la que él me contestó a la primera, sin rodeos y sin hacerme trabajar, y creo que es porque llevaba tres meses queriendo contármelo y no sabía cómo empezar.

Fue en diciembre, en la visita de invierno, con la casa llena de gente.

—Papá, ¿qué fuiste a hacer al camino?

—A hablar.

—¿Con quién?

—Con mi madre —dijo—. Y con mi padre, y con mi hermana. Y con dos amigos, y con una mujer que me dio clase en tercero de secundaria y que se llamaba Guadalupe.

Se rió un poco.

—Estuve seis horas.

—¿Y qué les dijiste?

—Que estoy bien.

Se quedó callado.

—Sen, esa gente lleva cincuenta años pensando que yo desaparecí una noche de noviembre en la calle. Mi madre se habrá muerto sin saberlo. Mi hermana tendrá setenta y tantos, si vive. —Se frotó las manos—. Y nunca, en cincuenta años, se me ocurrió decírselo.

—Es que no te oyen.

—Ya lo sé. —Me miró—. Ésa no es la razón por la que se dicen las cosas.

Ahí me contó lo otro, que era la pregunta que yo llevaba veinte años sin hacerle y que no me atreví a hacer nunca.

—Tú lo que quieres saber es si probé —dijo.

Yo no dije nada.

—No probé.

—¿Por qué no?

—Por dos cosas. —Levantó un dedo—. La primera, porque no sabría qué probar. Yo no sé qué es esa puerta. No lo he sabido nunca. Yo puedo cambiar

una cosa hasta donde la entiendo y ni un dedo más allá, y eso lo aprendí a los treinta años y me ha costado la vida entera aceptarlo, y de la puerta no entiendo absolutamente nada. Ni siquiera sé si hubo una puerta. A lo mejor sólo hubo una pared y un mal día.

Levantó el segundo dedo.

Y tardó bastante en decir lo segundo.

—Y la segunda es que estuve seis horas ahí de pie —dijo—, y en algún momento me di cuenta de que si aquella cosa se abría delante de mí en ese instante, yo no la iba a cruzar.

—¿Ni para verlos?

—Ni para verlos. —Tenía los ojos secos y la voz normal—. Porque él está en un linde alto a nueve jornadas de ahí, y mi vida entera está enterrada en esa ladera, y tú estás en Vela dibujando caminos. Yo ya no soy de allá. Llevo más años siendo de aquí que los que fui de allá, y la cuenta se cruzó hace veintiún años y yo no me di ni cuenta.

Se levantó del banco con dificultad.

—Yo he cruzado una puerta dos veces en mi vida —dijo— y las dos veces fue la de esta casa, y las dos veces fue hacia dentro. Eso es todo lo que he averiguado en setenta y nueve años, y te lo regalo, porque es poco.

* * *

Me contestó a todo aquella tarde y yo me quedé satisfecho como un idiota.

Tardé cuarenta y un años en darme cuenta de que le había preguntado por qué no había hecho una cosa y de que él me había contestado, con una honradez perfecta, por qué no la había hecho.

Y de que no le pregunté nunca qué había hecho.

Un hombre no está seis horas de pie en el arcén de un camino para no hacer nada. Yo tenía veintiséis años, estaba delante de un hombre de ochenta que se me estaba muriendo despacio, y me tragué entera la mitad de una respuesta porque la mitad me bastaba.

Llevo cuarenta y cinco años con esa pregunta y me voy a morir con ella puesta, y es la única cosa de este libro que no he podido averiguar por más que he ido a Vela y he leído actas y he preguntado a viejos.

Qué fue a hacer mi padre a aquel camino.

* * *

La tablilla la empecé a ver en la tercera visita y no le pregunté qué era hasta la sexta.

Es una tabla de madera de las de escribir, vieja, raspada y vuelta a hacer catorce veces, de las primeras que tuvo. En la cara buena hay una cuadrícula de siete años de rayas, una por día, que se llena hasta la mitad de una fila y que se para en seco en un octubre. Tiene el borde gastado de sobarla.

Ésa la conocía yo desde niño.

Lo que no había visto nunca era el reverso.

En el reverso hay una segunda cuadrícula, empezada con una regla y con mucho cuidado, y la primera raya es del uno de marzo.

Le pregunté en la sexta visita, en julio.

—¿Qué estás contando?

—Los días.

—¿Los días desde qué?

Él no contestó, y me pasó la tablilla, y me señaló con el dedo un renglón cualquiera del medio, y siguió con lo suyo.

Aquella tablilla la tengo yo ahora.

Tiene seiscientas ochenta y cinco rayas.

La última está entera y está bien hecha y no le tembló la mano.

* * *

Se murió el catorce de enero, por la noche, en su cama, con ochenta años, y no había nadie en la casa.

Es una cosa que en aquel valle no le había pasado a nadie en treinta años, y pasó por una tontería y las tonterías no tienen culpables aunque uno se los busque durante cuarenta años: era enero, había caído nieve el día doce, la mujer que dormía en la casa desde noviembre había bajado a Fresna a ver a su madre y no pudo subir, y yo estaba en Vela.

Yo estaba en Vela porque mi visita de invierno era del veinte de diciembre al seis de enero.

Yo había estado allí diecisiete días.

Me fui el seis de enero por la mañana y él me acompañó hasta el portón, que no lo hacía nunca, y me dio dos cosas para el camino, y me dijo que le escribiera cuando llegara.

Le escribí cuando llegué.

La carta llegó a Fresna el día quince y la recogió Cel, y no la abrió.

* * *

Lo encontró el chico de Solo el quince por la mañana, cuando subió a desayunar y vio la cocina apagada.

Cel dijo que había sido de noche, tranquilo, mientras dormía, y que llevaba unas doce horas.

Bajaron un aviso a Ribas y de Ribas salió un correo a Vela, y el correo tardó día y medio, y yo llegué a la casa el veinte de enero a media tarde, con nieve en el camino, después de dos días y medio a caballo sin dormir en condiciones.

Llegué tarde para todo.

Lo habían enterrado el dieciocho, porque no se podía esperar más y porque tampoco había ninguna razón para esperarme a mí, y estaba en el linde alto, al lado de Ernesto Valdas, en el sitio que él mismo había medido con una cuerda dos años antes sin decírselo a nadie.

En la casa no había nadie. Estaba abierta, como estuvo siempre.

En la mesa larga de la cocina, alguien —Cel, supongo, o la mujer de la casa— había puesto los cuencos boca abajo.

Me senté en el banco de fuera, con el abrigo puesto, con la nieve, a las cinco de la tarde de un veinte de enero, mirando al oeste.

Y ahí me quedé hasta que se hizo de noche.

Capítulo 50

El cajón

La casa quedó para mí, con las veinte fanegas, el huerto, el granero, la fragua vacía de Bruno y una deuda de once monedas con un carretero de Ribas que pagué el primer año.

No la vendí y no la cerré.

La llevó, durante diecinueve años, la familia de Cel, que puso dos hijos en ella y que me mandaba cuentas puntualmente y que no me cobró nunca lo que debía cobrarme. Yo subía cinco veces al año, por costumbre, con el papel clavado en la pared de Vela, aunque ya no hubiera nadie a quien visitar.

Volví a vivir allí a los cuarenta y siete años, cuando me cansé de dibujar caminos.

Durante veinte años más dormí en aquella casa, comí en aquella cocina, arreglé aquella cerca cuatro veces y me senté en aquel banco casi todas las tardes de mayo a septiembre.

Y no abrí el cajón.

* * *

Voy a decir por qué, porque he prometido no adornar nada.

No fue respeto, ni fue del todo miedo, aunque algo de miedo había.

Fue que yo sabía perfectamente lo que había dentro —lo sabía desde los nueve años, y desde los veinticinco sabía además que había una hoja doblada que no había leído— y sabía que el día que lo abriera se iba a acabar una cosa.

Mientras el cajón estuviera cerrado, quedaba algo suyo que yo todavía no me había gastado.

Yo he sido, toda mi vida, un hombre extremadamente cuidadoso con lo poco que le queda. Eso lo saqué de mi padre Ernesto y él lo sacó de catorce años de guerra, y no es una virtud, aunque lo parezca.

Lo abrí a los sesenta y siete años, un jueves de noviembre, tres semanas después de que un médico de Vela me dijera una cosa con mucha educación.

Y lo abrí, además, por un motivo miserable: yo quería la tablilla.

Quería una cuadrícula, y una regla, y una raya al día.

* * *

Esto es lo que había en el cajón de la mesa del cuarto grande de la casa de la ladera de Fresna, el jueves diecinueve de noviembre, cuarenta y un años después de la muerte del primero de los dos.

Una flecha.

De fresno, con la punta oxidada y el astil torcido. Arrancada de un aliso a un palmo de la espalda de un hombre en un vado, un día de primavera del primer año, por otro hombre que no supo explicar entonces por qué se la guardaba y que tardó veintitantos años en poder decirlo.

Yo la tuve en la mano y pesa nada. Es un palo.

Es la primera vez, que se sepa, que la Anuencia hizo algo delante de un testigo, y el testigo se la metió en el cinto y se la llevó a la guerra, a la nieve, a un páramo de vidrio y a una boda, y la dejó en un cajón.

Una fotografía.

De un material que no existe en este mundo, de un dedo de ancho por dos de largo, con los colores idos y una esquina doblada.

Se ven doce personas sudadas delante de una pared, agarradas por los hombros, y una pancarta que no puedo leer, y todos se están riendo menos uno, que está diciendo algo con la boca abierta y tiene los ojos cerrados.

Ése es mi padre Eduardo.

Tiene veintiocho años, tiene el pelo corto, no tiene los ojos rojos y está en una ciudad de veintidós millones de personas que existe, según lo que él me contó una tarde en un granero, y a la que no llega ningún camino de los que yo he dibujado en mi vida.

He estado delante de esa fotografía más horas de las que voy a confesar.

Lo que más me cuesta no es la ciudad ni el material ni los colores.

Es que en esa fotografía él no me conoce.

Una tablilla.

Ya la he descrito. Siete años de rayas por delante, parados en seco en un octubre. Seiscientas ochenta y cinco por detrás.

Le puse una tercera cuadrícula en la cara de canto, que es un sitio absurdo, porque las dos caras estaban ocupadas y porque me pareció que aquella tabla ya había contado bastante y que no le tocaba a ella contarme a mí.

Llevo cuatro años haciendo una raya al día.

Una ropa.

Unos pantalones azules muy gastados, con costuras dobles de hilo naranja y unos remaches de metal. Una camiseta gris con letras. Una chamarra. Dos zapatos blandos con la suela de una goma que en noventa y cinco años no se ha puesto dura.

Dentro de uno de los zapatos, un objeto negro, plano, liso y frío, del tamaño de una mano, que no es piedra y no es metal y que no sirve para nada.

Ésta es la única prueba física que existe de que la mitad de este libro es verdad.

Un pantalón.

Yo he pensado muchas veces en llevarlo a Vela, a la Orden, al consejo, a alguien. Y no lo he hecho, y no lo voy a hacer, porque conozco de sobra a la gente que guarda cosas en archivos —he sido uno de ellos veintidós años— y porque él me dijo, en el suelo de un granero, que lo guardara yo.

Un papel doblado en cuatro.

Media cuartilla, con una letra grande y torpe de hombre que aprendió a escribir a los treinta y cinco años y que nunca escribió bien.

Cinco puntos:

levantar. misma hora.

poner el plato. no preguntar.

sacar a caminar. media hora. no hablar.

trabajo. la mitad. que sirva a alguien.

no arreglarlo. quedarme.

Y debajo, con otra tinta: *hablar con vidal los jueves.*

Debajo de eso, con una letra que se cae, que tiembla, que se sale del renglón, escrita en diez minutos por un hombre de ochenta y tres años que no dejó que le sujetaran el papel, el veinte de febrero, nueve días antes de morirse:

sen. lo de arriba. todo. desde el uno.

* * *

Me senté en el suelo, con la espalda contra la cama, con ese papel en la mano.

Yo tenía sesenta y siete años y llevaba cuarenta y uno sin él, y me habían dicho tres semanas antes que me quedaban dos o tres años si había suerte, y me pasé una tarde entera en el suelo de aquel cuarto porque un hombre muerto me había dado una instrucción y yo llegaba cuarenta y un años tarde a cumplirla.

Ésa es la parte que más rabia me da de todo esto y la voy a dejar escrita para que la lea quien venga.

Yo hice lo del punto cuatro sin saber que existía el punto cuatro. Fui en fechas. Estuve. No lo arreglé.

Pero lo del punto uno no lo hice, porque no se me ocurrió, porque tenía veinticinco años y porque nadie me lo había dicho.

Si alguien me hubiera enseñado ese papel en mayo de aquel año, yo no me habría ido a Vela.

Yo me habría quedado en aquella casa.

Él habría vivido más y peor, o menos y mejor, y no hay manera de saberlo, y llevo cuatro años dándole vueltas y ya no le doy más.

* * *

Y una hoja suelta.

Doblada, metida entre las tapas del cuaderno gordo, el de *COSAS QUE ME ACUERDO*.

Es la decimocuarta.

Está escrita con la letra de mi padre Eduardo, apretada, sin una sola tachadura, y dice así:

La decimocuarta. 1 de marzo.

Lo hice. Estuve como un cuarto de hora con todo lo que tengo puesto en una cosa que no está en ningún sitio, que es un corazón cansado, y no se movió nada, y yo sabía desde noviembre que no se iba a mover.

Lo apunto igual, porque la cuenta hay que hacerla entera o no hay cuenta.

Catorce veces en cincuenta años. Trece por otros y una por mí. La mía es la segunda que falla —la otra fue una yegua— y me parece bastante justo.

Me dijo que parara. Paré, no porque me convenciera, sino porque quedaban veinte minutos y no los iba a gastar en eso.

Lo último que hicimos fue una cuenta. Me preguntó cuántas había y le dije que ninguna y dijo que bien. Cincuenta años de trabajo para llegar a esa palabra.

Y al pie, con la misma tinta, en una línea sola:

No se lo digas al crío.

Me llamó *el crío* hasta el final. Yo tenía veinticinco años y ya había levantado dos puentes.

Aquella tarde, en el suelo del cuarto grande, con sesenta y siete años y con un papel en la mano, le contesté en voz alta, que es como se hacen las cosas en esta casa:

—Me lo dijiste igual. Tardaste cuarenta y un años, pero me lo dijiste.

* * *

La hoja estaba escrita por las dos caras.

Yo leí la de la decimocuarta y la volví a doblar en cuatro y la dejé donde estaba, porque llevaba una hora en el suelo de aquel cuarto y ya no me quedaba estómago para más.

Me dije que la leería al día siguiente.

No la leí nunca. Se me fue de la cabeza, como se van las cosas a los sesenta y siete años, y aquella tarde no volví a acordarme, y después vinieron cuatro años de escribir este libro y de mirar ese cajón todos los días sin abrirlo otra vez.

Lo pongo aquí porque a estas alturas ya he contado cosas peores de mí mismo y ésta no es la peor: es sólo la más tonta.

Bajé a Fresna y estuve tres días sin subir a la casa, y no se lo conté a nadie, y a la vuelta empecé a escribir.

* * *

Ahora tengo que decir lo que no voy a hacer, y con eso termino.

Mi padre Ernesto se murió el uno de marzo y mi padre Eduardo seiscientos ochenta y cinco días más tarde, un catorce de enero, y a los dos los enterramos

en el linde alto, mirando al huerto, al lado de Vidal y de Bruno y de Anselmo y de Jimena y de una mujer de veintidós años que caminó once días.

Y ahí se acaba lo que sé.

De lo que hay después no tengo nada. Ni acta, ni registro, ni cuaderno, ni testigo, y no lo va a haber nunca, y cualquiera que le diga a usted lo contrario le está vendiendo algo.

Y no lo voy a escribir.

Ya me inventé una tarde en este libro. La declaré, dije por qué, y me parece que estuvo bien hecho. Pero una invención declarada es una cosa y dos son una costumbre, y a la segunda dejo de ser un hombre que cuenta lo que sabe y me convierto en un viejo que se consuela por escrito. Mis padres no me criaron para eso. Uno se pasó la vida diciendo *no puedo hacer nada* a gente que había caminado nueve días para oírle otra cosa, y no le mintió a ninguno.

Así que lo único que voy a hacer es lo que se hacía en esa casa, que es decir en voz alta lo que uno quiere aunque no se pueda tener y aunque no lo oiga nadie.

Yo quiero que haya un banco.

Quiero que sea de roble con las patas de hierro, y que mire al oeste, y que sean las cinco de la tarde. Quiero que mi padre Ernesto esté sentado ahí y que no se levante cuando lo vea llegar, porque él no se levantaba nunca antes de tiempo. Quiero que se sienten hombro con hombro y que no digan nada durante un rato largo. Quiero que Vidal esté en el huerto y que Bruno le esté hablando a una rueda y que Anselmo se esté lavando las manos en el pilón, y quiero que ninguno de ellos se acerque.

Quiero que en la puerta de la cocina haya una mujer de veintidós años a la que no conocí, secándose las manos en un delantal.

Ya está dicho.

No sé si sirve de algo. Mi padre estuvo seis horas de pie en un camino diciéndole cosas a gente que no podía oírle, y cuando le dije que no le oían me contestó que ésa no es la razón por la que se dicen las cosas.

Llevo cuatro años escribiendo esto y ya se acabó.

Mañana pongo la raya.

Sen, hijo de Neva de Torna.

Fresna, en octubre.

Capítulo 51

Los dos documentos

Al vaciar la casa de la ladera de Fresna, a la muerte de Sen de Fresna, se encontraron en la caja donde él guardaba los cuadernos de Isaura de Ordas dos escritos que él no dejó mencionados en ninguna parte.

Se transcriben los dos, en el orden en que estaban.

* * *

I. La hoja doblada

Estaba metida entre las tapas del cuaderno grueso de Eduardo Rendón, el que lleva por título COSAS QUE ME ACUERDO*, doblada en cuatro, escrita por las dos caras.*

La primera cara la cita Sen de Fresna en su libro y es la anotación del 1 de marzo.

La segunda cara no la cita, y de su lectura se deduce que no llegó a leerla. Es lo último que escribió Eduardo Rendón.

La decimoquinta. Octubre. No sé qué día, se me ha ido.

Subí a la loma de Sella y estuve seis horas, y no probé lo que el crío cree que fui a probar. Eso lo tengo hablado conmigo mismo desde hace años y ya está.

Probé otra cosa, y me llevó las seis horas, y me dejó tres días sin poder tenerme en pie.

Yo no sé qué es un alma. No sé si existe. Se lo he preguntado en cincuenta años a cuatro curas, a un prior, a Isaura y a un pastor, y ninguno lo sabía y todos me contestaron.

Pero yo sé hacer un sitio.

Es la única cosa que aprendí a hacer bien en los dos mundos, y además ya se hizo una vez sin que yo lo decidiera: un pedazo mío que estaba solo y que no sabía nada levantó una ciudad entera de vidrio con un metro, unas jacarandas y el olor de una cocina. Si aquello se pudo, esto se puede. Lo demás es tamaño y yo de tamaño entiendo.

Así que hice una casa.

No es la mía. Es la suya. La que llevaba en la cabeza a los veinticuatro años sentado en una guardia en el peor año de aquella guerra: la puerta al sur por la luz de la mañana, el pozo a diecisiete pasos de la cocina, el establo separado por el olor, un cuarto grande y dos chicos, y uno de los dos chicos sin ningún uso previsto.

Y un banco fuera, junto a la puerta, mirando al oeste.

(allí no hay hora. no sé cómo se hace eso y lo he hecho igual.)

No sé si va a haber alguien. Eso no depende de mí y lo sé perfectamente, que llevo cincuenta años sabiendo exactamente hasta dónde llego y ni un dedo más allá.

Lo he hecho por si acaso, que es la razón por la que se hace casi todo.

Y si no hay nadie, no habrá nadie en un sitio bonito.

Y debajo, con otra tinta, en dos líneas:

No he vuelto a subir. No hace falta y además ya no puedo.

Pero está ahí. No sé cómo lo sé.

* * *

II. El cuaderno decimonoveno

En la caja había diecinueve cuadernos.

Sen de Fresna escribió cuatro veces en su libro que eran dieciocho. Los había contado. Era hijo de un hombre que contaba armas al entrar en las habitaciones y de otro que contaba los días con una raya, y no se equivocaba en eso. Terminó de escribir en octubre, se murió tres semanas después y no dejó dicho en ninguna parte, ni a nadie, que hubiera un decimonoveno.

Está escrito con la letra de Isaura de Ordas, maestra del Colegio del Umbral, que llevaba ochenta y dos años muerta.

No hay más información. Se transcribe entero y sin corregir.

* * *

no puedo fechar.

llevo (no sé cuánto) intentándolo y voy a dejar de intentarlo, porque un método que no se puede aplicar no es un método, es una manía.

de lo de antes de la casa no voy a escribir. lo he intentado once veces y las once me han salido tonterías, y prefiero una página en blanco a una página que no sirve.

empiezo cuando hay algo que medir.

* * *

la casa apareció.

no se construyó. no hubo obra, ni carros, ni gente. hubo una ladera y después hubo una casa, y no puedo decir cuánto tardó porque ya he explicado el problema.

la medí en cuanto pude, con pasos, que es lo único que tengo.

puerta al sur. pozo a diecisiete pasos de la puerta de la cocina. establo separado, por el olor. un cuarto grande y dos chicos. dos hectáreas de piedra suelta en la mitad alta.

y un banco fuera, de roble, con las patas de hierro, mirando al oeste.

anoté todas esas medidas y no supe qué eran. eso es exactamente lo que he hecho toda mi vida y no me río.

* * *

vinieron los demás.

no los llamó nadie. estaban, y de pronto estaban aquí, y ninguno preguntó nada, cosa que a mí me parece incomprensible y a ellos no.

el explorador se ha puesto un huerto en el trozo bueno. tardó poco y lo replanteó con una cuerda y unas estacas.

el herrero está en el lado norte. le he preguntado por qué y me ha dicho que por el viento y se ha ido.

el médico se lava las manos en el pilón. yo no diría que las tiene sucias.

la mujer del arco está arriba, con cabras. no sé de dónde salen las cabras y he decidido no ocuparme de eso.

y hay una chica de veintidós años que se llama Neva, que está casi siempre en la puerta de la cocina, que no habla mucho, y que me preguntó una vez si yo había tenido hijos y me escuchó la respuesta entera.

ninguno de ellos toca el banco.

no lo han hablado. yo estaba delante y no lo hablaron. sencillamente ninguno se sienta ahí.

* * *

y fue el herrero el que me explicó dónde estoy, y me lo explicó de mala manera, sin proponérselo.

el primer día se paró delante del banco de roble, se quedó mirándolo mucho rato y dijo:

—Ese banco lo hice yo.

le pregunté cuándo. me dijo que en el año quince, en Fresna, y que fue lo primero que hizo en la fragua nueva, antes que las bisagras y antes que los clavos, y que lo hizo de roble con las patas de hierro porque el capitán llevaba veinticuatro años imaginándoselo.

de manera que la casa que llevo (mucho) midiendo a pasos es la casa de la ladera. la de ellos. la que yo no llegué a ver nunca porque me morí cuatro meses antes de que compraran la tierra.

y por lo tanto la ha hecho R.

lo escribo así, con la inicial, como llevo escribiéndolo cincuenta años, porque no me atrevo a poner el nombre entero en una página en la que acabo de entender lo que ha hecho.

y porque llevaba (mucho) viviendo dentro de la casa de aquel hombre sin saber que era la suya, que es una manera bastante exacta de resumir mi vida.

* * *

llegó el capitán.

vino por el camino con la ropa con la que se murió, no saludó a nadie, no dijo una palabra, y lo primero que hizo fue dar la vuelta entera a la casa por fuera.

lo seguí a distancia, que es lo que sé hacer.

comprobó la orientación de la puerta. contó los pasos del pozo a la cocina, le salieron diecisiete y los volvió a contar. entró en el cuarto chico que no tiene ningún uso previsto, estuvo dentro un rato y salió con la cara igual.

subió al linde alto y miró las dos hectáreas de piedra suelta.

y después se sentó en el banco.

y se puso a esperar.

* * *

anotación de método.

llevo (no sé cuánto) sin poder medir nada, y hoy he encontrado por fin una magnitud, y es ridícula, y es la única que hay.

el capitán cuenta.

hace una raya al día en una tabla de madera, con una regla, torcida, y las cuenta cada tantas rayas para comprobarse.

de manera que aquí hay días. hay días porque él los está haciendo.

no sé si eso significa que existen o que él los ha traído puestos. lo dejo escrito por si alguna vez importa.

lo que sí sé es que yo he empezado a contarle las rayas, y que no lo he decidido, y que hoy van —aquí va la cifra, y es la primera cifra honrada de este cuaderno— seiscientas ochenta y cinco.

* * *

vino R. hoy.

lo he visto desde la mesa larga y no me he movido, y voy a apuntar exactamente lo que ha pasado, porque es lo que sé hacer y porque llevo cincuenta años apuntando cosas y no voy a dejar de hacerlo ahora que por fin sirve de algo.

llegó por el camino a lo que aquí sería media tarde, con ropa de estar en casa, sin abrigo.

cuarenta y un pasos desde el portón hasta el banco. los conté sin querer.

el capitán no se levantó en ninguno de los cuarenta y uno.

no se levantó, no corrió, no lo llamó, no abrió los brazos. se quedó sentado con las manos en las rodillas y esperó a que llegara, y yo pensé, con una amargura que me duró poco, que ese hombre lleva toda su vida y toda su muerte haciendo exactamente lo mismo.

R. se sentó a su lado. hombro con hombro.

estuvieron sin hablar un rato que no puedo medir y que fue largo.

transcribo lo que dijeron, porque no tengo otra manera de decirlo:

—Llegas tarde.

—Un poco.

—Un año y diez meses.

—Ya. Es que había que dejarlo todo cerrado.

—Ya lo sé.

y después el capitán giró un poco la cabeza y le preguntó cuántas había.

y R. miró el patio y dijo que ninguna.

y el capitán dijo que bien.

y se quedaron ahí sentados, mirando al oeste, hasta que se hizo de noche.

* * *

fin de la observación.

lo que sigue no es método y lo sé.

yo estuve doce años midiendo a ese hombre. le puse aparatos delante. le hice repetir cosas hasta que le salió sangre de la nariz y lo apunté. escribí en un informe, con mi letra, en dos columnas, una frase por la que cuatro hombres entraron en un pueblo y sacaron a un hombre de una casa. me equivoqué. él me lo dijo cuatro veces y yo lo anoté y seguí.

y en mi entierro, delante de media comarca, aquel hombre dijo en voz alta que no me había perdonado, y lo dijo porque yo se lo pedí en una mesa con las velas bajas, y sigue siendo lo más decente que ha hecho nadie por mí.

de manera que hoy, viendo a dos viejos sentados en un banco, he entendido lo siguiente, y lo dejo escrito por si alguien lo lee alguna vez y le sirve de algo:

yo medí lo que se podía medir.

conté los segundos, la masa, la distancia, la temperatura de catorce piedras, las veces, los aciertos, los fallos. llené dieciocho cuadernos. y estuve cincuenta

años equivocada en la única cosa que importaba, que es que el fenómeno no estaba dentro de él.

estaba entre los dos.

y eso no se mide, y no porque sea sagrado —yo no creo en eso y él tampoco creía—, sino porque es lento. son cincuenta años de dos hombres corrigiéndose la pronunciación en una cocina. no hay aparato para eso. hay que estar, y hay que estar mucho tiempo, y yo tenía prisa.

* * *

lo del suelo.

esto lo escribo con vergüenza y lo escribo igual.

R. hizo la tierra mala a propósito.

tardé mucho en verlo y lo vi una mañana desde el huerto del explorador: la ladera está orientada al sur, con el arroyo flojo abajo y la piedra demasiado cerca en la mitad alta, y hay dos hectáreas de piedra suelta que no ha limpiado nadie.

es exactamente la tierra que compraron en el año catorce y que todo el mundo dijo que era mala.

un hombre que podía hacer cualquier cosa, con lo último que le quedaba y con la letra ya rota, en un esfuerzo del que tardó tres días en recuperarse, le hizo a su marido una finca imposible de terminar.

porque el capitán no quería descansar. quería trabajo a las cinco de la mañana.

y R. lo supo desde el tercer día, en el año catorce, y se lo guardó cincuenta años, y no se lo dijo nunca a nadie, y al final lo puso aquí, en piedra.

tuve que salir del patio.

* * *

lo de la edad.

esta mañana, a las cinco menos cuarto, oí una puerta.

el capitán tiene ahora treinta y cuatro años y no se ha dado cuenta, o se ha dado cuenta y le ha parecido un detalle sin importancia, que en él es lo más probable.

R. tiene los veintinueve que tenía la noche del tronco hueco, y sí se ha dado cuenta, y se rió tanto en la cocina que se tuvo que sentar.

no se han conocido otra vez.

lo aclaro porque es lo único de todo este cuaderno que me parece que hay que dejar claro, y porque yo llegué aquí temiendo precisamente eso.

se acuerdan de todo.

de los cuarenta y un hombres que salieron y de los treinta y cinco que no volvieron. de la manta del herrero. de los ciento veintitrés días. de un granero en Sar con treinta personas dentro aprendiendo las letras. de una boda con veintitrés espadas. de un invierno malo y de una lista de cinco puntos en un cajón. de una chica que llegó andando desde once jornadas con un crío en el brazo.

lo único que se les ha quitado es el cuerpo estropeado, que no es una persona: es la factura, y ellos la pagaron entera y delante de todo el mundo.

y siguen hablando cada uno su lengua.

eso me ha sorprendido más que ninguna otra cosa de este sitio, y se lo he preguntado a R., que es la primera vez que le dirijo la palabra desde el año catorce.

me contestó como si no hubieran pasado ni la muerte, ni las catorce piedras, ni el patio norte:

—Buenos días, maestra.

y después me dijo que no, que no lo había arreglado, que eso era suyo y que se lo habían ganado, y que además a él le seguía saliendo mal el caso y al capitán le seguía haciendo gracia.

y se fue a poner el agua.

* * *

la primera anotación.

llevo (mucho) sin poder dormir y no es por nada malo. es porque he vuelto a la primera anotación de todas.

la copié yo de su tablilla en el año dos, con él delante, y la he tenido cincuenta años en la primera página del cuaderno primero y la he leído ochocientas veces y no la he leído nunca. eso también pasa. eso es lo que le pasa a los que apuntamos.

dice que la noche que se rompió el mundo, aquel hombre pidió una cosa dos veces y la pidió en voz alta.

quiero estar en mi casa.

y estaba en su casa.

y él se pasó la vida diciendo que lo que pedía de verdad, por debajo, era que lo sacaran de allí, y todos le creímos, porque era él quien lo decía y porque nadie discute a un hombre sobre lo que quería a los veintinueve años.

pues no.

la fuerza no le hizo caso a la de debajo. le hizo caso a la de arriba, que es la que había dicho dos veces con la boca.

y por eso no lo sacó de ninguna parte. **lo metió.**

* * *

y ahora lo otro, que es lo que me tiene despierta.

en la lengua del reino, *hen* es la casa. *hentar* son los de la casa. es la misma palabra y se dice casi igual y a nadie de Arvela le llama la atención porque nadie mira las palabras que usa todos los días.

él sí la miró. la apuntó en una tablilla el primer año, con esta letra suya de patas para arriba, y escribió al lado: *ojo: no es sangre. es quién duerme bajo tu techo.*

y después no volvió a mirarla en cincuenta años.

de manera que aquella noche un hombre pidió una casa, en un idioma donde casa es un edificio, y lo mandaron a un idioma donde casa quiere decir la gente.

yo lo llamé anuencia porque no obedecía a regla conocida.

obedecía. lo que pasa es que la regla no era la que yo buscaba: el mundo no le hizo caso a lo que dijo. le hizo caso a lo que quería decir. y eso no se puede medir con un aparato ni con doce testigos de yeso ni con una tabla de catorce semanas, y por eso me pasé doce años equivocada y por eso rompí a un hombre bueno.

no lo trajeron a un reino.

lo trajeron a un hombre.

* * *

la tabla.

el capitán ha dejado de contar.

lo escribo con toda la precisión de la que soy capaz, porque es lo último que voy a medir: la tabla tiene seiscientas ochenta y cinco rayas y no tiene la seiscientas ochenta y seis, y ya no la va a tener.

no la ha tirado. está en el cuarto grande, encima del arcón, con la regla al lado y bien puesta.

sencillamente una mañana no se levantó a hacerla, y no se ha vuelto a acordar.

un hombre que llevaba contando desde los diecisiete años porque se lo enseñaron el primer mes.

yo también he dejado de contar, y tampoco lo he decidido, y me he quedado sin la única magnitud que tenía y por lo tanto sin oficio.

y he tardado (mucho) en entender que eso es exactamente lo que quiere decir la palabra que llevo toda la vida buscando.

no es que aquí no haya tiempo.

es que no hace falta.

* * *

encargo.

la chica de la cocina se me acercó y me pidió una cosa, y no supe negarme, y no supe tampoco explicarle que este cuaderno no lo va a leer nadie.

me dijo que yo era la que escribía.

de manera que lo pongo con sus palabras y sin arreglárselas, que es lo único decente que se puede hacer con las palabras de alguien:

que sepa que no lo dejé. que lo llevé once días andando y que pesaba, y que lo dejé donde yo quise dejarlo, que no es lo mismo.

que se llama como se llama porque a mi madre le gustaba, y que mi madre se llamaba Sela, y era de Torna, y hacía pan.

y que de aquellos siete meses no me acuerdo de casi nada porque estuve mala casi todos, pero que me acuerdo de una tarde en la que se rió por primera vez, y fue por una cabra.

y después me dijo que ya está, y se fue a la cocina.

no sé para quién lo he escrito.

lo he escrito igual, que es la costumbre de esta casa.

* * *

son las cinco menos cuarto y hay un hombre de treinta y cuatro años saliendo por una puerta orientada al sur con una barra al hombro.

va al linde alto.

hay dos hectáreas de piedra suelta y no se acaban nunca, y es la única cosa de este lugar que está mal calculada a propósito.

llevo toda mi vida y toda mi muerte llamándolo anuencia, entendiendo por anuencia que el mundo consiente y no que obedezca.

hoy he visto lo que consiente el mundo cuando un hombre lo entiende del todo, y era una casa con la puerta al sur, un pozo a diecisiete pasos y dos hectáreas de piedra que quitar.

ya no apunto más.

no habrá cuaderno vigésimo.

Este libro se terminó de componer
con el tipo EB Garamond.